3 1761 08158681 0

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS
M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 22. NUM. 256.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

ABRIL 1910

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»
Calle de López de Hoyos, 6
MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

AP
60
E8
año 22
no. 256-58

Imp. y encuad. de V. Tordesillas, Tutor, 16, Madrid.—Teléfono 2.042.

EL DR. D. RAMÓN DE LA SOTA Y LASTRA

EN CUYO HONOR SE CELEBRARÁ EN SEVILLA EL TERCER CONGRESO ESPAÑOL DE LARINGOLOGÍA

La figura del ilustre santanderino (nó sevillano, como ha escrito el Dr. Verdes Montenegro en las columnas de *El Imparcial)* es de tal magnitud en la ciencia médica española, y de tan gran reputación entre los más eximios especialistas del extranjero, que bien merece el homenaje que se le va á rendir, por ser casi el padre de la Laringología moderna, y, sobre todo, por sus notables inventos, con los que ha resuelto la curación de una porción de enfermedades de las vías respiratorias que eran incurables hasta que él empezó á estudiarlas.

Con razón sobrada dice el citado Dr. Verdes Montenegro:

«Semo y Politzer han sido objeto de grandiosos homenajes en sus países respectivos, homenajes á los cuales se han asociado siempre los laringólogos españoles. Justo es que, volviendo los ojos á nuestro país, se glorifique la figura de D. Ramón de la Sota y Lastra, uno de los creadores de la especialidad en España.

»La idea de celebrar el homenaje con un Congreso de Laringología en Sevilla, no puede ser más inspirada.

»El venerable anciano podrá ver cómo ha fructificado su obra. Cuantos allí se reúnan serán hijos intelectuales del laringólogo ilustre, obreros en un camino que él ha abierto y fecundan con su labor en un suelo que él ha roturado. Cuando

él practicaba, siguiendo á Federico Rubio, la extirpación de la laringe, y acudía á Inglaterra á defender su diagnóstico de la laringitis leprosa, acaso vislumbraría para la especialidad un porvenir como el que le va á ofrecer el Congreso que se celebre en su honor en la presente primavera. ¡Feliz el que ha podido realizar una obra científica importante, y logrado vivir lo suficiente para llegar á ver convertidos en árboles frondosos los delicados esquejes que cultivara!...

»Forman la comisión organizadora Cisneros, Horcasitas y Gereda...»

Cuando los hombres llegan á sobresalir de la manera que sobresale la Sota, inspiran interés vivísimo hasta los detalles más pequeños de su vida, y al conocerlos se encuentran frecuentemente los curiosos con que el eminente protagonista sobresale casi tanto en otros frutos intelectuales como en los que le dieron notoriedad, como ocurre con este sabio, que, además de laringólogo, es doctor en Filosofía y Letras y laureado poeta.

Varios centros de enseñanza pueden ufanarse de haberlo tenido en sus aulas, y antes de establecerse definitivamente en Sevilla fueron distintas, y lejanas unas de otras, las ciudades en que ejerció su profesión; aunque en Sevilla, donde reside de antiguo, es donde ha escrito sus mejores obras y donde ha conquistado su indiscutible fama; pero, como he dicho antes, no es natural de la *Perla del Betis*, sino del mismo Santander, donde vió la luz en 8 de Diciembre de 1832.

Recibió la instrucción primaria en la escuela particular de D. Valentín Pintado, y en 1842 principió el estudio de la latinidad, obteniendo en los exámenes la nota de sobresaliente, que siguió conquistando en casi todos los cursos de su carrera. En 1845 ingresó en el Colegio de las Escuelas Pías de Villacarriedo, donde aprendió los dos primeros años de Filosofía, y después de cursar el tercero en el Instituto de Santander se trasladó á la hermosa capital de Andalucía, en la que estudió el preparatorio de la Facultad de Medicina. De allí pasó á Cádiz para estudiar los siete años que entonces se exigían para

adquirir el título de médico, y el resultado de sus trabajos fué obtener en el primer año la nota de bueno; en el quinto y sexto la de notablemente aprovechado, y en el segundo, tercero, cuarto y séptimo la de sobresaliente, consiguiendo, por último, el anhelado diploma (que por circunstancias especiales revalidó en Méjico) en el 57; doctorándose después en la Escuela Libre de Sevilla, en cuya capital adquirió más tarde la carrera de Filosofía y Letras hasta el título de doctor.

Durante los años que permaneció en Cádiz, dió á conocer sus dotes de escritor con bellísimas producciones literarias, y entre las publicaciones que ostentaron su firma se contaban las siguientes: *La Revista Médica; La Amistad*, de la que fué fundador; *La Moda* y *El Comercio*, en el que escribió, en Diciembre del 59, una oda *A la Concepción Inmaculada de María*, que fué reproducida por *El Correo de Ultramar*, notable revista que se publicaba en París.

Si esto no fuera bastante para justificar su nombre de poeta, puede alegar también el doctor La Sota y Lastra el premio, consistente en una cítara de plata y diploma de socio de mérito, ganado con su leyenda *La Expiación* en el Certamen poético que en 1864 celebró en Lérida la *Academia Bibliográfica Mariana*.

Merced á sus condiciones de distinguido escritor y á sus acendradas creencias, ha sido además presidente de la Academia *La Juventud Católica de Sevilla*, en cuyas sesiones tomó parte muy activa con elocuentes discursos y bellísimas poesías.

Su amor al trabajo le llevó al mismo tiempo á desempeñar cátedras particulares en diferentes colegios de segunda enseñanza.

Pero donde más resalta la colosal figura del doctor La Sota es, como ya he indicado, en la difícil Facultad de Medicina y Cirugía, en la que viene figurando como uno de sus astros más brillantes; habiendo sido, durante un año, catedrático de Medicina legal y de Patología médica; durante cuatro, de Dermatología, y durante diez y nueve, de Patología quirúrgica; ma-

terias que ha explicado en la Escuela Provincial de Sevilla, donde, aparte de la enseñanza oficial, ha dado también un curso de Laringología y varias lecciones de enfermedades especiales de la garganta, cuya es su especialidad.

Ha ejercido su carrera en tres puntos diferentes: en Méjico, en la Habana y en Sevilla; lleva cincuenta y tres años de práctica, y ha pagado casi siempre la primera cuota de contribución.

Entre los muchos beneficios que el doctor La Sota ha reportado á la ciencia, contribuyó con el Dr. Ariza á introducir en nuestro país los estudios de Laringología; siguió al doctor Olavide y á otros eminentes dermatólogos en el noble empeño de propagar los conocimientos de Dermatología, y ayudó al citado Ariza en la publicación de la *Revista de Laringología y Otología* que éste fundó.

Colaboró en la *Crónica Médica* con los Dres. Rubio, Moreno, La Rosa, Ferrando y Arderíus; ha escrito mucho y bueno en todas las revistas de Laringología que se han publicado en España, y además ha favorecido con su firma los periódicos profesionales titulados *El Siglo Médico, Revista Médica de Sevilla, Revista de Medicina y Cirugía Prácticas, Archivii Italiani de Laringología,* que dirigía el eminente profesor Massei; *Revue de Laryngologie d'Ontonologie et de Rhinologie,* de París; *The Journal of Laryngology, Rhynology, Otology,* de Londres, y *The Anual of Universal Médical Sciences.*

Entre los trabajos del Sr. La Sota que han visto la luz en las mencionadas revistas, figuran los artículos y observaciones médicas siguientes: *Hipertrofia de las amigdalas; Angina granulosa primitiva; Angina de Luwrig; Acción patológica del tabaco en la garganta; Cuerpos extraños en las fosas nasales; Cuerpos extraños en el conducto faringo-esofágico; Sanguijuelas en las vías aéreas; Laringitis hemorrágica; Artritis cricoaritenoidea; Caracteres clínicos que distingue el cáncer, la lepra y el lupus de la garganta; Tratamiento local de la tisis laríngea; Traqueotomía en el período asfítico del crup; Una gran falsa*

membrana diftérica, extraída después de la traqueotomía; Parálisis de los abductores de las cuerdas vocales; Dos casos de esofagotomía; Extirpación de la laringe; Entubamiento de la laringe; Trece casos de entubamiento de la laringe; Quiste pretirodeo; Mis impresiones acerca del método de Koch, y muchos más.

Invitado por el Dr. Burnett á escribir artículos acerca de la laringitis luposa y de la laringitis leprosa, tuvo la satisfacción de unir su nombre á los de los más renombrados otólogos y laringólogos, en la obra titulada *System of diseases of the Ear Nore and Throat*, que se publicó en Filadelfia en 1895.

A pesar del tiempo que ha necesitado consagrar á sus profundos escritos originales, el doctor La Sota y Lastra ha utilizado los descansos en hacer varias traducciones que le enaltecen no poco. Tales son las de *Lecciones clínicas sobre enfermedades de la garganta*, del doctor italiano Massei; *Higiene de los órganos vocales*, del doctor inglés Morell Mackenzie, y *Enfermedades de la boca y de la laringe*, del doctor francés Ruault.

Al mismo tiempo que él ponía al alcance de sus compañeros españoles los mejores libros médicos de escritores extranjeros, eran vertidas varias producciones suyas á la generalizada lengua inglesa por el inteligente Dr. Boyd, director de la revista *Edimbur Médical Journal*.

El ilustre santanderino á quien tanto debe la ciencia española, y que tan grandes progresos ha realizado en las materias á que de antiguo se dedica, ha tenido la satisfacción de verse citado con encomio por el famoso laringólogo americano J. Solís Cohen, en el volumen quinto de la *Enciclopedia internacional de Cirugía*, editada en Nueva York; por Leunox-Browe, en su hermosa obra *La garganta y sus enfermedades*, publicada en Londres y en París; por Massei, en su tratado clásico de *Patología y terapéutica de la faringe, de las fosas nasales y de la laringe;* por D. Federico Gómez de la Mata, en su excelente *Tratado teórico-práctico de las enfermedades de la garganta;* por Boswortk, en su libro *Enfermedades de la nariz y de la garganta*, y por otros varios publicistas, franceses y alemanes,

como Moure, Lacoarret, Garel, Gonguenhein y Grünwald.

Todos estos méritos han valido al eminente La Sota y Lastra para ser, entre otras cosas, presidente de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras y Académico de la de Santo Tomás de Aquino, de Sevilla, y de la Médico-Filosófica de Bolonia; miembro de la Sociedad Laringológica Española, de Barcelona; socio extranjero de la de Laringología francesa y socio-corresponsal de la de Laringología americana de los Estados Unidos, siendo tan admirado de toda la clase médica de su especialidad, como lo demuestra el homenaje que ésta le va á tributar, durante el presente mes de Abril, en la ciudad de la Giralda.

Para confirmar cuanto he dicho acerca de la importancia científica de La Sota, creo pertinente dar á conocer la carta que desde Barcelona, y con fecha 14 de Diciembre de 1894, dirigió á dicho doctor su compañero D. Luis Comenge. Dice así:

«Sr. D. Ramón de la Sota y Lastra.

Muy señor mío y sabio maestro: De regreso de París, y cumplida del mejor modo en mi posible, la honrosa y difícil misión que me confiaron el *Hospital de niños pobres de Barcelona* y el Excmo. Sr. D. Francisco Peris Mencheta, quiero escribir á usted, mi docto amigo, dándole cuenta de algunas impresiones allí recibidas, de alguna observación muy capital llevada á cabo en los nosocomios franceses, donde se tratan enfermedades pertinentes á la especialidad que usted viene cultivando, desde luengos años, para honra de la patria y provecho de la ciencia médica.

Y es natural este comportamiento en quien cree con firme convicción que es el doctor de la Sota y Lastra el más eximio, el más entusiasta y el más peritísimo en los asuntos relacionados con los males de la garganta y el más hábil de nuestra nación en las difíciles intervenciones del arte quirúgico á la laringe aplicadas. Todos reconocen en usted al venerable maestro, no porque le agobien los años, sino por el caudal de experiencia; todos le consideran como apóstol infatigable y

elocuente de todo progreso laringológico, y le diputan por el más tenaz y el más sincero de los propagandistas á cuyo verbo y destreza debe la generación médica española contemporánea conocer en parte principal cuanto de más notable y útil se hace en el extranjero. Gracias á usted, al inolvidable Ariza y á D. Federico Rubio, entre nosotros, cuenta la nación con una falange de doctores que se consagran al cultivo de tan difícil especialidad con pujanza y frutos comparables á los extranjeros.

Por todos estos merecimientos y por su antigüedad gloriosa, más bien que propagandista, le corresponde ya la jerarquía y el título de patriarca de la laringopatía.

Durante mi última estancia en París, donde procuraba ver mucho y observar más, en el tiempo, siempre escaso, de una delegación; abrumado por el estudio de tanto enfermo, admirado ante los pulquérrimos cuidados que á los niños se les dedicaban, y la habilidad y destreza con que los profesores llenaban vitales indicaciones con el *entubamiento*, esa operación casi incruenta que tantos conflictos resuelve y tantas vidas salva; cuando yo palpaba las dificultades que sólo salvan la intuición genial, el ojo clínico, muchas veces pronuncié el nombre de usted y recordaba al punto sus hermosos y correctísimos escritos en *El Anfiteatro Anatómico* y en *El Siglo Médico*, que me deleitaban de joven; y admiraba al maestro que acertó á producir artículos rebosantes de doctrina en treinta y ocho revistas y periódicos nacionales y extranjeros, llevando así, y durante largo tiempo, á muchas naciones, valiosas muestras de que en España florecen hombres de ciencia comparables con los más reputados de fuera. En las nieblas de la práctica laringológica quería traer á la mente, con claridad, con la misma con que usted supo exponerlas, aquellas luminosas enseñanzas teórico-prácticas, atesoradas en sus diez y ocho producciones de índole médica, que tan justamente han exaltado su apellido, y no cuento las traducciones alemanas, inglesas, italianas y francesas de obras de su especialidad que, al entrar

en España por conducto de usted, han beneficiado pródigamente el terreno de la cultura profesional.

Y yo anhelaba traer al pensamiento todos sus hechos y escritos médico-quirúrgicos, no sólo para desvanecer dudas clínicas y alcanzar vislumbres pronósticos, si que también para satisfacción de mi patriótico orgullo, porque verdaderamente endulza el humor y produce bienestar inefable recordar á sabios compatriotas que atraen sobre todos nosotros una cierta aureola por ellos alcanzada, y cuyos fulgores traspasan los linderos de nuestra amada nación.

Mi alegría fué intensa y verdadera, Sr. D. Ramón, cuando en el hospital de *Enfants Malades*, en el departamento clásico para las enfermedades de la garganta, los más graves y frecuentes que aquejan á los niños, no sólo se aplicaba el entubamiento de la laringe con presteza y habilidad, si que, además, se prefería la abertura de la tráquea. Es decir, que me encontré con que aquella operación, años ha por usted aconsejada, por usted defendida, por usted propagada en nuestro país, con ardiente y sabia exposición, se llevaba á cabo en el corazón de Francia, llenando las capitales indicaciones por usted señaladas en plausibles escritos, entre los cuales recuerdo los titulados *Entubamiento de la laringe* y *Trece casos de entubamiento laríngeo*, tan nutridos de sólidos argumentos y agudas advertencias.

Que en su día no se prestó la necesaria atención á sus juicios, que no se dió todo el asenso á los mentados escritos, bien está; pero hoy puede usted, señormío, darse la satisfacción de saber que aquel método quirúrgico por usted preconizado, y denostado por varios, no sólo se practica con frecuencia, sino que, en tiempos cercanos, será procedimiento universal casi único. Porque, ó yo me equivoco, de medio á medio, ó el suero antidiftérico de Behring-Roux ha de franquear todas las puertas al entubamiento. Entiendo que el *serum* por sí solo, á pesar de su eficacia, para mí indudable, no desvanece ni conjura los conflictos y tormentos originados por el crup diftérico grave,

y juzgo que en los accesos de sofocación ó peligro de asfixia por causas múltiples, pellejuelos, infiltraciones, espasmos, etc., únicamente puede llenarse la indicación vital, que es normalizar ó restablecer la respiración abriendo un boquete en la tráquea ó asegurando el paso del aire por la laringe mediante el *tubaje*; y como este último proceder no exige bisturí, rajas ni cuchillos, ni da lugar á derrame de sangre, ni, en mi sentir, á tantas complicaciones posteriores, se impondrá la voluntad de los padres, y así hallo que el suero antidiftérico será el propagador más eficaz del entubamiento por usted preconizado, no obstante las discusiones que habrán de entablarse.

Así, pues, mi docto amigo, me complazco en felicitar á usted por sus añejos é inspirados trabajos, porque considero muy justo al seguir el rumbo de la práctica quirúrgica actual, volver los ojos hacia el ilustre especialista que, en pasados días y desde las márgenes del Guadalquivir, lanzó al mundo apreciaciones y consejos que no han caído en tierra estéril y hoy fructifican briosos para beneficio de la humanidad.

.....

Siempre á sus órdenes su afectísimo s. s., q. b. s. m., *L. Comenge*.—Barcelona, 14 Diciembre de 1894.»

Teniendo en cuenta todos los datos apuntados, creo que nadie negará que el doctor de la Sota y Lastra tiene más que merecido el tributo de admiración que van á tributarle en Sevilla los cultivadores españoles de su difícil especialidad.

José Cascales y Muñoz

RECONOCIMIENTO POR ESPAÑA DE LA REPÚBLICA ARGENTINA

II Y ÚLTIMO

Antes de que Albístur emprendiese su viaje á los Estados del Plata, tenía ya conocimiento el Gabinete de Madrid de alguna de las principales dificultades con que había de lucharse para concertar con la Argentina el Tratado de reconocimiento.

Por Real orden de 4 de Septiembre de 1854 se había recomendado al Encargado de Negocios en Montevido, que el señor Cuyás y Sampere—un español que tenía negocios importantes y relaciones en el lado occidental del Plata, y cuyos servicios se habían utilizado ya otras veces—pasase á Paraná y emplease su influencia en hacer comprender al general Urquiza la conveniencia de que se diese al Sr. Alberdi plenos poderes para concluir en Madrid el Tratado de reconocimiento.

El Sr. Cuyás cumplió su misión, y pudo comunicar al Ministro de Estado que el Plenipotenciario argentino estaba provisto de los elementos necesarios para llevar á término las negociaciones; pero no se limitó á adquirir esta seguridad, sino que al propio tiempo abordó dos cuestiones interesantísimas, acerca de las cuales importaba mucho conocer la actitud del Gobierno de Paraná la cuestión de la deuda y la cuestión de la nacionalidad de los hijos de españoles nacidos en la Repú-

blica, porque una y otra constituían los dos puntos en que podían fracasar las negociaciones.

A cerca del primero, hizo notar el Sr. Cuyás la generosidad del Gobierno de S. M. C., que, renunciando á las ventajas que la práctica seguida en semejantes casos le ofrecía, tomaba sobre sí el importe total de la deuda, con excepción de la parte contraída en cada una de las Repúblicas durante la lucha sostenida para conseguir su emancipación; demostró lo indeclinable de este proceder, é hizo presente que la parte de deuda que correspondía á la Confederación era sumamente pequeña, y no podía afectar á los intereses presentes del Erario, y que España exigía esa condición por decoro, no por egoísmo. La respuesta del Gobierno argentino fué muy satisfactoria, pues no sólo reconocía la justicia de esa condición, sino que permitía esperar que ese asunto no ofreciese dificultad alguna, pues en ese sentido había sido tratado en las instrucciones dadas á Alberdi, y lo relativo á la indemnización por las fincas confiscadas estaba ya garantido por las leyes de la República.

No ofrecía el mismo aspecto la segunda cuestión, y el señor Cuyás lo expuso sin rodeos al Gabinete de Madrid. «La con»servación de la nacionalidad española—dijo—á los hijos de »padres españoles residentes en la Confederación y nacidos en »ella, será, en mi opinión, el punto más difícil de allanar. Esta »concesión es antipática á todas las clases; sobre ella no hay »opiniones divergentes; todos uniformemente la rechazan, con»siderándola opuesta á su engrandecimiento futuro. Si, como »es presumible, la habilidad del negociador español no pudiese »hacer prevalecer los fundamentos del derecho en que este »principio se apoya, ruego á V. E. tenga la dignación de dis»pensarme si me avanzo á manifestar la opinión de que esta »concesión no la conceptúo de tanta importancia para el inte»rés material de España. Si los trastornos políticos continúan »en los Estados del Plata, una parte de los españoles residen»tes en ellos procurarán el apoyo de la bandera de sus pa»dres; mas cuando la calma suceda á las tempestades políticas,

»preferirán el de su país natal, al que profesan generalmente »más inclinación y simpatía, según lo ha mostrado la expe»riencia de todos los tiempos» (1).

Estas observaciones, cuya fuerza no es posible desconocer, no hicieron variar de criterio al Gobierno español. «En cuanto »á la nacionalidad de los hijos de españoles—dijo el Ministro »de Estado, contestando al Sr. Cuyás—, es de sentir que el Go»bierno argentino no se muestre por ahora muy dispuesto á »aceptar la cláusula relativa á este punto, que se encuentra »también en los Tratados con otras Repúblicas hispanoame»ricanas. Precisamente esta circunstancia, como usted com»prenderá, hace poco menos que imposible que el Gobierno es»pañol cambie, al tratar sobre la nacionalidad de los españoles »nacidos en la Confederación, los principios que ha sostenido »en las negociaciones con otras Repúblicas de ese Continente; »y si bien no carece de importancia la observación de usted »sobre el mayor ó menor interés de España en no ceder á la »pretensión del Gobierno argentino en la cuestión mencionada, »median otras consideraciones superiores á las del verdadero »interés de que no es fácil prescindir. El derecho de casi todas »las naciones reconoce la nacionalidad del padre en los hijos »nacidos en el extranjero que la reclaman; y aunque, como us»ted supone, los hijos de españoles nacidos en América opta»rán por la nacionalidad del país natal cuando cesen las aza»rosas circunstancias que están atravesando, es el hecho que »hoy miran éstos la nacionalidad española como un beneficio »que no puede negarles el Gobierno español, y ciertamente »sería poco decoroso, y aun contrario á las leyes fundamentales »españolas, el admitir los especiales é inusitados principios en »que habrá de fundarse la indicada pretensión del Gobierno »argentino para imponer su nacionalidad á los españoles naci»dos en la República» (2).

(1) Comunicación del Sr. Cuyás y Sampere al Ministro de Estado; fecha, Montevideo, 2 de Febrero de 1855.

(2) Comunicación del Ministro de Estado al Sr. Cuyás y Sampere; fecha, 5 de Abril de 1855.

Colocada en este terreno la cuestión, y teniendo en cuenta las razones que militaban en favor de la República Argentina para sostener su criterio en lo relativo á la nacionalidad de los hijos de extranjeros, fácilmente se comprendía la dificultad de llegar á un acuerdo. Sin embargo, el Gobierno español no desistió de sostener su punto de vista, que fué una de las principales causas del enorme retraso que sufrió la conclusión del Tratado.

También contribuyó á esto la contradicción que se observa en la conducta del Gabinete de Madrid respecto del lugar en que habían de llevarse á cabo las negociaciones, pues habiendo sostenido repetidamente que era indispensable que los representantes de las Repúblicas viniesen á negociar en esta corte, y no obstante la enseñanza que entrañaba el fracaso de la misión confiada al Sr. Creux, se nombró al Sr. Albístur, como queda dicho, para que fuese á tratar en Paraná ó en Buenos Aires. El primer efecto de este nombramiento fué retrasar la venida del Sr. Alberdi, al que dió orden de suspender su viaje el Gobierno argentino tan pronto como supo que el de España le enviaba un Plenipotenciario.

El Sr. Albístur llegó á Montevideo el 15 de Mayo de 1855, y poco después se trasladó á la otra orilla del Plata, entrando en negociaciones con el Gobierno de Paraná y presentando un proyecto de Tratado calcado sobre los celebrados por España en Costa Rica y Nicaragua. A ese proyecto hizo el Plenipotenciario argentino importantes objeciones.

Nuestro representante exigía que se reconociesen como deuda de la República los créditos españoles que pesasen sobre aquella antigua provincia de España y fuesen anteriores á su independencia, ya procediesen de órdenes de las autoridades entonces allí establecidas, ya de órdenes directas del Gobierno de la metrópoli, y el Plenipotenciario argentino admitía los que procedían de órdenes de aquellas autoridades, pero se negaba á reconocer como deuda de la República los créditos procedentes de órdenes de nuestro Gobierno. Además

dicho Plenipotenciario no aceptaba que esa deuda tuviese carácter alguno privilegiado para su pago, y la equiparaba á la interior.

Respeto de la nacionalidad, el representante de la Argentina reconocía la facultad de recobrar aquélla á los españoles que por efecto de las pasadas discordias hubiesen tenido que renunciarla, pero manifestaba que no se obtendría nunca que un Gobierno reconociese por español al hijo de español nacido en el territorio de la República.

Negábase también el Plenipotenciario argentino á conceder á los Cónsules de España la facultad de intervenir exclusivamente en los abintestatos de españoles y sólo los facultaba para nombrar curadores que administrasen los bienes del difunto, y respondiesen de ellos á los acreedores y á los herederos legítimos; y, finalmente, en cuanto á la extradición de marineros desertores, el Gobierno argentino consentía en la de los marineros de guerra, pero no en la de los buques mercantes.

Tales eran las principales diferencias entre el proyecto y contraproyecto; en todo lo demás eran éstos idénticos, y en uno y otro se incluía el interesantísimo artículo por el cual se adhería España al Tratado que para la libre navegación de los ríos Paraná y Uruguay había celebrado la Confederación con Inglaterra, Francia y los Estados Unidos. Los puntos de diferencia no eran muchos, pero en cambio dos de ellos, especialmente, tenían verdadera importancia y hacían difícil el que se llegase á una solución satisfactoria.

En lo relativo á la deuda, tenía en cuenta el Gobierno español, para no transigir, que no habiendo celebrado aún Tratados de reconocimiento con el Perú y otras Repúblicas, si admitía el criterio de la Argentina, no podía pensar en obtener de aquéllas otras mayores ventajas, y muchos españoles quedarían privados de la esperanza de recobrar en su día los intereses y hacienda que tenían en América. Por esto el Plenipotenciario español declaró que no firmaría nunca el Tratado si en ese punto no se aceptaba su propuesta.

Respecto de la nacionalidad, el Gobierno español estimaba que era para él cuestión de decoro el sostener el criterio del proyecto, pues debía prestar su protección á los españoles que habían permanecido fieles á la madre patria, y que por su riqueza y prestigio podían acrecentar grandemente nuestra influencia en América, y tenía además en cuenta que el derecho público de Europa y de casi todos los países reconocían el principio de que la nacionalidad es potestativa, que el hijo de un extranjero sigue durante la menor edad la nacionalidad del padre, y que cuando es mayor opta por la de éste ó por la del país en donde ha nacido.

Dados estos puntos de vista, y aun reconociendo cuánto nos interesaba concluir Tratados de paz con la República del Plata, nada tiene de particular que se ordenase al Sr. Albístur que, si en un plazo de cuatro meses, desde el recibo de la comunicación en que así se disponía, no lograba concluir satisfactoriamente su misión, diese ésta por terminada de un modo oficial, y se retirase dejando en Paraná un mero agente consular (1).

La imparcialidad exige que se consigne que el Gobierno de Paraná, no obstante las dificultades surgidas, continuaba mostrando un espíritu de benevolencia y amistad hacia España, como lo prueba el lenguaje empleado por el Ministro de Relaciones Exteriores, D. Juan María Gutiérrez, en la Memoria presentada al Congreso federal legislativo de 1856.

«El Gobierno de S. M. la Reina de España—dijo—, que tie»ne repetidas pruebas de la buena voluntad de nuestro Gobier»no para con la nación de que provenimos, se dignó acreditar »cerca del Presidente de la República un Cónsul general y Ple»nipotenciario al mismo tiempo para celebrar un Tratado de »reconocimiento, paz y amistad entre S. M. la Reina de Espa»ña y la Confederación Argentina.—El Excmo. Sr. D. Jacin-

(1) Real orden del Ministro de Estado al Sr. Albístur; fecha, 5 de Septiembre de 1856.

»to de Albístur fué reconocido en este carácter en 7 de Noviembre de 1855, y, en consecuencia, presentó el proyecto de Tratado, registrado bajo el número 1 entre los documentos adjuntos.—El número 2 es el contraproyecto que creyó deber redactar el Plenipotenciario argentino. — El protocolo de esta negociación (número 3) informa suficientemente del resultado de esta misión que ha quedado pendiente.—El representante del Gobierno de S. M. la Reina ha demostrado en esta ocasión la liberalidad de principios y la amistosa benevolencia que animan á su Gobierno con respecto á la Confederación. Sin embargo, el Plenipotenciario argentino creyó que la manera como se proponía la reparación de los perjuicios que pudo haber causado la guerra de la independencia á los súbditos y al Fisco de la España, no era aceptable sin grave é indebida responsabilidad por parte de nuestro Tesoro nacional.—La reforma en esta parte del proyecto se ha sujetado, como lo notará el Congreso, á los antecedentes de la materia, á las leyes en vigencia y á la igualdad completa entre los súbditos del Gobierno español y los ciudadanos argentinos.—Esta negociación, aunque interrumpida, es un paso más dado en el camino abierto desde muy atrás á las buenas relaciones é inteligencia con el Gobierno de la Península.—Ya sea que se restablezca esta negociación en mérito de nuevas instrucciones que reciba el Plenipotenciario español, ó que nuestro Encargado de Negocios cerca de S. M. la Reina arribe á firmar un Tratado digno de la aprobación del Ejecutivo y del Congreso, en uno ú otro caso es de esperar que no transcurra mucho tiempo sin que las relaciones entre ambas naciones reposen en estipulaciones terminantes y solemnes, como es el vivo deseo de nuestro Gobierno» (1).

De esto tenía conocimiento el Gobierno español antes de expedir la Real orden, por lo cual no cabía fundar grandes es-

(1) *El Nacional Argentino*, de Paraná, correspondiente al 4 de Junio de 1856.

peranzas en el resultado de la negociación. El rompimiento, sin embargo, si llegaba á efectuarse, habría dificultado grandemente las relaciones entre España y la Confederación argentina, aplazando, quién sabe por cuánto tiempo, el reconocimiento de ésta, con grave daño de nuestros intereses; pero por fortuna no ocurrió así, pues antes de que terminase el plazo de los cuatro meses, llegó á Madrid el Plenipotenciario del Gobierno de Paraná.

En efecto; cumplido por el Sr. Alberdi el objeto de su misión en Londres, París y Roma, esto es, reconocido como representante de la Confederación, creyó llegado el momento de trasladarse á Madrid, y así lo hizo en Enero de 1857, celebrando su primera entrevista con el Ministro de Estado, marqués de Pidal, el 22 del mismo mes. Por cierto que, á poco que hubiese retrasado su viaje, no lo habría efectuado, pues no había hecho más que comenzar las negociaciones cuando recibió orden del Vicepresidente de la República de postergar su venida á esta corte (1). Sin duda el Gobierno de Paraná, en vista de que no podía llegar á un acuerdo con el Sr. Albístur, creía conveniente aplazar toda negociación; pero el Sr. Alberdi no lo entendió así, y haciendo caso omiso de esa orden, se entendió con el Ministro de Estado, y el 29 de Abril firmó dos Tratados: uno de paz y reconocimiento y otro consular.

Reconoce el propio Sr. Alberdi que el marqués de Pidal vacilaba, y explica en los siguientes términos cómo pudo llevar á cabo su misión: «Pero todos esos medios—dice aludiendo á la presentación de un *Memorándum*—por sí solos hubiesen sido insuficientes para decidir á Madrid á tratar con la »Confederación en los términos en que lo hizo, por la multitud »de resistencias que se suscitaban allí á nuestra causa. Buenos »Aires tenía en Madrid un agente confidencial bien relacionado, y muchos Cónsules influyentes en España que trabajaban,

(1) Así lo afirma el mismo Sr. Alberdi en un folleto que publicó en París con fecha 1.° de Febrero de 1860.

»apoyados desde París por otro agente, para estorbar las ne»gociaciones de la Confederación. Esas influencias y conside»ración de que nuestro Gobierno pedía el reconocimiento de la »Confederación en términos que comprendiesen á Buenos Aires »(cuya provincia, que contenía casi toda la población é intere»ses españoles en el Plata, se hallaba justamente separada de »hecho de esa misma Confederación que negociaba en su nom»bre), hacían naturalmente vacilar al marqués de Pidal, Minis»tro de Relaciones Exteriores del Gobierno de Madrid; pero los »consejos del marqués de Turgot, embajador de Francia, y de »lord Howden, Ministro de Inglaterra en España, dados en »nombre de sus Cortes respectivas, contribuyeron poderosa»mente á decidir al Gobierno de Madrid por la celebración del »Tratado de reconocimiento, mediante el cual tomó ese Gobier»no, respecto del nuestro, la misma actitud que ya tenían los »de París y Londres» (1).

Algo más que lo que dice el Sr. Alberdi debió motivar las vacilaciones del marqués de Pidal.

Las instrucciones del Gobierno de Paraná á su Encargado de Negocios en Madrid eran muy amplias; pero en esa misma amplitud había cierta vaguedad peligrosa para el éxito de la negociación. «En las actuales circunstancias—se decía al señor »Alberdi—sería de importancia obtener de una manera satis»factoria el reconocimiento de la independencia y nacionali»dad argentina, interviniendo en el acto el Gobierno nacio»nal.—A este respecto hará V. S. cuanto crea conducente, ya »sea echando las bases de un arreglo, ó ya sea procediendo á »celebrar Tratados... V. S. está al cabo de la política que »debe guiarnos para con la España. Ella es una nación que »debemos tratar al igual de las demás de Europa, y manifes»tarle que ni sombra existe ya entre nosotros de los enojos que »produjo la guerra de la independencia.» Además, el Sr. Alberdi tenía ideas muy distintas de las que el Gobierno de Pa-

(1) Alberdi.—Folleto citado.

raná había sostenido en la negociación seguida por el Sr. Albístur, y aunque claro es que el uso que de sus poderes hiciera el Sr. Alberdi sólo era de cuenta de éste, no podía menos de temer el marqués de Pidal que al cabo y al fin resultase inútil la negociación.

Sin embargo, el Tratado se hizo, como queda dicho, y se hizo en términos muy favorables á los puntos de vista del Gabinete de Madrid.

En el artículo 1.° se consignaba que S. M. C. reconocía como nación libre, soberana é independiente, á la República ó Confederación Argentina, «compuesta de todas las provincias mencionadas en su Constitución federal vigente y de los demás territorios que legítimamente le pertenecen ó en adelante le pertenecieren». De este modo se salvaba la dificultad que ofrecía la situación de Buenos Aires, pues si esta provincia lograba afirmar su independencia, nada contra ello se habría hecho por parte de España, y si, por el contrario, volvía á formar parte de la Confederación, comprendida quedaba en el Tratado. Nosotros no prejuzgábamos el resultado de la lucha.

Respecto de la cuestión de la deuda, el éxito del Gabinete de Madrid fué completo. «La República Argentina—se decía en el art. 4.°—,considerando que es justo y natural que suceda á la Corona de España en las cargas y deberes, así como le sucede en los derechos y privilegios inherentes al Gobierno de dicho país, reconoce solemnemente por el presente Tratado, como deuda consolidada de la República, tan privilegiada como la que más (en consonancia con lo que ya estableció espontáneamente en sus leyes), todas las deudas contraídas por el Gobierno español y sus Autoridades, únicamente en las antiguas provincias de España, que forman hoy, ó lleguen á formar, el territorio de la República Argentina.—A esta deuda de la nación argentina corresponden, por consiguiente, todos los créditos por pensiones, sueldos, suministros, anticipos, fletes, empréstitos forzosos, depósitos, contratos y cualesquiera otros, ya de guerra, ya anteriores á ella, que pesasen sobre las

mencionadas provincias, siempre que procedan de órdenes directas del Gobierno español ó de sus autoridades allí establecidas hasta la época en que éstas evacuaron completamente aquel país.» «Como garantía de la deuda procedente de la estipulación contenida en el artículo anterior—se añadía en el 5.°—,el Gobierno de la República procurará, en cuanto lo permitan las circunstancias, establecer un fondo de amortización especial en favor de estos créditos.»

Además, y esto era muy importante para los españoles, ambos Gobiernos se comprometían á devolver los bienes secuestrados ó confiscados, indemnizando por los desperfectos que hubieren sufrido.

El otro punto objeto del litigio, el referente á la nacionalidad, se resolvía también con arreglo al criterio del Gobierno español. «Los hijos de españoles nacidos en el territorio de la República Argentina—decía el art. 8.°—seguirán la nacionalidad de su padre durante la menor edad. En saliendo de la patria potestad tendrán derecho á optar entre la nacionalidad española y argentina.—Aquellos españoles que hubiesen residido en la República Argentina y adoptado su nacionalidad, podrán recobrar la suya primitiva, si así les conviniere, para lo cual tendrán el plazo de un año los presentes y de dos los ausentes. Pasado este término se entenderá definitivamente adoptada la nacionalidad de la República.—La simple inscripción en la matrícula de nacionales que deberá establecerse en las Legaciones y Consulados de uno y otro Estado, será formalidad suficiente para hacer constar la nacionalidad respectiva.—Los principios y condiciones que establece este artículo serán igualmente aplicables á los ciudadanos argentinos y á sus hijos en los dominios españoles.»

El triunfo del negociador era completo, tan completo que por lo mismo resultaba sospechoso, porque no parecía admisible que el Gobierno de Paraná hubiese cambiado de un modo tan absoluto de criterio; y, en efecto, bien pronto pudo saberse que los ministros del general Urquiza rechazaban la obra del

Sr. Alberdi, alegando que los artículos 4.° y 8.°, esto es, los referentes á la deuda y á la nacionalidad de los hijos de los españoles, se oponían á las instrucciones que aquél tenía. El Plenipotenciario argentino se defendió, manifestando que las varias órdenes que se le habían dado no eran armonizables. «Siendo »contradictorias mis instrucciones—dijo—,yo no podía seguir»las todas á la vez; y como yo no creía haber recibido plenos »poderes para poder tratar absolutamente, me decidí á tra»tar conformándome con la parte de mis instrucciones, que es»taba en armonía con el derecho de gentes en los puntos rela»tivos á la deuda y á la ciudadanía, y con las altas miras de »nuestra política argentina en favor de la independencia y de »la integridad de la nación» (1).

No obstante esto, cuando algunos meses después participó el Sr. Albístur que las Cámaras de la Confederación Argentina habían decretado una ley de ciudadanía, en cuyo art. 3.° se consignaba el derecho de los hijos de extranjeros de optar por la nacionalidad de sus padres (2), pudo creerse destruído el mayor de los obstáculos que se oponían á la ratificación del Tratado; mas esta creencia duró poco, porque no pasó mucho tiempo sin que el Gobierno argentino diese á aquella ley una interpretación completamente opuesta al punto de vista español.

Fundado en dicha ley, el Vicecónsul de España en Gualeguaychi dirigió una reclamación al Ministro de Relaciones Exteriores de Paraná, con motivo de haber sido incluído en quintas un individuo que aparecía inscrito en la matrícula de aquel Viceconsulado; pero el Ministro no accedió á la petición, manifestando que no podía tener efecto retroactivo, pues «sólo com»prendía á los hijos de los extranjeros que, después de haber »sido sancionada aquella disposición legislativa, hubiesen cum»plido la edad legal para manifestar su libre voluntad».

(1) Alberdi.—Folleto citado.

(2) Despacho del Sr. Albístur al Ministro de Estado; fecha, Montevideo, 4 de Diciembre de 1857.

Semejante interpretación podría ser muy violenta, pero estaba perfectamente justificada. El mismo Plenipotenciario español lo reconocía así. «La América—decía el Sr. Albístur—»está aún en embrión y dominada por la anarquía; necesita im»periosamente, como primera condición de vida y estabilidad, »la organización de nacionalidades fuertes y compactas: estas »nacionalidades sólo pueden formarse con el auxilio de la aglo»meración de los habitantes del antiguo Continente que va»yan á robustecer la escasísima población que hoy se agita en »aquellas vastas soledades; de esta amalgama surgirán y se for»marán las nuevas nacionalidades» (1). De tal suerte creía el Sr. Albístur que era de interés capital para América el que los descendientes de los extranjeros formasen parte de sus nacionales, que, á pesar de las seguridades dadas por el general Urquiza, insistía en que el Tratado no sería ratificado, ó al menos no lo sería sin alguna modificación en el artículo relativo á la nacionalidad. Por esto, y teniendo en cuenta que si el Gobierno de S. M. mantenía su criterio, no sería posible adelantar un paso, y que en tales condiciones no resultaba decorosa la permanencia de un agente español cerca del Gabinete de Paraná, pedía se le relevase de su cargo.

Nada resolvió por entonces el Gobierno español. Hallábase éste muy apegado á su criterio; y, sin embargo, las razones que alegaba el Sr. Albístur eran de verdadero peso.

«Los hijos de los españoles nacidos en América—decía—»son los que más amor abrigan en su pecho al suelo en que na»cieron. Esta verdad evidente, incuestionable, para cuantos »conocen la América española, está confirmada por el testimo»nio de la Historia.—Hijos fueron de españoles los más ardien»tes iniciadores y sectarios del movimiento de independencia »en la América española.—El corazón de los que nacen en »América es todo animoso, se apega al suelo en que han naci-

(1) Despacho del Sr. Albístur al Ministro de Estado; fecha, 4 de Diciembre de 1857.

»do mucho más que á la nacionalidad de sus padres.—Sin em-»bargo, es indudable que si los americanos hijos de españoles »pudieran inscribirse en los Registros de las Legaciones y Con-»sulados de S. M., acudirían á verificarlo, porque esa inscrip-»ción les salvaría de las penalidades y peligros del servicio de »las armas, y les proporcionaría una protección respetable el »día en que el partido político á que perteneciesen fuese »vencido.

»¿Y cuál sería la consecuencia de esto?—añadía.—Imponer »al Gobierno español el inmenso gravamen de proteger á mi-»llares de individuos que han nacido lejos de España, que nun-»ca se proponen pisar el suelo español, que no contribuyen con »su sangre ni con su hacienda á la defensa ni al sostenimiento »de la nación española, y que sólo acudirían á guarecerse bajo »su bandera, para que el Gobierno español, considerándolos »como españoles, les protegiese de los conflictos que como »americanos se atraerían. ¿Puede ser esto nunca conveniente »para España? ¿Puede haber ni conveniencia ni justicia en »imponer á la nación española la obligación de gastar la san-»gre y los tesoros de sus verdaderos hijos para ir á proteger á »los que nada tienen de españoles?» (1)

El Gobierno no dejó de estimar importantes las considera-ciones expuestas por el Sr. Albístur, si bien insistiendo en que para España era una cuestión de decoro el no abandonar á sus nacionales, no modificó su criterio; pero comprendiendo, sin duda, que era inútil mantener en Paraná un Plenipotenciario que nada podía hacer, y, sobre todo, un Plenipotenciario que estaba en desacuerdo con su jefe, decidió suprimir el cargo, y así lo hizo, declarando cesante al Sr. Albístur, por decreto de 12 de Noviembre de 1858. De modo que, en realidad, vinie-ron á quedar interrumpidas las relaciones diplomáticas entre ambos países.

(1) *Relaciones entre España y los Estados del Río de la Plata*, por don Jacinto Albístur.—Madrid, 1861.

Justo es decir que en este caso correspondió á la Confederación Argentina la iniciativa de reanudar las negociaciones.

En efecto; el 2 de Marzo de 1859, el Sr. Alberdi dirigió una Nota al Ministro de Estado de S. M., proponiendo que se abriese una nueva negociación para modificar el Tratado de 1857, no ratificado, é indicando que podría darse la correspondiente plenipotencia al Embajador de España en París, pues el estado en que se encontraban varios asuntos graves y urgentes que su Gobierno le tenía encomendados en dicha capital y en Londres, no le permitían venir á Madrid por el momento.

Proponía el Sr. Alberdi que, en cuanto á la cuestión de nacionalidad, se aceptase lo dispuesto en la ley argentina de 1857, que otorgaba á los hijos de extranjeros el derecho de optar, al llegar á la mayor edad, entre la nacionalidad del padre y del país de su nacimiento; y en cuanto á lo relativo á la deuda, pedía que se reprodujese el artículo correspondiente del Tratado hecho por España con Venezuela (1); pero el Gobierno, sin entrar en el fondo, hubo de contestar al Plenipotenciario argentino que estaba dispuesto á entrar en negociaciones con él, siempre que se trasladase á Madrid, aunque fuese en un plazo muy breve, tanto porque así se evitarían las dificultades y las dudas á que podía dar lugar el negociar por escrito, y se conciliarían más fácilmente y en menos tiempo los deseos y las voluntades de una y otra parte, como también porque el

(1) El art. 5.º del Tratado con Venezuela de 1845, á que se alude, decía así: «La República de Venezuela, animada de sentimientos de justicia y equidad, reconoce espontáneamente como deuda nacional consolidable la suma á que ascienda la deuda de Tesorería del Gobierno español que conste registrada en los libros de cuenta y razón de las Tesorerías de la antigua Capitanía general de Venezuela, ó que resulte por otro medio legítimo y equivalente; mas siendo difícil, por las peculiares circunstancias de la República y la desastrosa guerra ya felizmente terminada, fijar definitivamente este punto, y anhelando ambas partes concluir cuanto antes este Tratado de paz y amistad como reclaman los intereses comunes, han convenido en dejar su resolución para un arreglo posterior, etc.

Gobierno de S. M. no podía seguir negociaciones de la índole expresada sin alterar el propósito irrevocable que había formado de negociar en Madrid los Tratados que hubiese de ejecutar con los Estados constituídos en las antiguas posesiones españolas en América (1).

Alberdi contestó mostrándose conforme con esta última consideración y anunciando su propósito de venir á Madrid tan pronto como le fuese posible (2); y así, en efecto, lo llevó á cabo, llegando á esta corte en la segunda quincena de Mayo y celebrando su primera conferencia con el Ministro de Estado, que lo era D. Saturnino Calderón Collantes, el 26 de dicho mes.

Tanto el Gobierno español como el de Paraná habían modificado algo su criterio sobre los puntos objeto de discordia, comprendiendo que de otra suerte no podían llegar á un acuerdo, y así fué que las conferencias que celebraron ambos Plenipotenciarios condujeron á una solución satisfactoria.

Respecto de la cuestión de nacionalidad, se suprimió el párrafo primero del art. 8.° del Tratado de 1857, que decía: «Los hijos de españoles nacidos en el territorio de la República seguirán la nacionalidad de su padre durante la menor edad. En saliendo de la patria potestad, tendrán derecho á optar entre la nacionalidad española y la argentina.» En vez de esto, se consignó que para fijar la nacionalidad de españoles y argentinos se observasen las disposiciones contenidas en el art. 1.° de la Constitución española y en la ley argentina de 7 de Octubre de 1857. En el fondo, esto implicaba el triunfo del criterio mantenido por España.

En el art. 4.° del Tratado de 1857, relativo á la deuda, se suprimió el párrafo que decía: «A esta deuda de la nación argentina corresponden, por consiguiente, todos los créditos por

(1) Nota del Ministro de Estado al Sr. Alberdi; fecha, 20 de Marzo de 1859.

(2) Nota del Sr. Alberdi al Ministro de Estado; fecha, París, 31 de Marzo de 1859.

pensiones, sueldos, suministros, anticipos, fletes, empréstitos forzosos, depósitos, contratas y cualesquiera otros, ya de guerra, ya anteriores á ella, que pesasen sobre las mencionadas provincias, siempre que procedan de órdenes directas del Gobierno español ó de sus autoridades allí establecidas, hasta la época en que éstas evacuaron completamente aquel país.» Lo demás quedó sustancialmente lo mismo, pero se agregó la fecha del 25 de Mayo de 1810 como la de la evacuación por España del territorio que formaba la República.

A la adopción de esa fecha opuso cierta resistencia el Gobierno español, insistiendo en ello el Sr. Alberdi con razones de no escaso peso: «Yo no tengo más razón para desear que »esa fecha se consigne en el Tratado—dijo (1),—que la de es»tarme prevenido así en mis instrucciones, y el interés de no »exponer el Tratado, por una omisión secundaria, á nuevas »objeciones de forma.—Mi Gobierno ha visto en la omisión »que se hizo de esa data en el Tratado que firmé anteriormen»te, una especie de vacío, comparándole con los Tratados cele»brados con Méjico, que la fija en 1821, y con el Ecuador, que »la fija en 1822. El Tratado con Venezuela no fija fecha pre»cisa, porque dejó ese punto para un arreglo ulterior. El Tra»tado de Chile tampoco la fijó, por la razón sabida, que la »autoridad española, depuesta allí en 1810, fué restablecida »en 1814. Por lo demás, sólo los Tratados más recientes firma»dos con Costa Rica y Nicaragua han dejado de señalar una »data fija, que tiene por único objeto prevenir nuevas discu»siones. Así, esta dificultad de simple forma está reducida para »mi país á una cuestión de susceptibilidad, mientras que para »España nada significa, pues ha fijado esa fecha en otros Tra»tados con Repúblicas americanas. Nosotros probamos la »exactitud de la data histórica que proponemos con el testi»monio de toda nuestra legislación, que he puesto en manos

(1) Carta confidencial del Sr. Alberdi al ministro de Estado; fecha, Aranjuez, 14 de Junio de 1859.

»de V. E. En ninguno de sus actos se alude á autoridades es-»pañolas que estuviesen en las provincias de la actual Repú-»blica Argentina después de 1810. Entretanto yo no conoz-»co absolutamente dato histórico en que se apoye la dificultad »que ustedes tienen para admitir esa data. Si á esto se agrega »que la deuda de que se trata fué ya reconocida y pagada por »nosotros mismos, no creo que la dificultad de la fecha indi-»cada pueda detenernos en la conclusión del importante nego-»cio ya arreglado.»

Concluyó por ceder el Gobierno español, y habiéndose consignado la fecha del 25 de Mayo de 1810 en el Tratado, pudo ultimarse éste, que se firmó el 9 de Julio de 1859, canjeándose las ratificaciones en Madrid el 27 de Junio de 1860.

El reconocimiento de la independencia de la República Argentina quedaba consumado en forma legal, y la larga, accidentada y dificilísima negociación entre los Gobiernos de Madrid y de Paraná recibía una solución que parecía por igual satisfactoria para uno y otro. Sin embargo, el Ministro de Estado de la Reina no podía hacerse ilusiones: toda la importancia del Tratado estribaba para España en que éste fuese aceptado por Buenos Aires; y dada la situación en que este Estado se encontraba respecto de las otras trece provincias argentinas, era de temer que no lo aceptase, y así sucedió.

Con fecha 24 de Marzo de 1860, el Ministro de Relaciones Exteriores de Buenos Aires se dirigió al Ministro de Estado de S. M. C. formulando una protesta contra el Tratado; protesta en la cual, después de reseñar los antecedentes de la cuestión que dividía á los argentinos, añadía:

«Tal era, Sr. Ministro, la situación de estos países con »relación á su vida exterior, cuando el Pacto de 11 de No-»viembre de 1859 (1) vino á poner un término á situación tan

(1) La lucha entre Buenos Aires y las trece provincias de la Confederación terminó en 1859 en la batalla de Cepeda, que obligó á aquel Estado á someterse y concertar un acuerdo, el Pacto de 11 de Noviembre de

»llena de inconvenientes, reconociendo el Gobierno de la Con-»federación Argentina el derecho que había sostenido siempre »Buenos Aires de examinar la Constitución federal y de en-»mendarla, si así le conviniese, antes de incorporarse á la Con-»federación y de recibir dicha Constitución como la ley común »de la nación. Este acto transcendental y que se está practican-»do con toda lealtad en los momentos en que el abajo firmado »tiene el honor de dirigir á V. E. esta comunicación, será á »juicio de V. E. la prueba más clara y concluyente de la »ausencia en que se hallaba Buenos Aires de toda dependencia »política de las leyes y autoridades de la Confederación Ar-»gentina cuando se celebraba el Tratado con la España en 9 »de Julio de 1859; época precisamente en que Buenos Aires »sostenía con las armas lo que logró conseguir en el Pacto que »consagró sus derechos. En virtud de esta exposición de cau-»sas, tan sencilla y clara—añadía—,el Gobierno de Buenos »Aires, amparado por su legítimo derecho, se considera en el »deber de protestar, como lo hace, para ahora y para siempre, »contra la validez del Tratado celebrado por el Gobierno de la »Confederación Argentina con el de S. M. la Reina de las Es-»pañas sobre reconocimiento, paz y amistad, en todo cuanto »en dicho Tratado pueda ser, hoy ó en lo futuro, referente al »Estado de Buenos Aires, cuya soberanía exterior no represen-»ta el Gobierno federal que negoció el referido Tratado, ni el »Congreso que autorice su ratificación, por carecer de los po-»deres de Buenos Aires para acto alguno relativo á la sobera-»nía interna ó externa de este Estado.»

Dirigida al Gobierno español esta protesta, no tenía fuerza ni eficacia alguna. El Gabinete de Madrid había tratado con el de Paraná, y á éste correspondía ventilar con Buenos Aires ese incidente; pero en el fondo no faltaba razón á dicho

---

dicho año, por el cual, al volver Buenos Aires á la Confederación, recabó el derecho de proponer reformas en la Constitución, para lo que debía reunirse una convención especial.

Estado, porque cuando el pacto se celebró, Buenos Aires estaba separado de la Confederación. Ahora bien; el Pacto de 11 de Noviembre había hecho revivir expresamente el derecho que la Constitución otorgaba al poder federal de concluir los Tratados. ¿Es que se disputaba por cuestión de fechas? En realidad no: en la protesta de Buenos Aires no consta el principal motivo que tenía este Estado para rechazar el Tratado, que era el referente á la nacionalidad; porque si esto importaba mucho á las demás provincias argentinas, importaba sobre todo á aquel Estado, cuyo rapidísimo desenvolvimiento podía verse contrariado si los hijos de los extranjeros que en él residían recobraban la nacionalidad de los padres.

Rechazado el Tratado por Buenos Aires, aunque en medio de protestas de amistad hacia España, perdía aquél para ésta gran parte de su interés, puesto que en Buenos Aires era donde residía el mayor número de españoles y donde mayor porvenir tenía nuestro comercio.

Así las cosas, las disputas entre Buenos Aires y las restantes provincias argentinas terminaron, como era de temer, por un rompimiento. Levantado en armas aquel Estado en Septiembre de 1861, y vencedor en la batalla de Pavón, cayó Derqui de la Presidencia (1), y le sustituyó el general Mitré, y al ajustarse la paz, la provincia vencedora impuso por condición que no rigiese para Buenos Aires el Tratado con España y que se modificase la ley argentina de 1857.

El nuevo Gobierno federal se vió, por tanto, obligado á acudir por tercera vez á España, pidiendo que se modificase el Tratado de 1859 ó que se ajustase otro nuevo, y para ello comisionó á su Plenipotenciario en París, D. Mariano Balcarce, el cual no pudo trasladarse á Madrid para comenzar las negociaciones hasta el 19 de Agosto de 1864.

Por su parte, España se encontraba en una situación difí-

(1) Santiago Derqui había reemplazado en la Presidencia al general Urquiza pocos meses antes.

cil: el Tratado, de derecho, estaba en vigor; pero no se cumplía ni podía exigirse su cumplimiento sin provocar una ruptura. ¿Cabía negociar un nuevo pacto sólo para Buenos Aires? Esto no habría sido decoroso ni para la Confederación ni para España, ni cabía tenerse la seguridad de que aquélla se prestase á aplicar el art. 7.°, puesto que, aun habiéndolo ratificado lo rechazaba.

En la negociación Calderón Collantes-Alberdi había habido un incidente muy significativo, que importa señalar, pues demuestra que ni los mismos negociadores estaban de acuerdo respecto de la inteligencia del artículo relativo á la nacionalidad. En efecto; seis días después de firmarse el Tratado, el Sr. Calderón Collantes dirigió una Nota al Plenipotenciario argentino, en la que le decía que si se había prestado á citar en el artículo la ley argentina, además de la Constitución española, era en la inteligencia de que ambas estaban de acuerdo; pero el Sr. Alberdi no opinaba lo mismo, pues en el despacho en que éste remitía el Tratado á su Gobierno se expresaba en los siguientes términos: «Salvar y dejar en pie las instituciones respectivas de los dos países en esa materia (la nacionalidad), era todo lo que podían hacer en un Tratado dos Gobiernos *que no tenían la facultad de derogar ni de imponer el uno sus leyes fundamentales en el territorio del otro.* Con esta solución, que deja á los trabajos ulteriores y graduales de la diplomacia el cuidado de crear una jurisprudencia, nuestro país queda, respecto de España, como está respecto de Inglaterra y Francia en el mismo asunto de derecho internacional privado» (1).

Se advierte, pues, que los negociadores no estaban de acuerdo; que el Sr. Calderón Collantes creía que la ley argentina y la Constitución española consignaban los mismos principios, y

(1) Como quiera que ni Inglaterra ni Francia tenían estipulación alguna con la República Argentina respecto á nacionalidad, claramente se deduce que el Sr. Alberdi creía no haber pactado nada. El procedimiento no se recomendaba por su seriedad.

que el Sr. Alberdi estimaba que, en definitiva, no había pactado nada sobre nacionalidad, y fácilmente se comprende que, después de esto, el art. 7.° del Tratado de 1859 era absolutamente insostenible.

Preciso era, además, tener en cuenta la diversidad de criterios con que había sido resuelta esa cuestión de los distintos Tratados hispanoamericanos, pues en unos se consignó el principio aceptado por la Constitución española (los de Costa Rica, Nicaragua y Bolivia); en otros se fijó el principio contrario (los de Chile y el Ecuador), y en algunos se dejó sin resolver la cuestión (los de Méjico y Venezuela); y uniendo á esto que, consultado el Consejo de Estado por el mismo señor Calderón Collantes, dicho alto Cuerpo informó reconociendo plenamente la necesidad de que España desistiese de la pretensión de que los hijos de españoles nacidos en las Repúblicas hispanoamericanas fuesen considerados como españoles mientras residiesen en el país de su nacimiento (1), se decidió el Gabinete de Madrid á no insistir en sus anteriores puntos de vista.

Resuelto esto, ¿debía limitarse la negociación á modificar el art. 7.°, ó era preferible ajustar un nuevo pacto? El Plenipotenciario argentino aceptaba cualquiera de las dos soluciones, pero el Gobierno español se decidió por la segunda, estimando que un nuevo pacto aparecería celebrado con un Poder reconocido y acatado por toda la República Argentina; y, en efecto, el día 21 de Septiembre de 1863 firmaron el nuevo Tratado el Presidente del Consejo y Ministro de Estado, marqués de Miraflores, y el Representante de la Argentina, señor Balcarce.

En el art. 7.°, en vez de decirse que para determinar la nacionalidad de españoles y argentinos se observasen «las disposiciones consignadas en el art. 1.° de la Constitución política

(1) El informe del Consejo de Estado, dictado en virtud de Real orden de 1.° de Octubre de 1862, tiene fecha de 13 de Febrero de 1863.

de la Monarquía española y la ley argentina de 7 de Octubre de 1857», se decía que se observarían «respectivamente en cada país las disposiciones consignadas en la Constitución y las leyes del mismo». Esto no resolvía el problema en el fondo, pues con arreglo á ese precepto los hijos de españoles nacidos en la Argentina eran españoles para España y argentinos para la Confederación; pero salvó las dificultades del momento, y permitió que el Tratado fuese ratificado por uno y otro Gobierno, canjeándose las ratificaciones en Madrid el 20 de Junio de 1864.

De este modo, después de tan larga, accidentada y difícil negociación, quedó reconocida definitivamente por España la independencia de la Confederación Argentina.

JERÓNIMO BÉCKER

RECUERDOS

Habíamos quedado, al terminar la Crónica precedente, en aquel punto preciso en que los partidos de la Revolución de Septiembre, representados por el primer Ministerio de D. Amadeo, Ministerio que, por lo tanto, era de conciliación, estaban á punto de separarse, destrozando para siempre aquella conciliación efímera, que en los primeros meses del nuevo reinado habían convenido como tregua política impuesta por las circunstancias.

Pero ya no podían más.

En España nadie puede sufrir á nadie, y mucho menos los partidos políticos unos á otros.

Digamos, en verdad, que los elementos conservadores mostraban gran empeño en que la conciliación se prolongase; yo creo que no por virtud ni por prudencia, que es la prudencia virtud que no anida fácilmente en pechos españoles, sino porque temían que, rota la conciliación, el poder fuera á parar á manos de los demócratas ó, mejor dicho, de los radicales.

Precisamente por esta razón, es decir, por la razón contraria, queríamos romper los demócratas á toda prisa aquella tregua molesta para nuestras impaciencias.

Sin embargo, procurábamos cubrir ó cubríamos nuestro empeño con altos principios constitucionales.

Repetíamos nosotros el *a b c* de la doctrina constitucional moderna, ó que era moderna por entonces.

Tal organismo político, decíamos, ha de constar forzosamente de tres elementos: un poder moderador, un partido avanzado, llámese como se quiera, y un partido conservador.

Y mientras estos tres elementos no estén debidamente definidos y no funcione desahogadamente, cada uno dentro de su esfera propia, aunque todos con la debida armonía, la máquina política no funcionará.

Pero la conciliación es la confusión de estos tres elementos, es un germen que no se desarrolla, es una potencialidad que no entra en acción, y si la política española continúa en germen, será estéril é infecunda para los grandes intereses de la patria: es preciso romper la cáscara de un huevo al brotar de él el nuevo sér.

Es preciso, en segundo lugar, que los dos partidos se organicen.

Y es preciso que se le conceda el poder al partido democrático, porque él fué el que infundió su espíritu en la Constitución del 79; él fué el que se impuso á los demás partidos, algunos de los que no aceptaron de buena gana las nuevas ideas, y él es el que debe implantarlas y desarrollarlas; y cuando estén desarrolladas del todo, dentro de cinco ó seis años, el partido conservador, que hasta entonces sólo habrá funcionado como freno, entrará á consolidar todas las reformas que el partido democrático hubiera establecido.

Era un programa bastante juicioso, muy científico y muy cómodo para nosotros, porque nos daba unos cuantos años de poder; pero es natural que á los conservadores no les pareciese ni tan cómodo, ni tan juicioso, ni tan útil para los intereses generales del país y los parciales de su agrupación política.

La máquina de la conciliación, por lo tanto, crujía y amenazaba rompimiento y ruina.

***

En estos empeños y en estas luchas andábamos, formándose comisiones, celebrándose juntas y procurando la solución

del arduo problema de la mejor manera posible, cuando surgió una cuestión particular que aunque, á primera vista, la solución general ninguna relación tenía con ella, ambas se enlazaban íntimamente, como veremos á continuación.

Un ministro demócrata de los de más talento y más porvenir y además grandemente simpático, fué el blanco en que los conservadores procuraron herir el prestigio de nuestra agrupación política.

Porque entonces todas las armas eran buenas para anular al adversario.

Se disparaba contra la agrupación y se aprovechaban todas las circunstancias para disparar contra los individuos.

Se procuraba acorralar, descomponer y dispersar la masa; pero si se encontraban medios, se procuraba anular á este ó á aquel demócrata, como ya he explicado en otras ocasiones.

Y en esto escogieron al ministro X como blanco de sus disparos y centro de fingida indignación.

Le doy el nombre de la letra X y no su nombre propio, que es bien conocido y bien ilustre, porque aunque han pasado cuarenta años, á mí me parece que todo pasó ayer, y no quiero emplear nombres propios, aunque lo que voy á decir sólo en honra suya puede redundar.

Es el caso que el ministro en cuestión tenía que proveer á un *servicio público*, que este servicio se sacó tres veces á subasta, y que, como las tres subastas resultaron desiertas ó inútiles, hubo que adjudicar directamente el servicio á determinada persona por medio de un real decreto.

Y se adjudicó el servicio, y la experiencia demostró más tarde que estaba bien adjudicado, porque cuando aquella adjudicación se anuló y se hizo otra, esta última resultó más cara y, por lo tanto, más perjudicial para el Tesoro público que la primera.

Pero aunque la adjudicación estaba bien hecha y era beneficiosa para el Estado, en los trámites faltaba un requisito: no se había sometido al Consejo de Ministros.

¿Fué distracción de los empleados subalternos, que no llamaron la atención de su jefe sobre este particular?

¿Fué distracción ó falta de memoria de este último?

Fuera lo que fuera, este requisito no se cumplió.

Era de pura fórmula, porque bastaba decir dos palabras en el Consejo, para que el Consejo de Ministros lo aprobase, como aprueba siempre todos los expedientes de esta clase.

Pero el hecho es que el trámite faltaba, que los conservadores quisieron explotar esta falta, dando al caso proporciones extraordinarias, mostrando asombro é indignación, con la indignación teatral que la pasión política reserva para estas circunstancias, y en vez de exigir que en todo caso quedara en suspenso la concesión, y que en todo caso se subsanase la falta en que se había incurrido, prefirieron que se nombrase una comisión parlamentaria para mortificación del ministro demócrata y del grupo á que pertenecía.

De la comisión formé yo parte para cubrir apariencias de imparcialidad, que eran puras apariencias, como se demostró plenamente en los trámites de este asunto, pues la intención estaba bien conocida: tener un arma más que oponer á las pretensiones del grupo radical, incapacitando á sus hombres por incompetencia administrativa cuando menos.

Una de tantas indignidades como se cometen en política, en que el interés ó el odio político lo son todo, en que la rectitud y el espíritu honrado se agazapan temerosos y avergonzados donde nadie los vea.

Ello es que se nombró la comisión que he dicho, y que de ella formé yo parte, con encargo de Martos y de todos los amigos de mostrarme enérgico defensor de nuestro amigo y compañero.

*
* *

Indiqué antes que por entonces se andaba en tratos y contratos sobre si había de romperse ó no la conciliación, y hasta había una comisión que, para más claridad, llamaré comisión de componendas.

Funcionaban, pues, dos comisiones á la par.

Una, esta que digo, y á que he llamado comisión de componendas, que había de resolver sobre el magno problema político, ¿continuaba ó no continuaba la conciliación? Acaso en esta pregunta se cifraba todo el porvenir.

Otra, que era la comisión parlamentaria que había de proponer sobre la falta de trámite que antes he indicado, en el expediente resuelto por el ministro X, relativo á determinado servicio público.

El buen sentido prueba que ambas comisiones perseguían objetos completamente distintos; que nada tiene que ver un gravísimo problema político con el caso concreto de un expediente administrativo.

El sentido moral proclama, sin género de duda, que la falta ó la no falta, la ligereza ó la inadvertencia de la Administración ó del ministro, en manera alguna podía depender de que la conciliación continuase ó se rompiera.

Y en todo caso, que la honra de un hombre no puede estar á merced de las pasiones ó de los intereses de la política, y que pretender enlazar ambas cosas es puro idiotismo ó reconocida mala fe ó indignidad intolerable.

Pues, sin embargo, ambos problemas, el político y el administrativo, estaban enlazados en aquella ocasión, y la marcha y las oscilaciones de la comisión de componendas se transmitía á la otra comisión parlamentaria.

Esto será absurdo, pero esto resultaba de hecho, como si alguien creyera natural que las oscilaciones del Océano hubieran de transmitirse al estanque del Retiro.

Hubo un momento en que se creyó que la comisión de componendas había llegado á un arreglo y que la conciliación continuaba, sin que pudieran temer, por lo tanto, los ministros conservadores que iban á ser expulsados del poder por tiempo indefinido, por el empuje de los cimbrios, tan odiados como temidos en aquella época.

Cuando esta mansa ondulación llegó á la comisión parla-

mentaria, ésta endulzó grandemente sus enojos; consideró que el caso del ministro X no tenía importancia de ningún género, y el propio D. Antonio de los Ríos y Rosas se deshizo en elogios del ministro X, jurando y perjurando que la honra y la inteligencia del ministro demócrata estaba muy por encima del trámite administrativo que se echaba de menos.

Al parecer, llegamos á un acuerdo, dándome á mí el encargo de redactar las conclusiones, y encargándose el propio don Antonio de los Ríos y Rosas de redactar el preámbulo, que redactó de su puño y letra, entregándome las cuartillas, por ser yo el que en aquella comisión ejercía de secretario, en razón á mi relativa juventud.

El asunto parecía completamente resuelto en justicia, y en sentido muy favorable al ministro en cuestión.

Cuando á éste y á Martos les di cuenta de lo acordado, mostráronse muy satisfechos y me dieron la enhorabuena por mis gestiones; enhorabuena que yo decliné modestamente, asegurándoles que el mejor defensor y el de más autoridad del interesado había sido el propio D. Antonio de los Ríos y Rosas.

*
* *

¡Pero cómo cambian las cosas en política, y si no fuera tan necesaria para la vida de los pueblos, qué indigna y qué canallesca sería!

Encrespáronse las olas del Océano, y de resultas enturbiaron las aguas del estanque del Retiro, y perdonen mis lectores si me valgo de la comparación anterior.

Quiero decir que de nuevo la conciliación se puso en duda, que la comisión de componendas se agitó de nuevo, que se agriaron los ánimos, que apretaron los cimbrios y que la ruptura entre ambas agrupaciones políticas, la conservadora y la radical, parecía inevitable, como en efecto lo fué muy en breve.

Pues bien, este oleaje se transmitió rápidamente á nuestra comisión; se nublaron las frentes, se pusieron las caras foscas,

y todos empezaron á creer que el expediente no era tan fácil ni tan llano como parecía; que el asunto revestía mucha gravedad; que era forzoso anular todo lo hecho por el ministro, y que había que entregarle á la mortificación y á la censura de la Cámara.

Yo, que todo esto presenciaba con enojo mal contenido, en primer lugar por mi cariño al ministro X, y en segundo lugar por la indignidad y la mala fe del procedimiento, me opuse tenazmente, ferozmente pudiera decir, á que modificásemos lo acordado.

Pero yo estaba completamente solo; era el de menos historia y el de menos respetabilidad, y así mis esfuerzos fueron inútiles ó poco menos, y se acordó hacer caso omiso del primer dictamen, y presentar otro nuevo de censura y de mortificación.

Me conocían mal mis compañeros; cuando creo que la razón está de mi parte, yo nunca cedo ni me someto. Lucho hasta donde puedo luchar; y como soy, según dice la popular sentencia, gato de Madrid, aun cayendo vencido me llevo del contrario carne sangrienta entre las uñas.

Les anuncié, por lo tanto, que presentaría voto particular con el primer dictamen, sin que pudieran disuadirme de mi propósito por más esfuerzos que hicieron, y les reservé una sorpresa, que no poca sorpresa ni poco disgusto les causó.

No sé si lo que hice fué deslealtad, abuso de confianza ó lo que fué; que yo creo en conciencia que no fué nada de esto, sino castigo justo á una conducta que ante la moral suprema, que ya sé que es muy otra que la moral política, á mí me parecía conducta no sólo incorrecta, sino indigna.

Ello fué que yo conservaba las cuartillas del primitivo preámbulo, escritas de puño y letra de D. Antonio de los Ríos y Rosas, y en vez de escribir un preámbulo á mi voto particular, copié íntegro y entre comillas el del propio D. Antonio, precedido de unas cuantas líneas, en que venía á decir: «Yo no puedo expresar mejor mi opinión en este asunto que copiando el preámbulo del dictamen de la mayoría de la comisión.» Cla-

ro es que el preámbulo que yo copiaba era completamente distinto del que ellos habían puesto á su nuevo dictamen.

*
* *

Se imprimió éste, se imprimió mi voto particular, se hizo el reparto entre los diputados, y el asombro de todos fué grande, porque saltaba á los ojos una incongruencia y una contradicción evidente.

Muchos vinieron á consultarme, diciéndome:

—¿Cómo afirma usted que copia en su voto particular el dictamen de la mayoría, cuando son dos preámbulos completamente distintos por el fondo y por la forma?

—Pues ahí verán ustedes, les replicaba yo, y, por lo demás, en la discusión se aclarará todo.

Y me fuí muy tranquilo á mi casa, porque entonces apenas tenía yo nervios, pensando en la escena borrascosa que al día siguiente habría de desarrollarse en el seno de la comisión.

Yo lo preveía todo, hasta lances personales, sobre todo con D. Antonio de los Ríos y Rosas, hombre de carácter violento, y que no había de sufrir con paciencia el uso que había hecho yo de sus cuartillas.

Me pasé toda la noche pensando en el discurso del día siguiente, en los horrores que había de decir contra la comisión y en aguzar frases y dardos y apóstrofes.

—Sí—pensaba yo;—este preámbulo lo escribísteis vosotros y lo escribió D. Antonio, absolviendo plenamente al ministro X y reconociendo su caballerosidad; y luego, por pasiones políticas, por intereses de partido, habéis hecho traición á vuestra conciencia.

¿Es que la verdad y la justicia nada son para vosotros cuando os ciega el enojo y el odio político?

¿Es que un hombre puede ser alternativamente para vosotros inocente y culpable según convenga á vuestros planes y cábalas?

No estimará en mucho la honra propia quien trata de este modo la honra ajena.

Yo os entrego desnudos ante la moral universal y ante el fallo de la Cámara.

Todo esto y mucho más iba yo pensando, y cuidando de darle la forma necesaria para que la campanilla del presidente no me interrumpiera; pero de tal modo, que hasta las reticencias agregasen púas al latigazo.

En suma: yo gocé aquella noche extraordinariamente preparando el drama de la sesión próxima, porque en mí se despertaba en aquella ocasión el autor dramático.

Y amaneció Dios, y á eso de las diez recibí una carta de D. Salustiano de Olózaga, de tonos alarmantes, rogándome que inmediatamente fuera al Congreso, y que con él hablase antes de verme con mis demás compañeros de comisión, para evitar un conflicto gravísimo, pues, según parecía, aquellos señores estaban hechos unos tigres.

Obedecí el mandato de D. Salustiano, que siempre fué para mí persona respetabilísima y simpática y buen amigo, á pesar de los años; mas aún algo de la autoridad que yo había ejercido sobre su sobrino, el desdichado Celestino, se había transmitido al insigne hombre de Estado, y él bondadosamente la reconocía.

*
* *

Tan luego como me vió vino á mí, alzando los brazos al cielo, bamboleando su majestuosa figura y poniendo en su rostro expresivo y en sus ojos saltones de orador toda la severidad compatible con el cariño que me profesaba.

—¡Pero qué ha hecho usted, Echegaray! ¿Qué ha hecho?—me dijo.—¡Qué ligereza! ¿No comprendía usted que habiendo variado el dictamen tenía que variar el preámbulo?

—Ya lo comprendí, D. Salustiano, ya lo comprendí; que para comprenderlo se necesita menos penetración y menos es-

tudio que para explicar cálculo diferencial á Celestino, y aunque nuevo en política, no me creo capaz de cometer ligereza semejante.

—¿Entonces ha sido intencionada la equivocación? Ya lo sospeché, aunque no quería creerlo.

—Intencionadísima, puede usted creerme, D. Salustiano; este va á ser el tema principal de mi discurso al defender mi voto particular. Voy á poner frente á frente ambos preámbulos, y con ellos voy á azotarles el rostro á mis dignos compañeros de comisión. Yo no tolero que se cometa una indignidad con un amigo, y la lección que hoy van á recibir no la olvidarán en mucho tiempo, y toda la elocuencia de D. Antonio de los Ríos y Rosas no ha de librarle de los golpes que yo le aseste, si resultan tan certeros como lo tengo pensado.

—¡Pero eso es una locura! ¡Los jóvenes de hoy son ustedes unos locos!

—Como lo fueron ustedes en su tiempo; que á cada cual le llega su cuarto de hora.

—Pero, criatura, eso que usted dice va á ser un escándalo enorme.

—Ya sabe usted la fórmula de los matemáticos al terminar una demostración: «Que es precisamente lo que se quería demostrar.»

—Es que yo no lo consentiré.

—Es que yo diré las cosas de tal modo que la presidencia tenga que consentirlo.

D. Salustiano no se daba por convencido; seguía elevando sus manos al cielo, asombrándose de la imprudencia de la juventud, dándome consejos, que yo oía respetuoso, y de los cuales no pensaba hacer caso. Ya era fácil que nadie me hiciera desistir del discurso melodramático que había estado preparando toda la noche, si no palabra por palabra, al menos en sus conceptos.

Después de una larga discusión, en que yo no cedí, acabé por dirigirme hacia la sección en que estaban reunidos mis

compañeros, y tras mí vino D. Salustiano como para protegerme de la explosión que esperaba.

Entré tranquilo, y D. Antonio de los Ríos y Rosas, tan luego como me vió, se dirigió hacia mí.

La continuación en el número próximo, como se dice en las novelas de folletín.

José Echegaray

LOS ESTADOS UNIDOS

Y LOS ASUNTOS EXTRACONTINENTALES DE LA AMÉRICA LATINA

Un observador que sea medianamente perspicaz y dirija su mirada más allá de nuestros confines, ha de notar con verdadera satisfacción, si realmente siente amor patrio, la tendencia de aproximación moral de nuestros hermanos allende los mares. A primera vista, extraño parece que un fenómeno tan natural haya tardado tal número de años en producirse; pero, en rigor, no debe buscarse otra causa que la radicante en la ignorancia, casi completa, de los españoles, respecto de las «cosas de América»; no se quiere aquello que no se conoce; de las repúblicas hermanas, quizá no sabemos más que aquellas noticias de tal bulto, que su importancia les ha hecho trasponer las vallas de tres fronteras, y que con poca frecuencia han sido las del progreso moral y material, harto desdeñadas por quienes no conceden valor más que á lo sensacional: de allí hemos sabido las guerras, los atentados, las desventuras; pero nadie nos ha dicho nada de los hechos nobles, del progreso político, del avance de la cultura científica, de la elevación del nivel social; la América latina ha sido para nosotros más extranjera que los países de Asia.

Diversas han sido las circunstancias productoras de la separación moral entre España y América: unas de ellas han sido

puramente internas, dependiendo exclusivamente de las mudanzas políticas sufridas por España desde que en 1823 habían desaparecido ya los últimos vestigios de su formidable imperio colonial. Realmente, no hay mucho que exponer en este particular, y una enumeración será bastante, pues cada uno de los hechos que citemos evoca en nuestra memoria un mundo de tristes recuerdos, referentes á mil agitaciones, inquietudes y disturbios: las vicisitudes en la vigencia de la Constitución de 1812; el nacimiento y desaparición de las del 34, 37, 45, 56 y 69, y, por fin, la formación de la hoy vigente de 1876, sin contar la de 1873, que no pasó de ser proyecto, dicen bastante en tal sentido; y como si con tales cambios no hubiera bastante para poner á prueba la vitalidad del país, guerras civiles, cambios de dinastías y régimen, intrigas de camarilla, luchas infructuosas en Africa... completan el triste cuadro de la España constitucional. Y con todo, aún tenía nuestro país arrestos para mirar al exterior, sofocar insurrecciones, intervenir en Méjico y hacer oir la voz de sus cañones en el Pacífico. Había, pues, otras causas que ya no eran puramente internas, pero también contribuían al infeliz resultado de ahondar más y más las diferencias entre España y las que fueron sus dependencias. Y si á esto se añade que la revolución americana había sido, en cierto modo, una protesta contra el sistema de administración seguido por España, y que durante setenta y cinco años continuaban las Repúblicas latinas viendo á nuestra patria seguir un proceder análogo con los últimos restos de su imperial diadema, se comprenderá que ni aquí tuviéramos el necesario sosiego para aprender cuál era el verdadero y recto camino por donde debíamos enderezar nuestra política, ni, por otra parte, en la América latina se nos mirase con buenos ojos. Y así aconteció que, al estallar la desventurada y desigual contienda cuyo desenlace nos forzó á abandonar aquellas dos hermosas islas, tierra de promisión para tantos españoles, por más que la corrección diplomática se esforzase en presentar á los Estados latinos-americanos como Potencias neutrales, no pudo

enfrenar el sentimiento popular, poco halagüeño, en verdad, para nosotros.

Entretanto España, inconsciente, desaprovechaba la herencia que ni uno ni cien alzamientos podían destruir: la supervivencia de tres elementos naturales de secular arraigo, que se llamaban comunidad de sangre, de tradición y de lengua. La primera daba igualdad en sentimientos, pasiones, ideales; la segunda comprendía el poderoso elemento de la civilización; la tercera, suma y compendio de las anteriores, era uno de los mayores y más poderosos estímulos de unión: por ella, el americano podía mirar á España como á su patria misma, y, á su vez, el español emigrante no tenía que luchar en los primeros días de su expatriación con la angustiosa sensación de soledad moral que produce el no escuchar ya los familiares sonidos del maternal idioma; por ella se habría logrado una más íntima compenetración; porque si una común bandera en país extraño borra instantáneamente las diferencias políticas, un lenguaje común, en iguales circunstancias, borra las fronteras, y funde á los que lo hablan en una superior unidad, la unidad de la raza.

Esta situación favorecía evidentemente las ambiciones de la poderosa Unión de Norte América. Los Estados Unidos decidieron ser los protectores de todos los países que componían el Nuevo Mundo, y desde luego lanzan al viejo continente aquellas palabras de reto audaz que la historia ha registrado con el inexacto nombre de doctrina de Monroe. Pero no en todos los asuntos podrían intervenir con provecho para sus ideales; la República norteamericana pretendía asumir el lisonjero papel de hermana mayor, mas hallaba dos linajes de cuestiones en que con dificultad les habría sido posible terciar acertadamente: eran las primeras aquellas que se refiriesen á las relaciones entre una República latina y un poderoso Estado europeo; las otras eran las diferencias y reyertas, tan frecuentes entre las mismas Repúblicas jóvenes, producidas por dudas en la demarcación de fronteras; en el primer caso, la virtud de la prudencia ejercía su oficio; en el segundo, la intervención exigía, para

ser aceptable, conocimiento de los elementos de juicio, y éstos no se encontraban sin recurrir á nuestro Archivo de Indias (1); una imposibilidad moral en el primer caso, y otra de carácter material, aunque no absoluta, en el segundo, cercenaban un tanto el campo de acción de la Unión angloamericana (2).

Los Estados Unidos tuvieron, pues, que aceptar la esfera permitida por las circunstancias para interponer y hacer pesar su influencia. No por ello dejaron de proclamar la política preconizada en 1823: ochenta años próximamente habían transcurrido cuando, poco después de pronunciada solemnemente la declaración de La Haya, el Presidente Roosevelt decía que la doctrina de Monroe habría de ser respetada mientras los Estados Unidos tuviesen el suficiente número de buques de guerra de primera clase. Pero tal doctrina había ido sufriendo modificaciones prácticas—ya que no teóricas;—si á nuestra propia costa no lo hubiésemos aprendido tras dolorosa experiencia, podría revelárnoslo la declaración que Sir Wilfrid Laurier, primer Ministro del Canadá en 1902, hacía al decir que «en caso de una guerra con Inglaterra, la nación que con ésta luchase estaría en su perfecto derecho al enviar un ejército al Canadá; pero entonces los Estados Unidos del Norte podrían intimar al otro beligerante que, como el Canadá, no tomaba parte en la contienda, ellos considerarían cualquier atentado ó ataque al *Dominion* como una infracción de la doctrina de Monroe, cosa que no sería permitida por los Estados Unidos». Como acertadamente observa el Sr. Jardón, de quien

(1) En una cuestión de frontera intervinieron, pero fué entre Venezuela y Guayana británica (1897).

(2) No debió ser sin protesta, pues en lo relativo á arbitraje, Wharton, en su *International Law Digest*, daba cierta interpretación á frases de Mr. Frelinghuysen, Secretario que fué de Estado hacia 1882, según las cuales, los Estados Unidos no reconocerían como válido un arbitraje dictado entre Estados americanos por uno europeo, aun con beneplácito de las partes. La interpretación es errónea, pero expresa un estado de opinión.

tomamos la anterior referencia, se ve aquí que los canadienses confían alcanzar, por mediación de Wáshington, algo muy ventajoso que seguramente no habrá de otorgarles el Gabinete de San Jaime (1).

Estas consideraciones nos llevan al asunto del presente estudio, que no es otro sino examinar, en líneas generales, la política de la República de Norte América cuando ha desempeñado ese papel que se arroga de hermana mayor de las Repúblicas latinas en las contiendas de éstas con Europa. Tomaremos para ello, como ejemplos, algunos momentos culminantes de las relaciones entre el antiguo Continente y la América latina: los planes de la Santa Alianza, el proyecto de Bolívar, el caso de Yucatán, la cuestión de Nicaragua, el manifiesto de Ostende, el litigio anglo-venezolano, la última revolución cubana y la reclamación alemana que dió lugar á la enunciación de la doctrina de Drago. Fuera de este círculo quedan indudablemente cuestiones transcendentales como las de Alaska, el Canadá y el *peligro amarillo;* pero con los puntos anteriormente enumerados, basta para ocupar dilatadamente la atención del benévolo lector.

*
* *

Al sublevarse España contra los designios de Napoleón, las colonias americanas se habían levantado igualmente en armas; pero, ya fuese por la desunión existente entre las diferentes regiones, ya por la división interna entre unitarios y federales, ó quizá porque, una vez restaurado Fernando VII en el trono, los patriotas americanos (cuya primera insurrección no parecía dirigirse contra España, sino contra el monarca intru-

(1) Jardón: *La doctrina de Monroe*, Madrid, 1903.—Sería interesante estudiar el efecto producido entre los estadistas norteamericanos por las propagandas de Unión Imperial, cuya bandera levantó hace pocos años Mr. Joseph Chamberlain, y que, en parte al menos, aceptó entusiasmado el pueblo inglés.

so) creyeran haber desaparecido el motivo que autorizara semejante actitud, el hecho es que en 1815 seguía nuestra patria siendo dueña de la mayor parte de sus colonias. Pero reintegrado el Rey en su trono, y ayudándole en sus designios la indiferencia del pueblo, por las ideas liberales y el ambiente de reacción absolutista que por entonces imperaba en las Cancillerías continentales (y tal vez europeas, sin excluir, por tanto, á la británica), destruyó el trabajo de las Constituyentes y reclamó el apoyo de la Santa Alianza, que por aquella época se formaba. Claro es que la resurrección de un orden de cosas repugnado por las colonias españolas había de ser mal vista por ellas, poniéndolas, como es natural, enfrente de la metrópoli, con gran contento de los Estados Unidos, quienes soñaban con desenvolver su comercio, y no pudiendo buscar mercados en la convulsa Europa de aquel entonces, necesitaban mirar al Nueva Mundo: ó habían de dirigirse al Canadá contra Inglaterra, ó al Sur contra España y Portugal. Lo primero era imprudente; la elección no era dudosa, y el fermento revolucionario de la América española venía á colaborar en su empresa.

Y no sólo dejaban en paz á Inglaterra, sino que además podían considerarla en su favor. Por de pronto ésta no veía con buenos ojos el imperio español, lo cual era prenda de alianza moral, ya que no material, en la empresa diplomática; y así, mientras Inglaterra ponía con su actitud estorbos á los planes de la Santa Alianza, el Presidente Monroe remitía al Congreso su Mensaje declarando que el sistema político de las Potencias aliadas era esencialmente distinto del de América, y la diferencia procedía de la existente entre sus respectivos Gobiernos. Y más adelante añadía: «En consideración, pues, á las amistosas relaciones que existen entre los Estados Unidos y esas Potencias, debemos declarar que consideraríamos toda tentativa de su parte que tuviera por objeto extender su sistema á este hemisferio como un verdadero peligro para nuestra paz y tranquilidad. Con las colonias existentes ó posesiones de cualquiera nación europea no hemos intervenido nunca, ni lo

haremos tampoco; pero tratándose de los Gobiernos que han declarado y mantenido su independencia..., no podríamos menos de considerar como una tendencia hostil hacia los Estados Unidos toda intervención extranjera que tuviese por objeto la opresión de aquél.» El párrafo transcrito muestra claramente que los Estados Unidos asestaban sus tiros contra España, y se adjudicaban el airoso papel de altos protectores. Y la valentía de su redacción revelaba bien que no andaban desunidos los Gabinetes de Wáshington y Wéstminster: prueba de ello fué que las Cancillerías europeas, en general, no dijeron nada, y si alguna habló con conocimiento de causa, fué la británica, y no ciertamente para desaprobarlo (1).

Tal fué la primera intervención oficial y pública de los Estados Unidos en las cuestiones extracontinentales de la América del Sur; el momento había sido bien elegido, y la actitud de la República verdaderamente noble en apariencia, mirando las cosas desde un punto de vista objetivo. Pero pronto había de contrastar su sinceridad con la piedra de toque de la experiencia: la ocasión se presentó inmediatamente con el primer Congreso de Panamá.

*
* *

Lo que sucedió con la proposición de Bolívar es una verdadera enseñanza de la Historia. El insigne Libertador se hallaba por entonces en el apogeo de su gloria: con el auxilio financiero de Inglaterra había conseguido vencer á los espa-

(1) El texto del Mensaje, en la parte referente á la exposición de la política americana de los Estados Unidos, puede verse en la *Historia de los EE. UU.*, escrita por J. A. Spencer. Según el autor, la doctrina de Monroe no es más que desarrollo de las opiniones de John Quincy Ádams, su inmediato sucesor en la Presidencia.—En cuanto á la actitud de Inglaterra, podemos decir que se acentuó en sentido favorable á las pretensiones de los Estados Unidos al ser sustituído Lord Castlereagh por Canning, quien no abrigaba los prejuicios continentales del primero. V. Walpole, Hist. of England.

ñoles en Boyaca (1819), fundando la República de Colombia; firmar el armisticio de Trujillo y entrar en Caracas al año siguiente; su victoria sobre Canterac en Junín y la de Sucre en Ayacucho (1824), emancipaban por completo el Perú. Un hombre de la talla de Bolívar, á quien debían su independencia tres Repúblicas, Colombia, Perú y la que de él tomó el nombre, tenía que aspirar á la realización de muy elevados proyectos: deseaba formar una especie de Santa Alianza americana de pueblos que nada tuviese que temer de aquella otra Santa Alianza europea de reyes; ni los Estados Unidos, paladines de la doctrina cuyos ecos aún resonaban en la asombrada Europa; ni el Brasil, ya independiente; ni tampoco Inglaterra, cuya simpatía le había sido tan expresivamente patentizada, le crearían dificultades, á su modo de ver. En cuanto á la América española, Bolívar creía que, teniendo bajo su mando las tres Repúblicas antes mencionadas, fácil habría de serle atraer las restantes á su partido. Con este fin proyectaba celebrar periódicamente un Congreso general de todos los Estados hispanoamericanos, que debería celebrarse en Panamá, punto elegido como centro del Nuevo Mundo. Este Congreso hubiera servido de lugar de reunión, en caso de común peligro, y de poder regulador, moderador y árbitro en tiempos normales, y hasta hubiera dispuesto de un ejército y una escuadra (1). La primera convocatoria, por unas ú otras razones, no dió resultado alguno, y cuando, al hacer la segunda en 1824, Bolívar preguntó á los Estados Unidos cuál sería su actitud, John Quincy Adams, el autor moral de la máxima *América para los americanos*, contestó con inesperada frialdad á una proposición que si algo pretendía era precisamente dar realidad á la doctrina que dicha máxima compendiaba. Veamos el motivo de tan singular actitud.

Por de pronto los Estados Unidos repugnaban todo lo que

(1) Esto se repitió en la segunda convocatoria, y las instrucciones de Mr. Clay no le concedían importancia, como para relegarlo al olvido.

de cerca ó de lejos pudiese atañar á la cuestión esclavista. Esta no había tenido al principio virtualidad suficiente para apasionar, y empezó á hacerlo cuando en 1808 quiso el Gobierno federal intervenir en el asunto. Mientras Norte y Sur de los Estados Unidos tuvieron población análoga, la representación estaba equilibrada; pero la inmigración europea iba en aumento, con ventaja para el Norte, y acabó por resultar que estos Estados tenían derecho á mayor representación que los del Sur en la Cámara baja. Derrotados en ella, los Estados esclavistas pretendían, al menos, conservar el equilibrio en el Senado, al que cada Estado enviaba dos delegados, cualquiera que fuese su población; de modo que la ponderación de fuerzas en él dependía de que estuvieran representados números iguales de Estados esclavistas y antiesclavistas. Por esta razón, cualquiera nueva admisión de Estados dentro de la Unión y, por consiguiente, dentro del Senado, daba lugar á grandes discusiones, motivadas, no por la admisibilidad del Estado solicitante, sino por la circunstancia de que su Constitución aceptase ó no la esclavitud. Desde 1791 hasta 1818, el Congreso había admitido ocho Estados, cuatro esclavistas y cuatro que no lo eran; en 1819 entró Alabama, esclavista, y quedó en turno uno que no lo fuese; solicitó entonces el Missouri formar parte de la confederación, pero mientras se resolvía la cuestión del carácter que en este particular había de revestir el nuevo Estado, fué admitido como antiesclavista el Maine. Con esto, el Missouri, que debía ser libre, tenía que ser esclavista para que no se rompiese el equilibrio, y esta mudanza dió inevitablemente lugar á violentas y apasionadas discusiones, que no pudieron concluir hasta que se presentó una fórmula de transacción, aceptada gracias á la elocuencia de Henry Clay. La controversia duró nada menos que tres años, y fué una verdadera revelación del estado real en que se hallaba la cuestión; lejos de haber perdido terreno la causa de la esclavitud, había ido ganando partidarios desde 1787; en el Sur se habían multiplicado los esclavos, constituyendo una fuente de

ingresos y, por tanto, un interés común, un vínculo de unión entre los Estados de aquella parte enfrente de los del Norte (1). Como se ve, los ánimos estaban muy apasionados en la gran República, y había de formar necesariamente parte de su política el no suscitar cuestiones en que representase algún papel la delicada cuestión de la esclavitud.

Inglaterra tenía también graves motivos para mirar con malos ojos toda iniciativa en que anduviese para algo el problema dicho. En 1807 había sido abolido en el papel el tráfico de esclavos; pero no se había destruído, porque los negreros habían calculado que seguía siendo bueno el negocio, siempre que tuviera feliz éxito un viaje de cada tres; además, no por ello había mejorado la condición de los negros en Jamaica. Entretanto, el movimiento abolicionista seguía progresando en Inglaterra y producía el efecto de agitar los espíritus en la colonia, dando lugar á violencias por ambas partes, y de aquí que la posición de Inglaterra no hubiera de ser tampoco favorable á cuanto contribuyese á exasperar los ánimos.

Ahora bien; uno de los puntos del programa de Bolívar era precisamente preparar la revolución de Cuba y Puerto Rico, aboliendo la esclavitud; el gran Libertador creía que la generosidad de esta idea se impondría por sí sola á la buena voluntad de los campeones de la independencia americana; ese fué un error de su política, que olvidó cuánto pesan siempre los impulsos utilitarios, aunque se comparen con las más nobles aspiraciones. Otra circunstancia que contribuyó al fracaso de la idea fué que ya estaba punto menos que destruída la influencia de la Santa Alianza europea; y, finalmente, y en esto se ve mejor el alma de la doctrina de Monroe, no era muy simpático al Gobierno de Wáshington el pensamiento de Bolívar, cuyo resultado, si se llevaba á la práctica, sería que, unidas las Repúblicas latinas, pudieran sentirse fuertes hasta el punto

(1) Channing (W-E). De *l'Esclavage*. París, 1866; prefacio de Laboulaye.

de prescindir de los Estados Unidos del Norte, y aun oponerse á ellos en caso necesario.

Indiferente y todo, como era la contestación de J. Quincy Ádams, é incoloros los párrafos que al asunto dedicaba en su Mensaje de 6 de Diciembre de 1825, suscitó vivas protestas en el Senado, no por parecer poco calurosa la acogida dispensada al proyecto de Bolívar, sino por haber sido aceptada la invitación; también hubo protestas en la Cámara de Representantes, pero fueron menores. Si recordamos que en el Senado era donde aún tenían verdadera fuerza los esclavistas, y que dicha Cámara era su última trinchera constitucional, se comprenderá la causa de la diferencia de tonos empleados por los oradores en cada una de las Cámaras. Pero el resultado fué que aquel mismo pueblo que tres años antes aclamaba las valientes, casi temerarias, palabras de Monroe, ahora encontraba censurables las prudentes frases de Adams; los ideales habían cedido el paso á las conveniencias (1).

*
* *

Veinte años próximamente transcurren sin que ocurran incidentes dignos de mención á nuestro intento: durante ellos, dice Loomis (2), nada ó casi nada se oyó sobre la política de Monroe; la idea de someter á pacífica mediación las cuestiones que surgieran entre los Estados americanos se arraigaba más y más en la América latina, sin que en ello se viese la mano de los Estados Unidos; es más, tal vez no sea aventurado suponer que si las Repúblicas hispanoamericanas se unían por víncu-

(1) Las dilaciones en la marcha de Mr. Sergeant, nombrado representante de los Estados Unidos en el proyectado Congreso; las instrucciones de Mr. Clay y la proposición que por iniciativa de Mr. Buchanan aprobó la Cámara de Representantes el 18 de Abril de 1826, por 99 votos contra 95, prueban la desfavorable acogida del grandioso intento de Bolívar.

(2) The position of the U. S. in the American Continent. (Anuals of the American Academy of Political and Social Science, 1903.)

los de alianza y paz, buena parte de estas medidas se tomaba por el temor hacia el espíritu absorbente de la gran federación del Norte (1), pues en los casos del Oregón y Tejas había bastante que aprender. Al cabo de todo este tiempo, sucedió una cosa que determinó la reaparición diplomática del mencionado principio: la cuestión del Yucatán.

Esta región era anteriormente independiente, y estaba constituída próximamente por la península que avanza cerrando el Golfo de Méjico por la región Suroeste del mismo. El año 1848 unas depredaciones de indios de los que poblaban aquel territorio hicieron vacilar á su Gobierno, quien, creyéndose impotente para restablecer su autoridad, ofreció á los Estados Unidos, á España y á la Gran Bretaña, su dominio. Las palabras del Presidente Polk, en el Mensaje especial que con aquel motivo dirigió al Congreso en 29 de Abril de 1848, eran un paso más en la puntualización de la doctrina; no sólo era vedado á los europeos intervenir en América contra la voluntad de sus naturales, sino que, desde aquel momento, se consideraría hostil á los Estados Unidos una intervención europea reclamada por un país americano. Y, además, la causa no era ya la de protección á los hermanos del continente, sino la de que resultaría atentatorio á la paz y seguridad de los mismos Estados Unidos. Es decir, que los países americanos no tenían pleno derecho á disponer de sí mismos más que en la medida y forma que ellos quisieran. No es presumible saber dónde se hubiera llegado en la discusión, porque seguramente no guardaba Inglaterra muy gratos recuerdos del asunto del Oregón, y, por otra parte, los Estados Unidos tenían que mirar mucho lo que hacían para disgustar á Inglaterra; pero, afortunadamente, no siguió adelante el asunto, porque, á los pocos días de haberse presentado ante el Senado un proyecto autorizando al Presidente para tomar posesión militar de Yucatán (4 Mayo 1848), se recibieron

(1) Moore: International arbitration on the American Continents (Do., 1903).

noticias de haberse llegado á un acuerdo entre indios y blancos, con lo que el asunto quedó muerto. Pero esto había sido bastante para revelar las intenciones de los Estados Unidos, y para que el pueblo americano y las Cancillerías europeas dijesen que la máxima de Monroe se había convertido en la frase «América para los norteamericanos».

Después vuelve á sufrir un eclipse la doctrina de Monroe, pero no por falta de ocasiones en que aplicarla, sino por las especiales circunstancias de cada caso. Así vemos que por el Tratado Clayton-Bulwer de 1870, los Estados Unidos se ven forzados á colocarse en igual situación que Inglaterra respecto del Canal de Nicaragua; en 1854, por encima de los altos principios, aparece la intemperancia y la conveniencia particular, oponiéndose los Estados Unidos á la emancipación de los negros de Cuba, proyectada por España, y diciendo que antes que consentirla se apoderarían de la isla si nuestra patria no quería vendérsela (manifiesto de Ostende, suscrito por los representantes de los Estados Unidos en España, Inglaterra y Francia); en 1866 y 1867 no intervienen activamente por hallarse empeñados en la guerra civil, y consienten, sin protesta eficaz, la guerra española del Pacífico y la intervención en Méjico, alegando, en este caso, que la doctrina de Monroe no era opuesta á tal intervención; y esta época de relativo silencio se prolonga hasta el conflicto anglo-venezolano, producido por la incertidumbre de límites en la desembocadura del Orinoco. Cuando las negociaciones entre Inglaterra y Venezuela comenzaron el año 1876, esta última Potencia dió cuenta al Gobierno de los Estados Unidos; unos años después, el Ministro de Venezuela en Wáshington volvía á llamar la atención de Casa Blanca, sin más resultado que una contestación relativamente indiferente. Pero entretanto Inglaterra pasaba á vías de hecho y ocupaba á Barima, dando lugar á las naturales reclamaciones.

La virtualidad de la doctrina de Monroe sufría rudo golpe, y era preciso contestar de alguna manera: no sólo invadían los europeos el territorio de un Estado libre, sino que Salis-

bury decía, en 1895, que los Estados Unidos no tenían por qué mezclarse en el asunto: esta contestación, dada por otra Potencia, hubiera producido resultados desastrosos; dada por Inglaterra, condujo á la iniciación de un nuevo principio derivado de la doctrina de Monroe. No era posible aventurar una guerra, pero tampoco se debía abandonar el papel de altos protectores, y ya que no eran prudentes las soluciones radicales, los Estados Unidos nombraron una Comisión que examinara los fundamentos de la reclamación de frontera. Inglaterra se avino á someter la cuestión á tal examen, y el principio de la teoría de arbitraje, casi impuesto por los Estados Unidos, terciando entre un país europeo y otro americano, quedó sancionado en la práctica.

Siguiendo el orden cronológico, forzoso sería hablar, en este momento, de la insurrección cubana y la guerra de 1898 si nuestro intento fuese exponer las relaciones de los Estados Unidos con Europa, á propósito de asuntos americanos; pero así como prescindimos de las cuestiones suscitadas hacia el año 60 y sus alrededores, porque no produjeron ninguna especial manifestación de la doctrina Monroe, como no designemos con tal nombre la dirección que la República norteamericana pretendía imprimir desde Wáshington á la conducta política y militar de España, ya desde los comienzos de la sublevación, contradiciendo declaraciones hechas en ocasiones que hubieran hecho más justificada una intervención decidida, y hablando de reconcentrados, con olvido del célebre manifiesto de Ostende. Esto no obstante, el desenlace de nuestra desigual contienda produjo dos resultados: 1.°, que los Estados Unidos revelasen su propósito de extender su territorio más allá de las costas, transformando, quizá de modo insensible, su monroeismo en imperialismo; 2.°, que, validos del prestigio logrado, hicieran al año siguiente la declaración oficial de la doctrina de Monroe, al decir en sesión plena de las celebradas durante la Conferencia de la Paz reunida en La Haya, el día 25 de Julio de 1899, que los delegados de los Estados

Unidos no firmarían la Convención sin hacer constar que nada de lo en ella contenido sería interpretado en el sentido de requerir á su país á que se apartase de su tradicional política de no entrometerse, intervenir ó mezclarse en las cuestiones políticas ó administración interior de ningún Estado extranjero, y que tampoco podría interpretarse como abandono por los Estados Unidos de su tradicional actitud enfrente de cuestiones puramente americanas (1).

*
* *

Pero mientras los norteamericanos, entretenidos con su peligroso imperialismo, miraban al exterior del Continente, Alemania, siempre alerta á la defensa de sus intereses y á la difusión de su poder, recordaba enérgicamente á Venezuela sus atrasos en indemnizaciones debidas por perjuicios causados durante las guerras civiles. No era ella sola acreedora: con mayores cantidades figuraban en la lista Bélgica, Gran Bretaña é Italia, y aun Francia, Méjico y los Estados Unidos: en millones de bolívares se estimaban sus respectivos créditos en 10,8, 9,4, 5,7, 2,6, 2,5 y 2,3 (2). La Nota del Gobierno Imperial se quejaba de la ligereza en el examen de las reclamaciones, lo infundado de las denegaciones y lo ridículo de algunas concesiones, porque citaba el caso de un ganadero á quien se había causado un perjuicio de 600.000 bolívares, y le habían indemnizado tan sólo con 15.000. Alemania declaraba que, sin pretender adquirir ni ocupar permanentemente ningún territorio de Venezuela, apelaría al bloqueo, y si esto no bastaba, ocuparía temporalmente algunos puertos, estableciendo y cobrando derechos en ellos. Tal era el sentido de la Nota alemana de 11 de Diciembre de 1901.

(1) El texto inglés puede verse en el citado Digest de Moore, tomo 6.°, pág. 594. (Edición de Wáshington, 1906.)

(2) Después venía Alemania con 2,09, y luego España, Holanda y Escandinavia con 1,9, 0,5 y 0,1, respectivamente.

La conducta de los Estados Unidos del Norte no fué muy lisonjera: en el Mensaje presidencial de 3 de Diciembre ya había dicho que no podían hacer otra cosa sino deplorar los castigos á que un Estado se expusiera por su mala conducta; pero ni siquiera ofrecieron su mediación. Entonces fué cuando, visto tal silencio, el Ministro argentino en Wáshington, recibió órdenes de su Gobierno para presentar al de los Estados Unidos un memorándum con el parecer de la República Argentina en esta cuestión. La esencia de tal documento está contenida en las afirmaciones siguientes: que la recaudación de empréstitos por medios militares implicaba ocupación efectiva del territorio, y que, por consiguiente, la República Argentina deseaba que los Estados Unidos prestasen su prestigios y autoridad á una proposición como esta: «que la deuda pública no podría dar ocasión á intervención armada, ni tampoco á ocupación material del suelo de las naciones americanas por una Potencia europea.»

Esta actitud produjo verdadero entusiasmo en el mundo latino-americano, que volvió sus miradas hacia la Argentina como hacia un nuevo y afortunado campeón del principio de Monroe, sana y rectamente interpretado. Pero los Estados Unidos acogieron la Nota de Drago con la mayor frialdad, y en vez de reconocer que su espíritu era una derivación de la doctrina de 1823, repitieron la tantas veces enunciada declaración de que mientras cada nación cumpliera sus compromisos no tendría que temer agresiones del extranjero: protección, auxilio moral, ofrecimiento de intervención, esas cosas que tan de lleno hubieran encajado en su papel de hermana mayor..., nada de eso asomó en la conducta de la poderosa República angloamericana. Alemania, en cambio, ha dado un paso en contra de las teorías de Monroe, y tal vez no sea el último, porque aspira á encontrar un medio eficaz de proteger por sí sus ya numerosos núcleos colonizadores que se han asentado en los Estados de América del Sur, y no tendrá nada de extraño que, so pretexto de la necesidad de proteger á sus na-

cionales expatriados, so pretexto de mantenerse en contacto con la *Deutschtum,* exija ventajas políticas en los países donde sus fieles súbditos se hayan establecido (1).

Esto han hecho los Estados Unidos al encontrarse frente á un país de la pujanza de Alemania, y mientras de tal manera se conducían en aquellas circunstancias, otra cuestión en que no se hallaban frente á frente dos poderosos, les servía para demostrar una vez más el espíritu absolutista y arbitrario de su política: nos referimos á la cuestión Alsop, todavía *sub judice* y de la mayor actualidad. Como los hechos exactos están todavía un tanto borrosos, no podremos hacer una relación detallada, pero sí marcar sus líneas generales, las cuales, concisas y todo, darán idea de la tendencia de los Estados Unidos.

El origen de la cuestión parece estar en ciertos anticipos, hechos por un D. Pedro López Gama al Gobierno de Bolivia, á cambio del derecho á 150.000 toneladas de guano, reconocido á favor de dicho señor; el dinero así adelantado había sido obtenido por Gama de la Sociedad Alsop y Compañía. Gama transfirió sus derechos á la indicada Sociedad en 1875, y á su vez, por convenios ulteriores, Chile sustituyó á Bolivia en la obligación de pagar los créditos á favor de Alsop. Dejando á un lado la cuestión de cuantía de la cantidad á pagar, bastará hacer presente: que Chile alega haber sido sometido el asunto á la Conferencia de Wáshington que declaró no haber lugar á reclamar diplomáticamente esa deuda; y que asimismo opone la excepción de que la Sociedad Alsop era chilena y no tiene derecho á protección extranjera. Pero los Estados Unidos se desentienden de esas consideraciones, olvidan que los principios de su derecho establecen que la primera condición de intervención es la ciudadanía, con carácter primordial, sin que sea retroactiva, ciudadanía que ha de serlo del perjudicado

(1) Véase el *Times* de 28 de Diciembre de 1909, número extraordinario dedicado á las Repúblicas sur-americanas.

respecto del Estado interviniente, y hasta han amenazado á Chile con la ruptura de relaciones diplomáticas (1).

Pero no es de extrañar esta conducta, cuando los tratadistas americanos, al enunciar el principio de Monroe según su última enunciación, dicen que las declaraciones que la constituyen son interpretadas en cada caso por el Gobierno de los Estados Unidos, quien es dueño de fijar la aplicación, época y forma de la interposición de esos principios y la extensión y carácter de los mismos (2). Y para nada se tiene en cuenta al país en cuyo *favor* quieran aplicarlos: la República norteamericana se erige por su propia autoridad en árbitro supremo; se acentúan cada vez más los motivos para creer que la interpretación popular de las palabras del Presidente Polk es la que late en el fondo de todos los circunloquios diplomáticos de los Gabinetes de Casa Blanca.

Pío Ballesteros

(1) *Memorándum Knox*, publicado por los Estados Unidos. Parece que el asunto se somete á arbitraje del Reino Unido de Gran Bretaña é Irlanda.

(2) Véanse las conclusiones de Foster en *Century of American Diplomacy*.

El caso Alsop está fuera de nuestro cuadro, pero tiene tal actualidad y es tan poderoso contraste, que no hemos resistido á la tentación de indicarlo, á reserva de examinarlo otro día, contando con la benévola hospitalidad que el Sr. Director nos otorga en las páginas de esta Revista.

EL PAÍS DEL PLACER

NOVELA

VII

Mrs. Trenor debía á la verdad de querer mucho á Miss Bart, porque, al reñirla, lo hacía con un tono tal de lamentación, como si la hubiera ocurrido algo muy de sentir.

—Todo lo que puedo decirla, Lily, es que no la entiendo á usted... ¡Si hubiera usted dicho que no tomaba en serio el asunto de Gryce! Pero desde el principio me ha indicado lo contrario con bastante claridad. De otra suerte, no hubiera usted pedido que la dispensara del bridge, y que apartase á Carry Fisher y Katy Carby. No veo que esto la divirtiese á usted: nadie hubiera podido pensar que soportase usted por un momento á ese muchacho, de no tener la intención de casarse con él. Y todo el mundo ha desempeñado su papel maravillosamente. Todo el mundo ha querido ayudarla. La misma Berta no se ha mezclado en nada, hay que reconocerlo, hasta que llegó Laurence, á quien usted le arrebató. Después de esto tenía ella derecho á vengarse. ¿Por qué diablos se ha puesto usted en su camino? Conoce usted á Laurence desde hace años. ¿Por qué se ha conducido usted como si acabase de descubrirla? Si quería usted contestar á Berta, ha elegido mal el momento; podría haber esperado hasta después de casarse... Ya la digo que Berta es peligrosa. Al llegar aquí estaba en detes-

tables disposiciones; pero la llegada imprevista de Selden la puso de buen humor, y con tal de que la hubiese usted dejado creer que él había venido por ella, no se la hubiera ocurrido jugar á usted semejante pasada... ¡Oh, Lily! No logrará usted nunca nada si no es más seria.

Miss Bart aceptó este sermón con un espíritu de absoluta imparcialidad. ¿Por qué mofarse? Su propia conciencia era lo que veía en las censuras de Mrs. Trenor. Mas para su misma conciencia necesitaba inventar una apariencia de defensa.

—No me tomé sino un día de vacaciones; creía que Gryce pensaba pasar aquí toda la semana y sabía que Selden se marchaba esta mañana.

Mrs. Trenor replicó, haciendo un ademán para rechazar el argumento:

—Pensaba quedarse, sí; eso es lo peor. Eso demuestra que huye de usted, que Berta ha realizado su obra.

—¡Oh! Si huye, le atraparé—contestó Lily con sonrisa forzada.

—No haga usted eso de ninguna manera.

—¡Oh! No he querido decir que me proponga tomar el primer tren para correr tras él... Hay otros medios.

Pero no los expresó.

Mrs. Trenor rectificó secamente el tiempo del verbo.

—*Había* medios... había una porción de medios. No creía que fuese necesario indicárselos á usted. Pero no se haga ilusiones: él la tiene á usted un miedo terrible. Ha huído á su casa, á refugiarse junto á su madre, que le protegerá.

—Sí, ¡hasta la muerte!—exclamó Lily burlonamente.

—No sé cómo puede usted reirse.

Ante esta advertencia, Lily reaccionó, y preguntó:

—Pero ¿qué es lo que en realidad le ha contado á Berta?

—No me lo pregunte. ¡Horrores!... Parece que ha exhumado todos los antiguos chismes... ¡Oh! Ya sabe usted lo que quiero decir: naturalmente, nada en el fondo; pero supongo que ha hablado del príncipe Varigliano y de lord Hubert...

¡Ah! También ha sacado no sé qué historia, según la cual pidió usted dinero al viejo Ned Van Alstyne: ¿es exacto?

—Es primo de mi padre—interrumpió Miss Bart.

—Pero eso no lo ha dicho ella... Parece que Ned contó la cosa á Carry Fisher, y ésta, naturalmente, se la contó á Berta... Ya sabe usted que todos son lo mismo; permanecen mudos durante años; se cree una á salvo, y luego, á la primera ocasión, sacan todo á relucir.

Lily palideció, y contestó con voz ruda:

—Era dinero que perdí al bridge, en casa de los Van Osburgh. Como es natural, lo devolví.

—¡A! De esto hubieran preferido no acordarse; además, lo que asustaba á Percy era la idea de la deuda de juego... ¡Oh!, Berta conocía perfectamente al hombre; sabía bien lo que había que decirle.

Mrs. Trenor continuó de esta manera sermoneando á su amiga durante cerca de una hora. Miss Bart escuchaba con admirable paciencia. La Naturaleza la había dotado de un buen carácter, disciplinado por años de forzada sumisión, puesto que casi siempre tuvo que alcanzar sus fines por la vía indirecta de la ayuda ajena; su temperamento la hacía mirar de frente á los acontecimientos desagradables que se presentaran; así es que no la molestaba calcular bien las consecuencias de su imprudencia, tanto más cuanto que no todavía lograba apartar su pensamiento de Selden. Ilustrada por los comentarios enérgicos de Mrs. Trenor, las consecuencias le parecían ciertamente formidables, y Lily, á medida que escuchaba, se sentía poco á poco convertida á la manera de ver de su amiga.

Lo que daba más importancia todavía al alcance de las palabras de Mrs. Trenor era que la misma Lily experimentaba unas inquietudes que apenas podía descifrar. A menos de ser estimulada por una viva imaginación, la opulencia no tiene más que una noción muy vaga del esfuerzo práctico al que se ve reducida la pobreza. Judy sabía que debía de ser «espantoso»

para aquella pobre Lily el tener que echar cuentas antes de decidirse á poner verdaderos encajes en sus enaguas, «espantoso» no tener automóvil ni yate á sus órdenes; pero el manejo diario de los recibos no pagados, el diario afán constituído por las pequeñas tentaciones de gasto, eran cosas tan extrañas para ella como los problemas domésticos que incumben á la mujer de su casa. La ignorancia en que Mrs. Trenor se encontraba de la gravedad real de la situación, tuvo por efecto aumentar el amargor del paladar de Lily; mientras que su amiga le censuraba el haber perdido la ocasión de eclipsar á sus rivales, Lily luchaba una vez más en su imaginación contra la marea ascendente de las deudas, de la que tan cerca estuvo de escapar. ¿Qué viento de locura la había arrojado de nuevo sobre aquellos mares sombríos?

Tras una ligera pausa, puso la mano sobre la de su amiga, y dijo:

—Querida Judy, lamento mucho haberla disgustado de tal manera; es usted demasiado buena conmigo... Pero aquí tiene usted algunas cartas á las que yo podría contestar; déjeme por lo menos que la sea útil.

Se instaló ante la mesa, y Mrs. Trenor aceptó que reanudase la tarea, pensando que, después de todo, se había mostrado inhábil para empleos más elevados.

*
* *

En el almuerzo había muchos huecos. Todos los hombres, excepto Jack, Stepney y Dorset, habían regresado á la ciudad. Percy Gryce y Selden se habían marchado en el mismo tren—cosa que para Lily era de una suprema ironía,—y Lady Crescida y sus satélites los Wetterale habían ido á almorzar á una posesión lejana. En tales ocasiones, en que el interés disminuía, Mrs. Dorset solía quedarse en sus habitaciones hasta la tarde; pero en aquellas circunstancias hizo su aparición á la

mitad del almuerzo, con los ojos lánguidos, pero con un asomo de malicia bajo su indiferencia.

Miró enrededor de la mesa, y dijo:

—¡Qué pocos somos! Mejor. ¡Me gusta tanto la tranquilidad!... ¿Y á usted, Lily?... No quisiera que hubiese nunca hombres; se está verdaderamente mucho mejor sin ellos... ¡Oh!... Pero yo creía que Mr. Gryce iba á quedarse aquí hasta fines de semana... ¿No era esa su intención, Judy?... ¡Es un muchacho tan simpático!... ¿Qué es lo que le habrá hecho marcharse? Es un poco tímido, y temo que le hayamos escandalizado. Ha sido educado á la moda antigua. Figúrese usted, Lily, que me dijo que era usted la primera muchacha á la que hubiese visto jugar dinero... Él vive de los intereses de su renta, y siempre le queda una fuerte suma que colocar.

Mrs. Fisher intervino con apresuramiento.

—Me parece que alguien debía encargarse de la educación de ese joven. Es una vergüenza que no le hayan enseñado nunca sus deberes de ciudadano. Todo hombre rico debería estar obligado á estudiar las leyes de su país.

Mrs. Dorset la miró tranquilamente.

—Creo que ha estudiado las leyes sobre el divorcio... me dijo que había prometido al obispo firmar no sé qué petición contra el divorcio.

Mrs. Fisher enrojeció bajo sus polvos, y Stepney dijo á Miss Bart sonriendo:

—Supongo que piensa en casarse, y trata de reparar el viejo barco antes de subir á bordo.

Esta metáfora pareció chocar á su novia, y Jorge Dorset lanzó un gruñido sardónico.

—Si proyectase yo un viaje con él—dijo alegremente Miss Corley—procuraría llevar á un amigo en la cala.

Miss Van Osburgh, á quien aquello molestaba, dijo:

—No sé por qué se burlan ustedes de él; á mí me parece muy buen chico. Y de todos modos, la muchacha que con él se case tendrá siempre con qué vivir confortablemente.

Se quedó cortada ante las risas que produjeron sus palabras; pero la hubiera tal vez consolado el saber lo profundamente que habían penetrado en el alma de una de sus oyentes.

«¡Confortable!», en aquel momento, era para Lily Bart la palabra más elocuente del lenguaje. No se reía de la heredera que consideraba una fortuna colosal como un simple abrigo contra la necesidad; su espíritu estaba lleno de la visión de lo que aquella fortuna hubiera podido ser para ella. Los alfilerazos de Mrs. Dorset no la punzaban, porque su propia ironía era más punzante: nadie podía herirla tanto como se hería ella misma, porque nadie—ni siquiera Judy Trenor—conocía toda la enormidad de su locura.

Sacóla de estas estériles reflexiones una petición que la murmuró Miss Trenor, llevándola aparte, cuando se levantaron de la mesa.

—Oiga, querida Lily; si no tiene usted que hacer nada urgente, voy á decir á Carry Fisher que va usted á ir en coche á la estación á esperar á Gus. Llega á las cuatro, y sé que ella tiene el proyecto de salir á su encuentro. Sin duda, me alegro siempre mucho de que diviertan á mi marido; pero me he enterado por casualidad de que Carry le ha sangrado en grande desde que está aquí, y se muestra tan deseosa de ir á esperarla, que supongo que habrá recibido esta mañana una nueva partida de recibos. Me parece que los maridos de las otras mujeres son quienes la abonan la mayor parte de su pensión alimenticia.

Miss Bart, camino de la estación, fué meditando sobre las palabras de su amiga y cómo se aplicaban á su propio caso. ¿Por qué habría ella de sufrir por haber pedido dinero, por una sola vez y por unas cuantas horas, á un primo viejo, cuando una mujer como Carry Fisher podía hallar impunemente de qué vivir especulando con el buen corazón de sus amigos y con la tolerancia de sus amigas? Aquí, como siempre, se presentaba la eterna distinción entre lo que puede hacer una mujer casada y lo que no puede hacer una soltera. Cierto era que

ella podía pedir dinero á sus amigas—cosa de cien dólars á lo sumo, aquí y allí;—pero aquéllas estaban más dispuestas á dar un traje ó una joya, y miraban á Lily con algún recelo cuando ésta insinuaba su preferencia por un cheque. Las mujeres no prestan con generosidad, y de las que trataba Lily, las unas se encontraban en el mismo caso que ella, y las otras tan por encima de semejantes necesidades, que ni siquiera llegaban á comprenderlas.

El resultado de estas reflexiones fué que tomó el partido de irse á Richpiald con su tía. No podía quedarse en Bellomont sin jugar al brigde y ser inducida á otros gastos; y si continuaba la serie habitual de sus visitas de otoño, no haría más que prolongar las mismas dificultades. Había llegado á un punto en que se imponía una brusca reforma, y la sola vida barata era una vida monótona. Se marcharía á Richfield, al día siguiente por la mañana...

Al verla en la estación, Gus Trenor se mostró no muy gustosamente sorprendido, y mientras que subía al coche dijo:

—¡Ah! Pocas veces me dispensa usted este favor; muy aburrida debe usted de estar...

La tarde era calurosa; Lily le vió rojo y sudoroso; pero á poco se dió cuenta también de que los ojillos de Gus la miraban con el agrado con que se contempla una bebida refrescante.

Esta observación la hizo contestar festivamente:

—Es que la suerte me favorece pocas veces. Hay muchas bellas damas para disputarme ese privilegio.

—¿El privilegio de llevarme á casa? De todos modos, me felicito de que haya usted venido. Pero ya sé lo que es. La ha enviado mi mujer. ¿No es así?

Gus tenía esas perspicacias imprevistas que á veces tienen los tardos de comprensión, y Lily se rió de su acierto.

—Ya ve usted, Judy juzga que yo soy la persona menos peligrosa con quien pueda usted estar, y tiene razón—replicó.

—¡Oh! ¿Que tiene razón? ¿No es más bien que usted no habría de perder el tiempo con un carcamal como yo? Nosotros, los casados, tenemos que contentarnos con lo que podemos atrapar; todas las jóvenes son para los listos que han sabido conservarse libres... ¿Me permite usted que encienda un cigarro? He llevado hoy un día terrible.

Paró el coche á la sombra, en la calle del pueblo, y entregó las riendas á Lily, mientras que acercaba una cerilla á su cigarro. La llama coloreó con un carmín más vivo el abotargado rostro de Gus, y Lily apartó los ojos con repugnancia; ¡Decir que había mujeres á las que le parecía un guapo hombre!...

Al devolverle las riendas le preguntó:

—¿De modo que ha tenido usted mucho que hacer?

—Muchísimo, puede usted decirlo.

Trenor, á quien su mujer y las amigas de su mujer no escuchaban nunca, se dispuso al raro placer de una conversación confidencial.

—No puede usted figurarse lo que tiene que traginar un hombre para sostener el tren de las casas. (Agitó su látigo en dirección de los campos de Bellomont, que se desplegaban ante ellos en opulentas ondulaciones.) Judy no tiene la menor idea de lo que gasta. No es que no tengamos con qué sostener este tren; pero un hombre tiene que abrir los ojos y vivir en guardia. Mi padre y mi madre vivían como gallos de pelea de sus rentas y ahorraban una buena parte de ellas... ¡felizmente para mí!...; pero, al paso que vamos, no sé lo que pasaría si yo no atrapase algo al vuelo de vez en cuando... Las mujeres se imaginan siempre—es decir, Judy se imagina—que yo no tengo que hacer más que ir á la ciudad una vez al mes para cortar los cupones; pero lo cierto es que hay que trabajar en grande para mantener la máquina en movimiento... Hoy, sin embargo, no tengo por qué quejarme, porque he hecho un buen negocio: he dado un bonito golpe, gracias al amigo de Stepney, Rosedale... A propósito, Miss Lily, quisiera que tratase usted

de hacer que Judy sea por lo menos cortés con ese individuo. Pronto será lo suficiente rico para comprarnos á todos, y con tal de que mi mujer le invitase á comer de cuando en cuando, apenas habría nada que no pudiese yo obtener de él. Se muere por tratar á quienes no quieren tratarle, y cuando un hombre tiene esa manía, no hay nada que no haga por la primera mujer que le tienda la mano.

Lily vaciló un momento; el comienzo del discurso de su compañero había hecho brotar en ella un raudal de ideas interesantes que el solo nombre de Rosedale interrumpió bruscamente. Contestó:

—Ya sabe usted que Jack trató de ponerle en circulación, y que no fué posible.

—¡Oh! ¿por qué?... ¿porque es gordo y reluciente y tiene maneras de tendero...? Pues bien; todo lo que puedo decir es que las personas que tengan la habilidad de ser corteses con él, ahora habrán hecho un buen negocio. De aquí ha pocos años será recibido en sociedad, que lo queramos ó no, y entonces no dará un fajo de un medio millón para una comida.

Lily apartó su pensamiento de la importuna personalidad de Rosedale para volver á la corriente de las ideas que las primeras palabras de Trenor habían puesto en movimiento. ¿No podría ella salir de su mala situación en aquel mundo inmenso y misterioso de Wall Street, con sus negocios y operaciones? Ella había oído hablar á menudo de mujeres que ganaban así dinero por mediación de sus amigos; al igual que la mayoría de su sexo, no tenía nociones precisas sobre la naturaleza exacta de aquellas transacciones, y esa misma vaguedad parecía atenuar la indelicadeza del asunto. Sin duda ella no pensaba en ningún caso rebajarse hasta recurrir á Rosedale; ¿pero no tenía á su lado un hombre que conocía aquellos secretos, y con el que, como marido de su más querida amiga, estaba en relaciones de intimidad casi fraternal?

En su interior sabía perfectamente Lily que no tenía probabilidades de conquistar á Gus Trenor apelando al instinto

fraternal; pero esta manera de explicar la situación disimulaba en cierto modo la crudeza, y ella cuidaba siempre de salvar escrupulosamente las apariencias á sus propios ojos. El refinamiento de su persona tenía una equivalencia moral, y cuando realizaba una visita de inspección mental, hallaba ciertas puertas cerradas que ella no abría nunca.

Al llegar á Bellomont, Lily se volvió hacia Trenor sonriendo:

—¡Está la tarde tan hermosa!... ¿no quiere usted pasearse un poco más?... He estado un poco triste todo el día, y es muy agradable sentirse lejos de la gente con una persona que no la quiere mal á una.

Estaba tan melancólica y tan bonita al formular esta demanda; mostrábase tan confiada en su simpatía, que Trenor hubiera deseado que su mujer hubiera podido ver cómo le trataba á él otra mujer, no una intrigante como Mrs. Fisher, sino una joven solicitada por la mayoría de los hombres, quienes hubieran dado mucho por semejante mirada.

—¿Un poco triste?... ¿por qué diablos está usted triste?... ¿Está usted descontenta del ultimo envío de Dorset, ó es que Judy la desbalijó anoche en el brigde?

Lily movió la cabeza suspirando.

—He tenido que dejar á Dorset y abandonar el bridge... Lo cierto es que mis medios no me permiten ninguna de las cosas que mis amigas pueden hacer, y temo parecer bien molesta á Judy desde que no juego á las cartas y no me visto tan bien como las otras mujeres... Y á usted también le voy á parecer molesta, si le hablo de mis cuitas; pero no las menciono sino para pedirle un favor, el mayor de los favores...

Lily miró á Gus, y se sonrió interiormente al ver la expresión de alarma de Gus, que contestó con evidente vacilación:

—Por de contado... si se trata de algo que yo pueda hacer...

—El mayor de los favores—replicó dulcemente Lily.—La cosa es que Judy está enfadada conmigo, y quisiera que usted hiciera las paces entre nosotras.

—¿Enfadada con usted?... ¡Bah! ¡valiente historia! (Su alivio se manifestó en una carcajada.) Bien sabe usted lo mucho que la quiere.

—Es mi mejor amiga, y por eso no quiero contrariarla. Pero supongo que está usted al corriente: ya sabe usted lo que ella deseaba. Tenía empeño en verme casada... casada con una gran fortuna.

Se calló, vacilante, con un ligero embarazo, y Trenor, volviéndose bruscamente, fijó en ella una mirada de inteligencia.

—¿Una gran fortuna?.. ¡Dios mío!... ¿alude usted á Gryce? ¿Se trata de él efectivamente?... ¡Oh! No tenga usted cuidado, no lo diré; puede usted tener confianza en mí, no abriré la boca... ¡Pero, Gryce!... ¿Y Judy ha creído realmente que podría usted resignarse á cargar con semejante mochuelo?... Lo comprendo. Usted se ha despedido, y por eso no se ha largado esta mañana en el primer tren... Pero ¿cómo diablos puede creer Judy que iba usted á hacer tal cosa? Jamás se me hubiera ocurrido á mí semejante desatino.

Lily lanzó un suspiro más profundo.

—A veces me parece—murmuró—que los hombres comprenden los móviles de una mujer mejor que las otras mujeres.

—Algunos hombres, sí, seguramente... No hubiera procedido yo como Judy—asintió Gus, satisfecho de la superioridad implícita que adquiría sobre su mujer.

—Bien pensaba yo que usted comprendería; por esto deseaba hablarle—replicó Miss Bart.—Yo no puedo hacer una boda de esa especie; es imposible. Pero tampoco puedo seguir viviendo como todas las mujeres que me rodean. Yo dependo de mi tía, y aunque sea muy buena para mí, no me da una pensión fija, y últimamente he perdido dinero en el juego y no me atrevo á decírselo... Como es natural, he pagado mis deudas de juego, pero no me queda casi nada para mis otros gastos, y si continúo mi vida actual, me encontraré pronto con terribles dificultades... Tengo una modestísima fortuna

personal, pero temo que no esté bien colocada, porque me parece que cada año produce menos, y soy tan ignorante en asuntos de dinero, que no sé si el hombre de mi tía es entendido en lo mío.

Hizo una pausa y continuó:

—No pensaba molestar á usted con esta relación, pero necesito su ayuda para que haga comprender á Judy que en estos momentos no puedo seguir viviendo como hay que vivir entre ustedes. Me voy mañana en busca de mi tía á Richfield; allí pasaré lo que resta del otoño; despediré á mi doncella y aprenderé á hacerme mis cosas por mí misma.

Ante este cuadro de la belleza angustiada, cuyos tonos patéticos estaban realzados por la ligereza del toque, Trenor dejó escapar un murmullo de compasiva protesta. Veinticuatro horas antes, si su mujer le hubiese consultado sobre el porvenir de Miss Bart, habría contestado que para una muchacha sin dinero y con gustos extravagantes, lo mejor era casarse con el primer hombre rico á quien pudiera atrapar; pero con el sujeto de discusión á su lado, que apelaba á su simpatía, que le daba á entender que la comprendía mejor que sus mejores amigas, y que confirmaba esta seguridad con la muda apelación de su exquisita proximidad, estaba dispuesto á jurar que semejante boda era un sacrilegio, y que por su propio honor estaba comprometido á hacer cuanto dependiera de él para protegerla contra las consecuencias de su desinterés. Este impulso estaba reforzado por la consideración de que si Lily se hubiera casado con Gryce, habríase visto rodeada de alabanzas y aprobaciones, mientras que habiéndose negado á sacrificarse á las conveniencias de su interés, era la única en sufrir todo el coste de su resistencia. ¡Qué diablos! Puesto que sacaba de apuros á una sanguijuela de profesión como Carry Fisher, simple hábito mental análogo á las titilaciones físicas del cigarrillo ó del *cocktail,* bien podía hacer otro tanto con una muchacha que apelaba á sus mejores sentimientos y que la confiaba sus penas con toda la sencillez de una niña...

Trenor y Miss Bart prolongaron su paseo hasta mucho después del anochecer, y antes de volver había tratado, con alguna apariencia de buen éxito, de demostrarle que, si quería fiarse de él, podría ganarle una bonita suma de dinero sin comprometer su modesto capital. Lily era harto sinceramente ignorante de los manejos de la Bolsa para comprender las explicaciones técnicas de Gus, y hasta quizá para observar lo rápidamente que pasaba sobre ciertos puntos: la bruma que envolvía la transacción sirvió de velo á su perplejidad, y á través de la niebla circundante se dilataron como lámparas entre aquélla. Ella comprendió solamente que sus módicos ingresos se multiplicarían misteriosamente sin riesgo para ella, y la seguridad de que este milagro se realizaría prontamente, sin enojosos intervalos de incertidumbre y de reacción, triunfó de sus últimos escrúpulos.

De nuevo sintió aligerada su carga y al mismo tiempo la expansión de actividades reprimidas. Una vez conjurados los inmediatos apuros, era fácil tomar la resolución de no volver á encontrarse en tales circunstancias, y desde el momento en que la necesidad de la economía y del renunciamiento desaparecía del primer término, estaba dispuesta á hacer frente á las otras exigencias que la vida pudiera imponerla. La que, por ejemplo, se presentó en seguida, la de dejar que Trenor se inclinase hacia ella y pusiera en la suya una mano protectora, no la costó más que un momentáneo estremecimiento de repugnancia. Entraba en su juego hacer sentir á Gus que su llamamiento había sido un impulso completamente espontáneo, causado por la simpatía que le inspiraba; y la sensación de su poder sobre los hombres al escuchar á su amor propio herido contribuían también á oscurecer el sentimiento de los derechos á que aludía la actitud de Trenor. Era un hombre grosero que, bajo su aire de autoridad, no era sino un simple comparsa en el lujoso espectáculo que pagaba con su dinero; seguramente, para una mujer hábil, sería cosa fácil tenerle dominado por la vanidad, y dejar así de parte de él todas las obligaciones.

VIII

El primer cheque de mil dólars que Lily recibió con una esquela de Gus Trenor afirmó su confianza en sí misma, exactamente en la medida que saldaba sus deudas.

El asunto se justificaba por los resultados. Lily veía ahora lo absurdo que hubiera sido desdeñar, por escrúpulos de puro instinto, aquel fácil medio de calmar á sus acreedores. Lily se sentía realmente virtuosa cuando distribuía aquella suma en pagar á sus proveedores, y el hecho de acompañar un nuevo encargo á cada cantidad entregada á cuenta no disminuía la convicción que tenía de su desinterés. ¡Cuántas mujeres, en su lugar, hubierán encargado sin pagar nada!

Toda inquietud había desaparecido ante la averiguación de que se necesitaba muy poca cosa para mantener á Trenor en buen humor. Escuchar sus historias, recibir sus confidencias y reirle los chistes era todo lo que parecía exigir de ella por el momento, y Judy miraba todas estas atenciones tan benévolamente que las quitaba todo género de ambigüedad. Evidentemente Mrs. Trenor consideraba que la intimidad creciente de Lily con su marido no era sino una manera de reconocer lá bondad de ella.

—¡Me alegro tanto de que Gus y usted se hayan hecho tan buenos amigos!—decía ella en tono de aprobación.—Es usted muy buena en ser tan amable con él y en soportarle todas sus fastidiosas historias. Las conozco: tuve que oirlas todas cuando éramos novios; estoy segura de que son las mismas que refiere hoy... Y así no tengo que invitar siempre á Carry Fisher para que le distraiga. Es un verdadero vampiro esa mujer, ya lo sabe usted, y no tiene el menor sentido moral. Obliga á Gus constantemente á que haga especulaciones para ella, y estoy segura de que no paga nunca cuando pierde.

Miss Bart no tenía para qué aplicarse estas palabras. Seguramente su posición era muy distinta. No se trataba en cuanto á ella de no pagar en caso de pérdida, puesto que Trenor la había afirmado que no podía perder. Al enviarla el cheque de mil dólars, le había explicado que había ganado para ella cinco mil dólars, y que le había puesto cuatro mil en el mismo negocio, porque se previa de nuevo una «fuerte alza»: dedujo de esto ella que ahora se especulaba con dinero suyo, y que, por consiguiente, no le debía más que el agradecimiento que se muestra por un pequeño servicio de este género. Se limitaba á pensar en la fecha probable de la próxima «alza».

Tuvo noticias de este acontecimiente algunas semanas después, con motivo do la boda de Jack Stepney con Miss Van Osburgh. Habíase solicitado de Miss Bart, prima del novio, que fuese «señorita de honor»; pero ella declinó este ofrecimiento, con la excusa de que era mucho más alta que las otras muchachas de su gru po, y su presencia destruiría la simetría. La verdadera razón era que había desempeñado aquel papel harto á menudo: no quería volver á figurar en aquella clase de ceremonias sino como personaje principal.

La boda se celebró en la iglesia del pueblo próximo á la posesión del padre de la novia. Fué «la boda en el campo sin ceremonia», á la que son llevados los invitados en trenes especiales y de la que son apartadas las hordas de los no invitados, por intervención de la policía. Mientras los ritos campestres se celebraban en una iglesia llena de personas elegantes y festoneada de orquídeas, los representantes de la prensa se abrían camino, con las cuartillas en la mano, á través del laberinto de los regalos, y el agente de un sindicato cinematográfico armaba su aparato á la puerta del lugar sagrado. Era el espectáculo en el que Lily se había imaginado varias veces desempeñando el primer papel, y el hecho de no ser una vez más sino una espectadora sin importancia y no la figura místicamente velada que centralizaba la atención, fortificó su resolución de asumir aquel empleo antes de terminar el año.

Aunque libre de sus apuros del momento, no era ciega; sabía que podían volver; aquel alivio no hacía sino darla ánimos para triunfar de sus dudas y para recobrar la confianza en su belleza, en su poder, en el conjunto de los méritos que la llamaba á un destino brillante. ¿Cómo una persona consciente, de semejantes aptitudes, para triunfar de la vida y gozar de ella, habría de verse condenada á un perpetuo fracaso? Sus errores parecían fácilmente reparables, á la luz de su seguridad recobrada.

El descubrimiento, en un banco próximo, del perfil serio de Mr. Percy Gryce y de su cuidada barba, daba mayor oportunidad á estas reflexiones. Había algo casi nupcial en el aspecto del joven: su ancha gardenia blanca tenía un aire de símbolo que parecía de buen augurio á Lily. Después de todo, visto en semejante reunión no estaba demasiado ridículo: un criterio benévolo hubiera podido calificar su impavidez de gravedad, y su actitud pasiva y distraída hacía que resaltasen las tonterías de las personas agitadas. Lily se figuraba que el joven era de esos cuyas ideas sentimentales se despiertan ante el espectáculo convencional de una boda, y se vió ya en las *serres* discretas de la casa de los Van Osburgh, actuando con arte sobre una sensibilidad dispuesta á ser conmovida. Además, cuando miraba ella á las mujeres que la rodeaban, y se acordaba de la imagen que su espejo la había dejado, no parecía que la fuese preciso una habilidad muy grande para reparar el mal paso y volver á Gryce á sus pies.

La vista del moreno rostro de Selden, en un banco casi frontero á ella, perturbó por un momento el equilibrio de su serenidad. Sus miradas se cruzaron y se colorearon las mejillas de la joven; pero no tardó en reaccionar. No deseaba verle; no es que temiese su influencia, pero su presencia tenía siempre por resultado el despreciar sus aspiraciones, el cambiar de lugar el eje del universo suyo. Además, él era el recuerdo viviente de la falta más grave de su carrera, y el hecho de que él era la causa, no era para que le fuesen benévolos los sentimientos de

Lily. Podía ella imaginar un modo ideal de existencia en el que sobre todo lo que se encontrara acumulado, fuese la última palabra del lujo la intimidad de Selden; pero en el mundo, tal como era, semejante privilegio costaría probablemente más caro de lo que valía.

—Querida Lily, nunca la he visto á usted tan bonita. Se diría que acababa de sucederla á usted algo delicioso.

La joven que formulaba así su admiración por su brillante amiga, no sugería, en su propia persona, la posibilidad de aventuras tan afortunadas. Miss Gertrudis Jarish era el verdadero tipo de la mediocridad sin efecto. Sin duda tenía en la mirada abierta y franca, en la frescura de la sonrisa, cualidades compensadoras, pero eran cualidades que solamente podía apreciar el observador simpático antes de percibir que los ojos eran de un gris vulgar y que los labios no tenían curvas seductoras. La opinión de Lily respecto de Miss Farish oscilaba entre la compasión por su destino restringido y la impaciencia por la manera alegre con que la aceptaba. A los ojos de Miss Bart, como á los ojos de su madre, resignarse á la mediocridad era un signo evidente de estulticia; y había momentos en que, consciente del dón que poseía de parecer y ser exactamente lo que reclamaba la ocasión, tenía casi el sentimiento de que las muchachas feas é inferiores lo eran por elección. Ciertamente nadie estaba obligado á confesar la resignación con su suerte hasta el punto que lo confesaban el traje y el sombrero de Gerty Jarish; es casi tan tonto el dejar adivinar por el traje que se sabe una fea, como el proclamar por el traje que se cree una bella.

Sin duda, como el destino de Gerty era el ser pobre é insignificante, obraba cuerdamente en ocuparse de filantropía y de conciertos sinfónicos; pero había algo irritante en su presunción de que la existencia no ofrecía placeres más elevados, y de que la vida, encerrada en una modesta casa, podía ser tan interesante, tan intensa como allí, en medio de todos los esplendores de la suntuosa mansión de los Van Osburgh. En esta

ocasión, sin embargo, los entusiasmos de Gerty no irritaban á Lily; aquélla parecía solamente poner más de relieve todo lo excepcional de Lily y dar mayor amplitud á su marco de vida.

—Vamos á echar un vistazo á los regalos antes de que los invitados salgan del comedor—propuso Miss Farish, cogiendo del brazo á su amiga.

Uno de los rasgos del carácter de Gerty era el de atender con interés completamente sentimental y desprovisto de envidia á todos los detalles de una boda; era una de esas personas que tienen siempre el pañuelo en la mano durante la ceremonia, y que se van apretando un trozo del pastel de boda cuidadosamente empaquetado.

—La verdad es que han hecho bien las cosas—dijo al entrar en el salón lejano, en donde estaba instalado el botín nupcial de Miss Osburgh.—Siempre he dicho que nadie hace mejor las cosas que mi prima Gracia. ¿Ha probado usted nunca nada más exquisito que esa langosta en salsa de Champaña?... Yo estaba decidida desde hacía mucho tiempo á no perder esta boda. Cuando supo que venía, Laurence Selden insistió en ir á buscarme y traerme en coche á la estación, y esta noche, á la vuelta, comeré con él en casa de Shewy. Estoy tan agitada como si fuera yo la novia.

Lily sonrió; sabía que Selden era siempre muy atento con su pobre prima, y á veces se preguntaba por qué perdería tan tontamente el tiempo; pero hoy esta idea le causaba un vago placer.

—¿Le ve usted á menudo?—preguntó.

—Sí; me hace el favor de venir á visitarme los domingos. Algunas veces vamos al teatro juntos; pero en estos últimos tiempos no le veo nada. No tiene buen aspecto; parece nervioso, inquieto... ¡Pobre muchacho!... ¡Me alegraría tanto que se casara con una buena muchacha! Hoy se lo he dicho, pero lo ha tomado á broma... ¡Oh! ¿Ha visto usted qué hermosas perlas?

Habíanse parado ante la mesa en que estaban expuestas las

joyas de la novia, y el corazón de Lily palpitó de envidia ante tantas radiantes luces como de allí irradiaban. Más que ninguna otra manifestación de la riqueza, aquellas joyas simbolizaban la vida á que aspiraba Lily, la vida de aislamiento refinado y desdeñoso.

—¡Oh! Lily, mire esa arracada de brillantes. ¿Quién será el donante? (Miss Farish miró la tarjeta.) «M. Simsen Rosedale...» ¡Cómo! ¡Ese buen hombre! Es verdad... recuerdo que es un amigo de Jack, y supongo que mi prima Gracia se ha visto obligada á invitarle hoy; pero debe serle desagradable permitir que Gwen acepte semejante regalo de ese señor.

Lily sonrió. Tenía dudas sobre la repugnancia de Mrs. Van Osburgh, pero sabía que Miss Farish acostumbraba á atribuir sus propias delicadezas de sentimiento á las personas que menos las gastaban.

—¡Bah! Si Gwen no quiere que la vean llevar ese regalo, siempre podrá cambiarlo por otra cosa—contestó Miss Bart.

—¡Ah! Mire otra cosa más bonita—siguió diciendo Miss Farish:—ese encantador zafiro blanco; es una maravilla... Quién lo ha regalado? «Percy Gryce...» ¡Ah!, es natural. (Se sonrió significativamente.) Ya habrá usted oído decir que está enamorado de Evia Van Osburgh. Mi prima Gracia está contentísima; es una verdadera novela. La vió por primera vez, no hace seis semanas, en casa de los Dorset; es la mejor boda que pudiera hacer mi querida Evia. No lo digo por el dinero—bastante tiene ella;—pero es una muchacha tranquila, casera, y parece que él tiene exactamente los mismos gustos.

¿Evia Van Osburgh y Percy Gryce? Los dos nombres resonaron con un eco burlón en el cerebro de Lily. ¿Evia Van Osburgh? La más tonta de las cuatro tontas muchachas, á quienes Miss Van Osburgh iba colocando una á una... ¡Ah! ¡Felices las muchachas que crecen al amparo de una madre amante; una madre que sabe combinar las ocasiones sin conceder favores, que sabe aprovecharse de la proximidad sin permitir que el hábito embote el deseo!

Lily se abismó ante el fracaso. La vida era verdaderamente harto estúpida. ¿Por qué los millones de Percy Gryce iban á juntarse con otra gran fortuna?; ¿por qué aquella muchacha tan inepta había de posesionarse de unos poderes de los que nunca se sabría servir?

Lily fué sacada de sus meditaciones por una mano que la tocó familiarmente en el brazo; se volvió y vió á su lado á Gus Trenor. Tuvo un estremecimiento de protesta: ¿con qué derecho la tocaba?... Por fortuna, Gerty se había acercado á otra mesa y estaban solos los dos.

Trenor, más reluciente que nunca, la miraba con una satisfacción que no trataba de disimular.

—¡Está usted arrebatadora, Lily!—dijo; y sin notar la contrariedad que se dibujaba en el rostro de la joven, añadió: —¿Cuál de esas joyas va usted á encargar mañana en casa de Tiffani?... Tengo un cheque en el bolsillo para usted.

Lily le miró con inquietud: hablaba él en voz más alta que de costumbre, y el salón empezaba á llenarse. Pero se aseguró que aún no les podía oir nadie, y el temor cedió el puesto al placer.

—¿Otro dividendo?—preguntó sonriendo y acercándose, para no ser oída.

—He vendido al alza, y la he ganado cuatro mil dólars... No está mal para un principio, ¿eh?... Supongo que va usted á empezar á creerse una especuladora bastante hábil... Y tal vez pensará también que el pobre viejo Gus no es la especie de asno que algunas personas pretenden.

—Pienso que es usted el mejor de los amigos; pero ahora no puedo darle las gracias como convendría.

Fijó sus ojos en los de Trenor, y su mirada suplió el apretón de manos que él hubiera reclamado de estar solos—¡y qué contenta estaba Lily de que no lo estuvieran!—La noticia la penetraba de un ardor comparable al que sigue á la repentina cesación de un dolor físico. Pensó que Percy Gryce no estaba irremisiblemente perdido; sonrió al pensar lo divertido que se-

ría el quitárselo á Evia Van Osburgh. Si Lily quisiera tomarse ese trabajo, ¿cómo había de poder sostener la lucha aquella tonta?... Miró enrededor, esperando ver á Gryce, pero sus ojos no vieron sino la reluciente persona de M. Rosedale, que se deslizaba á través de la multitud con un aire mitad obsequioso, mitad intruso; diríase que en cuanto su presencia fuese notada se agrandaría hasta ocupar toda la habitación.

No deseando ser la causa de este milagroso desarrollo, Lily volvió á mirar á Trenor, á quien la expresión de agradecimiento de la joven no parecía haber procurado la completa satisfacción que ella había pretendido.

—Al diablo las gracias... no tengo necesidad de gracias... pero quisiera tener el medio de decir á usted dos palabras de vez en cuando—murmuró él.—Creía que iba usted á pasar todo el otoño con nosotros, y apenas la he visto en este último mes. ¿Por qué no vuelve usted á Bellomont esta noche? Estamos solos, y Judy tiene un humor endiablado. Venga á aliviar un poco á un viejo camarada. Si quiere usted la llevaré en auto, y puede usted telefonear á su doncella para que la envíe su equipaje para el próximo tren.

Lily movió la cabeza con encantadora expresión de sentimiento.

—Bien quisiera... pero es completamente imposible. Mi tía ha vuelto del campo, y tengo que pasar con ella estos primeros días.

—Lo que hay de cierto es que desde que somos socios la veo á usted mucho menos que cuando era usted amiga de Judy —contestó él sin tener conciencia de su perspicacia.

—¿Cuando era amiga de Judy?... ¿No lo soy ya?... Dice usted unas cosas... Si estuviera siempre en Bellomont se cansaría usted de mí antes que Judy... Pero venga usted á verme á casa de mi tía; hablaremos como buenos amigos y me dirá usted cómo he de colocar mi pequeña fortuna.

La perspectiva de esta charla de buenos amigos no parecía á Trenor tan satisfactoria como ella había esperado, el cual dijo:

—¡Oh! No puedo prometer á usted una ganancia diaria. Pero hay algo que puede usted hacer en mi favor: es el mostrarse atenta con Rosedale. Judy ha prometido convidarle á cenar cuando volvamos del campo, pero no puedo decidirla á invitarle en Bellomont, y si usted me permite que lo traiga ahora, las cosas cambiarían mucho. No creo que esta tarde le hayan dirigido la palabra dos mujeres, y le aseguro que se gana con tratar bien á ese individuo.

Miss Bart tuvo un movimiento de impaciencia, pero se calló las palabras que parecían deber acompañarle. Después de todo, se presentaba un medio fácil é inesperado de pagar su deuda, y además tenía ella razones personales para desear mostrarse atenta con M. Rosedale. Así dijo:

—Ciertamente, tráigamelo usted.—Y añadió sonriendo: —Tal vez podré hacer algún negocio con él por mi propia cuenta.

Trenor miró á Lily de una manera que la hizo enrojecer, y replicó al marcharse:

—Tenga usted cuidado; no olvide que es el rey de los *puntos*.

La gente había aumentado en el salón, y Miss Bart experimentó el deseo de un poco de espacio y de fresco.

Al ir á salir, un hombre se separó de los jugadores que estaban en el terrado y se acercó á ella. Lily se encontró frente á Selden. El precipitado latir del pulso que la presencia del joven la causaba siempre, se agravó con ún ligero sentimiento de cortedad. No se habían vuelto á ver desde el paseo de Bellomont. Pero Selden no expresó otra cosa en su actitud sino la satisfacción que toda mujer bonita espera ver brillar en los ojos de un hombre; y esta observación, aunque desagradable para la vanidad de Lily, era tranquilizadora para sus nervios. Entre la satisfacción de haber dejado á Trenor y el vago desasosiego de encontrarse con Rosedale, era un placer el descansar un momento sobre el sentimiento de mutua y perfecta inteligencia que las maneras de Selden la daban siempre.

—Es una suerte—dijo él sonriendo.—Me preguntaba si no

habría de hablar con usted una palabra antes de que nos lleve el tren especial... He venido con Gerty Farish y la he prometido no dejarla que pierda el tren; pero estoy seguro de que ella sigue absorta en la contemplación de los regalos. En el número y valor de éstos, parece ella encontrar una prueba del desinteresado afecto de las partes contrayentes.

Selden hablaba tranquilamente, cosa que hería la vanidad de la joven. Lily aspiraba á ser para él algo más que un pedazo de belleza viviente, una distracción pasajera de sus ojos y su cerebro, y esta aspiración se manifestó en su respuesta:

—¡Ah!—dijo.—Envidio á Gerty ese poder que tiene de idealizar todo lo prosaico de nuestra existencia. Yo no he podido reconquistar mi propia estimación desde el día en que me demostró usted la pobreza y la insignificancia de mis ambiciones.

Apenas hubo pronunciado estas palabras, cuando comprendió claramente toda su torpeza. Parecía que su destino era aparecer siempre desventajosamente ante Selden.

—Creía, por el contrario—replicó él,—haberla probado que nada era tan importante para usted como esas ambiciones.

Hubo una pausa en que los dos se miraron hondamente, y después dijo ella con risa temblona:

—Por lo menos, usted no puede pensar de mí peor de lo que me dice.

Pero antes de que él pudiera contestar, reapareció Gus Trenor, que venía seguido de Rosedale.

—El diablo me lleve, Lily; creía que me habría usted plantado; Rosedale y yo la estábamos buscando por todas partes.

Su voz tenía un acento de familiaridad conyugal; Miss Bart creyó discernir en un gesto de Rosedale la comprobación de este hecho, y esta idea cambió la antipatía que la inspiraba en una verdadera aversión.

Contestó á su profundo saludo con un ligero movimiento de cabeza, tanto más desdeñoso cuanto que sentía á Selden sorprendido al ver que trataba á Rosedale. Trenor se ha-

bía marchado, y su compañero permanecía en pie ante ella.

Este era un momento en que se necesitaba demostrar tacto, deslizarse por los puntos peligrosos; pero Selden seguía apoyada en el quicio de la puerta, y Lily se sentía incapaz de emplear sus artificios habituales. El temor de que Selden pudiese sospechar que tenía ella razones para contemporizar con Rosedale, detenía en sus labios las frases vulgares de cortesía.

Hubo un silencio embarazoso, que al fin interrumpió Rosedale diciendo, mientras que miraba de reojo á Selden:

—Jamás he visto un traje tan admirable. ¿Es la última creación de la costurera que va usted á ver al *Benedick*? En este caso, me choca que no vayan allí todas las mujeres.

Estas palabras, de significación tan especial, resonaron más después de tan prolongado silencio. Lily sintió, sin mirarle, que Selden tenía que establecer en seguida una relación entre la alusión aquella y la risita que le hizo ella. Esta certeza aumentó su irritación contra Rosedale; pero comprendió también que aquel era el momento de captarse sus simpatías, por enojoso que fuese hacerlo en presencia de Selden.

—¿Cómo sabe usted que las otras mujeres no van á casa de mi modista?—contestó ella.—Ya ve usted que no temo dar sus señas á mis amigos.

Su mirada y su intención ponían tan evidentemente á Rosedale en aquel círculo privilegiado, que los ojillos del personaje se entornaron de gratitud, y se sonreía beatíficamente.

—Nada tiene usted que temer—declaró.—Podría usted darlas todos los trajes, y siempre ganaría usted la partida.

—¡Ah! Es usted muy amable... Y lo será usted más si quiere usted llevarme á un rincón tranquilo y procurarme un vaso de limón ó de alguna otra bebida inofensiva antes de que nos vayamos al tren.

Dicho esto, dejó que Rosedale se pavonease á su lado á través de los grupos que se formaban en el terrado, mientras que todos sus nervios vibraban ante la idea de lo que había debido de pensar Selden respecto á la escena. Y bajo la cólera que

experimentaba contra la perversidad de las cosas, bajo la ligera superficie de su conversación con Rosedale, persistía otra preocupación: no quería irse sin haber tratado de descubrir la verdad acerca de Percy Gryce. Circunstancias fortuitas, ó tal vez la propia voluntad de Percy, los había tenido alejados desde su brusca marcha de Bellomont; pero Miss Bart era experta en aprovecharse de lo imprevisto, y los desagradables incidentes de aquellos últimos minutos (la revelación á Selden de aquella parte de su existencia, precisamente la que más deseaba que ignorase) aumentaban su deseo de hallar un amparo, de emanciparse de eventualidades tan humillantes. Toda situación un poco definida sería preferible á aquel perpetuo asalto de múltiples azares que la mantenía en una actitud de penosa alerta ante todas las probabilidades de la vida...

En el interior de la casa, había en el aire una sensación general de marcha, como de un público que se prepara á salir en cuanto hayan dejado la escena los principales personajes; pero entre los grupos todavía presentes, Lily no pudo descubrir ni á Gryce ni á la más joven Miss Van Osburgh. Le parecía de mal augurio que los dos estuvieran ausentes, y ella encantó á Rosedale al proponerle dar una vuelta por toda la casa.

A Lily la tenía completamente sin cuidado en aquel momento el que la vieran en compañía de Rosedale: todo su pensamiento estaba concentrado en el objeto de sus pesquisas. Pero este objeto no se encontraba en parte alguna, y Lily, oprimida por la repentina convicción de un fracaso, soñaba con el medio de librarse de su compañero ya inútil, cuando encontraron á Mrs. Van Osburgh, sofocada y cansada, pero irradiando la satisfacción del deber cumplido.

Ella les miró un instante, con mirada benévola, pero vaga, de ama de casa fatigada á quien sus huéspedes aparecen simplemente como puntos que giran en un calidoscopio de cansancio. Después, su mirada se fijó de repente, y se apoderó de Miss Bart con un gesto confidencial.

—Querida Lily, no he tenido tiempo de decirla una palabra, y supongo que se va usted ahora. ¿Ha visto á Evia? La ha buscado á usted por todas partes; quería confiarla su secretillo, pero sin duda lo ha adivinado usted ya. La noticia no será oficial hasta la semana próxima... pero es usted tan amiga de Mrs. Gryce, que los dos deseaban que usted fuese la primera en enterarse de su felicidad.

IX

En la juventud de Mrs. Peniston, la moda era regresar á la población en el mes de Octubre; así, el 10 de Octubre, los cortinones de su residencia, edificada en la Quinta Avenida, se levantaron, y los ojos del Gladiador moribundo, que se erguía en bronce en la ventana del salón, volvieron á inspeccionar la desierta calle. La primera quincena después del regreso representaba para Mrs. Peniston una detenida inspección doméstica, durante la cual fué cuando volvió Miss Bart el día de la boda Van Osburgh. El regreso no estaba hecho para calmar sus nervios. El noviazgo de Evia era uno de esos secretos en los que ya estaban iniciados los numerosos amigos íntimos de la familia, y todos los invitados murmuraban alusiones al caso, y Lily sabía perfectamente el papel que representaba en aquella comedia; conoció á maravilla la parte de diversión que la situación comportaba. Sus amigos no gustaban del placer sino bajo sus formas más crudas. Lily sabía conducirse bastante bien en las situaciones difíciles: cada insinuación iba á estrellarse contra la estudiada indiferencia de sus maneras. Pero el esfuerzo que esto requería le resultaba penoso; la reacción fué rápida, y pronto cayó en un profundo disgusto de sí misma.

Como siempre en ella, esta repulsión halló su desahogo en

una antipatía más violenta hacia cuanto la rodeaba, principalmente contra el medio en que vivía su tía, y en el que ella tenía que vivir.

Al entrar en la casa, estaban fregando la escalera, y Miss Bart, recogiéndose las faldas, hizo un gesto de impaciencia, y al hacerlo tuvo la rara sensación de haberse ya encontrado en la misma situación, pero en un medio diferente. Parecíale volver á encontrarse en la escalera de Selden; y al disponerse á hacer observaciones á la persona que estaba inundando la escalera de su tía, se encontró con unos ojos que ya la habían contemplado en análogas circunstancias. Era la mujer de faena del *Benedick*, la cual la examinaba con la misma atrevida curiosidad, con la misma repugnancia á dejarla paso. Pero esta vez Miss Bart estaba en su propio terreno.

—¿No ve usted que voy á pasar? Quite el cubo—dijo secamente.

La mujer obedeció como á regañadientes, sin apartar los ojos de Lily, mientras que ésta pasaba. No era tolerable que Mrs. Peniston tuviera semejantes sirvientes en la casa, y Lily entró en su cuarto, resuelta á exigir que se despidiese en el acto á aquella mujer.

Pero Mrs. Peniston no estaba en aquel momento visible: desde la mañana estaba encerrada con su doncella, pasando revista á sus pieles, que era el punto culminante de su inspección casera, y por la noche tampoco la vió Lily, porque su tía, contra la costumbre, comía fuera.

Lily se las arreglaba de modo de no estar en la casa por esta época; pero ahora hubo de hacerlo por diversas razones, entre otras, y es la principal, que no recibió tantas invitaciones como de ordinario para el otoño. Como se lo dijo á Selden, se iban cansando de ella. Estaban dispuestos á aplaudirla en otro papel; pero, como Miss Bart, se la sabían de memoria. También ella se sabía de memoria: estaba harta de la antigua historia. Había momentos en que aspiraba ciegamente á cualquiera cosa distinta; pero su imaginación no iba más allá de

su vida habitual en un nuevo marco. Ella no podía verse más que en un salón, exhalando elegancia como una flor exhala su perfume.

Sin embargo, Octubre avanzaba, y á ella no le quedaba más que esta alternativa: ó volver á casa de los Trenor ó á la de su tía, y, con un aire de abnegación heroica, optó por lo último.

Sacrificios de este género son á veces acogidos con sentimientos tan mezclados como los que los determinan. Peniston, para su compañía casera, prefería Miss Gracia á Lily Gracia Stepney; era una prima modesta, sin vida personal, que acudía á acompañar á Mrs. Peniston cuando Lily con harta frecuencia comía fuera, que jugaba al bridge, leía las defunciones en el *Times* y admiraba sinceramente la morada de aquella dama.

En las circunstancias ordinarias, aquella excelente prima aburría á Mrs. Peniston, la cual prefería con mucho á la brillante Lily, con la que, sin embargo, no podía contar para ningún menester casero.

Sentada en el salón hallábase sumida Lily en no muy halagüeños pensamientos sobre su porvenir, cuando una doncella le anunció que había una persona que deseaba ver á la señorita.

—Se llama Mrs. Haffan—añadió;—no ha querido decir lo que desea.

Lily, á quien aquel nombre no recordaba nada, abrió la puerta y se encontró con una mujer mal ataviada, que estaba sólidamente plantada bajo la linterna del vestíbulo. La luz del gas se reflejaba en una cara picada de viruelas. Lily reconoció con asombro á la mujer que fregaba la escalera.

—¿Que desea usted verme?—preguntó Lily.

—Quisiera decir á usted una palabra, Miss.

El tono no era agresivo ni amable; no revelaba nada del mensaje de la que hablaba. Sin embargo, por instinto de precaución, Lily se alejó de la doncella que estaba escuchando.

Hizo un ademán á Mrs. Haffan para que la siguiera al salón, y cerró la puerta cuando hubieron entrado.

—¿Qué es lo que usted desea?—preguntó.

La mujer aquella, según la costumbre de sus semejantes, tenía los brazos enlazados bajo el chal. Lo entreabrió y enseñó un paquetito envuelto en un periódico sucio.

—Tengo aquí algo que tal vez la gustaría á usted ver, Miss Bart—dijo acentuando el nombre de una manera desagradable, como si el conocimiento que de él tenía justificase en parte su presencia en aquel lugar.

En los oídos de Lily la entonación sonó como un reto.

—¿Ha encontrado usted algo que me pertenezca?—preguntó tendiendo la mano.

Mrs. Haffan se hizo atrás:

—¡Oh! Haga el favor de esperar un momento... También esto es tan mío como de los demás...

Lily la miró con aire perplejo. Ya estaba segura de que la actitud de la visitante envolvía una amenaza; mas por experta que fuese en ciertas materias, no había nada en su experiencia para prepararla á comprender el sentido exacto de la escena actual. Comprendía, sin embargo, que era urgente ponerla fin lo más pronto posible.

—No comprendo... Si ese paquete no es para mí, ¿por qué ha querido usted verme?

—La mujer no se desconcertó; estaba evidentemente dispuesta á contestar; pero, como todas las gentes de su condición, necesitaba remontarse antes de empezar.

Tras una pausa, dijo:

—Mi marido estaba de portero en el *Benedick*. Desde primeros de este mes ha dejado de serlo, y no puede encontrar trabajo. Nada malo hemos hecho: el administrador quería colocar á otro, y nos ha puesto en la calle sin más motivo. Yo estuve mucho tiempo enferma; el invierno último me hicieron una operación que se llevó todas nuestras economías, y es muy duro para mí y los chicos que Haffan esté tanto tiempo sin trabajo.

¿De suerte que aquella mujer no había venido, después de todo, más que para pedir á Miss Bart que buscase una colocación á su marido ó, más probablemente, para solicitar la intervención de la joven cerca de Mrs. Peniston... ?Lily tenía el aspecto de una persona que obtiene siempre lo que desea; así es que estaba habituada á que acudieran á su mediación, y, tranquilizada de su vago temor, se refugió en la fórmula convencional:

—Siento que haya usted tenido apuros—dijo.

—¡Oh! Sí los tenemos, Miss, y nosotros no estamos todavía sino al principio... Si pudiéramos tener otra colocación... pero el administrador no quiere oirnos... Nada tiene, sin embargo, de qué acusarnos; pero...

Aquí Lily perdió la paciencia, é interrumpió diciendo:

—Si tiene usted algo que decirme...

La irritación de la mujer, á este golpe, pareció espolear la lentitud de sus ideas.

—A ello voy, Miss—dijo.

Hizo otra pausa sin dejar de mirar á Lily, y después siguió en tono de relación difusa:

—Cuando estábamos en el *Benedick*, yo estaba encargada de las habitaciones de algunos de aquellos señores; algunos de ellos recibían montones de cartas; ¡no he visto nada parecido! Sus cestos de papeles rebosaban siempre, y los papeles se esparcían por el suelo. Tal vez, á fuerza de recibir tanto papel, se hacen tan descuidados... Algunos eran peores que los otros. M. Selden, M. Laurence Selden era uno de los más cuidadosos; quemaba sus cartas en invierno y las rompía en pedazos en verano. Pero á veces tenía tantas, que se contentaba también él con romperlas por la mitad... como esta...

Mientras hablaba, había desatado el paquete que tenía en la mano; sacó una carta, que puso sobre la mesa entre Miss Bart y ella. Como lo había dicho, la carta estaba rasgada en dos, pero con rápido ademán juntó los pedazos.

Una oleada de indignación invadió á Lily. Sentíase ante

algo vil, que hasta aquel momento no había adivinado sino vagamente—un género de ruindades de las que las gentes se hablan al oído, pero que nunca pensó que llegasen á ella.—Retrocedió con un movimiento de repugnancia, pero se detuvo en su movimiento por un repentino descubrimiento; á la luz de la lámpara acababa de reconocer la letra...

Al pronto no se hizo cargo de toda la gravedad de la situación. Comprendió solamente que tenía los ojos ante una carta escrita por Berta Dorset, y dirigida, por lo visto, á Selden. No tenía fecha, pero la negrura de la tinta probaba que la carta era relativamente reciente. El paquete que aquella mujer tenía en la mano contenía sin duda otras cartas del mismo género. Aquella era la confirmación de una historia, de la que se había chismografiado ligeramente durante aquellos últimos años, no viendo en ella, después de todo, sino una de las innumerables «situaciones picantes» de la comedia humana.

El código de la sociedad en que vivía Lily decretaba que el marido de una mujer debe ser el único juez de la conducta de ella; profesionalmente, está por encima de toda sospecha mientras que se encuentra al amparo de la aprobación de aquél, ó siquiera de su indiferencia. Pero con un hombre del carácter de Jorge Dorset, no había que pensar en el perdón; el que poseía las cartas podía derribar de una manotada todo el edificio de la existencia de Berta. ¡Y en qué manos había caído su secreto! Por un momento, la ironía de esta coincidencia llevó á la repugnancia de Lily un confuso sentimiento de triunfo. Pero la repulsión venció.

Se apartó como para poner la mayor distancia posible entre ella y la mujer, y dijo:

—No sé lo que son esas cartas, y no comprendo por qué me las trae usted.

La mujer la miró fijamente, y contestó:

—Voy á decírselo, Miss. Bart; las he traído para vendérselas, porque no tengo otro medio de procurarme dinero, y si mañana no hemos pagado el alquiler de la casa en que vivimos nos

pondrán en la calle. Nunca hasta ahora he hecho nada parecido, y si quiere usted hablar á M. Selden ó á M. Rosedale, para que vuelva Haffan al *Benedick*... La vi á usted hablar con M. Rosedale el día en que salía usted de casa de M. Selden...

La sangre afluyó á la frente de Lily. Comprendía ahora: aquella mujer creía que era ella, Miss Bart, la que había escrito las cartas. En el primer movimiento de cólera estuvo á punto de llamar para que echaran á la visitante, pero un vago instinto la contuvo. El nombre de Selden determinó en ella una nueva corriente de pensamientos. El hecho de que aquella correspondencia hubiera podido caer en manos extrañas acusaría á Selden de negligencia, y en esta materia, sobre todo el mundo, no la perdona nunca; además había riesgos todavía más graves, que era preciso tener en cuenta con un hombre de un equilibrio tan inestable como Jorge Dorset. Pensaba todas estas cosas, pero sin tener conciencia de ello; sentía solamente que el deseo de Selden sería el de salvar aquellas cartas, y que, por consiguiente, debía ella rescatarlas. Cierto es que también otra idea pasó rápidamente por su cerebro: se vió devolviendo aquellas cartas á Berta Dorset; pero este pensamiento iluminaba abismos, ante los que retrocedió avergonzada.

De todos modos acabó por formular esta pregunta:

—¿Cuánto pide usted?

La mujer se estremeció de gozo, y pidió una cantidad enorme; pero Miss Bart se mostró una presa menos fácil, y ofreció la mitad. La vendedora se resistió, pero ante la inflexibilidad de Lily y ante la idea también de que su tráfico no estaba exento de peligros, concluyó por aceptar lo que se la ofrecía, y salió no sin hacer grandes protestas de que únicamente apremiada por la necesidad se había decidido á dar el paso aquel.

Lily, al quedarse sola, no tenía la menor intención de leer aquellas cartas. Pero ¿qué hacer con ellas? Su deber era destruirlas como lo hubiera deseado el destinatario. Y así lo decidió; las quemaría en su cuarto. Cuando se disponía á subir á él, entró Mrs. Peniston, la cual, después de inspeccionar con

la vista el salón para ver si todo estaba en el más escrupuloso orden, se sentó, y mirando á su sobrina, dijo:

—Tienes aspecto de cansancio, querida. Supongo que es debido á la excitación de esa boda; me han dicho de ella maravillas.

Y Mrs. Peniston, que gustaba de saber los más minuciosos detalles de las fiestas á las que no asistía, interrogó largamente á Lily, la cual no contestaba sino vaguedades, turbada como estaba por la reciente escena.

—Verdaderamente, Lily—dijo su tía,—que no valía la pena de asistir á esa boda, para que no te acuerdes de lo que ha pasado ni de las personas que has visto.

Y, tras una pausa, siguió diciendo:

—Me han dicho que Berta Dorset estaba muy bien vestida y muy animada, y que se alababa de haber arreglado la boda entre Evia Van Osburgh y Percy Gryce. Por cierto que Cornelia Van Alstyne, que me lo contaba, añadió que ella había creído que á quien se dirigía ese joven era á ti.

Hubo otra pausa, que Lily aprovechó para despedirse de su tía.

—Estoy cansada, en efecto—dijo.—Me voy á acostar.

Una vez en su cuarto, Lily se dejó caer en una butaca y se sumió en sus pensamientos. Las palabras de su tía no la habían hecho saber nada nuevo; pero habían reavivado la visión de Berta Dorset, sonriente, alentada, victoriosa, poniéndola en ridículo con inteligibles insinuaciones. La idea del ridículo la mortificaba más que ninguna otra sensación...

No, ya no pensaba en destruir las cartas: su idea había desaparecido bajo la pronta corrosión producida por las palabras de Mrs. Peniston.

Se levantó, ató sólidamente el paquete, lo lacró y, abriendo un armario, lo guardó cuidadosamente. Al hacer esto pensó, en un relámpago de ironía, que los medios para haber podido rescatar aquellas cartas se los debía á Gus Trenor.

EDITH WHARTON

(Continuará.)

PARNASO INTERNACIONAL

MOMENTOS DELICIOSOS

(De Edmundo Rostand)

El banquete, encendidas las bujías,
Terminaba en concierto.
No era aquel parque el parque tenebroso
De la elegía: sobre el fondo tétrico
Resplandecían con sus cien colores
Los faroles chinescos.
De sutiles alambres suspendidos,
A cada instante, á la merced del viento,
Entre las verdes ramas emprendían
Vistosos bailoteos.
En las dormidas aguas del estanque
Entraban sus reflejos,
Entrecruzando allí sus rayos de oro.
Fué una fiesta sin par. Dábanos techo
El frondoso follaje. Las estrellas
Brillaban en los huecos.
La pompa natural se combinaba
Con las galas del lujo. Turbulento,
Frívolo, libre, vivo, audaz, profundo,
Era el amor. Los importunos ecos
De la realidad enmudecían.
Daba suave matiz de terciopelo
A los pinos la luna. Bulliciosa
Era la reunión. En los soberbios
Candelabros, de añeja orfebrería,

A cada luz velaba los destellos
Diminuta pantalla verde y malva.
Fué una fiesta sin par. Conservaremos
Su memoria por siempre. Eran sensibles
Todos los corazones; los ingenios
Vivos y refinados. Si callábamos,
Se embelesaba el alma en gratos sueños;
Si hablábamos después, aquella tregua
Daba mayor nobleza al pensamiento.
Cual vibraba la copa en nuestras manos,
Vibraba nuestro pecho.
De Asti era el vino; el fausto
De príncipes. Hallábase cubierto
El mantel de violetas. Las campestres
Marchitábanse ya; las que vinieron
De Parma, ¡cuán fragantes! ¡cuán lozanas!
En un búcaro diáfano y ligero,
Que parecía, por extraña industria,
Fundido en una lágrima, sus pétalos
Deshojaban las rosas. Cualquier pliegue
Cualquier flexible nudo, cualquier fleco,
Cien siglos de elegancia resumía;
Resumía cien siglos de gracejo
Cualquiera frase; el pormenor más nimio
De aquel feliz ornato, era el compendio
De cien victorias, que á la ruin materia
Ganó el humano esfuerzo.
Música y poesía eran el tema
Común y predilecto
De la conversación. De metafísica
Hablaba un jovenzuelo.
La pirámide enorme de las fresas
Se derrumbaba á los ataques recios
De las damas golosas. Ofrecían
Almendras otras con alegre gesto.

Alguien hablaba de Stendhal. En tanto,
Íbanse liquidando y disolviendo
Los helados, minúsculos glaciares,
Y caían las flores que en sus hielos
Estaban presas. Éxtasis gozoso
Alguna vez nos embargaba, y luego
En vano los motivos de aquel éxtasis
Buscábamos: quizás era el misterio
De una palabra ambigua; quizás era
La linda forma de un cuchillo nuevo
Para mondar la fruta. Llegó entonces
El dichoso momento
En que, el codo en la mesa, entre las copas
De véneto cristal, graves y lentos,
Del dulce moscatel los rubios granos
Poco á poco arrancamos. Los que á empeño
Toman pasar por doctas pitonisas,
Con sonrisa sardónica sonriendo,
Caer dejaban de su labio altivo
Pretenciosos conceptos.
El amor era frívolo y profundo,
Libre y vivo y audaz y turbulento.
Juegos de prendas unos proponían,
Maliciosos ingenuos;
Románticos los otros se mostraban,
Y recitaban versos;
Y al arder los primeros cigarrillos,
El humo ceniciento
Mezclábase en las frentes de las bellas
Con los rubios cabellos.
La absurda paradoja
Brotaba de los labios más austeros;
Pasaban los claveles carmesíes
Del femenil corpiño al frac severo;
Preludiaban lejanos violines,

Y á sus compases el oído atento,
Daban respuestas vagas las mujeres;
Y sin saber qué hacían, en los dedos
Cambiaban las sortijas; eran breves
Sus risas, y muy fijo, muy intenso
Su expresivo mirar. Aquella música
Tenía un raro mérito:
No era orquesta de zíngaros. Bailara
Al delicado són valses aéreos
Morgana con Urgelia. Se extinguía,
Y otra vez, dulce, comenzaba luego.
Fué una fiesta sin par. Con los perfumes
Del tocador, la lucha sostuvieron
Los nocturnos aromas
Del plácido jardín. ¡Qué dulce estrépito
De francas risas! ¡Qué crugir tan grato
De las sedeñas faldas! ¡Qué lamentos
A media voz de infiel coquetería!
Y cual respuesta al madrigal discreto,
¡Qué blanco alzar de los desnudos hombros!
Trujo después la noche soplos frescos;
Ponían á las damas los galanes
Bertas, abrigo del ebúrneo cuello;
Corrían, al amparo de los árboles,
Las parejas dispersas; el sereno
Cristal del lago hendían los esquifes,
Huéspedes complacidos conduciendo;
Alguien pulsó la vieja mandolina,
Y simulando trovador grotesco,
Al aire daba maliciosas coplas;
Otro pidió que á la colina fuésemos...
En las hermosas frentes juveniles,
¡Qué noble palidez! Bien lo recuerdo:
Fué una fiesta sin par. Inoportuno
Apagó el viento pérfido

Nuestra última bujía, aún no acabado
El último sorbete. Con tremendo
Susto de las medrosas damiselas,
Brillaba á lo mejor súbito incendio:
Era que ardía entre el ramaje obscuro
Algún farol chinesco.
Aumentaba el hechizo soberano
De aquella fiesta, para el goce nuestro,
Comprender que era frívola, imprudente;
Que nosotros, sagaces agoreros
De un porvenir brutal, á ella asistíamos
Próximos á expirar, obedeciendo
La ley de concurrir, saboreándolo,
A lo que llega al señalado término.
Y aquellos cantos, músicas y luces,
Y aquellas hermosuras, todo aquello,
La comunión ingenua de las almas,
Los deportes correctos,
Las diversiones cultas
De los hombres de bien (algo perversos),
La perfecta indulgencia
De la complicidad; el suave acento
De las voces amables; la frescura
De las perlas, ornato rico y bello,
De la nevada mano que estrechábamos,
La confusión de espíritu y de genio
De tanta varia raza; aquellas horas
Tan felices, aquel jardín espléndido,
De la dicha mansión, á sus encantos
Unían el encanto dulce y nuevo
De todo lo que audaz amenazaba
El odio de los bárbaros horrendo,
De todo lo que pronto se hundiría
Sin dejar ningún resto.

TEODORO LLORENTE

EL PROBLEMA DE LA POBLACIÓN [1]

La especie humana, como todas las animales, tiende á crecer en proporciones asombrosas. Si todos los gérmenes humanos se aprovecharan, si todos los nacidos dispusieran de medios para satisfacer cumplidamente sus necesidades, en pocos años no cabrían los hombres en la superficie del planeta. Pero la abundancia de medios económicos es una excepción, y cuando se ha dado, no ha favorecido por igual á todas las clases, habiendo habido siempre, aun en las sociedades más prósperas, buen número de indigentes. La abundancia depende de la feracidad del suelo, que es limitada; de los progresos de la técnica, que se efectúan con lentitud; de las instituciones y costumbres, que no suelen regular equitativamente el reparto de la riqueza ni ajustar su inversión á los dictados de la moral. Por estas causas, en todas las sociedades la riqueza aumenta menos de prisa que el número de habitantes. Tardo el progreso económico y rápido el crecimiento de la población, hay que buscar los medios de acelerar el uno ó refrenar el otro, hasta conseguir que los dos marchen al mismo paso. Apresurar el aumen-

(1) Este estudio es el resumen de varios discursos que su autor pronunció en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, durante el año 1909, con motivo de escribir el tema de *El pauperismo y la caridad*.

to de la riqueza no está en manos del hombre, sino en límites muy estrechos; porque la estructura del suelo está dada, los inventos técnicos dependen del grado de desarrollo intelectual, las instituciones y costumbres, de las condiciones históricas y geográficas. En cambio puede el hombre influir poderosamente en la multiplicación de la especie. He aquí los términos en que los economistas plantean el problema de la población: moderar la multiplicación de los habitantes al tenor de los recursos económicos, con el objeto de disminuir el número de víctimas condenadas al dolor y á una muerte prematura.

Este problema ha surgido en todas las sociedades desde que han llegado á cierto grado de desarrollo; pero nunca ha revestido los caracteres de gravedad que al presente, á causa del continuo y acelerado crecimiento en que ha entrado la población de los Estados de Europa desde mediados del siglo XIX, y de vislumbrarse ya el límite de la capacidad habitable de la tierra. En las sociedades nómadas, pescadoras ó cazadoras, los frecuentes choques de unas con otras, la irregularidad y deficiencia del alimento, las enfermedades que no cesaban, el canibalismo y el uso de matar á los niños cuando estorbaban y á los adultos desde que llegaban á cierta edad avanzada, reprimían el crecimiento de la población de manera que los nacimientos iban poco más allá de cubrir las bajas causadas por la muerte. En las sociedades semisedentarias y sedentarias, pastoras ó agrícolas, el hambre y las enfermedades causaron menos víctimas; pero las guerras fueron más frecuentes y sangrientas, y si el canibalismo se abandonó y se restringió el infanticidio, adquirieron gran incremento los sacrificios humanos á deidades guerreras, el de las mujeres á la muerte de sus maridos y el de los esclavos y servidores en los funerales de sus jefes. En los Estados semicivilizados, hallamos el celibato, la castración, el aborto y otra porción de prácticas más ó menos limitativas de la procreación. De carácter limitativo fueron también la esclavitud en los tiempos antiguos y la servidumbre en los medioevales, en cuanto sometían las relaciones se-

xuales de los esclavos y siervos á la inspección del amo ó del señor. De los estragos que hicieran la peste, el hambre y la guerra, podemos juzgar por los que han causado en tiempos recientes. La peste negra de 1345 á 1350, arrebató á Europa, según Hecker, 25 millones de almas, cifra aterradora aun reduciéndola á la mitad. En Londres perecieron, según Macculloch, el 24 por 100 de sus habitantes en 1593, el 31 por 100 en 1624, el 13 en 1636, el 45 en 1665. De hambre murieron en Bengala 10 millones de habitantes en 1770, y desde esta fecha ha padecido la India 21 hambres, habiéndose llevado la última, de 1876 á 1879, 6 millones de almas (1). El invierno de 1709 costó la vida, sólo en la Isla de Francia, á 30.000 personas, muertas de frío y de hambre. Con el hambre y la peste ha competido en número de víctimas la guerra, que ha llegado en los pueblos bárbaros á los mayores extremos de ferocidad. De Tschaka, jefe zulú, cuéntase que aniquiló á 60 tribus vecinas. En los Estados modernos, sin embargo de haberse suavizado algún tanto, ha dejado yermas y desoladas vastísimas comarcas. La de treinta años costó á Alemania las tres cuartas partes de la población; las de Luis XIV dejaron á Francia arruinada y medio despoblada, y en las de 1793 á 1813 se calcula que perecieron 2 millones y medio de franceses. Hasta fines del siglo XVIII, extrañábanse las gentes de que en cada diez ó doce años no ocurriese una gran mortandad, y de aquí las profecías que circulaban á menudo amenazando con próximas calamidades.

Estos azotes causaron, de 1600 á 1700, el estacionamiento ó descenso, según los países, de la población de Europa, y estos hechos sugirieron la opinión de que la población constituye la riqueza de las naciones y que es menester favorecer su aumento por todos los medios posibles. Así pensaban en el siglo XVIII fisiócratas, enciclopedistas, historiadores, filósofos y gobernantes, especialmente estos últimos, para quienes la ma-

(1) Schomoller: *Principes D'Economie Politique*, t. I, p. 422, Trad. fr., 1905.

yor población era base de mayor ejército y, por tanto, de mayor poder. Todos aceptaban como un axioma el dicho de Rousseau: «que el mejor gobierno es aquel bajo el cual los ciudadanos pueblan y se multiplican más de prisa». Contribuían á mantener esta opinión el atraso de los conocimientos geográficos y la exageración en que se incurría al calcular la población del mundo antiguo. El Continente americano estaba poco poblado y cultivado; en Asia había vastísimas regiones desconocidas; ningún viajero había penetrado en lo interior de Africa ni de Australia, y estas partes inexploradas la fantasía las agrandaba aún y embellecía; de donde la creencia de que era ilimitado el espacio destinado á morada del hombre en la tierra. Tocante á la población de los Estados de la antigüedad, existía el prejuicio de que había sido mucho más densa que la alcanzada por los modernos. Montesquieu la calculaba tres veces mayor que la de su tiempo, y de esta opinión participaban Wallace y otros varios. Los que disentían de este modo de pensar, como los enciclopedistas, incurrían en el error del jesuíta Botero, de que la población del Globo no había variado en lo pasado ni variaría en lo porvenir.

¿Es verdadera esta teoría? Lo era en su tiempo y respecto de los Estados que la sujerían, los cuales se hallaban necesitados de brazos para el cultivo de los campos y el sostén de las industrias; mas no puede aplicarse á todos los Estados ni á todas las situaciones. Sin ahondar más de lo que ahondaban aquellos cándidos optimistas, lo que la experiencia nos dice es que el crecimiento de la población suele ir acompañado de un aumento proporcionado de la riqueza, obtenido merced á nuevos progresos de la técnica, á una mayor facilidad de las comunicaciones y á los cambios consiguientes de las instituciones sociales. Mas cuando esta correspondencia se interrumpe, por traspasar la población el límite de los medios de subsistencia, lo que sucede muy á menudo, no se tarda en llegar á un punto á partir del cual empiezan á amargar la vida el malestar y la miseria.

A esta situación vino en el último tercio del siglo XVIII Inglaterra, cuya población no había dejado de crecer desde 1500 y en donde, á la sazón, los gastos causados por las guerras, la escasez de las cosechas, el encarecimiento de la vida y una terrible crisis industrial hicieron que el hambre y la peste se cebaran en las clases trabajadoras. Este espectáculo desvió el pensamiento de la dirección anterior, encaminándolo hacia las conclusiones pesimistas. Ya los puritanos que partían para Nueva Inglaterra en el siglo XVII se quejaban de que el hombre, la criatura más perfecta de la tierra, hubiese quedado sin valor en su patria, y tanto Walter Raleigh, como Child y James Stuart, sostenían que la población no podía crecer más allá de lo que consentían los recursos disponibles para mantenerla. Pero el principal representante de esta dirección pesimista fué Malthus, el cual, tristemente impresionado á la vista del proletariado creciente y de las cargas que pesaban sobre los pobres, después de prolijas observaciones y maduro examen, formuló en 1798 las dos tan conocidas proposiciones: que la población crece en progresión geométrica, como 1, 2, 4, 8, 16..., al paso que la riqueza sólo aumenta en progresión aritmética, como 1, 2, 3, 4, 5..., siendo necesario, por tanto, retardar el crecimiento de la población mediante las que él llamó *restricciones morales*, consistentes en abstenerse de contraer matrimonio ó limitar el número de hijos (1). Por este modo se pasó de la teoría optimista á la pesimista, según la que la población constituye la riqueza de las naciones solamente hasta cierto punto, traspuesto el cual se torna causa de pobreza.

Se ha demostrado que las proposiciones de Malthus no son enteramente exactas. Ni la población ni la riqueza marchan con esa regularidad matemática. La relación calculada entre el crecimiento de la población y el de la riqueza puede haber existido alguna vez; pero excepcionalmente, no como ley. Teóricamente, á lo sumo, podría aceptarse como exacta la ley

(1) Malthus: *An Assay on the Principle ot Population.*

del crecimiento geométrico de la población, en cuanto esa es la tendencia de la fuerza generatriz; realmente tampoco, por depender dicho crecimiento de las posibilidades de la existencia en un momento dado. Mas la ley del crecimiento aritmético de las subsistencias no es admisible, ni teórica ni prácticamente. No hay en este particular ley determinada, quedando á veces la producción estacionaria durante largos períodos y aumentando otras bruscamente, ya por mejoras introducidas de repente en la técnica, ya por la explotación de nuevas regiones productivas, ya por la adopción de nuevos sistemas de cultivo. La población tiende á crecer siempre, de prisa é indefinidamente; la riqueza, sólo á intervalos, con lentitud y hasta un límite fijo. Síguese de aquí que la población y la riqueza se condicionan recíprocamente, pero no del mismo modo. Una mayor densidad de la población, estimulando al hombre á esforzarse en el trabajo y á ingeniarse en los medios de facilitarlo y hacerlo más eficaz, condiciona un aumento de la producción; pero contingentemente, es decir, que puesta la condición puede no seguirse lo condicionado. Se seguirá necesariamente sólo cuando concurran estas dos condiciones: una, que el medio esconda nuevas fuerzas utilizables para la satisfacción de las necesidades; otra, que la población posea el grado de capacidad mental requerido para beneficiar dichas fuerzas y modificar convenientemente la organización económica y social. Por lo contrario, á todo aumento de la riqueza sigue indefectiblemente un aumento de la población, porque la fuerza generatriz se acelera inmediatamente que se la provee de recursos abundantes. Cierto que el hombre es de por sí una fuerza productora, y la más excelente de todas, por su constancia; pero necesita de materia sobre la que ejercerse, que es la fecundidad del suelo, y cuando esta fecundidad no se da, la fuerza humana es ineficaz. ¿Qué puede el hombre en las regiones polares? Todo progreso de la producción resulta de una nueva adaptación, es decir, de una nueva combinación de la actividad del hombre con las fuerzas naturales. Si el poder inventivo del

hombre corriese parejas en todos respectos con la potencia generatriz, y los elementos beneficiables del suelo fuesen inagotables, las combinaciones de la fuerza humana consciente con la natural inconsciente se efectuarían al paso que la necesidad lo demandase, y el equilibrio entre la población y la riqueza sería el estado normal; pero como los elementos del suelo son limitados y el poder inventivo del hombre circunstancial y lento, el equilibrio es una excepción, yendo en general la población delante de la riqueza. He aquí la verdad, no conocida antes, contenida en las proposiciones de Malthus: que la población tiende á crecer más de prisa que la riqueza.

Esto no obstante, la doctrina malthusiana fué acogida con agrado en todas partes, por gobernantes, economistas y clases acomodadas. Habíala basado el autor sobre numerosas observaciones, cosechadas en diferentes pueblos; conformaba con el estado social del tiempo, y ofrecía á los ricos la ventaja de librarles del remordimiento que pudieran sentir por la parte que les correspondiera en la desgracia de las clases trabajadoras (1). Por si algo le faltaba, Darwin y Wallace le proveyeron de fundamento biológico con la ley de la selección, según la que los supervivientes de una especie representan una variedad mejor adaptada y más vigorosa que los desaparecidos, por lo que la desproporción entre la población y las subsistencias ha sido causa de progreso en la sucesión de las formas animales y de las sociedades humanas. Con este refuerzo, la doctrina de Malthus mantuvo su predominio en toda la primera mitad del siglo XIX, contando entre sus más poderosos adictos á Stuart Mill (2), el cual comparaba el hecho de tener muchos hijos con el vicio de la embriaguez.

Hablando así, Stuart Mill se dejaba llevar de sus sentimientos humanitarios. No se fijaba en que el exceso de la población, cuyo aspecto negativo son la miseria y la muerte, tie-

(1) Ingram: *History of political Economy*, p. 116.

(2) *Principles of political Economy*, lib. I, cap. II, párf. 2.

ne también su aspecto positivo, que es el progreso. A ese exceso de población se ha debido no sólo la propagación del linaje humano, sino el desenvolvimiento entero de las sociedades (1). Siempre y dondequiera que el crecimiento de la población se ha precipitado, inmediatamente la constitución social, como un vestido estrecho, se ha roto por todas partes, y notables progresos se han realizado en la técnica y la producción, en las ciencias y las artes, en las costumbres é instituciones. Recuérdese la transformación social y económica de los siglos XII y XIII. El aumento de la población ha sido la condición determinante de toda la evolución social, la cual se paralizaría seguramente el día en que se lograse equilibrar la población con la riqueza.

Tampoco se fijó Stuart Mill en que las restricciones morales de Malthus son muy peligrosas. Su efecto menos funesto es la prostitución. Más propio sería llamarlas restricciones inmorales. Que la intervención reflexiva del hombre en el ejercicio de la función procreadora sea lícita, como lo es en todas, según opinan Schmoller y otros (2), no cabe duda; pero nótese bien, únicamente dentro de límites muy restringidos, por la energía con que la necesidad solicita: los límites de regularla conforme á los preceptos de la higiene. Contra la naturaleza no se puede ir. Triste es que el 20 ó el 40 por 100 de los nacidos mueran en el primer año de su vida; pero ¿quién sabe si no serían peores los males que resultarían de evitar que naciesen? Sin contar con la serie de inmoralidades sexuales, desarrollaríanse el egoísmo, el afán de goce y la sensualidad en los padres, los cuales dejarían de imponerse sacrificios por el porvenir de sus hijos, y disminuiría con ello el esfuerzo de todos por el bien del conjunto. Es muy de temer que las tales restricciones, cuyo último término sería el sistema de dos hijos, ó el de uno solo, ó el de ninguno, no trajese el abandono de las

(1) A. Schæffle: *Ean und Leben des socialen Kœrpers*, VII, 5.
(2) *Principes d'Economie politique*, vol. I, p. 431.

virtudes cívicas, la paralización del progreso y, en definitiva, la muerte de la sociedad. Significativo es que solamente las hayan practicado los pueblos y clases viejas y decadentes, y que las hayan rechazado y condenado las sociedades y clases jóvenes, fuertes y en vías de crecimiento. Respecto del porvenir, cuando la tierra esté completamente poblada con sus 12.000 millones de habitantes, que es el máximum de población que se calcula puede sostener, nada tenemos que decir, por desconocer, tanto la productividad de la mayor parte de sus regiones, como los progresos que podrá realizar el hombre de aquí á entonces en los medios de satisfacer su necesidades (1).

***

El triunfo de las ideas liberales, los múltiples progresos de la técnica y la rápida acumulación de capitales, á partir de 1850, abrieron el pensamiento á ideas menos pesimistas acerca de las relaciones entre la población y las condiciones económicas. Esta reacción se inicia en Francia, donde la cifra de los nacidos iba decreciendo de unos años atrás; la siguen en Alemania buen número de socialistas, y la llevan á la exageración en Inglaterra los liberales de Manchester, para quienes entre los progresos de la población y los de la riqueza existe, como en todo, una armonía natural, en cuya virtud todo individuo, teniendo buenos brazos, puede producir lo bastante para satisfacer sus necesidades. En Inglaterra, sin embargo, la doctrina de Malthus revivió todavía al empezar el último cuarto del siglo XIX, formándose en 1878, en vista del rápido crecimiento de la población, la Liga neomalthusiana, con el objeto de persuadir á los obreros de la conveniencia de contraer matrimonios precoces, para disminuir la prostitución, y de limitar voluntariamente el número de hijos, tal como había

(1) En estas mismas ideas abunda Th. Hertzka, en su *Die Teseíze der sozialen Entwickelung*, t. II, p. 188.

empezado á practicarse en Francia, Estados Unidos y otras partes. Pero precisamente en ese mismo año de 1878, la cifra de los nacidos empezó á decrecer también en Inglaterra, y esto hizo que el neomalthusianismo se disolviera y que se viniera á un estado de opinión intermedio. Se siguió atribuyendo el pauperismo al exceso de la población, pero se abrigó la esperanza de que este exceso desaparecería en el curso de la evolución, por el juego de las mismas leyes naturales.

Así opina Spencer, fundándose en una ley biológica: el antagonismo entre la fecundidad y la individualidad existente en toda la escala zoológica. La fuerza sustentadora de cada especie animal, dice, es doble: una, la aptitud del individuo á conservarse; otra, su aptitud á reproducirse. Si comprendemos en el término individualización los actos que tienden á sostener y completar la vida del individuo, y en el de reproducción los que sirven para la formación y desarrollo de individuos nuevos, tendremos que la individualización y la reproducción son tendencias antagónicas entre sí, disminuyendo la una cuando la otra aumenta. Esto se ofrece patente en la escala zoológica, donde vemos la fecundidad disminuir y aumentar la individualidad al tenor que se asciende de la base á la cumbre. Los organismos inferiores, privados casi de individualidad, se reproducen de prisa y abundantemente; los superiores, que poseen una individualidad fuerte, se reproducen poco y con lentitud. Esta ley, aplicada á las sociedades humanas, dará por resultado que cada nueva evolución de éstas implique un nuevo desarrollo de la inteligencia y del sentimiento, un nuevo despliegue de la individualidad, una disminución, por tanto, de la fecundidad. En lo pasado, el exceso de población ha sido un poderoso estímulo del progreso, por cuanto ha empujado al hombre á desarrollar una mayor individualidad; mas cuando el Globo llegue á estar completamente habitado y esmeradamente cultivado, cuando la inteligencia y los sentimientos necesarios á la vida social hayan llegado al supremo grado de desarrollo, entonces el exceso de población irá disminuyendo

mediante una larga serie de transformaciones sociales, hasta desaparecer por completo (1).

Olvida Spencer, en este razonamiento, que en el mundo humano actúa la doble serie de factores psíquicos y sociales, como la religión, la moral, el derecho, las costumbres y las instituciones, por cuya virtud la tendencia individualizadora y la reproductora, antagónicas en las especies animales, marchan más bien paralelamente en las sociedades humanas. No se sustrajo Spencer al prejuicio reinante en su tiempo, de aplicar á la Sociología las leyes de la Biología. No; la Sociología tiene su campo propio de observación, que son los hechos sociales, únicos sobre los que han de fundarse las leyes sociológicas, como las biológicas se fundan sobre los fenómenos orgánicos. ¿Y qué nos dicen sobre el particular los hechos sociales? Dícennos que en las sociedades humanas, durante la fase ascendente de su evolución, se desarrolla la individualidad, sin mengua de la fecundidad; que al acercarse al apogeo y durante él, la fecundidad empieza á disminuir, mas no por influjo de la individualidad, que realiza pocos adelantos, sino por una causa moral, por sobreponerse á las inspiraciones del ideal las seducciones del placer presente é inmediato; por último, que durante la fase descendente, disminuyen á un mismo paso la individualidad y la fecundidad. Hasta la época de los Gracos, el romano progresa como individuo, sin que haya indicios de que desmereciese como progenitor; desde los Gracos hasta Augusto, adelanta poco en el orden de la individualidad y decae notablemente en el de la fecundidad, por el disolvente influjo de los gustos y costumbres orientales; desde Augusto hasta Teodosio, desciende al mismo paso en ambos respectos, en la individualidad y en la fecundidad. Ni como individuo ni como progenitor, valía menos el griego de las guerras medas que el contemporáneo de Solón, y en ambos respectos, el griego del tiempo de Pericles era superior al del período helenís-

(1) *Depopulation et civilization*, 1890, París.

tico. Por donde se ve que el antagonismo entre la individualización y la reproducción, propio de las especies animales, no se da en las sociedades humanas, donde dichas tendencias, más que antagónicas, son paralelas.

A la misma conclusión que Spencer llega Dumont (1), apoyándose en una ley sociológica: la capilaridad social. En nuestras sociedades democráticas, dice, el individuo, empujado por un instinto fatal é irresistible, lucha por elevarse en la jerarquía social, imponiéndose al efecto todo linaje de privaciones y sacrificios. El despotismo y el sistema de castas, que oponen á este ascenso un obstáculo insuperable, debilitan ó suprimen aquel instinto, y entonces el individuo, no pudiendo aumentar en valor, aumenta en número; por lo contrario, la democracia individualista, echando abajo todos los obstáculos y dejando expedito el camino, permite á dicho individuo desplegarse hasta el límite máximo de su intensidad, y entonces el individuo deja de aumentar en número y aumenta en valor. Luego la capilaridad social es contraria á la natalidad, y la democracia individualista, favoreciéndola, llegará á producir el equilibrio entre la población y los medios de subsistencia.

No tiene la capilaridad social la eficacia que le atribuye Dumont. Que todos los individuos tienden á elevarse en la jerarquía social, no es exacto; aspiran solamente algunos, los más capaces, los dotados de cierto grado de inteligencia, ambición y valor. Los restantes, y componen la mayoría, no sueñan siquiera en salir de la esfera en que han nacido, limitando su aspiración á proporcionarse, dentro de ella, el mayor número posible de satisfacciones. La relación inversa entre la capilaridad y la natalidad, en términos que aumentando la una disminuya la otra necesariamente y en la misma proporción, no parece confirmar la observación en todas sus partes. En la India, donde existe el sistema de castas, la natalidad es, en

(1) Estas ideas de Spencer pueden verse principalmente en su *Principles of Biology*, pág. 319-55.

efecto, muy grande; pero no es menor en la China, donde no hay castas y el individuo tiene abierto el camino para elevarse. Por último, la democracia individualista hállase establecida ha tiempo en varios Estados de Europa y casi en todos los de América, á pesar de lo cual no en todos ha disminuído la cifra de los nacimientos, y donde ha disminuído, han contribuído á ello otras varias causas. De todo lo cual resulta que es de poca monta el influjo de la capilaridad en la disminución de la cifra de los nacimientos.

De los socialistas apenas hay necesidad de decir que todos son optimistas. Prescindiendo de las diferencias que separan á unos de otros, provinientes del particular fenómeno social en que principalmente se fijan, sea el suelo libre (Loria), ó el sistema del salario (Marx), ó la incultura del obrero, ó el derroche de los enriquecidos, todos convienen en achacar el exceso de la población y los males consiguientes á la actual organización social, basada sobre la desigualdad en el reparto de la riqueza, y confían en que este desarreglo se corregirá gradualmente, al tenor que se vaya pasando del régimen capitalista al socialista, en el que la equitativa distribución de la riqueza suprimirá arriba la opulencia, la corrupción y el vicio, al tiempo que el obrero, dueño del producto de su trabajo, adquirirá la cultura, la previsión y el amor á la propiedad que pondrán freno á su actual incontinencia (1).

Este ideal es utópico. Si dirigimos la vista al pasado, vemos que la desigualdad económica ha existido en todas las sociedades, desde que se iniciara la división del trabajo y la diferenciación de clases en las primitivas comunistas, y que en muchas de ellas ha sido bastante mayor que en las actuales. La distancia económica entre el eupatrida y el thete en Atenas, el patricio y el esclavo en Roma, el señor y el siervo de la gleba en la Edad Media, fué mucho mayor que la existente hoy entre el patrono y el obrero, el labrador y el bracero.

(1) Rodbertus: *Zur Beleuchtung der socialen Fragen*, 1875.

Cierto que desde las postrimerías del imperio romano, y más especialmente desde mediados de la Edad Media, la distancia entre las clases extremas de la sociedad ha ido disminuyendo, y en esta transformación se fundan los socialistas para augurar en lo porvenir una era de igualdad completa. No penetran en las entrañas de la evolución. Ciertamente se ha caminado hacia la igualdad, pero limitada á la mera relación de hombre á hombre, y por ello se ha caminado al mismo tiempo hacia una mayor desigualdad, creándose nuevas funciones y formándose nuevas clases, al punto que, en complejidad y diferenciación, las actuales sociedades superan á todas las pasadas.

Si volvemos la vista al porvenir, no se atisba la posibilidad de una organización social en que la diferenciación de funciones y de clases sean menor que al presente, á no ser que las sociedades retrocedan á su punto de partida. Jamás los encargados de las funciones directivas, obligados á una intensa actividad mental, podrán ejercer el trabajo muscular ni preocuparse en el pan de cada día, sin grave quebranto de la función y, en su consecuencia, de los intereses públicos. Lo impide la ley de correlación fisiológica, según la que la sangre no puede regar á un tiempo los músculos del cuerpo y los vasos sanguíneos del cerebro. Durante un paseo moderado, podemos discurrir con provecho sobre los más arduos problemas; imposible cuando aumentamos el gasto de fuerza muscular poniéndonos á correr. Asimismo el preocupado en los menesteres materiales de la vida no tiene el espíritu en disposición de reflexionar sobre cuestiones de interés público, científicas ó educativas, políticas ó industriales. En esto se funda la institución que libra de la concurrencia ordinaria al funcionario público, proveyéndole de sueldo fijo. Necesitan, por último, las clases directoras de un patrón de vida superior al de las dirigidas. El ejercicio cerebral desgasta más que el muscular, y por esto, junto á la sedentaridad de su vida, sus alimentos deben ser ricos, nutritivos y condensados; por la índole de su trabajo, que requiere

reposo y bienestar, y por tener que prestarlo en espacios cerrados, sus habitaciones deben ser sanas y agradables; por las exigencias del trato social, derivadas del sentimiento estético, y por la debilidad de su organismo, aseados y acomodados al ambiente sus vestidos y abrigos; por tener que dejar en reposo las partes del cuerpo profesionalmente activas, variadas y cultas sus diversiones. Obsérvese que estas ventajas no constituyen privilegio, no se les conceden en provecho personal suyo, sino por el interés público; son impuestas por la función, que sin ellas no podría ser desempeñada con acierto. A cambio de ellas, se les exige el grado supremo de altruísmo, que se olviden de sí mismos, que se consagren por entero al bien de la colectividad, pensando noche y día en su prosperidad y grandeza (1).

Tales son los diversos juicios que economistas, sociólogos y socialistas han emitido acerca de las causas del pauperismo. Economistas y sociólogos convienen en que el pauperismo proviene del exceso de población, difiriendo en aconsejar los primeros las restricciones morales como único medio de reprimirlo, y en abrigar los segundos la esperanza de que se corregirá espontáneamente, por efecto de la evolución misma. Los socialistas atribuyen el pauperismo á la actual organización social, basada sobre la desigualdad en el reparto de la riqueza, y entienden que desaparecerá al tenor que esta organización se modifique. ¿A cuál de estas opiniones debemos inclinarnos? A ninguna. La de los socialistas es contraria á todo el proceso de la vida social. La desigualdad económica tiene por base la jerarquía de las funciones sociales y la diferencia de aptitudes de los individuos, y el suprimirla, sustituyéndola por la igualdad, equivaldría á destruir la obra de la civilización, que tan penosamente ha edificado el hombre en el curso de las generaciones. Contra la opinión de los economistas y sociólogos existe el hecho de que el pauperismo ha existido siempre, en todos

(1) Ammon: *L'Ordre social et ses bases naturelles*, cap. XXV.

los pueblos y en todas las épocas de la historia, y que ha sido mucho mayor en los tristes períodos de disminuir la población que en los regocijados de multiplicarse, lo cual basta para invalidarla. ¿Cuáles son entonces las causas del pauperismo? Ensanchemos el horizonte estudiando uno de los efectos del exceso de población: la emigración, en sus dos variedades, externa é interna.

*
* *

Se llama externa la emigración de uno á otro Estado ó de uno á otro Continente. Interna, la que se efectúa dentro de un mismo Estado, entre el campo y la ciudad. Consideremos primero la externa.

En todos tiempos, cuando una sociedad se ha encontrado sobrecargada de habitantes, ha dado salida al sobrante de ellos por el proceso natural de la emigración.

Supuesto que el progreso de la riqueza resulta de combinarse las fuerzas naturales con la actividad del hombre, la densidad de la población no puede menos de variar en función de estos dos factores, que denominamos también condiciones geográficas y grado de civilización. Dada la técnica primitiva, si en las moradas frías del Norte sólo pueden vivir, á lo sumo, 53 milésimas de habitante por kilómetro cuadrado, al Sur, en las regiones tropicales, pueden vivir hasta ocho habitantes. La calidad del suelo, la altura sobre el nivel del mar y el grado de humedad marcan á la cifra de la población límites diversos. En las alturas, la población es menos densa que en las partes bajas; en los países muy secos ó muy húmedos, menos densa que en los favorecidos por una lluvia moderada. No en balde los feraces valles surcados por ríos trabajadores, las partes privilegiadas del litoral, las mejores tierras, en suma, fueron las primeramente habitadas, y desde estos lugares la población se fué extendiendo á los bosques, alturas, montañas, superficies arenosas y tierras de calidad inferior.

No menos patente es el influjo de la civilización, la cual ha

condicionado, en cada uno de sus progresos, un aumento de la densidad de la población. Claramente lo muestran las siguientes cifras, tomadas de Ratzel (1):

	Habitantes por kilómetro cuadrado.		
Pueblos cazadores y pescadores (Norte y estepas)	De 0,0017	á	0,0088
Pueblos cazadores con un poco de agricultura	De 0,17	á	0,70
Pastores nómadas	De 0,70	á	1,77
Pueblos agrícolas con un poco de industria.	De 1,70	á	5,30
Indogermanos del Norte de Europa, pastores y agricultores	De 5,00	á	17,00
Europa Central, entre 1.200 y 1.500	De 17,70	á	26,60
Europa Central, entre 1.600 y 1.850	De 26,00	á	35,00
Regiones puramente agrícolas de la Europa Meridional en la actualidad	70		
Regiones de la Europa Central agrícolas é industriales en la actualidad	De 70	á	106
Regiones de Europa de gran industria en la actualidad	266		
Regiones de Europa vitícolas, industriales y mineras	De 300	á	318

Se ve que la densidad de la población ha aumentado de una en otra fase de la cultura. Podemos sentar, como doctrina firme, que todo progreso en la ciencia, la técnica, las costumbres y las instituciones va seguido inmediatamente de un rápido crecimiento de la población, y que este crecimiento no se contiene en el límite que los nuevos recursos disponibles le marcan, sino que los traspasa hasta un exceso incompatible con el bienestar de todos los asociados, empujando por este modo á una nueva transformación económica, política y social; pero como la evolución mental de la sociedad marcha con más

(1) *Anthropogeographie*, 1891.

lentitud que la multiplicación de los habitantes, media un período más ó menos largo entre el momento de producirse el exceso de población y el de efectuarse el nuevo progreso requerido, y durante este período se produce el fenómeno de la emigración.

La emigración ha sido la forma normal de vida de las sociedades durante un período muy dilatado. La humanidad tiene detrás de sí más siglos de vida nómada que de vida sedentaria. Las tribus cazadoras se movían á menudo de un sitio á otro en busca de mejores territorios de caza, y las mismas pastoras, no bien empezaban á escasear los pastos, ora se ponían en marcha hacia regiones más feraces, ora se dividían, siendo en este caso una de sus fracciones la que emigraba. Tal hizo Abrahán al separarse de su suegro Tharé. El camino que elegían era siempre el más fácil, el de menor resistencia. Si la comarca que invadían estaba bien defendida, la rodeaban; en otro caso, trababan la lucha, que solía terminar por la expulsión de los moradores, los cuales, no teniendo nada que los ligase al suelo, ni casas, ni campos, ni caminos, lo abandonaban después de leve resistencia, corriéndose á las regiones inmediatas. Por este modo se efectuaron las grandes emigraciones de los indogermanos por Europa, de los mogoles por Asia, Europa y América, de los malayos desde Madagascar por el Mediodía de Asia hasta las islas del Pacífico. Todos estos movimientos eran colectivos, marchando hombres, mujeres y niños, con sus ajuares y rebaños, bajo la dirección de jefes guerreros. La lucha por la vida y la selección consiguiente fueron en aquellas sociedades casi tan activas como en las especies animales, dando por resultado la ruina de las pequeñas y débiles á causa del hambre, las enfermedades y las derrotas, y el triunfo de las grandes y poderosas, que se establecieron en las moradas privilegiadas y se multiplicaron á toda prisa.

A la vida nómada sucedió la sedentaria, en cuya duración se distinguen dos épocas: antigua y moderna. Desde que los pueblos se fijaron definitivamente en el suelo roturando cam-

pos, levantando ciudades, templos y fortalezas, el exceso de población fué el principal determinante de las emigraciones, y éstas tomaron las formas de colonización y de conquista. Poco á poco, las tribus se transformaron en ciudades; de éstas, las asentadas en los espléndidos valles de lo interior no tardaron en hacerse populosas, y no pudiendo dar salida al exceso de su población pacíficamente, por hallarse ocupadas y bien defendidas las comarcas inmediatas, apelaron á la conquista, y surgieron los imperios, como el caldeo, el egipcio, el asirio y otros. Las situadas en el litoral, como las fenicias y las griegas, tuvieron expedito el camino del mar, por donde se lanzaron, fundando en las costas, ya factorías comerciales, ya ciudades y Estados, algunos de los cuales sobrepujaron á su madre patria. Grecia pobló de florecientes colonias, del siglo IX al VII, todo el contorno del Mediterráneo, y más tarde, Alejandro Magno helenizó el Oriente fundando 70 ciudades, que pobló de orientales y de griegos. Roma combinó la colonización con la conquista. Primeramente fundó colonias militares de 300 ciudadanos, para la defensa del territorio conquistado; desde los Gracos, colonias agrícolas, al principio, para descargarse del proletariado; luego, para recompensar á los veteranos; á lo último, para establecer á los germanos en las provincias fronterizas despobladas. Todas estas colonias eran organizadas y dirigidas por el Estado, al cual quedaban unidas ya en la mera relación social, ya también en la política.

Desde los Antoninos, la población empezó á disminuir por varios motivos, y este decrecimiento fué la causa principal de la caída del Imperio romano, en el cual entraron los germanos como colonizadores más que como conquistadores. Cuando transcurrido el tiempo de la invasión, los germanos logran fundar Estados algún tanto regulares, la población vuelve á crecer, especialmente á partir del siglo XI, siendo manifestaciones de este crecimiento la fundación de ciudades y villas en lo interior, de factorías comerciales en las costas del Mediterráneo y del mar del Norte, las mismas expediciones de

las cruzadas y hasta los progresos del poder real sobre el señorial, obtenidos merced al concurso de una ingente población agrícola, industrial y mercantil. Este movimiento se paraliza en los siglos XIV y XV, á causa de renovarse las guerras entre los Estados del Occidente de Europa al finar la hegemonía del Pontificado, para renovarse en el XVI, con motivo del descubrimiento de las Indias orientales y occidentales por los portugueses y españoles, aunque en proporciones poco importantes. Las nuevas colonias de Ultramar eran consideradas, desde el punto de vista comercial, ó político, ó de la cristianización, no como dominios propios para recibir el excedente de la población, y sólo iba á ellas el personal necesario para dirigirlas ó explotarlas. Por otra parte, la población de Europa no aumentó en todo este período, á causa de las guerras que las naciones hubieron de sostener, primero contra el Imperio medioeval restaurado bajo la casa de Austria, y luego unas contra otras, desde que apareció la Reforma protestante. Por todas estas circunstancias la emigración fué insignificante desde 1500 hasta mediados del siglo XVIII.

La emigración moderna puede decirse que empieza en Inglaterra bajo el reinado de Carlos II (siglo XVII), dirigiéndose hacia sus colonias agrícolas de América, y se extiende á los demás Estados del occidente y centro de Europa en la segunda mitad del siglo XVIII, desde que finó la guerra de los Siete años entre Austria y Prusia, y, sobre todo, desde que las colonias inglesas conquistaron la independencia. Pero el número de emigrantes en toda esta época tampoco fué de importancia. En 1800 sólo se contaban 9 millones de europeos viviendo fuera de su continente. La emigración se precipita durante el siglo XIX, á consecuencia del rápido crecimiento de la población en Europa, de la facilidad y rapidez de las comunicaciones y de los progresos del Derecho público é internacional, y se dirige, no ya sólo á América, sino á todas las partes del mundo. Así como las ciudades griegas colonizaron el contorno del Mediterráneo, así los Estados europeos han emprendido

la tarea de colonizar toda la tierra. En 1900, la cifra de los europeos emigrados y vivientes ascendía á 95 millones, y se calcula que en el año 2000, será de 500 á 600 millones. Evidentemente, el porvenir de las naciones, su poder y su bienestar dependen de la facultad de emigrar, colonizar y cultivar, y en este respecto son muy fundados los temores que se abrigan acerca del destino de Francia, cuya población ha empezado á decrecer, y en la que han inmigrado, desde 1850, más de un millón de extranjeros.

La emigración moderna difiere de la antigua en efectuarse por individuos y familias aisladas. Hasta fines del siglo XVII, los Estados poco poblados, como Rusia, favorecieron la inmigración, y dificultaron la emigración los que temían ver disminuído el número de sus habitantes. Esta intervención del Estado acabó en los primeros años del siglo XIX, al ser reconocida la libertad de emigrar como un derecho natural. Desde entonces la emigración ha estado abandonada á la iniciativa individual, no habiendo actuado en ella otros motivos que la necesidad económica de los emigrantes y la sed de ganancia de los que la fomentaban. Solamente cuando el embuste y los malos tratos de que han sido víctimas los emigrantes por parte de los agentes, compañías de navegación, posaderos y gentes de negocio, llegaron á extremos de crueldad feroz, decidiéronse los Estados á intervenir de nuevo, con el objeto de evitar la infame explotación de la desgracia. Hoy, raro es el Estado que no tenga su legislación protectora de los emigrantes, y algunos, como Inglaterra, Rusia y Estados Unidos, han ido más allá, subordinando el proceso de la emigración á su interés nacional, político ó mercantil.

En muchas colonias la presencia de los europeos ha causado la desaparición de los pueblos indígenas, ya por haberles contagiado prematuramente los placeres y vicios de Europa, ya por haberlos acantonado en pequeños espacios, ya por haberlos rechazado ó muerto en lucha abierta. Se ha pretendido justificar esta conducta invocando el principio de que los pue-

blos incapaces de elevarse á un grado de cultura más alto que el indígena deben desaparecer (1); mas ¿dónde está el juez para declarar semejante incapacidad? No son pocos los pueblos que en breve tiempo se han elevado de la barbarie á la civilización, y en no menor número los que han descendido de la civilización á la barbarie. Compárese el árabe de Mahoma con el de Almamun en el califato de Bagdad, ó el marroquí de los Edrisitas con el actual. En otras partes, por lo contrario, la dominación de los europeos, organizando administraciones regulares y asegurando la paz, ha condicionado un notable aumento de las poblaciones indígenas. Tal ha sucedido en la India inglesa, que probablemente no ha tenido jamás la cifra de habitantes que cuenta hoy; en Java y Madura, cuya población ha subido, bajo la administración holandesa, de cuatro millones y medio á veintitrés, y en Egipto, que ha recuperado el censo de población que tuviera en la época de su mayor prosperidad.

Vese, por este ligero bosquejo, que el problema de la población se ha resuelto hasta aquí por el proceso natural de la emigración, y que por este mismo proceso seguirá resolviéndose durante mucho tiempo aún. Se ve también que el aumento de la población ha sido el principal motor del desenvolvimiento de las sociedades y del desarrollo de la civilización, así como que su decrecimiento ha ido seguido del estacionamiento y de la miseria. Pocas veces se habrán derramado tantas lágrimas en el mundo como durante la despoblación y caída del Imperio romano, ni habrá habido en España tantos mendigos como cuando su población vino tan á menos durante los últimos reyes de la casa de Austria. En general, Estado cuya población crece, prospera; Estado cuya población mengua, decae y se empobrece. Obsérvase, asimismo, que el aumento de la población y la emigración consiguiente, reputadas generalmente

(1) Schmoller: *Principes d'Economie politique,* t. II, pág. 441. (Trad. Fran.)

como males, son verdaderos bienes, símbolos de vida, en cuanto acrecientan el poder y el bienestar de los respectivos Estados. Si de España emigraran anualmente 2 millones de habitantes á América, los Estados de este continente serían de un año en otro más españoles y acabarían por unirse en todo linaje de relaciones con su madre patria, la cual vería aumentados su bienestar y su grandeza. Por tanto, lejos de restringir el crecimiento de la población, lo que importa es regularlo en el sentido de mejorar la raza; lejos de dificultar la emigración, lo que hay que hacer es dirigirla con el fin de asegurar á los emigrantes condiciones de vida en su nueva morada. El problema de equilibrar el aumento de la población y el de la riqueza es un hedonismo infantil, porque la riqueza sólo aumenta mediante el trabajo del hombre, y el estímulo para el trabajo se intensifica al tenor que la población aumenta. Cualquier tentativa para reprimir el crecimiento de la población es muy peligrosa, pudiendo conducir fácilmente á la paralización y á la muerte. Por todo lo cual, esta ojeada á la emigración externa corrobora la conclusión que hemos formulado arriba, á saber: que el aumento de la población no es la causa del pauperismo, y que el problema no se resuelve moderando artificialmente la multiplicación de los habitantes, como opinan los economistas. Veamos qué nos dice la emigración interna.

*
* *

La emigración interna es de fecha mucho más reciente que la externa. No existió durante los estados de la caza y el pastoreo; no la hubo en las primitivas tribus agrícolas, asentadas en pequeños territorios; no pudo haberla en las primitivas ciudades mientras éstas se mantuvieron independientes y aisladas unas de otras. Apareció el día en que una ciudad, sintiéndose más fuerte que las vecinas, se lanzó á la conquista y fundó una dominación más ó menos extensa. Entonces, la ciudad dominadora, centro de la riqueza y de la cultura, y que ofrecía ma-

yores facilidades para la vida que las vencidas, atrajo á su seno á los habitantes del campo que deseaban mejorar de condición ó que se quedaban sin trabajo, y empezó la emigración interior del campo á la ciudad.

Esta emigración existió en los antiguos Estados orientales; no dejó de haberla en Grecia, hacia las ciudades que ejercieron la hegemonía, y fué tan activa en el Imperio romano, desde el siglo II de nuestra Era, que dejó despoblados vastísimos territorios. En las naciones modernas empezó en la segunda mitad del siglo XV, con la erección de las monarquías absolutas; se ha acelerado al mismo paso que ha marchado la centralización en lo político, administrativo y social, y ha recibido en el siglo XIX un impulso extraordinario, á consecuencia del incremento de la industria y del comercio, que han situado los centros fabriles y de contratación en las ciudades de antiguo importantes. Hoy es la emigración interna más activa que ha sido nunca.

Hausen la ha estudiado en Alemania (1), y su doctrina, completada por Ammon (2), tiene valor general y se aplica á todos los Estados modernos. Yo he podido comprobar su exactitud por observaciones practicadas en Madrid, Barcelona y Sevilla. He aquí, en suma, la doctrina.

El campo produce un gran exceso de nacimientos sobre las defunciones; y como no puede nutrir, por medio de la agricultura, más que cierto número de habitantes, parte de cada generación tiene que ir á buscarse la vida en otros lugares, y se va á las ciudades, que son los centros naturales de la cultura, la industria, el comercio y el trabajo. Unos entran de aprendices en los comercios; otros, de obreros en las fábricas, y no pocos se colocan de mandaderos, criados, porteros, cocheros ú otros oficios, sumándose la mayor parte de ellos á la clase inferior urbana. Los múltiples estimulantes de los centros nerviosos en

(1) *Die drei Bevölkerungsstufen*, 1889.
(2) *Natürliche Auslese*, 1893.

la ciudad y el género de alimentación, mejor que el del campo, desarrollan en los inmigrantes una vida psíquica muy intensa, que afecta lo mismo á los instintos útiles que á los nocivos, groseros y sensuales, siendo esta una de las causas de la gran criminalidad de los inmigrantes y de la espantosa prostitución de las ciudades, desconocida en el campo. Así, todo recién venido á las ciudad es sometido á una prueba dura, especie de prueba del fuego, de la que unos salen purificados, declarados buenos, y se elevan en la jerarquía social; otros salen condenados, eliminados como residuos inaprovechables, y éstos son los mendigos, malhechores de profesión ó pilletes, que forman el lecho inferior del proletariado urbano, de formas más soeces y repugnantes que el del campo. Los que salen purificados empujan á sus hijos más arriba, hasta la clase media, costeándoles, á fuerza de trabajo y economías, una educación esmerada, á veces hasta el grado de bachiller; y todavía, á la tercera generación, los comerciantes, industriales y labradores que han alcanzado una posición media, se esfuerzan en elevar á sus hijos á la clase superior, haciéndoles seguir largos estudios, hasta obtener un título en las Universidades ó escuelas especiales. En todo este proceso, la selección sigue haciendo víctimas, aunque en menor número que en la primera prueba, las cuales se nos pasan desapercibidas, porque sólo nos fijamos en los afortunados que triunfan, no en los desgraciados que por debilidad de inteligencia ó defectos de carácter sucumben. Las mismas condiciones favorables de vida y alimentación en las clases superiores no siempre surten buenos efectos; á menudo conducen á muchos de sus individuos á la molicie, al desenfreno y hasta al crimen.

Hay otro grupo de emigrantes menos numeroso que los anteriores, el cual ingresa desde luego en la clase media ó en la alta. Lo forman los que van á los establecimientos de enseñanza, y los que emigran, no en busca de pan, sino por sentirse dotados de aptitudes para elevadas funciones, que el campo no les ofrece.

Esta ascensión de los inmigrados á los puestos superiores parece que debería producir en éstos una aglomeración, un como infarto creciente; no sucede así, porque hay arriba una causa natural que se encarga de abrir hueco al empuje venido de abajo. Esta causa es la muerte. Todas las familias socialmente privilegiadas son diezmadas sin cesar, por efecto ya de la vida sedentaria, ya de la tensión excesiva del sistema nervioso, ya de un trabajo abrumador, ya también de consideraciones del orden social, que les imponen matrimonios tardíos y una esterilidad voluntaria. Hansen, fijándose en que la población de los grandes centros urbanos se compone en su mayoría de inmigrados, calcula que los habitantes de las ciudades se renuevan en el intervalo de dos generaciones. No tomó en cuenta Hansen á los que emigran de una ciudad á otra, los cuales obligan á alargar el plazo de renovación á más generaciones, hasta la tercera ó la cuarta. Ciertamente podrán citarse familias que hayan durado más de cuatro generaciones; pero se trata de fijar la media, y para hallarla, hay que computar, en contraposición á esas familias, los muchos jóvenes emigrantes que sucumben antes de haber fundado familia, y todas las familias cuya posteridad se extingue en la primera ó segunda generación; y hecho así el cómputo, el plazo medio de renovarse la población de las grandes ciudades cae entre la tercera y cuarta generación. Síguese de aquí que las ciudades no crecen orgánicamente, por virtud de su potencia generatriz, sino por el contingente que sin cesar la aporta la inmigración rural.

No están exentos los proletarios urbanos de influjos perniciosos, aunque no tan destructores como los que actúan sobre las clases altas. La relajación del sentimiento de familia, por preferir la taberna al hogar, la afición á las bebidas alcohólicas, los excesos sexuales y una porción de enfermedades contagiosas causan en ellos numerosas bajas. Mas estas bajas son compensadas por una natalidad suficiente, no sólo para restablecer el equilibrio, sino para producir un aumento de la po-

blación, al revés de lo que acontece en las clases superiores, cuyo principal azote es la disminución de la natalidad. No está averiguado, sin embargo, si el crecimiento de la población obrera urbana es debido á su propia virtud ó á la mayor fecundidad de los inmigrantes; pero se sabe de cierto que la natalidad es mayor en los inmigrantes que en las generaciones ulteriores. Nada de esto reza con los obreros que viven en el campo, los cuales, libres de los peligros de la ciudad y manteniéndose en contacto con la tierra, fuente de todo vigor, aventajan á los urbanos en fecundidad y la conservan indefinidamente.

Vese ahora la gran importancia de la clase rural, única que presta vida á todas las restantes, incapaces de sostenerse por sí; única que, por las condiciones en que vive, no sólo conserva su vigor, sino que procrea una posteridad sana, robusta y perfectible. Sin ella, estas soberbias ciudades modernas, con todo su poderío y esplendor, desaparecerían en menos de una centuria.

Tal es la doctrina corriente acerca de la emigración interna, que se efectúa más ó menos activamente en todas las naciones. Uno de sus efectos más notables es que la natalidad en las clases directoras es menor que en las dirigidas. Este extremo merece especial consideración.

*
* *

En las sociedades pequeñas y poco diferenciales (Grecia en la época homérica, Roma bajo los primeros reyes, los señores feudales de nuestro período medioeval), observamos que la fecundidad es casi igual en todas las familias, por ser idénticas en todas las condiciones físicas y sociales de existencia. A medida que las sociedades se agrandan y diferencian (Egipto bajo los Ptolmeos, Atenas desde Pericles, Roma desde Augusto, las naciones europeas desde el triunfo del poder real), la fecundidad disminuye en las clases directoras, las cuales se ale-

jan del campo y abandonan el trabajo muscular por el cerebral, manteniéndose invariable en las clases trabajadoras, que siguen viviendo en íntima relación con la naturaleza. No se explica cómo este fenómeno, sin embargo de haberse mostrado tan de relieve durante el Imperio romano, dejó de ser notado por los escritores griegos y latinos, que no lo mencionan, como no sea por no haber llegado hasta nosotros sino una parte insignificante de su literatura, ó por haber limitado el campo de su observación á los hechos políticos, sin tocar á los sociales. A esta última causa me inclino, por haber ocurrido casi lo propio en los modernos tiempos, no habiendo sido percibido el hecho hasta Quetelet, el cual consignó la observación de que los pueblos más pobres son los más prolíficos. Desde entonces, suscitada la curiosidad en esta dirección, no se tardó en averiguar que lo propio acontece entre las diversas clases de una misma sociedad.

Cheyron halló en París (1), que la natalidad media era de 28 por 1.000 habitantes en los barrios pobres y de 20 en los ricos; en Londres, Stallard (2) obtuvo las cifras de 35 y 25, respectivamente, y en Berlín, Schwabe (3) averiguó que en los miserables cuarteles de Walduge y Moabt la cifra media de los nacimientos era de 65 por 100 casas, y de 45 en los magníficos de Friedrichstrasse. A resultados semejantes llegaron Nitti, en Nápoles (4), y Bianco, en Turín (5).

Este Médico notó que el número de partos en las familias ricas era muy bajo, un poco mayor en las de escasa fortuna y muy crecido en las completamente pobres. Análogo contraste se observa en los departamentos franceses, siendo notablemen-

---

(1) *Journal de la Société de Stadistique*, p. 487. 1883.

(2) Stallard: *On the relation between healt und wayes, en Journal of Soc Arts.* 1876.

(3) *Berliner Volkseele*, p. 25. 1871.

(4) *La Population et le Systeme social*, p. 215, París 1897.

(5) *Sullo sviluppo della familia.* Turín.

te fecundos los más pobres, como Bretaña, ó los habitados por numerosa población obrera, como el Sena inferior; poco fecundos los más ricos y prósperos, como Normandía, ó los que carecen de proletariado industrial, como Taru y Garona (1). En España, la región más pobre, Galicia, parece ser también la más fecunda. El mismo fenómeno se rastrea al través de los grandes hechos de la historia. Las nutridas expediciones á Tierra Santa y la emancipación de las villas y ciudades, en los siglos XII y XIII, revelan una multiplicación de los hombres libres y de los siervos mucho mayor que de los nobles. Si en Roma los plebeyos pudieron entablar contra los patricios aquella secular y memorable lucha por el derecho y llevarla á feliz término, fué porque su población crecía más de prisa que la de sus dominadores. Por la misma causa, los diacrios y paralios pudieron luchar en Atenas contra los poderosos eupatridas y vencerlos. Obsérvese, que todas las grandes transformaciones sociales se han efectuado sustituyéndose á la clase dominadora la inmediata inferior, apoyada por las restantes, lo cual prueba que, siempre y en todas partes, las clases medias y pobres se han multiplicado más rápidamente que las ricas y poderosas. En nuestras actuales sociedades, los braceros tienen más hijos que los pequeños labradores, y éstos más que los propietarios acomodados; los obreros de corto salario más hijos que los de salarios altos, y éstos más que los artesanos y pequeños comerciantes, siendo menos la fecundidad en los dos extremos de la pirámide social, en la cúspide y en la base, en los opulentos y en los mendigos. Se puede formular como ley: la mayor natalidad es patrimonio de las clases pobres trabajadoras, y disminuye, á partir de ellas, al tenor que se asciende ó se desciende.

Las causas de esta diferencia de fecundidad entre las clases sociales son múltiples; discernirlas todas, punto menos que

(1) Cheruin, *Bull. de l'Asoc. franc. pour lavancem. des sciences*, 1885, y A. Dumont, *Depopulation et civilization*, 1890.

imposible; he aquí las principales. La mayor ó menor esterilidad débese mayormente: en las clases directoras, al excesivo trabajo mental, que debilita sus fuerzas fecundantes, á la vida sedentaria y á su alejamiento del campo; en la clase rica y desocupada, á la degeneración, causada por el lujo, la ociosidad, la molicie y el abuso de los placeres; en los pequeños propietarios, industriales y comerciantes, á su fuerte amor á la propiedad, que de ningún modo se resignan á ver disminuir, y para cuyo aumento se imponen un trabajo excesivo y privaciones nocivas á la salud; en los mendigos, á la irregularidad y deficiencia de la alimentación, que no les deja engendrar sino pocos hijos, y éstos raquíticos, condenados á morir en los primeros años de su vida. Por otra parte, la gran natalidad de los obreros y braceros proviene de la carencia de propiedad, que les priva de estímulo para el ahorro; de la deficiencia del salario, que los condena á la imprevisión; de la incultura, que los hace inaccesibles á todo freno moral y no les permite otros goces que los sensuales; en algunos también, de su ciega confianza en la Providencia, ó del cebo del salario que en su día les ganaran los hijos, y respecto de los braceros, del benéfico influjo del campo. Según esto, son causas limitativas de la fecundidad el trabajo mental, el vicio y la miseria; causas fomentadoras, la pobreza, la incultura y el influjo del campo, pudiendo formularse la siguiente ley: la fecundidad de las clases sociales está en razón inversa del trabajo mental, el vicio y la miseria, y en razón directa de la pobreza, la incultura y la vida del campo.

Circunscrito el exceso de la población á los obreros y braceros, y conocidas sus causas, que podemos resumir en la pobreza y la incultura, parece facilitarse la solución del problema de proporcionar la población á los medios de subsistencia. Basta, al efecto, con mejorar la condición mental y económica de dichas clases. ¿Es posible esta mejora? La historia suministra base, al parecer, para contestar afirmativamente. Si abarcamos de una ojeada el desenvolvimiento de las naciones del

occidente de Europa desde la primera mitad de la Edad Media, vemos que, á partir del siervo de la gleba, la instrucción y el bienestar de las clases trabajadoras han ido mejorando al mismo paso que ha progresado la civilización, no habiendo sido en ninguna época tan elevados como al presente. El obrero y el bracero de hoy comen, visten y se alojan mejor que el artesano y el villano bajo la monarquía absoluta, quizá no peor que el señor feudal en plena Edad Media, y les aventajan á todos en instrucción y moralidad. Este movimiento progresivo no hay razón para que no continúe en adelante, por donde deberá llegarse á un punto en que, vencidas la pobreza y la ignorancia de las clases trabajadoras, la natalidad disminuya hasta el límite requerido para equilibrarse la población con los medios de subsistencia. Luego el progreso de la civilización, dotando á los desheredados de previsión y de capacidad para el ahorro y los goces espirituales, resolverá por sólo su virtud el problema de la población, debiendo tender el esfuerzo de los vivientes, mientras tanto, á remediar los males presentes en la medida de lo posible y trabajar por el adelanto y difusión de la cultura. ¿Es firme esta conclusión? Desgraciadamente, no. Existe un hecho que la desvirtúa por completo, á saber: que el proletario actual es más fecundo que ninguno de los pasados, más fecundo que el villano, más que el siervo medioeval, más que el antiguo esclavo; es decir, que la fecundidad de las clases trabajadoras ha ido aumentando en lo pasado al tenor que han mejorado su posición económica y su instrucción, lo que nos obliga á pensar que seguirá aumentando también en lo porvenir. ¿Qué significa esta antinomia? Sencillamente que ni el exceso de población, ni la desigualdad económica son la causa del pauperismo. ¿Ni cómo han de serlo si ambos fenómenos son indispensables para el progreso social, el cual se paralizaría desde el punto y hora en que la población dejase de crecer, ó en que la igualdad de fortunas matase el afán de adquirir? El aumento de la población es una fuerza orgánica, sana y bienhechora, en cuanto empujando á los indi-

viduos á realizar nuevos esfuerzos, condiciona la actuación de fuerzas físicas y psíquicas latentes, las cuales se manifiestan en nuevos progresos de la técnica, nuevas mejoras del cultivo, nuevos adelantos del bienestar; y estos mismos efectos surte la desigualdad económica, estimulando á cada individuo á esforzarse por sobresalir entre sus semejantes en riqueza ó en gloria. Suprímase la tendencia de la población á crecer más allá de los recursos económicos; suprímase la aspiración del individuo á distinguirse, á llamar sobre sí la atención de sus consocios, y en uno y otro caso se habrá suprimido el progreso social. Entonces, ¿cuál es la causa del pauperismo? La causa del pauperismo hay que buscarla en la fuente de donde emanan todas las diferenciaciones sociales, en el individuo. Mas esto corresponde á otro orden de consideraciones.

M. Sales y Ferré,
Catedrático de Sociología en la Universidad Central.

BAILARINAS

APUNTES PARA LA HISTORIA DE LA COREOGRAFÍA MATRITENSE

Cuéntase que el Embajador de Inglaterra en Madrid, por los años de 1850 á 1854, tuvo amores con una bailarina llamada Pepita Durán, y que habiendo obtenido fruto de bendición, al morir el Lord se suscitó, con motivo de la repartición de la herencia, cierto pleito que aún sigue tramitándose por los Tribunales ingleses. El asunto del *Lord y la bailarina*, como denominó la prensa á la cuestión jurídica entablada, no era cosa nueva. Mujeres ha habido, y habrá, diablo mediante, que por su hermosura, y su talento ó sagacidad, lograron inspirar pasión profunda á un hombre adinerado, haciéndose dueñas de su albedrío, sin que necesitemos recurrir á las excentricidades del carácter inglés, pues aquí, entre nosotros, podríamos citar ejemplos á docenas; pero el caso de que hacemos mención aún es menos extraño, dadas las circunstancias en que vino á ocurrir.

No fué sólo aquel buen señor el único personaje que se enamoró de una sacerdotisa de la diosa Terpsícore: en 1849, otro inglés, apasionado de la célebre *Nena*, la iba persiguiendo en Cádiz, en Sevilla, en Gibraltar y otros puntos, hasta que llegó á Madrid, desde donde se volvió á Londres, avergonzado por una chuscada que, para librarse de su persecución, le jugó la bailarina. Y es otro ejemplo notable la célebre Lola Montes,

sevillana, según creen algunos, y que fué causa de una revolución en Baviera por la amistad íntima que el rey Luis la dispensaba. Sus aventuras se hicieron populares en la época á que nos referimos, y los que peinan canas recordarán seguramente las historias galantes que se contaban de la famosa bailarina (1).

Fué aquella una época de extravagante furor por el baile; se puso de moda en las grandes capitales del extranjero, en París, sobre todo, y Madrid, que tiende á imitar á nuestros vecinos, siguió el compás que en el asunto le marcaban la música de la orquesta y los pies de las bailarinas.

Entonces era costumbre amenizar las funciones de teatro con una ó dos sesiones de baile. No se formaba compañía dramática, sin contratar una primera bailarina y dos ó cuatro parejas más de muchachas de buen palmito, cuanto humanamente fuera posible.

Disputábanse el cetro del arte coreográfico en Madrid, en 1850, tres bailarinas cuyos nombres alcanzaron gran popularidad: la Petra Cámara, la Manuela Perea, conocida por la *Nena*, y la Josefa Vargas. Petra Cámara era la mantenedora del baile clásico español, al que pretendía dignificar, dándole todo el decoro compatible con los movimientos corporales que exige, y con la indumentaria ligera que la bailarina necesita para desarrollar sus aptitudes. Tenía buena cara, figura correcta y modales distinguidos.

La *Nena* era pequeñita, de rostro hechicero, de mirada expresiva, de cuerpo airoso, ágil y flexible. Su escuela de baile, siempre decorosa y decente, resultaba exclusivamente suya: había tomado de sus coevas, españolas y francesas, los rasgos más sobresalientes, adaptándolos á su cuerpecito sandunguero, de manera que se asimilaba lo bueno de las demás, sin parecerse á ninguna.

(1) Un periódico de Cádiz refiere, á fines de Diciembre de 1849, que hallándose la Montes en aquel puerto se le escapó el marido, Mr. Heald, quizá por no poderla resistir. Todo tiene sus compensaciones.

La Pepa Vargas era, si no mienten crónicas, una mujer hermosa en toda la extensión de la palabra: perfección en las líneas del rostro, formas esculturales y derroche continuo de sal, de gracia, de garbo, de coquetería, en la calle, en el teatro, en la conversación y en la mirada. Su desenfado y desenvoltura sugestionaban al público. Ella puso de moda entre las bailarinas, para las danzas del género andaluz, la chaquetilla del traje de luces de los toreros, costumbre que perduró muchos años.

El rumbo macareno, La feria de Sevilla y *La bailadora de Jerez* fueron bailes en que cosecharon grandes aplausos, respectivamente, la Cámara, la *Nena* y la Vargas, á quienes se ponía en los carteles el tratamiento de Doña antes del nombre, y el de Señora cuando se mencionaba sólo el apellido. Brillaban también en *Los toros del Puerto, Los marineros de Cádiz, La noche de Navidad, La cigarrera de Sevilla, Triana y la Macarena* y *El tío Carando en las máscaras,* alternando con *Boleras robadas, Gallegos y gitanos, La jota aragonesa, Boleras jaleadas, Mollares, El polo del contrabandista* y *Curra la gaditana,* baile dividido en varias partes á estilo francés: 1.ª, *Cháchara,* por el cuerpo de baile. 2.ª, *Jarabe,* por D.ª Dolores Ruiz y cuerpo de baile. 3.ª, *Jerezana.* 4.ª, *La manola,* por la Sra. Cámara. 5.ª, *Boleras,* por el cuerpo de baile. 6.ª, *El Lelé y Arandito,* por la Sra. Cámara, Ruiz (maestro-director) y el cuerpo de baile. 7.ª, *Juego de capa,* por la Sra. Cámara y el Sr. Ruiz. 8.ª, *Fantasía española,* por la Sra. Cámara y el Sr. Ruiz. 9.ª, *Final,* por todas las personas del cuerpo de baile.

Se escribían apropósitos con pasos de baile, como *El tío Pinini,* en que la Vargas desempeñaba la parte de protagonista con buenas condiciones de actriz, y lucía al propio tiempo sus excelencias coreográficas.

La célebre actriz del género cómico Pepita Hijosa, cuando tenía nueve años, tomó parte en una función del teatro de la Cruz, el año 1851, bailando el *ole* con traje de mora en una opereta titulada *El califa de Bagdad.*

Es caso notable el de la famosa amazona y acróbata Fanny Standley, que se hizo en pocos días bailarina del género andaluz. Vino contratada al circo de la calle del Barquillo, que antes había sido dirigido por Mr. Paul Laribeau, y á la sazón lo era por Mr. Tourniaire; gustó mucho al público por su hermosa figura, por la novedad de sus ejercicios y por su elegancia, al punto de que algunas señoras de la aristocracia tomaron modelo de sus trajes para lucirlos iguales en las fiestas del Carnaval. Llamaban la atención sus trabajos ecuestres *El paso del chal, Las dos fajas* y *Las cuatro naciones,* admirando á todos su ligereza para cambiarse de vestidos; y los *Grupos atléticos,* arriesgadísimos ejercicios de fuerza y equilibrio, que ejecutaba á caballo con Mr. Tourniaire. Tenía gracia natural; aprendió en seguida á tocar las castañuelas. Por excentricidad inglesa tuvo la humorada, quizá propósito deliberado, de dedicarse al baile español; tomó algunas lecciones de Guerrero, se vió que servía para el caso, y Dardalla, que era un empresario oportunista, la contrató para el teatro del *Instituto* (1), donde obtuvo una ovación ruidosa la noche de su debut, 17 de Marzo de 1851, bailando el *Vito sevillano.* La Standley permaneció en el teatro de la calle de las Urosas hasta fin de Junio, en que se marchó al extranjero, llevando aumentado el repertorio de sus habilidades con el baile español, que le produjo aplausos y dinero en los circos de Europa.

En compensación de esto, la Petra Cámara consiguió grandes triunfos en París trabajando en el teatro del *Gimnasio dramático:* la acompañaron el maestro Ruiz y unas parejas de bailarinas escogidas como bonitas y graciosas; de tal modo,

(1) Construído para una sociedad literaria, denominada *Instituto Español.* Por esta época se le tituló teatro de la Comedia, y con este nombre le hemos de mencionar en el curso de estos apuntes. Estaba en la calle de las Urosas, núm. 8.

que un periódico francés decía que «las gentiles españolas estaban dotadas *du plus irritant meheo*». En los carteles del teatro indicado se anunciaban los títulos de los bailes con equivocaciones tan garrafales como llamar *Le Pot del contrabandero* al «Polo del contrabandista», y *El ose gadatuno* al «Ole gaditano».

La Condesa de Montijo dió un baile para presentar á la Petra y su compañía ante la más escogida sociedad de París. Petra bailó el *Ole*, *La manola* y el *Jaleo de Jerez*, que entusiasmó á la concurrencia, así como la Bueno, á quien los franceses llamaban el *hada de los piececitos*, y la Conchita Ruiz, que bailó el *Vito* sobre una mesa, produciendo una ovación delirante. Las bailarinas españolas dieron veinte representaciones en el *Gimnasio* y una extraordinaria en el *Teatro de la Opera*, obteniendo muchos aplausos y buenas entradas.

También estuvo la Pepa Vargas en París, sin otro objeto quizá que el de conocer la población; pero en las tertulias de Madrid se hicieron mil comentarios acerca de este viaje.

El baile era lo que salvaba las crisis de las empresas teatrales. Dardalla, actor incomparable en los papeles de gitano, tenía, como se ha dicho, en arrendamiento el teatro del *Instituto* ó de la *Comedia*, y procuró atraer al público con obras de carácter cómico, principalmente andaluz; pero las entradas eran flojas, y el empresario resolvió el problema contratando, para que trabajasen en competencia, á la *Nena* y á la Vargas. El éxito superó á las esperanzas, y consiguió tener el teatro lleno todas las noches, conquistando las bailarinas tantas ovaciones como veces aparecían en escena, de tal modo que se formaron dos partidos, *nenistas* y *varguistas*, en beneficio de los puestos de flores, pues cada noche cubrían el escenario de ramos y coronas.

Acompañaban á estas bailarinas en el Instituto la insinuante y picaresca Adela Guerrero, con sus sonrisas, sus quiebros y sus monadas, la Antonia Martínez, hermosa mujer de esbelto cuerpo y admirable musculatura; su hermana Adela, bonita y

elegante, de ojos negros y pulido pie. Figuraban en otros teatros las hermanas Guerrero, hijas del maestro bailarín del mismo apellido; las hermanas Senra, la Conchita Ruiz, la Cubas, la Valle, la Quintero, la Picazo, la Bustamante, la Calleja, la Fontanella y la Romero, alias *la Cuchillera*.

Otro caso parecido al del Instituto sucedió en el *Teatro del Príncipe*, convertido en *Español*, bajo el patronato del Gobierno y á cargo de un Comisario regio, que lo fué el escritor don Ventura de la Vega. La nueva institución, debida á la iniciativa del Conde de San Luis, Ministro de la Gobernación, no ofreció buen resultado, y eso que se puso de director artístico á D. Julián Romea; el público dió en no ir al teatro *oficial*, y la prensa la tomó contra el Comisario regio, á quien culpaba de poco acierto en su cometido, siendo así que el pobre don Ventura no tenía atribuciones para intervenir directamente en el desarrollo intrínseco de la institución, ni debía tenerlas. En toda empresa industrial, y la del teatro lo era, mírese como se mire, no debe haber más que un director, el empresario, pulsando de continuo, como las cuerdas de afinada lira, las obras que ha de poner en escena, los gastos que le ocasiona cada noche levantar el telón y el billetaje que se despacha en la taquilla; así es que los 36.000 reales que cobraba el Comisario anualmente eran un gasto superfluo, y su cargo puramente decorativo. El caso es que no iba gente al teatro, y en estos apuros echaron mano de una idea salvadora: contratar á la Petra Cámara; el público, respondiendo al llamamiento, llenó las localidades del teatro. Véase cómo la reforma del Conde de San Luis, encaminada á enaltecer el arte dramático nacional, sirvió, en último caso, para que la Petra Cámara exhibiese su cuerpo saleroso en el escenario del *Teatro Español*.

Pero esta preponderancia de nuestras bailarinas es poca cosa al lado de lo que acontecía con las extranjeras; aquello fué una locura, un delirio, un acceso de neurastenia que padeció el espíritu público.

Vista la afición que se había desarrollado por el arte co-

reográfico, la empresa del *Circo* (1) contrató á la Fuoco y á la Guy Stephan, á fin de poner en escena bailes de gran espectáculo, alternando con las representaciones de ópera italiana, combinación oportuna que produjo pingües ganancias.

La Guy Stephan tenía gracia, voluptuosidad, elegancia; la Fuoco, fuerza, corrección, seguridad. Por las referencias que á ellas hacen los revisteros de la época, se deja traslucir que no eran mujeres verdaderamente guapas, como la Cámara, la Vargas y la *Nena,* á quienes no se nombra sino acompañando encomiásticos calificativos de su belleza. Sin embargo, dominaban, sin ningún linaje de duda, el arte á que se habían dedicado.

De la Fuoco decía un periódico, reseñando un baile que se había estrenado en el Circo:

«La que se sobrepuja á sí misma en el baile de que vamos haciéndonos cargo (*Céfiro y Flora*) es la señorita Fuoco, que despliega en él todas las prodigiosas facultades de fuerza en la musculatura, ligereza y gracia, que aplaude y admira el público de Madrid; hace pasos nuevos tan originales y difíciles, unos batidos, tan menudos y ligeros, que la vista no puede seguirlos; otros lentos, prolongados y variados hasta lo infinito; ejecuta unos molinetes tan sostenidos y tan diversos, y sorprende, en fin, con una diversidad tal de posturas graciosas y dificilísimas, que consigue arrebatar de entusiasmo á los espectadores.»

De la Guy Stephan daba otro diario las noticias siguientes:

«París, la moderna capital de la Europa civilizada, la corte que puede considerarse como la reina de las letras y de las ar-

(1) El *Circo*, situado donde hoy el de *Price*, se había construído, como su nombre indica, para dar funciones gimnásticas y ecuestres, pocos años antes; pero luego se transformó en teatro, con objeto de dar representaciones de ópera, dotándole de un amplio escenario, aunque con el inconveniente de que se hallaba á la entrada del edificio, teniendo que dar el público un gran rodeo antes de llegar á las localidades.

tes, es su patria. Allí recibió las primeras lecciones de su arte, y allí pudo, más adelante, ponerlas en práctica, para que infinidad de coronas y ramilletes la recompensasen continuamente de las dificultades con que habrá tenido que luchar la que se cuenta hoy en el número de las cinco bailarinas que la Europa admira (1). Londres, Milán, Burdeos y otras ciudades principales han tributado, con aplausos de verdadero entusiasmo, un homenaje justo al relevante mérito de la Guy Stephan. Al presentarse otra vez ante el público de Madrid ha hecho alarde de nuevas dificultades vencidas, de pasos tan difíciles como graciosos.»

Un crítico anónimo publicó en 1851 las consideraciones siguientes, que demuestran la influencia del género francés en la evolución que realizó la coreografía española, y la importancia que el público concedía á estas cuestiones:

«No puede negarse que la danza teatral española ha sufrido en estos últimos años una verdadera revolución en el sentido del arte; es decir, que se ha fundado más sobre preceptos de escuela que sobre los instintos naturales é influencia de la pasión que antes le dirigían exclusivamente. Esto, á no dudarlo, procede del buen gusto y el estudio que ha ocasionado en nuestros danzarines la vista de los célebres *artistas* de su clase venidos del extranjero, y la inclinación que han desenvuelto en el público hacia los bailes de escena y pantomímicos.

»La danza andaluza, que es, entre todas las españolas, la española por excelencia, debía enaltecer y combinar sus primores con los del arte propiamente coreográfico, para luchar con honor al frente de enemigos formidables, y entre los cuales hubieran parecido y parecían ya débiles en invención y pálidos en colorido, el antiguo y clásico *bolero,* el monótono *zapateado,* la *cachucha* y el *fandango,* que pasaron ya, como habían hecho pasar en otro tiempo á sus antecesores la *zarabanda,* la *chacona,* la *pipironda* y el *escarramán.*

(1) La Carlota Grissi, la María Tanglioni, la Fanny Cerito y la Fuoco.

»Esta es la verdad, y también lo es que D. Antonio Ruiz, maestro distinguido de los teatros sevillanos, con un instinto de penetración que le honra, fué, sin duda alguna, el que más ha contribuído á realzar, no á cambiar, las cualidades intrínsecas de la danza nacional con la combinación y el arte de la escuela extranjera.

»Los compositores de música, por su parte, ofreciendo lindas y populares composiciones, impregnadas, por decirlo así, de sal española, tales como *El Jaleo de Jerez, El Ole, El Polo, El Vito* y *La Rondeña,* coadyuvaron altamente á aquella interesante reacción; las graciosas sílfides extranjeras madamas Guy Stephan, la Laborderie (1), la Fuoco, adoptaron con entusiasmo y dieron relieve con su primor artístico á tan lindas creaciones; y, por último, tres lindas jóvenes, hijas de Andalucía, imprimieron á la nueva danza ese tipo característico, esa combinación feliz del arte con la gracia nacional. La *Nena,* Pepita Vargas y Petra Cámara han sido, pues, las que han acertado á resolver este problema con el maestro Ruiz, con sus aplaudidos bailes escénicos de *La feria de Sevilla, Los toros del Puerto, La sal de Andalucía, La cigarrera de Cádiz,* etcétera, etc., han dado al arte español mayor consistencia y variedad.

»Pero entre esto y lo que dice *La Ilustración,* de París, de haber introducido la Cámara la danza francesa en nuestro país, hay tanta distancia como del día á la noche: lo que ha hecho ésta y sus compañeras, así como el maestro Ruiz, ha sido, lo repetimos, perfeccionar con el estudio del arte (que no es propiedad exclusiva de los danzarines franceses é italianos) la índole especial de la danza española; dramatizarla más con la creación de composiciones pantomímicas; cuidar de la pompa escénica en trajes y coreado; añadir muchas veces los gratos accesorios del canto, la pandereta, las castañuelas, el abanico, el sombrero, la mantilla, y ofrecer, en fin, un conjunto tan ha-

(1) Estaba de segunda con la Guy en el Circo.

lagüeño, tan pintoresco y propio de la risueña Andalucía, que toda España, y la capital la primera, han respondido con entusiasmo á un espectáculo verdaderamente característico y popular.

»Sevilla tuvo primero á la graciosa *Nena*, que hoy sostiene su fama en el *Teatro Español* y en el del *Drama* (1); la simpática Vargas vino después al de la *Comedia* (2) á despertar en los madrileños un verdadero frenesí, y la Petra Cámara ha colmado después en el mismo *Teatro Español*, en el de *Variedades* (3), y en el *Circo* las más atrevidas exigencias de los entusiastas del baile español. Joven, linda y expresiva, aventajada conocedora del arte, y dotada á manos llenas por la naturaleza del instinto y la gracia natural á las hijas del Betis, la Petra Cámara es hoy la perla de las bailarinas españolas; el público madrileño alfombra para ella todas las noches la escena de flores y coronas; los artistas extranjeros, y muy distinguidamente la famosa pareja *Cerito* y *Saint-Leon*, se unen con entusiasmo á aquel simpático aplauso (4); el célebre Alejandro Dumas la consigna una de sus bellas composiciones; y, por último, guiada por su maestro Ruiz, y seguida de otras compañeras, dice un periódico, y creemos ser cierto, que está contratada para un teatro de Londres, donde durante la Exposición universal darán á conocer el *Vito* y el *Ole*, y las gracias de las diez y seis *parejitas* serán otros tantos ejemplares de los preciosos frutos naturales de España.»

Como se ve por estas consideraciones críticas, estaba reco-

(1) Antes de la *Cruz*.

(2) *Instituto*.

(3) Estaba en la calle de la Magdalena, núm. 40. Se construyó en 1847 y desapareció en un incendio el año 1888.

(4) También la *Nena* y la Vargas tenían deferencias con las bailarinas extranjeras: algunas noches tomaron juntas un palco del *Circo* para aplaudir con entusiasmo, al parecer, á la Fuoco y á la Guy, arrojándolas ramos de claveles.

Más adelante hablaremos de la Cerito.

nocida la *beligerancia* del baile, que constituía un *estado* en el organismo teatral, y se estudiaban sus condiciones y sus reformas como los planes de Bravo Murillo ó los decretos del conde de San Luis.

La época del delirio por el baile se halla comprendida entre los meses de Abril á Junio, ambos inclusive, de 1850, durante los cuales trabajaron en el *Circo* la Guy Stephan y la Fuoco. Las dos eran conocidas en Madrid, y al trabajar en competencia estalló entre el público una enconada rivalidad que dividió en dos bandos rabiosos é irreconciliables á los espectadores. Los *fuoquistas* y los *guystas* se hacían una guerra encarnizada, cubriendo todas las noches de ramos y coronas de flores el escenario del *Teatro del Circo*, al punto de que un periódico de aquellos días calculaba en 15 ó 20.000 duros el importe de las flores arrojadas, como se ha dicho, en una temporada que no pasó de tres meses. Hubo desafíos, rompimiento de amistades, disgustos y desaveniencias entre las familias; los partidarios de la Guy representaban la burguesía, la gente del dinero; los de la Fuoco eran títulos de Castilla, gente de sangre azul: aquéllos llevaban para distinguirse un clavel rojo en el ojal del frac ó de la levita; éstos un clavel blanco. Tanto se exasperaron los ánimos, que cuando bailaba una de las sílfides no iban al teatro los entusiastas de la otra.

Una dama elegante, cuyo nombre no hemos conseguido averiguar, se ausentó de Madrid manifestando que se marchaba para hacer un desaire á la Guy, y que permanecería ausente mientras se representase el baile *La corte de Luis XIV*, en que tanto se ovacionaba á la bailarina francesa, prometiendo volver para el estreno de *La filleule des fées*, en que se preparaba un triunfo para la italiana Fuoco (1). El célebre banque-

(1) Los bailes en que sobresalía la Fuoco eran:
Los cinco sentidos.
Céfiro y Flora.
La filleule des fées.
El repertorio de la Guy constaba de los siguientes:

ro y hombre de negocios, D. José de Salamanca, arrojó una noche á la Guy una pulsera de brillantes entrelazada en un ramo de flores, hecho que se discutió largamente en los cafés, en los círculos, en las tertulias, y que produjo una conmoción entre los chismófilos como el acontecimiento político de más importancia.

Un escritor contemporáneo (1) publicó en una revista ilustrada la siguiente composición, que describe, ya que no en versos correctos, con admirable propiedad, el espíritu público de aquella época:

Tirad la pluma, poetas,
y esperad tiempos mejores;
dejad vosotros, autores,
el campo á las piruetas.
Id, y del arte en las ruinas
dad sepulcro á vuestra pena
mientras que invaden la escena
los pies de las bailarinas.
Echad la lira á la espalda;
¿qué valen vuestras canciones
ante las ondulaciones
de los pliegues de una falda?
Nunca tendrán las quintillas
del más inspirado autor,
el positivo valor
que tienen las pantorrillas.
Por eso vivis penando
privados de los placeres,
mientras hay cuatro mujeres
que se enriquecen bailando.

La corte de Luis XIV.
Gisela.
El delirio de un pintor.
La aurora.
La linda Beatriz.

(1) D. Juan de la Rosa González.

Vates, suspirad aquí
las invectivas amargas
contra la *Nena* y la Vargas,
contra la Fuoco y la Guy.
.....

Censura el entusiasmo del público, tanto por las bailarinas españolas como por las extranjeras, y exclama indignado:

Oid sus estrepitosas
exclamaciones que atruenan,
y en alás del viento llenan
la calle de las Urosas (1).
Entrad si tenéis valor,
y veréis á los profanos
con la boca y con las manos
aplaudir que es un dolor.
La *Nena* y la Vargas van
en el baile á competir,
y es excusado decir
si las dos se esmerarán.
Todos los espectadores
están llenos de ansiedad,
porque aquí cada deidad
tiene sus adoradores.
Los de la *Nena*, *nenistas*
se apellidan, muy formales,
y por razones iguales
los de la Vargas, *varguistas*.
Se dicen mil desvarios
por causa de las dos majas,
y por quítame esas pajas
se conciertan desafíos.
Es lo cierto que ellas solas,
por su gracia y desenfado,
muestran el tipo acabado
de las majas españolas.
Las dos quitan el sosiego
con su hermosura y donaire:

(1) Alude al Teatro del Instituto.

la *Nena*, es hija del aire;
la Vargas, hija del fuego.
Que recogieron las dos,
por una gracia especial,
todo el tesoro de sal
que ha echado en el mundo Dios (1).
Cuando columpia la *Nena*
su flexible cuerpecito
y adelanta el pie bonito,
una aclamación resuena;
y ella, entre aplausos mecida,
al público desvanece,
pues con la danza parece
que se evapora su vida.
Cuando la Vargas levanta
su falda, mirando al cielo,
muestra su pierna modelo,
sus brazos y su garganta;
entre aplausos y entre antojos,
al mirar tanta belleza,
una chispa de impureza
refleja en todos los ojos.
.....

Pasa luego el poeta á describir las bailarinas extranjeras, para las que no prodiga encomios de belleza.

Ya en el *Circo* se halla loco
el público de impaciencia,
por mirar la competencia
que se hacen la Guy y la Fuoco.
Ramos de bellos colores
tienen todos los *guiyistas*,
y preparan los *fuoquistas*
coronas de ricas flores.
¡Atención! Ya en lontananza
se ve el objeto querido,

(1) Conviene hacer constar que la Petra Cámara no estaba á la sazón en Madrid.

ya se adelanta mecido
por el genio de la danza.
No es la sílfide ideal
que, envuelta en manto de tul,
corre por el lago azul
entre rocas de cristal;
es la Guy, que galopando,
cañilavada y risueña,
sale como una cigüeña
sus alitas agitando.
Su traje pomposo y vano
la hace parecer hermosa,
y es como la mariposa
vestidura de un gusano.
.....
Y desgarrando sus guantes
algunos grandes señores,
la arrojan ramos de flores
guarnecidos de brillantes.
.....
Los *fuoquistas*, con desdén
contemplan tributo tal,
y dicen por bajo, *mal*,
entre las voces de *bien*.
....
Mas ya su faz se serena,
les causa el placer cosquillas,
porque sale de puntillas
madama Fuoco á la escena.
Sus habilidades juntas
consisten, según infiero,
en tener chapas de acero
de los dedos en las puntas.
Con sonrisas coquetonas
brinca; de pronto hace un gesto,
se para un poco, y en esto,
llueven sobre ella coronas.
—¡Que se las ponga!—vocean,—
y la niña cede al cabo,
y todos gritan:—¡Bien, bravo!—
y unánimes palmotean.
....

¡Inspiraciones divinas,
no tendréis eco jamás!
España no quiere más
que toros y bailarinas.

El frenesí, el entusiasmo delirante que se había apoderado del público, y de que es fiel retrato la descripción que se hace en las redondillas de Rosa González, corroboradas por las relaciones y comentarios de la prensa de entonces, hubo de cortarse radicalmente, sobre todo en lo que se refiere á las bailarinas extranjeras, pues la Fanny Cerito, que debutó en el Teatro Real, precedida de una fama europea, con ser una artista notable, hermosa, esbelta, distinguida, y quizá superior á la Fuoco, no obtuvo triunfos ruidosos como ésta los había tenido el verano anterior en el *Circo*. Es más: la Fuoco, que con sus bailes emocionó tanto el ánimo de los madrileños, vino la temporada siguiente al Teatro Real, recién inaugurado, y no sólo se le escatimaron aplausos, sino que llegó á oir algunos chicheos; circunstancia digna de tenerse en cuenta, no existiendo motivos especiales para que en Diciembre de 1850 se hiciese á la Fuoco un recibimiento frío y desairado después de las ovaciones del mes de Junio. La que había sido causa de que se retrasasen las excursiones veraniegas (1), cinco meses después recibe sólo desdenes y tímidos aplausos; la que volvía, sin duda alguna, alentada por el cariñoso anhelo de presentarse ante un público que consideraba adepto á su persona y á su escuela, debió de sufrir terrible decepción al ver que en tan corto espacio de tiempo había perdido todas sus simpatías. Y de tal modo se la llegó á despreciar, que en el mes de Marzo siguiente, cuando salió de Madrid para no volver más, no fué á despedirla ninguno de sus antiguos admiradores, no encontró una mano amiga que la ayudase á subir á la *diligencia*.

Cada teatro tiene su público, y este mismo, al cambiar de

(1) Moda que principió á generalizarse en España á la terminación de la primer guerra carlista, en 1839.

local recibe distintas impresiones, y modifica ó cambia sus sentimientos. Por eso, los que se entusiasmaban en el *Circo* con los bailables de la Fuoco y de la Guy Stephan, transformaron su criterio en el Teatro Real, que, por las exigencias de la sociedad que allí concurre á todas las localidades, por el concepto de las representaciones y por el espíritu esencialmente artístico que inspira el ambiente de la sala, se diferenciaba mucho de las bullangueras funciones del teatro del Circo.

Sirva esto de explicación á las descortesías que se hicieron á la pobre Fuoco durante el tiempo que trabajó en el Teatro Real, y, sobre todo, á la indiferencia con que la despidieron los que meses antes la proclamaban imprudentemente como el astro de la coreografía europea. Ejemplo de las veleidades de la fortuna.

También sirve este incidente de contrapeso al concepto que pudiera hacernos formar el hecho aislado del entusiasmo que lograron despertar la Fuoco y la Guy, pues rehabilitado el espíritu público, dió al olvido en el Teatro Real sus travesuras del *Circo,* demostrando á Rosa González que no se debe juzgar á una nación por los espectadores de un teatro.

CARLOS CAMBRONERO

LA AMÉRICA MODERNA

El iberismo.—El idioma —Desenvolvimiento comercial exterior iberoamericano —Los países concurrentes —El peligro alemán —La acción económica española.—La vida política en Sudamérica. —Literatura española en América.

Yo espero el retroceso espiritual en el espacio del pueblo español. Digo en el espacio, porque con ello quiero descartar toda idea de retorno á fases espirituales históricas de España; el retroceso en el espacio le concibo como una marcha hacia nosotros mismos, hacia la esencia del alma del pueblo, á la cual nos unen filamentos espirituales, por más distanciados que nos encontremos de ella. Como la gran hoguera de la concepción palingenésica, llame el alma de la raza, dando en los chispazos que encienden un espíritu en el individuo, un trasunto de su esencia. Algunos grandes pueblos de Europa han retrocedido hacia sí mismos para lanzar una mirada introspectiva que les presentase la visión de su propio mundo interior, sus ideas é ideales, como veía el asombrado guerrero del poema indo la Creación, cual ringlera de perlas, en el alma de Krixna.

El pueblo alemán se contempló á través de fronteras políticas en su unidad espiritual; forjó á sangre y fuego el molde común, aplazó la expansión colonial hasta caldear el hogar colectivo y llamó *alemanismo* (Deutschtum) á la esencia del alma alemana, á su acervo de ideas é ideales. En Rusia, en Ingla-

terra y tal vez en Francia, encontraréis algo análogo. En vano buscaréis este algo en España; el llamado *españolismo* es un término incierto que se suele aplicar para designar el patriotismo; esa desinencia griega, ismo, no encaja con el prefijo; es una idea corta. Hay que recurrir al neologismo para designar una representación nueva de nuestro espíritu; así yo llamaría *iberismo* á ese algo que busco en mi pueblo; algo en el que se juntan con la sangre de la raza el latido espiritual común que empuja á los pueblos al cumplimiento de un destino, no fatalista, sino señalado en el trabajo consciente de un ideal.

Yo veo en las armonías morales de los hispanoamericanos, los lusos y españoles, la potencia difusa del iberismo. Una corriente espiritual más intensa entre ellos, y un trabajo más activo y generoso, principalmente en sus pensadores, sacarían á la luz lo que todavía vive latente en los senos del alma ibera; se definiría un ideal, que no se forma sino con el trabajo constante, reflexivo, enfilando después un rumbo cierto en la vida de las nacionalidades ibéricas, cesando de moverse, según el viento del acaso sopla... Pero á este emergimiento de las energías de la raza ha de preceder la transmigración pitagórica del alma europea en la sociedad española. No basta conservar la personalidad, el carácter de una cultura ibera; precisa incorporar el moderno *idearium* de la civilización europea, y ser nosotros los españoles los transmisores de esa cultura á las ramas ibéricas.

Yo me represento á España recluída en plena vida peninsular después de 1898, defendida por la masa ingente de los Pirineos y por mares en su periferia; al Sur, la frontera natural de un Estrecho; después, plazas que son restos de las hitas del camino señalado por una política que comenzó á seguirse siglos atrás y luego fué olvidada, y junto á ellas un pueblo bárbaro y un *Hinterland* inaccesible. Pero pegada á la misma entraña peninsular, una nacionalidad ibérica como Portugal, por donde se extienden nuestros ríos y montañas, lo que haría pensar á un prusiano en política federal, quieras ó no; luego el

mundo hispano y lusoamericano. Y pienso: ¿ese *iberismo* roto en la Península, no podría reconstruirse? La armonía moral de los hispanoamericanos con nosotros, ¿no puede convertirse en íntima comunión espiritual y en prosaica, pero fecunda, inteligencia económica? La obra análoga que realizó Alemania en setenta años, ¿por qué no nosotros? No, no es un hado funesto el nuestro; los hados no llevan carteras, no cobran sueldos crecidos. Es que el gobernante y el intelectual no se improvisan; es que, para enfocar y desenvolver una causa nacional, hay que ser algo más que guerrillero parlamentario. El destino es el que nosotros mismos nos adjudicamos.

Defendamos nuestro derecho en Africa y asegurémosle con todas las garantías posibles; pero hay que pensar en los problemas futuros de España; en los que se le ofrecerán, por ejemplo, cuando la flota alemana neutralice el poder naval inglés y cambien las relaciones internacionales en los pueblos mediterráneos.

Existe una cierta base sentimental subconsciente entre españoles é hispanoamericanos; sobre ella hay que edificar. Pero esta tarea no es un impulso ciego; la afinidad electiva de la raza necesita completarse por medio de un conocimiento recíproco que haga consciente la aproximación, y para ello hay que difundir ambas culturas y pulsar la vida toda de la madre patria y de las Repúblicas sus hijas, examinando desde la cotización de los trigos argentinos, hasta las corrientes literarias de la América de nuestros días.

***

El idioma, como característica del iberismo, se afirmará indudablemente en la América española, á pesar de la corriente inmigratoria que recibe de Europa. El medio social funde al elemento inmigrado, como se fundieron las colonias alemanas que se establecieron en Sierra Morena en tiempos de Carlos III, en aquella colonización inteligentemente dirigida

por Olavide. La transformación de la llamada «inmensa Hispania» no alcanzará al idioma, si bien los elementos germánicos parece que tienden á predominar en el intercambio con América. En el Centro y en el Sur se repite el caso de los Estados Unidos, en donde los hijos de los alemanes emigrados dicen en buen inglés, rechazando el idioma de su padre:

Y dont't like Dutch-il sounds so awful rude
For Gentlemen and Ladies it's no good
It is good enough for Pa and Ma and ruch—
But not for me, Oh no—Y am not Dutch.

La enorme plasticidad del alemán, que le hace adaptarse al medio social, rápidamente favorece esta fusión; mas ello no aleja el peligro del monopolio comercial sudamericano por este pueblo.

***

Es indudable que la principal significación de la América latina está en su posición económica, en la llamada economía mundial. Su influencia cultural no pesa, por hoy, tanto como su influencia económica, cuyo estado actual vamos á ver.

Veamos el desenvolvimiento alcanzado en la América del Sur en 1908, reducido á libras esterlinas, según las tablas publicadas en el Boletín del «International Bureau» de la República Americana, en Wáshington.

PAÍSES	Importaciones. — *Libras.*	Exportaciones. — *Libras.*	Total. — *Libras.*
República Argentina	54.594.547	73.201.068	127.795.615
Brasil	35.490.000	44.065.000	79.585.000
Chile	19.510.284	23.297.882	42.808.166
Uruguay	6.923.760	7.456.104	14.379.864
Perú (aproximadamente)	5.000.000	5.550.000	10.550.000
Bolivia	3.264.600	3.502.800	6.767.400
Colombia	2.702.778	2.999.748	5.702.526
Venezuela (aproximadamente)	1.955.762	2.912.166	4.867.928
Ecuador	1.390.051	1.669.274	3.059.325
Paraguay	785.944	746.349	1.532.293
TOTAL	131.617.726	165.400.391	297.048.117

Exponemos esta tabla, á fin de dar con toda clarividencia una imagen de la potencialidad económica de las distintas Repúblicas. Descuellan en este conjunto tres Repúblicas: la Argentina, Brasil y Chile, que conjuntamente representan el 87 por 100 del total del comercio sudamericano, el 85 por 100 de las exportaciones y el 83 por 100 de las importaciones.

Pero estos mercados son de importación industrial. Constituída su economía nacional sobre base predominantemente agraria, ofrece excelentes condiciones para los países industrialistas de Europa y Norteamérica, al mismo tiempo que constituyen (la Argentina sobre todo, con su producción cereal y su ganadería) una formidable concurrencia para sus similares de Europa. Sólo la Argentina ofrecerá una concurrencia más temible que Rusia, Australia y los Estados Unidos para la agricultura de importación europea en su rama cereal. Para los países de producción industrial significa una ventaja la constitución agraria sudamericana, pues pueden encontrar los productos agrícolas que su suelo no puede dar en cantidad suficiente, á cambio de los objetos fabricados en el viejo Continente.

No hay que considerar solamente, pues, las tierras sudamericanas como lugares de expansión de razas; es decir, como esclusas abiertas á la inmigración europea, sino también como remedio á los grandes problemas de población de Europa.

«O exportamos objetos ó exportamos hombres», decía un canciller alemán para expresar la necesidad de esforzar la exportación industrial, á fin de mantener con las ganancias del intercambio la gran población obrero-industrial alemana.

Veamos, pues, la lucha que mantienen los principales Estados industriales en los mercados de importación sudamericanos la Argentina, Brasil y Chile. Teniendo presente los promedios de dos períodos, el de 1896-1900 y el de 1901-1905, podremos llegar á fijar el estado actual:

(1896—1900)

PAÍSES	Importaciones. — *Libras.*	Reino Unido. — *Por 100*	Alemania. — *Por 100*	Estados Unidos. — *Por 100*	Francia — *Por 100*	Italia. — *Por 100*	Bélgica — *Por 100*
Argentina.....	21.161.000	36,9	12,0	11,2	10,1	11,8	8,0
Brasil.....	20.223.000	29,7	12,2	12,6	17,3	2,9	3,4
Chile.....	9.220.000	39,6	26,5	8,4	5,0	1,4	0,6
TOTAL....	50.604.000	35,4	16,9	10,7	10,8	5,3	4,0

(1901—1905)

Argentina.....	28.583.000	34,0	13,6	13,3	9,0	10,9	5,0
Brasil.....	17.984.000	31,4	14,0	12,2	10,8	3,3	4,3
Chile.....	11.095.000	37,4	26,3	10,0	6,8	2,6	1,4
TOTAL....	57.662.000	34,2	17,9	11,8	8,8	5,6	3,5

El siguiente compendio de promedios se obtiene del comercio de importación de las tres Repúblicas con los seis países citados:

PROMEDIO DE PARTICIPACIÓN

AÑOS	Importaciones. — *Libras.*	Reino Unido. — *Por 100*	Alemania. — *Por 100*	Estados Unidos. — *Por 100*	Francia — *Por 100*	Italia. — *Por 100*	Bélgica — *Por 100*
1907.....	118.000.000	35,4	18,8	12,3	7,8	4,8	4,2
1906.....	102.708.000	33,5	17,8	12,2	8,4	4,7	3,6
1901-5.....	57.662.000	34,2	17,9	11,8	8,8	5,6	3,5
1896-1900.....	50.504.000	35,4	16,9	10,7	10,8	5,3	4,0

El Reino Unido retiene la tercera parte del comercio de las tres principales Repúblicas sudamericanas, ó sea el doble

que Alemania, tres veces que el de los Estados Unidos y cerca de cinco veces más que el de Francia.

Estas cifras nos dan el estado actual, y para especificarlo más examinaremos la siguiente tabla, que expresa el aumento habido en el comercio de los seis países competidores:

PAÍSES Y AÑOS	Reino Unido. — *Por 100*	Alemania. — *Por 100*	Estados Unidos. — *Por 100*	Francia — *Por 100*	Italia. — *Por 100*	Bélgica — *Por 100*
Argentina (1901-905 y 1896-1900).....	24,1	50,3	61,2	26,6	25,3	14,5
Idem 1906-1908.....	94,4	106,5	96,4	91,1	54,3	86,7
Brasil (1901-905 y 1896-1900)	6,0	1,9	14,1	44,8	4.0	12,9
Idem 1906.....	59,6	87,9	68,6	53,1	75,0	60,6
Idem 1907.....	30,8	27,6	35,9	21,2	31,1	25,1
Chile (1901-905 y 1896-1900).	13,7	19,2	42,1	61,4	122,3	184,2
Idem 1906.....	48,6	39,1	58 1	38,5	32,1	17,4
Idem 1907.....	34,1	33,5	29,5	12,1	37,0	67,5

Toda esta exposición estadística revela que el progreso del comercio del Reino Unido es menor que el de sus inmediatos competidores.

En la Argentina predomina el comercio de Alemania y los Estados Unidos; en Chile el Reino Unido aventaja á Alemania, mientras que los Estados Unidos, después del avance ventajoso alcanzado desde 1901-1906, sufre un retroceso en 1907. El resto de los países participantes en el comercio no pueden compararse con alemanes, ingleses y norteamericanos.

En el comercio de manufactura de hierro y acero predominan el Reino Unido, Alemania, Estados Unidos y Bélgica; en instrumentos agrícolas, Reino Unido y los Estados Unidos, y en textiles, Reino Unido, Alemania é Italia. En sustancias alimenticias entran en concurrencia los países menos industrializados, como España y Portugal.

En esta expansión comercial hay que distinguir, en labor de inducción, el origen y carácter de la concurrencia comer-

cial. Tanto los comerciantes ingleses como los españoles, fundan su comercio en relaciones antiguas, en capitales que de antaño habían invertido en los países sudamericanos, en grupos de población emigrada de origen inglés ó español; pero no así los alemanes, por ejemplo, los cuales van conquistando palmo á palmo el terreno ya ocupado por otro comercio.

Los Estados Unidos, favorecidos por su posición geográfica respecto de la América latina, dominan en el comercio mejicano y en el de la América Central, y es de suponer que, una vez abierto el canal de Panamá, la invasión de las Repúblicas limítrofes será muy intensa. De todos modos, Alemania es el país industrial cuya acometividad es más intensa. El profesor norteamericano Burgess, en una conferencia dada en la Universidad de Berlín en 1906, afirmaba que la doctrina de Monroe había caído en el olvido, que ni los mismos diplomáticos sabrían definirla en la actualidad, y señalaba, al mismo tiempo, como país de arrestos suficientes para influir en la vida toda de la América latina, á Alemania.

Los hechos dan, en parte, la razón al profesor norteamericano. Hispanoamericanos y españoles deben fijarse en estos hechos transcendentalísimos, y no tratar desde el punto de vista abstracto la superioridad étnica y moral de unos y otros pueblos en paralelismo más ó menos fantásticos.

Veamos la posición de España en el intercambio de cinco Repúblicas iberoamericanas. La siguiente tabla expresa los promedios en millones de pesetas de las importaciones en España de los países aludidos y las exportaciones de la Península á los mismos.

PAÍSES	Período quinquenal.	Importación.	Exportación.
Argentina	1897-1901	20,1	12,5
	1902-1906	30,0	25,2
Méjico	1898-1902	2,0	10,0
	1903-1907	5,1	18,0
Uruguay	1897-1901	2,9	5,4
	1902-1906	5,1	7,3
Brasil	1897-1901	2,1	2,1
	1902-1906	8,9	1,6
Cuba	1897-1901	32,7	101,8
	1902-1906	5,2	66,4

El progreso de nuestras relaciones es creciente, menos en el intercambio con Cuba, que ha disminuído notablemente. Por lo que á la Argentina se refiere, la importación de maíz en España aumentó considerablemente, efecto de malas cosechas en la Península, y nuestra exportación á Méjico ha tenido un aumento con motivo de un contrato excepcional para rieles de acero en 1906. La especificación por partidas principales nos da los siguientes datos, relativos á la Argentina, en 1907:

IMPORTACIONES		EXPORTACIONES	
Maíz	9,1	Vinos	11,6
Huevos y pieles	6,2	Géneros de algodón, etc.	3,5
Productos animales	4,2	Sardinas	3,0
Trigo	1,7	Aceite de oliva	2,9
		Plomo	2,2
		Libros, etc.	1,6
		Conservas	1,2
		Azafrán	1,1

Las importaciones registradas constituyen el 80 por 100

del total de importación, y las exportaciones anteriores el 70 por 100 del total de la exportación.

La importación sudamericana en España, especificada, ofrece como partidas y países principales los siguientes: del Brasil recibe el 50 por 100 del café; de Venezuela, el 60 por 100 de café y cacao; de Méjico, el 90 por 100 de garbanzos; del Uruguay, el 90 por 100 de cueros y pieles; de Chile, el 90 por 100 de abonos; de Cuba, el 60 por 100 de tabaco. El intercambio industrial es el que tiene menos representación, y el mayor número de partidas de productos naturales corresponden á la exportación española.

Nuestra posición respecto de otros países concurrentes en el intercambio sudamericano es bien insignificante. Tomando las cifras relativas á tres Repúblicas, aparece que la participación de España en el intercambio de aquéllas alcanza la siguiente proporción:

Argentina.	1,5 por 100.
Brasil.	0,6 »
Uruguay.	3,5 »

La proporción de las exportaciones españolas á cada una de ellas es la siguiente:

Argentina.	5,0 por 100.
Brasil.	0,12 »
Uruguay.	1,25 »

Nuestra posición, pues, no es nada favorable. ¿Cómo mejorarla? No cabe otro remedio que hacer estudiar la asignatura de Política económica á nuestros políticos.

En primer término precisa fomentar la política de la producción nacional agrícola é industrial, y en segundo lugar, desenvolver una política comercial exterior por medio de inteligentes Tratados de comercio. Esto no se sigue; apenas hay partidos en España que tengan programas económicos; los profesionales de la política no sienten estas cuestiones. Por

otra parte, desde el Arancel de 1906 se ha estancado la política de Tratados en beneficio de las industrias extraordinariamente protegidas. He aquí cómo, incluso el ideal de Hermandad iberoamericana, no puede realizarse sin un tanto de prosaísmo económico.

***

Frase muy extendida en la opinión media de Europa ha sido la de un escritor que llamó á las Repúblicas americanas «campamentos militares desorganizados». Ciertamente que el caer y subir de presidentes en las Repúblicas americanas por medio de golpes de Estado, no ha sido cosa rara; pero actualmente, las llamadas *revoluciones* de los latinoamericanos, ¿hay que considerarlas como tales? ¿Viven en completa ausencia de paz política? A esto contesta el Dr. E. S. Zeballos, de Buenos Aires, en un atinado artículo publicado en el *The Times* (1), que sólo la ignorancia que los europeos tienen de las cosas de América hace perdurar tal opinión negativa de la paz política americana.

De la palabra «revolución» se ha usado y abusado hasta hacerla carecer de sentido, dice el Dr. Zeballos. Muchos de los acontecimientos así denominados no son revoluciones en manera alguna, sino simples alborotos ó tumultos políticos, que jamás perturban el orden público ni causan daño á la estabilidad nacional. Horribles y sangrientas crisis, como la que recientemente ha ocurrido en Barcelona, nunca se presencian en las ciudades americanas. La llamada revolución paraguaya, en Octubre de este año, por ejemplo, en ningún sentido fué tal revolución. La oposición política armada atacó, es verdad, con quinientos hombres á las autoridades de algunas localidades muy distantes de la capital, pero el Gobierno la dispersó inmediatamente con escaso esfuerzo. Si los agitadores sudamericanos borrasen de su crudo vocabulario la palabra «revolución»,

(1) Edición castellana extraordinaria del 18 de Enero de 1910.

el crédito y la honra de sus países ganarían como consecuencia. No puede negarse, sin embargo, que algunos de los Estados menores están aún mal gobernados. Acaso hayamos de oir en años venideros que se han producido movimientos de la gente de los campos contra las ciudades de algunas de estas llamadas Repúblicas—debido á antiguos y peculiares antagonismos sudamericanos;—pero, como el viejo refrán español reza, «una golondrina no hace verano».

Disgustan mucho estos disturbios, porque cuando alguno ocurre en el Paraguay, en el Uruguay ó la distante Bolivia, se hace creer á Europa, por medio de sus emprendedores periódicos, que la «Argentina se halla otra vez en estado de revuelta». Como para demostrar esta peligrosa falta de conocimiento preciso de los asuntos sudamericanos, recibimos con frecuencia en nuestras Administraciones de Correos cartas dirigidas á Buenos Aires, *Brasil*, lo que tanto significa como tomar los Países Bajos ó Bélgica por Inglaterra, ó confundir Londres con Stokolmo. Los tenedores de acciones de empresas argentinas son frecuentemente víctimas de estas confusiones geográficas y de la profunda ignorancia imperante en estas materias.

Es hecho sobresaliente que la paz, el orden, el trabajo y el progreso son los rasgos distintivos de todas las naciones sudamericanas que descuellan. Argentina, Brasil, Perú y Uruguay, con sus 36 millones de habitantes, figuran al frente del *despertar* sudamericano, siguiéndoles de cerca Paraguay y Bolivia, en la zona del Río de la Plata. Los Estados del Ecuador, Colombia, Venezuela, con las Guayanas, situadas hacia el centro y el extremo Norte del continente, están algo rezagados en su camino de adelanto: los dos primeros, probablemente, por efecto de su situación geográfica, que dificulta las relaciones con Europa; en cuanto á Venezuela, es un país rico y hermoso, porque siempre ha sufrido las tristes consecuencias de la falta de tranquilidad interior y de serios conflictos con potencias europeas y norteamericanas. Las clases direc-

toras de dichas naciones, aunque menos favorecidas por el orden, el capital europeo y la inmigración, mejoran con paso seguro su organización interior, y ansiosas se afanan por llegar á días de bienestar y tranquilidad perennes.

*
* *

Cuando Zola juzgaba el conocimiento que tenían los franceses de las cosas extranjeras, llegaba á decir que los franceses no conocían más que Francia, y él mismo, al describir el tipo del rural, declaraba á Edmundo d'Amicis que sólo se fijó, al escribir *La Terre*, en el labriego francés, que suponía sería igual al de todas partes... No es igual, aunque los labriegos tengan muchas notas comunes en todas partes. Cosa parecida nos ocurre á los españoles, con la diferencia de que son muchos, incluso los llamados intelectuales, cuyo espíritu de motilidad no ha sido bastante para hacerles franquear los límites de su provincia.

Se conoce entre nosotros muy poco lo que es América, y el conocimiento que de los pueblos americanos tenemos va acompañado del prejuicio que en nosotros dejaron los críticos literarios amantes del casticismo; esto es, de la cristalización del idioma, de la rigidez del léxico, los cuales embestían á los literatos americanos por mor de cualquier americanismo encontrado en sus escritos. Los literatos americanos, por el contrario, estudian la producción literaria española. Una muestra de este estudio la da una mujer joven y cultísima: la señorita Amanda Labarca Hubertson, en su libro *Impresiones de Juventud* (1). En este libro se estudia la novela castellana de hoy, como escribe Amanda Labarca, analizando el romanticismo, naturalismo, psicologismo y otras influencias pasadas, hasta llegar á nuestros días; la revista crítica comprende la labor li-

(1) Conferencia leída en la Universidad de Chile. Santiago de Chile, 1909.

teraria de doña Emilia Pardo Bazán, Blasco Ibáñez, Pío Baroja, Ciges Aparicio, Francisco Acebal, Martínez Sierra, *Azorín*, Valle Inclán y Felipe Trigo. En la revista crítica de la poesía castellana de hoy estudia, después de unas disquisiciones sobre la evolución literaria, á Salvador Rueda, Vicente Medina, Francisco Villaespesa, Pérez de Ayala, Manuel Machado, Antonio Machado, Juan R. Jiménez y Eduardo Marquina.

La escritora chilena adopta como punto de vista una frase de Guyau: «es más útil la crítica de la belleza, que la de los defectos». Esto lleva á una crítica algo parcial en la mensuración, no en la independencia del criterio; pero lo excusa el resultado de conjunto de la obra, que es un hilo seguro para el estudio de la literatura castellana de la actualidad.

El apelativo «castellana» despierta algunas reflexiones. Hay novelistas y escritores en ese libro que no son castellanos, ni piensan en castellano. Ahí están Blasco Ibáñez y Marquina para probarlo. Pero escriben en castellano, y así han llegado hasta las Repúblicas ibéricas del Pacífico. Por el contrario, toda la producción literaria regional, dialectal ó no castellana, aquí queda empotrada en el mismo sitio donde se produjo, condenada la mayor parte á alimentar polilla en los archivos de alguna Diputación provincial generosa ó en Ayuntamientos de concejales amigos.

La mejor contestación á la obra de Amanda Labarca sería otro compendio de la novela y poesía americana de hoy, hecho desde el punto de vista simpático y generoso de Guyau, que nos hiciese olvidar la saña felina é infecunda para el idioma que inspiró al autor de *Ripios Ultramarinos*.

Vicente Gay,

Profesor de la Universidad de Valladolid.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Literatura: Manual del perfecto revolucionario.=Crítica: La información extranjera en la prensa diaria.—Importar y exportar.=Religión: Las pequeñas religiones.=Literatura: La evolución de la novela francesa.=Psicoterapia: Psicoterapia y psicoterapéuticos.=Bellas artes: El abuso del bosquejo en el arte moderno.=Impresiones y notas: El microbio de la fatiga.—El derecho y sus mentiras.—¿Quería ser rey Luis Felipe?—*El chaleco.*—Las siete plagas de los países civilizados.—Las minutas del sitio de París.

ENCICLOPEDIA

Manual del perfecto revolucionario.—Así se titula una colección de máximas, pensamientos y aforismos de Bernardo Shaw, en los que á veces, en medio de su parodojismo buscado, se encuentran ocurrencias felices y atisbos aprovechables, aunque no faltan tampoco asertos disparatados y desatinadas indicaciones. He aquí algunos trozos del *Manual,* tomados de la traducción que publican los Hamon en *La Grande Revue.*

Regla de oro.—No hagas á los demás lo que querrías que ellos te hiciesen; sus gustos pueden diferir de los tuyos.—No resistáis nunca á la tentación; probad de todo y retened lo que es bueno.—No ames á tu prójimo como á ti mismo; si estás bien contigo, sería una impertinencia; si estás mal, una ofensa.

Idolatría.—El arte de gobernar es la organización de la

idolatría.—La burocracia está compuesta de funcionarios; la aristocracia, de ídolos; la democracia, de idólatras. El populacho no puede comprender la burocracia; sólo puede adorar los ídolos nacionales.—El salvaje adora ídolos de madera y de piedra; el hombre civilizado, ídolos de carne y hueso.—La monarquía constitucional es el medio para combinar la inercia de un ídolo de madera con la credibilidad en un ídolo de carne y sangre.

Democracia.—Al nombramiento por una pequeña minoría corrompida, la democracia sustituye la elección por la masa incompetente.—Las repúblicas democráticas no pueden pasarse sin ídolos nacionales, como las monarquías no pueden pasarse sin funcionarios públicos.—No hay más problema de gobierno que uno: el descubrimiento de un método antropométrico seguro.

Libertad é igualdad.—Nada puede ser incondicionado y, por lo tanto, nada puede ser libre.—Quien dice Libertad, dice Responsabilidad; por eso la temen la mayor parte de los hombres.—El señor se pregunta con desprecio si su guardabosque es igual á un académico; pero si le asesinan, quiere que los dos sean igualmente ahorcados.

Educación.—El cerebro del imbécil transforma la filosofía en tontería; la ciencia, en superstición; y el arte, en pedantería; de ahí la educación universitaria.—Los niños mejor educados son los que han visto á sus padres tales como son; la hipocresía no es el primer deber de los padres.—El que sabe, hace; el que no sabe, enseña.—Un hombre docto es un ocioso que mata el tiempo estudiando.—La actividad es el único camino del saber.—Todo hombre que posee plenamente su propia lengua, jamás será completamente dueño de otra.—Todo hombre que sea puro especialista es, en el sentido estricto de la palabra, un idiota.—No deis á vuestros hijos ninguna educación moral ni religiosa, á menos de que estéis muy seguros de que no la toman en serio.

Matrimonio.—El matrimonio es popular porque combina

el máximum de tentación con el máximum de ocasiones.—La función esencial del matrimonio es la continuación de la raza; lo accidental, la satisfacción del sentimiento amoroso de la humanidad.—La esterilización artificial del matrimonio le permite cumplir su función accidental prescindiendo de la esencial.—La invención más revolucionaria del siglo XIX ha sido la esterilización artificial del matrimonio.—El matrimonio, ó cualquiera otra forma de promiscuidad monogámica, sin método, es fatal á los grandes Estados, porque prohibe la cría deliberada del hombre como animal político.

Crimen y castigo.—Todo el esceleratismo se resume en esta frase: «Empiecen los señores asesinos.»—El hombre que ha subido todos los escalones, desde el banco del colegio hasta el sillón del pretorio en que juzga al apache, y el apache que ha recibido los puntapiés de su padre y las puñadas de su madre hasta hacerse bastante fuerte para estrangular y robar al rico cuyo dinero desea, son dos productos sociales de la misma especie.—El crimen es el almacén al por menor del almacén al por mayor que llamamos ley penal.—Cuando un hombre quiere matar un tigre, llama eso *sport;* cuando el tigre quiere matarle á él, lo llama *ferocidad;* no es más grande la distinción entre crimen y justicia.—Mientras tengamos prisiones, poco importa quien las ocupe.—Cuando se comete un asesinato, la gran cuestión es guillotinar á alguien, no importa á quién, con tal de que se le declare asesino.—El hombre más inquieto de una cárcel es el director.

Títulos.—Los títulos distinguen á los medianos, embarazan á los superiores y son envilecidos por los inferiores.—Los grandes hombres rehusan los títulos, porque están celosos de su propio nombre.

Propiedad.—La propiedad es el robo, ha dicho Proudhon. Es la única verdad evidente que jamás se haya dicho en esta materia.

Criados.—Si se trata á los criados como seres humanos, no vale la pena de conservarlos.—Las relaciones entre amos y

criados no son ventajosas sino para los amos que no tienen escrúpulo para abusar de su autoridad, y para los criados que tampoco lo tienen al abusar de la confianza que en ellos se deposita.—Amos y criados se tiranizan mutuamente; pero de los dos, los más tiranizados son los amos.—El hombre es el único animal que se estima rico en proporción del número y de la voracidad de sus parásitos.—Las gentes del mundo pueden tener amigos en la perrera, pero no en la cocina.—En un Estado de esclavos gobierna el esclavo; en Londres gobierna el tendero.

Religión.—Guardaos del hombre cuyo Dios está en los cielos.

Virtudes y vicios.—La virtud consiste, no en abstenerse del vicio, sino en no desearlo.—La abnegación de sí mismo no es una virtud; es solamente el efecto de la prudencia sobre la canalla.—La obediencia simula la subordinación como el temor á la policía simula la honradez.—La desobediencia es la más rara y valerosa de las virtudes; rara vez se la distingue de la negligencia, el más común de los vicios de la holgazanería.—El vicio es el derroche de la vida; la pobreza, la obediencia y el celibato son los vicios canónicos.—La economía es el arte de aprovechar mejor la vida.

Grandeza.—La grandeza no es más que una de las sensaciones de la pequeñez.—En el cielo, un ángel no es persona de consecuencia.—Si un grande hombre pudiera hacerse comprender de nosotros, lo colgaríamos.—La diferencia entre el rutinario más corto y el pensador más profundo aparece insignificante al último é infinita al primero.—En una nación de imbéciles, el hombre de genio es un dios; todo el mundo le adora y nadie sigue su voluntad.

Belleza y felicidad, arte y riqueza.—El que desea una vida dichosa con una hermosa mujer, se parece al que quiere gozar del gusto del vino teniendo la boca siempre llena de él.—El sufrimiento más intolerable se produce prolongando el placer más vivo.—El hombre que tiene dolor de muelas cree que son

felices todos aquellos cuyas muelas están sanas; lo mismo le pasa al pobre con el rico.—En un mundo feo y desgraciado, el hombre más rico no puede comprar sino fealdad y desgracia.

El perfecto hombre de mundo.—El hombre de mundo es el que tiene bastante dinero para hacer lo que harían todos los tontos, si pudieran: consumir sin producir.—En nuestros días, un hombre de mundo es necesariamente el enemigo de su país; hasta en tiempo de guerra, no se bate por defenderlo, sino por conservar su vaca de leche é impedir se la quite un extranjero; semejantes combatientes son patriotas, en el mismo sentido que son amigos de un hueso dos perros que se baten por él.—El que cree en la educación, en la ley penal y en los *sports*, sólo necesita tener propiedades para llegar á ser un perfecto hombre de mundo.

Moderación.—Un hombre moderadamente honrado, con una mujer moderadamente fiel, ambos bebedores moderados, en una casa moderadamente sana, es el verdadero tipo de la clase burguesa.

Razón.—El hombre que escucha la razón, está perdido; la razón hace esclavo á todo espíritu que no sea bastante fuerte para dominarla.

Pudor.—El pudor es la conspiración del silencio del impudor.

Derechos naturales.—Hay abuso del derecho á vivir cuando no se justifica constantemente.

Caridad.—La caridad es la especie más maligna de prurito.—Los que socorren la pobreza y la enfermedad son los cómplices de los dos mayores crímenes.—Toda persona realmente benéfica detesta la limosna y la mendicidad.

Civilización.—La civilización es una enfermedad producida por la práctica de construir sociedades con materiales podridos.—La imaginación no puede concebir un criminal más horrible que el que edificara otro Londres igual al existente; ni bienhechor más grande que quien lo destruyera.

El juego.—El modo más popular de la distribución de la riqueza es la ruleta.

Potpourrí.—Nadie se atreve á decir la mitad de lo que piensa por temor de pasar por un extremista.—Pasando de los cuarenta, todo hombre se hace criminal.—La juventud no se perdona nada; la vejez se lo perdona todo y no la perdonan nada.—La compasión es la simpatía de los enfermizos.—Es peligroso ser sincero, á menos de que también sea uno estúpido.—Guardaos del hombre que no os devuelve vuestro tiro; no os perdona nunca, ni os permite que os perdonéis vos mismo.—Si ofendéis á vuestro prójimo, vale más no hacerlo á medias.—La sentimentalidad es el error de suponer que, en los conflictos morales, puede concederse ni aceptarse cuartel.—De vuestra cruz haced vuestra muleta; pero si veis á otro hacer lo mismo, guardaos de él.—El sacrificio de nosotros mismos nos permite sacrificar sin vergüenza á los demás.—Si empezáis por sacrificaros á los que amáis, concluiréis por detestar á aquellos por quienes os habéis sacrificado.—Si la Historia se repite, y si lo inesperado ocurre siempre, ¡qué incapaz debe ser el hombre de aprender por experiencia!

CRITICA

La información extranjera en la prensa diaria.—¿Son ustedes aficionados á saber lo que pasa en el mundo: las disputas de Cook y Peary sobre el descubrimiento del polo Norte; las alternativas del proceso Steinheil; las vicisitudes de las interminables elecciones inglesas; los cacareados preparativos para la representación de *Chantecler*; los terrores británicos ante los progresos de la aviación alemana; los adelantos del Japón y sus pretensiones, desgraciadamente justificadas, á la dirección de la raza amarilla; la proteica cuestión de Oriente, tan pronto apareciendo en la forma arménica como en la macedónica, en la cretense como en la búlgara; los terremotos de Mesina; las

erupciones del Vesubio ó las inundaciones de París; los complots de los revolucionarios rusos; las idas y venidas de Eduardo VII y de Guillermo II; los movimientos epilépticos del Imperio austro-húngaro; las invenciones de Édison; las enfermedades de Tolstoï; las contratas de Caruso; los amores de d'Annunzio, y tantos y tantos otros hechos políticos, sociales, económicos, literarios y artísticos, ocurridos aquende y allende el Atlántico y el Pacífico, desde la Groenlandia hasta la Australia, desde el Transvaal hasta el Paraguay? Seguramente que sí, porque todos somos curiosos, y á los españoles especialmente nos ha gustado siempre—resabios quizá de nuestros múltiples orígenes iberos, celtas, fenicios, griegos, cartagineses, romanos, godos y árabes, y de nuestra pasada dominación mundial—enterarnos de lo que menos nos importa.

Pues bien; para dar pasto á esa curiosidad, tenemos en la prensa periódica cuantos elementos podamos apetecer, desde el telegrama urgente que nos participa, en forma escueta y descarnada, la muerte de Leopoldo II de Bélgica, hasta la carta ó el artículo del corresponsal, que se extiende sobre todo linaje de pormenores, enterándonos de todas las circunstancias del suceso; desde la lacónica conferencia telegráfica, cablegráfica ó telefónica, que nos hace saber el programa del nuevo presidente del Consejo de cualquier Estado, hasta la entrevista del corresponsal con ese Jefe, para puntualizar los puntos más dudosos de ese programa.

En tan rica floresta de información hay para todos los gustos, y en ella podrían fácilmente recogerse abigarrados ramilletes de disparatados conceptos, palabras y frases, unas debidas á la ignorancia ó presunción del comunicante, y otras á la obligada precipitación con que tiene que proceder el redactor encargado de traducir ó hinchar lo comunicado, y á veces al descuido del cajista y del corrector de pruebas, que toma una letra por otra, sin comprender el valor de semejante cambio. ¡Cuántas veces hemos leído noticias de sucesos ocurridos en «el lago de Génova»! Ahora mismo tengo á la vista un

folletín en que el traductor de Alejandro Dumas hace decir á éste que uno de los personajes de la novela, gran latinista, se ocupaba en la versión al francés del famoso poema de Lucrecia *De rerum natura*, y para que no quepa duda de su erudición, repite varias veces el nombre de Lucrecia, con no poco asombro del lector culto.

Todo esto es corriente, aunque no tanto como en otros tiempos, hace veinte ó treinta años, cuando se lanzaron al asalto de las traducciones muchachos sin cultura general ó doctores sin cultura particular, produciendo esa vergüenza de ediciones bailly-baillerescas de libros de Medicina, de Derecho, de Ciencias y de Filosofía, para las que convendría resucitar la misma Inquisición, con sus autos de fe, y aún era poco para tamañas herejías. Lo que no es tan corriente, aunque no tardará en serlo, por las trazas que la cosa lleva, son las ruedas de molino con que nos quieren hacer comulgar los corresponsales *modern style*, empeñados, casi tanto como en informar á sus lectores, en lucirse ellos mismos contándonos sus idas y venidas, y queriendo hacernos creer que tratan de tú á Rostand, que se pasean del brazo con Falliéres y que juegan á la gallina ciega con las archiduquesas de Austria.

A mí me hacen mucha gracia esas correspondencias de Viena ó de París, de Londres ó de Nueva York, en que el corresponsal del diario tal ó cual nos cuenta, como cosa fresca y averiguada por él en persona, lo que estamos ya hartos de saber por la lectura de los periódicos extranjeros, cuando no por los propios telegramas del diario mismo. Y nos hace más gracia todavía el afán de ponerse moños y de actuar de testigos oculares y hasta de personajes activos en las escenas que narran, recepciones académicas, bailes de corte y otras por el estilo. Nada hay más sencillo que el arte de esos corresponsales epistológrafos, tanto más cuanto que ni siquiera necesita uno moverse de Madrid para poder redactar una de esas correspondencias; con el *Figaro*, el *Journal*, el *Temps*, el *Gaulois* ó el *Gil Blas* á la vista, puede uno hablar de política internacio-

nal, de literatura, de arte ó de modas, con pleno dominio de la materia, y, sin moverse de su despacho, contar estrenos, sesiones y hasta menudencias íntimas de la vida del personaje en boga, como si en todo hubiera uno intervenido.

Pero hasta para tan pobre desempeño de corresponsalía de los modernísimos aspirantes á Blowitz, hay que tener maña y cuidado, porque si no se descubre la punta de la oreja, y pronto viene Martín á hacer su oficio dejando de asno al revestido con la piel del león.

Ahí está, por ejemplo, el *A B C*—y cito con preferencia este diario por ser de los más cuidados y mejor atendidos.—Tiene este hermoso periódico, honra de la prensa madrileña, una colección de corresponsales cuyos tropiezos gramaticales, antes frecuentes, han sido, por fortuna, corregidos (y quizá en la corrección tengamos alguna parte por nuestra franqueza en esta sección); pero aunque entre ellos los hay, como Salaverría, que saben dar á sus impresiones personales de viaje cierto sabor lamartiniano, y como Cadenas, que hace notables progresos en el arte de decir y de interesar al público en lo que dice, aunque podría dejar ciertas salsas á un lado, los hay que se corren demasiado en esto de echárselas de bien enterados, y asoman la consabida oreja.

Eduardo Hahn, por ejemplo, corresponsal de Berlín, nos habla en una de sus epístolas de la *saison* oficial, de la corte alemana, y nos cuenta las exigencias del reglamento en materia de colas de vestidos: mientras las princesas pueden usarlas de cuatro metros de largo, las señoras casadas no tienen derecho á más de 3,75 y las jóvenes solteras á más de 3,50. Como se ve, la noticia es interesante y curiosa; pero el Sr. Hahn quiere apurar la información, y sigue diciendo: «La cola es la gran preocupación de las que han de asistir á la *Defiliercour*. Deseando informarme acerca de tan palpitante cuestión, me fuí á ver á uno de los principales modistos de Berlín, y he aquí el resultado de mi información, por lo que pueda interesar á mis lectoras elegantes... y á sus maridos.

—Este año—me dijo el árbitro de las elegancias—ha sido la moda usarlas con bordados de oro y plata, según dibujos originales de verdaderos artistas. La tela se ha de escoger en armonía con el color del cabello y del cutis, y según el cuerpo sea pequeño ó grande, ha de ser ligera ó pesada, y la cola ancha ó estrecha, en forma de *manteau de cour* ó de *drawing-roomornament*. Para la confección de una cola regular necesitan cinco obreras ocho ó nueve días de trabajo y diez horas cada una.

—¡Deberán costar un caudal!—exclamé yo.

—No tanto—me contestó con dulce sonrisa.—La cola del traje de la señora de Bittenfeld, una de las más admiradas este año, y para la cual se emplearon diez y seis metros de encajes, á 400 marcos el metro, no costó más que 6.000 marcos.»

¿Ven ustedes la punta de la oreja? Todo eso lo podía contar Hahn sin necesidad de hablar con el modisto, pues son cosas que las cuentan los periódicos ó se recogen en cualquier tertulia distinguida. Pero el empeño de darse pisto conduce á uno de estos dos extremos: ó el de demostrar que no se sabe echar la más sencilla cuenta de multiplicación, ó el de suponer que el modisto está reñido con su dinero; una cola en la que entran diez y seis metros de encajes, á 400 marcos el metro, no puede costar 6.000 marcos, pues sólo de encajes importa 6.400, y para costar 6.000 tenía el modisto que regalar la tela de la cola, trabajar de balde y poner 400 marcos encima, cosa increíble en ningún modisto, aunque sea de Berlín.

***

Importar y exportar.—Una y otra vez vemos en la *Revista de Legislación Universal*, que suele estar bien redactada, los términos *importar* y *exportar*, con sus correspondientes derivados *importación* y *exportación*, mal empleados, cosa extraña en una revista cuyos redactores son afamados jurisconsultos y técnicos cultísimos del bien hablar. Cogiendo un número al

azar, encontramos en una sola página las frases siguientes: «Los vinos que se importen á dicho país», «la importación á los Estados Unidos superó á la exportación».

Eso no puede ni debe decirse así en buen castellano: se exporta *á*, pero se importa *en*. «Los vinos que se importen *en* dicho país», «la importación *en* los Estados Unidos superó á la exportación». Los dos prefijos de procedencia latina que lleva *portar* en IM*portar* y EX*portar* marcan perfectamente el valor gramatical y las exigencias de régimen y construcción de los dos verbos derivados: *in* es *en*, y decir *importar* es lo mismo que *portar en*, *dentro de*, como *exportar* equivale á *portar fuera de*, y, por consiguiente, *á*, pues para llevar una cosa *fuera de* ***, se la lleva *á* ***. Nosotros importamos *en* España modas francesas, y exportamos *á* Francia corchos y frutas; Francia importa paños de Inglaterra (y ya en el *importa* va embebido el *en*) y exporta vino *á* Londres. Eso de «importar á un país» es expresión inadmisible.

RELIGION

LAS PEQUEÑAS RELIGIONES.—La señora Felipa de Néry, encargada por *La Revue* de hacer una información sobre las pequeñas religiones ó creencias (herejías, en el sentido propio de la palabra) profesadas en París, da cuenta á sus lectores de su peregrinación entre los santos y los poseídos que han fundado iglesia en la capital de Francia. He aquí lo más interesante de su trabajo:

La iglesia del Paracleto.—En Otoño de 1889 se celebró en casa de la duquesa de Pomar, lady Caithness, la fundación de la iglesia del Paracleto. En una habitación pequeña, iluminada por una lamparilla, compareció la duquesa, un grande de España, un gentilhombre francés, seis místicas extranjeras y el archivero de Orleans, Julio Doinel. Tras una evocación mental, aparecieron los cuerpos astrales de Guilhabert de Cas-

tres, obispo de Monsegur, y de los cuarenta obispos del Alto Sínodo del Paracleto. El obispo Guilhabert habló así: «Hemos venido á vosotros desde los cielos empíreos, ¡oh amados nuestros! Tú, Valentín (Doinel), fundarás la iglesia del Paracleto, y la llamarás iglesia gnóstica. Tendrás á Elena como espíritu resistente; ella será tu esposa mística. Tomaréis por evangelio el cuarto, el de Juan; es el evangelio del amor. La asamblea se compondrá de Perfectos y Perfectas; el Espíritu Santo os enviará los y las que debe enviaros. Haréis revivir los tres sacramentos gnósticos: el *Consolamentum*, ó imposición de manos; la *Fracción del pan*, por la que comulgaréis con el cuerpo astral de Jesús, y el *aparejamiento*, que os reunirá á la gracia divina. Restableceréis la jerarquía y los seis grados de la iniciación fijados por el primer Valentín. ¡Bendígaos el Santo Pleroma! ¡Que os bendigan los Eones! ¡Nosotros os bendecimos como bendecíamos á los mártires del Tabor pirenaico!»

Esta iglesia del Paracleto, así fundada, fué la primera que visitó la señora de Néry. Se halla en una de las calles situadas en la falda de la montaña de Santa Genoveva, y después de atravesar un patio y bajar doce escalones, pasó por una puerta que la entreabrió un *hermano*, y se encontró en una habitación casi completamente á oscuras; una linterna puesta en una mesa tendida de negro y recubierta por un mantel blanco, iluminaba el rostro del patriarca Sinesio (Fabre des Essarts), que ocupaba el sillón primacial, cubierto con el claft egipcio, vestido de blanco y venerable, con su barba de nieve y su pálida figura de asceta. Era día de iniciación, y había seis neófitos con los ojos vendados y las manos atadas por una cuerda. El patriarca se levanta, y con un gesto hace desatar la venda y los lazos, emblemas de la ceguedad y la ignorancia que va á disipar la iniciación.

El patriarca habla: Nuestro mundo imperfecto y perecedero no es obra de Dios, sino del Demiurgo, y las almas están encerradas en él en expiación de un crimen primitivo. Sofía,

el pensamiento silencioso, atormentado por el deseo de conocer, se ha lanzado hacia el infinito; su audacia ha sido castigada por una caída profunda, y, ya ligada á la materia, vaga á través de las formas exhalando su queja. Dios se compadece de ella, y el Eon-Cristo, el verbo divino, se hace hombre y devuelve á Sofía á su celeste origen, sin dejar de manifestarse en nuestro mundo maldito: ella es la ninfa misteriosa que en el bosque Aricia dictó leyes al sabio Numa; la Diótima inspiradora de Sócrates; la Elena descubierta por Simón el Mago entre las prostitutas de Tiro para simbolizar la oveja perdida; la Pudentila de Apuleyo, la Esclarmonda de los cátaros, la Juana de Arco de las guerras anglo-francesas. En los tiempos más modernos encarnó en la exquisita señora Guyón, que inspiró á Fenelón, y en la piadosa Juana de Chantal, de la que San Francisco de Sales hizo su esposa mística. Es la Virgen de Luz, el Paracleto, tercera hipóstasis de la divina Trinidad, la dulce Nuestra Señora el Espíritu Santo. Volverá á la tierra en toda su plenitud, Mesías de amor, encargada de terminar la obra del Padre y del Hijo, y la Gnosis vive esperando su glorioso advenimiento. Terminada la iniciación se hace la luz, y el santuario se revela tendido de rojo y de negro, y el patriarca, revestido con capa violeta adornada con la T egipcia, toma el pan y el cáliz y los bendice... Con ser tan reducida la hueste del Paracleto, ya ha sufrido los horrores del cisma, existiendo al lado del gnosticismo de París la iglesia gnóstica de Lyón.

Los irvingianos.—Siguiendo su peregrinación la señora Néry, llegó á la calle François Bonom ante una verja que defiende una puertecita que da paso á una iglesia de aspecto protestante, fría y silenciosa, iglesia de solteronas largo tiempo maceradas en los rigores del celibato. Ni estatuas, ni grabados, ni símbolos, ni vidrieras, ni columnas; bancos de roble con cojines en el respaldo, y en el fondo un altarito sin candeleros, adornado tan sólo con dos vasos de flores blancas y de margaritas amarillas. Ni las mismas flores tienen perfume en

aquel sitio; por todo alumbrado se ve una lamparilla en un vaso rojo. Tal es el templo en que entró la señora Néry el día de la fiesta más alegre, la de Pascuas. Llevaba un ramito de violeta, y, al entrar, sin duda á causa del aroma, todos los ojos se volvieron irritados contra ella. Para no chocar, arrojó las flores, y aquella concurrencia de hombres, mujeres y niños se calmó, conservando su aspecto austero y acompasado. Todos siguen en sus libros con gravedad los versículos, salmodiándolos, y parecen seres modestos y severos con un ideal disciplinado.

Al lado de la Néry canturreaba los versículos del libro una buena vieja.

—¿No es una secta protestante vuestra iglesia?—la preguntó.

—Somos católicos—dijo la vieja con asombrada expresión de severidad.

—¿Católicos romanos?

—¿Romanos? ¡Nunca! Descendemos directamente de Jesús y de sus apóstoles.

—¿Entonces el Papa?

—No hay Papa. San Pedro era obispo de Roma.

—¿Cuenta vuestra religión con muchas iglesias?

—En Inglaterra y Alemania sí; sólo en Berlín hay diez.

—¿Y en París?

—Una sola; esta.

Y la vieja irritada la mira de frente, y termina:

—Donde el diablo reside no puede habitar Dios.

El fundador de esta iglesia, Eduardo Irving, nació en Escocia en 1792; elocuente y erudito, encantaba con su predicación, y afiliado á uno de los grupos exaltados que entonces florecían en Inglaterra, llegó á ser jefe, enseñando la segunda encarnación de Jesucristo. Merced á la cura maravillosa de María Campbell, joven que parecía morirse de consunción, y que un día que estaba en oración se puso á hablar en una lengua desconocida, y que fué curada por un Mac-Donald, que se encon-

tró también agraciado con el dón de curar, hizo muchos prosélitos y fué condenado por el presbiterio de Londres, organizando la iglesia católica apostólica con un ceremonial tomado en parte de las tradiciones bíblicas.

* * *

La religión cósmica.—Mil cuentos sugestivos corrían sobre el jefe de la Filosofía Cósmica. Su mujer, según decían, se había casado vestida con una túnica de seda amarilla de oro; bellas iniciadas asistían á misteriosas sesiones, blandamente envainadas en flexibles sedas de azul raro ó de rosa desvanecido. Así es que al subir los pocos escalones que conducen al místico entresuelo donde se alberga el Sr. Themanlys, la señora Néry no pudo menos de sentir un estremecimiento de inquietud. Entró y se encontró en dos salones íntimos, confortables, de elegante modernismo. En el fondo, junto al fuego, estaba extendida en una *chaise-longue* la señora Themanlys, la iniciada, cubierta con un kimono azul pálido, forrado de rosa, y á su lado, grave y pontifical, aparecía su marido con su terno de terciopelo azul marino, corbata azul celeste, barba de mago asirio y ojos de desterrado; á su vestido ordinario se agregaba una capa de paño negro, con becas de terciopelo carmesí. Una fila de damas en traje de paseo, entre las que se veían algunas levitas negras, hacían frente al Maestro.

«El movimiento cósmico, dijo el Sr. Themanlys, es puramente filosófico; no tiene ninguna tradición confesional, y no tiende á la elaboración de ningún culto; es el estudio del Cosmos y de las leyes que le rigen, y cree en la unidad divina, revestida y manifestada por la humanidad colectiva, y pretende basarse en la experimentación.»

Dos elementos de iniciación se ofrecen al neófito: la tradición y la experimentación psíquica. La tradición es la cábala con sus Elohim y su teoría de la emanación cara á Filon de Alejandría, adoptada por Plotino y los neoplatónicos, é intro-

ducida por los gnósticos en el cristianismo. La experimentación se presenta bajo dos aspectos: la videncia y las sesiones de reposo.

Asistamos con la Néry á una de estas sesiones; es en la calle de la Pompe, todos los sábados, á las tres en punto, en una salita con canapés, divanes, sillones, sillas y una *chaise-longue* para la iniciada, á cuyo lado se sienta la Srta. Aillaud, clarividente, que en seguida se duerme. Misteriosas y clandestinas llegan una tras otra como á una cita las bellas mundanas neófitas; se saludan cuchicheando y ocupan sus asientos. Sólo un hombre es admitido en la sesión, el mago que la dirige y que atrae los lejanos efluvios que Aia-Aziz, el Maestro supremo, envía desde Africa á sus adeptos. Envuelto en su larga capa y cubierto por una boina de seda negra, el mago va de una á otra de las asistentes, se informa de sus disposiciones morales y de su bienestar en los canapés ó entre los almohadones; cierra las ventanas, cruza las cortinas amarillas, y la sala silenciosa queda sólo iluminada por la temblorosa luz de una bujía puesta junto á la *chaise-longue*, donde se extiende la diáfana Sra. Themanlys. La joven coge un libro y lee la historia de Aaura, con voz tan monótona, que es el soporífico más perfecto. Cuando los cuerpos y las almas, y hasta la atmósfera, están como embotados, calla la lectora y se percibe la voz del mago: «Descansemos juntos por la paz, por el soph, por la evolución de nuestras almas; adormezcamos con nuestros cuerpos toda inquietud, olvidemos lo que fué, cesemos de temer lo que será.» Se apaga la bujía y cesa todo rumor. Se pasan tres cuartos de hora... De pronto, de un sillón ó de un canapé parte un movimiento de seda que se desarruga, de miembros que se estiran...; es el despertar. Los ruidos se repiten y el mago se levanta, y discretamente vuelve á dar la vuelta por las durmientes; apenas si se distingue su silueta y si se oye su voz. A veces una durmiente prolonga su nirvana, y el mago la interroga, percibiéndose como un cuchicheo de confesonario; si las comunicaciones ultraterrestres no tienen carácter confi-

dencial, eleva un poco la voz, contando, comentando é interpretando. Generalmente, sólo la vidente es la que tiene visiones, y sus oráculos se recogen como los de la Pitia.

***

El culto de Santa Filomena.—Se halla nada menos que en el tercer piso de una casa de la calle de Buci; allí, en su zócalo de piedra, con los ojos medio cerrados y suelta su suntuosa cabellera negra, descansando la cabeza sobre morado almohadón con bellotas de oro, se extiende Santa Filomena, llevando en la mano la palma del martirio y cubierta con una túnica verde pálido con cenefa de oro. Es la patrona de los ocultistas, y para que vuestra alma se una á la suya en los planos superiores al astral, necesitáis una iniciación. ¿A quién pedirla sino al Dr. Rozier, profesor de ocultismo en cuya casa ha elegido domicilio Santa Filomena?

El Dr. Rozier es un licenciado en Ciencias que ha abandonado el estudio de las x por el de la gran X, la ciencia por la magia, y que da todos los domingos lecciones de ocultismo. «Desde el punto de vista oculto—dice Rozier,—Santa Filomena ha nacido el 25 de Mayo de 1802, y ha adquirido todo su desarrollo en 1830; antes de 1802 nadie había oído hablar de ella; ha permanecido desconocida durante mil quinientos años. Ha tomado á los ocultistas por centro de operación, fundando la escuela de ocultismo cristiano, con París por cuartel general. Dios la ha dado ayuda en lo invisible: las Jerarquías y los Coros angélicos, cada uno de ellos la secundan según su especialidad; los Serafines encienden en nosotros el amor divino; los Querubines nos ilustran; los Tronos dirigen los espíritus en el sentido del plan que Santa Filomena está encargada de realizar. Todos marchamos bajo su dirección, sin más libro que el Evangelio, sin más señor que Jesucristo. Vivos, contamos con su ayuda, y muertos atravesamos seguros con ella el abismo, el gran torbellino astral y la serpiente de fuego.»

Nuestros lectores conocen, seguramente, muchas especies de chifladuras, pero es probable que no se hubieran imaginado que las hubiera de esta clase, nada menos que en París.

LITERATURA

La evolución de la novela francesa.—Jamás el mercado de libros novelescos ha estado más desorientado ni más atascado que al presente, y es que estamos pasando por una evolución de la que conviene darse cuenta.

Hay en la actualidad, como dice en *La Revue* Julio Bertaud, dos factores nuevos que se han introducido en el mercado literario, y que son causa directa de la situación actual. La aparición del *público ensanchado,* por una parte, y la modificación del gusto del antiguo público, por otra. El *público ensanchado* es el formado por la afluencia enorme de lectores procedentes de la democracia superior, ávidos de leer, pero no ricos. El tipo, antes corriente, del libro á 3,50 francos le daba miedo; pero el día en que aparecieron en el mercado los libros á 0,95, á 0,75 y hasta 0,50, ese público se arrojó vorazmente sobre el nuevo alimento, trastornando á los antiguos editores, que declararon el fracaso del libro.

No hay tal cosa; lo ocurrido es que á un público limitado ha sucedido un público numeroso. La dificultad está en que los gustos de ese nuevo público son poco conocidos. Le han dado novelas y las ha devorado, pero no sabemos si dándole otra cosa la leerá también. Y aquí entra el segundo factor de que hemos hablado: el antiguo público, á quien se debe el enorme éxito de la novela en la segunda mitad del siglo último, quiere ahora otra cosa que novelas. La literatura del Hecho absorbe hoy toda la producción libresca; hechos pasados, contados de todos modos y con todo lujo de detalles, es la Historia en todas sus variedades: pintoresca, seria, anecdótica, filosófica; hechos recientes es toda la masa de correspondencias, biografías, Me-

morias y anas; hechos actuales es la realidad del momento, consignada, defendida, combatida de mil modos; hechos futuros son las obras de sociología, de política, de filosofía y de ciencia que tratan de predecirnos los hechos de mañana. ¿Qué papel hacen los novelistas en medio de estas nuevas preocupaciones de su antiguo público? Están más desorientados que los editores mismos. Verdad es que habían sido los primeros en percatarse de la nueva dirección; pero todo cansa, y entre las novelas, que nunca serán más que «la historia que hubiera podido ser», como decían los Goncourt, y la verdadera historia, el público no vacila ya; deja la novela y prefiere la historia. Tal es el segundo elemento de crisis de la producción novelesca.

Yo creo que á estos dos factores de que habla Bertaud, hay que añadir otro no menos importante, y quizá el que más ha contribuído á producir esa crisis de la novela francesa que tanto lamentan los autores y editores de allende el Pirineo; ese tercer factor es la invasión de la novela extranjera en el mercado francés, y el lanzamiento al mercado internacional, precisamente por conducto del francés, de esa misma novela extranjera. Los devotos de la novela francesa en sus diversos tipos, caballeresca en Dumas, instructiva en Verne, policíaca en Gaboriau, cómico-sentimental en Paul de Koch, terrorífica en Ponson, realista en Daudet, descriptivo-latoso-feista en Zola, pseudo-psicológica en Bourget, místico-sicalíptica en Huysman, etc., estaban acostumbrados al giro francés, á la exposición clara y acariciadora de la dicción francesa, y no veían sino por los ojos de sus autores favoritos, ni comprendían que se pudiera hacer nada más interesante ni atractivo. Pero los editores franceses mismos, y con ellos los críticos y periodistas, se empeñaron, por afán de novedad, en lanzar al público nombres exóticos, unos escandinavos, italianos, ingleses: los Tourgueneff y los Tolstoï, los Ibsen y los Bjærnvtjœrne-Bjœrnsasen, los d'Annunzio y los Amicis, los Dickens y los Conan-Doyle, y el público ha tenido que tragarlos, y por snobismo los ha pa-

ladeado con placer, desentendiéndose así, poco á poco, de sus antiguos favoritos y modificando á la larga sus gustos. Por esta causa, la novela francesa (y otro tanto podría decirse de la literatura dramática) ha perdido, en el extranjero principalmente, una masa enorme de lectores.

¿Qué saldrá de esta crisis? La única probabilidad que tiene la novela de luchar ventajosamente contra la literatura del Hecho es abandonar el tono dogmático y el aparato científico que había adoptado desde hace treinta años, y volver francamente á la fantasía y á la imaginación. Parece paradójico, pero no lo es; el público no se engaña, y cuando abre una novela es para leer una novela, y no un manual de psicología ó de historia social.

Ya los albores de esta evolución comienzan á percibirse, y la nota de fantasía se percibe ya en León Frapié, en Carlos Enrique Hirsch, en Eugenio Monfort, Enrique Malo, Luis Codet, Enrique Duvernois, Juan Piollis, Gastón Cronier y muchos otros. En todos ellos la fantasía se desarrolla en la descripción pintoresca de los personajes, en el tono irónico que campea en todas las obras y en el humorismo que las inspira.

A continuación del artículo de Julio Bertaud, y bajo el mismo epígrafe de «La evolución de la novela francesa», trata Jorge Rozet de «El atletismo y la literatura amorosa». Entiende el autor por *atletismo* ese nuevo ideal del hombre completo que ha venido á sustituir al antiguo ideal romántico del hombre pálido y enfermizo, del artista tuberculoso y del poeta neurasténico. Practíquese en forma de cultura física ó de *sport*, el atletismo que ha conquistado ya Inglaterra y Suecia, está en camino de conquistar el resto del mundo. ¿Qué es la literatura novelesca para nuestros jóvenes atletas? Una cosa despreciable; no por falta de cultura literaria, sino por la repulsión instintiva y natural de esos cuerpos robustos y ágiles hacia una literatura dedicada por completo al amor físico, que debilita y envilece el cuerpo, y al análisis psicológico que deprime la energía.

Hay que confesar que desde *Madame Bovary*, es decir, des-

de hace unos sesenta años, los novelistas y dramaturgos franceses han trazado en torno suyo un estrecho círculo con el amor por centro y el adulterio por radio, dentro del cual se han encerrado sin acertar á salir de él. El menor defecto de esta moda literaria es el de haber hecho brotar multitud de obras insinceras ó incompletas. Es digno de considerarse que hasta en las obras maestras del género, las dificultades ordinarias de la vida, las que resultan, por ejemplo, de la falta de dinero, son eliminadas ó suprimidas. No hay enamorado alguno, hasta en la novela naturalista de Maupassant, que no tenga á su disposición los billetes de Banco necesarios para hacer el viaje que requiere su pasión, para amueblar el hotelito ó el entresuelo en que se desarrolla, para pagar la *villégiature* que debe apaciguarla, y hay que convenir en que si eso es verdad alguna vez, no es lo más frecuente. ¿Qué pensaremos dentro de veinte años de ciertos libros que nos han parecido grandes obras maestras, porque querían ser á la vez psicológicos y naturalistas? La respuesta nos la hace presentir desde ahora la joven generación sportiva: á los ojos de los actuales *sportsman* de diez y ocho á veinticinco años, la literatura amorosa es sencillamente ridícula; y en esta calificación lo mismo entran Porto-Riche y Mauricio Donnay que Marcelo Prevost y Villy.

Este anatema es formulado por los sportivos de un modo definitivo: *no comprenden* la literatura amorosa; *no conciben* que durante 300 páginas ó durante cinco actos «no se piense más que en *eso*», «no se trate más que de *eso*». Esta obsesión del amor les parece tan enfermiza como ha podido parecerles á sus hermanos mayores la melancolía de encargo de los sublamartinianos, tan cómica como la eterna altisonancia de los últimos hugólatras. Estos atletas ignoran que la generación que les ha precedido, educada en el desprecio del esfuerzo corporal, no ha conocido en general otra manera de gastar su exceso de vigor que los placeres caros á Momo: el alcohol, el tabaco, el juego, las buenas comidas y el amor. Esa generación se ha hecho del amor un verdadero alcoholismo. ¿Qué tiene de

asombroso que se haya complacido con pasión en todas las obras que lisonjeaban ese gusto enfermizo?

No se crea por esto que el atleta se libre por completo del amor. La famosa castidad atlética es relativa: consiste en cuidar de su cuerpo al acercarse los campeonatos y en no cometer ordinariamente ningún exceso. El verdadero *sportsman* está orgulloso de su cuerpo y lo mira con respeto, no comprometiendo á la ligera la fuerza y la belleza que tanto trabajo le ha costado adquirir y conservar. En este sentido es el *sport* eminentemente moralizador, apartando al que lo practica, no sólo de todo exceso, sino de toda tendencia pasional.

Por otra parte, el alma atlética que gusta de la lucha abierta no encuentra atractivos en los compromisos humillantes de los amores ilícitos, y cierto sentimiento de dignidad y hasta de orgullo le excita á querer poseer, no sólo para dominarla, sino para protegerla contra todos, á la mujer amada; por instinto no la busca sino entre las que son dueñas por completo de sí mismas, puras, sanas y bien equilibradas, aptas para ser excelentes madres de familia. ¿Cómo hombres así dispuestos no han de despreciar la literatura amorosa?

Conviene, sin embargo, distinguir. La vida se encargará de enseñar á los jóvenes mejor acorazados contra la sensiblería, que en el cuerpo más equilibrado y en el alma más serena pueden introducirse subrepticiamente pasiones ilógicas é insensatas. Ahí está Sansón, como ejemplo legendario del caso. Querer suprimir pura y simplemente, gracias á la educación física y á los juegos atléticos, los impulsos de la carne y de la imaginación; querer disciplinar de una vez para siempre esas «razones que la razón no conoce»; pretender borrarlas al mismo tiempo de la literatura ó de la vida, quizá sea un hermoso sueño de espartano; pero hay que temer que sea también un estúpido sueño de beocio. Si repudiamos con los *sportsman*, toda esa literatura sedicente amorosa y en realidad descaradamente erótica, en la que el estudio del corazón humano no es más que un pretexto para descripciones galantes y cuadros de

género picaresco, no podemos seguirles cuando proscriben en bloque con ella dramas ó novelas en que la pasión está bien deducida del carácter de los héroes, justificada por las circunstancias y pintada sin vistas á la sicalipsis.

El amor-pasión es, en efecto, una enfermedad que no carece de grandeza, y cuya convalecencia es á veces exquisita. Es, si se quiere, la embriaguez pasajera y generosa que da un vino muy fuerte; pero esa embriaguez pierde todo encanto y hasta casi todo interés literario cuando se hace crónica y exclusiva; el hombre exclusivamente amoroso no es más que una especie de maniático, y la literatura que se obstina en pintárnoslo procede de la patología. Los grandes maestros de la novela de amor no han caído en ese error: sus personajes son apasionados, pero no monomaníacos, y si las obras de estos treinta últimos años han sido reflejo fiel de una colección de neurasténicos y están condenadas á perecer, no hay que confundir con ellas las pocas que han sabido apartarse de la corriente.

Es probable que el atletismo y el alma nueva resultante cambien todo esto, y sustituyan á la literatura malsana que hemos padecido, una literatura de aire libre y de energía, en la que el amor reaparecerá naturalmente con el nombre de *debilidad* que tenía en los siglos XVII y XVIII. Aplaudamos tal transformación y arrojemos al cuarto de los trastos viejos los productos de la erotomanía, apartando las verdaderas obras maestras de fines del pasado siglo para salvarlas del olvido.

PSICOTERAPIA

PSICOTERAPIA Y PSICOTERAPÉUTICOS.—La *Psicoterapia*, palabra usada por primera vez por Mauricio Barrès *(Tres estaciones de Psicoterapia*, París (1890), según dice en *La Revue Hebdomadaire* el Dr. Burlureaux, es la terapéutica de moda. El profesor Grasset la define: «el tratamiento de las enferme-

dades por los medios psíquicos», mientras el Dr. Munsterberg la define: «el tratamiento de las enfermedades por la influencia en la vida mental». Cuando un médico persuade á un canceroso de que su enfermedad no tiene la gravedad que teme, obra psicoterapéuticamente; cuando restablece el equilibrio de las funciones digestivas por medio de una cura de reposo, de aislamiento ó de cambio de aires, obra del mismo modo.

La influencia moral representa un gran papel en todas las curaciones; pero no por eso hay que creer que, no ya las enfermedades procedentes de lesiones orgánicas, sino hasta las mismas perturbaciones neurasténicas, van á curarse con oraciones ó discursos ó por medios puramente psíquicos. La psicoterapia se aplica á todos los enfermos, pero en muy diversos grados. Y no se imagine que los enfermos más aptos para la cura psíquica sean los enajenados, pues nada más difícil para ellos que su colaboración, primera condición de todo éxito psicoterápico. Las enfermedades mentales ocupan el rango más bajo en la escala de las afecciones curables por medios psíquicos; sobre ellas la escala comprende infinidad de escalones, desde el caso del moribundo á quien se trata de preparar para la muerte, hasta el del arterioesclerótico imaginario que sale curado del gabinete del médico tras una conversación de algunos instantes.

La medicina ha reconocido siempre el valor del elemento moral en terapéutica, pero lo estimaba como un accesorio, sin hacer de ese elemento estudio ninguno especial, y en eso consiste la novedad de la psicoterapia. También se han conocido siempre las enfermedades de los ojos, sin que se hayan hecho notables progresos hasta que la oculística se ha convertido en una especialidad.

La psicoterapia, desprendida también de la terapéutica, no puede todavía envanecerse de constituir un sistema completo con sus fundamentos científicos y sus procedimientos especiales. Hoy, como antes, y salvo, si acaso, el empleo del hipnotismo, se siguen los mismos métodos que antiguamente, y no

se conocen más agentes terapéuticos morales que la persuasión, el consuelo, la autosugestión, el aislamiento y las distracciones, lo que siempre se ha conocido. ¿De dónde viene entonces el crédito creciente de la psicoterapia? ¿Sería sólo asunto de moda? La moda desempeña en medicina su papel, desgraciadamente; pero aquí hay algo más: los médicos reconocen las deficiencias de la terapéutica antigua, con sus píldoras y sus purgantes; los agentes físicos, agua, electricidad, aire, luz, etc., no siempre responden á lo que de ellos se espera; la seroterapia y la organoterapia se hallan todavía en el período de tanteo; la psicoterapia se ha aprovechado de este estado de crisis, y de ahí su boga. Por otra parte, el elemento nervioso, con la agitación de la vida moderna, ocupa cada vez más extenso lugar en las perturbaciones de nuestra salud, y exige un tratamiento perfectamente dirigido á reobrar sobre él por el elemento psíquico con el que tan íntima relación tiene. La misma tendencia general del pensamiento contemporáneo, que marca una reacción contra el materialismo excesivo, contribuye á aumentar el favor de que goza la psicoterapia.

¿Quiénes deben practicar la psicoterapia? En principio sólo el médico; pero las cualidades y aptitudes que deben exigirse al psicoterapeuta son aplicables en cierto grado á sus colaboradores. Para practicar la psicoterapia es preciso tener espíritu abierto; comprender pronto y bien á media palabra; es preciso desechar toda idea de enfermedad imaginaria; no hay enfermos imaginarios. Aun admitiendo que las miserias extrañamente variadas que nos descubren ciertos enfermos no estén causadas por ninguna perturbación orgánica, no por eso dejan de existir, y los enfermos sufren por ellas. Guárdese, pues, el médico de decirles que no cree en sus enfermedades, y mucho más de llamarlas imaginarias; la condición indispensable para curar á un enfermo es que éste tenga conciencia de haber sido comprendido.

Otra cualidad que debe tener el médico es la de una paciencia inalterable. Nunca debe estar de prisa, sobre todo durante

las primeras entrevistas, cuando se trata de explorar al enfermo y de adquirir su confianza; conviene que el enfermo sienta que nunca se verá abandonado; imposible dominarle si no se ha conseguido inspirarle esa seguridad. A la paciencia hay que agregar otra cualidad importante: la de saber escuchar, cualidad más rara de lo que parece, pero indispensable en psicoterapia. También el médico necesita saber hablar, dando á sus palabras la sencillez y la naturalidad que revelan á los enfermos la inteligencia de su situación y su afectuosa simpatía. Pero más todavía que saber hablar, debe el psicoterapéutico saber callar; es absolutamente indispensable que los enfermos tengan fe ciega en su discreción, para que se sientan inclinados á confiarse á él.

Se dirá que todas estas cualidades no tienen nada de específico, pues á todos los médicos se les exige. Es verdad; pero la práctica de la psicoterapia las exige en un grado excepcional y todas ellas se resumen en el arte de interrogar á los enfermos. Todo médico debe saber interrogar; pero ¡cuánto más completo, más diverso, más prudente, más reservado tiene que ser el interrogatorio del psicoterapeuta! Debe llegar á conocer la vida entera y el estado presente del enfermo; no debe ignorar ni su conformación física, ni su carácter, ni el detalle de sus gustos, ni el menor episodio de su carrera práctica ó sentimental; de cada diez veces, nueve, en estas cosas está la causa ó el origen más ó menos oculto de su enfermedad. Calcúlese los esfuerzos y el grado de penetración que tal investigación requiere. Mucho más importantes que las cualidades intelectuales del médico psicoterapéutico, son sus cualidades morales, y en primer término la energía. Es preciso que el médico imponga su voluntad al enfermo, y sobre todo á los que le rodean, cosa no poco difícil generalmente, sin que esta energía revista nunca forma autoritaria, pues en psicoterapia, como en otros dominios, cuanto más autoridad se afecta, menos efectos duraderos se obtienen. Es más: conviene que el médico sepa á veces ceder en cosas secundarias, precisamente para salvar su auto-

ridad en lo importante. En una palabra: la energía del médico debe ser á la vez fuerte, flexible y perseverante; que el enfermo la sienta siempre sin sufrir nunca por ella, y la considere como un apoyo y no como una molestia.

Otra cualidad necesaria, no incompatible con la anterior, es la dulzura que permitirá soportar al médico las algaradas y hasta las coces inopinadas que sin cesar está expuesto á recibir de esos seres ariscos é inconscientes que constituyen los neurópatas. En íntima relación con la dulzura se halla la benevolencia: si el médico se inclina á juzgar severamente los actos humanos; si tiene en sí mismo, aunque sea rudimentariamente, ese delirio de persecución que existe con más ó menos fuerza en todos los nerviosos, fracasará fatalmente en su ardua misión.

La dulzura y la benevolencia son dos aspectos de otro precioso elemento curativo: la bondad de corazón. Es preciso que el médico sea ante todo un hombre bueno, que tome su parte en las miserias que quiere aliviar. Es preciso que realmente y sin metáfora ayude á sus enfermos á llevar su carga. Después de haber comprendido que sufrían, debe hacerles comprender que él sufre por ellos, y esta simpatía del médico por el enfermo es á veces recompensada por el más profundo afecto y la más completa sumisión.

No conviene, sin embargo, que el psicoterapeuta espere semejante remuneración. El desinterés constituye también otra cualidad necesaria para el empleo fructuoso de la psicoterapia, y este desinterés no sólo debe ser material, sino hasta científico, pues el médico no debe sucumbir nunca á la tentación de no ver en el enfermo más que un *sujeto de estudio*. El desinterés debe alcanzar hasta la esfera del sentimiento, cosa no siempre fácil. Si se tiene en cuenta la intimidad que produce y requiere el tratamiento de una psicópata, se comprenderá que hay en ella un verdadero peligro; para evitarlo es necesario que el médico esté armado de experiencia tanto como de conciencia, prohibiéndose hasta esa relación de que hace La

Bruyère una clase aparte entre la pasión y la amistad pura.

La reunión de estas condiciones de inteligencia y de corazón es indispensable para provocar en el enfermo el sentimiento que constituye el requisito fundamental de toda psicoterapia eficaz, la fe. El enfermo necesita tener fe en su médico, en el poder de sus recursos, en la posibilidad de su curación. Esta fe del enfermo implica la fe del médico en sí mismo, en su arte. El escepticismo en terapéutica es siempre esterilizador.

BELLAS ARTES

El abuso del bosquejo en el arte moderno.—Si se admite que un cuadro es la representación de una idea ó la sugestión de un sentimiento por el concurso de figuras, objeto y decorado, hay que confesar que ya no se ven cuadros, como dice en la *Revue Bleue,* Camilo Mauclair, sino estudios, estudios y siempre estudios. La indiferencia de los pintores novísimos por la composición y el cuadro, nos deja estupefactos; pintan cualquier cosa sin siquiera cuidarse de disponer los objetos convenientemente. Sólo les importa la manera de pintarlos. El asunto les es indiferente: un plato de manzanas, un tiesto, una mujer en un café, una mujer desnuda; lo mismo les da. Las flores son chillonas; las mujeres desnudas tienen pies groseros, brazos de lavanderas, cutis ordinario; nada de eso tiene importancia. La palabra *fealdad* no tiene ya sentido para el artista; la cuestión es combinar los colores y colocar una chaqueta azul al lado de un traje amarillo sobre fondo verde.

Hubo un tiempo en que, al lado de un cuadro que había costado varios meses de trabajo, no se exponían los *estudios* que había requerido; después se expusieron también estos bosquejos para interesar á los profesionales é iniciar al público en la manera con que el artista había procedido para llevar á feliz término su obra. Ahora, en cambio, se enseñan los bosquejos, pero las obras no existen; so pretexto de que un artista está es-

tudiando toda su vida, no se hacen ni se exponen más que bosquejos y estudios de una obra imaginaria. ¿Se ponen los grandes pianistas á hacer escalas ni ensayos en público? No; los hacen en su casa, y cuando están dispuestos, dan sus conciertos; pero nuestros pintores se las han arreglado para no ofrecer al público más que escalas.

La causa principal de este método es la prisa por ser conocido y por vender. En otro tiempo, el artista no se atrevía á hacer una exposición particular sino en el apogeo de su talento, cuando su fama estaba consagrada. Ahora se pintan cincuenta bosquejos en el verano, y se exponen en los salones de otoño para venderlos cuanto antes. El bosquejo tiene el encanto de la impresión viva de lo inacabado; el sabor de una confidencia y de una promesa. Suele ser bonito y barato, y se vende bien, como se venden los sombreros de estación en los escaparates de las modistas, y les pasa lo que á éstos: que pasada la estación, resultan con frecuencia ridículos. Pero si de las modistas no puede esperarse sino sombreros de boga efímera, de los pintores hay derecho á pedir algo más que efímeros bosquejos.

Es gran error creer que la causa de este abandono de la composición ha sido el impresionismo. Manet ha renegado de la composición de escuela, pero ha creado otra. No ha expresado ideas, pero ha sugerido sentimientos. Los mismos paisajistas Monet, Pizarro y Sisley, aunque hayan concebido la composición del paisaje de otro modo que Rousseau ó Corot, fijándose, ante todo, en el estudio de la atmósfera, han pensado constantemente en el carácter y en el aspecto decorativo. Ahora los novísimos no se cuidan de eso y dejan así incumplida su misión artística. Un pintor que pone un tono al lado de otro, y luego hace intervenir un tercer tono para ver el efecto, obedece al instinto de su arte, pero se detiene donde debería empezar; ese montón de estudios y esa ausencia de cuadros hace pensar en los clowns, que, parodiando á los hércules, hinchan sus músculos para levantar un globo de papel.

El *pensamiento*, en pintura, ha sido desacreditado en las academias, y el impresionismo ha demostrado sus pretensiones y ridiculeces; pero esto no autoriza la descalificación de toda idea y de toda expresión y su relegación sistemática á un dominio extraño á la pintura. El maridaje de los tonos es para el pintor la única ocupación precisa, fuera de la cual todo es peligroso. Por este camino se llegará á hacer de la pintura una colección de recetas cromáticas, en que podrían brillar simples imbéciles, dotados por la naturaleza de una retina delicada y caprichosa.

Los literatos han alentado á los pintores á esa inercia mental y moral; estiman que la inteligencia es su lote, y les gusta poco que un colorista se preocupe de ella; el bosquejo les agrada porque lo completan ó lo transforman en su imaginación, mientras que en la pintura perfecta no pueden poner nada suyo. Así, los nuevos pintores se ven pacíficamente conducidos á contentarse con poco, á esquivar toda verdadera dificultad y á limitarse al arreglo cromático, no sirviéndose de la naturaleza sino como de una gama de tonos, y ejecutando ante ella cualquier punta de lápiz ó de cuero con el único cuidado de que haga bien. No es extraño que, reducido á tan poca cosa el gran arte de pintar, aumenten de año en año las gentes que se creen capaces de cultivarlo. Basta con no tener miedo, y el color hará lo demás.

Se ha tenido razón en abandonar el dibujo académico, distinto del color, y esta especie de gráfico, que se llenaba de tonos, ha parecido, con razón, un error de arte; pero actualmente se ha llegado á no interesarse más que por la tonalidad, y no se dibuja absolutamente nada. Preciso será volver algún día al antiguo empleo del lápiz para sacar al arte del descrédito en que ha caído.

Hablando así, arriesga uno el ser desdeñado como apóstol del buen sentido, pues estamos en un momento en que todas las nociones se deforman. El deseo de la novedad á toda costa, que es la obsesión de los jóvenes, es una caricatura de la ori-

ginalidad; ésta es admirable, la otra es ridícula; y no temamos que el espíritu académico reaparezca, aun cuando no falten críticos reaccionarios que lo encomien.

IMPRESIONES y NOTAS

El microbio de la fatiga.—La fatiga provocadora de la pereza que existe endémicamente entre los blancos de la región meridional de los Estados Unidos fué atribuída, en 1902, por el Dr. Carlos Wardell Stiles, á un parásito especial. El Congreso panamericano de Higiene acogió la comunicación de Stiles con incredulidad; pero Stiles, siguiendo sus estudios y trabajos, ha vuelto, tras siete años de investigaciones, sobre la cuestión, insistiendo en sus afirmaciones y probando la exactitud de su observación. Hoy no es ya lícita la duda: el *necator americanus* (matador americano) hace verdaderos estragos entre los desdichados obreros de las regiones arenosas y áridas del Sur de Yanquilandia, que viven en la mayor miseria, y que no sólo se alimentan de tierra, sino que hasta comen el hollín de las chimeneas, dando lástima por su aspecto enfermizo y su total abandono. El microbio que vive en su intestino, y en él se enquista, hace poco á poco incapaces todo trabajo y hasta de toda actividad. La hembra, que tiene, como el macho, el aspecto de un hilo cenagoso, pone huevos por millares, y los embriones que de ellos salen se esparcen por los tejidos, agarrándose especialmente á las paredes interiores del intestino y arrancando menudas partículas de la membrana mucosa que le cubre hasta llenarla de agujeros, por donde chupa la sangre, metiendo la cabeza y hasta la mitad del cuerpo en el intestino mismo, como los ha visto el Dr. Sanwith, médico inglés. En la mayor parte de los casos, la infección se produce al principio en la planta del pie, que está en contacto con el suelo habitado por el microbio.

***

EL DERECHO Y SUS MENTIRAS.—El conde León Tolstoï publica con este título en *La Revue* una «Carta á un estudiante», en la que trata de los estudios de derecho, exponiendo sus ideas en la materia que, algunas por su atrevimiento y todas por ser suyas, merecen ser recogidas, aunque en cualquier café céntrico no dejarían de encontrarse pensadores desconocidos, de esos que nos arreglan la sociedad entre sorbo y sorbo del sabroso líquido que adoraba Voltaire, que dijeran, poco más ó menos, lo mismo.

«En realidad—dice Tolstoï,—se llama derecho para los hombres que tienen el poder al permiso que se dan á sí mismos de obligar á los individuos sobre los que tienen toda autoridad á hacer lo que les es provechoso á ellos, los privilegiados. Se llama derecho para los demás al permiso de hacer lo que no les está prohibido.

»El derecho político es el derecho de tomar á los hombres el producto de su trabajo, y enviarles á cometer el asesinato que se llama guerra; y para aquellos á quienes toma el producto de su trabajo y se envía á la guerra, es el derecho de gozar de los productos de su trabajo que no les han sido quitados todavía, y de no ir á la guerra hasta que les manden.

»El derecho civil es el derecho de unos á la posesión de miles y miles de fanegas de tierra y de instrumentos de trabajo, y para los que no tienen tierras ni instrumentos de trabajo, es el derecho de vender su trabajo y su vida, muriendo de hambre, á los que poseen la tierra y los capitales.

»El derecho penal es el derecho de los unos á deportar, encarcelar y ahorcar á los individuos que juzgan necesario, y para los deportados, encarcelados y ahorcados, el derecho de que no les deporten, encarcelen ni ahorquen hasta que no parezca necesario á quienes pueden hacerlo.

»El derecho internacional es el derecho para Polonia, las Indias y la Bosnia-Herzegovina de vivir independientemente de las demás potencias, pero solamente hasta que los que disponen de mayores ejércitos decidan otra cosa.

»Para quien quiera que se guíe simplemente por el buen sentido común, el derecho no es más que la justificación más grosera de las violencias cometidas por unos individuos contra otros.

»Pero esos derechos nos dicen los sabios que están definidos por las leyes. ¡Muy bien! Pero las leyes han sido inventadas por esos mismos hombres: emperadores, reyes, ministros, senadores, diputados, que viven de violencias y que, por consiguiente, defienden esas violencias mediante leyes hechas por ellos. Esos mismos hombres ejecutan esas leyes mientras les son ventajosas, y en cuanto dejan de serlo inventan otras nuevas, tales como las necesitan.

»La cosa es bien sencilla. Hay violadores y sus víctimas, y los violadores quieren justificar sus violencias. Entonces llaman leyes á las disposiciones, por medio de las cuales, en un momento dado, tienen la intención de ejercer su violencia sobre otros; y al permiso que se conceden á sí mismos de cometer esa violencia, y á las prescripciones á los oprimidos de no hacer sino aquello que no les está prohibido, lo llaman derecho. Y miles y miles de jóvenes estudian cuidadosamente todas estas tonterías. Esto no sería aún muy terrible si sólo se tratase de tonterías; pero son villanías, sobre las que está basado este engaño, grosero y pernicioso.

»¡La importancia ética y educadora del derecho! ¡Es horrible! La causa principal de la inmoralidad del mundo cristiano en nuestro tiempo está en ese abominable engaño que se llama *derecho*, y ¡se habla de la importancia educadora del derecho!»

***

¿Quería ser rey Luis Felipe?—El médico Poumies de la Siboutie, en sus *Recuerdos* (1789-1855), se pregunta: «¿Ha deseado la corona Luis Felipe? ¿La ha aceptado con placer?» Esta cuestión no lo es para la mayoría de los contemporáneos, y probablemente la posteridad responderá afirmativamente.

Yo tengo, sin embargo, algunas razones para dudar, y voy á exponerlas en pocas palabras. He conocido particularmente al Sr. Oudart, agregado de siempre á la casa de Orleans, y que ha sido secretario de órdenes de la reina María Amelia. Antes y después de su advenimiento al trono, el rey ha vivido siempre en una especie de intimidad con los principales oficiales y funcionarios de su casa. Como le ha gustado siempre hablar sin mucha reserva y sin diplomacia, se ha expresado á menudo delante de Oudart sobre los asuntos del tiempo. Había previsto desde hacía mucho tiempo la Revolución de 1830, y esta previsión le afligía profundamente: «Harán tanto, repetía, cada día, que se harán poner á la puerta, y á mí y á mis hijos con ellos. Yo que quiero tanto á Francia, que respiro su aire con tanto placer, siento que hoy el destierro me mataría.» A propósito de una medida impolítica, decía hablando de Carlos X: «Si muere en su lecho y sobre el trono, dejará una carga bien pesada á su sucesor. Yo preferiría un modesto empleo en una oficina á esta corona que aplastará al que se atreva á ponerla sobre su frente. Trabaja para los republicanos y hace más por ellos que todas las sociedades secretas de Francia. Con mucha reserva he querido intentar el dar algunos consejos; no han querido oirme, desconfían de mí. No quieren ver que mi suerte es su suerte, que su causa es la mía. En 1830, el Sr. Lagarde, del que he sido médico, era jefe de división del dominio privado. La confianza que el duque de Orleans tenía en él, el singular afecto que le profesaba, eran conocidos de todos. Por eso debió á esta posición el ser elegido por algunos de los agitadores para ir á Neuilly á participar á Luis Felipe la intención que tenían de confiarle la corona. «Lo esperaba, dijo el príncipe. Las Cámaras no tienen, ni yo tampoco, la elección de otro partido. El duque de Burdeos es imposible; los republicanos amenazan; la menor vacilación por mi parte comprometería al país, á mí y á mi familia. Acepto por la salvación de todos; acepto con un sentimiento del que no hablaré á nadie; no lo creerían. Pero desde este día yo, tan dichoso, tan libre, tan

considerado por todos, voy á encontrarme en medio de los partidos donde, tal vez con las mejores intenciones, estoy destinado á ser odiado de todos. ¡A la gracia de Dios!»

***

El chaleco.—A propósito del centenario del descubrimiento del chaleco, que algunos han pretendido celebrar este año, dice la *Liseuse* de *La vie mondaine* que el primer chaleco se vió á fines del reinado de Luis XIV. En la feria de San Lorenzo apareció, en efecto, Gil con un ligero vestido corto debajo de la casaca, que no tardó en ser adoptado por las gentes de buen tono. No tenía forma precisa hasta que el rey Carlos II de Inglaterra, en una mañana de Octubre de 1608, como dice Pepys, endosó ante sus cortesanos una larga casaca de satén negro con un bordado de seda blanca, sobre el cual se puso su vestido. Desde entonces puede decirse que el traje masculino se compone de tres piezas: el calzón ó pantalón, el chaleco y la casaca (levita, chaqueta, frac, americana, etc.).

El rey Carlos II había patrocinado la nueva moda, esperando que resultara menos costosa; pero los señores continuaron arruinándose con los chalecos, como se habían arruinado con los rhingraves. Bajo Luis XIV el chaleco fué de forma y ornamentación modesta; bajo la Regencia se alarga, se cubre de bordados y se adorna con botones magníficos, que representan adivinanzas y escenas graciosas ó inconvenientes. Bajo Luis XVI el chaleco se acorta, y su abertura sube, colocando muy alta la chorrera, último orgullo de la nobleza. El conde de Artois, después Carlos X, se distingue entre los elegantes por el corte intachable de sus chalecos. Los gentileshombres ostentan chalecos fastuosos; pero examinad los que han llegado hasta nosotros: la delantera está lindamente bordada en seda magnífica, pero el forro es de tela de la peor calidad, y la espalda, que no se ve, de una estofa cualquiera. Todo el antiguo régimen se revela en esos chalecos, pura fachada todo.

Durante la Revolución, los chalecos son cruzados, remontados, á la moda de los cuáqueros; la chorrera desaparece, el reinado del encaje acaba y la corbata democrática nace. Marat lleva chaleco rojo y Robespierre no deja su chaleco blanco, adornado con dos puñales sobre el corazón. El Directorio ve brotar chalecos fantásticos de todas formas, cortes y colores, y bajo Napoleón sólo se ve el chaleco militar blanco, derecho, corto, cuyos últimos botones se enganchan en el cuello de ordenanza, negro y rígido.

La Restauración conoció el chaleco de terciopelo de Luis XVIII y el chaleco blanco de Carlos X. El baile «María Stuardo», de la duquesa de Berry, trajo el furor de los chalecos-justillos, enlazados por detrás y alargados por delante en punta de corselete. Los Jóvenes-Francia hacen su revolución intelectual con chalecos fabulosos; todo el romanticismo está en el chaleco de astrakán del joven Víctor Hugo y en el chaleco escarlata de Teófilo Gautier. Los insurrectos del 30 resucitan el chaleco á lo Robespierre; pero Luis Felipe, que se mete en el bolsillo la revolución triunfante, no gasta más que chalecos moderados y discretos.

En el 48 se volvieron á ver los chalecos rojos de la Revolución, que reaparecieron por última vez en los uniformes de la Commune. Bajo el segundo Imperio triunfaron los chalecos en corazón de los *cocodés* y de los *gandins*. Después se han visto algunos chalecos célebres: el de seda, de Thiers; los chalecos rutilantes de Barbey d'Aurevilly, y los chalecos de florecitas bordadas de Caran d'Ache.

La moda actual admite y reclama el eclecticismo del chaleco, pues en él se ponen alhajas como en el antiguo régimen, y es cruzado como en la época terrorista, en punta como bajo los románticos, de todos los colores como bajo el Directorio, y ampliamente escotado como los de corazón del segundo Imperio.

***

Las siete plagas de los países civilizados.—El Dr. Fugikawa Kyn, en la revista japonesa *Dai Nihon Sheritsn Eisei Kwai Zanhi*, pasa revista á las naciones civilizadas de Occidente, y como resumen de sus observaciones, fija en siete las principales calamidades que las afligen, y que constituyen sus siete plagas ó sus siete pecados capitales, que son las siguientes: 1.ª El aumento del número de mujeres que no tienen hijos. 2.ª La propagación creciente de las enfermedades contagiosas. 3.ª El aumento espantoso del número de reclutas de constitución débil, é impropios, por consiguiente, para el servicio militar. 4.ª La disminución del número de mujeres que críen á sus hijos. 5.ª Las dentaduras que se estropean. 6.ª La progresión de la miopía. 7.ª La demasiada juventud de las madres y de sus maridos.

*
* *

Las minutas del sitio de París.—Frank Schlœsser publica en *La Revue* un artículo que contiene interesantes datos acerca de lo que se comía en París durante el sitio de 1870 á 71 y del precio de los alimentos.

La lista ó minuta de uno de los días del sitio presentaba dos platos como variante de la habitual:

Gato salteado con raíces, 5 francos.

Caballo en adobo, 6 francos.

Esta es la primera minuta en que aparecen reflejadas las consecuencias del sitio en el cuaderno de un cocinero; al día siguiente hay más variedad, pues se encuentra:

Rosbif de caballo con macarrones, 3,50 francos.

Lomo de mula en salsa de pimienta, 3.

Asno salteado á la burguesa, 3,50.

En la misma fecha, el plato de espárragos costaba 3,50, y una pera 1,25; al cocinero le costaba un gato 6 francos, un carnero 150 y la mula á 3,50 el kilo.

En un opúsculo de aquella época, cuenta Fulbert du Monteil que, vagando una mañana por el mercado, de don-

de había desaparecido la vaca y el carnero, no viéndose más que caballos, gatos y ratas, sus ojos se detuvieron en un anuncio que decía: «Aquí se vende burro.» Entró en la tienda, y preguntó á la joven del mostrador:—¿Dónde se ha proporcionado usted esta carne, señorita?—¡Ay, señor! Teníamos dos hermosos burros que eran la admiración de todo Suresnes; obligados á venir á París para nuestra seguridad, hemos tenido que matarlos. Se llamaban Ernesto y José. José está ya vendido.—¿Por sus hermanos?—No; por mi padre. El que está ahí colgado es Ernesto. ¿No es verdad que es apetitoso? El filete cuesta 30 francos, los sesos 60 y el corazón 10. Es barato ¿verdad?—Tomaré el corazón, señorita; ¿se llama usted...?—Dionisia.—Fulbert cargó con el corazón de Ernesto, menos tierno, sin duda, que el de Dionisia, y su comida le dió tal indigestión, que siempre guardó rencor á los alemanes por ella.

El 20 de Diciembre se venden las primeras ratas á 0,75 céntimos pieza. Las ventas se hacían clandestinamente; una noche, á las once, ofrecieron al cocinero de donde tomaba los datos Schlœsser un medio queso de Gruyère á 32 francos el kilo. A media noche, media hora después, un hombre les llevó con gran secreto un queso de Brie por 30 francos. En Noviembre, se abrieron públicamente varias carnicerías de perros y gatos en diferentes puntos de París; los perros, bien preparados, hacían un excelente plato; su carne es roja y delicada; las costilletas se vendían á 2 francos cada una y el jigote á 4 francos la libra. Los gatos los presentaban adornados con papel y cintas, y se vendían con el nombre de «conejos de tejado»; asados y sazonados con pistachos, avellanas, aceitunas, pimientos y alcaparrones, constituían un plato de extremada delicadeza.

Los platos escogidos tenían los precios siguientes: terrina de pollo, 16 francos.—De conejo, 13.—Un pollo, 26.—Un pavo, 60.—Un pato, 45.—Una coliflor, 3.—Un repollo, 4.—El perro, á 2 francos la libra.—Un gato desollado, 15.—Un

ratón, 1.—Una rata, 1,50. Se comieron casi todos los animales del Jardín de Aclimatación, vendidos, por término medio, á 7 francos la libra. El 27 de Diciembre, el precio de los gatos subió á 8 francos, y un oso del Jardín de Plantas se vendió en 200 francos.

La carne de los elefantes era muy buscada, á pesar de ser tan indigesta; los dos elefantes Cástor y Polux, del Jardín de Plantas, fueron sacrificados, vendiéndose sus mejores trozos á 45 francos el medio kilo y los demás á 10 francos la libra. El 2 de Enero, los restaurants compraban elefante á 30 francos kilo, y uno de ellos vendió en un día 600 francos de elefante. El 7 de Enero, los ratones se pagaban á 2 francos pieza.

El 13 de Enero, según Toulsenes, se vendió ensalada de lechuga á 50 francos; cada plato tenía ocho hojas; al día siguiente, las patatas costaban 50 francos el decalitro; las frutas se hacen excesivamente raras; muchas tabernas se cierran por falta de vino, y empieza á carecerse de sal. En cuanto al pan, hacía mucho tiempo que había desaparecido por completo.

Fernando Araujo

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Guía del emigrante español á las Repúblicas Iberoamericanas, por don Alfredo Serrano Jover y D. Fernando de la Roda Antón.—Un volumen en 8.° de 256 páginas.

Con singular acierto, y en forma de edición de bolsillo, se ha publicado esta *Guía,* inspirada en el más sincero y plausible patriotismo: el de contribuir en lo posible á aminorar los desastrosos efectos que produce la emigración inconsciente y mal dirigida. Previene al proletariado español contra fantásticas descripciones y promesas de los *ganchos,* y muestra, con imparcialidad que honra, la verdad de lo que es la emigración en general y en los distintos puntos á que se dirige.

A pesar de dedicarse, con la autorización del Estado, 29 Compañías navieras á transportar emigrantes, las cuales utilizan 355 buques, y tienen consignatarios en todos los puertos habilitados á tal objeto, de salir constantemente crecido número de personas del patrio solar y de haberse dispuesto por el Gobierno é intentado por algunas prestigiosas asociaciones la publicación de esta clase de obras, la *Guía* á que aludimos ha sido la primera que ve la luz en España, siendo no sólo de utilidad indiscutible para el que emigra y los que con la emigración se relacionan, sino también para los cónsules, autoridades gubernativas y cuantas personas tengan negocios en el nuevo Continente y deseen conocer al detalle la vida americana, residan allí ó quieran completar sus estudios en tan importante cuestión sociológica.

Con claridad, concisión y método, condiciones difíciles de hermanar, los Sres. Serrano Jover y Roda han logrado reunir cuantos datos pueden precisarse, desde el momento en que el individuo acaricia la idea de emigrar hasta el en que, vencido por la nostalgia ó por la dura lucha entablada por la competencia humana, se ve precisado á regresar al lugar de donde partiera.

Las legislaciones española y de las Repúblicas Iberoamericanas, expuestas en forma que facilita su comprensión en cuanto afecta directamente al emigrante, higiene que éste debe observar en la travesía y durante el período de aclimatación, cuadros de monedas y equivalencias, ocupaciones, jornales, gastos de la vida, condiciones naturales de cada uno de los países y muchos datos más de escrupulosa exactitud y expuestos con gran imparcialidad, encuéntranse en tan interesante *Guía*.

Hora es de que se sigan los derroteros iniciados por otras naciones, ilustrando á los compatriotas que se van y protegiéndoles en su peregrinación, no siempre de tan funestos resultados para la patria como suponen los autores del libro, pues si bien es verdad que en muchos casos la vida del emigrante es amarga y azarosa, hay que reconocer que casi todos los que van viven bien en aquellos países; y si no bastara para demostrarlo la desproporción que existe entre los que van y los que vuelven, no habría más que, sin recurrir al manoseado *indiano,* fijarse en el crecido número de asociaciones españolas reseñadas en la precitada *Guía,* las grandes cantidades que nos giran los españoles establecidos en América y las importantes donaciones que, por unas ú otras causas, hacen constantemente á la madre patria.

Es innegable que la emigración en un país es beneficiosa cuando se realiza en buenas condiciones. Por eso, ya que no puede evitarse, merecen sinceros plácemes obras que sirvan de orientación, como la patriótica *Guía* de los Sres. Serrano y Roda, á quienes felicitamos muy sinceramente.

ÍNDICE

Págs.

El Dr. D. Ramón de la Sota y Lastra, por José Cascales y Muñoz. 5

El reconocimiento por España de la República Argentina, por Jerónimo Bécker..... 14

Recuerdos, por José Echegaray..... 37

Los Estados Unidos y los asuntos extracontinentales de la América latina, por Pío Ballesteros..... 48

El país del placer (novela), por Edit Wharton..... 66

Parnaso internacional: Momentos deliciosos, de Edmundo Rostand 99

El problema de la población, por M. Sales y Ferré..... 104

Bailarinas; apuntes para la Historia de la coreografía matritense, por Carlos Cambronero..... 136

La América moderna, por Vicente Gay..... 153

Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 167

Notas bibliográficas: Guía del emigrante español á las Repúblicas Iberoamericanas, por D. Alfredo Serrano y Jover y D. Fernando de la Roda Antón..... 206

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 22. NUM. 257.

LA
ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

MAYO 1910

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»
Calle de López de Hoyos, 6
MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

Imp. y encuad. de V. Tordesillas, Tutor, 16, Madrid.—Teléfono 2.042.

RELACIONES COMERCIALES CON LA ARGENTINA

A poco que se profundice en el estudio de las laboriosísimas negociaciones que dieron origen á los Tratados de reconocimiento, paz y amistad entre España y la Confederación Argentina de 1859 y 1863, es fácil observar que el Gabinete de Madrid incurrió en un gravísimo error; error que no era, después de todo, más que la continuación del que habían cometido todos los Gobiernos españoles, desde el momento que fué un hecho consumado la independencia de nuestras antiguas Colonias, y que en realidad no puede atribuirse ni á que los gobernantes dejasen de comprender cuánto importaba reanudar las relaciones mercantiles con las nuevas Repúblicas, ni á que el país opusiese á ello resistencia.

Ya en otra ocasión, discurriendo sobre los preliminares del reconocimiento (1), hicimos notar que en la Circular que por la primera Secretaría de Estado se dirigió en 31 de Octubre de 1835 á las Juntas de Comercio de la Península, al solicitar la opinión de éstas acerca de si, en el caso de que los nuevos Estados no accediesen á otras bases que á las comerciales y amistosas, se les debía reconocer como independientes, demostraba el Gobierno la importancia que concedía al aspecto mercantil del problema, dejando adivinar que se inclinaba á efec-

(1) Véanse los artículos publicados en La España Moderna, números correspondientes á Enero, Marzo y Abril de 1908.

tuar el reconocimiento «para que el comercio, decía, pueda frecuentar libremente aquellos vastos mercados y gozar con este ensanche alguna indemnización de las pérdidas que ha sufrido en tantos años de entredicho». Y en esa misma ocasión añadimos que, de las catorce Juntas, diez se declararon resueltamente favorables al reconocimiento, y sólo una votó en contra.

Confirmando y robusteciendo esos asertos, debemos agregar que las Diputaciones provinciales, que también fueron consultadas, emitieron opiniones favorables al reconocimiento, pudiendo sintetizarlas todas en estas expresivas frases que constan en el informe de la de Burgos: «Cree la Diputación que es tan útil como urgente el reconocimiento de la independencia de nuestras antiguas posesiones en el Continente americano, y que no se repita más la observación, tantas veces hecha, de que en los frecuentados puertos de aquellas regiones trasatlánticas, que nuestros abuelos descubrieron, poblaron y civilizaron, tremolan en el día todas las banderas del mundo menos la española y la china» (1).

Sin embargo, por entonces sólo se llevó á cabo el reconocimiento de la República Mejicana; porque, no obstante esas explícitas manifestaciones de la opinión y ese deseo mostrado por los principales centros productores y mercantiles, el Gobierno no prescindió de ciertos prejuicios, hijos de un exagerado concepto de la dignidad nacional, ni se decidió á salvar las dificultades que ofrecían las negociaciones. Bien es verdad que el estado interior de la Península, esto es, la guerra civil y las discordias de los partidos, en que consumía sus fuerzas, influyeron poderosamente en la política hispanoamericana.

Buena prueba de ello son los siguientes párrafos del Mensaje dirigido al Congreso de 1838 por el Presidente de la República de Nueva Granada:

---

(1) Comunicación de la Diputación provincial de Burgos al Ministro de Estado; fecha, Burgos, 12 de Diciembre de 1835.

«El éxito que ha tenido la negociación de Venezuela (1) y el estado en que se halla la España devorada por la guerra civil, cuyo resultado no es fácil pronosticar, me han decidido á no hacer gestión alguna sobre este punto, y más aún, á no mandar una Legación. Con el tiempo, y cuando las circunstancias de la Península le sean más favorables para ocuparse de este negocio, podrá el Gabinete de Madrid pensar en lo mucho que le interesa apresurar el reconocimiento de que puede sacar ventajas comerciales, que serán menores á medida que las Repúblicas vayan adquiriendo mayor vigor y consistencia. Algunos de los nuevos Estados americanos han decretado la admisión del pabellón español, y aquel Gobierno ha correspondido á esta prueba de amistad abriendo sus puertos á los buques de las naciones indicadas, y mandando que circulen libremente sus monedas en los dominios europeos de la Monarquía. Vosotros examinaréis en la sabiduría de vuestros Consejos si es conveniente á los intereses políticos y mercantiles del país dar un decreto absoluto admitiendo la bandera española, ó condicional autorizando al Ejecutivo á decretar la admisión, siempre que el Gobierno español convenga en la reciprocidad, ó si será mejor omitir este paso como un medio de obtener más pronto el reconocimiento de la independencia» (2).

No obstante esto, lo cierto es que las relaciones comerciales se restablecieron por iniciativa de las mismas Repúblicas, pues el Uruguay en 19 de Julio de 1835, Venezuela en 30 de Marzo de 1837, Nueva Granada en 14 de Marzo de 1838, Chile en 31 de Mayo del mismo año y el Ecuador en 27 de Marzo de 1839 abrieron sus puertos á los buques españoles á condición de reciprocidad, siéndoles ésta otorgada por España, con lo cual quedó restablecida oficialmente la nevegación entre la Península y las antiguas Colonias, con positiva ventaja para

(1) Las negociaciones entre España y Venezuela se hallaban suspendidas por la dificultad de llegar á un acuerdo los Plenipotenciarios.

(2) Véase *El Universal*, de Montevideo, de 10 de Noviembre de 1838.

la marina mercante española. Pero algunas de aquellas naciones no se contentaron con esto, sino que poco después asimilaron la bandera española á las suyas respectivas para el pago de derechos en los puertos. Así lo hicieron Venezuela en 13 de Marzo de 1838 y Nueva Granada en 29 de Abril de 1839, á lo cual respondió el Gobierno español otorgando á aquellos países la debida reciprocidad.

Conviene hacer observar que, aunque se ha hablado mucho de nuestra incomunicación con América, ésta no fué más que relativa. Había en las provincias americanas mucho elemento español, muchos intereses españoles, y, como consecuencia de esto, el comercio no se cortó por completo, si bien se hacía con bandera extranjera.

Es más: se ha dicho que la República Oriental del Uruguay abrió sus puertos á los buques españoles en 19 de Julio de 1635, y aunque esto es lo oficial, lo que en las relaciones de Gobierno á Gobierno causó estado, no es la realidad, pues dos años antes los barcos mercantes españoles habían sido admitidos en el puerto de Montevideo.

En efecto; habiéndose presentado á la vista del citado puerto, en el mes de Mayo de 1833, la goleta española *Veloz Mariana,* procedente de las islas Canarias, el Gobierno uruguayo le permitió la entrada, otorgándole el trato que allí se daba á los buques extranjeros. Esto hizo que varios comerciantes establecidos en dicha plaza, D. José Gestal, D. Domingo Basguer y D. Modesto A. Sánchez, se dirigieran al citado Gobierno pidiendo declarase que serían admitidos en los puertos de la República los buques españoles que llegasen dirigidos á su casa y cargo, garantizando aquéllos con su fortuna el buen comportamiento de los capitanes y tripulantes de los barcos (1); y el

(1) Comunicación de los Sres. Gestal, Basguer y Sánchez al Prior del Tribunal de Comercio de Barcelona, fecha 4 de Junio de 1834. Dichos señores mantenían relaciones comerciales con la Península, como lo prueba el hecho de tener corresponsales en Cádiz, Málaga, Barcelona, Tarragona y Coruña.

Gobierno uruguayo, en 6 de Enero de 1834, hizo la declaración que se pedía (1). De modo que el comercio con El Plata

(1) El acuerdo del Gobierno uruguayo, que en copia certificada por el Oficial mayor de Gobierno, Hacienda y Relaciones Exteriores, remitieron los citados comerciantes con la comunicación mencionada en la nota anterior, dice así:

«Acuerdo.—Ministerio de Gobierno.—Montevideo y Enero 6 de 1834.—Siendo conforme al estado actual y á los intereseses de la República, allanar los obstáculos que han retardado hasta ahora la admisión en sus puertos de los buques españoles que pretendan traficar en ellos; siendo no menos importante abrir á la industria nacional, á sus capitales y población nuevos estímulos y un caudal abundante de acrecentamiento y prosperidad que, á la vez que ostente á la civilización la liberalidad de los principios sobre los cuales se apoya su política y su poder, imprima con este paso un ejemplo de fuerza y seguridad, iniciando también los medios de arribar alguna vez, sin mengua del decoro y dignidad que preside á los Estados independientes de América, á estrechar las relaciones y los vínculos de dos pueblos de un mismo origen, separados todavía sin un objeto real; considerando, por último, que las propiedades de los súbditos españoles, sus personas, las producciones de su suelo y la industria fabril y rural, que se introducen bajo la bandera extranjera, han sido toleradas en esta República y en otras del Continente, girando á la par, y sin más gravamen que los que imponen las leyes nacionales á los de otra procedencia, contra lo que prescriben las de la represalia con una nación considerada en guerra, y que otros ejemplos recientes atestiguan esa misma predisposición en favor de aquella franquicia, abrigando su pabellón en las costas vecinas; el Gobierno supremo de la República ha acordado decretar los siguientes artículos, sin perjuicio de recabar oportunamente la concurrencia del Cuerpo legislativo;

Artículo 1.° Serán admitidos en los puertos de la República los buques de la nación española que traigan certificado de los Cónsules nacionales, acreditando haber el capitán y pasajeros conformádose en respetar las autoridades del país durante la mansión en los puertos del Estado.

Art. 2.° Los expresados buques no podrán entrar á los puertos de la República sino trayendo la bandera de la patria al tope del palo mayor, y la suya donde mejor le conviniere.

Art. 3.° Cuando no hubiese Cónsules en los puertos de procedencia, podrán proveerse del mismo certificado, expedido por dos comerciantes nacionales ó ciudadanos de esta República.

quedó restablecido de hecho en 1834; pero el Gobierno español, acaso, como queda indicado, por las preocupaciones interiores, nada hizo para asegurarlo y fomentarlo.

Y sin embargo, la opinión en general no podía mostrarse más favorable.

Algunos años más tarde, un ilustre diplomático, D. Facundo Goñi, en las lecciones que en 1847 pronunció en el Ateneo sobre las relaciones internacionales de España, se expresaba en estos términos: «Delirio fuera pensar en recuperar nuestro antiguo dominio en América. Lo que fué no puede volver á ser ya. Por lo mismo, importa que salgamos de un estado meramente expectante y pasivo, y que nos resignemos á reconocer la independencia de todas aquellas Repúblicas, y procuremos únicamente estrechar lo posible nuestras relaciones con ellas.

»Nuestras alianzas con los pueblos de América deben apoyarse naturalmente en la comunidad de intereses mercantiles y en la afinidad de caracteres. Ninguna otra nación reúne las circunstancias que favorecen á España para transportar los ricos productos americanos, y ser la proveedora de ellos en los puertos de Europa. La identidad de idioma, de religión, de costumbres y hasta de gustos y usos domésticos son otros tantos vínculos poderosos que no pueden menos de unir moralmente, y por largo tiempo, á la España con aquellos habitantes. Ningún pabellón de Europa tiene mayores motivos que el español para merecer distinción y preferencia en aquellos puertos. Y luego, allá convidan al transporte los bálsamos y gomas del Perú, las quinas de Quito y Nueva Granada, las pieles de las cordilleras de los Andes, los preciosos y abundantes cueros de Chile y Paraguay, los cacaos de Venezuela, y mil y mil

---

Art. 4.° Los propietarios del comercio de esta capital D. Modesto Sánchez, D. Domingo Basguer y D. José Gestal, que han solicitado del Gobierno su aquiescencia á esta declaratoria, serán inmediatamente responsables del buen uso que debe hacerse de ella, constituyéndose garantes de toda y cualquiera operación de las expediciones que se dirijan por su conducto.—*Fructuoso Rivera.—Lucas José Obes.—Manuel Oribe.*»

plantas medicinales y productos peculiares al continente del Sur. Desgraciadamente, no nos acompañan todas las circunstancias para emprender con ventaja este tráfico. Carecemos de productos bastantes en calidad y abundancia para dar en cambio de los americanos, y fáltanos marina mercante para competir con los demás pueblos en el transporte. Pero á conseguir este resultado debemos aspirar incesantemente. Si en época más ó menos cercana llega la España á reponerse de su actual decaimiento político y económico, encontrará en su comercio con los pueblos de América una mina mucho más rica y fecunda que la que explotaba cuando era señora de aquel territorio. Nuestros intereses económicos y comerciales están allá; aquel es nuestro mercado natural.»

Así, pensando bien, pero unas veces por no hacer nada eficaz para conseguirlo, y otras por no poder hacerlo por nuestra situación interior y por el estado de perturbación en que vivían los pueblos del Plata, tan excelentes ideas no pasaron del terreno de la teoría, y con Buenos Aires, á pesar de la importancia de este puerto, ni siquiera se concertó la admisión recíproca de los buques.

Durante las negociaciones que dieron origen al proyecto de Tratado de reconocimiento de 1857, se hicieron algunas gestiones para conseguir que no se perjudicase á los productos españoles, encontrando favorable acogida en el Gobierno de Paraná. Mas ni en el Tratado de 1859 ni en el de 1863 se atendió debidamente á los intereses comerciales, contentándonos con pactar el trato de la nación más favorecida. Algo tarde era ya para recabar las ventajas á que hubiésemos podido aspirar antes, porque se nos habían adelantado otras naciones que eran casi completamente dueñas del mercado; pero así y todo, ¿es dudoso que si la insistencia y la tenacidad con que defendimos nuestro criterio sobre la nacionalidad de los hijos de españoles, los hubiésemos empleado en reclamar concesiones en el terreno mercantil, algo más habríamos conseguido?

El hecho es que pasaron los años y no se hizo nada, sin que

esto quiera decir que no hubiese transacciones comerciales, y transacciones de cierta importancia, entre ambos países.

La República Argentina había adquirido un gran desarrollo: su población, en 1882, y luego se verá por qué nos fijamos en dicho año, se calculaba en 2.942.000 habitantes, de los cuales unos 73.200 eran españoles, si bien esta última cifra no podía considerarse como muy exacta por la confusión que existía entre los vascongados de origen español y los de origen francés, los cuales figuraban indistintamente agrupados entre la población de una ú otra nacionalidad. La renta de Aduanas se elevaba á 20.825.642 pesos, correspondiendo 16.937.794 á la importación y 3.887.848 á la exportación. España exportaba á la argentina vino común, Jerez, vinos generosos y sal común, é importaba de aquélla cueros, grasas y trigo, siendo nuestra exportación más del doble de la importación de dicha República.

Por todo esto, y teniendo en cuenta que el derecho de los cueros, principal artículo que la Argentina enviaba á la Península, había sido rebajado de 12,60 pesetas los 100 kilos á 9,60 para los cueros que vinieran directamente de la República, el Ministro de Hacienda pensó en 1882 en la conveniencia de ajustar un Tratado con la Confederación. Pero cuando se estaban estudiando los datos necesarios para entablar la negociación se recibió un Despacho del Encargado de Negocios de España en Buenos Aires, dando cuenta de hallarse discutiendo en la Cámara de Diputados una nueva Tarifa de Aduanas para 1882, en la que se recargaban todos ó la mayor parte de los artículos, pero muy especialmente los vinos. Según el art. 6.° del proyecto, el litro de vino común en casco debía pagar 5 centavos y 20 el litro de vino fino, con lo cual resultaba un aumento sobre los derechos existentes de 8 pesos fuertes y 12 centavos en cada pipa de vino ordinario (1).

(1) Despacho del Encargado de Negocios interino de España en la Argentina, D. Enrique de Otal, al Ministro de Estado; fecha, Buenos Aires, 6 de Diciembre de 1881.

Oído el Ministro de Hacienda, se ordenó al representante español en Buenos Aires que gestionase la suspensión del proyectado aumento de derechos sobre el vino, é instase á aquel Gobierno á la celebración de un Tratado de comercio, manifestando que, estando autorizado el Gabinete de Madrid para recargar los derechos de los productos de aquellas naciones que de algún modo perjudicasen á los artículos españoles, de no llegarse á un acuerdo se vería obligado á adoptar represalias, recargando los derechos de los principales productos de la Argentina, tanto en la Península como en las Antillas (1).

Motivos sobrados había para creer que la proposición sería rechazada, porque al presentarse á las Cámaras el proyecto elevando los derechos de los vinos, como esto no sólo perjudicaba al comercio español, sino al francés y al italiano, los representantes de los tres países, por iniciativa del de Francia, acordaron gestionar colectivamente, no llegando á hacerlo porque, habiendo hablado el Ministro francés con el de Hacienda de la Argentina, encontró á éste tan mal dispuesto á introducir en el proyecto modificación alguna, que estimaron inútiles sus gestiones. Y, en efecto, los hechos confirmaron esa creencia, pues habiendo manifestado el Encargado de Negocios de España al Ministro de Relaciones Exteriores de la República los deseos del Gabinete de Madrid, añadiendo que la base principal para la celebración del Tratado tenía que ser necesariamente la rebaja de los derechos del vino y otros artículos, el citado Ministro hizo presente que las Cámaras no estaban en modo alguno dispuestas á conceder la disminución de los impuestos, y que, por otra parte, tampoco estaba en sus principios el hacer concesiones á una nación determinada, pues todas estaban sujetas al pago de iguales derechos de Aduanas.

El representante de España juzgaba inútil insistir, y para justificar su creencia de que nada se conseguiría, citaba dos

(1) Real orden al Encargado de Negocios en Buenos Aires; fecha, Madrid, 24 de Marzo de 1882.

hechos muy importantes: el de no existir cambio de productos entre España y la Argentina, pues en esta última, como no había industria, sólo se exportaban cueros y tasajo con destino á España y sus provincias de Ultramar, y el de que la renta de Aduanas era el más valioso recurso con que contaba el Gobierno argentino para hacer frente á las atenciones de su crecido presupuesto de gastos, por cuya razón los derechos eran muy elevados (1).

No obstante esto, que excluía toda posibilidad de entablar siquiera una negociación formal, el Ministerio de Hacienda insistió en que se llevasen á cabo nuevas gestiones, como si dependiese de la voluntad de los representantes de España el cambiar el pensamiento del Gobierno argentino. Los hechos vinieron bien pronto á demostrar que toda insistencia era inútil, pues al año siguiente dió cuenta el Encargado de Negocios de España del proyecto de ley de Aduanas para 1884, en el cual volvían á aumentarse de un modo considerable los derechos de importación (2).

Lo peor era que la inhábil política arancelaria del Gobierno español había colocado á éste en situación de no poder defender eficazmente los intereses nacionales.

En 1884 importamos de Buenos Aires por valor de pesetas 8.353.360, de cuya cantidad correspondía á los cueros pesetas 6.530.851, á las grasas 1.313.701 y al trigo 120.981.

La exportación se elevó á 19.355.550 pesetas, siendo los principales artículos exportados:

Vino común, por valor de.....	13.619.893	pesetas.
Idem de Jerez, íd.....	681.575	»
Idem generoso, íd.....	314.120	»
Sal común.....	516.892	»

(1) Despacho del Encargado de Negocios al Ministro de Estado; fecha, Buenos Aires, 21 de Julio de 1882.

(2) Despacho del Encargado de Negocios de España al Ministro de Estado; fecha, Buenos Aires, 7 de Septiembre de 1883.

Había, pues, un positivo interés en defender nuestra exportación de vinos; pero ¿cómo hacerlo? De los derechos fijados para los cueros, principal producto argentino de importación en España, se rebajaba, por virtud de la ley de primeras materias, una peseta por cada 100 kilos cuando procedían de dicha República; de modo que sólo se percibía en la Aduana un derecho insignificante. El guano era casi libre, pues no merecían el nombre de derecho los cuatro ó cinco céntimos de peseta los 100 kilos que establecía el Arancel general, y la lana también pagaba derechos insignificantes. No cabía, por tanto, ofrecer rebaja alguna, y únicamente era posible prometer la consolidación de esos derechos; pero ¿qué significaba esto para la Argentina, si su exportación á España era sumamente pequeña dada la cifra de su exportación total?

A pesar de todo, se insistió en una gestión que tan pocas esperanzas de éxito ofrecía, obteniéndose respuesta análoga á la anterior. Lo único que podía hacerse por el momento, á juicio del representante español, y á lo cual dedicaba éste toda su atención y cuidado, era conseguir que en la nueva tarifa se estableciese la diferencia que realmente debía existir en los derechos según el precio de los vinos en los puntos productores, pues no era justo que pagase lo mismo el vino español que el francés, siendo así que entre el precio de uno y otro existía notable diferencia en la plaza (1).

Convencido el Gobierno español de que era inútil insistir, porque el hecho de fijarse anualmente por una ley en la República Argentina los derechos arancelarios, el ser el producto de las Aduanas el principal recurso de su Tesoro, y el firme propósito de tratar por igual á todas las naciones excluía la posibilidad de concertar un pacto especial, se limitó á encargar al Representante de España en Buenos Aires que estuviese á la mira por si aquel Gabinete cambiaba de criterio; pero

(1) Despacho del Encargado de Negocios en Buenos Aires al Ministro de Estado; fecha, 29 de Diciembre de 1883.

como esto no ocurrió, todas las gestiones de aquél, que puede decirse se repitieron anualmente, no dieron el menor resultado.

Hubo, sin embargo, un momento en que pudo creerse que las circunstancias eran propicias para reiterar la proposición tantas veces hecha. A principios de 1889 las Cámaras de Wáshington aprobaron un proyecto de reforma arancelaria que acentuaba el sentido proteccionista de la ley vigente, y que, por lo tanto, dificultaba la introducción en el mercado norteamericano de las lanas argentinas, artículo de la mayor importancia en la exportación de la República del Plata. No era esto solo, sino que el advenimiento á la Presidencia de los Estados Unidos de Mr. Harrison y la presencia del partido republicano en el poder hacían temer, en un porvenir no remoto, mayores y sucesivas agravaciones proteccionistas, inspiradas, pedidas y aplaudidas por los intereses industriales que vivían al amparo de dicho partido. De aquí que, amenazada la exportación argentina, cabía creer que el Gobierno de Buenos Aires se mostrase más propicio á dar facilidades al comercio de otras naciones para compensar las pérdidas que sufría en el mercado norteamericano, y por ello insistió el Representante español «en lo oportuno que sería la concesión por España de alguna rebaja en los derechos de nuestro Arancel á las lanas de esta República, y el grande apoyo que en esta medida podría encontrar mi gestión en pro de nuestro comercio de vinos, mortalmente amenazado con la exorbitancia del impuesto que aquí pagan á su introducción». (1).

A esto se unió poco después el resultado negativo del Congreso panamericano, celebrado en Wáshington del 2 de Octubre de 1889 al 20 de Abril de 1890, Congreso en el que se puso de relieve el propósito de los Estados Unidos de sujetar á su dominio político y económico todo el continente americano, y que al fin se disolvió sin haberse firmado Tratado alguno; y

(1) Despacho del Ministro Plenipotenciario de España, D. Salvador López Guijarro, al Ministro de Estado; fecha, Buenos Aires, 4 de Abril de 1889.

todo ello fué estimado por el Gabinete de Madrid como circunstancias propicias para explorar si en el ánimo de los Gobiernos hispano-americanos había sufrido modificación su política comercial, y si podía ofrecer probabilidades de éxito al renovar las gestiones de antiguo intentadas para llegar á concertar convenios comerciales. Con este objeto se dirigió una Real orden circular, fecha 16 de Abril de 1890, á los Representantes españoles en América.

«Penetrado se halla V. S.—se decía en ese documento—de cuan ventajoso habría de ser para los intereses de ambas naciones, de llegar á realizarse, esta constante aspiración de España, no sólo por los beneficios económicos que de ella emanarían, sino porque por el solo impulso del desarrollo de las relaciones comerciales habían de estrecharse más, si cabe, las que ya unen en natural y sincera amistad por sus antecedentes históricos y por sus comunes aspiraciones en el desenvolvimiento de sus intereses morales y materiales, á la madre patria y las prósperas naciones sud-americanas. El Gobierno de S. M.—añadía—conoce las dificultades que, emanando del sistema económico arancelario de su país, se han opuesto hasta ahora á la realización de tan justificados deseos. Pero atento siempre á los patrióticos propósitos, contantemente expresados por el país, para que se regularicen, por medio de un pacto internacional, nuestras relaciones comerciales con las Repúblicas del Sur de América, aprovecha cuantas ocasiones cree favorables, como lo ha ofrecido solemnemente en el Parlamento varias veces, para tratar, por su parte al menos, de que tenga aquélla feliz término.»

A pesar de esto, no se aprovecharon las circunstancias, y en ello influyó poderosamente la dualidad de criterios existente en el Gobierno español.

Se había proyectado que en el Tratado de comercio se consignase la rebaja de los derechos que á su importación en la Argentina satisfacían los aguardientes de nuestras Antillas, en compensación de otra rebaja que había de hacerse al tasajo

procedente de aquélla; pero el Ministerio de Ultramar se opuso, manifestando que no consideraba conveniente proseguir las negociaciones entabladas, porque siendo más importante el valor del tasajo importado que el del aguardiente exportado, estimaba perjudicial á nuestros intereses la rebaja proporcional de ambos productos, y porque además en el proyecto de Arancel para la Isla de Cuba se recargaban en un 80 por 100 los derechos impuestos á aquel artículo. Claro es que, colocado en esa actitud el Ministerio de Ultramar, nada podía hacerse, y nada se hizo, pues, por otra parte, era difícil otorgar rebaja á las lanas y á las carnes, dados los intereses que representaba la ganadería.

No por ello desistió el Ministerio de Estado de su propósito, bien plausible por cierto, de estrechar las relaciones comerciales con la Argentina. Secundado por el de Hacienda, estudió otras bases para tratar, y encargó al Representante de España en Buenos Aires, Sr. Durán y Cuervo, que reanudase las gestiones. Así lo hizo éste, y aunque no sin dificultades, logró llegar á un acuerdo, que se formalizó mediante el canje de Notas de 4 y 5 de Octubre de 1894, estipulándose lo siguiente:

1.° España conservará el régimen arancelario vigente sobre el tasajo importado en las islas de Cuba y Puerto Rico, cuyos derechos de entrada son de pesos 3,60 por cada 100 kilogramos en la primera de dichas islas, y 2,35 pesos en la segunda, siguiéndose las prácticas establecidas en favor de los buques que conducen el tasajo; entre las cuales está la de que permanezca á bordo de los mismos, y pueda en esto venderse al detalle sin formalizar el despacho ni satisfacer previamente los derechos de Aduana.

2.° La República Argentina aplicará á los vinos españoles la tarifa y graduación alcohólica vigentes en el año de 1893, y que fueron últimamente modificados, manteniéndolos en vigor mientras dure este *modus vivendi*, sin hacer alteración alguna que pueda ser perjudicial á los vinos españoles.

3.° En virtud de la proposición hecha últimamente por España, la República Argentina concede una rebaja de 50 por 100 en los derechos vigentes para los tabacos de las Antillas.

4.° El presente *modus vivendi* se hace *ad referendum*, y durará mientras sus condiciones no sean modificadas por una ú otra parte en sentido no aceptable por cualquiera de las dos, ó mientras no sea denunciado con seis meses de anticipación.

No resolvía esto el problema de las relaciones comerciales entre España y la República Argentina; ningún nuevo producto peninsular podía ir en mejores condiciones que hasta entonces al mercado de Buenos Aires, y los vinos, que era nuestro principal artículo de exportación, no conseguían otra ventaja que la de consolidar los derechos que pagaban. Cuba sí era favorecida, porque sus tabacos recibían un beneficio de 50 por 100, con lo cual cabía esperar que se extendiese el consumo. Pero, bueno ó malo, el *modus vivendi* rompió la tradición del Gobierno argentino de negarse sistemáticamente á tratar, y permitía abrigar la esperanza de que tuviese aquél en el porvenir mayores desenvolvimientos; esa esperanza duró, sin embargo, bien poco.

Pactado *ad referendum* el *modus vivendi*, necesitaba la aprobación de los Gobiernos de ambos países, y la sanción de las Cámaras argentinas y españolas; pero antes de que se cumpliesen estos requisitos, quedó de hecho anulado aquél, por haberse infringido una de sus cláusulas esenciales, alterando la única concesión efectiva que había obtenido España. El Parlamento de Buenos Aires elevó los derechos arancelarios que pagaba el tabaco, y como esto no podía aceptarlo el Gabinete de Madrid, el *modus vivendi* no pudo ser ratificado, y no llegó á regir.

Las circunstancias por que luego pasó la nación española fueron poco propicias para reanudar unas negociaciones que, después de tantos y tan repetidos fracasos, ofrecían escasas esperanzas de éxito. Las insurrecciones cubana y filipina y la guerra con los Estados Unidos, absorbiendo por completo la

atención del país y de los Gobiernos, impidieron consagrarse á la solución de ese problema; y más tarde, restablecida la paz, España se vió precisada á concentrar todas sus energías para salvar la gravísima crisis económica y financiera engendrada por los tremendos fracasos que había sufrido. Felizmente, el poderoso esfuerzo que hizo en 1900 le permitió no sólo evitar la bancarrota que le amenazaba, sino restaurar su crédito; y afianzado éste, y demostrada ante el mundo su solvencia, pudo pensar en la necesidad de conquistar nuevos mercados que compensasen, siquiera en parte, los que había perdido en Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Entonces no pudo menos de pensar de nuevo en la conveniencia de ensanchar su comercio con la Argentina.

Esta República había aumentado considerablemente en población y en riqueza. La emigración hacía crecer de un modo constante el número de sus habitantes; su agricultura se desarrollaba de tal suerte, que las 4.891.994 hectáreas cultivadas que existían en 1895 se habían convertido, en 1900, en 7.311.001; y el comercio exterior había pasado de 215 millones de pesos, en 1895, á 267 millones en 1900. La Argentina era un gran mercado, el más importante de toda la América latina, y no cabía dejarlo entregado á la explotación de las demás naciones cuando nosotros teníamos sobre éstas las ventajas del idioma, y de existir en aquélla una numerosísima colonia española que conservaba vivo el amor á su tierra natal, sus hábitos y sus costumbres, y que constituía por esto un gran elemento para fomentar las transacciones comerciales.

Concurrió además la feliz circunstancia de hallarse entonces al frente de la Legación española en Buenos Aires un hombre activo é inteligente, D. Julio Arellano, Marqués de Casa Calvo, el cual mostró decidido empeño en concertar un Tratado de comercio, acaso porque, conociendo las dificultades con que había de luchar, pero creyendo poder dominarlas, esperaba conseguir un positivo triunfo. El Ministro de Hacienda argentino, D. W. Escalante, simpatizaba también con esa idea,

y las negociaciones se entablaron, al parecer, con probabilidades de éxito, en 1901. El Ministro de Estado español, Duque de Almodóvar del Río, mostraba por su parte vivos deseos de llegar á una solución satisfactoria. Todo, pues, era favorable, menos la posición de los diversos intereses materiales que luchaban en este asunto.

Entabladas las negociaciones, el Gobierno argentino pidió la libertad de derechos para los cueros y pieles de nutria, lanas sucias, grasas animales, incluso el aceite animal y la leche; forrajes y salvados, comprendidas las tortas de materias oleaginosas; carbón, leña y demás combustibles; tripas, astas, huesos en bruto y calcinados; plumas y plumeros, cera animal, manteca de vaca, extracto de carne, carne en polvo ó concentrada y fresca, salada, enfriada ó congelada y el tasajo; pretendiendo además que para estos últimos artículos el impuesto interno no pudiese exceder de 6 pesetas por cada 100 kilos, de suerte que quedaron con libertad de circulación en toda España, sin abonar otro derecho de consumo. Además, debían rebajarse los derechos que pagaba cada animal equino á 12 pesetas; los bueyes, á 30; las vacas, á 11; el ternero, á 4, y los corderos y las cabras, á 1,20; debiendo también rebajarse los derechos del maíz y de las maderas.

¿Qué ofrecía, en compensación de estas ventajas? Lo principal, lo que de momento representaba para España una ventaja más positiva, era la reducción á medio centavo del derecho de un centavo por grado y litro establecido por exceso de graduación de los vinos de más de 15 grados centesimales. Lo demás tenía entonces escasa importancia. Se rebajaban: á 0,10 por litro en el Jerez en cascos, 0,03 por litro de sidra embotellada, 0,13 por kilo de anís en cascos y damajuanas, 2 centavos por kilo de aceitunas en salmuera en envases de vidrio, 3 por kilo de sardinas en lata, 0,032 por kilo de tejidos de algodón de colores de más de 130 gramos por metro, 0,048 por ídem blanco de más de 80 gramos el metro y 1,01 por kilo de aceite de oliva, etc.

Las compensaciones que ofrecía la República Argentina podían ser ó no suficientes; pero, en realidad, no era esto lo que detenía al Gobierno español. La dificultad consistía en la oposición de los ganaderos, cuyos intereses habrían resultado gravemente lesionados, de otorgarse la franquicia solicitada para las lanas sucias y las carnes en conserva y la rebaja para el ganado vivo. Esa oposición, cuyo fundamento no es este momento de discutir, hizo vacilar al Gabinete de Madrid; necesitaba estudiar la manera de vencer aquéllas y de conciliar las opuestas aspiraciones de la producción y del consumo; pero antes de conseguirlo, la dimisión del Ministro de Hacienda argentino interrumpió las negociaciones, cambió luego el Gobierno español, y, por último, fué trasladado el representante de S. M. en Buenos Aires, Sr. Arellano. Nada, pues, se hizo, y nada se ha hecho luego; de suerte que entre España y la República Argentina no existe, como regulador de sus relaciones comerciales, otro precepto que la cláusula de Nación más favorecida pactada en los Tratados de 1859 y 1863.

Aunque esto no sea todo lo que pudimos prometernos en alguna época, ni todo lo que hemos pretendido luego, no puede constituir un cargo serio para ninguno de los dos Gobiernos. Habrá seguramente quien crea que la responsabilidad de que ambos pueblos no estén unidos por sendos Tratados comerciales es de los gobernantes y de sus Agentes diplomáticos y consulares; pero los que atenta é imparcialmente examinen la situación respectiva de la República Argentina y de España, comprenderán que no hay tal Tratado, porque no ha podido haberlo; porque ni la primera tenía necesidad de alterar su sistema aduanero, en el cual basaba toda la vida de su Hacienda, ni la segunda podía tener la pretensión de que aquélla cambiase la orientación de su política mercantil.

Es preciso no hacerse ilusiones; la República Argentina, que en los últimos trece años ha visto casi duplicada su población, la cual ha pasado de 3.956.060 habitantes en 1895, á 6.489.093 en 1908, y cuyo comercio se ha elevado en 1908 á la

enorme cifra—enorme, dada la población—de 127.795.615 libras esterlinas, no tiene un interés directo é inmediato de hacernos concesiones. Su comercio puede decirse que está monopolizado por Inglaterra, Alemania, los Estados Unidos, Francia, el Brasil é Italia, y al lado de lo que estas Naciones importan y exportan significan muy poco las cifras á que alcanzan sus transacciones mercantiles con España.

Sin embargo, el mercado argentino tiene para España verdadera importancia, y puede tenerla cada día más. En 1908, el valor total de los productos españoles importados en la República, según el *Anuario de la Dirección general de Estadística* de Buenos Aires, ha sido de 8.618.110 pesos oro, y la exportación de productos argentinos para la Península de 2.599.603. De la cifra de la importación, más de la cuarta parte está representada por los vinos, siguiendo después, en orden de importancia, las sustancias animales alimenticias, los tejidos de algodón y los aceites. Aunque esta cifra es aún muy pequeña, comparada con la de Inglaterra (90 millones de pesos), con la de Alemania (37 millones) y con la de Francia (26 millones), cabe esperar fundadamente que aumente, si se tiene en cuenta el constante desarrollo de la colonia española, pues pasan de 125.000 los españoles que llegaron á Buenos Aires en 1908; y esos españoles, que llevan á las márgenes del Plata nuestros usos y nuestras costumbres, son un importante elemento consumidor de los productos peninsulares.

Allí hay un gran mercado que, con Tratado ó sin Tratado, debemos explotar.

JERÓNIMO BÉCKER

PARNASO INTERNACIONAL

EL POETA MORIBUNDO

(De Millevoye)

El poeta cantaba; el debil rayo
De su lámpara triste se extinguía
En súbito desmayo;
A su postrer momento
Él, próximo también, así decía
Con dolorido acento:
«Ya la flor de mi vida cayó mustia.
¡Breve fué mi jornada!
En ella veo con mortal angustia
Casi unido el ocaso á la alborada.
Hay en país lejano
Un árbol, y aunque el hombre no lo advierte,
En su follaje, que creció lozano,
El Placer está junto con la Muerte.
¡Guay de aquel que reposa
Dormido á su penumbra ponzoñosa!
¡Deleite del amor! Tu fiel figura
Es el árbol aquel. Mi aciaga suerte

Me hizo á su sombra descansar. Locura
Aquella fué de imprevisor viajero.
Justo es que muera, si por ella muero.
¡Oh lira, que amé tanto!
No me podrás sobrevivir. Mi canto,
Que sonoro en el mundo no retumba,
Por nadie será oído;
Vendrá conmigo á la callada tumba
Y hallará en ella sempiterno olvido.
No he de comparecer ante el severo
Tribunal, donde el fallo justiciero
Da la Posteridad sobre las glorias
Del mundo, verdaderas ó ilusorias,
Como el Egipto, armado
Con el poder de sus antiguas leyes,
A la orilla del lago consagrado
Residenciaba á sus difuntos reyes.
¡Mas vosotros, oh amigos,
De mi leal querer buenos testigos,
Del viaje fatal de mi existencia
Camaradas dispersos,
Recoged algo de mi triste herencia,
Salvad algunos de mis pobres versos!
Y vosotras, que muerte me habéis dado,
Y que yo, generoso, he perdonado,
¡Oh mujeres, oid! Vuestra hermosura
Todavía á mis ojos aparece,
Como una imagen de mis sueños pura,
Como un sol que en otoño aún resplandece.
¡Visiones deliciosas! Aún os pido,
Hoy que por siempre os pierdo,
Para bien de mi pecho malherido,
De dolor y de amor solo un recuerdo.
Venid, siempre amorosas,
Y al pie de mi ciprés, con mano pía,

Deshojad, deshojad las frescas rosas
Que viven solo un día.»

El poeta aún cantaba. De su mano
Cayó la lira, se apagó al momento
La lámpara, y con ella, al aire vano
Él entregó su postrimer aliento.

TEODORO LLORENTE

RECUERDOS

Me parece que el final del artículo anterior fué interesante, casi melodramático y resueltamente efectista.

Quedé yo entrando en la sala en que estaba reunida la Comisión, y del grupo de mis compañeros se destacó resuelto don Antonio de los Ríos y Rosas, y resueltamente se dirigió á mi encuentro.

Así terminaba mi artículo.

Me parece que este final bien vale aquel de Jerónimo Paturot, cuando, tendido el protagonista en su lecho de insomnio y de dolor, ve sobre sí en el espacio una mano, que sostiene una cabeza, y termina el número del folletín con esta trágica interrogación:

¿De quién sería aquella mano? ¿De quién sería aquella cabeza?

Pues bien; vino hacia mí D. Antonio, pero no con aspecto airado, como yo esperaba, sino con aspecto risueño; y echándome el brazo por encima de los hombros, me hizo avanzar, diciéndome:

—Venga usted acá, mala cabeza. ¿Usted sabe lo que ha hecho? ¿Sabe usted que si yo no le quisiera tanto había motivo para que riñéramos seriamente?

Y los compañeros de Comisión repitieron, como el coro de la tragedia griega, y acomodándose á la entonación de su jefe:

—Muy seriamente, muy seriamente.

Comprendí que querían llevar el asunto por buenas, porque ellos comprendían que yo estaba resuelto á todo y que ellos estaban en muy mala posición.

Declarar inocente á un hombre hoy y á las veinticuatro horas culpable, con presencia de los mismos datos, ni un dato más, sólo por impulsos encontrados de la marejada política, es cosa que puede hacerse, con tal que no se sepa y que la conciencia haya perdido su natural sensibilidad.

Pero cuando tales cambios se hacen públicos y se demuestran, la reprobación pública es inevitable.

***

Por eso digo que, á pesar de los pronósticos de D. Salustiano, allí no pasó nada.

Todos muy amables, muy conciliadores, celebrando casi mi travesura y asegurándome que haría carrera en política.

Eso sí; todos á una, y con el apoyo de D. Salustiano, me pidieron y suplicaron, que retirase el voto particular para evitar discusiones agrias y acaso un conflicto, á cuya exigencia yo me negué en absoluto, replicándoles, con cierta insolencia, que el conflicto se evitaba aceptando ellos mi voto particular.

No había modo de que nos entendiéramos, y al fin algunos de ellos y D. Salustiano se fueron á hablar con el interesado, el ex-ministro X, para convencerle que él mismo me pidiera la retirada del voto particular.

Luego supe que estuvieron expresivos, insinuantes, cariñosísimos, manifestándole que si el voto particular se discutía, dada mi maniobra y mi actitud, el asunto iba á tomar proporciones extraordinarias, cuando en el fondo no tenía importancia alguna; que la Comisión quedaría bien ó mal, y si quedaba mal, peor, porque los elementos conservadores procurarían vengar la humillación de sus compañeros extremando su enojo y su severidad.

Que la lucha entre demócratas y conservadores sería violentísima, y que un hombre de buen juicio y de sentimientos patrióticos no podía tomar sobre su conciencia la responsabilidad de que por causa suya se rompiera por manera estrepitosa la conciliación de los partidos.

En fin, tales cosas le dijeron al ex-ministro X, que éste, cediendo á sus sentimientos bondadosos y conciliadores, me mandó á decir por los mismos individuos de la Comisión, que por su parte no había inconveniente en que yo retirase el voto particular, y que él, sacrificando su amor propio en aras de la concordia, me rogaba que no insistiese en sostenerlo.

Mi situación desde este momento era falsa; yo no podía tener la pretensión de ser, como vulgarmente se dice, más realista que el rey; mas por otra parte, retirar el voto particular que yo había presentado en son de guerra, era humillante y desairado para mí.

Y luchando entre estas dos tendencias, teniendo que resolver en el acto, bajo las miradas un tanto burlonas de mis compañeros, improvisé esta solución que, como vulgarmente se dice, les paró los pies y les hizo comprender que conmigo no jugaban fácilmente.

—Está bien—les dije,—y yo siento mucho no complacer á mi amigo, pero con el voto particular me presento al Parlamento, dispuesto á sostenerlo.

Aquí la indignación, la protesta y los asombros de mi querido D. Salustiano.

Cuando se calmaron un tanto, agregué:—Yo no retiro el voto particular en esta forma, porque estos son tratos y contratos de que el público no está enterado.

Yo retiraré el voto particular sin sostenerlo, con una condición: que el interesado, mi querido amigo X, me repita en el Parlamento, en plena sesión, la súplica que ustedes me han transmitido.

Porque entonces se verá que yo no retiro el voto particular ni por falta de fe, ni por falta de razones, ni por falta de

energía, sino que lo retiro por razones de conveniencia general que el interesado somete á la Cámara, y con las cuales yo deberé conformarme porque no tengo las pretensiones de representar el papel de Don Quijote.

—Pero eso es muy duro—empezó á decir uno.

—Pero eso es imposible—agregó otro.

—Pero la Comisión no puede estar á merced de ustedes—agregó un tercero.

—Pues duro ó blando, posible ó imposible, tengan ustedes por seguro que no retiro el voto particular, á menos que el interesado no me lo ruegue ante la Cámara, y ésta es mi última palabra.

Nuevo revuelo, nuevas discusiones y nuevo mensaje en que llegó á intervenir hasta el Duque de la Torre.

Y, por último, le convencieron al Sr. X, cuyo carácter bondadoso no supo resistir á los halagos de aquellos políticos viejos y marrulleros.

Con lo cual yo había llegado al extremo de mi defensa.

Y entramos en el salón de sesiones, y se puso á discusión mi voto particular, y yo me levanté resuelto á defenderlo, aunque sabía que no había de llegar el caso.

En efecto; el demócrata Sr. X pidió la palabra, yo se la cedí, y él me rogó, tras un breve discurso muy bien dicho y muy razonador, y protestando que bajo ningún concepto quería ser motivo de discordias, y que desde luego se sometía al dictamen de la Comisión, me rogó, repito, que retirase mi voto particular.

Y yo, cediendo al ruego de mi amigo, ruego que para mí era un mandato, primero por razones de amistad, y luego por ser él el principal interesado en el asunto, retiré el voto particular, y me quedé con mi discurso en el cuerpo y con todo un arsenal de armas ofensivas, que me punzaban por dentro los nervios con punzadas de despecho.

Se aprobó, pues, el dictamen sin discusión, tras un discurso bastante agrio y desdeñoso de D. Antonio de los Ríos y Rosas,

y de este modo terminó aquel asunto, insignificante en sí, pero que, por las circunstancias de que vino acompañado, dió bastante juego.

Pensándolo despacio y á sangre fría, y recordándolo hoy mismo, casi tengo el convencimiento de que yo en aquella ocasión no fuí por buen camino; que queriendo favorecer á un amigo y correligionario, acaso le hubiera perjudicado con mi intransigencia y mis violencias; que es muy posible que D. Salustiano tuviera razón, y que todo terminó de la mejor manera posible, con pequeñas mortificaciones de amor propio, pero sin que nadie diera importancia á un incidente que en sí no tenía ninguna.

***

Sin embargo, el desenlace no satisfizo al grupo democrático y, en cambio, excitó sus iras; la conciliación se hizo más y más difícil: poco después se rompió definitivamente; el Ministerio presentó su dimisión y se planteó la crisis.

Crisis magna y trascendental, porque los elementos conservadores y los liberales quedaron frente á frente, no con espíritu de concordia, sino con odio reconcentrado por una y otra parte, como dos perros de presa que ven un hueso que roer y se enseñan los colmillos.

La crisis, por fin, se resolvió en favor de los liberales, y D. Amadeo encargó á Ruiz Zorrilla la formación de Gabinete. Era una solución justa y prudente.

D. Amadeo resolvió lo que debía resolver.

El partido liberal quedó satisfecho y agradecido, y ni los mismos conservadores se atrevieron á gruñir; de tal suerte la solución se imponía.

Era la primera vez, en la historia de España, que el partido avanzado, llámese progresista ó liberal, entraba pacíficamente en el poder.

Era la vez primera que la Corona le llamaba espontáneamente.

Hasta entonces siempre había asaltado las altas esferas por motines ó revoluciones, y siempre para gobernar por brevísimo período, que nunca excedió de dos años.

Motín de Aranjuez, caída de la Regencia de D.ª María Cristina y Regencia de Espartero, pronunciamiento del 1843, pronunciamiento del 1854, golpe de Estado de 1856, revolución del 1868, todas estas fechas forman una cadena de tristísimos eslabones; los más cortos, los que apenas llegan á dos años, representan la dominación liberal; los más largos, los de doce ó catorce años, representan la dominación de los absolutistas ó de los moderados ó, cuando más, de los conservadores más á la moderna, que formaban el grupo de la unión liberal.

Pero en esta historia triste y sangrienta, por vez primera llegaban al poder los liberales de manera espontánea y por el uso de la regia prerrogativa.

Hasta aquí todo marchaba bien.

El Rey había acertado.

Los liberales quedaban agradecidos y confiados.

Los conservadores se resignaban por el pronto y, en suma, la conciliación se había roto sin excesiva violencia.

Parecía inaugurarse una era de paz y de funcionamiento tranquilo del régimen democrático.

Y en efecto; aquellos tres ó cuatro meses de verano que, si no me equivoco, fueron los del año 1870, que bien pudiera equivocarme, porque al dictar estos recuerdos jamás me ocupo en comprobar fechas, aquellos meses, repito, del primer Ministerio de D. Manuel Ruiz y Zorrilla fueron excepcionalmente tranquilos.

Nadie se enteró de que existía la política, que es lo mejor que con la política puede suceder.

Yo asemejo este organismo al organismo humano.

Cuando el sér humano ni se entera ni recuerda que tiene brazos y piernas, estómago, hígado y riñones, corazón y cabeza, es que se encuentra en perfecto estado de salud.

Cuando brazos y piernas le dicen: «¡aquí estamos!», es que

allí está el reuma; cuando la cabeza le dice: «¡aquí estoy!», es que siente jaqueca, y así sucesivamente para las infinitas piezas de esta maquinaria, tan admirable para el que la mira desde fuera, tan peligrosa para el que la lleva consigo y tan complicada y frágil en todo caso.

Pues bien; en aquel período del Ministerio Zorrilla nadie se dió cuenta de que la política existía.

La única muestra que dió de sí fué contratar un empréstito, que constituyó un señalado triunfo para el Gobierno, porque se cubrió cinco ó seis veces.

Jamás se había visto nada parecido en el Ministerio de Hacienda, porque en los años de la revolución que, aunque agitados y á veces sangrientos, habían sido grandemente fecundos en muchos órdenes de la vida nacional, hay que reconocer que, salvo aquella operación ventajosíma que pudo evitar la quiebra de la Caja de Depósitos, en punto á presupuestos se caminó de desastre en desastre, recorriendo periódicamente un ciclo fatal.

Presupuestos constantemente desnivelados.

Déficit enorme y constante.

Deuda flotante para cubrir el déficit ó para darle forma.

Y al fin y al cabo un empréstito para consolidar la deuda flotante.

Y vuelta á empezar: déficit, deuda flotante y empréstito.

Empréstitos cuyos intereses aumentaban el nuevo déficit y precipitaban á la Hacienda hacia la bancarrota.

Y aun antes de la Revolución, prescindiendo de la época del Gobierno de la Unión liberal, que vivió espléndidamente con los recursos de la desamortización que procuraron las Cortes del 1854 al 1856, había sucedido una cosa parecida.

Como tal estado de la Hacienda era crónico, todo empréstito era una cosa natural, y cubrirlo con tal desahogo era un triunfo relativo.

Como, al tratarse de un enfermo gravísimo, cuando se dice ha pasado muy bien la noche.

Un respiro, un aliento, una esperanza: todavía hay recursos en el país, todavía hay confianza.

Dame una buena política, decíamos todos con todo el énfasis del que descubre una verdad recóndita, y te daré Hacienda.

No está mal, y la fórmula tiene su fundamento; pero la buena Hacienda hay que verla para creer en ella.

En cambio, la buena política es la que ni se ve ni se siente, como las máquinas bien montadas.

Si la máquina cruje y es ruidosa, mal montaje le dieron los ingenieros.

Estoy dictando una serie de perogrulladas, pero el insigne Pero Grullo creo yo que ha dicho cosas tan profundas como Kant, por lo menos más prácticas; sólo que los pedantes han dado en desacreditar á este gran filósofo.

*
* *

Todo pasa y pasó aquel verano; y llegó el otoño, y la política volvía á agitarse con la próxima apertura de las Cámaras, que iban á comenzar una nueva legislatura.

Por aquellos días hablé yo con D. Manuel Silvela, del cual nada tengo que decir, porque bien conocido es en la historia política y literaria de España.

Hombre de talento claro, de palabra fácil y correcta, de gran ilustración, escritor ingeniosísimo, bondadoso de suyo y ajeno á violencias y apasionamientos.

Una gran inteligencia y un buen carácter.

Pues D. Manuel Silvela me anunció que se avecinaban grandes acontecimientos y grandes luchas políticas.

En España siempre estamos lo mismo: siempre estamos en vísperas de graves acontecimientos.

En otros tiempos, era *la gorda;* en estos que corren, siempre es la crisis, y si yo me atreviera á hacer un juego de palabras de esos que en otros tiempos se aplaudían en las piece-

citas por horas, podría preguntar: ¿En qué se parecen las crisis á los cometas? En que casi siempre traen cola.

Hoy este chiste se silbaría, y, sin embargo, es muy digno del realismo moderno.

—Pues ¿qué va á suceder?—le pregunté á D. Manuel.

Y él me lo explicó bondadosamente, porque aunque él era conservador y yo demócrata, habíamos simpatizado durante el período en que fuimos ministros juntos, y después continuamos siendo buenos amigos.

—Sucede lo siguiente—me dijo:—que en España todos somos locos. Ustedes, los demócratas, lo son en grado máximo; nosotros, los conservadores, nos empeñamos en hacerles á ustedes la competencia.

—Pues no ha de negarme usted que el Ministerio Zorrilla es bastante juicioso, y los conservadores parece que están muy tranquilos.

—Por el momento no le niego á usted lo primero, pero le niego á usted lo segundo.

—¿Cómo es eso?—le pregunté.

—Los conservadores quieren romper el fuego contra Zorrilla en cuanto se abran las Cortes, y están resueltos á derribarle, y esto me parece que es un soberano desatino. Usted sabe que yo no tengo buena idea de las dotes de mando de Zorrilla.

Yo estoy seguro que en cuanto empiece el período parlamentario cometerá mil desaciertos, abordará problemas temerosos, excitará al país, pondrá en peligro los intereses verdaderamente conservadores, y entonces tendremos ocasión y motivo para romper el fuego, tan violento como se quiera, contra él, contra su Gobierno y contra su partido.

Pero hoy no me parece justo ni prudente, porque hay que confesar que, como no ha hecho nada, no ha hecho nada malo, y combatirle al abrirse las Cortes es hacer una oposición infundada, y por infundada, peligrosa, porque traerá represalias violentísimas: en la prudencia de ustedes no hay que fiar mucho.

Esto les estoy explicando á mis amigos, pero no me hacen caso; la pasión política les ciega: esperemos, les repito; esperemos un motivo que, por desgracia, Zorrilla ha de darnos no uno, sino muchos, pero no le ataquemos sin razón. ¿Qué prisa ni qué interés tenemos en volver á encender las pasiones?

—Habla usted admirablemente, D. Manuel; pero creo que predica usted en desierto.

—En desierto, en efecto, porque al desierto nos arrojará dentro de poco el mundo civilizado.

—¿Y usted qué piensa hacer?

—Naturalmente, hacer lo que hagan mis amigos. Haré lo que ellos hagan, aun reconociendo que entre todos hacemos un soberano desatino.

Y las noticias de D. Manuel Silvela eran, por desgracia, exactas, como veremos en el próximo artículo.

José Echegaray

LOS ENSANCHES DE MADRID

Desde que se pronunció la primera idea acerca del proyecto de la que se ha convenido en llamar la *Gran Vía*, un movimiento entusiasta de opinión favorable á esta obra cerró por completo el campo á toda discusión sobre la verdadera utilidad de su caprichoso trazado. Nuestra imaginación oriental sólo reconoció en ella los perfiles de la suntuosidad, es decir, de lo que absorbe y seduce la fantasía, y con esto nadie creyó que debía discurrir sobre el problema práctico que debía resolver. Así han pasado los años; así se ha representado este asunto hasta en las revistas con música del teatro; así se ha desarrollado todo el proceso de su ejecución, y así felizmente se ha llegado á superar, al parecer, el lado negro del negocio: el problema económico, que por tanto tiempo ha estado en perpetua lucha, hasta que al cabo se ha tenido y se tiene por resuelto. Claro es que si este proyecto no se ha discutido, no se ha permitido discutirlo en la alucinación general que ha promovido desde sus principios en el espíritu de las gentes, cuando, vencidas tantas dificultades, está en vísperas de inaugurar su ejecución, sería una temeridad baldía someterlo á un debate formal. Además, los que habitamos á Madrid hace medio siglo, estamos acostumbrados á pasar indiferentes por la suma de errores que se han cometido en todo cuanto ha sido la alineación de las nuevas construcciones, el trazado de las nuevas

vías, que se han llevado á cabo desde que las iniciativas del Marqués de Salamanca sacaron la antigua urbe del estrecho recinto secular en que estaba construída. Ningún obstáculo de imprescindible imposición se opuso desde un principio al trazado de calles rectas, anchas y bien orientadas. No obstante la mayor parte de las vías practicadas, se han ido urbanizando á trozos, y ¡cosa curiosa!, no se trazó una sola recta ni de manera que sus diversos trozos confronten para establecer su matemático alineamiento. La mayor parte tienen curvaturas, y líneas generales y líneas afluentes resultan dirigidas de manera que el que las trazó parecía carecer hasta de los más triviales rudimentos de la geometría. ¿Saldrá así también la *Gran Vía*? Es lo mismo; los españoles no necesitamos trazados científicos, nos contentamos con las exterioridades brillantes que seduzcan la imaginación.

Alguien, hace algunos años, debió pensar seriamente en los ensanches de Madrid, para un plan de mejoras sistemáticas. Alguien, en el parco terreno de mi escasa competencia, debió de demandarme algunos datos sobre las ampliaciones urbanas que Madrid ha experimentado desde el siglo XVI. Recuerdo que esos datos fueron tomados por mí en el Archivo Municipal de la corte y aun en algunos manuscritos de la Biblioteca Nacional; pero los consideraba estériles y perdidos, cuando una feliz casualidad, al cabo de muchos años de ignorar yo su paradero, aunque cercenados, ha vuelto á ponerlos ante mis ojos. Aunque ya hace tiempo dejé de acaparar libros para mis estudios, todavía no he perdido la costumbre de pasar la vista por los que al paso encuentro en las librerías y puestos de lance y en los de la Feria y Pascuas. En uno de ellos, durante las últimas festividades de Navidad, tropecé con un folleto, *La Municipalidad de Madrid,* que, sin saber por qué, me llamó la atención. Estaba impreso en 1896, año de infortunios y de penosas pruebas para mí, y en el que se hizo paz y guerra con algunos de mis trabajos literarios. En ese año se publicaron, sin saberlo yo, mis borrones sobre *Los Salones de la Condesa del Montijo,*

que se dieron anónimos, aunque mis borradores contenían mi nombre, y algún periódico al que mi forzosa ausencia é ignorancia de lo que sucedía, me impedía hacer rectificar, tuvo la humorada de atribuirlos graciosamente á D. Juan Valera. En ese año se publicó el opúsculo que la casualidad me hacía encontrar, y desde que lo abrí al acaso, tropecé inmediatamente con mis notas, sin la menor referencia al trabajo con que las reuní, y mucho menos á mi nombre. En realidad, para la *Historia de Madrid* esas notas son importantes. Amador de los Ríos y Rada y Delgado, en la obra monumental histórica que les fué retribuída con esplendidez por este Municipio, ni el menor dato conocieron de esto, y desde Jerónimo de Quintana, en el siglo XVII, hasta Fernández de los Ríos y Mesonero Romanos, en el XIX, ninguno de los que se han ocupado de cosas históricas de Madrid los habían conocido ni estudiado. Las notas que yo di, no se hallan completas en el opúsculo á que me refiero, y me parece de interés reproducirlas, corregidas y completas, en estos momentos en que la atención general de Madrid se ocupa de su Gran Vía.

Los documentos más antiguos que sobre los ensanches de Madrid posee el Archivo de su Municipio son de los años 1466 y 1467, es decir, del reinado de Enrique IV. Consisten en una cédula de dicho monarca, concediendo licencia á la villa para ensanchar la plazuela de San Salvador, y una escritura de imposición de un censo de mil maravedís de renta, otorgada en favor de Doña Catalina Núñez, mujer que fué de D. Alonso de Toledo, del importe de siete casas que dicha señora vendió á la villa para el mencionado ensanche. Entonces este género de obras no se llevaba á la ejecución con la celeridad de nuestros días: de modo que todavía en 1485, el licenciado Alfonso del Aguila sentenciaba en favor de Diego González sobre la propiedad de las casas y portales que había construído en la plaza referida. En 1486 se seguían vendiendo yuntas y tierras en Coslada para continuar las obras de esta fábrica, y en 1495 los Reyes Católicos expidieron una provisión en favor de Ma-

drid, dando comisión al Corregidor de la villa para determinar contra los vecinos que tenían casas con puertas y ventanas en la nueva plaza de San Salvador, sobre el pago de cinco mil maravedís anuales en que se habían ajustado con el Municipio, por el costo que tuvo la compra y desmonte de las casas que se derribaron. También existe de 1500 una declaración, firmada por Pedro Palomino sobre los ejidos y pastos en término de Vallecas, hasta trece yuntas que se dieron por ciertas casas para hacer la plaza en cuestión. Y si estos datos no fueran bastantes para probar el incremento y ensanche que por aquel tiempo á Madrid se le dió, podrían traerse á testimonio las minutas de acuerdos de 1481, concediendo solares á varias personas en diferentes puntos, dentro y fuera de la muralla que circunvalaba el reducido recinto de la villa.

Carlos V, desde su advenimiento á la corona de España, mostró por Madrid, su Alcázar y bosques, singular predilección. En su tiempo, y para su persona, se hizo, por los Vargas que la poseían, la venta al César de la espléndida Casa de Campo, y en el Ayuntamiento constan preciosos documentos de 1525, relativos al ensanche de la calle de Santiago para la entrada de la emperatriz, con la designación de los solares que para ello se tomaron de Antonio de Luzón y otros propietarios; de manera que de estos dos acontecimientos puede deducirse la causa histórica y social que desde un principio motivó las ampliaciones urbanas de Madrid. Al final del siglo XV, la importancia que en el orden religioso debió adquirir la jurisdicción eclesiástica de este Vicariato; al principio del siglo XVI, la predilección de la potestad real por mantener aquí sus periódicas y frecuentes residencias, en tiempo en que en ninguna otra población de España, ni aun en Burgos, cabeza de Castilla, ni en el antiguo Alcázar imperial de Toledo podía ostentarse la condición de corte permanente de nuestros monarcas. Una y otra causa comenzaron á ejercer poderosa influencia en la urbanización incipiente de esta limitada villa, cuya municipalidad ya en 1518 pleiteaba contra D. Pedro Lasso, que pretendía unir á

sus casas una calle ó plazuela que existía á los pies de la actual iglesia de San Isidro, y en 1536 se reclamaba los terrenos públicos que se habían apropiado la parroquia de San Miguel, y algunos particulares en la plazuela del mismo nombre.

Trasladado á las alturas del Prado el Real Monasterio de San Jerónimo, que en 1464 se había fundado junto al río Manzanares, desde los tiempos de los Reyes Católicos su gran nave fué erigida para reunir y celebrar Cortes de Castilla. Con las concesiones que posteriormente se le habían otorgado, este monasterio creció en crédito é importancia, y en 1538 la villa de Madrid mandó proceder á la demarcación de solares para edificar y formar calle desde la Puerta del Sol hasta dicha iglesia. Con estas dilataciones, que extendían considerablemente la población, coincidían otras obras de ensanche por la parte interior y antigua, y en 1542 volvieron á comprarse varias casas para ensanchar la calle que iba desde la puerta de Guadalajara hasta la parroquia de San Salvador. En 1548 los feligreses de la de San Martín demandaban licencia para abrir una calle, practicándose estas obras á costa de la villa. Por último, en 1548, á petición de Francisco del Castillo, secretario del Consejo de S. M., se expidió un auto mandando abrir otra calle junto á Santa Cruz. La villa hacía progresos urbanos en Madrid, como puede observarse por estos datos, hasta ahora inéditos; se practicaban en todas direcciones en tiempo del Emperador, y mucho antes de que Felipe II pensase fijar en Madrid la corte de su vasta monarquía.

Entre las obras de este género emprendidas bajo el reinado del rey Prudente, se cuentan desde 1566 las que tuvieron por objeto hermosear y acordalar la calle ó carrera de San Francisco, y en 1581 y hasta 1599 se derribaron las casas de don Bernardo Ramírez de Vargas y otros para ensanchar la calle que baja del Salvador á Santa María de la Almudena; y habiéndose proyectado ensanchar también la plazuela de este último nombre en 1590, se le tomó al Dr. Asensio López una parte de sus casas, y en 1595 se hizo un reparto para pagar las

mismas de Alfonso del Valle, que se derribaron con idéntico fin.

Sin embargo, la ampliación urbana de mayor importancia que en aquellos siglos experimentó Madrid tuvo lugar en 1604, al trasladar definitivamente el rey Felipe III su corte á esta villa desde Valladolid. Inmediatamente surgieron una multitud de obras que difundieron la actividad del trabajo, multiplicaron los elementos de la vida social y ensancharon los términos de urbanización de una manera extraordinaria. La construcción en la calle de Segovia de la Casa de la Moneda, no sólo produjo en 1604 la expropiación de varios edificios que existian sobre el lugar elegido para su emplazamiento, entre ellos la casa-mesón de Francisco Iriarte, sino que desde entonces, y hasta casi nuestros días, otras causas, posteriormente suscitadas, hicieron aquellos terrenos tan solicitados como en alto menosprecio se encuentran en la actualidad. En 1611 se compró todo el terreno que en la calle Mayor mediaba entre las casas de Gonzalo Rodríguez de Araujo hasta la de Catalina Díaz, con el objeto de que se labrasen soportales correspondientes á las demás de su acera. Desde este mismo año hasta 1624 se sostuvieron las obras de ensanche de la Platería, acera del Salvador. Antes, en 1612, las de la plazuela de San Martín, para las que se adquirieron las casas de Vicente Palomino, y en 1613 se expidieron los autos del Consejo Real para ensanchar el terreno y abrir la calle nueva, desde la fuente de Leganitos hasta bajar al río, procurando no perjudicar los álamos que hermoseaban aquellos sitios, que debían dar paso á los coches de la grandeza para el paseo del Manzanares.

En 1616, nuevos autos de la misma procedencia ordenaron el ensanche de las calles de Santa María á San Justo, por donde pasaba la procesión del *Corpus,* así como la que bajaba de las casas que ya labraba el Duque de Uceda al estudio de la villa. Por cierto que á Luis Gavilán, que fué el maestro de aquellas obras, todavía en 1623 no se le habían pagado sus emolumentos y gastos hechos, que con toda urgencia reclamaba. En este

mismo año, en 1610, también se mandó á la villa indemnizar á José Dorado del pedazo de huerta que se le ocupó para ensanchar la calle de Alcalá, por donde iba á entrar la joven princesa D.ª Isabel de Borbón, mujer que fué del entonces príncipe heredero y después rey, Felipe IV.

Construído su palacio, actual Casa de los Consejos, por el Duque de Uceda, hijo del valido Duque de Lerma y después su sucesor en el Ministerio Universal y en el valimiento, en 1617 hizo que á su instancia se instruyese un expediente para el coste de las casas de D. Francisco de Alfaro, á fin de dar nuevo ensanche á la plazuela de Santa María. Entretanto se habían emprendido las obras de la Plaza Mayor y juntamente el ensanche de las calles Imperial y de Toledo; en 1619 el de la plazuela de San Miguel, y en 1621 se derribaba un pedazo de jardinillo de la casa del Conde de Olivares, D. Gaspar de Guzmán, que comenzaba su valimiento en el nuevo reinado, á fin de ensanchar con él y con otras propiedades de Luis de Soria la calle de Santiago, frente á la parroquia de San Juan.

Desde esta fecha hasta los postreros años del siglo XVII, las reformas urbanas de Madrid se sostuvieron sin interrupción, ya ensanchando el antiguo centro de la población y las vías principales que ponían en comunicación inmediata los pasajes, edificios y templos más frecuentados por la corte y el vecindario, ya acudiendo al ornato público con espléndidas edificaciones, ya abriendo plazas espaciosas, paseos y jardines, algunos tan extensos y bellos como los del Palacio del Buen Retiro, la casa del Duque de Lerma, al final de la Carrera de San Jerónimo; la del Duque de Medina de las Torres, en la del Barquillo; la del Marqués de Leganés, en la de Fuencarral; la de la Condesa de Villaverde, junto al Convento de San Francisco; la de la Marquesa de Távara, en la de Leganitos; la del Duque del Infantado, en las Vistillas; la del Príncipe de Stigliano, en la plazuela de Santiago; la del Conde de Miranda, en la plazuela de su nombre; la del Marqués de Velada y Astorga, junto á la callejuela de la Libertad; la del Duque de

Osuna, junto al arroyo de Leganitos; la del Marqués de Castel Rodrigo, sobre las tapias de la huerta de la Florida hasta el barranco del Prado Nuevo; la de D. Guidobaldo de Salamanca, en la puerta de Santa Bárbara, y otras á este tenor. En 1635 ensanchaba el mismo Rey sus Caballerizas; en 1636 volvía á hacerse otro ensanche en la Platería; en 1638 se emprendió simultáneamente el de la calle de las Hileras y el rompimiento total de la calle de Atocha, desde la de Santa Cruz hasta la misma puerta donde terminaba, y en cuyo paraje se compraron catorce solares á Hernán Gómez de la Oliva. En 1647 se otorgaban concesiones de construcción en la Puerta de la Vega, y en 1654 comenzaron las obras del ensanche de la calle del Arenal, desde la callejuela del Pasaje de San Ginés hasta la entrada de la de las Hileras.

No cesó este movimiento á la muerte de Felipe IV. En 1669 se dictaron autos para comprar á los herederos de D. Pedro Suárez de Rivera las casas que poseía fuera de la Puerta de Toledo para establecer el Matadero. En 1676 se compraban casas al Marqués de la Vega para un nuevo ensanche en el Postigo de San Martín, y se daban solares á Francisco Antonio Méndez para construir fuera de la puerta de Segovia. En 1697 se hacía gracia de otros terrenos para edificar también á la salida de la Puerta de Alcalá á D. Andrés Llorente. El incremento, pues, que había experimentado la urbanización de Madrid desde 1604, en que su población apenas llegaba á 3.000 vecinos, era tan considerable, que en 1677 Alonso Núñez de Castro, en su libro *Sólo Madrid es Corte,* dedicado á D. Fernando de Valenzuela, enumeraba ya 400 calles, 16 plazas, 16.000 casas con 60.000 vecinos, 13 parroquias, 30 conventos de frailes, 26 monasterios de monjas, 24 hospitales, numerosas ermitas y humilladeros y otra multitud de establecimientos públicos y edificios civiles como las dos Cárceles de Corte y de Villa, el Pósito, la Aduana y otros varios Ministerios, aunque todavía subsistía la costumbre de que los Consejos y Tribunales Mayores celebraran sus juntas en la residencia del

Monarca. El plano general de Madrid, publicado en Amberes en 1656, daba á la capital una superficie intramuros de 7.500.000 pies cuadrados con 2.500 edificios y 50.000 vecinos. El aumento, por lo tanto, de la urbanización y de la población de Madrid, desde 1656 á 1677 había sido muy considerable.

El advenimiento de la dinastía francesa al trono de España se señaló, desde luego, por nuevas aspiraciones á reformar la capital de la Monarquía, á tenor del patrón que desde entonces nos impuso y nos sigue imponiendo París en todo. Lo primero fué mandar á Tejeiro levantar un plano geométrico de la población, plano que en 1714 ya estaba concluído, y que, por comisión que recibiera, fué adquirido por D. Isidro Faxardo para la villa, en cuyo Archivo se encuentra. Además, otro geógrafo francés que vino con la comitiva numerosa del Duque de Anjou, y que ya en planos sueltos, ya en cuadernos de diversos tamaños y en forma de atlas, multiplicó mapas, dibujos de provincias peninsulares y coloniales, representación de edificios y monumentos notables y otras cosas de España para hacer conocer en Europa su grandeza, Nicolás Fer, redujo en 1715 el plano de Tejeiro, que, grabado por aquél, no es raro en nuestras colecciones públicas. Pero las mejoras que, al fin y al cabo, se realizaron en el siglo XVIII no trascendieron extramuros é intramuros: solamente fueron, en sustancia, una continuación de las que tan gran impulso habían recibido bajo el reinado de los Austrias. El mayor número de las nuevas construcciones y ensanches se verificó en favor de los institutos religiosos y benéficos. Todavía reinaba Carlos II cuando en 1700 se concedió un terreno para construir los Hospitales General y de la Pasión. En 1725, el Procurador general de la villa, D. Carlos Pérez de Trillaluz, tanteaba la venta de unas casas en la Carrera de San Francisco, para proporcionar mayor ensanche á aquella gran vía que daba frente á la fachada del edificio religioso; en 1734 se facultaba al Convento de Trinitarios descalzos para incorporar en su clausura la calle travesía

de San José, y en 1740 se concedía, con idéntico objeto, nuevo terreno al Carmen Calzado.

Del reinado de Fernando VI no nos queda otra memoria que la edificación del magnífico templo de la Visitación por la reina D.ª Bárbara de Braganza, y es preciso llegar al advenimiento de Carlos III, imbuído desde Italia en las grandes ideas artísticas que recogió de Nápoles para dar á Madrid un poderoso impulso en sus monumentos, aplicando á los hermosos edificios públicos, que aún son el ornato más preciado de la capital, una parte considerable de la inmensa fortuna que dejó acumulada en las arcas del Tesoro la honradez y economía de su malogrado hermano. Así y todo, las obras generales de urbanización ni alcanzaron un gran desarrollo, ni aspiraron en modo alguno á ninguna grande ampliación superficial. Al terminarse las obras colosales del espléndido Palacio Real, á nadie ocurrió despejar sus frentes, ahogados tras el escalonado conjunto de una multitud de callejas estrechas é innobles que oscurecían la grandeza de tan admirable edificio. La Duquesa de Atrisco edificaba sobre un sitio público de la Carrera de San Jerónimo; los de Alba, en la colina de la calle de Alcalá; el de Villahermosa, dando vuelta al Prado; el de Liria, en el extremo Norte de la población, y D. Antonio Martínez, artífice platero, compraba á D. Antonio Arriaza, en 1777, la posesión en que edificó su aún célebre Platería. Con todo, estas reformas parciales no obedecían á un plan determinado de mejoras urbanas. Trató de formarlo en 1779 el Personero del Común, proponiendo el ensanche y recta alineación general de las calles de Madrid; y entonces se tomaron también algunas medidas conducentes á aquel objeto, entretanto que la iniciativa privada, inducida por sus propios intereses, echaba los fundamentos del suburbio de Chamberí; en 1781, los del de la salida de la Puerta de Segovia iniciados por Diego Hernández, y en 1784, los de la ribera del Manzanares, para los que pidió licencia Valero Alegre, fabricante de lienzos pintados, que quiso establecer cerca del río su industria y hasta

su morada. Con propósitos industriales semejantes desde 1779, también Pedro Arnáez se había establecido en un sitio erial fuera de la Puerta de Atocha, á espaldas de las Delicias, del mismo modo que en 1791 Esteban Lavias pidió sitio en la Cuesta de la Vega para construir una fábrica de herrería.

No eran éstos grandes elementos de nueva urbanización: pero rebasando la cintura murada pedida á Felipe II por dignidad de la corte en 1597, juntamente con la Iglesia-Catedral por el doctor Cristóbal Perez de Herrera, fué muy posteriormente fabricada por los dos Felipes siguientes. Aquel era el signo de los tiempos; el símbolo del poder estaba consagrado por el símbolo de la fuerza, y sólo á la aproximación de los tiempos modernos en que el vapor, la electricidad y los fluidos explosivos han trastornado todos los refugios del pasado, y á la máquina que ha ennoblecido á la vez la institución de la ciencia y la servidumbre del trabajo, estaba reservado derruir los muros que encerraban las antiguas ciudades, no poniendo más límites á la dilatación indefinida que aquellos naturales en que termina el círculo respectivo de su propia actividad. Entonces fué cuando en Madrid estos míseros menestrales de industrias pequeñas, como adivinando los secretos de un porvenir que no debía estar muy lejano, fueron los primeros en iniciar aquel movimiento de expansión que, medio siglo más tarde, y á impulsos del torrente de los adelantos nuevos, habían de dar á Madrid el desarrollo urbano que ha experimentado desde la mayoría de la Reina D.ª Isabel II hasta nuestros días.

Inútil es ponderar las mejoras urbanas que se debieron al efímero reinado del rey intruso José Bonaparte, cuyos derribos de edificios religiosos y manzanas de casas que rodeaban el Palacio en que tenía su habitación estuvieron aconsejados, aunque en la apariencia, por nobles estímulos de embellecer á Madrid, en la realidad por miras estratégicas militares de propia defensa contra el pueblo, que había desafiado el rigor de las armas francesas, en medio de las calles y á cuerpo descubierto, el 2 de Mayo y el 5 de Diciembre de 1808. Aquellas me-

didas fueron tomadas bajo el derecho vejatorio de la guerra, y las indemnizaciones á los propietarios de las casas derribadas en los alrededores del Alcázar Real fueron reclamadas sin interrupción desde 1811 hasta 1836, en que todavía los Marqueses de Fuente Pelayo, curadores del Marqués de Valdefuentes, solicitaban el pago de 154.839 reales, procedentes de la casa que les había pertenecido en la calle del Espejo, núm. 2, manzana 423, demolida en tiempo del Gobierno francés. Hay que hacer al Rey Fernando VII la justicia de que á su personal iniciativa se debió desde 1815 el deseo de imprimir á la urbanización y ensanche de Madrid un impulso poderoso, aunque á él no le tocase sino la gloria de prepararlo, dada la lentitud con que en los procedimientos burocráticos antiguos se disponían estas cosas. En dicho año se ordenó, á instancias del Rey, al arquitecto mayor municipal el levantamiento de dos planos de Madrid: uno de la situación en que á la sazón se hallaba, y otro en el que se trazaban las mejoras apetecidas. Entretanto, se mandaron suspender algunas obras particulares, como las de la casa de la calle de Santiago, núm. 17, manzana 419, para que se ajustase á la nueva alineación que se proyectaba. En 1821 se dispuso que el coronel D. Manuel Tena levantase otro plano circunstanciado de los alrededores de la capital, y que entretanto se estampasen de nuevo cincuenta ejemplares del topográfico de Madrid, de los que se dispuso entregar uno al arquitecto D. Custodio Moreno. Pocos años después, en 1828, se expidió una Real orden nombrando al Capitán de Artillería D. León Gil de Palacio para la construcción del modelo topográfico, en relieve, de la capital y su contorno, entretanto que con el arquitecto Moreno se contrataba el trazado de rectificación y alineaciones de las calles, plazas y afueras de la capital, con orden de entregar este trabajo al Marqués viudo de Pontejos, D. Joaquín Vizcaíno. Estos trabajos, sin embargo, se llevaban á cabo y recibían la aprobación de la Real Academia de Nobles Artes de San Fernando.

Los sucesos ocurridos á raíz de la muerte de Fernando VII,

la matanza de los frailes y el despojo de sus iglesias y conventos, con derribo de gran número de estos edificios, hicieron al Municipio reclamar de la Hacienda algunos de ellos para ampliación de calles, plazas y plazuelas, y otras reformas urbanas, y para hacer desaparecer el feo aspecto que presentaban los solares convertidos en depósitos de inmundicia. Abríanse portillos por muchos pasajes de la cintura de Madrid. Chamberí tomaba un gran aumento de población, y en los demás suburbios se observaba el mismo impulso de acrecentamiento. No obstante, las reformas urbanas caminaban con extremada lentitud, hasta que en 1842 se concedió á la Sociedad del Gas un terreno en las afueras de la puerta de Toledo para establecer la Fábrica de este fluido. Una Junta de Policía urbana tomó á su cargo la misión de auxiliar la acción municipal en lo concerniente á las mejoras reclamadas por todos los intereses, y á la vez que ordenó al ingeniero D. Juan Merlo ejecutar los trabajos de un monoplano de Madrid, se formó otro del barrio de Chamberí, trazando el sistema de alineación para sus construcciones, y se instruyó un expediente para regularizar el sistema de éstas en las afueras de la población. D. Juan Bautista Novoa y D. Ramón de Mesonero Romanos expusieron su plan de mejoras generales de la capital. Inmediatamente se expidió otra Real orden relativa al ensanche de los límites de la capital y á los medios de ejecutarlo. Rompióse la calle de Gravina desde la de Hortaleza á la de San Antón, la del Saúco hasta el paseo de Recoletos y la del Gobernador junto á la Platería de Martínez, para dar de uno á otro extremo salida á la población hacia el Paseo del Prado, y D. Manuel Lafont, bajo la dirección del arquitecto D. Aníbal Alvarez, compró y urbanizó en las afueras de la Puerta de Bilbao las tierras de propios llamadas de Santa Ana. El Conde de Sanafé, el de Vegamar y D.ª Josefa Rodríguez de Berindoage siguieron el mismo ejemplo en los terrenos de su propiedad, que mediaban desde Chamberí á la Pradera de Guardias. Se mandó entonces á los arquitectos de Madrid levantar los planos de los arraba-

les, y en 1852 se demolió la Puerta de Segovia y se proyectó la construcción del Viaducto. En 1853 se aprobó la alineación de la barriada extramuros de la Puerta de Toledo, y en el mismo año se establecieron las tarifas de indemnización, bases para la anchura de las calles y licencias para edificar en las ya alineadas. Poco faltaba, como se ve, para que la obra moderna del vasto ensanche de Madrid se impusiera con todas las grandes proporciones que ha tenido y sigue teniendo. Ya á la capital se la dotaba con el acopio de las aguas del Canal de Isabel II; ya se establecía el sistema general de las carreteras del Estado, cuyo centro geográfico partía de la Puerta del Sol. Tan importantes mejoras y la condensación en Madrid de toda la vida política y orgánica de la Monarquía por medio de la concentración administrativa que el régimen representativo ha traído consigo, produjeron tal actividad y movimiento en las relaciones económicas, mercantiles y sociales de la población, que no fué posible resistir por más tiempo la necesidad que tan imperiosamente se imponía.

En el terreno científico, desde Barcelona, el ingeniero de Caminos, D. Ildefonso Cerdá, había ya vulgarizado la teoría moderna de la urbanización, y mientras en Madrid otros ingenieros del mismo Cuerpo estudiaban con empeño la zona probable de su ensanche, D. Carlos María de Castro, que dirigía estas operaciones técnicas, preparaba los elementos de acción con que había de dar eficacia al Real decreto de 8 de Abril de 1857, que tuvo el honor de poner á la firma de la Reina el inolvidable Ministro de Fomento D. Claudio Moyano. Todavía las miras generales seguían poniéndose para el ensanche de la capital en aquellos parajes, desde la Puerta de los Pozos de la Nieve á la de Recoletos, que en 1787 el ilustre Jovellanos había propuesto al no menos insigne Conde de Floridablanca, aunque consignando que la extensión que se urbanizase debía llegar hasta el límite que S. M. quisiera señalar á la dilatación del pueblo de Madrid. Sobre esta superficie, un experimentado hombre de negocios, D. Pedro Pascual de Uha-

gón, á cuyo lado se puso instantáneamente el infatigable Cerdá, propuso en 1851 la formación de una gran *Asociación de Propietarios* de la zona referida, á fin de que ellos mismos, dueños del terreno, fueran también los propulsores de la mejora que se intentaba, cuando, en tanto que en hojas y folletos y artículos de periódicos se discutían tales proposiciones, se asoció á ellos el genio de las grandes empresas que ilustró á España durante las tres cuartas partes últimas del siglo antecedente, D. José de Salamanca, Marqués de Salamanca, el cual, borrando de una plumada todos los pausados planes de la Administración, de la ciencia cohibida por los miramientos burocráticos y de los emprendedores de cortos alientos y menguada fortuna, acometió por sí solo la urbanización entera de la vasta zona que se extendía en la planicie casi ilimitada por toda la derecha de la línea ascendente de Recoletos y la Castellana, y desde la Puerta de Alcalá hasta el cerro del Aire trazó esa población nueva, que en pocos años se ha convertido en numerosas manzanas de amplísimas casas, soberbios palacios, hoteles y villas, que ya se dilatan por las nuevas barriadas de la Prosperidad y de la Guindalera, que por la de la Concepción avanza hasta la Ciudad Lineal, cuya extensa proyección va á enlazarse ya hasta Chamartín de la Rosa, y que dentro de pocos años habrá centuplicado la extensión urbanizada del nuevo Madrid. Así Salamanca fué la palanca que, habiendo dotado á esta capital de su primer apéndice urbano, rompiendo el cerco que contenía la población antigua, abrió el camino que luego el Marqués de Pozas y tras él otra multitud de imitadores prosiguieron, ampliando siempre por todos lados esta verdadera inundación urbana, que se ha tragado todos los yermos campos de uniforme esterilidad que formaban los alrededores de Madrid, y que, sin vallas ni límites, cada día avanza más conforme lo van permitiendo los posibles abastecimientos de los elementos esenciales para la vida, principalmente el agua, que todavía por mucho tiempo continuará siendo el espantoso enigma de un momento crítico, á pesar

de los esfuerzos del Canal de Isabel II por multiplicar sus depósitos y caudales, y de los generosísimos del Marqués de Santillana, cuya providencia no se contiene en las necesidades del consumo para la vida y para la limpieza, sino para el riego de los campos, el abasto de la industria y la producción del movimiento y de la luz por medio de la electricidad.

Cualesquiera que sean los términos de comparación que hayan querido establecerse entre los ensanches de Madrid desde 1850 con los que han tenido otras grandes poblaciones, no sólo fuera de España, sino aun dentro de la misma Península, como Barcelona, por ejemplo, y Gijón y Bilbao, aunque estas últimas más en pequeño, hay que reconocer que en este medio siglo la obra realizada en la capital de España resulta colosal. Hay, sin embargo, en ella misma un problema que está intacto, y sobre el cual se hace indispensable y hasta urgente meditar: la creación de la industria, de la gran industria, que es el nervio de la prosperidad de todas las grandes capitales del mundo: de París, de Londres, de Berlín, de Bruselas, etc. Seiscientos mil habitantes próximamente cuenta en la actualidad Madrid, que todo lo consumen y nada producen, haciendo esclavo su capital y su ahorro de las industrias extranjeras que, en brazos del lujo, aquí vienen á explotar y llevarse para sí la parte más sana del capital nacional. Mientras Madrid no logre poseer una industria propia, una gran industria, á pesar de todos sus ensanches suntuosos, no representará en la economía general de la nación más que la inmensa esponja que enjuga toda la riqueza del país, para trasladarla y regalársela á los extranjeros. Ya es hora de que se piense en la solución de este gran problema.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN

EL PAÍS DEL PLACER

NOVELA

X

El otoño transcurría monótono. Miss Bart había recibido uno ó dos billetes de Judy Trenor, quejándose de que no iba á Bellomont: Lily contestó evasivamente, alegando la necesidad de permanecer al lado de su tía. Pero lo cierto era que se iba cansando de su existencia solitaria en casa de Mrs. Peniston, y solamente el entretenimiento de gastar el dinero nuevamente adquirido la distraía un poco.

A Lily, toda su vida, se la había ido el dinero tan pronto como viniera, y, cualesquiera que fuesen sus teorías sobre la prudencia de ahorrar una parte de sus ganancias, no había nada en su experiencia que pudiese prevenirla contra los riesgos de un éxito contrario. Experimentaba una satisfacción muy viva al pensar que, durante algunos meses por lo menos, no dependería de la liberalidad de sus amigos; que podría presentarse sin temor de que miradas penetrantes pudiesen ver en sus trajes algún indicio de las galas gastadas ya por Judy Trenor. El hecho de que el dinero la emancipaba momentáneamente de todas esas inmundas obligaciones, oscurecía en ella el sentido de la obligación mayor que este mismo dinero representaba, y, no habiendo sabido jamás hasta entonces lo que era el tener á su disposición una suma tan grande, se abandonaba con delicia al placer de gastarla.

En una de estas ocasiones, al salir de una tienda en la que había deliberado durante una hora respecto á un neceser de la más complicada elegancia, se encontró con Miss Farish, que entraba con la intención más modesta á que la compusieran el reloj. Lily se sentía extraordinariamente virtuosa. Había decidido aplazar la compra hasta recibir la nota de su nueva salida de teatro, y esta resolución la daba la sensación de ser mucho más rica que á su entrada. Cuando Lily estaba satisfecha de sí misma, miraba á los demás con simpatía: la impresionó el aire de abatimiento de su amiga.

Miss Farish venía de la junta de una obra caritativa, por la que se interesaba mucho y que iba á menos. El fin de la asociación era crear confortables albergues, con una sala de lectura y otras modestas distracciones, en donde las jóvenes empleadas en las oficinas de la ciudad baja pudiesen encontrar un *home* después del trabajo, ó cuando tuvieran necesidad de reposo; y la Memoria del primer año acusaba unos ingresos deplorablemente pequeños: Miss Farish, convencida de la urgente necesidad de la obra, se desconsolaba al ver el poco interés que suscitaba. Lily no había cultivado los sentimientos altruístas, y el relato de los esfuerzos filantrópicos de su amiga la habian aburrido frecuentemente; pero hoy su imaginación, siempre pronta á dramatizarlo todo, percibió el contraste entre su propia situación y varios de los «casos» mencionados por Gerty. Tratábase de solteras como ella, algunas tal vez bonitas, otras que no dejaban de mostrar algún signo de sus delicadísimas sensibilidades. Se vió llevando una existencia análoga á la de ellas—una existencia en que el triunfo parecía tan lamentable como el fracaso,—y se estremeció de compasión. Tenía aún en el bolsillo el dinero del neceser, y sacando su bolsita de oro, puso una gran parte de la suma en manos de Miss Farish.

La satisfacción que la produjo este acto hubiera contentado al moralista más severo. Lily se interesó por este nuevo aspecto de su persona, por el sér provisto de instintos carita-

tivos; nunca pensó antes hacer el bien con la fortuna que tan á menudo soñó poseer; pero ahora su horizonte se ensanchaba con esta visión de amplia filantropía. Además, por alguna secreta operación lógica, sentía que aquel severo impulso de generosidad justificaba todas las extravagancias pasadas, excusaba de antemano todas las que pudiera cometer en lo futuro. El asombro y la gratitud de Miss Farish la confirmaron en esta opinión, y Lily, al dejarla, experimentaba una estimación propia, que tomó, naturalmente, por un fruto del altruísmo.

Por esa época tuvo otra alegría: una invitación para pasar la semana del *Thanksgiving day* en el campo, en los Adirondaks. La invitación era de las que no hubiera aceptado con el mayor gusto el año antes, porque la expedición, aunque organizada por Mrs. Fisher, estaba manifiestamente pagada por una dama de origen oscuro y de indomables ambiciones mundanas, á la que Lily hasta el momento había evitado conocer. Pero estaba dispuesta á dar la razón á Mrs. Fister; poco importa el que paga, si se hacen bien las cosas. Y el hacer bien las cosas—bajo una dirección competente—era el fuerte de Mrs. Wellington Bry. Esta dama—cuyo marido era conocido con el nombre de «Welly» Bry, en la Bolsa y en los centros deportivos—había ya sacrificado un marido y diversas consideraciones de menor importancia á su deseo de «subir»; y, habiendo intimado con Carry Fisher, comprendió que lo cuerdo era entregarse á su pilotaje. Todo fué, pues, á maravilla: cuando no gastaba de su dinero, la prodigalidad de Mrs. Fisher no conocía límites, y, como lo hizo observar á su discípula, una buena cocina es el mejor medio de abrirse camino en el mundo. Si los invitados no fueron tan selectos como la cocina, los Welly Bry tuvieron por lo menos la satisfacción de figurar, por primera vez, en las noticias de sociedad, en compañía de uno ó dos nombres salientes; y el principal, naturalmente, fué el de Lily Bart.

La joven fué tratada por el matrimonio con toda la deferencia que merecía, y, en la disposición de espíritu en que es-

taba, todos los homenajes eran aceptables, vengan de donde quieran. La admiración de Mr. Bry era un espejo, en el que el contentamiento de sí, no ha mucho habitual á Lily, veía la pureza de sus líneas. No hay insecto que cuelgue su nido de hilos tan delgados como los que sostienen la vanidad humana: el sentimiento de su importancia en una sociedad insignificante bastó para dar á Miss Bart la conciencia, siempre agradable, de su poder. Si aquellas gentes la festejaban, era señal de que todavía ocupaba un puesto privilegiado en el mundo á que aspiraban, y no desdeñaba el goce de deslumbrarlos con sus gracias, y de añadir la estupefacción en que los sumía el descubrimiento de sus múltiples superioridades.

Tal vez, sin embargo, su placer era debido, más de lo que ella creía, á la excitación física del viaje, á los estímulos de un frío seco y de un ejercicio violento, al estremecimiento con el que todo su cuerpo respondía á las emanaciones invernales de los bosques. Volvió á la ciudad deslumbrante y rejuvenecida, con más color en las mejillas, con más elasticidad en los músculos. El porvenir le parecía preñado de una vaga promesa, y todas sus aprensiones fueron disipadas por la viva corriente de su buen humor.

A los pocos días de su regreso tuvo la enojosa sorpresa de recibir la visita de M. Rosedale. Fué tarde, á esa hora en que la mesa del té permanece aún cerca del fuego en una espera amistosa, y su actitud era á las claras la de un hombre que se avendría gustoso á la intimidad de las circunstancias.

Lily, con el vago sentimiento de alguna relación entre la persona de M. Rosedale y las afortunadas especulaciones de ella, trató de acogerle como el deseaba; pero había en el género de la alegría de él algo que helaba la de ella.

Rosedale no tardó en instalarse á gusto, como en su casa, en la silla más próxima, y saboreó el té con paladar crítico, haciendo observar á Lily que debía proveerse en donde él compraba si quería tener un té verdaderamente bueno. No pareció en modo alguno observar la repugnancia que mante-

nia rígida á la joven detrás de la tetera. Tal vez precisamente aquel aire de aislamiento desdeñoso era lo que suscitaba en él la pasión del coleccionador por lo raro y lo inaccesible. En todo caso, no demostró ofenderse en lo más mínimo; parecía completamente dispuesto á suplir con su aplomo el que faltaba á Miss Bart.

Su visita tenía por objeto preguntarla si quería ir á la Ópera, al palco de él, la noche de la reapertura, y, al verla vacilar, la dijo con voz persuasiva:

—Mrs. Fisher vendrá, se lo he asegurado á uno de los mayores admiradores de usted, que no me perdonaría nunca el que usted no viniera.

Y, como Lily guardara silencio, añadió con sonrisa confidencial:

—Gus Trenor ha prometido venir expresamente... Pienso que todavía vendría de más lejos por el placer de verla.

Mis Bart experimentó una viva contrariedad; ya era bastante desagradable oir su nombre acoplado con el de Trenor; en labios de Rosedale la alusión era particularmente desagradable.

—Los Trenor son mis mejores amigos; creo que ellos y yo haríamos mucho camino para encontrarnos—dijo ella.

Y se absorbió en el cuidado de hacer más té.

La sonrisa de su visitante se hizo más familiar todavía.

—La verdad es que no me acordaba ahora de Mrs. Trenor... Ya sabe usted que se dice que el mismo Gus la olvida á veces.

Después, sordamente advertido de que aquello era una nota en falso, añadió con un esfuerzo bien intencionado para cambiar de rumbo:

—A propósito, ¿y Wall Street? ¿Ha estado usted en vena últimamente?... He sabido que Gus ganó para usted una bonita cantidad el mes último.

Lily soltó la caja del té con brusco ademán. Sintió que sus manos temblaban; las cruzó sobre una rodilla para sujetarlas; pero sus labios temblaban también, y por un instante tuvo

miedo de que el temblor se comunicase á su voz. Sin embargo, cuando habló, lo hizo en tono perfectamente desembarazado.

—¡Ah! sí; tenía un poco de dinero que colocar, y Mr. Trenor, que tiene la bondad de ayudarme en estos asuntos, me aconsejó que comprase valores, en vez de ponerlo en hipotecas, como quería el hombre de negocios de mi tía, y resulta que he dado un «señor golpe». ¿No es así como lo dicen ustedes?... Creo que también los da usted á menudo...

Ahora se sonreía, dejando la tensión de su actitud y admitiéndole, con imperceptibles gradaciones de la mirada y las maneras, un poco más adentro en su intimidad. El instinto de la defensa la daba siempre fuerzas para disimular. No era la primera vez que se servía de su belleza para distraer á su interlocutor de un argumento molesto.

Cuando Rosedale se retiró, se llevaba no solamente una respuesta favorable á su invitación, sino también el sentimiento de que se había conducido de manera que adelantasen sus asuntos. Siempre había considerado que tenía la mano ligera y que sabía cómo hay que tratar á las mujeres, y la rapidez con la que Miss Bart «había tomado la alineación»—como hubiera él dicho,—fortificaba la confianza que tenía en su arte de manejar al sexo caprichoso. El modo con que había ella paliado la transacción con Trenor, parecíale á un mismo tiempo un homenaje tributado á su argucia y una confirmación de sus sospechas. La joven era ostensiblemente nerviosa, y M. Rosedale, si no veía otro medio de estrechar sus relaciones con ella, era hombre capaz de aprovecharse de aquella nerviosidad.

Dejó á Lily presa de un acceso de asco y de temor. Parecíale increíble que Gus Trenor hubiese hablado de ella á Rosedale; con todos sus defectos, Trenor estaba garantizado por sus tradiciones; había de faltar á ellas tanto menos, cuanto que eran puramente instintivas. Pero Lily se acordaba con angustia de que había momentos—Judy se lo había confiado—en que Gus, después de beber, «decía tonterías»; no había duda de que en uno

de esos momentos se le había escapado la palabra fatal. En cuanto á Roselade, se preocupaba bastante poco, una vez sufrido el primer choque, de las conclusiones que hubiera podido sacar. Aunque generalmente bastante hábil cuando estaban en juego sus intereses, Lily cometía el error, bastante frecuente en las personas en quienes son innatos los hábitos mundanos, de suponer que la incapacidad de adquirirlos prontamente implica una torpeza general. Porque una mosca se golpee absurdamente contra el cristal de una ventana, el naturalista de salón siéntese inclinado á olvidar que, en condiciones menos engañosas, es capaz aquélla de medir las distancias y deducir de ello conclusiones con toda la precisión necesaria para su bienestar. Y el hecho de que los actos de M. Rosedale, en un salón, indicasen desconocimiento de las leyes de la perspectiva, indujo á Lily á sumarle con Trenor y otros cortos de alcances que ella conocía, y á presumir que un poco de halago y una invitación aceptada, por aquí y por allí, bastarían para hacerle inofensivo. De todos modos, era evidente que había que presentarse en su palco de la Ópera la noche de la inauguración de la temporada; y, después de todo, puesto que Judy Trenor había prometido espigarle aquel invierno, no estaba de más el ser la primera en el campo.

Durante los dos días que siguieron á la visita de Rosedale, Lily se vió acosada por la idea de los derechos, mal definidos, que Trenor tenía sobre ella, y hubiera querido percibir más claramente la naturaleza exacta del trato que parecía haberla puesto en poder de aquél; pero su espíritu se negaba á toda aplicación un poco insólita, y sentíase siempre miserablemente perpleja ante las cifras. Por lo demás, no había vuelto á ver á Trenor desde el día de la boda Van-Osburgh, y, como su ausencia se prolongara, la huella dejada por las palabras de Rosedale se borró prontamente bajo otras impresiones.

En la Ópera, la noche de la función, sus aprensiones se habían desvanecido tan por completo, que el rubicundo rostro de

Trenor, en el fondo del palco de Rosedale, detrás de ella, le dió una agradable sensación de seguridad. Lily no estaba aún completamente reconciliada con la necesidad de mostrarse como invitada de Rosedale, en una ocasión tan notable, y sintió un alivio al hallarse escudada por uno de los miembros de su bando—porque las relaciones sociales de Miss Fisher estaban demasiado mezcladas para que su presencia pudiese bastar de justificación á la de Miss Bart.

Para Lily, siempre excitada por la idea de mostrar su belleza en público, y segura aquella noche de un traje que la realzaba singularmente, la mirada de Trenor, por insistente que fuese, se perdería en la corriente general de las que la admiración de la sala haría avanzar hacia ella. ¡Ah! ¡Qué bueno era ser joven, radiante, deslumbradora, con la conciencia de su esbeltez, de su fuerza y de su elasticidad, con el sentimiento de las líneas armoniosas y de los colores sedantes, con esa embriaguez de ser elevada en un mundo aparte, en virtud de esa gracia incomparable que es el equivalente físico del genio!

Todos los medios parecían justificarse cuando se trataba de alcanzar semejante fin, ó, más bien, por un juego de luz favorable con el que la costumbre había familiarizado á Miss Bart, la causa misma se reducía á la picadura de una aguja en el esplendor general del efecto. Pero las jóvenes brillantes, ligeramente cegadas por su propio brillo, están sujetas á olvidar que el modesto satélite, ahogado en su luz, continúa realizando su revolución y produce calor á la velocidad que le es propia. Si el placer completamente poético de que gozaba Lily en aquel momento no estaba perturbado por el bajo pensamiento de que su traje y su abrigo habían sido pagados indirectamente por Gus Trenor, éste no tenía en su carácter la suficiente poesía para perder de vista estos hechos prosaicos. Sabía solamente que nunca Lily había tenido un aspecto tan «chic»; que no había en la sala otra mujer que pudiera realzar mejor su hermoso traje, y que, hasta el momento, él, á quien le debía ella aquella ocasión de lucimiento, no había recibido

otra recompensa que la de contemplarla en compañía de algunos cientos de espectadores.

Así fué que Lily tuvo una desagradable sorpresa cuando, en el fondo del palco, en donde se encontraron solos durante un entreacto, Trenor la espetó, sin preámbulos y con tono de autoridad chabacana:

—Diga, Lily, ¿qué debo hacer para tener el honor de verla?... Vengo á la ciudad tres ó cuatro veces por semana, y bien sabe usted que con un recado enviado al Club me encontrará siempre; pero parece que usted se ha olvidado de mi existencia ahora, menos cuando quiere que la gane algún dinero...

El que la observación fuese de un perfecto mal gusto no facilitaba en nada la respuesta, porque Lily comprendía claramente que no era aquel el momento de erguir su fino talle y alzar con asombro las cejas, medios con los que de costumbre cortaba en seco los primeros signos de familiaridad.

—Me halaga mucho que desee usted verme—contestó, tratando de bromear, en vez de enfadarse;—pero, á menos que no haya usted olvidado mis señas, le sería fácil encontrarme en casa, cualquier día, por la tarde... Y lo cierto es que he esperado su visita.

Si esperó endulzarle con esta última concesión, pronto se dió cuenta de su error; Gus se limitó á replicar, con un fruncimiento de cejas que en sus momentos de cólera le hacía aparecer más bruto que nunca:

—¿Qué diablos quiere usted que vaya á hacer á casa de su tía? Perder una tarde en escuchar á esos buenos señores que la hablan á usted... Bien sabe usted que no soy aficionado á sentarme á la redonda y charlar; prefiero largarme cuando el círculo se forma... Pero ¿por qué no habríamos de ir juntos á cualquiera parte, á hacer una pequeña expedición como aquel paseo en coche, en Bellomont, cuando fué usted á buscarme á la estación?

Lily tuvo el desagrado de verle inclinarse hacia ella para

hacerla esa proposición, y creyó percibir un aroma significativo que explicaba lo encarnado de su cara y el color reluciente de su frente.

La idea de que toda respuesta un poco viva podría provocar una enojosa exposición, templó su disgusto con prudencia, y contestó riendo:

—No veo muy bien cómo se podría hacer una excursión campestre en la ciudad; pero no siempre estoy rodeada de admiradores, y si me advirtiera usted el día de su visita, me las arreglaría de manera que pudiéramos hablar tranquilamente.

—¡Al diablo la conversación!... Siempre dice usted lo mismo—replicó Trenor, cuyos argumentos carecían de variedad. —Así es como me dió usted largas, el día de la boda Van Osburg... Pero esto quiere decir en buen inglés, que ahora que ha sacado usted de mí todo lo que deseara, preferiría usted á otro.

Había alzado la voz con rudeza al pronunciar las últimas palabras, y Lily enrojeció de contrariedad; pero permaneció dueña de la situación y puso sobre el brazo de Trenor una mano persuasiva.

—No diga tonterías, Gus; no puedo permitirle que me hable ese lenguaje ridículo. Si realmente tiene usted empeño en verme, ¿por qué no iríamos á pasear al Parque uno de estos días? Me parece, como á usted, que sería muy divertido hacer en la ciudad lo que en el campo; si quiere usted nos encontraremos allí, iremos á obsequiar á las ardillas, y me llevará usted por el lago en la góndola de vapor.

Sonreíale al hablarle, y la caricia de sus ojos, que amortiguaba el tono ligero de sus palabras, le hizo repentinamente manejable á voluntad.

—Bueno, entonces va bien... ¿Quiere usted mañana?... Mañana á las tres, al final del mail... Estaré allí á las tres en punta; ¿no me faltará usted, Lily?

Pero, con gran alivio de Miss Bart, para dispensarla de repetir su promesa, la puerta del palco se abrió, y entró Jorge Dorset.

Trenor cedió el terreno de mal humor, y Lily dirigió su más radiante sonrisa al que llegaba. No había hablado con Dorset desde su estancia en Bellomont; pero había algo en la mirada y en la actitud de él que decía que se acordaba del pie de amistosa familiaridad en que habían vivido. Dorset no era que supiese expresar su admiración con facilidad; su cara larga y pálida y sus ojos recelosos parecían siempre parapetados contra la expansión de toda emoción. Pero cuando estaba en juego su propia influencia, las intuiciones de Lily irradiaban como unas antenas más finas que una hebra de seda, y, mientras que le hacía sitio en el estrecho canapé, estaba segura de que él experimentaba un secreto placer al encontrarse al lado de ella. Pocas mujeres se tomaban el trabajo de hacerse agradables á Dorset, y Lily había sido buena con él en Bellomont, y ahora le sonreía divinamente con nueva bondad.

—Pues bien; henos aquí embarcados de nuevo para seis meses de bullicio—dijo él con acento quejumbroso.—No hay ni un átomo de diferencia entre este año y el año último, salvo que las mujeres tienen nuevos trajes y que los cantantes no tienen nuevas voces... Mi mujer es música, como usted sabe; impone una serie de este género cada invierno... Las noches de música italiana, pase todavía, viene tarde y tiene uno tiempo de hacer la digestión. Pero cuando dan á Wagner, hay que atragantarse en la comida, y yo soy quien sufre las consecuencias. ¡Y las condenadas corrientes de aire!... Tiene uno la asfixia delante y la pleuresía detrás... He aquí á Trenor que se va sin echar la cortina... Cierto es que con una piel como la suya, las corrientes de aire no son peligrosas... ¿Ha mirado usted alguna vez cómo come Trenor? Si lo ha hecho usted, se preguntará cómo es que todavía vive; supongo que, en su interior como en su exterior, es todo cuero... Pero he venido á decirla que mi mujer la ruega que venga con nosotros al campo, el domingo próximo... ¡Por el amor de Dios, diga usted que sí! Va á ir una multitud de personas fastidiosas... del género intelectual... Sí, es su nueva manía, ¿sabe usted?, y no estoy se-

guro de que no sea peor que la música... Hay personas de esas con el pelo largo que entablan una discusión al empezar la sopa y no se fijan cuando les pasan los platos. El resultado es que la comida se enfría y que mi dispepsia se agrava... Ese pájaro frito de Silverton los trae á casa; hace versos, ya sabe usted, y Berta y él están intimando extraordinariamente... Ella escribiría mejor que ninguno de ellos, si quisiera, y yo no la censuro porque quiera atraer á los hombres de talento; no pido más que una cosa: no verlos cuando coman...

Esta rara invitación hizo estremecer de alegría á Lily. En tiempo ordinario, no hubiera tenido nada de particular una invitación de Berta Dorset; pero desde el episodio de Bellomont había separado á las dos mujeres una hostilidad tácita. Ahora Lily, con una secreta sorpresa, sintió que su sed de venganza se había calmado. «Si quieres perdonar á tu enemigo, dice un proverbio malayo, empieza por hacerle daño»; y Lily estaba en camino de experimentar la verdad de este apotegma. Si hubiera destruído las cartas de Mrs. Dorset, tal vez hubiese continuado odiándola; pero el hecho mismo de tenerlas en su mano había apagado su resentimiento.

Aceptó la invitación con una sonrisa, bendiciendo aquel lazo que se reanudaba como una probabilidad de sustraerse á las importunidades de Trenor.

XI

Mientras tanto, las vacaciones habían pasado; la estación mundana comenzaba. Todas las noches, la Quinta Avenida se convertía en un torrente de coches que se dirigía á los barrios de moda próximos al Parque, en donde las ventanas iluminadas y las marquesinas tendidas ante las puertas anunciaban la habitual rutina de la hospitalidad. Algunos afluyentes cruzaban el torrente principal, depositando su carga en los teatros,

en los restaurants y en la Ópera, y Mrs. Peniston, desde lo alto de su ventana, atalaya retirada, podía decir á maravilla el momento en que el volumen crónico del sonido aumentaba por una oleada repentina rodando hacia un baile de los Van Osburgh, en que la multiplicación de las ruedas significaba sencillamente que la Ópera acababa de terminar ó bien que había una gran cena en casa de Sherry.

Mrs. Peniston seguía el movimiento ascendente de la estación con tanto ardor como los que tomaban la más activa parte en las diversiones; y, como espectadora, tenía ocasiones de comparar y generalizar que necesariamente no tenían los principales actores. Nadie hubiera podido registrar más fielmente las fluctuaciones sociales, poner un dedo más infalible sobre los rasgos dominantes de cada estación: su monotonía ó su extravagancia, su falta de bailes ó su exceso de divorcios. Recordaba muy especialmente las vicisitudes de los advenedizos, quienes, en cada marea, aparecían en la superficie y no tardaban en desaparecer bajo la ola, ó bien abordaban triunfalmente por encima de todos los escollos envidiosos; y aplicaba gustosamente una notable intuición retrospectiva al destino final de tales gentes, hasta el punto de que, una vez cumplida la suerte de aquéllas, podía casi siempre decir á Gracia Stepney —la confidente de sus profecías—que había previsto exactamente todo lo que debía ocurrir.

La estación actual, Mrs. Peniston la hubiera definido como aquella en que cada cual «se sentía pobre», excepto los Welly Bry y Simón Rosedale. El otoño había sido malo en Wall Street; hubo una fuerte baja, con arreglo á esa rara ley según la cual las acciones de ferrocarriles y las balas de algodón parecen más sensibles á tal ó cual atribución del poder ejecutivo que muchos ciudadanos estimables, ejercitados en todos los beneficios del *Self government*. Hasta fortunas consideradas como independientes del curso de la Bolsa, acusaron una secreta dependencia ó sufrieron una afección análoga por simpatía; las personas elegantes permanecieron en sus casas de

campo ó fueron á la ciudad de incógnito; las grandes recepciones cayeron en desgracia, y las comidas sin ceremonia, entre íntimos, se pusieron de moda.

Pero la sociedad, que se divirtió jugando á la Cenicienta, se cansó pronto de este papel demasiado casero, é hizo buena acogida al hada bajo la forma de cualquier mago lo suficiente poderoso para poder cambiar de nuevo la calabaza en carroza dorada. El mero hecho de enriquecerse en una época en que los fondos de la mayoría están en baja, es suficiente para atraer una atención celosa, y, según los rumores de Wall Street, Welly Bry y Rosedale habían descubierto el secreto de realizar este milagro.

Decían, en particular, que Rosedale había duplicado su fortuna, y se contaba que iba á comprar la casa acabada de construir de una de las víctimas del Krach, que en el espacio de doce meses había ganado doce millones, edificado un hotel en la Quinta Avenida, formado una galería de antiguos maestros, recibido á todo Nueva York, y al que se había hecho salir clandestinamente del país entre una enfermera bien adiestrada y su médico, mientras que sus acreedores montaban la guardia ante los antiguos maestros, y sus huéspedes se explicaban unos á otros que no habían comido en casa de la víctima sino para ver los cuadros... M. Rosedale aspiraba á una carrera menos meteórica. Sabía que tendría que marchar despacio, y sus instintos hereditarios le ayudaban á soportar los sofiones y acomodarse á los aplazamientos. Pero no tardó en advertir que la monotonía general le ofrecía una excepcional ocasión de brillar, y se puso, paciente é ingenioso, á fabricar el marco de su gloria naciente. Mrs. Fisher, en este período, le fué de un inmenso servicio. Ella había lanzado á tantos recién llegados á la escena mundana, que era como uno de esos accesorios tomados del almacén del teatro que anuncian exactamente al espectador experimentado lo que va á pasar en la escena. Pero M. Rosedale sentía poco á poco la necesidad de un ambiente más individual. Era sensible á matices y distin-

ciones que Miss Bart no le hubiera creído nunca capaz de percibir, porque no había en sus maneras variaciones correspondientes; y le parecía cada vez más claramente que Miss Bart poseía precisamente las cualidades completamente necesarias para redondear su personalidad social.

Detalles de este orden no entraban en el campo de visión de Mrs. Peniston. Como muchos espíritus de ojeada panorámica, pasaba por encima de las minucias del primer término, y sabía probablemente en dónde Carry Fisher había descubierto un cocinero para los Welly Bry, mucho antes de estar al corriente de lo que podía ocurrir á su propia sobrina. No carecía, sin embargo, de informadores dispuestos á llenar sus lagunas. El espíritu de Gracia Stepney era, moralmente hablando, una especie de papel cazamoscas, adonde el vuelo zumbante de los chismes iba á parar por una fatal atracción, y en donde se fijaban en la liga de una inexorable memoria. A Lily la hubiera asombrado mucho saber cuántos hechos que la concernían se habían alojado en el cerebro de Mrs. Stepney. No ignoraba en modo alguno que interesaba á las medianías, pero no imaginaba sino una sola forma de medianía, para la cual la admiración de lo que brilla fuera la natural expresión de su inferior condición. Sabía que Gerty Farish la admiraba ciegamente, y, por lo tanto, suponía que inspiraba los mismos sentimientos á Gracia Stepney, puesta por ella en la misma categoría que Gerty Farish, sin la juventud y el entusiasmo para salvar lo demás.

En realidad, se diferenciaban la una de la otra tanto como se diferenciaban del objeto de su común contemplación. El corazón de Miss Farish era un manantial de tiernas ilusiones; el de Miss Stepney, un registro puntual de hechos considerados en relación con ella misma. Tenía sensibilidades que Lily hubiera juzgado cómicas en una persona de nariz llena de manchas rojizas y enrojecidos párpados, que vivía de una pensión y admiraba la casa de Mrs. Peniston; pero la estrechez del régimen á que estaba sujeta la pobre Gracia fortificaba en ella

la vida secreta, como un suelo pobre, al hambrear á ciertas plantas, les asegura una floración más intensa. A decir verdad, no tenía una inclinación abstracta á la malignidad; su antipatía por Lily no provenía de que ésta fuese tan brillante y tan admirada; pero estaba persuadida de que Lily tenía antipatía por ella. Es menos mortificante creerse impopular que insignificante, y nuestra vanidad prefiere ver en la indiferencia una forma latente de enemistad. Algunas pequeñas muestras de cortesía, como las que Lily otorgaba á M. Rosedale, la hubieran conquistado para siempre la amistad de Miss Stepney; pero ¿cómo hubiese podido congeturar que valiese la pena de cultivar semejante amistad? ¿Cómo, además, una mujer que no ha sido nunca ignorada podría medir la angustia de esta injuria? Y, en último término, ¿cómo Lily, habituada á elegir entre innumerables invitaciones, hubiera podido adivinar que había ofendido mortalmente á Miss Stepney al hacerla excluir de una de las raras comidas que daba Mrs. Peniston?

Mrs. Peniston no gustaba de dar comidas, pero tenía un sentido muy elevado de las obligaciones de familia, y, al regreso de los Jack Stepney, después de su viaje de novios, sintió que estaba en el deber de encender las lámparas del salón y sacar su más hermosa vajilla de plata de las cuevas en donde la guardaba la Sociedad de Depósitos. Las raras recepciones de Mrs. Peniston eran precedidas de días de desgarradoras vacilaciones á propósito del menor detalle, desde los puestos de los invitados hasta el dibujo del mantel, y durante una de esas discusiones preliminares confió imprudentemente á su prima Gracia que, como la comida era de familia, podría asistir á ella. Durante toda una semana esta esperanza había iluminado la incolora existencia de Miss Stepney; después la dieron á entender que sería más cómodo que comiera otro día. Miss Stepney estaba al tanto de lo que había pasado. Lily, para quien las reuniones de familia eran acontecimientos de un fastidio sin mezcla, convenció á su tía de que una comida de «gentes *chics*» sería mucho más del agrado de la joven pa-

reja, y Mrs. Peniston, que en asuntos de sociedad se fiaba ciegamente de la experiencia de su sobrina, se dejó llevar á pronunciar el destierro de Gracia. Después de todo, Gracia podía venir cualquier otro día; ¿qué la iba á importar el aplazamiento?

Precisamente porque Miss Stepney podía venir cualquier otro día—y porque sabía sus relaciones en el transcurso de sus veladas desocupadas,—fué por lo que este incidente se dibujó como gigantesco en su horizonte. No ignoraba que se lo debía á Lily, y su sombrío resentimiento se trocó en activa animosidad.

Mrs. Peniston, á la que había ido á ver un día ó dos después de aquella comida, dejó su *chochet* y apartó bruscamente la mirada oblicua con que inspeccionaba la Quinta Avenida.

—¿Gus Trenor?... ¿Lily y Gus Trenor?—dijo repentinamente pálida, hasta el punto que casi se alarmó su interlocutora.

—¡Oh! prima Julia... naturalmente; yo no quiero decir...

—No sé lo que quieres decir—replicó Mrs. Peniston con un temblor de miedo en su vocecilla irritada.—En mi tiempo no se oían nunca semejantes historias... ¡Mi sobrina!... No estoy segura de comprenderte... ¿Es que dicen que está enamorado de ella?

El horror de Mrs. Peniston era sincero. Aunque se jactase de estar incomparablemente versada en la crónica secreta de la sociedad, tenía la inocencia de la colegiala que considera el mal como relegado á los manuales de historia, y no ha pensado nunca que los escándalos que lee en sus horas de estudio puedan repetirse en la calle próxima. Mrs. Peniston había puesto á su imaginación una funda como á los muebles de su salón. Sabía forzosamente que la sociedad «había cambiado mucho»; muchas mujeres á quienes su madre hubiera juzgado «excéntricas» estaban ahora en condiciones de mostrarse difíciles para su lista de visitas. Había discutido con su pastor los peligros del divorcio, y había momentos en que se alegraba

de que Lily no se hubiera casado todavía. Pero la idea de que se pudiera referir un escándalo al nombre de una joven soltera, ó, sobre todo, que se pudiera asociarle ligeramente al de un hombre casado, esta idea era tan nueva para ella, que la consternaba tanto como si la hubieran acusado de no quitar las alfombras en verano, ó de violar otra de las leyes cardinales que rigen la dirección de una casa.

Mrs. Stepney, una vez calmada de su primer susto, empezó á sentir la superioridad que confiere una gran amplitud de espíritu. ¡Era verdaderamente lastimoso desconocer el mundo hasta el punto que lo desconocía Mrs. Peniston!

Se sonrió de la pregunta emitida por ésta.

—Las gentes dicen siempre cosas desagradables... y ciertamente se les ve mucho juntos... Una amiga mía les encontró en el Parque la otra tarde... muy tarde... después de encendidos los faroles... Es lástima que Lily se exhiba así.

—¡Exhibirse!—exclamó Mrs. Peniston.

Se inclinó, bajando la voz, para atenuar el horror de la situación.

—¿Qué se dice?... ¿Que piensa obtener el divorcio y casarse con ella?

Gracia se echó á reir.

—¡Oh, no! No haría eso... Es... es un *flirt*... nada más.

—¿Un *flirt*?... ¿Entre mi sobrina y un hombre casado?... ¿Tienes la pretensión de hacerme creer que Lily, con su físico y todas sus cualidades, no iba á encontrar nada mejor que perder el tiempo con un gordo estúpido que casi puede ser su padre?

Este argumento sonaba tan convincente, que tranquilizó á Mrs. Peniston; recogió su labor, esperando que Gracia Stepney se diese por vencida.

Pero Miss Stepney tenía la respuesta preparada.

—Eso es lo peor; se dice que no pierde el tiempo... Todo el mundo sabe, como dices, que Lily es demasiado encantadora... para consagrarse á un hombre como Gus Trenor, á menos...

—A menos... ¿qué?—exclamó Mrs. Peniston.

Su interlocutora respiró nerviosamente. Era un placer el de irritar á Mrs. Peniston, pero no hasta el punto de encolerizarla. Miss Stepney no estaba bastante familiarizada con el drama clásico, para recordar cómo se recibe habitualmente á los mensajeros de malas noticias; pero tuvo una rápida visión de comidas comprometidas y de su vestuario reducido, como consecuencias posibles de su desinterés. Para honra de su sexo, sin embargo, su odio á Lily prevaleció sobre consideraciones más personales.

Mrs. Peniston había elegido un mal momento para alabar los encantos de su sobrina.

—A menos que—dijo Gracia, inclinándose también y hablando en voz baja, pero acentuando cada palabra,—á menos que no haya ventajas materiales en hacerse agradable á Gus Trenor.

Sintió que el momento era decisivo, y se acordó de pronto de que Mrs. Peniston la hubiera dado su abrigo negro con tiras de azabache al final de la estación.

Mrs. Peniston dejó de nuevo su labor. Otro aspecto de la misma idea se había presentado á su espíritu; sentía que era rebajarse en su dignidad el dejarse torturar los nervios por una parienta sin recursos que llevaba sus desechos.

—Si te complace molestarme con insinuaciones misteriosas—dijo fríamente,—debieras haber elegido por lo menos un día mejor, esperar á que hubiese descansado de la fatiga de la gran comida que he dado.

Ante esta mención de la comida desaparecieron los últimos escrúpulos de Miss Stepney.

—No comprendo por qué me acusas de complacerme en hablarte de Lily. Estaba segura de que no me lo agradecerías—replicó con un relampagueo de cólera.—Pero todavía tengo cierto sentimiento de familia, y como eres la única persona que tiene alguna autoridad sobre Lily, creía que debías estar advertida de lo que se dice á cuenta de ella.

—Pero de lo que me quejo—dijo Mrs. Peniston—es de que no me hayas dicho todavía lo que realmente se dice.

—No podía suponer que tuviera que poner los puntos sobre las íes. Se dice que Gus Trenor la paga sus cuentas.

—¿Que la paga sus cuentas?...—Mrs. Peniston se echó á reir.—No sé de dónde puedes haber sacado semejantes tonterías... Lily tiene su fortuna personal... y yo proveo ampliamente á sus necesidades.

—¡Oh! Todo el mundo lo sabe—interrumpió secamente Miss Stepney.—Pero Lily tiene una porción de trajes elegantísimos...

—Me gusta que vaya bien vestida; así debe ser.

—Seguramente; pero hay también las deudas de juego.

Miss Stepney, al principio, no pensaba aducir este dato; pero aquí, Mrs. Peniston, no podía oponer más que su propia incredulidad. Era como los incrédulos obstinados de que habla la Escritura, á los que hay que aniquilar para conocerlos.

—¿Deudas de juego Lily?... (La voz de Mrs. Peniston temblaba de ira y de sobresalto; se preguntaba si Graria Stepney se había vuelto loca.) ¿Qué entiendes por sus deudas de juego?

—Sencillamente, que si se juega dinero al bridge en las reuniones á que va Lily, pueden perderse grandes cantidades... y no supongo que Lily gane siempre.

—¿Quién ha dicho que mi sobrina juegue dinero?

—¡Dios mío, prima Julia, no me mires como si tratase de indisponerte con Lily... Todo el mundo sabe que es aficionadísima al bridge. Mrs. Gryce me ha dicho que lo que asustó á Percy Gryce fué verla jugar; parece que este joven estaba al principio muy enamorado de ella. Por supuesto que en el ambiente de Lily está completamente admitido que los muchachas jueguen dinero. Por esto se inclinan á excusarla de que...

—¿De qué?

—De que tenga apuros... y acepte los buenos oficios de hombres... como Gus Trenor... y Jorge Dorset...

Mrs. Peniston dió un nuevo grito.

—¿Jorge Dorset?... ¿Hay todavía algún otro?... Deseo saber lo peor, si te place.

—No interpretes mis palabras de esa manera, prima Julia... En estos últimos tiempos Lily ha estado mucho con los Dorset, y él parece que la admira... pero esto es muy natural... y estoy bien segura de que no hay una palabra de verdad en todas las demás historias que se cuentan; pero es cierto que ha gastado mucho dinero este invierno. El otro día, Evia Van Osburgh fué á casa de Celeste á encargar un *trousseau*... Sí; la boda se celebra el mes próximo... y me ha dicho que Celeste le enseñó cosas preciosas que enviaba precisamente á Lily... Y se dice que Judy Trenor ha reñido con ella á causa de Gus; pero siento mucho haberte hablado, aunque ciertamente no lo he hecho sino por pura bondad.

La sincera incredulidad de Mrs. Peniston la permitió despedir á Miss Stepney con una sequedad que era de mal augurio para su «envío en posesión» del abrigo negro; pero los espíritus impenetrables á la razón tienen, generalmente, algún resquicio por donde se infiltra la sospecha, y las insinuaciones de Gracia no se desvanecieron tan rápidamente como Mrs. Peniston lo hubiera creído. Mrs. Peniston no gustaba de escenas, y, en su firme propósito de evitarlas, habíase mantenido siempre aparte de los detalles que pudiera presentar la existencia de Lily. En su juventud no se suponía que las muchachas solteras tuvieran necesidad de una estrecha vigilancia; se las presumía, generalmente, absorbidas por las muy legítimas aspiraciones del galanteo y del matrimonio, y la intervención de sus tutores naturales en semejantes asuntos hubiera parecido tan poco justificable como la de un espectador que se mezclase en una jugada. Había, por supuesto, muchachas *fast* aun en esos tiempos remotos; pero, aunque eran *fast,* no se veía en este hecho, poniendo las cosas en lo peor, sino un exceso de alegría física, en el que no había que censurar otra cosa que una falta de tacto. Hoy la palabra *fast* parecía sinónimo de «inmoral», y la sola idea de inmoralidad era tan desagradable

á Mrs. Peniston como un olor de cocina en la sala; era una de esas concepciones que su espíritu no quería admitir...

No tenía la menor intención de repetir en seguida á Lily lo que la habían dicho, ni siquiera de comprobar su exactitud con un discreto interrogatorio. Ensayarlo solamente era tal vez provocar una escena, y una escena con los nervios excitados de Mrs. Peniston, con los efectos de su gran comida apenas digerida, con su espíritu temblando aún por las impresiones nuevas, era un riesgo, en fin, que juzgaba de su deber el evitarlo. Pero quedaba en el fondo de su pensamiento un sólido depósito de resentimiento contra su sobrina, tanto más denso, cuanto que ninguna explicación ni disensión había de clarificarlo. Era horrible para una joven el permitir que se hablase de ella; por poco fundadas que estuviesen las acusaciones, era censurable que hubiera dado lugar á ellas. Mrs. Peniston experimentaba la sensación de tener una enfermedad contagiosa en su casa, y de estar ella condenada á permanecer sentada estremecida, en medio de sus muebles contaminados.

XII

Miss Bart, á decir verdad, había emprendido un camino tortuoso, y ninguno de los que la criticaban lo comprendía mejor que ella misma; pero se sentía fatalmente arrastrada de un mal paso á otro, y no veía jamás el camino recto sino cuando era demasiado tarde para seguirlo.

Lily, que se consideraba como por encima de los prejuicios estrechos, no había imaginado que el hecho de dejar que Gus Trenor la ganase un poco de dinero pudiera jamás perturbar el equilibrio de su serenidad. Y el hecho en sí mismo parecía también bastante inofensivo, pero era una fuente fecunda de complicaciones perniciosas. Cuando hubo agotado el placer de gastar el dinero, estas complicaciones se hicieron más premio-

sas, y Lily, cuyo espíritu se mostraba capaz de una lógica severa en cuanto se trataba de atribuir al prójimo las causas de sus enojos, Lily se justificaba diciéndose que todo lo que la ocurría de desagradable era debido al malquerer de Berta Dorset. A este malquerer, sin embargo, había sucedido, al menos en la apariencia, una reanudación de amistad entre las dos mujeres. La visita de Lily á casa de los Dorset les había hecho descubrir á ambas que podían prestarse servicios recíprocos; y el instinto civilizado gusta un placer más sutil en servirse de un adversario que en confundirle. Mrs. Dorset, en efecto, se había lanzado á un nuevo ensayo sentimental, del que Ned Silverton, antes propiedad de Mrs. Fisher, era la joven víctima; y en tales momentos—Judy Trenor había hecho una vez la observación—experimentaba la imperiosa necesidad de distraer la atención de su marido. Dorset era tan difícil de divertir como un salvaje; pero, por muy absorto que estuviera en sí mismo, no podía resistir á los artificios de Lily, ó más bien estos artificios eran sumamente adecuados para calmar un egoísmo inquieto. Lo que se había ejercitado con Percy Gryce la ayudaba á servir mejor los caprichos de Jorge Dorset, y aunque en este caso el deseo de agradar la estimulaba de manera menos urgente, las dificultades de su posición la enseñaban á sacar partido hasta de las ocasiones secundarias.

Era poco probable que la intimidad con los Dorset disminuyese sus apuros materiales. Mrs. Dorset no tenía ninguno de los movimientos de prodigalidad de Judy Trenor, y la admiración de Dorset no parecía que debiera expresarse con asuntos financieros, aun cuando Lily tuviese que renovar sus experimentos en esa otra dirección. Lo que pedía por el momento á la amistad de los Dorset era sencillamente su sanción social. Sabía que se empezaba á hablar de ella, pero este hecho no la alarmaba como alarmaba á Mrs. Peniston. En ese círculo, semejante murmuración no era de las más raras; el que una muchacha flirtease con un hombre casado, era sencillamente indicio de que jugaba su última carta. Quien la

asustaba era el mismo Trenor. Éste se había casado joven, y, desde su boda, sus relaciones con las mujeres no tenían nada de esas charlas sentimentales que se entruncan como los senderos de un laberinto: se desconcertó al principio, se cortó después, al verse siempre traído al mismo punto de partida, y Lily sintió que poco á poco dejaba de ser dueña de la situación. Trenor, á la verdad, se iba poniendo de un humor ingobernable. A pesar de sus inteligencias con Rosedale, había sido bastante duramente «tocado» por la baja; los gastos de su casa le abrumaban, y parecía no encontrar por todas partes sino una sombría oposición á todos sus deseos, en vez de la buena suerte que siempre le había sonreído hasta entonces.

Mrs. Trenor seguía en Bellomont; su casa de la ciudad estaba abierta, é iba á ella de vez en cuando para ponerse en contacto con el mundo; pero á las mezquinas diversiones de aquella triste estación prefería los renovados estímulos que encontraba al recibir á sus invitados del sábado al lunes. Desde las vacaciones no había vuelto á insistir para que Lily fuese á Bellomont, y la primera vez que se encontraron en la ciudad, Lily creyó percibir algo de frialdad en aquélla. ¿Era puro descontento de amiga olvidada, ó bien habían llegado hasta ella inquietantes rumores? Esta última hipótesis parecía poco probable; sin embargo, Lily no se sentía completamente tranquila. Si sus simpatías errantes hubieran arraigado en alguna parte, habría sido en la amistad de Judy Trenor. Creía en la sinceridad de la afección que su amiga la profesaba, y aunque esa afección se manifestara á veces de manera algo interesada, la repugnaba incurrir en el riesgo de perderla. De otra parte, percibía claramente las consecuencias de semejante ruptura. Gus Trenor era el marido de Judy: Lily, en ciertos momentos, no tenía razón más poderosa para mirarle con malos ojos y lamentar el deberle favores.

A fin de salir de dudas, Miss Bart, poco después de año nuevo, «se invitó», del sábado al lunes, en Bellomont. Habíase enterado de que la presencia de numerosos huéspedes la pro-

tegería contra una demasiada asiduidad del marido, y la respuesta telegráfica de la mujer: «Ciertamente; venga», parecía asegurarla la habitual acogida.

Judy la recibió amistosamente. Los cuidados de una numerosa recepción sofocaban siempre en ella los sentimientos personales, y Lily no vió cambio alguno en la actitud de su amiga. Sin embargo, no tardó en descubrir que su visita á Bellomont no era una feliz aventura. La sociedad se componía de personas á las que Mrs. Trenor llamaba «somníferas»:—daba este nombre genérico á todas las personas que no jugaban al bridge,—y como acostumbraba á agrupar á todos esos individuos en una misma categoría, los invitaba de ordinario juntos, sin tener en cuenta sus otras características. El resultado era una imposible combinación de gentes, sin más rasgo común que su abstención al bridg—y los antagonismos que germinaban en ese grupo, desprovisto de la sola afición, tal vez susceptible de unificarle, se agravaron esta vez, por el mal tiempo y por el fastidio mal disimulado del amo y del ama de la casa.

En semejantes circunstancias, Judy acostumbraba á recurrir á Lily para fundir los elementos discordantes; y Miss Bart, presumiendo que se esperaba de ella este servicio, se puso en seguida á ello con su celo ordinario. Pero desde el principio sintió una sutil resistencia que se oponía á sus esfuerzos. Si la actitud de Mrs. Trenor para con ella no había cambiado, había ciertamente alguna frialdad en las otras damas. Una alusión cáustica, de paso, á «sus amigos los Welington Bry», ó «al judío que ha comprado la casa Grenier... alguien nos ha dicho que usted le conoce, Miss Bart», probó bien á Lily que estaba en desgracia cerca de esa parte de la sociedad que, aunque contribuyendo lo menos á su diversión, se ha arrogado el derecho de decidir qué forma de diversión debe aceptar. No era más que una ligera indicación: el año antes, Lily se hubiera reído, confiada en el encanto de su persona, para disipar todos los prejuicios que se pudieran tener

sobre ella. Pero se había hecho más sensible á la crítica, y estaba menos segura de su talento para desarmarla. Sabía, además, que si aquellas damas se permitían criticar á sus amigos en Bellomont, era prueba de que no temían criticarla á ella á sus espaldas. El temor nervioso de que algo en la actitud de Trenor pudiera justificar la desaprobación aquella, la hizo multiplicar los pretextos para evitarlo, y al marchar de Bellomont tenía conciencia de haberle fallado todos los fines que se propuso al ir.

Volvió á la ciudad para encontrarse con preocupaciones, que momentáneamente tuvieron el feliz resultado de disipar los pensamientos importunos. Los Welly Bry, después de debates y ansiosas deliberaciones con sus nuevos amigos, habían adoptado la atrevida resolución de dar una gran recepción. Atacar á la sociedad colectivamente, cuando los medios de aproximación se reducen á unas cuantas personas conocidas, equivale á aventurarse por país desconocido con un número insuficiente de exploradores; pero una táctica así ha llevado á veces á brillantes victorias, y los Bry se habían determinado á probar fortuna. Mrs. Fisher, á la que habían confiado la dirección del asunto, había decretado que unos cuadros vivos y música costosa eran los cebos más susceptibles de atraer la presa codiciada, y tras prolongadas negociaciones, gracias á un notable espíritu de intriga, decidió á una docena de mujeres elegantes á que se exhibieran en una serie de cuadros, cuyo arreglo escénico, por otro milagro de persuasión, había aceptado el eminente retratista Pablo Morpeth.

Lily, en este caso, estaba en su elemento. Bajo la dirección de Morpeth, su sentido plástico muy vivo, al que hasta ahora no se había dado como pasto sino problemas de tocador y de mueblaje, halló expresión en el arreglo de los paños, el estudio de las actitudes, el juego de luces y sombras. Su instinto dramático se despertó en la dirección de asuntos, y las fastuosas reproducciones de trajes históricos conmovieron á una imaginación á la que solamente podían llegar las impre-

siones visuales. Pero, sobre todo, había la embriaguez de ostentar su belleza bajo un nuevo aspecto, demostrar que su encanto no era un poder ficticio, que podía modelar todas las emociones humanas en formas nuevas de gracia.

Mrs. Fisher había tomado bien sus medidas, y la sociedad, sorprendida en un momento de tedio, sucumbió á la tentación que le ofrecía la hospitalidad de Mrs. Bry. Sus pocos protestantes desaparecieron entre la multitud que abjuró y acudió; la concurrencia era casi tan brillante como el espectáculo.

Lawrence Selden era de los que habían cedido á los atractivos anunciados. Si no se atenía á menudo al axioma mundano de que un hombre puede ir adonde se le antoje, era por haberse dado cuenta, hacía mucho tiempo, de que no hallaba ningún placer sino en un reducido grupo de espíritus parecidos al suyo. Pero gustaba de los espectáculos bellos, y no era insensible al papel que el dinero puede representar en la realización de los mismos; todo lo que solicitaba de las personas muy ricas era que estuviesen á la altura de su oficio de *empresarios*, y que no gastasen su dinero de una manera tonta. En cuanto á esto, no se podía ciertamente acusar á los Bry. Su casa, marco defectuoso, sin duda, para la vida doméstica, estaba casi tan bien entendida para el desarrollo de una gran fiesta como esos monumentos de recreo improvisados por los arquitectos italianos para poner de relieve la hospitalidad de los príncipes. El aire de improvisación estaba en todas partes de manifiesto: tan reciente, y como instantánea, parecía toda la decoración, que habría que tocar las columnas de mármol para reconocer que no eran de cartón, sentarse en una de las butacas de damasco y oro para asegurarse de que no estaban pintadas en la pared.

Selden, que había hecho la prueba con una de esas butacas, en un ángulo del salón de baile, notó sorprendido que examinaba con verdadera satisfacción cuanto tenía delante de él. El público, obedeciendo al instinto que exige bellos trajes en una bella decoración, había pensado en el marco proporcionado

por Mrs. Bry todavía más que en sí mismo. La multitud sentada, que llenaba la enorme sala, sin que hubiera demasiado barullo, presentaba una superficie de ricos tejidos y de pedrerías en armonía con las paredes festoneadas y doradas, con el espléndido colorido del techo veneciano. En el extremo de la sala se había levantado un escenario, tras un arco del que colgaba un cortinón de damasco antiguo; pero en el tiempo que precedió al primer corrimiento del telón, á nadie le preocupaba apenas lo que aquél podía ocultar: cada una de las mujeres que habían aceptado la invitación de Mrs. Bry, procuraba descubrir cuántas de sus amigas habían hecho lo mismo.

Gerty Farish, sentada al lado de Selden, se hallaba entregada á ese goce ciego y espontáneo que irritaba tanto al espíritu más refinado de Miss Bart. Pudiera ser que la vecindad de Selden influyese algo en la calidad del placer que experimentaba su prima; pero Miss Farish estaba muy poco acostumbrada á explicar la alegría que la causaban escenas de este género por la parte personal que en ellas pudiera tomar; no tenía conciencia sino de una profunda satisfacción.

—¿No es verdad que ha sido muy amable Lily en haberme procurado una invitación?... Carry Fisher no hubiera tenido nunca la idea de ponerme en la lista, y hubiera yo sentido mucho no haber visto todo esto... y en particular á la misma Lily... Alguien me ha dicho que el techo era de Veronés... tú lo sabrás, naturalmente, Laurence... Supongo que es muy hermoso, pero sus mujeres son terriblemente gordas... ¿Diosas? Pues bien; todo lo que puedo decir es que si hubieran sido simples mortales y hubieran tenido que llevar corsé, habrían estado mejor. Nuestras mujeres me parecen mucho más bonitas... Esta habitación está muy bien; todo el mundo parece más brillante... ¿Has visto nunca joyas semejantes? Mira las perlas de Mrs. Dorset: supongo que con la menor de ellas se pagaría el alquiler de un año para nuestro círculo de muchachas. Pero no puedo quejarme por lo que respecta al círculo; ¡todo el mundo ha sido tan bueno!... ¿Te he contado que Lily nos dió

trescientos dólars? Es verdaderamente magnífico por parte de ella... Y después recolectó una porción de dinero entre sus amigas; Mrs. Bry nos ha dado trescientos dólars y Mr. Rosedale mil... Me alegraría fuese menos amable con M. Rosedale; pero dice que no sirve de nada ser huraña con él, porque no nota la diferencia... Lily no puede sufrir el hacer penar á nadie... ¡Oh! Me exaspera cuando se dice que ella es fría y que está infatuada. No es este el parecer de las jóvenes del círculo... ¿Sabes que ha ido dos veces conmigo?... ¡Y había que ver sus ojos! Una de las muchachas dijo que el mirarla valía más que un día de campo... Estaba allí riendo y hablando con las muchachas... no como si hiciese una visita de caridad, ¿sabes?, sino como si se divirtiera tanto como las otras. Así es que siempre me están preguntando cuándo va á volver, y ella me ha prometido... ¡Oh!...

Las confidencias de Miss Farish fueron interrumpidas por la cortina que se abría con el primer cuadro—unas ninfas bailando sobre un césped esmaltado de flores, en las actitudes rítmicas de la *Primavera* de Botticelli.—El efecto de los cuadros vivos depende no solamente de la acertada combinación de luces y de la ilusión producida por las capas de gasa interpuestas, sino también de la correspondencia establecida entre la visión mental y el objeto; para las inteligencias poco capaces son, á pesar de todo, el realce del arte, como figuras de cera superiores; mas para la imaginación que sabe penetrarlas, permiten mágicas ojeadas sobre el mundo intermedio entre el real y el ideal. El espíritu de Selden era de este orden: podía abandonarse á influencias alucinantes tan completamente como un niño á un cuento de hadas. No faltaba á los cuadros de Mrs. Bry ninguna de las cualidades que contribuyen á ilusiones de este género, y bajo la dirección de Morpeth se sucedían con la marcha acompasada de algún friso espléndido, en el que las curvas fugitivas de la carne animada y los fuegos errantes de los ojos juveniles se habían sometido á la armonía plástica sin perder el encanto de la vida.

Los asuntos estaban tomados de cuadros antiguos, y los actores habían sido hábilmente provistos de los papeles adecuados á sus tipos. Nadie, por ejemplo, hubiera podido hacer un Goya más típico que Carry Fisher, con su rostro breve y su tez morena, el brillo exagerado de sus ojos, la provocación de su sonrisa francamente pintada. Una arrogante Miss Senedten, de Brooklyn, reproducía á la perfección las curvas suntuosas de la «joven del Ticiano» levantando una fuente de oro llena de uvas, por encima del oro armonioso de una cabellera y de un rico brocado. Una joven, Mrs. Van Alstyne, del tipo holandés más suave, con una frente alta de venas azules, con ojos y pestañas pálidas, hacía, vestida de seda negra, apoyada en un arco, un Van Dyck característico. Venían después ninfas de Kauffmann poniendo guirnaldas en el altar del Amor; una cena del Veronés, toda de trajes brillantes, de cabelleras esmaltadas de perlas, de arquitectura de mármol; en fin, un grupo de Wateau, comediantas tocando el laud, divirtiéndose junto á una fuente, en un espacio soleado.

Cada cuadro, antes de desaparecer, despertaba en Selden el dón de fantasía, llevándole tan lejos en perspectivas imaginarias, que ni los comentarios continuos de Gerty Farish: «¡Oh! ¡qué bonita está Lulú Melson!...»; ó bien: «Debe de ser Katy Corby aquélla, allí, á la derecha, de púrpura...», no conseguían romper la ilusión. La personalidad de los actores había sido tan hábilmente sometida á las escenas en que figuraban, que hasta los espectadores menos imaginativos hubieron de experimentar, por contraste, un estremecimiento de sorpresa cuando la cortina se corrió de repente, dejando ver un cuadro que era sencillamente y sin disfraz el retrato de Miss Bart.

Aquella vez era imposible engañarse: la personalidad predominaba; el «¡Oh!» unánime del público era un homenaje, no á la obra de Reynolds, *Mrs. Lloyd,* sino á la belleza en carne y hueso de Miss Bart. Había demostrado su inteligencia artística al elegir un tipo tan semejante al suyo, que podía

encarnar á la persona representada sin dejar de ser ella misma. Era como si, en vez de salir de él, hubiera entrado en el lienzo de Reynolds, reemplazando al fantasma de la belleza muerta con todo el esplendor de su gracia viviente. La idea de producirse en una decoración espléndida—pensó un instante en la Cleopatra de Tiepolo—había cedido ante el instinto más acertado de confiarse solamente á su belleza, y había elegido precisamente un cuadro en que ningún accesorio de tocado ó de otro género apartase la atención de su persona. Sus paños pálidos y el fondo de follaje contra el que se mantenía en pie, no servían sino para poner de relieve las largas curvas de driada que se remontaban desde su pie balanceado hasta su brazo levantado. La noble gallardía de su actitud, la sugestión de una gracia que tomaba vuelo, revelaban ese carácter poético de su belleza que Selden sentía siempre en su presencia, pero del que perdía la noción en cuanto no estaba á su lado. La expresión de esto era tan viva, que le pareció que tenía ante él por primera vez á la verdadera Lily Bart, despojada de las trivialidades de su mezquino mundo, y apoderada por un instante de una nota de esa eterna armonía de la que su belleza era una parte.

—No deja de ser atrevido el presentarse en ese traje; pero, ¡caramba! la chica no se ha estropeado aún, y supongo que quería que lo supiéramos.

Estas palabras, pronunciadas por el conocedor experimentado que era Mr. Ned Vad Alstyne—su bigote blanco y perfumado rozaba el hombro de Selden cada vez que la cortina, al correrse, ofrecía una ocasión excepcional para el estudio de un contorno femenino;—estas palabras produjeron en su oyente un efecto inesperado. No era la primera vez que Selden solía celebrar con semejante ligereza la belleza de Lily, y hasta aquí el tono de tal glosa había imperceptiblemente oscurecido la idea que se formaba de ella. Pero esta vez no sintió sino un transporte de indignación y de desprecio; ¡he ahí el mundo en que ella vivía, y por el que su destino la condenaba

á ser apreciada!... ¿Dirígese uno á Caliban para tener un juicio sobre Miranda?

En el largo momento que transcurrió hasta la caída del telón tuvo tiempo para sentir todo lo trágico de aquella existencia. Era como si la belleza de aquella jóven, así desprendida de cuanto la rebajaba y vulgarizaba, le hubiera tendido unas manos suplicantes, desde ese otro mundo en el que él y ella se encontraran no ha mucho, un instante, y en el que él experimentaba una imperiosa necesidad de encontrarse otra vez con ella.

Fué vuelto á la realidad por la presión de una mano extática.

—Lawrence, ¿no es verdad que es demasiado bonita?... ¿No la prefieres con ese traje tan sencillo?... Así se parece á la verdadera Lily... á la Lily que yo conozco...

Vió los ojos admirados de Gerty.

—A la Lily que *nosotros* conocemos—corrigió él.

Y su prima, entusiasmada por la conformidad demostrada con tales palabras, exclamó alegremente:

—¡Se lo diré!... Ella dice siempre que no la quieres.

***

Cuando terminó la representación, el primer movimiento de Selden fué buscar á Miss Bart. Durante el intermedio musical que sucedió á los cuadros, los actores se habían sentado diseminados entre el auditorio, diversificando en apariencia convencional con la pintoresca variedad de sus trajes. Lily, sin embargo, no estaba entre ellos, y su ausencia prolongó el efecto producido sobre Selden; se hubiera roto el encanto de haberla visto demasiado pronto en el medio de que aquel episodio la había tan felizmente separado. No se habían encontrado desde el día de la boda Van Osburgh, y él por lo menos la había evitado intencionalmente. Aquella noche, sin embargo, sabía que, antes ó después, se encontraría á su lado; y si deja-

ba que la multitud discurriese á su antojo en torno de él, sin hacer un esfuerzo inmediato para reunirse á Lily, su dilación no se debía á un resto de resistencia, sino al deseo de abandonarse más tiempo al sentimiento de haber completamente capitulado.

Lily no tuvo un instante de duda sobre la significación del murmullo que saludó su aparición. Ningun otro cuadro había sido acogido con ese preciso testimonio de aprobación; evidentemente, era ella misma la que lo había provocado, y no la efigie que encarnaba. Tuvo miedo en el último momento de arriesgar demasiado, al prescindir de las ventajas de una decoración más magnífica, y la plenitud de su triunfo le dió una sensación embriagadora de poder reconquistado. Como no quería atenuar la impresión que había producido, se mantuvo aparte del público hasta la dislocación que precedió á la cena, y tuvo así una segunda ocasión de mostrarse ventajosamente, mientras que la gente desfilaba tontamente por el salón vacío en donde ella permanecía en pie.

No tardó en ser el centro de un grupo que aumentó y se renovó á medida que la circulación se hizo general, y los comentarios individuales sobre su triunfo prolongaron deliciosamente los bravos colectivos. En tales momentos, perdía un poco de su desdén natural, y concedía menos importancia á la calidad que á la cantidad de admiración. Las diferencias de personas se fundían en una calurosa atmósfera de alabanzas, en la que su belleza se esponjaba como una flor al sol; y si Selden se hubiera acercado uno ó dos minutos antes, hubiese podido verla concediendo á Ned Van Alstyne y á Jorge Dorset la mirada que habría soñado capturar para sí.

El azar hizo, sin embargo, que la llegada precipitada de Mrs. Fisher, cerca de la cual Van Alstyne desempeñaba las funciones de ayudante de campo, disolviese el grupo antes de que Selden hubiera franqueado el umbral de la habitación. Algunos hombres se alejaron en busca de su compañera de cena, y los otros, al acercarse Selden, le cedieron el puesto, con arre-

glo á la tácita masonería de las salas de baile. Lily estaba, pues, sola cuando él se acercó, y encontrando en sus ojos la mirada esperada, tuvo la satisfacción de imaginarse que él era quien la había encendido. La mirada, á decir verdad, ganó en profundidad mientras se posaba en él; porque, aun en aquel momento en que estaba embriagada de sí misma, Lily sintió latir más de prisa su corazón, como le ocurría siempre que Selden estaba cerca de ella. Lily leyó también en los ojos de Selden la deliciosa confirmación de su triunfo; y, por un instante le pareció á él que únicamente por él se cuidaba ella de ser hermosa.

Selden la ofreció el brazo sin decir nada. Ella lo tomó en silencio y se alejaron, no hacia el comedor, sino remontando la corriente que hacia allí se dirigía. Las figuras en torno de ella flotaban, como lo hacen las imágenes en el sueño; apenas sabía adónde la llevaba Selden, hasta el momento en que pasaron por una puerta de cristales, al final de una larga serie de habitaciones, y se encontraron de repente en la paz embalsamada de un jardín. La arenilla crujía bajo sus pies, y en torno de ellos reinaba la transparente oscuridad de una noche de verano. Luces colgantes formaban cavernas de esmeralda en las profundidades del boscaje y blanqueaban el surtidor de una fuente que caía entre nenúfares. Aquel mágico lugar estaba desierto; no había otro rumor que el golpear del agua sobre las hojas espesas de los nenúfares y una onda lejana de música que parecía soplar por encima de un lago dormido.

Selden y Lily permanecían inmóviles, aceptando la irrealidad de la escena como unida á su propia sensación de ensueño. No les hubiese sorprendido que una brisa de estío llegara á acariciarles el rostro, ó ver que las luces aparecidas á través de las ramas se duplicaban en la bóveda de un cielo estrellado. La rara soledad de su alrededor no era más rara que la dulzura de encontrarse allí juntos.

Por fin Lily retiró su mano y dió un pasó atrás; la esbeltez de su traje blanco se dibujó sobre el negro de los macizos. Sel-

den la siguió y, siempre sin hablarse, sentáronse en un banco, cerca de la fuente.

De repente ella alzó los ojos, con la gravedad suplicante de un niño:

—No me habla usted nunca... Piensa usted en mí con dureza—murmuró.

—Yo pienso en usted en todo caso. ¡Dios lo sabe!— dijo él.

—Entonces, ¿por qué no nos vemos nunca? ¿Por qué no podemos ser amigos?... Usted me prometió una vez ayudarme...—continuó ella en el mismo tono, como si las palabras se le escaparan á su pesar.

—No puedo ayudar á usted sino queriéndola—dijo Selden en voz baja.

Ella no contestó; pero su rostro se volvió hacia él con el movimiento ligero de una flor. Selden acercó el suyo lentamente, y sus labios se tocaron.

Ella retrocedió y se levantó. Selden se levantó también y permanecieron frente á frente. De repente Lily le cogió una mano y la apoyó un instante en su mejilla.

—¡Ah! ¡Quiérame usted, quiérame... pero no me lo diga!—suspiró ella mirándole intensamente.

Y, antes de que pudiera él replicar, se volvió, se deslizó bajo la arcada de ramas y desapareció de la luz en la habitación próxima.

Selden se quedó en donde ella le había dejado: conocía bien lo fugaz de los instantes exquisitos para intentar seguirla; pero pronto volvió á la casa, y á través de las habitaciones desiertas se encaminó hacia la puerta. Algunas señoras, con fastuosos abrigos de pieles, estaban ya reunidas en el *hall* de mármol, y en el vestuario encontró á Ned Van Alstyne y Gus Trenor.

El primero, al acercarse Selden, se interrumpió en la elección de un cigarro que tomaba de una de las cajas de plata, hospitalariamente dispuestas cerca de la puerta.

—¡Hola, Selden! ¿También se va usted? Usted es un pícaro

como yo, á lo que veo: no siente usted deseos de ver beborrotear á esas diosas... ¡Señor! ¡Qué exposición de mujeres bonitas!... pero ni una que valga lo que mi primita... Habladme todavía de joyas: ¡como si una mujer necesitara joyas, cuando puede lucir por sí misma!... La desgracia es que todas esas galas las ocultan las líneas, cuando las tienen... Yo no sabía, hasta esta noche, lo bien hecha que está Lily.

—No será por culpa suya si todo el mundo no lo sabe ahora—gruñó Trenor, encarnado por el esfuerzo que hacía para encapillarse el abrigo de pieles.—Me ha parecido de un gusto deplorable... No, nada de cigarro para mí. No se sabe nunca lo que se fuma en casa de estas gentes: probablemente comprará los cigarros el cocinero... ¿Quedarse á cenar? ¡No! Cuando se invita á tanta gente, hasta el punto de que no puede usted llegar á las personas con las que quisiera hablar, lo mismo da cenar en el Metropolitano á la hora del barullo... Verdaderamente ha tenido razón mi mujer en no venir: dice que la vida es demasiado corta para malgastarla en formar advenedizos.

EDIT WHARTON

(Continuará.)

UN CONFLICTO YANKEE-CHILENO

LA CUESTIÓN ALLSOP

No ha sido un asunto de trascendencia puramente nacional el que sirve de título á estas líneas: el caso Allsop representa por sí solo un momento de aguda crisis en la tranquilidad del continente suramericano. Perú, Bolivia, el Brasil, la Argentina, todos estos países, además de los dos directamente interesados, han experimentado grave conmoción en los últimos meses; quién recelaba del espíritu absorbente manifestado por la República angloamericana; quién suscitaba triviales, por no decir dañosas y mortificantes, rivalidades sobre la nación más capacitada para ejercer primacía de influencia en las cuestiones latinoamericanas; unos adoptaban aires protectores, mal vistos por otros, y no faltó quien con espíritu inconscientemente suicida intentaba remover ingratos rescoldos, lanzando á dos Repúblicas hermanas por el despeñadero de una disputa ruinosa, cuyo sesgo amenazaba ser tal, que su desenlace habría sido inevitable avance de la sombra yankee sobre el suelo latino.

¿Cómo podían surgir tan heterogéneos resultados de una controversia cuasi jurídica, diplomáticamente ceñida, en apariencia, á Chile y los Estados Unidos? Para que esta pregunta quede cumplidamente contestada, preciso será recordar algu-

nos antecedentes históricos, no sólo del problema en sí, sino también de las circunstancias accidentales que acompañaron á su nacimiento, y cuya acción se dejó sentir á traves de más de un cuarto de siglo.

Lejos de ser envidiable la situación de Bolivia, podía decirse, sin temor de incurrir en exageraciones, que desde 1848 se encontraba aquel país en un estado de verdadera anarquía militar; la desordenada vida política de la República había de traer forzosamente como resultado apremios de orden económico, y para hacer frente á las necesidades y gastos inevitables del país, uno de aquellos efímeros Gobiernos concertó, con un personaje llamado Pedro López Gama, el que éste le adelantase varias cantidades, cuyo importe se fijó en el valor representado por ciento cincuenta mil toneladas de guano; á su vez, Gama había obtenido el dinero de la Sociedad Allsop y Compañía, entidad que, si bien constituían algunos individuos norteamericanos, estaba registrada y operaba con arreglo á las leyes de Chile, Bolivia y el Perú. Y no podía, por consiguiente, ser considerada como norteamericana por el mero hecho de haber contribuído á formarla hombres de negocios personalmente en posesión de esta última nacionalidad. Deseoso Gama de cancelar su deuda con Allsop y Compañía, transfirióles en 1875 sus derechos contra Bolivia: este Gobierno, en su calidad de deudor, aceptó como válida la subrogación verificada, y cuando, al disolverse la Sociedad, hubo de representarla un liquidador, la Nación obligada trató con éste para afianzar el crédito, comprometiéndose Bolivia á satisfacer á Wheelright, como á tal liquidador, la cantidad de 835.000 bolivianos (1), con intereses de 5 por 100 anual desde Diciembre de 1876, fecha del arreglo, y además, en concepto de atrasos, 240.000 bolivianos. El pago de estas sumas quedaba garantizado con

(1) Un boliviano equivale á cinco pesetas, salvo el cambio.

parte de los derechos de Aduanas percibidos en Arica, y con un tanto del producto neto de unas estacas salitreras propiedad del Estado, y situadas en territorio todavía sometido á la jurisdicción de Bolivia.

Mientras este país arrastraba una vida tan precaria, expuesto á las codicias de sus vecinos y constantemente en zozobra por los repetidos golpes de Estado militares de que era víctima, la República chilena, pobre, de escasa población, y sin recursos naturales, buscaba en el trabajo de sus hijos compensación á tales desventajas. En tanto que el Gobierno hacía explorar todo el territorio, estudiar minuciosamente su fauna, flora y mineralogía, y levantar su mapa general, las provincias del centro se consagraban á la agricultura y al comercio, las del Sur explotaban yacimientos de hulla y las del Norte beneficiaban minas de plata y cobre. Esta clase de trabajos fué internando lentamente á los chilenos en las soledades de Atacama, árida región que negaba el agua al caminante, defendiendo con las torturas de la sed aquellos tesoros mal ocultos por el suelo. Interminables planicies de salitre, escondidas bajo una capa estéril y tenue, eran la tentación y el premio á la vez ofrecidos al espíritu emprendedor de los industriosos exploradores; hombres avezados á duras penalidades, no les arredraba el hálito de fuego que, viniendo desde el fondo del desierto, quería impedir la marcha victoriosa de su esfuerzo, y en su avance irresistible llegaron á franquear las artificiales fronteras alzadas por el *uti possidetis,* poniendo en pugna el derecho del protocolo y las conquistas del trabajador.

Acaso Bolivia no había sospechado lo más mínimo la existencia de tales riquezas, bastantes por sí solas para cubrir mil y mil veces los empréstitos á que hubo de acudir; Chile los había encontrado; el sudor de sus hijos era lluvia fertilizante sobre ellos derramada. Pero la primera sentía el aguijón de la necesidad, y arrastrada por el espíritu inquieto y belicoso de que en su misma vida interna daba prueba, pronto se manifestó de manera acertadamente desfavorable hacia los que ya

llamaban invasores. Mas Chile deseaba paz y trabajo, y las amenazas bolivianas, con la resolución de su Asamblea Legislativa, en sesión de 5 de Junio de 1863, no llegaron por el momento más que á producir un Tratado en 1866, poniendo límite á las pretensiones territoriales de ambos países, cuya frontera se fijaba para lo sucesivo en el grado 24 de latitud Sur (un poco debajo de Antofagasta); pero como quiera que el desierto se extendía mucho más hacia el Norte, se convino también, con objeto de conceder á Chile alguna compensación por la restricción impuesta, que los dos Estados se repartirían por igual los derechos devengados por la explotación de minerales entre los grados 23 y 25. Chile aceptó esto, se avino á pagar cantidades respetables que, por diferentes motivos, eran debidas á varias personas, y pasando por alto el hecho de que Bolivia no le entregaba las cantidades que proporcionalmente le correspondían de las recaudadas en las Aduanas, ni consentía interviniese en el percibo de las mismas, no tuvo reparo en invertir nuevos capitales en salitreras, ni tampoco en emprender la explotación de las minas de plata del desierto de Atacama.

El Convenio de 1866 era letra muerta, pero, además, una revolución derribaba en Bolivia al Gobierno signatario, negando después eficacia legal á lo concertado; mas no por eso adoptó esta vez Chile actitudes belicosas, sino que consintió en iniciar nuevas negociaciones, llegándose al cabo de ellas á un Tratado, el de 6 de Diciembre de 1872, en cuya virtud serían á cargo de la renta de Aduanas (antes percibida íntegramente por Chile) los sueldos de los funcionarios que Bolivia misma nombrase para la región minera comprendida entre los grados 25 y 23.

Entretanto, el Perú alardeaba de su fuerza militar y terciaba en la contienda, diciendo que era preciso defender á Bolivia «contra el usurpador audaz y desvergonzado»; también él sufría la invasión industrial de Chile, y cuando los rendimientos del guano empezaban á decrecer, acrecentándose con

ello la penuria de su Tesoro, pretendió apoderarse de las salitreras de Tarapacá; para ello comenzó por celebrar con Bolivia un Tratado secreto, firmado en Lima el 6 de Febrero de 1873. Coincidía esto con el período crítico de las relaciones diplomáticas entre Chile y la Argentina por cuestiones de límites territoriales, de modo que la ocasión no podía estar elegida con mayor astucia, tanto más, cuanto que los peruanos trataban de incluir á aquélla en la alianza, poniéndola decididamente en contra de Chile. No lo consiguieron, sin embargo, y hubieron de modificar su táctica.

Bolivia se creyó fuerte viéndose amparada con el prestigio militar del Perú, y la Cancillería de La Paz modificó el tono de sus comunicaciones á la de Santiago; como ejemplo de tal contraste, citaremos un hecho: el día 6 de Febrero de 1873, el Ministro boliviano de Negocios Extranjeros decía oficialmente que se felicitaba del amistoso arreglo representado por el Convenio del año anterior; pero en 27 de Marzo, ya concertada la alianza, el mismo Ministro, la misma persona, decía que ese protocolo había de ser sometido previamente á la aprobación de los representantes de la Nación, y en su tono dejaba traslucirse lo dudoso de obtenerla. Efectivamente, el protocolo no consiguió tal sanción, con la consiguiente sorpresa de Chile, que, no obstante ello, se prestó á estipular nuevo arreglo, renunciando á las cantidades devengadas desde 1866 en el territorio de explotación común, siempre que durante veinticinco años no se elevasen los derechos fiscales, y que las personas, industrias ó capitales chilenos establecidos entre los grados 23 y 25 no tuviesen que pagar nuevas contribuciones durante el mismo lapso de tiempo. Acaso Bolivia creyó que todas estas condescendencias eran causadas por debilidad de la Nación chilena, y tal suposición la hizo considerarse autorizada para burlar el nuevo Tratado; el hecho fué que, ya impulsada por sus agobios financieros, ya instigada por el Perú, arrogante en medio de sus abrumadoras deudas, no tuvo la primera escrúpulo en violar lo pactado, creando en 1874 unos tributos

cuya imposición trató de justificar asignándoles carácter municipal, y cuatro años más tarde no se recató para establecer unos derechos de exportación; Chile seguía protestando moderada é inútilmente, y Bolivia, alentada por esta templanza en el reclamar, siguió á su vez avanzando por la senda emprendida, hasta que se decidió á dar el paso definitivo apoderándose de las salitreras *detentadas* (1) por la Compañía de Antofagasta. Esta fué la señal de la guerra; quinientos soldados chilenos desembarcaban en Antofagasta, el 14 de Febrero de 1879, para impedir lo que el Gobierno de La Paz llamaba *reivindicación;* el de Lima pretendió interponer sus buenos oficios; mas creyendo Chile que la conducta del Perú no era todo lo sincera que procedía, pues, á la vez que hacía protestas de amistad, se apresuraba á comprar buques y movilizar sus tropas, declaró el día 5 de Abril rotas sus relaciones diplomáticas con el Perú. La guerra del Pacífico había comenzado.

No hemos de seguirla paso á paso; bastará recordar la conquista de Antofagasta y de todo el litoral boliviano, los combates navales ante Iquique y cabo Agamos, la ocupación de la provincia de Tarapacá, la toma de Tanc y de Arica y la entrada de las tropas chilenas en Lima y Callao, para comprender sus resultados militares. Con Perú, maltrecho, celebró Chile un tratado por el cual adquiría durante diez años las provincias de Tanc y Tarapacá, debiendo después someterse á un plebiscito la suerte de esas regiones; de Bolivia obtuvo la provincia de Antofagasta y todo el desierto de Atacama, privándola de su litoral (2).

Con ser de gravísima importancia para los dos países vencidos el desenlace de su infortunada lucha, lo era más aún la situación económica en que les había sorprendido. Perú tenía una deuda de 213 $^1/_2$ millones de soles (1 sol = 5 francos)

(1) Frase oficial de Bolivia, según Barros Arana.

(2) La extensión superficial de Perú se redujo en 51.481 kilómetros cuadrados por efecto de la guerra. Bolivia perdió 50.000, próximamente.

antes de empezar la guerra, pero contaba con los ingresos cuantiosísimos de la Aduana en Arica; y lo mismo sucedía á Bolivia, cuya deuda había subido de 16 á 30 millones de bolivianos en los seis años anteriores á la guerra, y que ya no tenía ni la salida al mar ni las regiones salitreras de Atacama; habían desaparecido las garantías reales del empréstito Gama, mejor dicho, del crédito Allsop; aquí estaba el arranque de la cuestión que más tarde había de dar tales disgustos á la nación chilena.

Concluída la guerra, no fué posible á Chile concertar con Bolivia un Tratado de paz íntegro y definitivo, por impedirlo varias circunstancias, y entre ellas las revoluciones que en este último país se sucedieron á consecuencia del desastre sufrido; todo lo que logró fué firmar, en 4 de Abril de 1884, una tregua indefinida, cuyo término, si alguno de ambos Gobiernos lo deseaba, debía de anunciarse al otro con un año de antelación, y reservando Chile á Bolivia un 35 por 100 de las entradas percibidas en la Aduana de Arica, para que de él dispusiera libremente (1).

Ya fuese porque los Estados Unidos no fiasen mucho en que la Administración boliviana destinara ese 35 por 100 á las reclamaciones americanas, ya porque lo considerase insuficiente, ó en todo caso porque vieran en Chile mayores garantías de solvencia que en Bolivia, el caso fué que en 1884, cuando la República vencedora estaba atendiendo á las reclamaciones de los neutrales por daños causados durante la guerra, comenzaron los yankees á apremiar á Chile para que sus demandas fueran satisfechas; esas demandas se referían al pago de la deuda Allsop, contraída por Bolivia mucho antes de la guerra;

(1) En 4 de Abril se pactó fuese un 75 por 100 íntegro para pago de reclamaciones chilenas; pero en 8 del mismo mes se redujo al 40, quedando el resto destinado al fin que se dice en el texto.

logró, sin embargo, Chile un aplazamiento que aprovechó para resolver múltiples y graves cuestiones, así interiores como diplomáticas, y hasta 1888 no volvió la cancillería norteamericana á insistir en el particular. Pero en 1890 lo hizo nuevamente, también con dudosa oportunidad, como no pudieron menos de reconocer los gobernantes de Wáshington (1), á quienes, por lo visto, urgía mucho resolver una cuestión que, dicho sea de paso, no había fundamento para querer poner á cuenta de Chile, máxime no estando determinadas todavía, mediante un Tratado entre los dos países contendientes, las obligaciones de que cada uno debería hacerse cargo.

Bueno es reconocer que en esta primera fase del asunto, la actitud de los Estados Unidos podría ser inoportuna y ligeramente desviada de los rectos principios del derecho internacional; pero, en medio de todo, tenía una disculpa: la de que sólo buscaba evitar el olvido de la obligación contraída respecto de la Sociedad Allsop. Decimos que las gestiones eran inoportunas, pues á la sazón habíanse suscitado diferencias entre el Poder Legislativo y el Ejecutivo, dando lugar á discordias entre el Norte y el Sur de Chile, y además porque ya eran de bastante importancia para absorber la atención del Gabinete de Santiago las dificultades todavía no zanjadas y que ocasionara la cuestión de las indemnizaciones debidas á súbditos europeos. Y en cuanto á la tacha de ser poco jurídico el sistema de reclamación, por si no bastase á justificarla esa consideración ya apuntada, de no estar todavía reanudadas con Bolivia de una manera formal y concreta las relaciones diplomáticas, y de seguir, por consiguiente, sin especificar las responsabilidades incumbentes á cada una de ambas potencias, probáralo la presunción, implícitamente envuelta en la reclamación, de que aquella deuda contraída por Bolivia se había convertido en obligación propia de Chile. Claro es que, dados

(1) Véase el llamado *Memorándum Knox*, exposición publicada recientemente por la Cancillería norteamericana.

los precedentes administrativos de la primera nación, los acreedores podían considerarse muy beneficiados con semejante cambio, y tal vez esta consideración movió á los Secretarios de Estado norteamericanos á dar por hecha esta subrogación y aun decidirse á imponerla en caso necesario; de esta manera, y suponiendo que más adelante fuera preciso acentuar la acción diplomática (y aun sustituirla por otra más eficaz y menos suave), contábase con la ventaja representada por la circunstancia de que así como era bastante fácil intentar un golpe de audacia contra Chile, país plenamente abierto al mar, la empresa hubiera sido prácticamente imposible contra Bolivia á quien las desventuras de la guerra, privándola de sus costas, habían puesto al abrigo de cualquier agresión de las escuadras norteamericanas.

En el año 1891, Chile concibió la esperanza de que las negociaciones iniciadas para celebrar un tratado de paz tendrían éxito lisonjero, y partiendo de tal supuesto y del de que Bolivia le otorgaría las ventajas exigidas por aquél para encargarse de la deuda Allsop, al contestar el Gabinete de Santiago á una nueva reclamación de Wáshington, prometió pagarla; el proyecto de Protocolo consignaba la cantidad de 835.000 bolivianos, y esa misma fué la ofrecida por el Ministro chileno al norteamericano, pero aquel proyecto no llegó á ser aprobado (1), con lo que huelga decir caían por su base todas las ofertas condicionales que el presunto deudor había hecho.

Una cosa análoga sucedió el año 1895 (2); de modo, que en ninguna de ambas ocasiones resultó que Chile declaraba ser suya aquella deuda, sino que si Bolivia aceptaba determi-

(1) Exposición del Ministro chileno Edwards sobre el asunto Allsop, en contestación al *Memorándum Knox*, publicado por la Cancillería norteamericana.

(2) Hubo, sin embargo, un Tratado, puesto en vigor por ley chilena del año siguiente.

nadas condiciones, él se obligaría á satisfacer un compromiso que conceptuaba boliviano (1).

Cinco años más tarde, los Estados Unidos continuaban insistiendo, lo cual decidió á Chile á convenir con aquel país en someter el asunto á la decisión que dictase una Comisión. Así se hizo en 1900, y al año siguiente, el tribunal arbitral así formado, y que funcionaba en Wáshington, dictó una sentencia declarando que la Sociedad Allsop y Compañía era de nacionalidad chilena. Medianamente recibió este fallo la opinión de los Estados Unidos, porque si bien no negaba el derecho de los reclamantes, hacía constar que la entidad Allsop y Compañía tenía nacionalidad chilena, lo cual quitaba á la cancillería de Wáshington fuerza moral para seguir interponiendo su valimiento (2). Pero los Estados Unidos no tenían inconveniente en olvidar sus antiguas opiniones, como perjudicaran á sus designios, que así lo habían hecho varias veces; y en el presente caso, al pretender que fuese Chile el encargado de satisfacer la deuda discutida, fundándose en que había tomado posesión de los terrenos que garantizaban su pago, contradecía violentamente la injustificada negativa de sus diplomáticos que el año 1898 se negaban á aceptar la responsabilidad de la deuda hipotecaria cubana.

---

(1) La nota chilena deja un poco oscuro este punto, porque es positivo que el año 1895 se concertó un Tratado de paz entre los dos países beligerantes, promulgándolo Chile por ley de 26 de Junio de 1896. Al parecer, no se incluyó la deuda Allsop entre las enumeradas en el art. 2.º del mismo, y probablemente esta omisión y la declaración que Chile hacía en el siguiente artículo, de no aceptar ninguna otra responsabilidad, dió lugar á ulteriores negociaciones que culminaron en el Tratado de 1904.

(2) En 1884 el Secretario de Estado, Mr. Frelinghuysen, se negó á intervenir en favor de la Compañía salitrera del Perú, fundándose en que no gozaba de nacionalidad norteamericana. La doctrina jurídica contenida en la respuesta y fundamentos en que dicho Secretario se apoyaba está explícitamente consignada como principio de derecho en la obra semioficial, tantas veces citada, *Digest of International Law*.—La sentencia del Tribunal de Wáshington lleva la fecha de 8 de Febrero de 1901.

En los años subsiguientes al fallo del tribunal arbitral, continuaron los Gabinetes de Casablanca y Santiago discutiendo el asunto, aunque siempre sobre la base de las formales seguridades dadas por el primero de que en aquella enojosa cuestión no pretendían terciar más que de una manera amistosa, y sin que sus gestiones pudieran jamás ocasionar la ruptura de las relaciones diplomáticas (1). Concertóse, por fin, un Tratado de paz entre Bolivia y Chile en 1904, y este país se comprometió á emplear dos millones de pesos oro en el pago de varias deudas bolivianas especificadas en el Tratado, una de las cuales era la reconocida á favor de D. Pedro López Gama, representado por los Sres. Allsop y Compañía, subrogatorios de los derechos de aquél. Y tratándose de una suma fija y de varios créditos, era natural que aquella cantidad se distribuyese entre todos estos á prorrata de su respectiva importancia. Es más: los Estados Unidos, haciéndose cargo de la naturaleza del asunto, habían declarado que si Chile no pagaba toda la deuda, repetirían por el resto contra Bolivia (2).

A pesar de que Chile cumplía con ofrecer lo que equitativamente correspondía en el reparto á los reclamantes, Wáshington no se conformó, y en el deseo de la República latina de que no se alterasen las pacíficas relaciones que sostenían con la del Norte, se avino á someter á un arbitraje la cuantía de lo debido á la Sociedad Allsop. No por eso dejó de hacer constar que lo hacía movida de un elevado espíritu de conciliación y sin admitir por ello el pretendido derecho de los Estados, Unidos á terciar diplomáticamente, derecho que Chile impugnaba por medio de textos anteriormente alegados por Norte-América en otras cuestiones y consignados en publicaciones de carácter semioficial de dicha República sajona. Pero los yankees rechazaron incondicionalmente dicha proposición en

(1) Declaraciones de 29 de Diciembre de 1902 y 12 de Agosto de 1905.

(2) Comunicaciones del Encargado de Negocios de los Estados Unidos al Ministro chileno de Relaciones Exteriores; fecha, 27 Julio 1907.

18 de Noviembre de 1909: no querían avenirse á razones; no recordaban que habían ofrecido no tomar de este asunto pretexto para romper las relaciones diplomáticas; no recordaban el fallo del tribunal de Wáshington, ni siquiera querían fijarse en que intervenían en nombre de una entidad cuyo derecho á reclamar estaba en litigio ante los tribunales chilenos...; la contestación de los Estados Unidos fué pura y simplemente que: ó el Gobierno chileno firmaba inmediatamente un protocolo de sometimiento á decisión arbitral sin derecho á defenderse, ó entregaba la cantidad que el norteamericano fijaba por sí mismo; y si á ninguna de ambas cosas accedía, quedaban rotas las relaciones diplomáticas.

Ocioso es ponderar el efecto producido en la América latina, y principalmente en Chile, por el intransigente Ultimátum de los Estados Unidos. Recibido el día 18 por el Gabinete de Santiago, en el día siguiente, 19, el Ministro Edwards enviaba al representante norteamericano en Santiago una Nota-respuesta, que era la mayor acusación de injusticia contra el Gabinete de Wáshington. Uno de sus párrafos, bajo la forma de noticia, era la palpable demostración del atropello. «Ante esos mismos Tribunales de la República Chilena—decía el Sr. Edwards—se ventila en la actualidad un juicio entablado por ciudadanos chilenos contra Allsop y Compañía sobre nulidad de transferencia del contrato de Pedro López Gama... Si el fallo de los Tribunales de Justicia es favorable á la nulidad de la transferencia, la firma de Allsop y Compañía desaparecerá como acreedora.» ¿Quisieron, acaso, los Estados Unidos evitar este resultado? Ningún motivo tenemos para suponerlo; pero si así hubiera sido, diérase el caso de que, no contentos con despreciar caprichosamente una sentencia arbitral dictada en su propio país, y con exigir á Chile la firma de un humillante protocolo, habían pretendido burlar la acción de la justicia y despojar á los particulares de su derecho á reclamar sus bienes.

Ante una desconsideración tan manifiesta, ante semejante atropello, era inevitable un despertar de los más amortiguados sentimientos de solidaridad latina. La República Argentina olvidó pasados disgustos; Brasil borró de su memoria el recuerdo de mortificantes rencillas; á los dos países faltó tiempo para apresurarse á interponer sus buenos oficios, y desviar el asunto de la peligrosa senda por la que lo encaminaban las vehemencias de Casablanca. Estas solícitas mediaciones, y acaso la íntima persuasión de los Estados Unidos de que el derrotero emprendido podría alejarles de la América latina más de lo que sus propias torpezas, violencia y falta de iniciativas venían haciéndolo (1), les decidió á deferir á las indicaciones de dichos países conviniendo en someter íntegramente el asunto á la mediación del Rey de Inglaterra con expreso compromiso, por ambas partes, de tener por válido y ejecutivo el laudo que dictara; así se consignó en el Protocolo firmado el día 1.° de Diciembre en la ciudad de Santiago. Conjurado el peligro, debía renacer la tranquilidad.

Pero las pasiones bajas y mezquinas no se avienen sin protesta á dejarse aniquilar por una explosión de nobles y elevados sentimientos; semejantes á viles alimañas, ya que no pueden ahogar la lozana planta que las domina y las resiste, manchan y afean el brillo de las flores, empañando, envidiosas, su esplendor. La murmuración rastrera quiso ver en la conducta del Brasil un deseo ruin de arrebatar á su hermana el prestigio logrado años antes con la gallarda declaración del Ministro Drago, y, por otra parte, reprochó á la República Argentina un desmedido afán de dirigir á las demás naciones del Sur de América, aprovechando todas las coyunturas para la afirmación de su pretendida primacía. Los diarios de Lima comentaban con insensato regocijo las graves dificultades en que Chile

(1) Véase la información de la *American Academy of Political and Social Science* sobre este punto, publicada en sus Anales correspondientes al año 1903.

se veía envuelto, y después de echarle en cara su tibieza de otras ocasiones para aceptar la doctrina sobre el cobro de las deudas públicas, decíanle que recordase su proceder opresor en las provincias arrebatadas al Perú á consecuencia de la guerra del Pacífico, y que no debía invocar la solidaridad americana, sino más bien ver en aquella conducta, de que tan amargamente se quejaba, la repetición de sus mismas acciones al negarse á dar solución definitiva á las cuestiones, todavía pendientes, comprendidas en el Tratado de Ancón (1).

Débiles fueron, en verdad, aunque tristemente sintomáticos, esos gritos discordantes, que no lograron sobrepujar á las expresiones de simpatía y sentimiento suscitadas como protesta contra la violencia de que Chile era víctima. Periódico hubo (2) que preguntó si no debía considerarse llegado el caso de unirse los Estados de la América meridional, constituyendo firme alianza que opusiera un fuerte dique al espíritu invasor del Coloso del Norte. Desgraciadamente, ni la reflexión ni el prestigio militar han servido hasta hoy para mantener la cohesión entre las diferentes regiones latinoamericanas, y quién sabe si los Estados Unidos no consideran como parte de su política mantener vivos los gérmenes de discordia para impedir que, antes de unirse los dos Océanos á través del Istmo, se haya formado una poderosa alianza que obstruya el tan soñado avance hacia el Sur.

Pío Ballesteros

---

(1) Parece ser que no había aceptado Chile la doctrina de Drago sobre este punto; pero explica su actitud diciendo que su declaración fué que aceptaría dicha doctrina, no como principio de derecho internacional americano, sino universal.

(2) Véanse, por ejemplo, *El Mercurio*, de Santiago, 25 Noviembre, y *La Unión*, de Valparaíso, 11 Diciembre.

Escritas y dadas á la imprenta las anteriores páginas, han surgido graves disensiones entre Chile y el Ecuador: las primeras son un retoño de la conquista de Tacna y Arica; las segundas son la rebeldía contra un fallo arbitral en cuestiones de fronteras.

ÚLTIMO DÍA DEL PAGANISMO Y PRIMERO DE... LO MISMO

Cuando el Sr. Costa vino á Madrid en Octubre último, llevaba dos obras en elaboración: la primera, de psicología colectiva, sobre el tema siguiente: **Si España posee aptitudes para ser una nación moderna,** con algún corolario político de tan excepcional interés práctico y científico como este: «dada una situación de tan acentuada anormalidad como la que resulta del precedente análisis, género de revolución que se habría menester para reponer á la nación en su centro, y cómo los profesionales de la política, sin excluir la extrema izquierda más revolucionaria, caminan como de caso pensado vueltos de espalda á aquella exigencia, haciendo juntamente política inorgánica y doctrinaria». Hubo propósito de dar á conocer en el Ateneo de Madrid la parte más concluída de este trabajo; pero surgieron á última hora dificultades en la respectiva Sección, y el autor optó por aplazarlo, dejándolo para mejor ocasión.

La otra obra es de índole predominantemente artística en la intención, y se intitula **Ultimo día del paganismo y primero de... lo mismo**. Un subtítulo reza: «Narración histórica del siglo IV y argumento para un drama del siglo XX.» El autor se ha propuesto con ella reconstituir, vestir de carne y llamar á nueva vida el breve período que corre desde el año 378 al 409, la más grande crisis de la humanidad hasta el presente día: tránsito del paganismo al cristianismo y del latinismo al germanismo.

En ella entran como factores históricos, cuáles personales, cuáles representativos, los emperadores Gratiano, Valente, Valentiniano y Theodosio; los usurpadores Máximo y Eugenio y sus ministros Andragathos y Arbogasto; Flaccilla, Nebridio, Justina, Galla, Eucherio; el vándalo Stilichón; la española Serena, su mujer, y sus hijas María y Thermancia; Salvina, hija de Gildon; el gran Praetextato, praefecto de Roma y pontífice de los dioses; Paulina, su mujer; Ossio, obispo español y ministro de Cultos en Oriente; el obispo mesogodo Ulfilas; Arcadio, Eudoxia, Au-

gusta Pulqueria, la princesa niña; Fritigern, Alarico; Macedonio, Asterio, Theophilo, Arsenio (San), Arsacio, Arrio, Athanasio, Macrobio, Ammiano Marcelino, Eutropio, Rufino, Vigilancio, Paula (Santa), Eustochium (Santa), Melania (Santa), Cynegio de Zaragoza, Anthemio, Themistio; Therasia, de Alcalá; su marido Paulino aquitano; los prelados cristianos de Ilerda y Tarraco; Dámaso y Ursino; Prisciliano, Latroniano, Eucrocia, Symphosio y Dictinio; los poetas Ausonio, Prudencio y Claudiano, Licinio bético y Theodora, Paciano (San), Nicomacho Flaviano, Libanio, Symmacho, Eusebio Hieronymo (San), Vigilancio de Barcelona, Dynamio burdigalense, Juan Chrysóstomo, Augustino (San), Licentio, poeta y militar; Didymo, Veriniano y Lagodio, hijos de Taciano y Aglae; Epasto, Eudoxio y Rufino, Eutropio, etc. Además de Numisio y Numisiano, Siricia Natal, la niña Engracia, Crescente, Publio Sura y su hija la viajera Etheria; el arriero Márculo; Atracto, librero; el gobernador Macrino; Ambato, obispo; Pacieco, dramaturgo de Tarraco; Egnatius, preceptor de Therasia; Leticia, esclava de Sylvia; Thamiris y Svanhild, jóvenes godas; Bilistago Publicio, el hostalero igualadino de la mansio, y otros.

La acción se desarrolla en diversas regiones y localidades de Europa y de Asia: Cauca (Coca, provincia de Segovia), Clunia, Numancia, Cascantum, ríos Segre, Jalón, Queiles, Eresma, Ebro; Barcino, Nertobriga (Calatorao), Tarraco, Ilerda (Lérida), Beliasca, (Corbins), Roma, Thessalónica, Sirmium, Bósphoro, Byzancio (Constantinopla), Chrysópolis, Thracia, Andrinópolis, Philipópolis, Moesia, Nicópolis, Scotume, Sextos y Abydos, Ilion, Milán, Rávena, Aquileia, Pollentia, Portus Trajani, Bajae, Treveris, Burdigala (Burdeos), Bergidum (El Vierzo), Corinto, Antioquía, Jafa, Bethleem, monte Athos...

La obra, en su género, es extensa, y su texto va por la mitad. Hemos obtenido del autor tres muestras ó fragmentos, y los insertamos á continuación, como episodios sueltos, sin guardar entre sí ningún orden.

*
* *

DEL CAPÍTULO X

Para ir á Turnovas, tenía Numisio que recorrer aquella calzada anterior á la conquista romana, que unía por tierra la capital interior de los Ilergetes (Ilerda, Lérida) con su puerto principal del Mediterráneo (Barcino, Barcelona). Las autoridades romanas no tuvieron que hacer sino mejorar esta impor-

tante arteria de comunicación, ensancharla á trechos y dotarla de cunetas y de miliarios, como más adelante de mansiones.

Podría Numisio haber ordenado á Turnovas que le sacaran al puerto carruaje, montura y escuderos, á no oponerse aquella gran depresión de ánimo que á trechos era irritación y le consumía en contados minutos su menguado repuesto de aguante y de paciencia. Prefirió entenderse con un *jumentarius* ó alquilador de cabalgaduras, y tomar un caballo de alzada y de buena andadura para montar, con dos espoliques que le acompañaran y sirvieran.

Mucho antes del orto del sol, cuando aún no empezaba á querer despuntar el día, salió Numisio de Barcino, alumbrado por la luna llena, atravesando el suntuoso caserío, testimonio de la verdad con que Rufo Festo Avieno llamara á esta ciudad «deliciosa mansión de millonarios», *amoena sedes ditium*, cruzando por la *porta Ilerdensis* la muralla monumental, obra de P. Cornelio Scipión, recién restaurada, hollando el espléndido tapiz que formaban las huertas del ejido, divididas en centurias por los agrimensores romanos y cuidadas como un jardín, con su espesa red de brazales que las fertilizaban con el riego de sus pingües y sabrosas aguas, *uberque semper dulcibus tellus aquis*, acreditando el dictado de *amoena Barcino* con que la cualificara Paulino aquitano.

No habría podido Numisio sospechar el día de prueba que le aguardaba.

Como dos horas después de haber cruzado nuestro viajero la zona del ejido, saltó el sol de su mullido lecho de cirrus esmerilados y casi transparentes, para sumergirse en seguida en un baño de oro: los que habían sido brillantes tintes de rosa, azucena y esmeralda, fuéronse rápidamente fundiendo y polarizándose en fantásticas franjas de gasa multicolor, hasta resolverse en un vapor sutil y en seguida desvanecerse del todo. En las primeras horas todo marchó bien; pero de repente, casi sin transición, el calor atmosférico hízose insoporta-

ble: ya á las ocho, hacia Martorell, el sol quemaba tanto como ordinariamente en los días más calurosos del año al mediodía. Se había producido un desequilibrio atmosférico que era de temer estallase en desaforada tormenta. Al pronto, Numisio no se dió cuenta del fenómeno: á medida que se alejaba de Oriente y se aproximaba á Turnovas, su aire abstraído se acentuaba, tornándose más tétrico y sombrío. Nada más parecido á un mudo, sordo y ciego, insensible á toda influencia exterior, como si el mundo le fuese indiferente é ignorase que llevaba compañía; ni una observación, ni una orden, ni un terno. No le ocurrió asomar la cabeza al paso de sus obradores de vidriería; más aún, ni se acordó de que tales manufacturas existiesen. No advirtió que estaba cursando el atajo y vadeando la corriente del Rubricatus (Llobregat), ni tuvo curiosidad de volver la cabeza para admirar una vez más la bizarra mole de Monserrat. Cruzó la plana de Urgel sin hacer los acostumbrados calendarios sobre su ya vieja manía de sangrar el alto Segre para riego y transformación de la abrasada planicie. Su sombra y la de su cabalgadura se recortaban fuertemente, como un tachón negro movible, sobre el afirmado de la calzada. Maquinalmente, sin conciencia de lo que hacía, Numisio se desabotonó la *paenula* ó capote, y acabó por despojarse del todo de ella, quedándose con sólo la túnica interior encima de la *subucula* (camisa).

El vino que los espoliques llevaban para el camino en un pellejo estaba á punto de ebullición y no les aliviaba la sed. A dicha, pronto llegarían al torrente de Aguilar, en cuya orilla derecha, inmediata á la calzada, manaba de la peña viva una fontana de agua fresquísima, la cual se derramaba por un caño de hierro en una concha de piedra para regalo de los caminantes; caía luego en un pilón y servía de abrevadero á las bestias, y acababa por recogerse en un estanque ó alberca para riego de una huerta de razonable extensión, que daba ocupación y sustento á una familia y exquisito pasto para un colmenar y un conejar, esta ganadería de los pobres. Ya estaban á

pocos pasos de distancia, ya los espoliques sedientos creían escuchar la rumorosa salmodia de cristal de la fontanilla desgranándose cadenciosamente sobre el tazón y la pila, cuando llegados á ella vieron consternados, ¡ay dolor!, que la fontana estaba muda, que no destilaba ni un hilo ni una gota de linfa; que, lo mismo que el riachuelo, había acabado por secarse; que así las hortalizas como la hierba de la huerta y las matas de las márgenes se estaban mustiando por instantes; que las frutas de los árboles se desprendían marchitas de las ramas, y el hortelano desalojaba á toda prisa el colmenar, trasladando las colmenas á la sombra de la *mutatio* próxima, orientada al boreas (cierzo), y sirviéndoles en platos de barro, además de hidromiel, agua traída á lomo desde larga distancia, para cargarlas en mulas cuando llegase la noche y transportarlas una jornada cara al Pirineo, donde el calor apretaba menos y quedaba alguna humedad, donde duraba aún la flor de tomillo salsero y empezaba ya á abrirse la de cardillo de uva. El chasco del caballo, que también conocía la fuente, no fué menos cruel que el de los espoliques. A fuerza de rogar, obtuvieron éstos un poco de agua, relativamente fresca, de la cueva de la *mutatio* (estación de relevo); hicieron *posca* con ella, mezclándole vinagre del que llevaban en un pomo dentro del zurrón; la bebieron con avidez, refrescaron la boca del caballo, y emprendieron nuevamente la caminata un instante interrumpida. Numisio no se había dado por enterado de nada.

No eran más ardientes los calcinados desiertos de la Libya que la tórrida solana, más que pirenaica sahárica, por donde á esta hora transitaban. Ni un soplo de brisa que refrescara la piel y agitara la fronda; ni un jirón de bruma, tamaño como la mano, que entoldara un rincón, siquiera minúsculo, de aquella atmósfera en ignición; ni una ráfaga de aire que barriese las nubes de polvo levantadas por la uña de las bestias en los largos trayectos de «vía terrena»; ni una mata de junco en las hondonadas, que diese la impresión de alguna humedad; ni un mal regato perenne ó cuasi-perenne que interrumpiese su

blancura de cal por un rosario de pozas ó de charcas ó un hilo de cristal: sólo aliagas y retamas, bojes y romeros, atochas de esparto, salvias, tomillos, espliego oloroso y otras plantas balsámicas, todas escasas y enanas, como para tender una cinta rala entre las contadas encinas, pinos, enebros y lentiscos moradores del desolado calvero. Los contados pájaros acogidos á los árboles hacían abanico de las alas ó saltaban de rama á rama, abierto el pico, sintiendo que se asfixiaban. Una cigarra desgranaba desmayadamente su soñolienta canturia en la copa de un chaparro. Un lagarto cruzó despavorido la calzada, corriendo á esconder su chupa verde y sus vivos ojuelos espantados en una grieta del desmonte. Parecía que respiraban en la boca de un horno, que bogaban por un mar de llamas ó por una selva ardiendo. El más lince colorista habría fracasado en el empeño de descubrir el azul celeste en la bóveda del firmamento.

A los pasajeros de la mañana se los había tragado la tierra: con tantas horas de recorrido, no tropezaron nuestros amigos con ninguno. Los espoliques, jadeantes, chorreando sudor, asaeteados por manojos de rayos, cegados por la reverberación del sol en la blancura lechosa del camino, dirigían á Numisio miradas suplicantes cuando pasaban por delante de alguna *mutatio,* esperando que por fin daría orden de acampar, y se pasmaban de que no tuviera compasión ni de sí propio, ya que no se compadeciese de ellos ni del caballo. Sobre todo cuando vieron parado, á la sombra de una cantina aislada, un carromato ó plaustrum, cargado de pellejos de vino de la Laletania, destinados á Gallica Flavia y demás poblaciones del Bajo Cinca, y que ellos pasaban de largo, el majestuoso luminar, señor de la vida, acabó de tornárseles suplicio, pareciéndoles como si Numisio los estuviese tostando en parrilla á fuego lento. ¡Si hubiese podido oirles de labios adentro se habría horrorizado, viendo su vida en peligro! ¡Una umbría, una umbría, cualquiera que ella fuese, aunque no fuese nemorosa: estos eran los secretos votos de los dos, aunque no osaran exteriorizarlos ante el señor por miedo á las consecuencias. Más libre el caballo, trató de enseñar prácti-

camente á Numisio lo que en semejante trance le cumplía. No necesitaba él, no, que lo picasen ó aguijoneasen: la espuela dardeante del sol le hacía volar á la querencia de un árbol ó un establo. Cierto enfermo de los ojos era transportado por dos mulas en una *basterna* (litera de un género especial), con objeto de consultar á uno de los *archiatros* de la municipalidad de Barcino que había adquirido nombradía en la especialidad de oculista. Sorprendido por aquella inundación de fuego, dispuso un alto, acogiéndose á un rodal de copudos quejigos que convidaban con alguna sombra, en tanto exclamaba en su estilo clásico con esforzada voz: «¡Oh Padre Jove! ¿Para cuándo guardas tus rayos, que no fulminas á ese botarate de Phaeton, para que el desbocado carro del Sol vuelva á la obediencia y la tierra no acabe de incendiarse?» El caballo de Numisio debió tomar aquello por una consigna, pensando razonablemente que no era él de peor condición ni menos hijo de Dios que las mulas del semiciego, y con paso presuroso encaminóse hacia la caravana, desviándose de la polvorienta carretera. Pero sin duda Numisio no se satisfacía con tan menguado alivio; quería apurar el cáliz de una vez, é hizo entender al bayo que las mulas son mulas y que no interpretaba bien el plan del viaje.

En este punto, á uno de los espoliques dióle un vuelco en el corazón: acababa de divisar en la parte del llano, debajo de la calzada, un terreno al parecer pantanoso, salpicado de menudos tollos y charquillos de agua, que refulgían como espejos heridos por el sol. Sin decir nada, rezagóse unos pasos, y recogiéndose el *sagum* salió disparado, como ave sedienta atraída por el señuelo de la frescura: se remojaría las fauces, chapuzaría la cabeza, zambulliría pies y brazos hasta el fango... ¡Cántaro de la lechera! No había tal frescura, ni tal pantano, ni tal agua manantial: era que los gañanes, desunciendo antes de hora las parejas de bueyes, habían dejado en el surco los arados, y el hierro refulgente de las *vomeres* (rejas), abrillantado por el roce de la labor y á punto casi de fusión, destellaba con los reflejos del radioso astro como pudiera agua corriente ó en-

charcada. Helios mismo, de su propia vorágine, sacaba todavía argumento para nuevas caldas y explosiones incandescentes, y las sumaba, inclemente y brutal, á aquellas otras fulmíneas con que venía incendiando cielos y tierra. Con el agua que no existía, el mísero espolique se había escaldado más que el otro cuitado que no participara del descubrimiento.

¡Cuán largo parecía el camino, cuán lejos la estación!

A mano derecha de la calzada, traspuesta la loma, último repliegue geológico del Pirineo por aquella parte, descendía trabajosamente, por una senda pedregosa y resbaladiza, la paciente y abatida recua de un arriero de la montaña, compuesta de un burro y un mulo aturdidos, cegados por el fulgor de la luz, caminando como máquinas, blancos de espuma, envueltos en una humareda de vaho, sin fuerzas ya ni aun para azotarse con la cola los flancos desgarrados por el bárbaro suplicio de las moscas y de los tábanos. Llamábase el arriero Márculo, procedía de Ceret, cabeza de la Cerdaña (hacia Puigcerdá), siguiendo por más cómodo, el rodeo del Cardoner, y transportaba dos cargas de jamones y salchichones para la tienda de un *pernarius* de Barcino (Barcelona), con designio de hacer viaje redondo, cargando para la montaña *salsamentum* ó escabeche de Cartagena ó de Cerdeña, *muria* ó garo barcelonés, vajillas finas y artísticas de barro y género de vidrio en objetos de uso común, procedentes de Sagunto y de Tarragona ó fabricados en Barcelona mismo.

Luego que la breve recua de Márculo hubo, por fin, desembocado en la calzada, el burro, que no podía más con la lluvia de lumbre que lo freía y con el enjambre de lancetas aladas que lo atenaceaba, se plantó, negándose á seguir adelante. En un ángulo del trivio crecían dos arbustos arborescentes; la inteligente bestezuela se arrimó á la sombra que proyectaban, y como el arriero tratara de impedírselo y tirase de ella para ponerla otra vez en carrera, dióle aquélla en el pecho un golpe suave con el hocico, como para hacerle entender que ya estaba bastante cocido y bastante sangrado, y que en trance tan apu-

rado como aquél era caso de fuerza mayor el desobedecer.

—Pero, churri, no me seas intransigente ni irracional, y menos aún presuntuoso; concédeme que también yo tengo mi miaja de uso de razón. ¿No recapacitas que aquí, con sombra y sin sombra, tú y yo vamos á perecer, ardiendo como yesca, y no ves que sólo falta menos de media milla para llegar al parador de la Parra, que es decir al cielo?... ¡Ah, torpe de mí! Ahora caigo; es que quieres refrescar la boca para que no acabe de faltarte el resuello de aquí á la cuadra...

Esto diciendo, Márculo metió con tiento la mano entre las ramas de los dos espinos majuelos, que ostentaban sus admirables racimos de frutillos escarlata, hermanos de las coccinelas, como otras tantas pinceladas de sol destacándose sobre la lustrosa esmeralda del follaje; y juntando dos puñados, los repartió equitativamente entre las dos acémilas, pues también el mulo—adquirido el mes antes—se hacía el remolón ante el mal ejemplo de su compañero. Es de advertir que Márculo no usaba látigo, vara ni aguijada para arrear á sus bestias.

A todo esto, Numisio llegaba al término de esta primera etapa del camino; había superado los famosos viñedos de Constancia ? (Igualada); oía ya, como un susurro, las voces discordantes de los empleados y servidumbre de la *mansio* (estación); miraba el imperceptible cimbreo de los sotos, ya medio mustios, que flanqueaban la riera. Un repecho más, no muy empinado, entre dos altozanos, que el mes anterior habían sido verdes y ahora eran amarillos, y helo, por fin, recalando en el hostal. El cuadrante de la estación marcaba en aquel instante algo más de la hora sexta (medio día).

La asimilación de esta vía á las militares ó consulares y la introducción de la posta ó *cursus publicus* en ella eran muy recientes, y la estación (*mansio*) se había instalado en aquel lugar, extramuros de la urbe, por preexistir en él y funcionar de antiguo una venta, posada, hostería ú hostal, popular en toda la provincia Citerior ó tarraconense. Un contrato del dueño de la venta con la administración del *cursus* permitió des-

cargar por el pronto á la *mansio* del cuidado de los alojamientos, reduciéndose al puro servicio de la posta y de la *annona*. Hallábanse separados uno y otro edificio, ó grupo de edificios, únicamente por los *horrea* (graneros), de servicio ordinario y los almacenes de la *annona*, que acopiaba allí el trigo, tocino, sal, aceite, vino, cebada y heno que los contribuyentes del distrito pagaban en especie, con destino á la Administración imperial y al Ejército. Por la parte trasera se extendían las cuadras para los caballos de la posta, pared por medio de las de la hostería ó parador.

Designábase éste en la muestra con el título popularísimo de *Ad vitem*, razonado por un emparrado lozanísimo, donde los apretados agraces se veían por momentos enrojecer, y que formaba pabellón delante de la puerta de entrada, prestándole grata sombra.

Debajo de la fastuosa marquesina vegetal, y más adentro, en el primer patio, se había acomodado el enjambre de funcionarios y sirvientes de la estación: los *hippocomi* y los *muliones* (escuderos ó caballerizos, espoliques, muleros ó muleteros, encargados de cuidar y servir los tiros de la posta, palafreneros, postillones), los *carpentarii* (carreteros), que construían y componían los carruajes; los *vehicularii* (conductores, mayorales); el *mulomedicus* (veterinario); los *opifices* (obreros). El mayor número de ellos, al menos los *muliones*, los *hippocomi* y demás *apparitores* ó mozos de cuadra, eran siervos públicos; á veces se fugaban, ó eran atraídos, sustraídos ó acogidos y encubiertos, delito que el emperador Honorio, en una pragmática promulgada especialmente para España, lo mismo que otra referente á los burgarios ó guardia civil, igualmente esclavos públicos, vino á castigar con una multa de diez libras de plata, ó sea cincuenta sólidos. Todos ellos, esclavos y libres, servían á las órdenes de un *praepositus* (jefe de estación de posta ó director de *mansio*). Todavía hay que añadir el cuerpo de guardia, adscrito á la policía de seguridad de la calzada y á la vigilancia de la posta (*protectores*), los *custodes* y sus esclavos,

que acompañaban á los viajeros, y últimamente las fámulas de los posaderos, de condición asimismo servil.

Además de los cuarenta caballos reglamentarios para servicio de la posta, tenía la estación acémilas de refresco, caballos, mulas, asnos y bueyes para alquilar, como igualmente carruajes de todas clases, de dos y de cuatro ruedas, para viajeros y para mercancías, *essedos, carpentas, birothas, rhedas*, con más *clábulas* ó *angarias*.

* * *

A la llegada de Numisio, todo ese personal del *cursus*, aplanado por los ardores de la canícula y el hervor de la digestión, había tirado uno tras otro, á un rincón, los *tali* de metal con que habían estado jugando á la taba, y cabeceaban en los bancos de piedra ó contemplaban á uno de los zagales de la estación, pletórico de vida, único que había conservado humor suficiente para distraer su aburrimiento con dos *pilae* (pelotas) forradas y multicolores.

Descabalgó Numisio en el que llamaríamos atrio del hostal, dejándose caer pesadamente, como una masa inerte, al suelo. Parecióles á los tres que volvían al conocimiento y á la vida después de una pesadilla ó de un síncope. En seguida, nuestro viajero se dirigió, tan á prisa como se lo consentia el entumecimiento, á un cuarto retirado á donde no llegaba ningun resol, para quitarse la túnica interior de fina lana, y aún la sola subúcula de lino le parecía demasiado; pero el ventero le llamó respetuosamente la atención, haciéndole ver el peligro que corría de un enfriamiento súbito que podría ser mortal; y él se avino, refunfuñando, á conservar la subúcula, bien que desceñida del todo, y aun á extender sobre ella por breves instantes la túnica, mientras se enfriaba el sudor y mudaba de prenda.

Era Bilistago Publicio la nata de los venteros ú hostaleros de la dilatada provincia Tarraconense hasta Galicia; una bue-

na persona en toda la extensión de la palabra, lo mismo que su mujer—*rara avis* entre los de su clase,—que no despellejaba á los pasajeros, que no les aguaba ni falsificaba el vino, como era uso corriente, que no les servía *puellas* (compañía de lecho), que no sustraía la cebada á sus acémilas, que no disputaba en el pase de cuentas, que se había esmerado en alejar de los departamentos interiores el humo y los malos olores, que era extremadamente cuidadoso de la limpieza. Ni él mismo habría podido contestar si era pagano ó cristiano: se sabe únicamente que juraba por Epona, diosa de los caballos, como cualquier auriga del Circo. Inútil decir que no siendo pícaro ni bribón, que siendo honrado *vel quasi*, no habria hecho adelantos en el oficio, á virtud de aquella ley, no sé si natural, que el pueblo expresó en este adagio dialogado:

—Abrenuncio, Satanás...

—Mala capa llevarás.

Tenían aquel día los venteros á comer, además del personal ordinario de la *mansio* y los espoliques de Numisio, dos viajantes de comercio de Italia, un industrial de Lugo y cuatro funcionarios del Estado destinados á Osca (Huesca), Caesaraugusta (Zaragoza), Segovia y Legio Gemina (León), que habían llegado poco antes con la posta y á los cuales estaban ya sirviendo la comida en el *triclinium* ó comedor pequeño del hostal. En el otro, el reservado ó de «distinguidos», cubrió Bilistago con sábanas que empezaban á deshilacharse pero de inmaculada blancura, los éticos y raídos sofás en que había de reclinar su cuerpo para comer Numisio, y de los cuales era fama que criaban el mínimum de pulgas posible.

Acababa nuestro amigo el señor de Turnovas de trasladarse, ya refrigerado y confortado, á dicho aposento, cuando acertó á escuchar una voz cascada y grave, como de eclesiástico, perteneciente á uno de dos personajes que bajaban de un *essedum* blanco de polvo, y que penetraba en la hosteria recitando un versículo de la Biblia: «Se me han secado las fauces como arcilla cocida á fuego lento; la lengua se me ha pegado

al paladar.» (1) Y esto diciendo, dirigióse ansiosamente hacia un ventrudo *urceus* (cántaro) de alfar rojo, que incitaba con la frescura de su agua rezumante, y alargó su vaso de viaje, labrado de plata, al posadero. Mas éste, suavizando el tuteo romano con el vocativo de honor, *domine*, señor, como siempre á toda clase de personas de respeto con quienes por razón de su oficio tenía que alternar, le dijo:

—Señor, no te conviene beber ni medio fresco siquiera, que no pase un buen rato, no siendo que tengas propósito deliberado de caer enfermo...

—No, no—recalcó el otro compañero del *essedum*, con voz más entera y juvenil, también eclesiástica;—reprímete hasta desudarte, como me reprimo yo, que, sin embargo estoy mascando ascuas y me ahogo; te pondrías malo y llegaríamos tarde á Tréveris, ó no llegaríamos nunca; y no he de recordarte el ansia con que aguardan al Santo nuestros hermanos de toda Galicia...

Resignóse el primer peregrino á hacer de voluntario Tántalo, y se dejó caer en un escaño con aire de la más viva contrariedad, no sin buscar consuelo en los Soliloquios proféticos de David: «Trocó el Señor los ríos en desierto; mudó los manantiales en saladar y estepa sedienta» (2). «No apartes tu rostro de mí, Señor; escucha mi clamor: me he secado como heno, se me ha secado la osamenta, se me ha secado el corazón, no me queda más que la piel pegada á los huesos. Ya es hora que despiertes de tu sueño y tengas misericordia de Sión y, compadecido de sus infortunios y tribulaciones, acudas á remediarlos (3).»

En este punto, el posadero le acudió con medio cortadillo de agua para que empezara á remojarse la boca. El pasajero le miró con rencor, como si se burlara: ¡una gota de agua

(1) Psalm., XXI, 16.
(2) Idem, CVI, 33-34.
(3) Idem, CI, 2-6, 12-14.

para apagar un incendio! Pero no; no se había, no, secado: el sudor le chorreaba por la frente tan copioso como si en la coronilla le borbotase un manantial. ¡Si hubiese sabido que á los espoliques nadie les había tasado el agua... ni el vino, y se habían hartado de beber de ambas especies sin aguardar siquiera á aposentar el caballo en la caballeriza!

Eran los dos personajes recién llegados padre é hijo, obispos ambos de la provincia Gallaecia, cognominados Symphosio y Dictinio, que iban en comisión á Tréveris (Gallia), con objeto de recoger los despojos mortales de su gran maestro, el mártir y apóstol de Avila, Prisciliano, decapitado por sentencia de Magno Máximo, emperador de las Galias, y repatriarlos, trasladándolos á Asturica Augusta (Astorga). El hijo era autor de una obra de moral, intitulada *Libra* (Balanza), y de varios tratados priscilianistas. Su padre, Symphosio, había asistido al synodo ó concilio de Zaragoza cinco años antes (4 Octubre 380), y había votado con los otros once prelados asistentes á él la condenación del santo asceta abulense, ó más bien de la doctrina que se le había hecho pasar ligeramente por priscilianista. Pero luego que cayó en la cuenta de que había sido engañado, protestó y se retractó, declarándose adepto del supuesto heresiarca galaico. Su hijo le había acompañado en este acto de reparación.

No es que Numisio estuviera de mal temple; es que necesitaba de soledad, y la llegada de nuevos peregrinos le contrariaba. Cuando oyó entrar en el triclinio á los dos peregrinos gallegos se hizo el dormido, con lo cual se libró, por lo pronto, de sufrir á hombre tan redicho como Symphosio, que hablaba en esta conformidad: «Nosotros, pobres tripulantes de la tierra, que bogamos por los mares etéreos...» El lusón, hombre llano y natural, no podía con tanta manteca. Cuando le presentaron el primer plato y no pudo excusarse de abrir los ojos, se encerró en una reserva cortés, sin admitir conversación, embargándose en sus cavilaciones íntimas.

*
* *

La llegada de Márculo y su reducida recua fué acogida con fragorosas demostraciones de alborozo por la maleante chusma de la estación, que un instante antes dormitaba y ahora se encontró despierta sin el trámite previo del desperezo.

—¡Ya de vuelta, Márculo! ¿Qué dices de bueno?

—Pues lo que digo de bueno es, repuso el arriero, agotando los dictados de honor de los emperadores, que Su Eternidad, que Su Serenidad, que Su Grandeza, que Su Sublimidad, que Su Divinidad, que Su Clemencia, que Su Gloria, que Su Prodigalidad, que el Sol Nuestro Señor, *rector orbis*, se emborrachó y decidió gastar en un día todo su repuesto de llamas y de lumbre y apagarse *incontinenti* para siempre, y que el día escogido para poner á prueba nuestra resistencia y hacer estallar la crisis sobre nuestras cabezas, es el de hoy. En su consecuencia, los que no hayan ya sucumbido, reducidos á pavesas y ceniza, dense prisa á hacer provisión de leña, porque el día de mañana, vosotros habéis de verlo, amanecerá nevando...

La perspectiva de una nevada en medio de aquel brasero achicharrante, hizo estallar en un huracán de carcajadas y bravos á toda la caterva mansionaria; y, ¿qué mucho?, hasta Symphosio, que lo oyó desde el comedor, acogió la chuscada del humorista montañés con una risotada no menos franca y plebeya que la exterior.

A todo esto, el arriero iba descargando sus bestias y arrimando los fardos á la pared, en tanto los encerraba bajo llave, sin perder de vista á los perros del ventero, que se frotaban contra ellos con una especie de delectación morosa, y que ensayaban levantar irreverentemente la pata en señal de desprecio... por no haber encontrado un mal descosido que les permitiese hincar los dientes y ejercitarse en el deporte de la degustación.

—Dichoso tú que puedes hablar de nieve—replicaron de no muy buena fe los mirones:—vienes de la montaña, y nos explicamos el efecto que ha debido hacerte el pasar desde aquel fresco primaveral á este cráter rebosante de lava.

—¿Fresco dijiste? Si fuese posible que el sol abrasara más de lo que aquí abrasa, os diría que aún hace más calor allí, en las faldas y raíces del Pirineo. Pasmaos: hasta allí están haciendo rogativas para que llueva, y eso todos: los galileos, á cara descubierta; los romanos, medio á escondidas y como con miedo.

—¿Y dan resultado?

—¡Que si dan! Siempre que sacan la imagen en procesión, entonando los unos su *lustratio,* los otros sus *letanías,* llueve, sin que ni los más viejos conserven memoria de que una sola vez haya fallado.

Eso sí, añadió con su grano de malicia, después de una breve pausa: algunas veces tarda trece meses, pero al cabo llueve.

Otra vez la alborotada chusma prorrumpió en fragorosas explosiones de hilaridad.

—Y dí, interrogó osadamente un *carpentarius*, ¿cuál imágen es la que se hace rogar tanto? ¿La de Júpiter Pluvius ó la de Cristo Crucificado?

—Lo que puedo decirte es—contestó el muy ladino, sorteando lo espinoso y resbaladizo de la pregunta—que cuando á seguida de una rogativa llueve, los dos bandos reivindican el milagro para su respectiva deidad, sin que ninguno consienta en partir siquiera la diferencia. Si, por el contrario, la lluvia se hace esperar demasiado y no se puede sembrar ó las cosechas se pierden, los dos bandos se echan uno á otro la culpa, poniéndose de impíos, ateos, idólatras, orates, ciegos y enemigos de la divinidad irritada, que no hay por dónde cogerlos; así es que apenas se celebra rogativa que no vaya acompañada ó seguida de denuestos, pendencias, alborotos, laberintos y choques, hasta rebasar el estacazo y la cuchillada, con lo que, ya que no llueva agua, mana sangre. ¡Cuando no lo pagan también las imágenes, apedreadas por sus mismos chasqueados adoradores! (añadió Márculo, riéndose con la memoria de algún sucedido). Por mi parte, ni quito ni pongo Dios; lo único que

cumple á un pobre arriero como yo, es lo que hago: ver, oir y callar.

—Alto ahí: ¿conque callar? Primero reventarías...

—De algún modo hay que pasar el rato. Mi padre solía decir que los hombres somos lo mismo que las piedras, sólo que todo lo contrario: ellas nacen en la montaña, erizadas de esquinas, y dando vueltas por torrentes y ríos se hacen redondas; nosotros, al revés, nacemos redondos y morimos esquinados. ¡Si no fuese el buen humor, que aminora el esquinamiento!

—Mal oficio el tuyo para tener buen humor y no morirse de hipocondría: pasar callado toda la vida sin tener con quién desahogarse, no siendo que tu rucio tenga la gracia del burro de Sileno y de la burra de Balaám...

—No la tiene, pero tampoco la necesita; basta que yo hable y que él me entienda.

En aquel instante, el burro, sin haber tenido que soltarse, porque Márculo no lo ataba nunca, salió del establo en busca de su amo, y se dirigió al corro con el mismo arresto y desenfado que si fuese de la partida y lo estuviesen esperando. Márculo le pasó el brazo por encima del cuello, y con sus manos apergaminadas y sarmentosas le acarició el fino hocico.

Figuraba en el concurso de los mansionarios y exhibía su faz terrosa con manchas de azafrán apagado y llena de costurones y cicatrices aberengenadas en tanto número que montaban unas sobre otras y le daban el aspecto de un cántaro esportillado, vinoso y cruzado de lañas sobrepuestas, un *vehicularius* cognominado Thyrsus, muy pagado de la superioridad de sus talentos, á quien Márculo había sorprendido á su llegada royendo un corrusco de pan, lo que hizo decir al arriero que á él «siempre le faltaba un bocado, como á las cabras». Los compañeros del presumido máncipe se gozaban en azuzarlo contra Márculo por oir á éste, sabiendo que no era hombre para aguantar ancas de nadie y dejarse burlar. Era máxima suya que «á quien te quisiere comer, almuérzale primero».

—¿Conque tiene uso de razón, preguntó el lañado, refirién-

dose al burro, y hasta dicen que ve más claro que su amo, y que es él quien dispone y gobierna?

—Mírale al rostro, compara y contéstate á ti mismo; sólo le falta hablar para ser persona, como á ti para ser persona no te falta más que callar.

La asamblea no rió; se quedó rumiando el sentencioso cañazo del arriero. Fingió luego escandalizarse ante un conato de agresión del inconsiderado máncipe, y Márculo le correspondió con una andanada del tenor siguiente:

—Sí; todo podrá negársele al socio menos pupila. Es de los que ven el piojo debajo de la cabellera ajena y no ven el escorpión en la propia. Por lo cual será verdad, si queréis, que ha de irse derecho, con zapatos y todo, al olimpo de los santos: no se lo disputo ni me opongo; pero tengo para mí que aun allí ha de tener cara de condenado.

Todos miraron á las ringleras de grapas ó lañas y prorrumpieron en risotadas estruendosas. Verdaderamente, Thyrsus estaba hecho un condenado; á su lado, el buen Esopo habría pasado sin dificultad por un Narciso.

—Márculo, tú no te has fijado bien; mírale á la cara á este fanfarria, si tienes valor, quiero decir estómago, para tanto— interrumpió otro máncipe;—nadie diría que su madre lo había parido; diríase más bien que lo había c...

Fué una carcajada seísmica, lo que este grosero chiste de cuadra suscitó en el gozoso personal de la estación. Como toda plebe que ha logrado henchir el vientre, antes se inclina al *¡jugula!* que al *¡missum!* del anfiteatro.

—Yo no soy comadrón ni entiendo de obstetricia. Y de todos modos, en andanzas vuestras no entro ni salgo. Me voy á comer.

Antojósele á Thyrsus que Márculo se retiraba, sintiéndose agotado, y que no sería difícil en aquella coyuntura meterlo en aprieto y tomar el desquite, reduciendo á silencio á sus mal predispuestos compañeros.

—Y eso de partear, como dices, al olimpo de los santos, ¿lo decía también tu padre?

—No, repuso vivamente el arriero; lo que mi padre decía es que dentro de cada hombre hay un cerdo.

Y después de aplicar un oído al hombro de su empecatado interlocutor, añadió: «Y decía verdad, pues lo estoy oyendo gruñir.»

La zambra, tronido y rebullicio que siguieron á estas palabras del jocoso montañés hubieron de retumbar hasta en Ausa é Ilerda. Symphosio se retorcía de risa en el triclinio. Los zumbones de la jaranera asamblea fueron desfilando uno á uno por delante del vehiculario, y después de arrimarle el pabellón del oído á uno ú otro hombro, apartábanse imitando, con adobo de estridencias, el gruñido del cerdo. Como toda plebe que ha conseguido henchir el vientre antes se inclina al *¡jugula!* que al *¡missum!* en el anfiteatro del mundo, y este era nuestro caso.

El inocente máncipe que había osado medirse con aquel doctor en malicias, agachó las orejas ante el descomunal pitorreo y se declaró fuera de combate, retirándose de la palestra corrido como una mona.

Era el arriero un viejo campechano y jovial, á trechos socarrón, dicharachero, facetioso y de muchos refranes, sin declinar nunca á enfadoso ni chabacano, que subía la pendiente de los setenta con la agilidad y buen humor de un mozo; popular y querido en todos los lugares, relevos, posadas y cantinas del tránsito hasta Barcelona. Alma de niño, tersa y de una sola cara, sin ángulos, escondrijos ni anfractuosidades, salvo que alojada en una piel de viejo. Era cenceño, enjuto de carnes, de labios finos y delgados, no hundidos aún porque la dentadura se conservaba. Mandíbulas sólidas. Miembros de acero. Pelo recio, no completamente blanco todavía. Cejas espesas, bajo las cuales se asomaban dos ojos vivarachos que parecían reirse siempre. Agil, fuerte y denodado, los salteadores que á temporadas, sobre todo en épocas de agitación política, infestaban la comarca, habían acabado por respetarlo, como si

le hubiesen firmado un salvoconducto, temerosos de que los descalabrase una vez más. Estaba contento de la vida, teniéndose por colmado de todos los dones; retozábale la risa en todo el cuerpo y, como decía él, no le faltaba más que sarna para rascar. Disfrutaba de una parroquia selecta, grandemente productiva, á causa del crédito que le daban su integridad sin igual, su formalidad y su pudor. Era frase proverbial en muchas millas á la redonda «más honrado que el Ausetano», para expresar el colmo de la honradez.

Aún duraba la bulla de los mansionarios cuando el hostalero se acercó á Márculo para insinuarle que unos señores muy señores, que estaban comiendo en el triclinio de honor, deseaban conocerle.

—No tengo inconveniente, contestó; allá voy. Y penetró en el aposento señalado. Pegado á él, entró también el burro.

—Pero, churri, ¿no has oído que es á mí á quien estos señores invitan, y no á ti?

El burro se hizo el desentendido, y los obispos, ya que se embarcaban en la aventura, le dejaron hacer.

—Hemos oído de ti, Márculo, cosas peregrinas y cosas graves. La primera, que atribuyes más mérito á tu burro y lo pones más alto que al asno místico del portal de Belén...

—A la altura, por lo menos, del asno y del buey proféticos juntos, porque el buey conoció á su amo y el asno al pesebre de su señor, al paso que mi burro conoce el pesebre del amo y además al amo mismo. Brindáranme todos los burros que en este mundo han gozado el dón de la palabra, sin olvidar el de Sileno, ni el de Baccho, ni el de Balaám, que no fué burro, sino burra; diéranme encima toda una manada ó una ganadería de burros extra, de Arcadia ó de Reate, de los que se venden en 100.000 sextercios la cabeza, y aunque me los brindasen cruzados con onagro, no los cambiaría por el solo rucio que nos está escuchando.

—¡Hum! Pero la otra acusación es harto más grave. Dicen que quieres más á tu asno que á tus hermanos: no podemos

creer de ti tal agravio á la raza de los humanos y á la sangre.

—Dicen, dicen... Lo que yo he oído siempre que dicen es que no con quien naces, sino con quien paces. Y yo con este buen amigo he pacido. Calumnian á la sangre los que le atribuyen una voz. Cinco hermanos tuve, y las coces, de ellos las he recibido, no del burro; y la ayuda y los buenos quereres, al burro se los he debido, no á los hermanos. Bendita sea la memoria de mi padre y de mi madre; pero, salvado esto, para tener los hermanos que he tenido y para pertenecer á una sociedad de hombres como la que vengo tratando hace más de medio siglo, mejor habría querido nacer de una pollina ó de una perra, y me tendría por más honrado. ¡Buenas cosas dirán de nosotros allá en sus adentros, y cuando conversen entre sí, despreciándonos!...

Pensaban los obispos que las proposiciones del arriero eran bromas, buenas para reídas, y, sin embargo, no acertaban á reirse; se habían puesto serios.

—¡Tú siempre tan chancero!—aventuró Symphosio.

—¡Psch! Yo me digo una cosa: que haya sido Prometeo, como se decía antes, que haya sido Javéh ó Jehová, como es la consigna ahora, yo en eso no me meto, estoy persuadido de que quien fuera ha hecho al hombre á imagen y semejanza del cerdo, y aun tal vez no le falten motivos al cerdo para ofenderse.

—Pero ¿qué herejías estás diciendo? Aunque hablas en chanza, ni en chanza pueden decirse tales atrocidades.

—Yo no he podido nunca comprender por qué para deprimir á un hombre se le llama perro ó burro. El perro y el burro son la obra maestra de la Creación: en ellos echó el Creador el resto: cuando llegó al hombre debía sentirse ya agotado, y le resultó género del más inferior.

—Basta ya de barbarizar, interrumpió de mal humor Dictinio, poniéndose de pie; y, después de todo, ¿qué diantre de virtudes has descubierto en tu rucio que no adornen á los hombres?

—Poca cosa: mi burro es humilde, es sufrido, es leal y no nada vengativo ni rencoroso; no es parásito de nadie; se gana la vida y ayuda á ganársela á dos que somos de familia, mi mujer y yo; no hace daño á nadie, no estorba á nadie, no tiene pretensiones, está contento con su suerte, no ambiciona mudar de condición, no aspira á mandar sobre los hombres, y ni siquiera sobre sus semejantes; soporta mis filosofías y no se ríe de ellas; aventaja en sentimientos y en grado de espiritualidad á las tres cuartas partes de los humanos; respeta las opiniones de todos y ¡no habla! Si todos los hombres que habitan el Imperio fueran é hicieran otro tanto, el Estado nadaría en la abundancia, el pueblo iría harto, el mundo sería una balsa de aceite...

—No, prosiguió Márculo, inclinándose sobre el rucio,— no alces las orejas ni te me hinches de soberbia porque te haga justicia...

Los obispos seguían serios, sin encontrar la risa, y no se les ocurrió sino echar á barato lo que acababan de oir, haciendo Symphosio á Márculo esta observación:

—Según eso, si hubieses sido tú el llamado á crear el mundo, habrías roto los moldes de Adán y de Eva y poblado la tierra de burros y perros nada más...

—Lo que puedo decirte, señor, es que el mundo no puede con tanto lastre; que sucumbe, no diré al peso de tantos hombres, sino de tantas aprensiones de hombres; y que si se marchasen á la India ó al país de la seda, ó á los hiperbóreos, ó á los autichtones de Mela, ó se muriesen en un día diez ó doce millones de potentados territoriales, aristócratas, rentistas, doctores, abogados, ministros, prefectos, políticos y funcionarios de toda ralea, sacerdotes, monjes, militares, tenderos, comerciantes, parásitos, copleros, retóricos, gomosos de ciudad y señoritingos de villa, peste y carcoma de los pueblos, haciendo en la población un aclaro como en los bosques, ¡cuán holgado se quedaría el género humano, qué alivio tan grande el que experimentaría! Libre de ese rozamiento y de ese peso

muerto abrumador, adelantaría más en un año que ahora en un siglo.

Pero que emigrasen ó se muriesen los diez ó doce millones de pollinos y burros que dicen vendrá á haber en el Imperio, y ya podíamos echarnos á morir la mitad por lo menos de la población humana, con todo y haber tantas mulas, caballos y bueyes.

En este punto, Numisio, hurtándose á su marmórea rigidez y depresión de ánimo, rompió su silencio con las siguientes palabras, dirigidas al popular filósofo montañés:

—No estoy lejos de aprobar y compartir ese tu modo de pensar; únicamente, me ocurre una dificultad: si el burro va á sobrevivirte, es de suponer que has pensado en matarlo ó hacerlo matar para que te acompañe y, sobre todo, para que no caiga en manos impías que lo maltraten y le hagan padecer meses y meses, si tal vez no años, el suplicio del hambre.

—Señor, has puesto el dedo en una de mis llagas más enconadas. Ni el burro es propiedad mía ni yo soy propiedad del burro; no lo tengo por esclavo, sino por un consocio. En el negocillo que llevamos, lo poco que he podido ahorrar, no digo que lo he ganado con ayuda de mi burro, sino que lo hemos ganado entre los dos, poniendo cada uno lo que tiene: yo la cabeza, él los lomos, y él y yo los pies y patas que á la Divinidad plugo ponernos para recorrer las vías del mundo. ¿Es verdad lo que digo, churri, ó no es verdad? (*Pausa de medio minuto.*) Bueno, es verdad; en tu vida has podido decir que me hayas cogido en mentira una sola vez.

Pues, como decía, tanto derecho tiene él como yo á la susodicha pobreza de que soy administrador, y yo tanto como él, aunque no más; y no puedo consentir que el capitalillo que entre los dos hemos reunido con tantos afanes y sudores vaya á parar, cuando yo y mi mujer faltemos, al gandul del hermano sobreviviente, pariente mío porque sí, porque la ley ha tenido el antojo de decirlo, y que ese descastado mate de inanición, ó despeñado, ó á palos, á éste que ha sido mi verdade-

ro hermano, mi paño de lágrimas, mi todo. Sería faltar á la ley natural, tal como yo la siento. Por consiguiente, él será nuestro heredero; en muriendo nosotros, no quiero que trabaje más, que harto ha trabajado; no quiero que lo maltraten ni que le den muerte: deseo para él una vida de descanso y regalo, como en nuestro caso la ambiciono para mi mujer y para mí...

—Pues si no te das otro heredero que el rucio, observó Numisio, hazte cuenta que has muerto intestado, porque la Instituta romana no reconoce á los animales el derecho de propiedad ni la testamentifacción activa ni pasiva.

—Ya he pensado en un fideicomiso especial; pero ¿quién el fiduciario? Dos me importunan brindándome con las insinuantes artes del más raposo de los heredípetas: un sacerdote de Hércules me tira de una manga; un preste de San Fructuoso me tira de la otra, jurando por Dios y los dioses inmortales que el burro será tratado á cuerpo de rey hasta que muera de muerte natural. Pero soy perro viejo; mi experiencia no me deja creer en ellos; se comerían la paja y la cebada, y encima, para plato fuerte, al burro mismo.

Una gran señora había en quien yo habría confiado: la que me manumitió y me prodigó en todo tiempo su protección sin tasa. Pero esa ¡ay! se me ha muerto. ¡Oh Siricia Natal!

Numisio sintió una conmoción en todo su sér al oir así, de improviso, en labios de aquel hombre sencillo y limpio de corazón, agradecidas memorias de su difunta mujer, y luego que hubo vencido la emoción del primer instante, díjole:

—Dispón como gustes de todos tus bienes, y si el rucio te sobrevive y te vieres en peligro de muerte, avisa á Turnovas para que te visiten y recojan al burro por mi orden. Se le cuidará sin ningún interés: pasará el resto de sus días junto al mausoleo de Siricia, en memoria de ella y en premio á la nobleza de tus sentimientos. Tu viejo consocio, como tú le llamas, ha ganado su soldada, y no llevará más carga, no recibirá malos tratos, no le faltará pasto fresco, heno, cebada que-

brantada, miga de pan con vino, pastura caliente con harina, abrigo, asistencia médica: tendrá hasta caricias. Yo soy el viudo de tu patrona Siricia.

—¡Misericordia! ¡Había yo de ver este gran día, cuando menos lo pensaba, por no haber llegado nunca á merecerlo!— exclamó Márculo sollozando y cayendo de hinojos delante de Numisio. No hay que decir si éste se apresuraría á levantarlo.

Aquella tarde, el arriero no vió nada del camino que recorría: seguía maquinalmente las pisadas del rucio. *Noctua volat, noctua volat* (la lechuza vuela) decía con un adagio expresivo cuando una cosa salía á medida del deseo. Por la noche durmió *ultra Epimenidem*, como agregaba con otro refrán, tan profundamente, que ni siquiera despertó para dar el segundo pienso, lo cual le valió de parte del rucio, á la madrugada, algunas amistosas morradas, si no más enérgicas, menos medidas de lo que tenía por costumbre.

*
* *

Ya que los obispos vieron deshelado á Numisio, entróles la comezón de ponerle en autos de lo acaecido entre Prisciliano y el déspota de las Galias, motivo de su viaje, fuese para sincerarse y dar suelta á su irritación, fuese para seguir sembrando odiosidades contra el partido episcopal y contra la corte de Tréveris, bien ajenos de sospechar que, al tirar de la lengua al irascible castellano de Turnovas, hablaban á un convencido, que tenía á Magno Máximo sentado, no en la boca del estómago, sino más adentro, y cuyo solo nombre removía en él todo un mundo de antipatías, animosidades y bascas. ¿Es que Numisio estaba de mal temple? Ya sabemos que no: es que no estaba de temple ninguno. El hecho es que no tuvo humor ni siquiera para desengañar á sus compañeros accidentales de triclinio, dándoles á entender que una cosa era Márculo y otra muy distinta ellos.

—Habrás oído hablar de heréticos y de mágicos en Ga licia,

dijo, tomando la palabra Symphosio (el cronista traduce aquí el pintoresco lenguaje del obispo al estilo llano). Pues sepas que no hay tal magia ni tal delito de magia, que no hay tal herejia ni tal delito de herejía, y ni siquiera materia para fingirlo ó para pretextarlo. Hay, sí, un cisma; un cisma que han provocado nuestros adversarios por motivos vergonzosos inconfesables...

Ya sabes el origen del cisma llamado donatista, en Africa; ¿quién no lo conoce? Una opulenta dama española, residente en Carthago, llamada Lucila, que había hecho del culto á cierto martir no canonizado una nueva idolatría, fué reprendida por el obispo Ceciliano. La tal, como buena santurrona, sabihonda, soberbiosa y muy acaudalada, *potens et factiosa fœmina*, encrespóse contra el prelado y juró vengarse de él arrojándolo de su sede. A tal efecto, principió por asociarse al primer Donato, allegó á fuerza de oro golpe de partidarios y promovió entre ellos la celebración de un concilio, el cual depuso á Ceciliano y nombró para sucederle en su silla episcopal á Maiorino, de la servidumbre doméstica de la propia Lucila. El amor propio y la «iracundia» de esta mística mundana ha provocado ese incendio en que se está abrasando una parte del Imperio, y que ha podido reunir, hace cinco años, hasta 270 obispos donatistas en otro concilio celebrado asimismo en Carthago, y de quienes puede asegurarse que en el próximo todavía serán en mayor número.

Pues así, por ese mismo orden, ha surgido el cisma hispano que llaman malamente priscilianista, pues en ley de verdad debería titularse ithaciano. Como en Africa, ha surgido aquí por motivos totalmente ajenos al dogma. Los siete pecados capitales, en especial el de la lujuria, el de la gula y el de la soberbia, se conjuraron en nuestro daño. El metropolitano de Mérida y la mayoría de sus sufragáneos hubieron de ser objeto de reprensión por parte de Prisciliano y de su austero apostolado, á causa de la desarreglada conducta de aquellos prelados de aprensión, piedra de escándalo para su Iglesia. No persiguió Arqui-

loco con sus vengadores yambos á Lycambe y Neóbula más inexorable ni más rabiosamente que nuestro pío Latroniano con su indignada musa á Ithacio é Idacio, como en general á todo el partido episcopal hispano-aquitano, cuyo espíritu mundano sentía, más que repulsión, inquina y aun horror contra el ascetismo priscilianista, como si viese en él la cosa más abominable del mundo. El austero Juvenal español, creador de tantas divinas obras de orfebrería literaria, en quien las clásicas musas latinas del siglo de oro habían revivido en medio de la decadencia de nuestro siglo, no tuvo que restallar la mortífera tralla de sus sátiras contra el clero pagano, sino contra el clero cristiano; no tuvo que concitar los ánimos del pueblo contra flámines ni contra flamínicas, sino contra los malos pastores de la Iglesia de Cristo. Como escorpiones heridos, revolviéronse éstos contra el censor; para defenderse adoptaron, lo mismo que en el caso de Lucila, la táctica de atacar—otra no tenían,—naturalmente, inventando los motivos; cada vez más exasperados, acuden á Roma, á Milán, á Tréveris; por no sabemos qué artes, logran poner de su parte al pontífice romano Dámaso y á la corte Imperial, y la secta ithaciana se ensancha y agrava, proclamando la doctrina de que las heterodoxias deben extirparse por el hierro y el fuego; que el disentir de la Iglesia romana constituye delito político ó crimen de Estado; que ese delito debe expiarse con pena capital, y que para pronunciarla é imponerla es lícito invocar la intervención de la potestad civil; soliviantan con el señuelo de nuevas conquistas al otro lado de los Alpes al mentido emperador Magno Máximo; acusan de herejía ante él al santo apostol galaico y á sus discípulos, entre ellos, naturalmente, Latroniano, en venganza de sus justicieras críticas y en odio á su morigerada acusadora conducta y al espíritu renovador de su predicación, con el mismo fundamento con que los judíos habían acusado á Nuestro Señor Jesucristo; y he aquí al gran reformador hispano, verdadero representante del espíritu y doctrina de los Evangelios; helo aquí, repito, torturado y ajusticiado, como Cristo mismo, en

los estrados imperiales, sin el consuelo siquiera de poder ofrecer á su madre la protección de Juan, porque también Juan era sometido al suplicio y pasión del Maestro...

—El, él tenía que ser, no podía ser otro—oyóse decir por lo bajo á Numisio, como si hablara consigo mismo.—Más malvado que Ithacio é Idacio, ha querido ahogar en sangre una doctrina, deshonrando la causa de la religión. O mejor dicho, la causa de la humanidad, ya que á la religión le queda poco que perder, y él no ha obrado á efectos religiosos, sino políticos y personales. Si existe otro más malvado que él, ese es quien, sabiendo que tenía obligación moral de quitarlo de en medio, se desentiende de él, le respeta y le deja hacer.

Dijo entre rechinamientos de dientes, mientras alzaba los dos puños á la vez, como si fuera á descargarlos sobre una pareja de cráneos, que bien pudieran ser, en su mente, los propios de Máximo y de Theodosio.

Adivinaron, más que oyeron, estas razones los obispos; y, animado por ellas, el locuaz Symphosio se atrevió á meterse en alguna hondura doctrinal, no sin que Dictinio le tirase de la *paenula*, temeroso de enfadar y poner en fuga al comensal de un día que tan viva curiosidad había despertado en ellos.

—El cristianismo es una fe y un culto que han envejecido temprano; de gran exigencia teórica en la cuna, tardó poco en bastardearse, hasta que por fin se ha entregado. Desde hace tiempo se dió á contemporizar, frecuentemente á rivalizar, con todas las fealdades morales de la sociedad pagana, perita en todo género de desenfreno, desde la poligamia práctica y el pecado contra natura hasta la glotonería desbordada á lo Heliogábalo y el endiosamiento más inflado y risible, desde la esclavitud más oprobiosa y tiránica hasta la propiedad individual sórdida, cruel y sin entrañas. Así ha podido decir con razón Juan de Antioquía [el Chrysóstomo] que los cristianos no son ya la sal de la tierra, ó son sal que no sala, y atribuir al mal ejemplo de su vida, manchada con todo género de vicios y de escándalo, y al contraste entre la creencia y la conducta, el

que se haya disminuído ó paralizado el movimiento de aproximación de los gentiles á la cruz; así ha podido Eusebio Hierónymo calificarlos de peores que los paganos y representar á la Iglesia pletórica de riquezas y pobre en virtudes. Lo que sí está fuera de toda duda es que el cristianismo ha degenerado de hecho en un paganismo más, distinto del heleno-romano sólo por el nombre.

Prisciliano tomó el cristianismo en serio y reaccionó contra esa su degradación y caída, soñando con hacer de él lo que no era ni es aún, un sentimiento, y con ello un canon vivo y efectivo de vida para instituciones como para individuos. A sus ojos, el sistema religioso del Evangelio no era, idealmente, otra cosa que una purificación y reedificación del hombre interior, que una renovación moral de las sociedades humanas. De ahí los severos avisos, las rígidas censuras y hasta el anatema que los suyos fulminaban contra la relajada conducta de los ithacianos, concupiscentes y protervos, como en general contra el partido episcopal hispano-aquitano, ya que el episcopado entero, con rarísimas excepciones, había vuelto complacientemente la espalda, á partir ya de la paz de la Iglesia, á las enseñanzas del Divino Maestro de Galilea, y, lo que todavía es peor, se había puesto declaradamente enfrente de todos aquellos que, en el hecho de practicarlas, los ponían en evidencia, les avergonzaban y humillaban, condenando su espíritu de facción, de intriga, de celos y de odio, de incontinencia, de lascivia, de gula, de avaricia, de soberbia y altanería, de crueldad, con que revolvían y desmoralizaban á los pueblos. Prisciliano ha hecho más que exhortar y que reprender: ha probado con el ejemplo, ofreciendo el testimonio de su vida y la de sus discípulos, que aquel ideal ordenado por Cristo Nuestro Señor, propagado por él, aborrecido por sus contrarios, no es ninguna quimera ni ninguna República de Platón.

Esa fué su herejía, ese su pecado. Contra él, un príncipe pagano con etiqueta cristiana, Magno Máximo, y unos flámi-

nes disfrazados de episcopos, Ithacio é Idatio, han abierto de nuevo, en Tréveris, la era de las persecuciones, que habíamos creído definitivamente cerrada en los días de Diocleciano y de Constantino. El brazo seglar ha vuelto á ponerse á servicio de las pasiones y ambiciones teocráticas y á hacer de la libertad natural del espíritu un *crimen majestatis*. Prisciliano es la columna terminal que divide dos grandes períodos en la historia de la intolerancia religiosa del mundo: del lado de allá, la Inquisición pagana; del lado de acá, la Inquisición cristiana, que es decir pagana también. Esta novena persecución parece traer cuerda para rato, y amenaza dejar tamañitas á las ocho anteriores y hacerlas buenas...

—¡Por los clavos de Nuestro Señor!—interrumpió Dictinio,—no nos aflijas más con tus pesimismos...

—Déjame acabar. A menos que triunfe el criterio de Prisciliano: la inspiración individual en la interpretación de los textos sagrados y la libertad de conciencia, cosa que aún está por ver.

—¡Psch!—silbó Numisio, que había acabado distraidamente por interesarse en el tema de Symphosio.

—Otro Prisciliano principia á despuntar por partes de Levante, no menos grande que el galaico: me refiero á Juan de Antioquía, cenobita y anachoreta también, discípulo de Libanio y Melecio, ahora diácono y fugitivo del episcopado, que, como el santo apostol de Galicia, predica en sus numerosos tratados un cristianismo íntimo y renovador y una reforma general de costumbres extensiva á todas las clases sociales, desde la corte imperial al clero secular y regular, tan honda, que permita instaurar en la tierra la comunidad de los Santos, tal como la representó la primitiva iglesia de Jerusalén descrita por San Lucas, libre de la inicua y corruptora institución de la propiedad, ó reconciliando á ricos y pobres y haciéndolos iguales mediante el evangélico nivelador de la caridad. Sus prestigios de asceta y sus altas dotes de tribuno le llevarán lejos; pero me da el corazón que no acabará mejor

que Prisciliano, porque tampoco sabe blandearse ni cerrar los ojos al mal y contemporizar.

—Supe de él en Byzancio por dos hombres negros (monjes) de lo más zurdo, cerril y alcornoqueño que ha podido dar de sí el monaquismo más ignaro y ramplón, los cuales andaban buscándole las vueltas al de Antioquía para convencerle ante la corte de maniqueísmo ó de marcionismo, á propósito de un libro suyo sobre la Virginidad...

—Es la enfermedad del siglo: ¡todos somos heréticos! A nuestro Prisciliano se lo han imputado todo, y él mismo, en su *Liber apologeticus*, ha tenido que sincerarse de las infinitas mentiras puestas en circulación á cargo y por cuenta suya, negando que profesara el doketismo de esta ó aquella Iglesia gnóstica; ni el binionismo, que contradice la unidad divina; ni el novacianismo, que limpia de pecado al pecador bautizándole tantas veces cuantas peca; ni el polyteísmo, que sigue rindiendo culto á los mythos ó númenes de la religión helenoromana; ni el fatalismo astrológico, negación del libre albedrío; ni el marcionismo, que hace del demonio principio eterno del mal, autor de la materia y del pecado; ni el patripasionismo, para quien fué el Padre, no el Hijo, quien padeció muerte en la cruz. No creas á esos infames:nada de ello es verdad...

—Y aunque lo fuese, hombre, aunque lo fuese: que el crucificado en el Calvario de Jerusalén no lo fué el Hijo, sino el Padre; que no lo fué el Padre, sino el Hijo, ¿qué más da?

—¿Cómo que qué más da? Da, y mucho—exclamaron á un mismo tiempo los dos obispos, escandalizados, retorciéndose como si un áspid les hubiese mordido.

Pero Numisio se sentía por fin en su elemento y prosiguió impertérrito, como queriendo cobrarse de sus compañeros de posada lo que le debían de jaqueca y aburrimiento.

—Que las almas humanas participen de la sustancia divina, y como ella sean eternas, según la concepción gnóstica, ó que sean de esencia diferente y estén condenadas á perecer,

como dicen que opináis vosotros con la noble víctima del execrable asesino de Tréveris; que los hombres seamos hechura de Dios ó hechura del diablo, ¿qué más da? Que el cánon de las Escrituras comprenda todos los libros que Prisciliano pretende, y que todos ellos sean necesarios para poseer entera la revelación, ó que, por el contrario, algunos sean positivamente apócrifos, como aseguran Ithacio y Dámaso, ¿qué más da? Que las Escrituras puedan interpretarse legítimamente por la sola inspiración privada, personal, como vosotros sentís, ó que los fieles hayan de atenerse forzosamente á la interpretación oficial sancionada por la Iglesia llamada ortodoxa, como sienten los otros; bien, ¿y qué? ¿Es ni siquiera serio, por semejantes futesas, instruir un proceso de pena capital, y someter infamemente á cuestión de tormento y degollar fríamente, con la espada de Themis, deshonrándola, á un pensador y moralista de la alteza de Prisciliano, á un tan excelso poeta como Latroniano, gloria de nuestra raza; á dama tan sinceramente creyente como Eucrocia y, en conclusión, á siete personas de acreditada probidad, infamemente calumniadas?...

El escéptico y desenfadado lusón seguía perorando, pero ya nadie le escuchaba, porque los obispos se habían levantado horrorizados y salido al trote largo del comedor con las manos apretadas á los oídos.

*
* *

Cuando Numisio despertó de su siesta, soplaba brisa del norte; la fiebre del sol había remitido; el tiempo se había vuelto razonable y entraba en el orden. Pero escarmentado el lusón del suplicio de la mañana, no quiso oir hablar más de montura; alquiló uua *rheda* tirada por dos caballos.

Fue su primer cuidado asomarse al puente nuevo para echar un vistazo á la alegre campiña igualadina y á su maravilloso verjel, con sus alineados frutales, frescos prados y hortalizas, sus viñedos y olivares, sus frondosos pinares y encinares, alternando con las nacientes manufacturas de lienzos y pañería,

hermoseado todo por ricas casas de campo y una espesa red de fortalezas y atalayas. Aquel día había sido de los nefastos para una ciudad como Constancia, que se envanecía con los pomposos dictados de nuevo Reino de Nausicae y Jardín de las Hespérides. El Noya, ¡todo un río!, que ya venía mermando de un modo alarmante desde quince días antes, el sol había acabado totalmente por sorberlo, y la espléndida vega se ahogaba...

Los paseantes de la urbe afluían ya á la *mansio*, con objeto principalmente de recoger noticias, murmuraciones y rumores de los viajeros, militares y civiles, que iban llegando, y aumentaban el barullo y animación de los máncipes, otra vez en funciones: carreteros reparando vehículos oficiales y particulares; postillones enganchando tiros; *hippocomi* aparejando bestias de carga ó llevándolas á la abrevada; *muliones* extrayendo basura de las cuadras; esclavos que cargaban y descargaban granos, caldos, forrajes, equipajes de pasajeros, especies annonarias, fardos de uniformes y provisiones para el ejército, provisiones y material para uso y consumo de la *mansio* y de su hostería; curiales de la ciudad disponiéndose á actuar como *custodes,* y conductores que disputaban sobre si tal viajero, desmontado de ocultis en la calzada, había sido admitido en la posta sin *diploma* (pase ó permiso del alto funcionario que ejercía ó á quien incumbía la *evectio*), ó con diploma no personal, sino cedido ó comprado; todos entrando y saliendo y entrechocándose entre sí y con los viajeros y los paseantes y mirones, con menos orden y disciplina que las abejas en una colmena, que las hormigas en un hormiguero.

En competencia con ellos, la república libertaria de los gorriones tenía desplegadas sus traviesas y desvergonzadas huestes por calles, tejados, eras y corrales, no á fin de merodear ó de hurtar, como dicen calumniosamente las novelas, sino de tomar lo suyo donde lo encontrasen.

Numisio dejó bien recomendados á uno de los espoliques y al caballo, que habían caído enfermos de insolación.

Al arrancar su vehículo camino de Cervaria é Ilerda, distinguió á alguna distancia, bajo el emparrado del hostal, la silueta de los dos obispos, todavía mohinos, y no pudo reprimir una sonrisa al recordar la manera que habían tenido de despedirse, como tampoco, á continuación, un fruncimiento de cejas y una crispadura de puños pensando en Máximo, Prisciliano y Theodosio.

Los trámites del proceso no podían, á su entender, estar más claros: una cuestión de faldas ó de bragas por parte del metropolitano de Mérida y demás prelados de su cuerda, y un exceso de rigorismo pío, falta de arte y de correa, celo acre é intemperante, por parte del sufragáneo de Avila (Prisciliano); una gran herida de amor propio, más enconada cada vez; y cátate fraguado el cisma; choque entre el ortodoxismo y la libertad, pretexto para uno de los dos bandos, por aquello de que cuando se quiere matar al perro se le pone por nombre *Rabia*, ó digamos gnosticismo, doketismo, maniqueísmo, etc., y cátate el cisma hecho herejía;—intervención de la codicia vesánica de Magno Máximo, y cátate la herejía hecha crimen de Majestad y el supuesto heresiarca criminalmente degollado por mano de verdugo, con sus discípulos predilectos, sobre el tablado de Tréveris. Ahora, nada más lógico que lo que pronostica el obispo de Astorga: el crimen de Ithacio y de Máximo dejará rastro, no quedará sin consecuencias: el gran doctor de la Iglesia, si resucitase, podría repetir su hermosa sentencia «*sanguis martyrum, semen christianorum...*»

Así formulada á su modo la génesis y la filosofía de aquel histórico duelo entre pasión y razón con capa de guerra santa, tranquilizóse Numisio, cesó en sus cavilaciones, y ya no volvió á acordarse de su encuentro con los obispos gallegos. La pesadez y casi dolor de cabeza que el episodio le produjera, y que con el sueño se había mitigado, acabó de remitir con el baño prolongado de aire fresco y el silencio y la soledad.

Al paso del puente nuevo, la brisa, ya más acentuada, agitaba con ritmo solemne la fronda de los álamos, fresnos y

chopos del río ó riera (*Noya*), arrancando á la arboleda armonías y concentos de tal manera deleitables, que Numisio, que lo era todo menos sentimental, hizo parar un rato el carruaje para escucharlos. Toda la noche le acompañó el susurro de aquella divina sinfonía, conjugada con el cántico de algunas aves crepusculares.

Desde este punto hasta el momento en que, ya cerca de Ilerda, se descorrió ante Numisio la vista panorámica del Pirineo central, el incidente más notable constituyólo una pareja de burgarios que llevaban fuertemente atado á la mansio de su adscripción, en la vía consular de Tarraco, á un mulión fugitivo que se había acogido á una casa de labor inmediata al Segre y trabajaba en ella como colono. Con el pobre desertor iban también detenidos su mujer y sus hijos. Con toda su laxitud y ensimismamiento, el señor de Turnovas requirió involuntariamente la espada para proteger á aquellos cuitados y llevárselos consigo á Beliasca; pero se contuvo á tiempo, haciéndose cargo de que no había acabado aún de romper con la sociedad constituída, que no había hecho aún profesión de Hércules andante, idealista y soñador; y haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, se refrenó y siguió su camino, sin otra manifestación de su psiquis en aquel trance tentador, que un hondo suspiro dolorido y un estremecimiento general de nervios que le sacudió rudamente todo el cuerpo.

JOAQUÍN COSTA

La Ciudad del Día frente á la Ciudad de la Noche.

Es oportuno comenzar por el recuerdo de aquella teoría de Carlos Marx, en su estudio sobre la Filosofía del Derecho, de Hegel, según la cual, la nueva Filosofía necesita de los nuevos corazones, porque la sociedad futura, pasando por cima del filisteísmo burocrático y de la decadente burguesía, se compondrá de dos elementos fundamentales: de la Filosofía naturalista postkantiana, como su forma, y de la democracia social, como su materia; elementos llamados á integrarse, y entre los cuales han existido siempre poderosas corrientes de simpatía.

La política moderna debe orientarse entre las dos tendencias fuertes y sanas que comparten el dominio de la conciencia social en el presente; el imperialismo, que implica la voluntad de dominación y de potencia, y quiere dar fuerza al Estado nacional, haciéndole órgano de la expansión de la raza, y la democracia social, que implica la voluntad de creación y de trabajo, y quiere vigorizar en todos la potencialidad creadora.

La misión de la Filosofía social es hallar este ideal sintético para la política, porque la misión de la Filosofía, en general, lo mismo de la teórica que de la práctica, es siempre la de hallar críticamente el camino de la razón entre las dos contrapuestas tendencias sentimentales que combaten la concien-

cia social en cada tiempo, camino por el cual la razón sigue su marcha ascendente sirviéndose de las alas del sentimiento.

La filosofía teórica se construye desde Kant, según el método crítico, entre las dos tendencias opuestas del dogmatismo eclesiástico, que afirma como postulados de la fe las ideas metafísicas de Dios y la inmortalidad del alma, y la del escepticismo de la época de las luces, de los *esprits forts*, para la cual es meramente física la base de todas las posibles determinaciones de la conciencia.

En la mente de Kant tenían igual fuerza ambas tendencias, y la crítica de la razón pura significa un intento de conciliación entre ellas; entre el dogmatismo, que afirma como reales, como trascendentes, los sueños de la imaginación, las sustancias metafísicas inextensas, y el *fisicismo*, para el que no existe otra realidad que la fenoménica y sensible, objeto de las ciencias físico-matemáticas.

El método crítico idealista, de una profundidad maravillosa, por cuya virtud Kant verifica la conciliación de ambas tendencias, consiste en tener por reales las determinaciones de la fantasía de la sensibilidad, que sean indispensables para la construcción de los principios de las ciencias físico-matemáticas, desechando como sueños delirantes y malsanos *(los sueños de un visionario)* las demás intuiciones imaginativas de espíritus puros y sustancias del otro mundo, que no vengan exigidas ni contrastadas por el hecho perentorio de la necesidad de los postulados físico-matemáticos.

Así llega Kant á afirmar la existencia de las instituciones estéticas trascendentales del espacio y el tiempo; estéticas, por ser creaciones de la fantasía, ideales en los que se expresa la substancia de nuestra sensibilidad; y trascendentales, porque son el supuesto necesario de los principios sintéticos de las ciencias matemáticas: el espacio, de la geometría; el tiempo, de la aritmética.

El aspecto cultural y humano, aparte del aspecto técnico, de las afirmaciones de la estética trascendental, es el de que me-

diante ellas se emancipa la razón teórica de los dogmas metafísicos de Dios y la inmortalidad del alma (1), se emancipa de la sugestión eclesiástica, para encarnar en la naturaleza, dejando de ser una aparición del otro mundo y convirtiéndose en una energía cósmica, inmanente en el mundo.

Y la contradicción que, dígase lo que se quiera, entraña el método de Kant, es la de que, no obstante emancipar la razón teórica pura (la ciencia) de los postulados de la fe, deja aún colgada la razón práctica (el deber) de las sugestiones eclesiásticas de ultratumba; la razón práctica no encarna en el mundo, el imperativo del deber es una energía sobrenatural que viene á luchar contra la naturaleza y á vencerla, á destruirla en nombre de las entidades metafísicas, por ser radicalmente mala *(das radicales Böse)*.

En la crítica de la razón pura no es mala, para Kant, la naturaleza, y extiende, *a priori*, la razón mediante las intuiciones sensibles y naturales del espacio y el tiempo; pero en la razón práctica la sensibilidad, la naturaleza, es el mal y es el pecado, mediante el cual la razón no debe buscar ninguna clase de integraciones ni de complementos, porque repugna absolutamente á su propia índole. ¿No es esto contradictorio?

Y así resulta que la crítica de la razón práctica carece de una estética trascendental, como si las ciencias prácticas, á diferencia de las teóricas, pudiesen construirse sin los postulados de la imaginación; y á la vez la dialéctica trascendental, que llega á un resultado negativo en la crítica de la razón pura respecto á la necesidad de las intuiciones de Dios y la inmortalidad para la ciencia, llega á un resultado positivo en la crítica de la razón práctica, afirmando su necesidad para la conducta, viniendo á cumplir estas intuiciones sobrenaturales y metafísicas en la crítica de la razón práctica el mismo oficio

(1) Nótese que el autor no niega (ni afirma) aquí la verdad de estos postulados, pues pertenecen á la Religión, y ésta es asunto privado.

que cumplen en la crítica de la razón pura las intuiciones físicas y naturales del espacio y el tiempo.

Es Rousseau quien en el tiempo moderno emancipaba la política como Kant emancipa la ciencia, haciendo de la intuición estética de la naturaleza humana el fundamento trascendental de los principios jurídicos: la intuición de la naturaleza humana es en Rousseau una evocación de la sensibilidad ó sentimiento moral, la misma que constituye el gusto estético, y que Kant mismo ha hecho como tal gusto el fundamento de la estética, pero á la cual Rousseau, á diferencia de Kant, da un valor trascendental, convirtiéndola en ética de meramente estética; porque Rousseau se eleva sobre la posición medioeval y bizantina del pesimismo eclesiástico cristiano, de la maldad radical de la naturaleza humana, ampliamente participado por Kant, para ver en el fondo del corazón y del carácter los instintos nobles y progresivos de la especie.

La intuición estética y trascendental de la naturaleza humana se desarrolla para Rousseau en la visión serena de la edad de oro, impregnada por su romántica sentimentalidad de dulce melancolía, pero de trazos puros y firmes, como un fresco de Piero della Francesca; «reminiscencia de la juventud del mundo, dice, que lleva impresa la huella del creador...» «floresta de ensueño, adornada por las puras manos de la naturaleza que encanta nuestros ojos, de donde siempre los tornamos con pesar...» «celeste y majestuosa armonía de la vida humana, entre la dulzura y la severidad, entre los alegres juegos y el trabajo, donde se producen los castos y fieles amores, que engendran las robustas generaciones, con todo el vigor y toda la belleza de que la naturaleza humana es capaz.»

La intuición de la naturaleza humana, esta delicadeza de la sensibilidad, unida á la virilidad del carácter, es trascendental en el instinto revolucionario, alma de las naciones modernas, inmanente en el moderno derecho constitucional, que consiste en una protesta frente al régimen antiguo del despotismo político, económico y familiar; un régimen histórico,

cuyos principios intelectuales y abstractos, en su casi totalidad, erige Kant, el filósofo por excelencia de la burguesía, en postulados racionales absolutos.

«La razón, dice Rousseau, es el espejo de las leyes del despotismo, mientras que el corazón es el espejo de las leyes de la naturaleza.»

La función de la naturaleza humana es idéntica en la política á la del espacio y el tiempo en la Matemática, y á la del gusto en la Estética; es un criterio de valoración, un arquetipo ideal que, por referirse á una ciencia práctica, es también un impulso á la acción, por cuya virtud la razón se hace potente; y si abstraídos todos los objetos de experiencia interna y externa, todos los objetos físicos y psíquicos, aún quedan indestructibles, mientras el hombre sea hombre, las intuiciones del espacio y el tiempo, de igual modo, si se suprimen todas las instituciones sociales y toda la historia, aún queda, mientras el hombre subsista, la tendencia, el impulso progresivo de la especie, crítico y creador que, por estar asimilado á la razón es un deber y tiene su expresión ideal en la intuición estética de la naturaleza humana bella y noble.

La naturaleza humana ideal es un promorfo, es un arquetipo, como el espacio de tres dimensiones; el espacio real, es decir, la extensión, la materia, tiene infinitas direcciones, las cuales reduce la razón esquemáticamente á tres direcciones típicas; así también la naturaleza humana real, los instintos, sentimientos y propósitos de los hombres reales, de los hombres tales como son y no tales como debieran ser, están omnilateralmente orientados hacia los cuatro vientos de la rosa espiritual; pero la razón pura, mediante su esquematismo, puede reducir estas tendencias á la dirección unitaria de los impulsos nobles y progresivos de la especie, puestos como ideal estético de creación y de vida.

Y si relacionamos las direcciones infinitas del espacio real con los infinitos influjos cósmicos que se ejercen en todo momento sobre cada punto del universo, y si relacionamos la vo-

luntad unitaria, por cuya virtud este espacio real de infinitas direcciones se resuelve en el espacio ideal de tres dimensiones, con la energía solar, con la grandiosa voluntad apolinea, á la que todo obedece sobre la tierra, podremos relacionar también la infinita variedad de imágenes y de impulsos que combaten en el fondo oscuro de nuestra naturaleza, con la pluralidad de omnilaterales influjos cósmicos, que solicitan el dominio de nuestra alma, y habremos de relacionar también el impulso unitario del deber con la voluntad apolinea, que ejerce sobre nuestra naturaleza una sugestión categórica.

Estamos familiarizándonos con la distinción entre lo apolineo y lo dionisiaco, que se da en la relación de la realidad al ensueño; lo dionisiaco se refiere al hecho profundo por excelencia de las afinidades del corazón humano con la naturaleza universal, por cuya virtud se entablan corrientes místicas de amor entre el hombre y el ambiente divino que le rodea, que consisten en una armonía musical y lírica, según ha revelado el genio de Ricardo Wagner; y lo apolineo son las flores del ensueño que brotan en este suelo fecundo por inspiración del sol de la razón pura; lo apolineo es la visión estética del divino Apolo mediterráneo, del jóven dios armónico y sereno, á la vez impulsivo y santo, astuto y ligero, alegre y grave, heroico y modesto, engendrado por las afinidades electivas de la razón en la noble sustancia de la fantasía.

Existen dos tipos de ciudad: la ciudad de la noche y la ciudad del día; la ciudad de la noche es eclesiástica y feudal, la ciudad del día es cívica y democrática; la primera está inspirada en las intuiciones trascendentales de Dios y la inmortalidad del alma, que dominan y orientan los sueños metafísicos de la noche; y la segunda en la intuición de la naturaleza humana, criterio de valoración para los sueños estéticos del día; oposición que supone la evidencia de que el día no se ha hecho para meditar sobre las intuiciones metafísicas, sino para la acción, para producir síntesis reales del espíritu y la naturaleza, para la ciencia, para la virtud, para el esfuerzo y para

el trabajo; de que no es lícito conservar durante el día otras reminiscencias de los sueños de la noche, sino las que sirvan para remontarse más y más en el dominio de la naturaleza y en el supremo goce de la vida, ya que si la razón humana es un águila que se remonta hasta el sol, no puede hacerlo sino apoyándose en alas de ensueño.

La ciudad del día es la Atenas de Pericles, creación estética del amor, inspirada por el Apolo mediterráneo, por el libre espíritu que encarna en la naturaleza, inmanente en la vida, como engendrado por el éter luminoso que simbolizaron los griegos en el mito de Pahlas Athenea, cuya actividad genial se desenvuelve en la filosofía, en el arte, en la ciencia, en la política, en las empresas colonizadoras, comerciales y guerreras.

La ciudad de la noche, por el contrario, es la ciudad de la tristeza y de la inercia; desarraigado el espíritu del fértil suelo de la naturaleza y de los intereses humanos, y absorto en la sugestión eclesiástica de la otra vida, queda la tierra abandonada al dominio brutal de la fuerza y de las bajas concupiscencias, mientras el espíritu se ocupa en la oración, ó en la sedentaria, complaciente y cobarde tarea de justificar los postulados históricos de la fuerza, que de este modo van labrando un estigma de esclavitud en el sistema nervioso de las generaciones.

Las concepciones jurídico-políticas de Kant y de Platón obedecen, respectivamente, á cada una de ambas tendencias: fundamento supremo de la sociedad política son en Kant los postulados metafísicos de Dios y la inmortalidad, cuya expresión práctica es el imperativo categórico, y mediante él, los postulados sintéticos del derecho romano feudal y burgués, de la propiedad *exjure quiritium* y del autoritarismo del *pater familia;* pero en Platón la sociedad se funda en la mera humana afirmación trascendental de la unidad, en el ideal del soberano bien, que encarna en la intuición estética de la naturaleza humana bella y noble, conforme á cuya exigencia suprema regu-

la Platón las relaciones de propiedad y de familia, y la división política y administrativa de las clases y funciones sociales, desentendiéndose en absoluto del hecho arbitrario de la posesión de las tierras, de toda relación histórica y de sedentaria posesión de estado.

La posición de Platón es crítica en la razón práctica, como la de Kant es crítica en la razón teórica; su sentido es el de una conciliación entre las tendencias autoritarias de la aristocracia sacerdotal espartana y el humanismo de los sofistas, los enciclopedistas, los *esprits forts* de aquel tiempo, habiéndola logrado mediante el ideal estético de la naturaleza humana, del idealismo naturalista helénico por excelencia, el de Fidias y el de Pericles, el de Sófocles frente á Esquilo, que no desprecia las luchas y los intereses humanos para absorberse en el desarrollo poético de los mitos, conforme al sentido de la ortodoxia sacerdotal; el idealismo de los ideales auténticos de vida y de belleza del alma creadora de Atenas, frente á la estéril voluntad espartana de lo malo y de lo feo, exenta de gusto y de piedad.

La Edad Media significa la crisis de ambas ciudades, la de la noche y la del día, representadas respectivamente en la cultura bizantina y en la del Renacimiento; la cultura bizantina es supernaturalista, intelectualista, despreciadora de la sensibilidad; consiste en la barbarie de sostener por todos los medios el contenido intelectual de los viejos dogmas frente á los anhelos renovadores de la naturaleza humana: *Vivat Eclasia et pereat homo*. Su expresión en el arte se encuentra en los mosaicos de las viejas basílicas, donde están representados los misterios y triunfos de la Iglesia, en figuraciones hieráticas, secas y solemnes, sin vida y sin gracia; son figuras absortas en la sugestión eclesiástica, que han perdido la naturaleza y el carácter humanos.

La cultura, ó incultura, eclesiástica y bizantina, hace á las almas esclavas y hace también á las tierras esclavas; las tierras siguen la suerte de las almas; su ideal político es el Sacro

Romano Imperio, el más grave peligro de orientalización corrido por Europa, cuyas últimas trágicas consecuencias sufrimos ahora en España, sin haber disfrutado de sus efímeras glorias; intento de convertir el régimen histórico feudal en régimen de derecho divino, mediante la consagración por las bendiciones de la Iglesia, del hecho brutal de la fuerza, fundamento de la posesión de las tierras, sobre el cual moldea el feudalismo las relaciones sociales todas, económicas, familiares y políticas; intento fracasado desde su misma raíz, porque no lograron entenderse ambos señores, el de las almas, el Papa, y el de las tierras, el Emperador; el Papa quería también gobernar en las tierras y el Emperador en las almas; luchas estériles por la dominación, que no hicieron avanzar á la humanidad un solo paso, de las que salieron ambos poderes vencidos y deshechos para no levantarse jamás.

El Renacimiento sustituye el ascetismo bizantino, que se apoya en la idea de la inmortalidad, por el ideal estético de la naturaleza humana; es la resurrección del Apolo eleusino que encarna de nuevo en el San Jorge del Donatello, flor perenne del supremo herotismo de las razas mediterráneas, virtud incomparable de su sensibilidad, triunfo eterno del día azul del Mediterráneo sobre la negra noche de la selva nórdica.

Francisco de Asís, el diónisos moderno, es la primera gran figura del Renacimiento, porque tiene á Dios en el corazón y no en el cerebro; porque, como Rousseau, ve á Dios en la naturaleza y no en el espíritu; santifica la espontaneidad, la simplicidad del corazón, frente á los dogmas intelectuales inspirados por la miserable soberbia de la personalidad; de este ingenuo naturalismo franciscano del hermano Sol y de la hermana Agua, procede la inspiración del gran arte del *cuattrocento*, de Giotto y de Bellini, de Pedro della Francesca y de Giorgione, el arte de los cipreses, de las palomas y de los lirios, donde tiene una expresión todo lo que es delicado y noble en la naturaleza y en el hombre.

El ideal político del Renacimiento es el mismo ideal esté-

tico de su arte; así, en Lorenzo el Magnífico, que mira á su Florencia con los amantes ojos del alma, como á la señora de sus pensamientos, de la que pudo decir, parodiando la frase de Buanarroti, *Fiorenze e la mia fidanzata;* su labor política, inspirada en el amor y en el ansia de inmortalidad, es una obra estética de arte; así también en la aristocrática Venecia, donde el ideal estético tiene un carácter imperialista y se extiende por las márgenes orientales del Meditérraneo, donde se inmolaban los criminales entre las dos columnas de la *Piazzeta,* traídas de la remota expedición á Tiro, sacrificando sus naturalezas contrahechas en holocausto á los ídolos estéticos.

Al naturalismo idealista teórico corresponde en el Renacimiento, lo mismo que en Grecia, un naturalismo idealista práctico en la ética y en la política.

Los críticos de entonces hallan que Pedro Pomponazzi y Machiavello están tallados en la misma madera; ambos niegan la inmortalidad del alma y quieren sustituir esta idea por el ideal antiguo de la naturaleza humana; el uno apoyándose en Aristóteles y el otro en Polibio.

«Comprender es sentir, dice Pedro Pomponazzi; el intelecto es una facultad pasiva sin la imaginación; así, pues, es inseparable de la naturaleza; el alma no puede vivir sin el cuerpo y con él muere; pero aunque el alma sea mortal, nadie debe despreciar la virtud, ni seguir el vicio, á menos que no prefiera la locura á la razón, la bestia al hombre.»

El ideal cívico de Maquiavelo es un ideal humano, hecho de salud, de fuerza y de sabiduría, el cual se complace en comparar y oponer al abismo de miseria, de bajeza, de abyección, á que la Iglesia católica había conducido la naturaleza humana durante la Edad Media; cuando se pregunta la causa del alejamiento de sus contemporáneos de las virtudes antiguas, la encuentra en la educación clerical que engendra la debilidad y el enervamiento. «Los antiguos, dice, amaban el honor, la grandeza de espíritu, la fuerza física, la salud, y daban un valor divino á los héroes; nuestros sacerdotes, por el contrario,

ponen el fin del hombre fuera de la vida, desprecian el honor y glorifican la bajeza, y cuando nos quieren enseñar la virtud, nos enseñan la resignación para sufrir y no la energía para obrar. Esta moral ha entregado el mundo á los hábiles y á los ambiciosos, pues la mayor parte de los hombres, en la esperanza de ir al paraíso, prefieren sufrir las injurias á vengarlas.»

El ideal estético de la naturaleza humana inspira entonces nuevas encarnaciones de la idea platónica de una república perfecta; la ciudad del Sol del monje Campanella y la Utopia del canciller inglés Tomás Moro, discípulo entusiasta del gran Pico della Mirándola, son libros representativos del Renacimiento por excelencia.

En la ciudad del Sol no existen clérigos ni señores feudales; gobiernan los filósofos, que hacen descansar las instituciones sociales sobre la naturaleza y no sobre la fuerza. Una idea domina las relaciones privadas: el bien de la comunidad; no existe derecho privado, ni económico, ni familia, porque se le considera incompatible con el patriotismo ardiente que debe animar á los ciudadanos del Sol. Las autoridades regulan las relaciones sexuales según las exigencias naturales, á fin de que el Estado obtenga ciudadanos fuertes y bien dotados. Para la distribución del trabajo se siguen de igual modo las leyes de la naturaleza, observando las aptitudes individuales, y lo mismo para la distribución de los productos, que se hace según las necesidades de cada uno.

La famosa Utopia del canciller Tomás Moro, es una bella ciudad de armónicas proporciones, por cuyas amplias vías circulan sin obstáculos el aire y la luz, con numerosas escuelas y viviendas confortables para todos; nadie trabaja sino en tareas agradables, sobrándole horas para reflexionar y cultivar su espíritu. La legislación tiene, por fin, el bienestar social, intelectual, religioso é industrial, y no defender las expoliaciones de los ricos contra los pobres, como sucede ahora, dice, que los ricos escatiman el salario á los pobres por medios

astutos, así como también por la legislación; admite el divorcio por simple disentimiento, no reconociendo otra ley para la familia que el amor. Sus ideas sobre la criminalidad tienen el mismo sabor moderno. Prevenir el crimen, dice, es preferible á castigarlo; si consentís que las gentes del pueblo permanezcan ineducadas y que se las corrompa desde la infancia, si después las castigáis cuando llegan á ser hombres á causa de los crímenes que, por decirlo así, han mamado con la sangre, ¿qué es esto sino hacer ladrones para castigarlos en seguida?

Pero la naturaleza humana interviene en la génesis de la ciudad del día, no sólo como ideal, sino también al modo de elemento real, según la ha visto el naturalismo moderno democrático y socialista, para el cual es la naturaleza humana un impulso y un instinto, y no un sueño estético de la imaginación.

La colosal figura de Juan Jacobo, erguida á la entrada del mundo moderno, representa la transición entre el naturalismo idealista del Renacimiento y el naturalismo realista de nuestro tiempo; la vuelta á la naturaleza significa para él tanto las excursiones solitarias á la montaña «donde el aire es puro y sutil, dice, donde se siente más ligereza en el cuerpo y más serenidad en el espíritu, donde los deseos violentos pierden su punta aguda que les hace dolorosos», á las cuales atribuye Nietzsche la mayoría de sus inspiraciones, como la vida útilmente atareada del agricultor, compensándose en él, lo mismo que en Virgilio y Tácito, el sueño de la edad de oro, con el contrapeso de los intereses rurales.

«Yo he aprendido en sus inmortales escritos, dice Bernardino de Saint-Pierre, que el hombre está hecho para trabajar y no para meditar.»

«La Agricultura, dice Rousseau, es el primer oficio del hombre, el más honrado, el más útil y, por consiguiente, el más noble; aquél cuyas funciones convienen todas á la virtud; en la Agricultura debe buscar Francia los medios de subsistencia para su pueblo.»

Su ideal de patriota era el de ver convertidas las campiñas francesas en un vasto jardín; ideal logrado hoy en día, gracias, ante todo, al entusiasmo por la Agricultura que los escritos de Rousseau despertaron en Francia; así es cómo la Francia moderna debe á Rousseau lo que más vale en ella: sus instituciones republicanas y su Agricultura.

Y á la vez que en el trabajo, la relación real del hombre con la naturaleza consiste para Rousseau en el amor; su sueño es himeneal y prolífico como el de un patriarca del Antiguo Testamento.

«La principal virtud de la Agricultura, dice, es hacer los matrimonios fáciles, necesarios y felices; el hacer que nazcan muchos hijos, á los cuales emplea, desde que apenas saben andar, en la recolección de las cosechas y en guardar los rebaños...» «Cuando las familias están dispersas en el trabajo de sus campos, y se oye á lo lejos la voz de una joven que canta no creyéndose oída, y se ve un muchacho subido á un manzano, con su cesta y su escalera, que mira acá y allá y aguza el oído, como otro Vertemio, no existe parque con todas sus estatuas, sus mármoles y sus bronces que puedan comparársele».

Rousseau inicia la corriente del economismo realista moderno, puesto que inicia la economía fisiocrática de donde procede, y es Saint-Simon, un discípulo de Rousseau, el primero que opone conscientemente á la utopia el sentido realista del trabajo.

El materialismo histórico, en general, obedece al realismo roussoniano del trabajo y del amor, y participa de su mismo recelo democrático frente á las ciencias y las artes, origen para él de la desigualdad entre los hombres; pero añade á Rousseau y á su tiempo la idea moderna por excelencia de la necesidad racional inmanente en la historia, la idea hegeliana del desenvolvimiento progresivo y necesario de la razón en la historia, que para el materialismo histórico se convierte en su concepción característica del proceso necesario de la técnica económica, á cuya inflexible ley debe someterse el hombre mediante el trabajo.

El naturalismo estético idealista del Renacimiento mira á la sociedad como una obra de arte que el hombre produce libremente, según su inspiración, mientras que el naturalismo moderno, realista y económico, mira á la sociedad como una obra técnica de carácter riguroso y necesario, engendrada por el *Deus ex machina* de la dialéctica hegeliana; pero ambos naturalismos tienen de común su tendencia humanista; *Der Mensch,* dice Carlos Marx, *das ist für uns alles; die Menschen, die Geschichte, das Geschellschaft, der Staat,* como si dijera, el hombre, esto es todo para nosotros: la humanidad, la historia, la sociedad, el Estado; pero el hombre de Marx y del materialismo histórico es el hombre de la necesidad y del instinto, no el de la imaginación y la libertad; el hombre causa, y no el hombre fin, habiendo consistido la labor fecunda del humanismo moderno en integrar el concepto científico de la materia social, según las diferentes vivas manifestaciones de la naturaleza humana real é instintiva, que si consiste para Marx en la fuerza de trabajo, fundamento real de las instituciones económicas, consiste para Fuerbach en el amor, fundamento real de las instituciones familiares, así como consiste para Herbart, el más glorioso representante del humanismo moderno, ajeno á las preocupaciones de Rousseau y del materialismo histórico respecto á las ciencias y á las artes, en las vocaciones específicas, humanas por excelencia, religiosas, políticas, artísticas, científicas, fundamento real en propia base humana, de las instituciones culturales.

He aquí, pues, cómo puede ya hoy construirse un esquema del vario contenido de la materia social.

La materia social se da en la relación del hombre con la naturaleza, y esta relación es interna ó externa; interna, cuando consiste en las representaciones y en los sentimientos en los cuales la naturaleza es una propiedad del individuo, conforme á la posición del idealismo que permite decir á Schopenhauer: «el mundo es mi representación»; y es externa, cuando el hombre se mira como sustancia frente á los seres

naturales, en el sentido que dice Schopenhauer: «el mundo como voluntad».

La oposición del hombre y de la naturaleza se resuelve siempre por virtud de la acción; si la oposición es interna, mediante la actividad científica y artística, que subsume las representaciones y sentimientos según conceptos é ideas trascendentales; si es externa, mediante el trabajo económico, que resuelve la oposición natural del hombre con el planeta Tierra, en una relación de carácter productor, y mediante el amor sexual, que resuelve la oposición de las dos mitades de la especie en una relación de carácter reproductor.

De este modo se engendran las instituciones de la materia social, las instituciones básicas, de un lado económicas y familiares, y de otro las instituciones culturales, la ciencia y el arte, teniendo por móvil las primeras el trabajo y el amor sexual, y las segundas, las vocaciones específicas, características del hombre, que son también una especie de amor.

Así como el Renacimiento convirtió la intuición metafísica de la inmortalidad del alma en la intuición estética de la naturaleza humana—y así como la democracia socialista está convirtiendo el concepto del libre albedrío de la economía clásica en el concepto del determinismo económico,—así también la Reforma, mediante el proceso del idealismo moderno que de ella procede, ha convertido la afirmación trascendente de Dios, en la idea príncipe de la voluntad de dominación, inmanente en la naturaleza y fundamento trascendental del Estado.

La Reforma es naturalista como el Renacimiento; pero su naturalismo tiene un carácter predominantemente ético, no estético; su idea típica es la predestinación que niega el libre albedrío humano, tercamente defendido frente á ella por el genio colosal de nuestro Calderón; nosotros podemos comprender bien lo que significa la idea de predestinación, oponiéndola á la patológica y decadente hipertrofia de la voluntad, característica de algunos héroes calderonianos; en la idea de

la predestinación reconoce la Reforma el hecho profundo de la solidaridad del hombre con el universo, de cuyos efluvios se alimenta y á cuyo imperio le reconoce sujeto, como los antiguos á la inflexible necesidad del hado: niega la posibilidad de que el hombre se emancipe de los instintos y tendencias que son la sustancia y carne de su alma, desgarrándose de sí mismo y del universo como la triste heroína del Mágico Prodigioso; hace á la razón práctica sierva de la naturaleza, como el Renacimiento había hecho sierva de la naturaleza á la razón pura, y emancipa así, definitivamente la naturaleza humana de la sugestión eclesiástica medioeval, que, habiendo prometido á los hombres la libertad mediante la gracia divina, les dió sólo el enervamiento y la insania, la espantosa decadencia española.

El idealismo alemán contemporáneo se divide en dos corrientes, una contraria y la otra favorable al sentido de la predestinación: la primera reacciona con el Kant pesimista de la Razón Práctica, del sano naturalismo de la Reforma, y la segunda, abandonando definitivamente el pesimismo del *radicales Böse*, lleva á sus últimas consecuencias el principio de la predestinación; á la primera pertenece Kant en la Crítica de la Razón Práctica, Hegel y los modernos neokantianos, Cohen, Natorp, Stammler, los cuales, si quizá se conservan fieles al sentido naturalista de la teórica de Kant, acentúan, en cambio, el sentido ascético de su práctica; á la segunda pertenece Kant mismo en la Crítica de la Razón Pura, Fichte, Herbart, Schopenhauer, Nietzsche y también Goethe y Wagner.

La primera es trascendentalista, intelectualista, individualista, favorable, en último resultado, á la Contrarreforma; mientras que la segunda es humanista, estética, cívica; la primera hace del universo una función del individuo, confundiendo la naturaleza con la ciencia, el sistema ó cuasi sistema trascendente de la naturaleza (un sistema *infieri*) con el sistema trascendental de la ciencia; mientras que la segunda, conforme al profundo naturalismo de los helenos, hace del indivi-

duo y de la razón humana, con todas sus leyes matemáticas, físicas y jurídicas, una función de la naturaleza.

De conservarse todavía la superstición de las razas, diríase que la primera pertenece á la inspiración judeo-semita, porque no admite conciliación entre Dios y el mundo, entre el espíritu y la naturaleza, mientras que la segunda pertenecería á la inspiración arriana, porque busca la encarnación de Dios en el mundo, la conciliación del espíritu y la naturaleza, mediante el ideal estético.

A la segunda es debida la transformación del concepto de la razón práctica intelectual, que es una fuerza negativa, restrictiva, desligada del instinto, que es una *noluntad*, en el concepto moderno de la voluntad de potencia, que es una energía positiva, impulsiva, la razón integrada en el instinto, y convertida en carácter.

Fichte inicia la transformación al convertir el carácter inteligible de Kant, mera expresión de la universalidad racional, en el carácter empirico donde se incorporan á la razón las tendencias fundamentales constitutivas del individuo, mediante las cuales la razón se convierte en voluntad; pero el concepto de la voluntad, que es ético en Fichte, se hace metafísico y biológico en Schopenhauer, y después filosófico-histórico y político en Nietzsche.

En el aspecto social y práctico tienen de común ambas direcciones el oponer al materialismo histórico el concepto de la forma social; pero se diferencian en que la primera, representada por Stammler, hace de este concepto una forma intelectual, que contiene la mera universalidad de la razón, puesta como máxima de la libertad igual para todos, fundamento de la idea de la personalidad, y mediante ella del derecho privado; mientras que la segunda pone en su idea de la voluntad de potencia, el fundamento del derecho público; la voluntad de potencia, en efecto, si es energía hacia afuera, es amor hacia adentro, porque así como Fechner, buscando el acuerdo del espiritualismo con el materialismo, comparaba el alma humana

con una taza, cuya parte cóncava sería la conciencia y cuya parte convexa la extensión, así también nosotros, aceptando la comparación para el poder público, podemos distinguir en él una parte convexa, la que mira hacia los extraños, hacia los enemigos, que es la energía y la potencia, y una parte cóncava, la que mira á los propios, hacia los súbditos, que es el amor y la justicia social.

La necesidad del triunfo internacional determina el hecho interior de las afinidades electivas del poder público, respecto á las energías sociales, móvil de un proceso de integración de la materia social, cuyo primer episodio es la creación del ideal estético de la naturaleza humana, extraído por la forma de las entrañas de la materia, que es condición trascendental de toda posible síntesis en la vida, y en la acción de la afirmación de unidad ideal y dominadora y de la variedad plástica é instalable de la materia, que debe ser polarizada por la idea.

He aquí, pues, cómo la ciudad del día se ha venido integrando á través de las grandes corrientes espirituales de la Historia moderna, en las tres causas que Aristóteles consideraba concurrentes á la producción de la vida: la causa final, la causa eficiente y la causa material; debe á la Reforma su causa final, la voluntad de dominación y de potencia; debe al Renacimiento su causa eficiente, la causa mediadora, el ideal de la naturaleza humana, y debe á la democracia social, su causa material, el sentido de la necesidad del trabajo y de la libertad de la inspiración y del amor.

Frente al ideal naturalista de la ciudad del día, se levanta hoy amenazador, entre nosotros sostenido por la Iglesia, el ídeal supernaturalista de la ciudad de la noche.

La oposición de nosotros, los jóvenes, á las Asociaciones religiosas, es por eso radical é irreductible; nuestros ideales son opuestos como el día y la noche; nuestro ideal es el Apolo de Eleusis del tiempo glorioso de la Helade; el suyo es el Cristo bizantino, el Apolo de la decadencia.

Las Asociaciones religiosas quisieran retrotraer la historia

de Europa al tiempo fatal de la decadencia bizantina, desconociendo sistemáticamente los postulados del naturalismo que ha creado la historia moderna con esfuerzo y con dolor á través del Renacimiento, de la Reforma, de la Revolución, sangre de cultura que circula por nuestras venas; oponen á la naturaleza humana real, que significa las virtudes positivas del trabajo, del amor y de la inspiración, sus pseudo-virtudes negativas de la pobreza, de la castidad y de la obediencia, antítesis de la materia social, y oponen á la naturaleza humana ideal, en cuanto á su contenido, que es la visión estética apolínea, el concepto ascético, antifísico, de la inmortalidad del alma, y en cuanto á su forma, que es la voluntad de potencia, el concepto abstracto del Dios trascendente, sin calor y sin luz; ideales de muerte que vienen á ocupar en el corazón el sitio de los ideales de vida, despojando á la sociedad civil de su propia forma sustancial é ideal.

Las Asociaciones religiosas, diga lo que quiera el liberalismo escéptico y *sans culotte*, pertenecen al derecho público y no al privado; su criterio de regulación jurídica, es el ideal de la naturaleza humana, fundamento del derecho público, y no el postulado de la libertad igual para todos, el postulado de la personalidad, que es fundamento de derecho privado; quien, como ellas, niega el ideal de la naturaleza humana, constitutivo del Estado, no puede invocar el principio de personalidad que el Estado mismo garantiza; los enemigos del Estado, tanto los internos como los externos, son siempre de derecho público; por eso los delincuentes pertenecen al derecho público, y las Asociaciones religiosas tienen de común con el tipo del delincuente nato, el ser su personalidad moral una síntesis de los valores antipolíticos por excelencia de los postulados, absolutamente incompatibles con las máximas políticas de un Estado que alcance las profundidades de una voluntad de dominación por la cultura, es decir, de dominación por la ciencia, por el arte, por los descubrimientos, por las inspiraciones, por la fecundidad, por el esfuerzo y el trabajo de sus hijos.

Así, pues, el principio que declara ilícitas las Asociaciones religiosas, es el mismo principio de la pena jurídica, una declaración de incompatibilidad con el ideal político de tales ó cuales manifestaciones espontáneas de la materia social, que formula auténticamente el poder público; es el mismo principio por el cual se declara ilícita una asociación de monederos falsos, y aún es más grave falsificar la virtud que falsificar la moneda.

Pero, además, los fines secundarios de beneficencia y enseñanza que cumplen las Asociaciones religiosas, junto á su fin principal del imperialismo negro—que se alimenta de corazones de pueblos,—son fines fundamentalmente administrativos, por lo que mientras los cumplan habrán de estar sujetas, quieran ó no, á la tutela administrativa, como órganos que son de la Administración pública más ó menos autónomos; así lo reconoció siempre el Derecho Romano, según el cual, nunca les fué concedida la personalidad á las Asociaciones religiosas, negándoles la facultad característica de la personalidad, que es la de adquirir, teniéndolas siem pre sujetas á la autoridad administrativa, quien regulaba toda su vida civil suprimiéndolas cuando era excesivo su número ó cuando así convenía á los intereses públicos, ó destinando á otros fines culturales los bienes que poseyeran, puesto que sólo por ser órganos administrativos tuvieron capacidad jurídica para adquirirlos.

Este, pues, es el enemigo que hemos de vencer para poner en alto nuestro ideal, que es un dechado de los valores nobles; y le hemos de vencer, como se le ha vencido en todas partes, con su antítesis, con la revolución que hoy pide de nosotros el espíritu nacional, la más apremiante necesidad social del presente; una revolución que arroje del poder á las potestades funestas, una revolución que sea la chispa de comunicación entre la electricidad positiva de nuestro imperialismo cultural americano, y la electricidad negativa de nuestra naciente democracia social, chispa que, fulminando al jesuitismo, hará brillar sobre las más altas cumbres de la raza ibérica en ambos continentes, el ideal naturalista de la Edad de Oro, el ideal de Don Quijote, luz de aurora de la nueva España.

Francisco Rivera Pastor.

ESPAÑA FUERA DE ESPAÑA

«EL CELOSO EXTREMEÑO», DE CERVANTES

Y UNA NOVELA DE G. F. ESTRAPAROLA

Entre las *Novelas ejemplares* del más grande de los escritores españoles, ocupa tal vez el primer lugar la que lleva por título *El celoso extremeño*; con ésta, con *Rinconete y Cortadillo, El Licenciado Vidriera* y alguna otra más, se integra la representación de la vida española contenida en el *Quijote*. Por esta razón, por los exquisitos méritos artísticos del *Celoso*, y también porque señala, á juicio de Mela el paso de la novela de imitación italiana á la gloriosa *novela picaresca* española, es muy digna de ser estudiada la narración dicha; y ha sido, en realidad, asunto de investigaciones por varios críticos, entre los que recordaré á D. Julián Apráiz y Eugenio Mela.

Este, en un erudito artículo, nos ofrece muchas y valiosísimas consideraciones acerca de *El celoso* de Cervantes; pero lo más notable de su trabajo son las oportunas y copiosas comparaciones establecidas entre nuestra novela y las otras producciones literarias antiguas y modernas que tratan el mismo argumento.

No hay duda de que Cervantes puso en su cuadro los más vivos colores, tomados de la vida que él mismo viviera (y tuvo una amplia comprensión de la vida); pero, conocedor como era de la literatura italiana, debió de enriquecer con los abundantes frutos de la fantasía de nuestros noveladores su vena,

ya en sí misma dotada de inagotable fecundidad. Observaremos, además, que ningún prosista antiguo y moderno influyó tanto en el estilo de Cervantes como Bocaccio; con el nombre de Bocaccio español le saludó Tirso de Molina; y algunas novelas, como *El celoso extremeño*, por la exquisitez de la forma con que se engalanan, no chocarían ciertamente entre las narraciones del Decamerón (1).

¿Quién es el novelista italiano que no haya gustado del argumento del marido celoso, cruelmente burlado, y enviado, según la hipócrita y mordad figura del eufemismo, á Corneto ó á Cornovaglia? Yo, que he hecho y sigo haciendo un gran espolio de nuestra novelística, he podido comprobar que por todas partes se encuentra repetido, con mayores ó menos variantes, el mismo motivo; y pláceme citar «El libro de los siete sabios», «Las cien novelas antiguas», las de Bocaccio, G. Sercambi y G. Sermini; el *Novellino* de Masuccio, los cuentos de Sabadino de los Arienti, los de G. Forteguerri, el episodio de Federico y Ordauro del «Orlando enamorado» (p. I, c. XXI-XXII), la «Novela de Agrisippo y Lipomena de Mambriano (XV y XVI).

Los citados escritores pueden haber tomado, en mayor ó menor escala, de obras anteriores; pero ¿cuál de ellos no se representó, más de una vez, en la realidad de la vida, un Don Bartolo enamorado y chocho, con toda la fuerza y *vis cómica* del de Beaumarchais? Pero en vano amonestará N. Forteguerri, en el canto IV de su *Ricciardeto*, por qué el amor, que es ciego para todos, lo será más todavía para la senectud que chochea.

«Que no sueñe el hombre viejo
con gustar á niña bella,
aun cuando ésta, tal vez,
se esfuerce porque lo crea;

(1) *M. Menéndez y Pelayo*, Cultura lit. de Miguel de Cervantes y elaboración del *Quijote*. (*Rev. de Arch. Bibl. y Museos*. Núm. extr.—Mayo, 1905.)

de la yerba verdeante
gusta pacer la cordera,
y no del heno marchito
que en invierno se conserva.
No lograrás su ventura
con halagos y preseas;
quizá, no obstante tus dones,
en secreto te detesta.» (1).

Aunque los novelistas, dotados de un pronto y vivo espíritu de observación, pueden á veces inspirarse en escenas de su propia vida, saben también enriquecerlas y darlas variedad, valiéndose de la paleta de otros fieles intérpretes de la naturaleza; se comprenderá fácilmente que Cervantes hubo de poner á contribución los dos procedimientos y que, por lo anteriormente dicho, le agradó nuestra novelística.

El citado Sr. Mela, en su magistral artículo, se apresura, como ya se ha indicado, á recordar aquellas composiciones, que le parecen más ó menos parientes de la de Cervantes, y yo creo que no hago una obra inútil al resumir, casi como complemento de aquel doctísimo estudio, una novela de Giovanni Francesco Straparola de Caravaggio, no citada por Mela, la cual me parece que es la que más ingenuamente palpita en *El celoso extremeño*, de Cervantes, y pudo haber influído en su mente asimiladora.

«Galafro, rey de España, se casa, siendo ya viejo, con una doncellita, llamada Feliciana, y un nigromante no vacila en advertir al príncipe que corre el peligro de ser engañado por su joven mujer, á la cual, por esta razón, se la ha de custodiar celosamente. Galafro ordena entonces que se construya una torre, y recluye en ella á Feliciana, que solamento tiene por compañeras y guardianas, al mismo tiempo, algunas mujeres, mientras que, para mayor seguridad, se confía la defensa externa de la torre á hombres armados.

(1) Traducción libre de los versos de Forteguerri.

Pero he aquí que á Galeoto, hijo de Diego, rey de Castilla, le inflama el deseo de hacer suya á la bella prisionera, y aguza el ingenio para penetrar en la torre y obtener el amor de la reina. Un día, Galafro ha ido de caza, y Galeoto, disfrazado de comerciante, se acerca á la prisión con un surtido de ricas telas, y hace que llegue su voz á las mujeres que allí moran. Feliciana, deseosa de comprar, consigue que introduzcan al vendedor, y después la dama le entrega su amor, que es lo que él desea sobre todo. Antes de que Galeoto se vaya, la reina intenta en vano que la deje algunos géneros, como premio del amor que ella le ha dado; el príncipe la deja con su deseo, y y de igual suerte se niega á retribuir á la guardia de la torre. Una vez fuera, se pone á gritar repetidamente: «Yo lo sé, pero no quiero decirlo», y Galafro, que lo ha oído, acude presuroso á ver á Feliciana, repitiendo las mismas palabras. La pobre mujer teme haber sido descubierta, y juzga que lo mejor es confesar su infidelidad. El buen Galafro *(¡oh gran bondad de los caballeros antiguos!)* no se encoleriza; pero, reconociendo su error, manda derribar la torre y convive alegremente con su mujer.

Ahora, el que conozca *El celoso extremeño* puede fácilmente reconocer que Straparola se aproxima más que otro alguno; digo solamente *se aproxima* á Cervantes; y, cosa que también quiero notar, la novela 2.ª (noche I) de las *Noches gratas (Carrandino y el Pretor de Perugia)* expone el hurto de un caballo, que se realiza con la misma estratagema recordada por Sancho Panza en el *Quijote,* si bien esplícitamente alude el escritor español al percance ocurrido á Sacripante por obra de Brunello (1).

Volviendo á la novela de Galafro, ¿cuál de todas las narraciones semejantes nos ofrece tanta abundancia de notas comunes con el trabajo español como la de Straparola? En todas las otras novelas se repiten, de arriba abajo, estas circunstan-

(1) *Orlando Furioso*, XXVII, 72 y 84.

cias: la bella prisionera es encerrada sola; la puerta no está custodiada por guardias; el amante se introduce furtivamente y, en general, por mediación de una abertura practicada en la pared; el esposo engañado no reconoce su error y no perdona á la mujer; mientras que casi todas las particularidades de la obra de Caravaggio se encuentran también en la de Cervantes.

El viejo Carrizale, en efecto, una vez casado con Leonor, la recluye en una casa construída de la manera que le sugieren sus celos, y le da por única custodia y compañía á unas mujeres, mientras que pone como guardián á la puerta á un eunuco; después, cuando se da cuenta de su engaño, confiesa su yerro y perdona á la mujer.

Loaisa, el *pícaro,* ó mejor, el *vírola,* que se acerca á la prisión tocando, y se capta así las simpatías del eunuco guardián y de las mujeres de compañía, logrando después entrar en el inviolable recinto, recuerda bastante bien á Galeoto, transformado, para el caso, en comerciante; Leonor, por el contrario, demostrando mayor reserva y virtud que Feliciana, se aparta de ésta, así como de las mujeres de los otros novelistas. Leonor, en fin, se hace monja; y esta solución tan diversa de las ideadas por todos aquellos, nos presenta más de manifiesto el fin moral de Cervantes, el cual, si hubiese sospechado en sus obras motivo «de algún mal deseo ó pensamiento, antes se habría cortado la mano».

MARCO A. GARRONE (1)

(1) Este artículo ha visto la luz en la *Nuova Antología.*

ESPAÑA Y FRANCIA EN LA CUESTION DE MARRUECOS

La cuestión de Marruecos, si bien antigua, ha ofrecido siempre los más variados aspectos, dependientes de los términos en que el problema ha sido planteado internacionalmente, hasta llegar á los tiempos actuales; pero sin que nos atrevamos á considerar que la eterna insoluble cuestión de Occidente haya llegado ya á un estado de definitiva cristalización, porque el porvenir pudiera reservarnos todavía las más imprevistas sorpresas.

Hubo un tiempo en que España pudo haber solucionado definitivamente la cuestión de todo el Norte de Africa, por su propia y exclusiva cuenta y sin necesidad de aquiescencias ajenas. Y fué en las épocas de nuestro apogeo, hasta la llegada fatal del siglo XIX, que tan funesto nos ha sido en todos los órdenes. La política no se ajustaba con arreglo á los mismos tópicos que hoy, y el equilibrio internacional, estaba por inventar.

Pero en aquellas favorables ocasiones de edificar en Berbería una fuerte España transfretana, que sirviera de garantía para nuestra propia seguridad y futuro campo de expansión cuando la vitalidad española lo necesitase, España se desbordó hacia América, en vez de reconcentrar su atención hacia el vasto imperio territorial que á sus mismas puertas tenía.

Las tibias empresas que se organizaron contra Argelia y

Marruecos tuvieron un carácter diferente y limitado, sin la amplitud necesaria para afianzar más sólidamente nuestra dominación. Excepto algunas correrías por el interior de Argelia, en tiempos de Carlos V, que llegaron hasta la importante población de Tlemcen, nuestras armas sólo se limitaban á ocupar algunas plazas costeras, especialmente aquellas que por sus condiciones ofrecían fácil refugio para el desarrollo de la piratería berberisca, que infestaba á la sazón el Mediterráneo de uno á otro rincón.

En este respecto de la represión de la piratería, España no pudo hacer más de lo que hizo, y su acción beneficiosa para la seguridad de sus costas y de su naciente navegación y comercio, redundó en beneficio de todos, porque, gracias á los constantes esfuerzos de España, pudo durante mucho tiempo tenerse á raya los desmanes de los audaces piratas berberiscos.

Pero para hacer más efectiva nuestra acción tuvimos que proceder á la ocupación permanente de los más importantes puntos estratégicos que se extienden á todo lo largo de la faja costera norteafricana, desde Túnez hasta Santa Cruz de Mar Pequeña en el Sus.

El servicio que prestamos á la causa de la civilización fué enorme; pero nuestra misión se redujo á ese insustancial altruísmo, sin preocuparnos nunca de afianzarnos sólidamente en Africa. Antes bien, repugnábamos toda comunicación con los indígenas que no fuesen á la lucha. No éramos allí el eslabón que debía unir, sino la muralla que separa. Y de aquí el estado de hostilidad en que los moros han estado simpre respecto de nosotros. Nunca comprendimos nuestra verdadera misión, ni supimos adivinar el porvenir de nuestra conveniencia verdadera.

Así como llegamos á los albores del siglo XIX con algunas posesiones en la costa marroquí, pudimos haberlas perdido, como abandonamos de modo lamentable á Orán, tras de haber perdido ó abandonado también las demás importantes plazas que ocupamos en la costa de Túnez y Argelia.

Tal repugnancia hemos sentido hacia las cosas de Marruecos, que repetidas veces, en el transcurso del siglo pasado, se pensó en abandonar todas nuestras posesiones, conservando solamente Ceuta. Y milagro de la Divina Providencia fué que tan censurables abandonos no se consumaran, puesto que era nada menos que Fernando VII absoluto quien se empeñó en canjear con el Sultán marroquí nuestras posesiones rifeñas por unos cuantos caballos de pura raza árabe, para satisfacer su personal capricho de tener una yeguada más.

Solamente en 1848 tuvimos un feliz destello de acierto al proceder á la rapidísima ocupación de las Islas Chafarinas, adelantándose el general Serrano, que ordenó la ocupación, en unas cuantas horas tan solo, á una expedición francesa que desde Orán mandó el general Mac-Mahón, para ocuparlas también.

Al poner Francia su planta en Argelia en 1830, sin ningún motivo ni pretexto razonable, pero con la pasividad inconsciente de España, la cuestión del Norte de Africa se complicaba con la presencia de este nuevo y serio factor, en perjuicio especial de España, la única á quien la cosa interesaba de modo vital.

Nadie en España se inmutó porque Bugeaud sucediera á Cisneros en Argelia, y que frente á nuestras costas levantinas se asentara sólidamente el poder francés. Aquellos nefastos políticos no comprendieron toda la trascendencia del acto realizado por Francia.

Bien es verdad que la situación de España era la más anárquica que puede darse, y nuestros destinos estaban casi en sus manos, sosteniendo criminalmente el absolutismo, contra los anhelos liberales del país que Francia misma nos había inculcado desde su bienhechora revolución.

La ocasión no podía ser, pues, más propicia para acometer el audaz golpe de mano que ha valido á Francia el más vasto Imperio colonial homogéneo, que comprende desde Túnez al golfo de Guinea. La mancha inicial de aceite que en 1830 cayó

en Argelia en forma de ocupación francesa, se ha ido extendiendo lenta, pero insistentemente, y hoy no tropieza con más obstáculo, para redondear tan vasto Imperio, que el Imperio de Marruecos, donde los intereses políticos encontrados han representado siempre un serio obstáculo para la realización del hermoso ideal imperialista francés.

Pero mientras que los cien mil hijos de San Luis penetraban en España y no hubo quien protestara, como la cosa merecía, de la expedición francesa á Argelia, y la escuadra recalaba en las Baleares, mereciendo de aquellas inconscientes poblaciones una entusiasta acogida, Inglaterra, que velaba por el *statu quo*, por su hegemonía en el Mediterráneo, por la seguridad de Gibraltar, y eso que el Canal de Suez no estaba aún abierto, se creyó en el caso de pedir explicaciones al Gobierno francés sobre el alcance de la expedición á Argel.

El ministro de Marina de aquel Ministerio Polignac, el barón de Haussez, cuenta en sus Memorias que á las inoportunas insistencias del embajador inglés hubo de contestarle, cansado ya de tanta impertinencia, en forma harto expresiva, diciéndole que Francia no tenía por qué dar cuenta á nadie de sus intenciones, y que su dignidad no le permitía de ninguna manera comprometerse á la exigencia que se le formulaba de que las ocupaciones en Argelia serían puramente temporales y nunca definitivas.

El mismo caso que luego en 1859 nos sucedió; pero con la diferencia de que nosotros fuímos á la guerra, habiéndonos comprometido de antemano á cuantas exigencias quiso Inglaterra imponernos.

La actitud firme y enérgica que adoptó en la cuestión el Gabinete francés, que pudo haber llegado hasta el rompimiento con Inglaterra, hizo vacilar á ésta, y no volvió á poner reparos á la acción francesa en Argelia, quizá porque las dificultades serias con que al principio tuvo que luchar Francia, la hicieron creer que nunca podría llevar á cabo la conquista. Pero Francia, con tenacidad admirable, consumó su obra

conquistadora, preparando la hermosa acción civilizadora que ha llevado á cabo en el Norte de Africa.

Al consolidarse Francia en Argelia, luchaba con el natural deseo de penetrar en el cercado vecino de Marruecos; pero comprendía que si en Argelia había cedido Inglaterra, no consentiría de ningún modo que se fuese acercando á Gibraltar.

Por eso, pretextando la desfavorable delimitación de fronteras que en 1844 se convino entre ambos países, ha querido siempre, desde entonces, realizar una nueva rectificación bajo la base de la frontera del río Muluya, que le valiera un buen trozo del imperio cherifiano.

Al reunirse los comisionados franceses y marroquíes para establecer la frontera de la nueva posesión francesa, se convino que fuese la misma que subsistía en tiempos de la dominación de los turcos. Los antecedentes que del asunto se tenían establecían aproximadamente esta línea divisoria en un río que corría á mitad de camino, próximamente, entre Orán y el río Muluya. Precisamente á esta distancia media corre el río Tafna, y esta debió ser la frontera. Pero los franceses, deseando sacar el mejor resultado posible para su nación, después de pretender la frontera del Muluya, exigieron la del río Kiss, minúsculo arroyuelo que desemboca en la ensenada de Ayerud, á unos 14 kilómetros solamente del Muluya y á 100 nada menos que de la desembocadura del Tafna, la indicada frontera. Francia ganó, pues, 100 kilómetros de costas y todo su *hinterland* consiguiente.

Los turcos, en efecto, no pasaron verosímilmente en sus correrías más allá del Tafna, ni llegaron jamás al Muluya, y mucho menos ocuparon nunca Uchda, que pertenecía á Marruecos hacía ya siglos, y todo el país limítrofe.

En todo caso se podían pretender todas las fronteras, menos la del Muluya, porque era el punto que se tomaba por extremo del cálculo turco para establecer la frontera de su dominación.

A partir del nacimiento del Kiss, á unos veintitantos kiló-

metros hacia el interior, se continuó delimitando la frontera de modo tan arbitrario, que llegó al colmo en las regiones saharianas, porque, pretendiendo los comisionados marroquíes que aquellos parajes no se labraban, era imposible efectuar una delimitación, porque, además, aquel era el país de los fusiles. Propusieron como solución una división de aquellas tribus, colocando algunas bajo la dominación francesa y otras bajo la marroquí.

Este original modo de delimitar fronteras no pudo ser más irracional, porque como aquellas tribus eran en su mayoría esencialmente nómadas, variaban constantemente de emplazamiento, y una tribu francesa iba á ocupar el anterior sitio de una marroquí, y la frontera, ya ilusoria, cambiaba, por tanto, todos los días. Una tribu francesa penetraba profundamente hacia Marruecos, en tanto que otra marroquí se acercaba á Argelia, resultando una consiguiente espantable confusión.

Pero este indefinido estado de cosas no podía por menos que favorecer los designios de Francia, porque, como dijo Maddington, la ausencia de frontera fija entre dos países redunda siempre en perjuicio del más débil, y de esta ausencia de límites ha encontrado siempre Francia un pretexto para su expansión.

Aunque aparentando desear la frontera del Muluya, á Francia lo que le ha convenido ha sido la continuación de este anómalo estado de cosas, porque de ese caos anárquico sólo podía resultar beneficiada.

Por eso, para disimular la extensión de sus ambiciones á todo Marruecos, inventó el capítulo de la cuestión de la frontera, que ha tenido buen cuidado de olvidar, no volviendo á insistir en el manoseado tema cuando ya sus acuerdos internacionales le han permitido declarar abiertamente lo desmedido de sus ambiciones.

Ya en 1890, antes de Fashoda, medió un acuerdo con Inglaterra sobre la expansión sahariana, acuerdo extremadamente favorable á Francia y precursor de la *entente* de 1904.

El amplísimo sentido que hoy tiene para Francia la cuestión marroquí es, pues, de reciente fecha.

Cuando su situación internacional no era lo segura que lo es hoy, el intento de abarcar toda una cuestión donde concurrían tan encontrados intereses políticos, económicos é históricos, era osadía, de la que no eran capaces los políticos de allende el Pirineo, por muy imperialistas que fuesen y por muy bella que fuese la idea de hacer un inmenso bloque territorial, el más homogéneo y compacto Imperio colonial que nunca existiera de todas las posesiones que con tenacidad admirable ha ido adquiriendo desde el Noroeste de Africa hasta el Golfo de Guinea. Esos jalones sin trabazón, estas profusas posesiones, han ido aglutinándose poco á poco, gracias á la admirable energía francesa, faltando sólo Marruecos para homogenizar el bloque. Comprendemos, por tanto, cuán justificado es el legítimo anhelo de los imperialistas franceses.

Por eso les produce la mayor contrariedad nuestra directa presencia en el Rif, no pudiendo anularnos porque precisamente Inglaterra nos tiene como su poder moderador, y por eso la impuso que se entendiera con España para acordar la zona de influencia que debía concedernos. Sin eso, nunca Francia, que nos desprecia, hubiese tratado con nosotros, contando como contaba con la aquiescencia de Inglaterra.

Cuando la rivalidad entre ambas naciones era encarnizada, pudo España haber solucionado la cuestión marroquí en su propio provecho. En 1859, por ejemplo, cuando Inglaterra nos exigía la promesa de no retener lo ocupado, O'Donnell tuvo una magnífica ocasión para entrar en francas negociaciones con Inglaterra, comprometiéndose á respetar la neutralidad del Estrecho y accediendo á las demás condiciones de Inglaterra, que, después de todo, hubiesen sido las mismas aproximadamente que formuló á Francia en 1904. O'Donnell, por el contrario, en vez de rechazar con dignidad las oficiosidades inglesas, como en 1830 las rechazaron los franceses, dió cuantas seguridades se le exigían, declarando con estúpido quijotismo que no íba-

mos al Africa animados de la mezquina ambición de conquista, sino simplemente á vengar épicamente los ultrajes de los anyeras contra nuestro delicado y vidrioso honor nacional, contra nuestra consabida gloriosa bandera.

En aquella ocasión en que Francia no ejercía apenas presión sobre Marruecos ni sus ambiciones eran tan desmedidas, pudímos habernos entendido con Inglaterra sin perjuicio de dar las justas compensaciones que Francia reclamara, que no serían otras que la ambicionada frontera del Muluya, á la que tiene perfecto y justificado derecho.

Pero no; nuestra dignidad nacional, que despreciaba las mezquinas ambiciones de conquistas, no se avenía á tratar con los odiados ingleses, y dejamos pasar aquella magnífica ocasión de recabar nuestra supremacía en el Mogreb con los censos que Inglaterra nos exigiera.

El *statu quo* se definió por entonces en España como la mejor solución, pensándose quizás que todo el mundo había de estar pendiente de nuestra conveniencia para ajustar con arreglo á ella las respectivas conductas. Error funestísimo. No cabe duda que el *statu quo* fuera la mejor situación, teniendo en cuenta su postración. Pero no pudiendo imponer su conveniencia, no le quedó más recurso que sacar las mejores ventajas posibles de las situaciones que se improvisaran.

Pudo más tarde todavía haberse recabado mejor solución de la cuestión marroquí á favor de España, pero siempre hemos dejado esta cuestión en el archivo de nuestras ilusiones, y hemos creído que el *statu quo* había de durar indefinidamente, porque así nos convenía.

Hubo un diplomático francés, M. P. H. de la Martinière, que era partidario de una inteligencia con España para solucionar la cuestión marroquí prescindiendo de la Gran Bretaña.

Su ideal era realizar la unión latina en Africa, y su lema era el siguiente: «A prendre seuls le Maroc, nous nous heurterions a l'Espagne, tandis que l'ayant comme allié nous pourrions passer outre les protestations de l'Angleterre.

Francia siempre observó respecto de España una actitud benévola en la cuestión marroquí, quizás para obtener nuestro visto bueno en sus pretensiones á la frontera del Muluya, cuya rectificación de fronteras ya le valió un buen ensanche de territorio. Pero cuando medió la entente con Inglaterra comenzó la campaña antiespañola en Marruecos.

En 1894 mismo no fué ciertamente Francia la que nos puso su veto á la iniciada campaña de Melilla. Fué preciso nuestra *debacle* del 98 y la *entente* con Inglaterra para que los franceses nos tratasen con la despectiva injusticia con que nos tratan desde entonces.

Todavía en 1894 fué buena ocasión para entendernos francamente con las naciones, y así como la guerra del 59 contuvo algunos años la rebelión de Cuba por la victoria alcanzada por nuestras armas, puede que también ese año la campaña del Rif hubiese retardado los anhelos de independencia de los cubanos, al ver que nuestro ejército no estaba en ese estado de inutilidad que se suponía.

Pero como nunca hicimos el menor intento por asegurarnos el porvenir en Marruecos, en vista de nuestra estúpida inactividad, otros se han encargado de solucionar la cuestión. No cabe duda que á Inglaterra le hubiese convenido más nuestra hegemonía en Marruecos que la de Francia, y por eso esperamos fundadamente que la actitud de los ingleses ha de seguir siendo una indescifrable incógnita, en la que nadie puede penetrar.

En estas circunstancias y con estas torpezas llegamos al acuerdo franco-inglés de 1904, que impone á Francia la obligación de entenderse con nosotros, y el resultado de este entendimiento es el aborto de Octubre del mismo año, acuerdo que ha de permanecer todavía diez años en secreto, y del cual sólo se conoce la declaración que oportunamente hicieron publicar ambos Gobiernos. Inglaterra, sin embargo, entró en conocimiento del acuerdo.

El acuerdo franco-inglés establecía la supremacía francesa

en Marruecos en todos los órdenes, y al aceptar España su asentimiento á las cláusulas, reconocía taxativamente esa supremacía, cuando debiera haber sido la nuestra indiscutible la que debiera haberse proclamado, porque si títulos tiene Francia, mayores los tenemos nosotros.

En aquellas fechas, ya el malogrado duque de Almodóvar había imaginado una patriotica solución, que pusilanimidades hicieron abortar. Sobre esa misteriosa fase de la política española en Marruecos no se ha descorrido todavía el velo que lo cubre. Pero de todos modos lo deplorable es que se haya venido á parar á un estado en que España haya reconocido oficialmente la supremacía francesa en Marruecos, único resultado positivo que se desprende del todo el misterio que rodea el secreto franco-español, cuya incógnita ha de durar todavía diez años. ¿Y qué se conoce de este acuerdo?

El hijo del ex-Presidente del Consejo de Ministros, D. Gabriel Maura, publicó en 1905 un libro, cuya aparición fué considerada por todos como el verdadero libro rojo de las negociaciones en las que tal vez había intervenido activamente. Pero se reduce á un alarde de sus teóricos conocimientos de la cuestión marroquí, y sin arrojar luz ninguna sobre el interesante tema.

Por este concepto, la obra del Sr. Maura defraudó las legítimas esperanzas que todos pusimos en su libro.

Sin embargo, á raíz de publicarse la declaración del acuerdo, *Le Correspondant* pretendió conocerlo y publicó las cláusulas supuestas, que son muy verosímiles, tanto más cuanto en sus términos generales coinciden con la frase que tantas veces ha lanzado el Sr. Maura.

Desde Tánger hasta el Muluya no consentirá España, cueste lo que cueste, que ninguna otra nación que no sea Marruecos ponga su planta.

Con lo cual viene á decir que nuestra zona de influencia se limita á esa insignificante zona costera, aun comprendiendo el hinterland que le corresponda.

Le Correspondant, sin embargo, señalaba como límites de las futuras posesiones en Marruecos los cursos de los ríos Sebú y Muluya, en cuyo caso nuestra zona sería un poco mayor, pero siempre equivaldría á la menor parte de Marruecos. Basta ver un mapa para convencese de que esa zona no es ni la décima parte de Marruecos. Pero á pesar de ello, llegábamos por el Atlántico hasta Mehedia, comprendiendo Larache y Arcila, y profundizábamos hasta el gran Atlas, hasta el monte Aichi, en cuyas faldas nace el Muluya, no lejos del nacimiento del Sebú. Venía á ser aproximadamente esta región lo que Andalucía ó Portugal es respecto de España. Pero la declaración del Sr. Maura nos asusta. Si nuestra esfera de acción no pasa de Tánger y nuestro hinterland se limita, por tanto, ¿qué es lo que nos queda como campo de expansión de la España futura? Y á Santa Cruz de Mar Pequeña, ¿qué suerte le queda reservada?

Mucho tememos que el desconocimiento geográfico de Marruecos haya costado caro.

En caso de que nuestra zona tenga por límites el Muluya y Tánger, habrá que buscar una nueva demarcación hacia el interior, ya que de los cursos de los ríos Sebú y Muluya que *Le Correspondant* preconizaba sólo nos queda el primero por un lado. Y por el otro, por el lado de Tánger, ¿cuál será nuestra demarcación? Si Maura dijera que desde el Muluya al Segú, nos calmaríamos un tanto; pero reduciéndonos todavía más hasta Tánger, es cosa de alarmarse seriamente.

Nos inclinamos á lo peor, y considerar que nuestra zona de influencia se reduce, no sólo á la región del Rif, como erróneamente se dice, por desconocimiento de la geografía marroquí, sino á la de los Yebalas también, que es la región que se extiende desde el Peñón de Vélez de la Gomera hasta Ceuta, y que equivocadamente se considera en España como perteneciente al Rif también.

La delimitación del Sebú no podía convenir á Francia, porque, aun á pesar de que resultaba con la mayor cantidad de

terrenos marroquíes, ofrecía el inconveniente de que la única ruta natural que existe para poner en comunicación las regiones subatlánticas con Argelia quedaría en nuestro poder, y la comunicación con Fez, que queda de todas maneras á favor de Francia, tenía que verificarse á través del desfiladero de Tazza, que quedaría en nuestras manos. Y como los políticos franceses tenían más conocimientos de la geografía marroquí que los nuestros, que probablemente no tenían ningunos, decidieron, muy lógicamente, conservar á su favor la citada vía y el citado desfiladero.

En estas condiciones es fácil suponer que nuestro *hinterland* está limitado hasta el curso de los ríos Innauen y Msum ó de algunos de sus más importantes afluentes, con objeto de alejarnos lo más posible de Tazza.

Nunca creeremos que Tazza sea nuestra, á pesar de los fantásticos planes de campaña que con supina ignorancia se han venido publicando, considerándola como el objetivo nuestro. Porque, como repetimos, Tazza está situada en el único desfiladero que pone en fácil comunicación Argelia con las regiones subatlánticas de Marruecos, separados por las elevadas cumbres del Atlas, y no creemos que Francia sea tan imbécil en poner en nuestras manos la única comunicación posible con sus futuras posesiones.

De modo que creemos dejar bien establecido que toda nuestra cacareada zona de influencia se reduce á las regiones del Rif y Yebalas, las más montañosas y difíciles de Marruecos.

Esto ha sido la consecuencia de nuestra pasividad en la cuestión marroquí. De habernos entendido á tiempo con todos, Francia se hubiese contentado con la frontera del Muluya, y el resto de Marruecos hubiese quedado por nosotros.

Pero ¿cómo habíamos nunca de despertar á la realidad, si en 1894 declaraba el general López Domínguez que si los franceses llegaban al Muluya debíamos ir pensando en abandonar Melilla? ¿Por qué?

Precisamente ese ha sido nuestro error. A la benevolencia

que antes nos dispensaba Francia en Marruecos, hemos respondido siempre con exagerados *chauvinismos*. Si hubiésemos sido más hábiles, á cambio de apoyar las pretensiones francesas á la frontera del Muluya, hubiésemos podido recabar su visto bueno para el resto de Marruecos, ó cuando más establecer un reparto equitativo de Marruecos, sirviendo de delimitación el curso del Muluya hasta las alturas del Atlas, que seguirían siendo las líneas divisorias hasta su terminación en el Atlántico, al Sur de Mogador. La rica provincia del Sus, sobre la que sustentamos derechos, quedaba por Francia y aun hasta podíamos abandonarla nuestras posesiones del Sahara, en cuyo caso su bloque colonial quedaría más compacto que ahora, porque en la presente situación ha de sufrir las cuñas españolas del Rif y Yebala, nuestra posesión de Río de Oro y el vasto *hinterland* de inútiles arenas y también la zona de influencia que corresponda á Santa Cruz de Mar Pequeña en el Sus, posesión que queremos creer no ha sido olvidada todavía.

Pues bien; todo esto podríamos cederlo á cambio de que Francia nos reconociera nuestra hegemonía en todo el país ante-atlántico y que formaría una vasta y homogénea posesión de unos 400.000 kilómetros cuadrados, aproximadamente, en vez de los 100.000 escasos que, por el acuerdo franco-español, hayan podido correspondernos aproximadamente.

Francia, por este acuerdo, ganaba todo el territorio reivindicado desde Igli hasta la desembocadura del Muluya, y corriéndose hasta el Oeste ganaría las vertientes meridionales del Atlas, el rico oasis de Tafilete y demás vecinos; la rica provincia del Sus, sobre la que no hay que olvidar ostentamos positivos derechos, y, por último, los 800.000 kilómetros de territorios que poseemos en el Sahara.

Este reparto hubiese sido acogido en Francia con gran contentamiento hace algunos años, antes de la *entente* con Inglaterra, pero hoy es un hermoso sueño. Sería preciso un nuevo Sedán para que nuestra situación mejorase notablemente en este respecto; los horrores de una nueva contienda franco-

alemana no hay que desearlos, y la contingencia se ha alejado con los recientes acuerdos cambiados, que no vienen sino á perjudicarnos en nuestro egoísmo personal de españoles.

No damos ninguna importancia ni á las cuestiones interiores de Marruecos, ni á la conferencia de Algeciras, ni nada más que á los designios de Inglaterra, que sigue siendo la incógnita del problema. Y cualquier nuevo cambio de frente que dé en su política internacional, no puede sernos más que favorable, porque, convencida de nuestra actual modestia, ha de alentarnos mejor á cualquier empresa de importancia en Marruecos, que no dejar á Francia se consolide fuertemente y pueda desde alguno de sus futuros puertos marroquíes del Atlántico amenazar á Gibraltar.

En estas condiciones desfavorables está, pues, planteada la cuestión.

Dentro de diez años, cuando se descubra el velo del Tratado secreto franco-español, podremos ver, si vivimos, si eran infundados nuestros temores de que la anulación de España en la mayor parte de Marruecos era una quimera ó una realidad.

GUILLERMO RITTWAGEN

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Gramática: Superlativos castellanos.=Costumbres: Policías y ladrones en el Japón.=Bellas Artes: Ricardo Wagner.=Filosofía: Nietzsche y Proudhon.=Crítica: Adueñar, adueñamiento.—Empleo del pretérito.=Impresiones y notas: La mujer en América.—La labor de Selma Lagerlöf.—La Princesa del dólar.—Chateaubriandiana.

GRAMATICA

Superlativos castellanos.—Abundando en las mismas ideas que en otras ocasiones hemos expuesto en La España Moderna sobre el abuso de los superlativos, encontramos en *El Monitor de la Educación común*, de Buenos Aires, un interesante artículo de Juan B. Selva, digno de ser conocido y completado.

El lenguaje familiar es hiperbólico de suyo, pero el uso corriente de la hipérbole trae consigo el desgaste de la frase hiperbólica y la necesidad de renovarla ó reforzarla. El vulgo no se contenta con decir de un individuo que es *alto*, *malo*, *bruto*, sino que tiene que llamarlo *altón*, *malón*, *brutón*, ó *altísimo*, *malísimo*, *brutísimo*, según quiera expresar la exageración de la cualidad con carácter despreciativo ó simplemente la exageración de la cualidad misma. Por este camino se llega al extremo de decir verdaderos disparates, como eternísimo, inmensísimo, primerísimo, como si lo eterno, lo inmenso y lo primero no fueran únicos.

Los superlativos en castellano no sólo se aplican á los adjetivos, sino á los adverbios, y en tono festivo puede emplearse hasta con los mismos sustantivos, como se ve en el *Quijote*: «Quisiera que me hicieran sabidora si está en este gremio, corro y compañía el *acendradísimo* caballero D. Quijote de la *Manchísima* y su *escuderísimo* Panza.—El Panza, dijo Sancho, aquí está, y el D. *Quijotísimo* asimismo; y así podréis, *dolorosísima dueñísima*, decir lo que *quisieridísimis*, que todos estamos prontos y *aparejadísimos* á ser vuestros *servidorísimos*.»

El superlativo absoluto puede expresarse de diversas maneras:

1.ª En forma perifrástica, anteponiendo *muy* al positivo ó empleando cualquier adverbio ó locución ponderativa, como *sumamente*, *extremadamente*, *extraordinariamente*, etc. En este caso ofrece el castellano tipos de frases muy curiosos, pues como el *muy* está ya gastado y los adverbios ponderativos corrientes no parecen bastante expresivos al que quiere usarlos, echa mano de términos que llamen la atención y emplea *atrozmente*, *terriblemente*, *endiabladamente*, *divinísimamente*, etc., resultando de este empleo las más extrañas combinaciones.

2.ª Con el prefijo *re*, formando voces del tipo *retuno*, *recargante*, *reviejo*, *retontísimo*, *reladrón*, etc. Este prefijo *re* va reforzado á veces con *que* ó *te*, formando palabras del tipo *requeteprecioso*, *requetesalado*, *tuya* y *retuya*.

3.ª Con el prefijo *archi*, que nos da *architonto*, *archibueno*, *archivago*.

4.ª Anteponiendo *super* ó *sobre*, como en *superfino*, *sobreagudo*. Estos prefijos son de empleo muy limitado.

5.ª Con el prefijo griego *hiper*, como en *hipertrofia*, *hipercrítico*, etc. Esta forma es puramente erudita, y no ha pasado ni es probable que pase al dominio popular.

6.ª Con los prefijos latinos *per* y *pre*, como en *perdurable*, *preclaro*. Estos prefijos son también eruditos, y pueden considerarse como muertos, pues no tienen vigor para crear palabras nuevas y están fosilizados.

7.ª Con la desinencia en *ísimo*, que es la más corriente y la más correcta, con la variante en *érrimo*, exigida por ciertos adjetivos importados directamente del latín, como *paupérrimo*, *misérrimo*, *integérrimo*, por los eruditos.

8.ª Con voces superlativas de suyo, por constituir superlativos sintéticos, latinos, de importación erudita directa, como *óptimo*, *pésimo*, *máximo* y *mínimo*, *supremo* é *ínfimo*.

La Academia sienta la regla de que los superlativos se forman añadiendo la terminación *ísimo* á los positivos terminados en consonante ó sustituyéndola á la última letra si es una vocal; tratando luego de los superlativos irregulares, entre ellos figuran los que, según la Academia, toman la radical latina, como *novísimo*, de *nuevo*; *ternísimo*, de *tierno*; *fidelísimo*, de *fiel*; *amabilísimo*, de *amable*, y *nobilísimo*, de *noble*.

La Academia olvida, al decir que estos superlativos toman la radical latina, que es ley del castellano el desdoblamiento en los pseudodiptongos *ie ue* de la *e* ú *o* tónicas latinas que se mantienen en las sílabas atónicas: por eso *novum* da *nuevo* y *tenerum* da *tierno*, como *novisimum*, *tenerísimum*; de modo que no es que esos superlativos toman la radical latina, sino que conservan las vocales de origen que son comunes al latín y al castellano y á todas las lenguas románicas, salvo en caso de que figuren en sílaba tónica. Es de notar, sin embargo, que en todas estas voces hay algo de imposición y de artificio por la influencia de los eruditos y de la lengua escrita sobre el vulgo y sobre la lengua hablada. El pueblo no dice *bonísimo* ni *ternísimo*, sino *buenísimo* y *tiernísimo*, y lo mismo sucede con los demás superlativos de este tipo que figuran en el vocabulario popular, aunque en nuestros clásicos se encuentren preferidas las formas vocales á las diptongadas.

Selva, que encuentra en la *Gramática* de la Academia *fidelísimo* y *crudelísimo*, se pregunta si son admisibles *fielísimo* y *cruelísimo*. La forma *fielísimo*, que se oye mucho en Buenos Aires, pertenece en castellano al habla vulgar, entrando en la categoría de las voces que pierden la *d* intervocal *(soldao*, *mul-*

tao, etc.); *cruelísimo* es más corriente que *crudelísimo*, y se comprende la diferencia, porque el *ue* de *cruel* forma dos sílabas tal como ordinariamente se pronuncia, mientras que el *ie* de *fiel* forma una sola por ser un verdadero pseudodiptongo.

También anota Selva la contradicción en que incurre la Academia al sentar la regla de que los adjetivos que principian con la partícula negativa *in* no admiten superlativo é incluir luego en su *Diccionario* el superlativo *infidelísimo*. Por cierto que de paso recoge una agudísima observación de Rivodó, que dice en sus *Entretenimientos gramaticales*, que «de una esposa se dirá que es *infidelísima*, y de una criada que es *infielísima*»; observación que declaramos francamente no haber podido comprobar, y cuya exactitud ponemos en duda.

Los adjetivos en *ble* forman el superlativo en *bilísimo*, y, según Bello, *doble, endeble* y *feble* se apartan de esta regla, siguiendo la general y haciendo, por lo tanto, *doblísimo*, *endeblísimo* y *feblísimo*. Grande es la autoridad de Bello, pero el superlativo de *doble* sólo es admisible en la acepción figurada del adjetivo; así, de un hombre artero y lleno de doblez podríamos decir (lo pongo en hipótesis porque de hecho no existe el término) que era un hombre *doblísimo;* pero en su sentido propio, ni *doble*, ni *triple*, ni *cuádruple* admiten superlativos por su propia significación; si á una flor se la puede llamar *doblísima*, es porque *doble*, en este caso, no conserva su sentido propio. En cuanto á *endeble*, el *endeblísimo* de Bello está bien traído, y nadie lo dirá de otro modo; y por lo que hace á *feble*, aunque lo diga Bello, eso no es castellano, sino galicismo puro.

Según la Academia, los adjetivos en *io*, como *necio* (es decir, en *io* atónico), no admiten superlativo, á lo que, con razón, objeta Selva que esta prohibición es errada: «Está bien, dice, que no se admita aditamento superlativo en *rubio, serio, sobrio, vario* y algunos otros adjetivos de esta misma terminación; pero ¿por qué desecharlo en *necio, agrio, amplio, limpio, necesario, ordinario, recio, sucio* y otros?» *Amplísimo, limpísimo, ordinarísimo* (no tanto los demás) son de uso corriente, y

todos ellos han figurado en las ediciones mismas del *Diccionario* de la Academia y constan en los de Salvá, Monlau y Barcia. Hasta de los mismos que Selva considera como no admisibles, el uso admite *rubísimo* como admitiría *varísimo*, si no tuviéramos *variadísimo*. Aunque la redundancia superlativa del *muy* y el *ísimo* es pecado tan común, que hasta el mismo Cervantes lo ha cometido dejando escapar en el *Quijote* un *muy sabrosísimo*, hay que convenir en que este pecado, que á Selva le parece venial, es realmente grave, pues produce el desgaste de las palabras, las deforma y las empequeñece, y, en definitiva, empobrece y debilita la lengua.

Otra cosa es el empleo en tono jocoso de expresiones hiperbólicas, como la en que Cervantes llama á la esposa de Sancho «mujer dignísima de un gobernador *archidignísimo*», ó el uso pleonástico de voces superlativas que se encuentra en Antonio Trueba, cuando dice «es que es mía y *muy remía*», pues en ambos casos pueden estimarse estas expresiones hiperbólicas, no sólo como correctas, sino como acertadísimas, por lo expresivas y por lo eficaz del efecto que intentan producir.

Tampoco estamos conformes con lo que dice Selva sobre la incorrección de la anteposición al superlativo de *tan*, como en el ejemplo de Gómez Manrique:

«Pues vos fizo Dios pilares
De *tan riquísimos* techos,
Estad altos y derechos.»

El adverbio *tan* no sólo es comparativo, sino ponderativo; pero aun empleado como comparativo, cabe usarlo con el superlativo, pues nada impide la comparación de un superlativo con otro, y puede decirse, por lo tanto, que «tan riquísimo en datos de todo género es el *Diccionario* de Larousse, como lo es Rothschild en billetes y monedas de todos los países».

COSTUMBRES

Policías y ladrones en el Japón.—El policía japonés, dice en *La Revue* G. de Bauzemont, es sagaz, sutil, astuto; tiene nariz fina, y su olfato rara vez le falta; sin embargo, en ninguna parte se practica el robo con más audacia que en Tokío ó Saka y demás centros populosos del Japón; los *pickpockets* están constituídos allí en sindicato, y se hallan admirablemente organizados. La policía conoce perfectamente los refugios y puntos de reunión de los ladrones, pero no se aventura á penetrar en ellos, y cierra complacientemente los ojos cuando pasa por delante.

Los que se dan por bien informados sostienen que la policía se entiende con los ladrones; pero las autoridades afirman que eso es pura calumnia, y que los Lecocq de París ó los Sherlock Holmes ingleses nada tienen que enseñar á los sabuesos del Nipón. La cuestión, sin embargo, es que los hechos ocurren del modo siguiente: roban á un caballero, y éste recurre á la policía; ésta, por el sitio en que ha ocurrido el robo, sabe inmediatamente sobre quién dirigir sus sospechas, pues conoce todos los *oyabun* (centros de operaciones) de los rateros, y tiene el señalamiento de todos los individuos de cada *oyabun*, y por el modo con que ha sido dado el golpe acierta sin vacilar con el autor. Pero en lugar de empezar por prenderlo, estudia la importancia social del robado; si vale la pena de que se molesten por él; si tiene bastante influencia para hacerse escuchar, y si será bastante generoso para premiar el celo que por él se despliegue. Si la víctima es *alguien*, la policía se pone en movimiento, y el robado se encuentra, al volver á su casa, con que le restituyen lo que reclamaba: un visitante misterioso se lo lleva, apelando á su gratitud, ó bien la policía lo recupera.

El público nipón conoce estas prácticas, y protesta contra tales costumbres, logrando á veces que se ponga remedio al mal. Así, últimamente, á consecuencia de un escándalo, se ha

reorganizado la policía, poniendo á su frente un nuevo jefe, el Sr. Hondo, que ha empezado por limpiar el personal policíaco, no vacilando después en meterse con el jefe más temible de la banda negra, Gingi el Sastre, el verdadero rey de la pillería de Tokío; su poder es tal, que tiene derecho de vida y muerte sobre sus compañeros, que llevan escrupulosamente al *oyabun* el producto de sus rapiñas.

Hondo le ha encarcelado, y sus agentes han ocupado el *oyabun*. Los objetos robados eran tan numerosos, que se han empleado varios días en hacer la lista de ellos. Este golpe, seguido de la prisión de todos los jefes de la hampa y de la ocupación de los demás *oyabuns*, la ha desorganizado por ahora, siendo de esperar que sea decisivo.

El ladrón japonés se educa para el crimen desde su más tierna infancia. Hasta en la cuna se le acostumbra á servirse con destreza de sus dos manos; á los diez años se lleva á los reclutas al *oyabun*, donde se les dan lecciones diarias, empleando la amenaza, los golpes y hasta los tormentos. Cuando los aprendices están bastante instruídos, se les envía á que se ensayen en las ciudades durante las fiestas religiosas ó civiles. Si salen bien se les recompensa, pero si fracasan se les deja que se entiendan con la justicia, y se les considera como cantidades despreciables; esta selección permite al sindicato obtener reclutas experimentados.

Lo extraño del ladrón del Japón es su desinterés; ninguno de ellos piensa en su interés personal. Todo lo que roba es propiedad del *oyabun*, y el jefe supremo dispone de ello á su arbitrio. Los encubridores suelen comprarlo por el 20 ó 30 por 100 de su valor, y prestan á veces dinero á los ladrones ó al *oyabun*, excitándoles así á la reincidencia.

Generalmente entre ellos se practica la división del trabajo, y cada ladrón es un especialista: unos operan exclusivamente en la calle; otros en los almacenes, en los teatros, en los tranvías, en los trenes, en los navíos. Los ladrones de trenes son los más hábiles, pero también los más expuestos; se

cuentan de ellos numerosas anécdotas dignas de nuestro Candelas. He aquí una de las más típicas y recientes:

En un compartimiento de segunda clase del expreso de Tokío hablaban unos viajeros de las astucias, artimañas y embelecos de los *pickpockets*, y uno de los interlocutores magistrado muy conocido, se jactaba de no haber sido robado nunca, aunque viajaba á menudo.—No le roban á uno más que cuando quiere. El robado es un torpe que no tiene cuidado y se deja despojar por su propia falta. En resumen, cuando le roban á uno en un tren le está bien empleado.

Siguieron hablando hasta que llegaron á una estación. El magistrado baja, y el tren prosigue su camino. Se oye un grito:—¡Mi saco de viaje! ¡iba en él mi cartera atascada de billetes!—La víctima era el magistrado, que se desesperaba y maldecía inútilmente. Al llegar á su casa, su criado le dijo:—Un desconocido acaba de traer el saco de usted.—El magistrado, sorprendido, lo abrió; sacó la cartera y comprobó que estaban allí todos sus valores con un billetito que decía: «Hemos querido darle una lección. No hable usted de ladrones; no lo entiende usted, y sea usted más cauteloso, más prudente y más atento.—Un *pickpocket* generoso.»

Los ladrones de tren son de destreza inaudita. Vestidos siempre con elegancia, y sin inspirar por sus gestos y su actitud desconfianza alguna, llevan en la mano una valija de forma ordinaria, llena de periódicos viejos y aprovechan el menor descuido para cambiarla por otra. Tienen también valijas sin fondo, completamente vacías, en las que ocultan las que han robado sin que nadie sospeche de ellos.

Los hay que tienen brazos falsos con manos falsas, inocentemente puestas sobre las rodillas, mientras las verdaderas rebuscan en el bolsillo del vecino. La mayor parte tienen una habilidad verdaderamente maravillosa. Se dice corrientemente en Tokío, que un ladrón entendido puede desabotonar la levita del que quiere robar, cogerle el reloj ó el portamonedas, y volvérsele á abotonar sin que el robado lo note. Uno de los

tenientes de Gingi, el Sastre, apostó ante testigos advertidos á que sacaba de una bolsa un yen de oro y lo volvía á colocar en ella sin que el robado se enterase. Aceptada la apuesta, el ratero la ganó, á pesar de estar advertido el dueño de la bolsa y de tener el ratero fijos en él los ojos de los concurrentes. *Enfoncé* Candelas. *Relata refero.*

BELLAS ARTES

Ricardo Wagner.—Angelo Neumann, cantante de ópera y director del teatro municipal de Leipzig, wagnerista ferviente que ha tratado con cierta intimidad á Wagner, publica en *La Grande Revue* sus *Recuerdos*, de los que entresacamos los que nos parecen más interesantes ó curiosos.

Wagner en Viena (1862)—En 1862 llegó Wagner á Viena para preparar la representación de su *Tristán.* Después de 47 ensayos al piano, se reconoció que la ópera era absolutamente irrepresentable, y se renunció á ella. Wagner, entretanto, dió varios grandes conciertos, y Neumann lo encontraba frecuentemente en la calle al salir de sus ensayos; llevaba, generalmente, un sombrero de copa y gabán marrón, rara vez abotonado; al andar se hablaba á sí mismo y agitaba un gran pañuelo rojo. El mundo artístico lo discutía con pasión, y su triunfo más brillante fué el que obtuvo en el concierto Tausig, después de la obertura de *Freyschutz.* El entusiasmo llegó al delirio: «Lo veo todavía—dice Neumann—de pie en el estrado, con su inevitable pañuelo de color en la mano, inclinándose ante el auditorio entusiasmado y esforzándose por calmar aquel entusiasmo, exclamar por lo bajo: —Vamos, vamos, ¡ya es bastante! ¡Vamos, vamos, vamos, ya basta!»

Wagner en Stuttgart (1864).—Estando en la primavera de 1864 en Stuttgart, en el Hotel Marquardt, se metió Neumann en la cama después de haber cantado su parte de *Don Juan*, y no pudo dormir por culpa de su vecino de cuarto, que no ce-

saba de pasear rechinando el calzado; el ruido se hizo tan insoportable, que llamó al mozo para saber quién era el personaje que lo hacía, y no quedó poco sorprendido al saber que era Ricardo Wagner. Hablando al día siguiente con el fondista, supo confidencialmente que el maestro tenía tales apuros de dinero, que no podía bajar al comedor, porque no tenía con qué pagar cuando el mozo, según la costumbre de entonces, pasaba la bandeja al fin de la comida. Marquardt rogó á Neumann dijera á Wagner que podía bajar libremente al comedor, y que estaba dispuesto á darle las mejores habitaciones de su casa, sin reclamarle nada por la satisfacción de hospedarle.

Wagner, director de escena (Viena 1875).—A fines de otoño de 1875, formando Neumann parte de la compañía de ópera de la corte, tuvo la fortuna de asistir á los ensayos de *Lohengrin* y de *Tannhäuser*, y con ese motivo afirma que Ricardo Wagner ha sido no sólo el mayor dramaturgo de todos los tiempos, sino á la vez el más gran director de escena y el mejor actor. ¡Con qué arte tan maravilloso representaba Tannhäuser cuando, después del encantamento de Vennsberg, se encuentra de nuevo en el valle, en medio del bosque de Turingia! De pie, con los brazos levantados, su cuerpo tenía la rigidez de una estatua; luego, á la llegada de los peregrinos, se reanimaba poco á poco; un escalofrío interior hacía estremecer sus miembros, y bajo el golpe de la emoción que le oprimía, caía de rodillas y clamaba su angustia: «Bajo el peso de mis pecados sucumbo...» ¡Con qué nobleza en los movimientos y qué ardor caballeresco representaba Tannhäuser, durante el canto de Wolfram! ¡Con qué arte tan maravilloso hacía la grande escena final del primer acto, indicaba al Landgrave, como á todos los caballeros y cantores, el puesto que debían ocupar y los gestos que debían hacer, hasta el momento en que la caza del duque llega á la escena con los caballos y los perros! ¡Todos los que han asistido á este espectáculo han guardado de él un recuerdo imborrable!

El modo con que ha reglamentado la entrada de los invitados en la cuarta escena del segundo acto, ha sido adoptado después por todos los directores de escena. El es quien indicó que el Landgrave é Isabel debían recibir á sus invitados á su entrada en la sala volviendo la espalda al público, y siendo anunciada la llegada de cada uno por los pajes. Antes, los príncipes estaban sentados en su trono desde el principio de la entrada del cortejo, y los pajes no anunciaban á los invitados más que una sola vez en bloque. Antes, los últimos que aparecían eran una viuda con sus dos hijas; Wagner fué quien nos mostró á Isabel tomando á las dos niñas por la mano, presentándolas á la corte y entregándolas luego á su madre para ir á sentarse en el trono con el Landgrave. Cuando indicaba á Tannhäuser cómo debía aniquilarse, aplastado bajo el peso de su vergüenza, después de su grito de dolor: «¡Ah! ¡Qué desgraciado soy!» ofrecía una verdadera obra maestra de arte dramático. En cuanto al papel de Isabel, la mostraba piadosamente resignada subiendo las gradas del trono, juntando las manos, con la mirada dirigida al cielo, inmóvil en esta actitud estática hasta la caída del telón. Inolvidable emoción oprimía á todos, llegando á efectos de absoluta sublimidad en el relato de Tannhäuser.

En *Lohengrín* representaba el papel de cada actor, indicándoles cada paso y hasta cada movimiento. La expresión que tomaba su rostro al despedir al cisne era inolvidable. Al final del primer acto, los músicos de la orquesta se precipitaron sobre la escena, y todo el personal de coros, solistas y director, rodearon al maestro entusiasmados, y en poco estuvo que le izaran en hombros para llevarlo en triunfo. En el segundo acto no estuvo menos admirable, pero en el tercero estuvo maravilloso; representó y cantó casi toda la escena de la cámara nupcial, y era de ver la expresión de tristeza, cada vez más profunda, que tomaba su rostro cuando Lohengrin nota que Elsa está á punto de faltar á su juramento. Había algo de sobrenatural en sus facciones, cuando con gesto de gracia ini-

mitable y mirada transfigurada, conducía á Elsa á la ventana, la abría delicadamente con la mano izquierda, y cantaba á Elsa suspendida de su brazo derecho: «Ven, respiremos ambos estas tibias brisas.»

El Anillo, *en Berlín*.—El 30 de Abril, muy temprano, llegó Wagner con su señora al Real Hotel de Berlín, donde fué recibido por Neumann, á quien censuró por haber visto en los carteles el nombre de cierto Scaria, encargado del papel de Wotan, manifestando que jamás permitiría semejante cosa, y exigiendo que le pagara su sueldo y lo despidiese. De nada sirvió que Neumann le dijera que eso era imposible; que sería quebrantar la carrera artística de Scaria, que le había oído en Viena y le había entusiasmado, y que era el mejor Wotan que podía encontrarse.—No, no, no—replicó el maestro;—ó despide usted á Scaria ó me marcho. Neumann propuso que asistiera al ensayo de la *Walkiria* y oyera á Scaria, y si no le gustaba se le despediría. La proposición no podía ser más razonable, pero tuvo que intervenir Cósima para que el maestro la aceptara. Cuando Scaria entró entre bastidores después de su escena del segundo acto, Wagner, que estaba en un palco de proscenio, brincó de su asiento, bajó la escalera como un huracán, y corrió sobre la escena con toda velocidad gritando: «¿Dónde está Scaria? ¿Dónde está Scaria? ¡Es maravilloso! ¿De dónde habéis sacado esa rara avis?» Llegado al escenario, abrazó á Scaria y á Neumann, repitiendo sin cesar: «¡Es perfecto! ¡Es perfecto!»

Desde aquel momento, Wagner tomó parte directa en el ensayo, mostrando á Siguelinda cómo debía poner la cabeza en el pecho de Sigmundo y dormirse dulcemente, y exigió que al proclamar el decreto de muerte, Brunilda pusiera su brazo derecho sobre el cuello del caballo, y cogiera la espada y el escudo con la mano izquierda. El combate entre Hunding y Sigmundo no fué de su agrado: apenas los dos adversarios habían cambiado los primeros golpes, Wagner, que tenía entonces sesenta y ocho años, pegó un brinco sobre el antepecho del

palco y con la agilidad de un acróbata, corrió por la barandilla sin perder el equilibrio hasta saltar sobre el escenario. Allí cogió la espada de Sigmundo, y enseñó prácticamente cómo había que representar el combate.

En *Sigfredo* ocurrió con Julio Liebans, que hacía el papel de Mimo, lo mismo que había pasado con Scaria. En el tercer acto, en la escena entre Sigfredo y Brunilda, se había mantenido un corte, que en otro tiempo había hecho Seidl, de acuerdo con Wagner; Vogl le hizo notar aquel corte, pretendiendo que no estaba acostumbrado á él, y Wagner se irritó mucho, mientras la señora Materna, que creía que todo aquello era una intriga de Vogl contra ella, rival de su mujer en aquel papel, se puso á llorar á lágrima viva; así se produjo una escena tragicómica con el maestro riñendo en el palco y la cantante llorando en las tablas.

El ensayo general de la *Walkiria* debía verificarse aquella noche y principiar á las seis. Neumann fué á las cinco para tenerlo todo preparado, y se encontró con que el comandante Witte no autorizaba la instalación en el patio de una locomóvil destinada á producir el vapor necesario para la representación, y ordenaba fuera retirada. ¿Qué hacer? Vogl indicó la existencia de una destilería contigua, por cuya chimenea salía vapor en abundancia. Neumann corrió á la fábrica, obtuvo la autorización del dueño, que era un fanático de Wagner, y trabajando toda la noche hicieron una brecha en el muro, colocaron la tubería y pasaron al teatro el vapor de la fábrica. Jamás ha tenido el *Anillo de los Nibelungos* vapor que mejor favoreciese la ilusión de sus escenas.

El caballo del *Crepúsculo de los dioses*.—En Munich había visto Neumann el célebre salto en el fuego de Teresa Vogl. El caballo, favorito en otro tiempo del rey Maximiliano, poseía un instinto absolutamente increíble para su papel de Grane; cuando se acercaba el momento en que Brunilda debía lanzar su grito de «¡Heïa Grane!» «Saluda al amigo», el animal se ponía inquieto y resoplaba fuertemente, batiendo el suelo con el

pie. Al último grito: «¡A ti mi postrer saludo, Sigfredo!», daba vivamente media vuelta y atravesaba la escena al galope para dirigirse hacia la pira encendida. En medio de su carrera, Teresa Vogl se lanzaba sobre el corcel, agarrándose á las crines, y parecía así precipitarse con él en medio de la hoguera. La actriz decía que aquel caballo tenía una verdadera organización musical, pues ejecutaba siempre el mismo galope en el mismo compás, sin que hubiera que hacerle ninguna señal.

Neumann quiso representar el *Crepúsculo* en Berlín, con aquel mismo caballo, á lo que accedió el rey de Baviera, á condición de que el caballo sería alojado en las caballerizas imperiales. El emperador, requerido al efecto, ofreció sus cuadras; pero cuando estaban en plenos ensayos, se recibió la noticia de que el caballo se había puesto enfermo, y pocos días después la de que se había muerto. Había que buscar otro caballo, pero en todo Berlín no se encontraba el que se necesitaba; se acudió en último término al gran caballerizo del emperador, que recibió á Neumann del modo más amable, pero dándole calabazas, y previniéndole que si se dirigía al emperador y éste decía que sí, él diría que no. Hubo que acudir al Kronprinz, y éste, valiéndose de una estratagema, consiguió que el mismo caballerizo pusiera las caballerizas á disposición de Neumann, y así se salvó la situación, aunque entre los quince caballos ensayados no pudo conseguir la Vogl de ninguno el atrevido galope del fuego. El día de la representación en que hacía la Materna, que no era tan hábil amazona como la Vogl, el papel de Brunilda, se había acordado que el salto en el fuego se ejecutara del modo siguiente, adoptado todavía en la mayor parte de los teatros: Brunilda se precipita con Grane entre bastidores, donde está preparada una amazona, vestida como ella, que se lanza vivamente sobre el caballo y se echa en seguida con él en la hoguera. «¿Está la falsa Brunilda en su puesto?»—preguntó Neumann. «¡Perfectamente!»—le respondieron. Levantó los ojos, y se encontró con una Brunilda con cabellera gris ceniza y con gran barba. La acción avanzaba é

iban á llegar á la escena en que Brunilda se lanza en la pira con Grane. «¿Cómo? ¿Pero es usted el que debe hacer de Brunilda?» le gritó con voz trémula.—«Sí, señor.» No era el momento de discutir, y Neumann arrancó vivamente al figurante la peluca y la falsa barba y envolvió su cabeza en el velo negro en el momento crítico de tenerse que lanzar sobre el caballo. Lo que había pasado era que un peluquero que había estado empleado en el teatro de Bayreut, al ver el soldado que debía encontrar en Grane vestido con el traje de Brunilda, lo tomó por un simple figurante, y le plantó una inmensa barba y una peluca gris; el militar, que era un gran jinete y que no sabía bien de lo que se trataba, se los había dejado poner.

FILOSOFIA

Nietzsche y Proudhon.—Basándose en la obra de Eduardo Droz, *P. J. Proudhon*, y en la de Daniel Halevy, *La vida de Federico Nietzsche*, hace Jorge Guy Grand un paralelo entre estos dos ilustres muertos, á los que califica de Nietzsche, ó *el aristócrata*, y Proudhon, ó *el plebeyo*.

Son dos solitarios, dos hombres de pensamientos, más que de acción. El amor á la soledad es bastante aparente en Nietzsche, perseguido toda su vida por la necesidad de lo que él llamaba «el anacoretismo moderno», con su incesante peregrinación de los valles medios de Bohemia y del Jura, ó de la costa azul de Niza, á las cimas nivosas de la Engadina, según las estaciones y huyendo siempre de toda agitación. En Proudhon sorprende porque nos lo imaginamos como hombre público, aunque lo fué muy poco. Era un salvajillo, que sólo estaba á sus anchas con sus amigos. Nietzsche ha hablado de la soledad magnífica y líricamente, como sabio y como poeta; nota la acción tonificante de las altas cimas y afirma que solo es grande el que sabe estar más solitario, más oculto, más distante;

Proudhon ve en la soledad la gran maestra de estabilidad, de seriedad y de profundidad que protege las dos funciones más secretas y sagradas del hombre: el trabajo y el amor.

Las razones de este amor á la soledad no tienen nada de trascendentes: estos dos solitarios eran dos enfermos obligados á aislarse por su incesante lucha contra la enfermedad. La vida de Federico Nietzsche fué un largo martirio, y el cuidado de su salud fué el que le obligó á vagabundear, luchando siempre contra los insomnios, las jaquecas, los deslumbramientos, las fiebres, hasta la catástrofe final en que aquella poderosa inteligencia entró viva en la muerte. El sufrimiento de Proudhon es de otra clase menos bella, más ingrata, pero más significativa todavía de su humanidad, no porque le faltara el sufrimiento físico, pues desde su niñez fué un rubito endeblillo, y al final estuvo francamente enfermo; pero lo característico de su sufrimiento es la suma de dificultades materiales con que tuvo que luchar toda su vida para resolver el terrible problema del pan nuestro de cada día. Nietzsche ha padecido poco por ese lado: la pensioncita de 3.000 francos que le daba la Universidad de Basilea bastaba á aquel solterón, cuyas necesidades eran pocas. Proudhon estuvo toda su vida empantanado en la pobreza, agobiado por el peso de sus deudas, proscrito, trabajando como un forzado, mientras su mujer, llena de jaquecas y de reumas, trabajaba como una furia para poder malcomer ellos y sus tres hijos. A los diez y siete años volviendo del colegio cargado de premios tiene que mantenerse de pan y agua, porque sus padres acababan de perder en un pleito el campo de que vivían. Treinta y cuatro años después escribe á su hermano Carlos, que le pide dinero, y á quien sólo puede enviar buenas palabras; que «cuando se piensa que desde más de cuarenta años (tengo cincuenta y uno cumplidos), mi vida no es más que una continuación de miserias, no hay que asombrarse de que haya á veces acritud en mi pluma». «Acuérdate como yo—añade—de que siendo la vida un combate, lo más cuerdo es hacer de ese combate nuestra felicidad.»

Palabras admirables, protesta indomable del espíritu contra el vientre hambriento.

Por uno de los efectos de la ley de ironía, esos dos hermosos tipos de estoicos se han enamorado de lo que les está negado: el vigor corporal, la fuerza física. Los dos conceden á la guerra la misma suprema virtud: la de alimentar lo que queda del sentimiento del honor, de pasión por el desinterés, la abnegación y el sacrificio en pueblos corrompidos por la modernidad y por los refinamientos del espíritu apolínico, en naciones degradadas por el maltusianismo y por el egoísmo sórdido del *homo œconomicus*. Proudhon, probablemente, hubiera firmado sin vacilar esta nota de Nietzsche: «El mantenimiento del estado militar es el último medio que nos ha quedado, ya para el sostén de las grandes tradiciones, ya para la institución del tipo superior del hombre, del tipo *fuerte*.»

En lo moral las analogías no son menores. Ambos tienen el gusto clásico, y, por consiguiente, el odio al romanticismo; ambos aman el siglo XVII con su estilo propio, exacto y libre; ambos abominan de Rousseau, del pesimismo cristiano, del feminismo, de la democracia racionalista, del arte por el arte y de todos los demás vicios del espíritu moderno que revelan el debilitamiento de la especie. Filosóficamente ambos aborrecen todo idealismo nebuloso, sea cristiano ó platónico, que separe las ideas de las realidades que las sostienen; ambos son antimísticos, *terrenales*. Nada afirmará mejor el parentesco gemelo de estos dos espíritus que estas dos admirables fórmulas: «El hombre es un sér hecho para superarse.»—«Trabajar es sacrificarse y morir.»

Otra semejanza es el aprecio que los dos han hecho de lo más tierno que hay en la existencia: la amistad. El amor no los estropeó ni á uno ni á otro. Ambos, por otra parte, rehusaban tratar como igual á la mujer, y se negaban á entregar su espíritu á sentimientos que lo hubieran debilitado. Nietzsche salió malparado de la única aventura sentimental que de él se sepa: su tempestuosa, tiránica y demasiado intelectual pasión por

Lon Salomé; y en cuanto á Proudhon, llamar amor al sentimiento que le indujo á los cuarenta años á casarse con la honrada obrera pasamanera Eufrasia Piejeard, haría sonreir á los lectores de Bourget. La amistad, en cambio, fué siempre gustada con delicia por aquellas almas viriles.

CRITICA

ADUEÑAR, ADUEÑAMIENTO.—El escritor que con el pseudónimo de *Azorín* ha conquistado, gracias á la resonante tribuna que tiene á su disposición, indiscutible renombre, y gracias á su innegable talento, merecida fama, suele escribir con bastante corrección, y sus artículos, aunque amanerados, están repletos de buena doctrina y sanas enseñanzas. Su prosa ampulosa siempre pecaba antes de ser excesivamente personal, pues constantemente aparecía en ella un *yo*, cuyo machaqueo, sobre ser poco castellano, resultaba molesto y en ocasiones hasta ridículo. Pero de ese pecado parece ya estar curado, por fortuna, y ahora se pueden leer columnas y artículos enteros de *Azorín* sin tropezar con aquel insoportable *yo* que todo lo empequeñecía.

Azorín no necesita para interesar al lector recurrir al empleo de palabras altisonantes ó rebuscadas, ni echar mano de extranjerismos, ni apelar á bien enterrados arcaísmos. Su prosa es llana y corriente, y si á veces en sus disquisiciones filosóficas se mete en honduras, de las que le sería difícil salir, si en lugar de dirigirse á la masa popular escribiera para especialistas, hay que convenir en que por lo general suele ser claro, y persuasivo sin recursos ni artificios (salvo alguna que otra cita de Gracián ó de Saavedra Fajardo), escribiendo ordinariamente con pulcritud y soltura.

Decimos todo esto á propósito de un *motivaba* y de un *adueñamiento* con que hemos tropezado en un parrafillo de *Azorín*, que dice así: «Motivaba esta simpatía tres cosas: una, la misma

caída definitiva de Moret, que el cambio llevaba consigo aparejado; otra, el suponerse que el Sr. Canalejas, sincero monárquico, podía intentar reformas radicales, pero no pactaría nunca con los elementos antidinásticos, ni les permitiría su adueñamiento en el Poder».

El *motivaba* es desde luego un *lapsus* sin importancia, pues claro es que si *Azorín* se hubiera fijado, habría escrito *motivaban*, por exigirlo así las *tres cosas* que sirven de sujeto á ese verbo. Como el sujeto plural está separado del verbo por el singular *esta simpatía*, la pluma concertó con el complemento en lugar de hacerlo con el sujeto, sin que el entendimiento, distraído, tomara parte en la incorrección.

En cuanto á *adueñamiento*, exige que nos detengamos en dos cosas: en la palabra misma y en la estructura de la frase en que se emplea. De la palabra *adueñamiento* había que discutir, ante todo, la propiedad de la forma; *adueñamiento* es una voz derivada procedente del verbo *adueñar*, que á su vez se deriva de *dueña; dueña* es un término que tiene en su primera sílaba el pseudodiptongo *ue*, en cuya última vocal carga el acento de la palabra. *Dueña*, por consiguiente, es una voz que se halla sometida para la formación de sus derivados á una ley que seguramente conoce Azorín, y que consiste en transformar el *ue* tónico en *o* en todos los derivados que no llevan el acento en el pseudodiptongo. Así *prueba*, da *aprobar; fuerza*, *forzar*, etc.; y siguiendo esta regla, *dueña* debería dar *adoñar*, *adoñamiento*.

No ha gustado, sin duda, la voz resultante de esta formación, y el castellano, que tiene recursos para todo, prefirió *domeñar* ó *dominar* al *adoñar*, y *dominio* ó *dominación* al *adoñamiento*, y esas son las voces usuales y correctas para expresar las ideas que quiere expresar *Azorín*. Podrá objetarse que no hay regla sin excepción, y que si de *hueco* sale *oquedad*, también sale ahuecar, no habiendo razón para que de dueña no pueda hacerse adueñar. Pero es que *ahuecar*, exigido por la estructura especial de esta palabra, no tiene ningún sinónimo,

mientras que *adueñar* tiene *domeñar* y *dominar*, siendo de todo punto innecesario *adueñamiento* cuando ya tenemos *dominio* y *dominación*.

Aparte de esto, el giro «permitir su *adueñamiento* en el poder», sobre ser insólito y rebuscado es confuso é incorrecto; «permitir su permanencia en el poder» puede decirse, pero su *adueñamiento* en el poder, no; podría admitirse su *adueñamiento* del poder, pero no en el poder. En todo caso, el pensamiento de *Azorín* podría expresarse de muchas otras maneras, sin necesidad de acudir á palabras rebuscadas ni á giros insólitos.

***

Empleo del pretérito.—No se hojea en la actualidad ni un solo periódico de Madrid, desde la sesuda *Epoca* hasta el levantisco *País*, desde los absorbentes rotativos del *trust* hasta el elegante *A B C;* desde la independiente *Correspondencia* hasta el pidalino *Universo*, sin tropezar, en la sección de noticias ó en la de telegramas, con frases como las siguientes: «Hoy llegó el general Fulano.» «Marchó esta noche para ta' punto el conocido escritor Mengano», etc., y otras del mismo jaez y porte.

Este modo de decir era antes completamente desusado en la prensa castellana. Cuando yo pasaba los veranos en Galicial recuerdo la impresión de extrañeza que me causaba el oir á cada momento en las conversaciones y leer en los periódicos *La Voz de Galicia*, *El Telegrama*, *La Mañana*, etc., frases del tipo de las citadas. Después he hecho estudios y comparaciones con el habla de otras regiones, y he llegado á convencerme de que se trata de un provincialismo, pues sólo en Galicia se halla bien caracterizado el empleo de esos giros.

¿Es admisible en buen castellano ese modo de decir? No. El castellano tiene un pretérito perfecto de indicativo (empleando la terminología académica) con tres formas: *amé*, *he amado*, *hube amado*, que no por estar comprendidas bajo la

misma denominación, pueden usarse indistintamente, y que por lo mismo convendría distinguir, como lo hacen los franceses, que dan á cada una de estas tres formas un nombre especial, llamando á la primera (*amé, amaste, amó*), pretérito *definido;* á la segunda (*he amado, has amado, ha amado*), pretérito *indefinido*, y á la tercera (*hube amado, hubiste amado, hubo amado*), pretérito *anterior*.

Dejando á un lado la tercera forma, que es de poco uso y no puede confundirse con las otras dos, veamos en qué consiste la diferencia entre las dos primeras, para saber en qué caso debemos emplearlas. Las dos se refieren, naturalmente, al pasado; pero el pasado que se expresa por medio de la primera forma, ó sea la forma simple, indica que la acción á que se refiere ha terminado completamente; mientras que la acción expresada por la forma compuesta, aunque ha pasado también, dura todavía en sus efectos ó consecuencias. Yo puedo decir «ayer llegó mi padre», pero no «que hoy llegó mi padre»; porque *hoy* no ha pasado todavía, mientras que *ayer* sí, y la acción de llegar mi padre, ya pasada, puede ser expresada por «ayer llegó» y por «hoy ha llegado», pero no al contrario.

Para que se note bien la diferencia, supongamos que una señora ha quedado en ir á casa de otra en un día determinado, y que, no habiendo ido, explica la causa de su falta por la llegada de una visita inesperada. El diálogo que se entablaría sería el siguiente:—¿Cómo no *viniste* ayer?—Porque cuando estaba preparada para venir *llegó* una visita. Si en lugar de *viniste* y *llegó* se pusiera *has venido* ó *ha llegado,* la frase sería incorrecta.—¿Cómo *has venido* tan tarde? Porque cuando quise venir *llegó* una visita. Aquí se ve bien la diferencia de las dos formas: la visitante llega tarde y la visitada pregunta por qué *has venido* (*viniste* sería incorrecto), porque la acción de venir, aunque pasada, es de efectos que todavía duran en el momento de que se trata. La visitante, en cambio, habla de que *quiso* venir, y no *pudo* porque *llegó* una visita (*ha querido* y *ha llegado* serían incorrectos), porque las acciones de *querer*

venir y de *llegar* son completamente pasadas. Se puede decir «esta mañana *llegó* Fulano», porque el período de la mañana ha pasado ya cuando se habla; pero no se puede decir «hoy *llegó* Fulano», porque el espacio de tiempo que comprende *hoy* no ha pasado todavía. Crebillon emplea las dos formas en francés en este hermoso verso:

La crainte *fit* les dieux, l'audace *a fait* les rois.
(El miedo *hizo* los dioses, la audacia *ha hecho* á los reyes.)

En efecto; «el miedo *hizo* los dioses» porque los dioses han pasado por completo; pero «la audacia *ha hecho* á los reyes», porque los reyes subsisten todavía. Cambiando las formas del verbo se cambiaría el sentido de la expresión.

Estas minucias tienen, como se ve, su valor, y ya que en castellano tenemos esa riqueza de expresiones, sepamos emplearlas con acierto, no por vano afán de purismo, sino porque obrar de otro modo es contribuir á empobrecer la lengua, disminuyendo sus recursos.

IMPRESIONES Y NOTAS

La mujer en América.—No hay duda, dice Gina Lombroso, en el *Putmam s'Magazine*, que la cosa más interesante para toda europea que visite la América del Norte es la mujer americana, la feliz y victoriosa heroína del feminismo moderno. En todas las regiones del mundo viejo, de España á Rusia y de Egipto á China, la mujer era y es todavía considerada casi únicamente desde el punto de vista de la maternidad. No hace todavía cincuenta años, la mujer soltera no sólo no significaba nada socialmente, sino que ningún estudio ni diversión le era permitido: ni teatro, ni baile, ni ocupaciones artísticas ó científicas.

Si en Europa venían, y en parte vienen todavía, generalmente descuidadas las facultades intelectuales, artísticas ó filosóficas, en la educación de las jovenes, en cambio, apa-

recía bastante atendido el ejercicio de las cualidades prácticas; todas las artes que hacen cómoda y agradable la vida: la horticultura, la apicultura, las diversas artes textiles, etc., eran obra de la mujer, y todavía en la primera parte del siglo pasado las labores de la casa, desde el guardarropa hasta la cocina, estaban enteramente en sus manos, y formaban su satisfacción y su honor, completado todo por la posesión de innumerables secretos de industrias y artes económicas.

Hoy todo esto ha cambiado completamente: la industria obtiene con rapidez y en cantidades enormes todo lo que en los tiempos patriarcales era manipulado con cariño por las madres de familia. Estas condiciones de la industria moderna han influído en la educación de la mujer. Las clases medias envían á sus hijas á escuelas profesionales, para el caso de que no encuentren esposo. Pero la mujer europea, aun estudiando ó ejerciendo un arte ó un empleo, tiene siempre el deseo más ó menos oculto y consciente de casarse, mientras que la mujer americana, por lo contrario, no sólo no aspira al matrimonio, sino que generalmente desea permanecer soltera.

La mujer americana está educada para el fin de reforzar su propia personalidad, aumentando su valor por todos los medios fuera del matrimonio; va desde niña al colegio, á las oficinas, á los talleres, y luego deja, aunque sea rica, las comodidades de la familia para hacer su carrera. Conquistada la independencia económica, puede viajar, vestirse como quiera, divertirse como le acomode, hacer politica, tener amigos, flirtear, casarse y divorciarse. Para que una mujer semejante ame el matrimonio, es necesario que el marido sea el mejor y el más agradable de los hombres, y que nodrizas y ayas ayuden á criar la prole. La americana, sin embargo, prefiere gastar su vida sentimental, sin necesidad de amor ni de sacrificio, manteniendo su libertad y entregándose á obras altruístas de educación religiosa y social. «La mujer americana, dice Gina Lombroso, es ciertamente más feliz que la mujer europea, porque tiene menos responsabilidades y mayores satisfaccio-

nes; es más feliz como señora, como ciudadana y como mujer, porque puede dar libre expresión á todas sus facultades y porque el ejercicio de esas facultades la vale en América una admiración desconocida en Europa.»

Estas condiciones, á primera vista espléndidas y lisonjeras, tienen sus desventajas, como dice Henry, sobre todo el aumento del coste de la vida y el rápido disminuir de la población. Sólo una europea puede valuar, y el hombre no sabe agradecerlo, cuánto contribuye á mantener la economía familiar el ser buen ama de casa, cocinera, enfermera, nodriza, y hasta cierto punto maestra y educadora. Tener que pagar el más insignificante trabajo doméstico aumenta de tal modo el coste de la vida, que la hace imposible, ó cuando menos desagradable. Pero la americana es rica, y por ahora no se preocupa de las consecuencias de su posición; la emigración, por otra parte, llena los vacíos y tampoco preocupa la baja en los nacimientos. Cuando la emigración disminuya ó cese se presentará el problema, y quizá entonces el pueblo recobre el deseo de tener hijos ó tal vez se descubra el modo de prolongar la vida.

* * *

La labor de Selma Lagerlöf.—La señorita Selma Lagerlöf ha obtenido este año el premio Nobel de literatura. Había publicado *La leyenda de Gösta Berling* (1891), *Los lazos invisibles* (1894), *Los milagros del Antecristo* (1897), *Las Reinas de Kungahalla* (1899), *La leyenda de un viejo castillo* (1899), *Jerusalem* (1901-2), *Las leyendas de Cristo* (1904) y *El viaje maravilloso de Nils Holgersson* (1906-7).

Para comprender estas obras, como dice Bellessort en la *Revue de Deux Mondes*, hay que conocer la naturaleza sueca y sus aspiraciones literarias. El sueco pide á sus novelistas que le den cuentos extraños, adora lo inesperado, la sensación viva, lo sobrenatural, las aventuras en las selvas, la poesía de

los extravíos á través de los pantanos, á cuyo extremo se encuentra el buen camino del hogar.

Selma Lagerlöf es la reina de la fantasía, una fantasía deliciosamente ágil, que se insinúa simpáticamente en los corazones más anudados, en los espíritus más duros, como en las cosas más vulgares, y las caldea hasta volatilizar su poesía secreta. No tiene ironía, pero se permite el humorismo, un humorismo con base de gravedad moral. Sus personajes no cristalizan en la fijeza hierática en que tantos escritores, por necia imitación de la torpeza de los primitivos, inmovilizan los suyos, creyendo hacer así obra de sencillez y vetustez; tienen la flexibilidad y la variedad, las alternativas de brusquedad y dulzura de los seres reales.

En cuanto al papel moral de su labor literaria, Selma Lagerlöf no aborda el insondable problema del mal en el Universo; se remite para ello á Dios, que nos dará el día que le convenga la explicación tan deseada; lo que nos repite sin cesar es que Él nos ha concedido la fuerza de dominar todas las emboscadas de la desesperación, y como ejemplo véase una de las lindas *Leyendas de Cristo*:

«En el tiempo en que Jesús y Judas eran todavía niños, se divertían un día, delante de sus casas vecinas, modelando pájaros con la flexible y blanda arcilla que les había dado el alfarero de enfrente. Pero los pájaros de Judas estaban mal hechos y no le decían nada, mientras Jesús oía á los suyos contarle cosas admirables de su país imaginario. El sol brillaba en charquitos de agua entre las piedras desiguales de la calle; Jesús metió la mano y la pasó húmeda sobre sus pájaros de tierra, que conservaron sus reflejos de diamante. Judas trató de imitarle, pero el sol resbalaba entre sus dedos; y, furioso, pateó sus pájaros y luego se puso á romper los de Jesús. Y Jesús, llorando, gritaba: «Volaos, pues, volaos.» Los pájaros volaron... Nosotros también amasamos arcilla; pero esta arcilla ¿nos habla al corazón? ¿Somos nosotros capaces de pintarla con un rayo de sol y de comunicarla el soplo de la vida?

Esa es la cuestión. Podemos hacerlo, gracias al amor y á la fantasía.»

*
* *

La princesa del dólar.—Era después de la primera representación en Viena del *Grillo del hogar*, de Gold Marks; los amigos del compositor festejaban en torno de una mesa el éxito de la obra, y entre ellos se encontraba Juan Brahms.

Con un vaso de vino del Rhin en la mano, Brahms exclamó: «He felicitado á mi amigo por su magnífica victoria; quiero ahora brindar por el libretista, por ese mozo tan diestro... Dickens le hubiera, sin duda, apaleado; pero yo le deseo larga carrera, y en este deseo hay algo de egoísta, porque quizá tengo yo también necesidad de su concurso.»

La concurrencia interpretó estas palabras, que causaron viva impresión, en el sentido de que Brahms pensaba en escribir una ópera. Al día siguiente, el libretista Willner, que era uno de los convidados, fué á ver al célebre compositor.—¿Cómo puede usted creerme en busca de un libreto de ópera?—le dijo Brahms con fisga. En esa biblioteca los tengo á docenas, algunos excelentes, sobre todo este *Atila*; pero no puedo resolverme á escribir una partitura tan diferente de la música sinfónica, que es la mía. Claro es que la escena me tienta, pero soy demasiado viejo para meterme en ese nuevo camino, tanto más cuanto que con la primera ópera pasa como con el primer perro: frecuentemente hay que echarlo al agua. Preferiría componer un baile, cuyo libreto me haría usted; una especie de pantomima del Norte con danzas apropiadas. He visto en otro tiempo algo así en la ópera de Copenhague. Pero le quiero aconsejar un asunto de ópera muy gracioso, estilo moderno ó más bien americano: una arrogante muchacha millonaria, americana, que doma á un alemán groserote, «La princesa del oro».—«La princesa del dólar»—replicó Willner.—Precisamente; eso suena bien.

Murió el maestro, y llegó un día en que Leo Fall fué á pe-

dir á Willner una pieza alegre, «La princesa del dólar». Willner, que es espiritista convencido, vió en esta coincidencia, según él mismo cuenta en la revista *Nord und Sud*, una segunda invitación de su inmortal protector, y accedió á ello, y así nació «La princesa del dólar».

***

La masticación.—El secreto de la longevidad de Glandstone, según él mismo decía, estaba en la masticación. «Mastico bien todo lo que como», decía. No hay, en efecto, buena digestión sin buena masticación, y sin buena digestión no hay salud posible. Los dispépticos, según el Dr. Caze, no son generalmente sino comedores que han tomado la costumbre de retorcer y tragar los alimentos sin triturarlos suficientemente; fatigan su estómago, obligándole á un trabajo que no le incumbe, exponiéndole así á la dilatación y provocando la constipación y la enteritis, causas de dolores que no deben de ordinario atribuir más que á sí mismos.

Todo el mundo necesita saber digerir; ahora bien, el que no mastica digiere mal. Hay principios de masticación, y el primero es el de la lentitud. El alimento, en vez de ser desgarrado vorazmente y tragado en una bocanada, debe ser dividido lo más menudo que se pueda, ablandándolo y amasándolo con saliva, reduciendolo á una bola formada sobre la lengua de modo que pueda deglutirse sin esfuerzo; es costumbre que hay que tomar si no se tiene. Al principio cuesta algún trabajo, sobre todo de atención, porque se olvida pronto el procedimiento. Gladstone decía: «Hablad poco al comer, y mejor aún, guardad completamente silencio y contad mentalmente el número de dentelladas que dais, y que varían según los manjares; no traguéis sino después de una trituración absolutamente perfecta, empleando en ella no sólo las mandíbulas, sino también los labios y las mejillas. Al empezar, mirad vuestro reloj y seguid la aguja que marca los segundos; al cabo de

unos días os habréis acostumbrado tan bien al método, que no tendréis ya más que seguirlo maquinalmente».

Otro principio es el de ayudar la masticación apropiando el alimento á las condiciones particulares del estómago. Importa, por consiguiente, evitar los manjares coriáceos, que sólo se trituran con trabajo, eligiendo con preferencia las carnes y legumbres tiernas.

***

Chateaubriandiana.—En los *Recuerdos de un Médico de París*, de Poumiès de la Siboutie, encontramos algunas anecdotas relativas á Chateaubriand «el hombre más excelente que existe, bueno, servicial, generoso, sin hiel y sin rencor, de una alegría que en su interior llega hasta la *gaminerie*. No se le puede criticar, dice Poumiès, más que su demasiada preocupación por su mérito literario; en esta materia es intratable. Un día, habiendo recibido una carta en que le pedían un servicio, la estrujó con vivacidad y la arrojó con desdén: «Ciertamente, dijo, no debe contar conmigo. Mirad, añadió dirigiéndose á Balanche, os hago juez de ello. ¿Me puedo yo interesar por un hombre que escribe mi nombre con una *t*? No es lícito á nadie desconocer la ortografía de mi nombre. No haré nada por ese hombre.»

Cuando fué nombrado ministro bajo la Restauración, encargó á Delaporte que le hicieran tarjetas de visita, sin hacerle ninguna indicación especial. Se las hicieron así:

Le Vicomte de Chateaubriand
Pair de France
Ministre des Affaires étrangères.

Él las rechazó y mandó que le hicieran otras en las que sólo se leía:

Chateaubriand.

Una vez, trabajando en su gabinete en un informe muy importante con Pilorge, joven educado por él, á quien quería

mucho, dejó precipitadamente su bufete, cogió una bandejita llena de obleas y las esparció junto á un agujerito del piso por el que había asomado la cabeza un ratón. Olvidando su trabajo, se quedó allí más de un cuarto de hora observando las idas y venidas del ratón, divirtiéndose mucho en verle hacer su provisión de obleas.

Le gustaba mucho hablar, y hablaba bien y con *bonhomie;* era el hombre de mundo más aburrido, lo que parece increíble en tan gran genio. En alguna parte ha dicho: «Yo bostezo mi vida», y era literalmente exacto. El señor de Desmousseaux de Givré contó á Poumiés que cuando nombraron á Chateaubriand embajador en Londres, le eligió á él para agregado: —Monseñor—le preguntó,—¿tendré retribución?—No; seguramente el Gobierno no os la querrá dar; y yo, con los miserables 300.000 francos que me dan, no puedo. Preciso será proveer á vuestros gastos.

Leyendo sus *Memorias de ultratumba,* se nota en cada página lo que preocupaba á Chateaubriand su falta de fortuna. Ningún hombre, sin embargo, había obtenido mejores resultados pecuniarios de su trabajo, pues se calculan en más de dos millones lo que había cobrado por sus diversas obras. Su descuido, su desorden y su generosidad hacían que estuviera siempre sin recursos.

FERNANDO ARAUJO

ÍNDICE

Págs.

Relaciones comerciales con la Argentina, por Jerónimo Bécker.... 5

Parnaso internacional: El poeta moribundo, de Millevoye..... 24

Recuerdos, por José Echegaray..... 27

Los ensanches de Madrid, por Juan Pérez de Guzmán..... 37

El país del placer (novela), por Edit Wharton..... 53

Un conflicto yankee-chileno, por Pío Ballesteros..... 89

Ultimo día del paganismo y primero de... lo mismo, por Joaquín Costa..... 103

La Ciudad del Día frente á la Ciudad de la Noche, por Francisco Rivera Pastor..... 138

España fuera de España: «*El celoso extremeño*», *de Cervantes*, por Marco A. Garrone..... 158

España y Francia en la cuestión de Marruecos, por Guillermo Rittwagen..... 163

Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 177

LIBROS PUBLICADOS

POR

LA ESPAÑA MODERNA

que se hallan de venta en su Administración, López de Hoyos, 6.—MADRID

N.º del Catál.º		Pesetas
175	**Aguanno.** — La génesis y la evolución del Derecho civil..	15
176	— La Reforma integral de la legislación civil..	4
177	**Alcofurado.** — Cartas amatorias de la monja portuguesa Mariana Alcojurado, dirigidas al Conde de Chamilly....	3
315	**Amiel.**—Diario íntimo..	9
327-328	**Antoine.**—Curso de Economía Social, 2 vols.	16
178	**Anónimo.**--¿Académicas?	1
179	— Currita Albornoz al P. Luis Coloma.....	1
183	**Araujo.**—Goya.....	3
180	**Arenal.** — El Delito colectivo.....	1,50
182	— El Derecho de gracia.	3
181	— El Visitador del preso.	3
323	**Arnó.**—Las servidumbres rústicas y urbanas.--Estudio sobre las servidumbres prediales.....	7
114	**Arnold.** — La crítica en la actualidad.....	3
172	**Asensio.**—Fernán Caballero.....	1
39	— Martín Alonso Pinzón.	3
184	**Asser.** — Derecho Internacional privado.....	6
368	**Bargehot.**—La Constitución inglesa.....	7
391	— Leyes científicas del desarrollo de las naciones en sus relaciones con los principios de la selección y de la herencia.....	4
416	**Baldwin.**—Elementos de Psicología.....	8
111	**Balzac.**--César Birotteau	3
54	— Eugenia Grandet....	3
112	— La Quiebra de César Birotteau.....	3
62	— Papá Goriot.....	3
76	— Ursula Mirouet.....	3
2	**Barbey d'Aurevilly.** — El Cabecilla.....	3
12	— El Dandismo y Jorge Brummel.....	3
131	— La Hechizada.....	3
120	— Las Diabólicas.....	3
124	— Una historia sin nombre.....	3
110	— Venganza de una mujer.....	3
130	**Baudelaire.**— Los paraísos artificiales.....	3
163	**Becerro de Bengoa.** — Trueba.....	1
174	**Bergeret.**—Eugenio Monton (Merinos)	1
353	**Boccardo.**—Historia del Comercio, de la Industria y de la Economía política, para uso especialmente de los Institutos técnicos y de las Escuelas superiores de Comercio.....	10
311	**Boissier.**—Cicerón y sus amigos.—Estudio de la sociedad romana del tiempo de César.....	8
380	— La Oposición bajo los Césares.....	7
169	**Bourget.**--Hipólito Taine	0,50
395	**Bréal.**—Ensayo de Semántica. (Ciencia de las significaciones)	5
447	**Bredif.** — La Elocuencia política en Grecia.....	7
399	**Bret Harte.** — Bloqueados por la nieve.....	2

N.º del Catál.º		Pesetas
367	**Bunge.**—La Educación..	12
185-186	**Burgess.** — Ciencia política y Derecho constitucional comparados *(dos tomos)*	14
187	**Buylla.**—Economía.....	12
36-37	**Campe.** — Historia de América *(dos tomos)*..	6
156	**Campoamor.**—Cánovas.	1
79	— Doloras, cantares y humoradas.	3
69	— Ternezas y flores.....	3
317-354-371	**Carlyle.**—La Revolución francesa *(tres tomos)*.	24
393	— Pasado y presente....	7
188	**Carnevale.** — Filosofía jurídica. — Crítica penal.....	5
189	— La cuestión de la pena de muerte.....	3
102	**Caro.**—Costumbres literarias.....	3
140	— El Derecho y la fuerza.	3
58	— El pesimismo en el siglo XIX.....	3
65	— El suicidio y la civilización.....	3
127	— Littré y el Positivismo	3
363	— La filosofía de Goethe	6
293	**Castro.**—El libro de los galicismos.....	3
361	**Champcommunale.**—La sucesión abintestato en Derecho Internacional privado	10
190-191	**Collins.** — Resumen de la filosofía de Spencer *(dos tomos)*.....	15
64	**Coppée.**—Un idilio.....	3
40	**Cherbuliez.** — Amores frágiles..	3
26	— La tema de Juan Tozudo.....	3
93	— Meta Holdenis.....	3
18	— Mis Rovel.....	3
91	— Paula Mere.....	3
394	**Colombey.** — Historia anecdótica de El Duelo en todas las épocas y en todos los países.....	6
437	**Comte.** — Principios de Filosofía positiva.....	2
404	**Couperus.**—Su Majestad.	3
297-298	**Darwin.** — Viaje de un naturalista alrededor del mundo *(dos tomos)*..	15
59	**Daudet.**—Cartas de mi molino.....	3
125	— Cuentos y fantasías..	3
13-14	— Jack *(dos tomos)*...	6
22	— La Evangelista.....	3
46	— Novelas del lunes....	3
425	**Dollinger.**— El Pontificado.....	6
166	**Dorado.** — Concepción Arenal.....	1
33	**Dostoyusky.**—La novela del presidio.....	3
301	**Dowden.** — Historia de la literatura francesa..	9
402	**Dumas.**—Actea.....	2
326	**Emerson.**—La ley de la vida	5
332	— Hombres simbólicos. .	4
413	**Emerson.**—Ensayo sobre la naturaleza, seguido de varios discursos....	3,50
442	— Inglaterra y el carácter inglés.....	4
459	— Los veinte ensayos...	7
340	**Eitzbacher.** — El anarquismo, según sus más ilustres representantes.	7
342	**Ellis Stevens.**—La Constitución de los Estados Unidos, estudiada en sus relaciones con la Historia de Inglaterra y de sus colonias.....	4
162	**Fernán Flor.**—Tamayo..	1
158	— Zorrilla.....	1
155	**Fernández Guerra.** — Hartzenbusch	1
92	**Ferrán.**-Obras completas	3
42	**Ferry.**—Estudios de Antropología.....	3
329	**Fichte.**—Discursos á la Nación Alemana. La regeneración y educación de la Alemania moderna.	5
352	**Finot.**— Filosofía de la longevidad.....	5
357	**Fitzmaurice-Kelly.** — Historia de la Literatura española.....	10
24	**Flaubert.** — Un corazón sencillo.....	3
390	**Flint.**—La Filosofía de la Historia en Alemania..	7
196-197	**Fouillee.** — Historia de la filosofía *(dos tomos)*	12
195	— La ciencia social contemporánea.....	8

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 22. NUM. 258.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

JUNIO 1910

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»
Calle de López de Hoyos, 6
MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

Imp. y encuad. de V. Tordesillas, Tutor, 16, Madrid.—Teléfono 2.042.

LA VERDADERA PATRIA DE CRISTÓBAL COLÓN

Desde que el célebre Almirante de las Indias tocó con sus carabelas en la Isla de Guanahami, dando carácter de hecho á su título que de derecho tenía al embarcar en el Puerto de Palos, ha sido objeto de controversia aún no cerrada, la determinación de la patria del generalmente llamado famoso genovés.

En vano fué que Cristóbal Colón declarase en un solemne documento que había nacido en Génova, consignándolo así en la escritura de fundación del Mayorazgo de su Casa futura. Semejante afirmación, que se explica por la necesidad de asignarse una patria y un origen por quien no puede declarar los verdaderos, en el momento de fundar una Casa, en el sentido heráldico de la frase, se encuentra destruída por la afirmación de autoridad superior, puesto que esta es espontánea, hecha por D. Fernando Colón, hijo del famoso Almirante, primer biógrafo é historiador de su padre, al consignar en su libro, reconocido por los colombistas como piedra fundamental de la historia del Nuevo Mundo, en el capítulo primero de él, textualmente, hablando de su padre: «de modo que cuanto fué su persona á propósito y adornada de todo aquello que convenía para tan gran hecho, tanto menos conocido y cierto quiso que fuese su origen y patria; y así, algunos que de cierta manera quieren oscurecer su fama, dicen que fué de Nerdi, otros de

Cugureo, otros de Bugiasco; otros, que quieren exaltarle más, dicen era de Saona y otros genovés, y algunos también, saltando más sobre el viento, le hacen natural de Placencia». Don Fernando Colón, designado por su padre como segundo sucesor del Mayorazgo fundado por éste, dice en ese mismo capítulo primero, al comenzarlo, que una de las principales cosas que pertenecen á la historia de todo hombre sabio es que se sepa su patria y origen. Pero hay más: el mismo D. Fernando, respondiendo á la pregunta de Giustiniani, que escribió, siendo con Gallo y Foglieta uno de los tres historiadores italianos contemporáneos del suceso, la vida del Almirante, calificó de «caso oculto» la patria de su padre.

En el expediente de Pruebas de Nobleza de D. Diego Colón, nieto del Almirante, para ingresar en la Orden de Santiago, publicado por el ilustre tratadista Sr. Marqués de Lurencín, ministro del Tribunal de las Ordenes, de la Real Academia de la Historia, aparecen las manifestaciones de los testigos que declaran, y los documentos aducidos á tal fin. De ello resulta que en la genealogía que figura á la cabeza de la información, que los pretendientes á Hábitos presentaban «in voce» y juraban, se hace constar por los descendientes de Colón, que éste era natural de Saona, sin que en ninguna diligencia se haga la menor relación de su origen genovés. También resulta de ello que Pedro de Arana, hermano de Doña Beatriz Enríquez, cuyas relaciones con Cristóbal Colón son tan históricamente conocidas, declara que ignoraba cuál era la patria del Almirante. De Pedro de Arana dice el P. Las Casas, que lo conoció muy bien, que era hombre muy honrado y cuerdo. Y Pedro de Arana dice que «oyó decir que Colón era genovés, pero que él no sabe de dónde es natural». Pedro de Arana, á más de hermano de Doña Beatriz, madre, como se sabe, de don Fernando Colón, fué amigo íntimo del Almirante, á quien acompañó en sus viajes y sirvió con lealtad, especialmente con motivo de la sedición de Roldán en la Isla Española. El segundo almirante de las Indias, D. Diego Colón, ordenó en su

testamento el pago de cien castellanos á Pedro de Arana, que éste había prestado en Indias á su padre.

En cuanto á Diego Méndez, uno de los testigos que declaran en el Expediente de pruebas en cuestión, declara que el Almirante «era de Saona». «Diego Mendez fué el servidor fiel de Colón, el cual, anciano y doliente, en sus cartas á su heredero lo menciona varias veces, afirmando que «tanto valdrá su diligencia y verdad, como las mentiras de los hermanos Porras». Diego Méndez acompañó á Colón en su cuarto viaje en unión de un protegido de Colón, el genovés Fiesco. Conoció, además, personalmente á Bartolomé Colón, el hermano del almirante, así como á D. Diego, hijo de éste. Al afirmar que Colón era de Saona, recordaría, sin duda, haber oído hablar á ambos hermanos, con afecto, de aquella ciudad italiana, en la que ellos residieron y en donde, probablemente, fallecieron sus padres, siendo esta la razón por la cual hacía de Saona la patria del Almirante.

Con la publicación, pues, del Expediente de pruebas mencionado quedó declarado oficialmente, por sus descendientes y familiares, que Cristóbal Colón no era de Génova; pero, con todo, no quedó demostrada cuál fuese su patria.

De los historiadores contemporáneos de Colón, cuanto se encuentra aumenta la confusión. Pedro Mártir de Angleria, que era italiano y amigo íntimo del Almirante, se reduce, en cuanto á su nacimiento y origen, á llamarle «vir ligur». El cura de los Palacios, depositario de los papeles de Colón en 1496, limítase á decir de él que era mercader de estampas, y en unas partes le llama «hombre de Génova», mientras en otras, al dar cuenta de su muerte, afirma que era de Milán. Gonzalo Fernández de Oviedo, cronista oficial de Indias, que sirvió en ellas y conoció personalmente á Colón, declara que unos dicen que Colón nació en Nervi, otros en Saona y otros en Cugureo; lo que más cierto se tiene, «con lo cual prueba las dudas que sobre la materia existían, desechando, al no nombrarla, á Génova como patria del almirante. El padre Las

Casas, amigo íntimo de Colón, dice que era genovés, cualquiera que fuese la ciudad en donde vió la luz primera; fórmula vaga, que no puede ser casual en quien tuvo en su poder los papeles del almirante, y hubo por fuerza de preguntarle como historiador y como amigo, y aunque no fuera más que como curioso, de dónde era natural. Galíndez de Carvajal afirma que Colón era de Saona. Medina Nuncibay, en su crónica, escrita después de examinar los papeles de Colón depositados en la Cartuja de Sevilla, dice que era de Milán, añadiendo que se escribieron algunos tratadillos «dando prisa á llamarle genovés». Por otra parte, Navarrete examinó dos documentos oficiales de principios del siglo XVI en el Archivo de Indias: en uno dícese que Colón nació en Cugureo, y en el otro que en Cugureo ó en Nervi.

De los historiodores ítalianos ya citados, Foglieta no aporta dato alguno sobre la patria de Colón, limitándose á repetir lo dicho aquí en España. Ni tampoco Allegretti, en sus «Anales de Siena», del año 1493, en donde se limita á dar cuenta de haber llevado á Génova la noticia del descubrimiento del Nuevo Mundo.

¿Qué es lo que dicen sobre la patria de Cristóbal Colón sus biógrafos los historiadores genoveses? He aquí un punto del mayor interés, en el cual, sin embargo, nadie ha puesto, que yo sepa, la menor atención. Las palabras de estos historiadores nos pondrán en camino de descubrir plenamente la verdad.

Advirtamos ante todo que el estupendo hecho del descubrimiento del Nuevo Mundo, realizado, al decir de los más, por un genovés, no despierta ni la sombra de un sentimiento de entusiasmo ó de orgullo en Génova. Ni en las autoridades ni en el clero de la Iglesia en que fué bautizado Colón, de ser genovés, ni en los parientes, ni en los amigos, ni en los conocidos, ni en los ciudadanos, ni siquiera en los chismosos, que tanto ayudan á la formación de la leyenda ó de la historia, causa la noticia la menor emoción.

La ciudad de Génova ha declarado, como la de Saona y

otras italianas, por hijo suyo al almirante de las Indias. ¿En qué se funda Génova, la ciudad que por excelencia pasa por ser la patria de Cristóbal Colón? Cuatro son los principales documentos que en el Archivo del Ayuntamiento de Génova existen referentes al almirante. Estos y los demás relativos á él se encuentran, según la frase sarcástica del historiador norteamericano Harrisse, «al lado del violín de Paganini», con lo que da á entender la autenticidad que le merecen.

El principal de estos documentos es una carta de Colón al Oficio de San Jorge de Génova. Esta carta comienza diciendo: «Bien que el cuerpo ande por acá, el corazón está allí de continuo», con el cual «allí» se pretende que Colón se declara genovés. Esta carta es evidentemente apócrifa; su contenido está en contradicción completa con otra, positivamente auténtica, descubierta por D. Cesáreo Fernández-Duro, de la Real Academia de la Historia, escrita en la misma fecha, pues que la carta al Oficio de San Jorge está fechada el 4 de Abril y la dirigida á Gaspar de Gricio es del 2 del mismo mes y año 1502.

El segundo documento fundamental del Archivo Municipal de Génova es la minuta de respuesta del Oficio de San Jorge á Colón. No siendo este documento procedente del Almirante, no merece la menor autoridad, ni, por lo tanto, que se señalen las contradicciones que encierra. El tercer documento es un dibujo representando la Apoteosis de Colón, atribuído á la mano del Almirante, en el cual dibujo en el centro aparece la palabra «Génova». Lo pueril de este documento excusa que se le discuta. La mezcla en él de vocablos castellanos, franceses é italianos, explicando las diversas figuras de que la ridícula estampa se compone, acusan la torpeza de la falsificación. El cuarto y último documento convincente es el llamado Codicilo militar del Almirante. Declarado autorizadamente documento apócrifo, no es necesario ni llamar la atención sobre el absurdo de que en una de sus cláusulas disponga que, en el caso de extinguirse la línea masculina de la Casa que funda, herede sus títulos, cargos y rentas la República de Génova.

Los partidarios de la patria genovesa de Colón aducen nuevos argumentos. Tales son los papeles encontrados en el Archivo del Monasterio de San Esteban de la Vía Mulcento, de Génova. En ellos aparecen los nombres de Dominico Colombo y de Susana Fontarossa ó Fontanarossa, padres de Colón, y los de los hijos de éstos, Cristóbal, Bartolomé y Diego, entre los años 1456 y 1459.

Pero al tratar de estos documentos, nace inmediatamente esta consideración: ¿es posible suponer que los frailes del Monasterio en cuestión, si los documentos que poseían eran verdaderos, hubieran dejado pasar inadvertido el hecho de haber sido bautizado en él tan célebre personaje, cuya empresa abrió un mundo para la fe, sin que conmemorasen de alguna manera aquella gloria que de tal transcendencia fué para la Religión?

En los documentos en cuestión aparece un «Christophorus de Columbo filius Dominici», en 1470, según el documento en que esto se dice, «mayor de diez y nueve años». En esa fecha tenía Cristobal Colón más de treinta y tres años. Pero á la vez otros papeles presentan en 1472, firmando dos documentos notariales, á Christophorus Columbus lanerius de Janua, Lex Letoriæ egressus», esto es, mayor de veinticinco.

No hemos de entrar aquí á dilucidar si existe contradicción entre ambas afirmaciones, por cuanto no hace á nuestro propósito inmediato, si bien no parece que puede contradecir á la aserción de ser mayor de diez y nueve años la afirmación de ser mayor de veinticinco. Pero sí haremos notar, para explicar la casi insuperable dificultad de adivinar en el caos coloniano, que los Dominicos Colombo abundaban por toda aquella región en aquel tiempo. Hay un Dominico Colombo inquilino de una casa de los frailes de San Esteban de la Vía Mulcento de Génova, un Dominico Colombo, «lanario» de Génova», «habitante» en Saona; otros dos más, uno noble y otro plebeyo, en Génova; otro en Placencia, otro en Pradello, otro en Quinto, mas los otros en virtud de los cuales reclaman la

paternidad las numerosas ciudades italianas que se proclaman cuna del Almirante. Es decir, que llamarse Dominico Colombo en aquella región, por entonces, era algo así, por lo visto, como llamarse Juan Pérez en Castilla.

Los Comisionados de la Academia de Génova encargados de informar acerca de la patria de Cristóbal Colón, encontraron un antiguo manuscrito, en cuya margen estampó un Notario la noticia de haber sido bautizado Colón en el Monasterio citado. El valor del documento queda probado con saber que una anotación análoga sirve de prueba á la ciudad de Calvi, en Córcega, para afirmar que el Almirante nació en ella.

Finalmente, para juzgar del valor de las pruebas en que Génova se base para decirse patria del célebre Almirante, basta saber que son cuatro las ciudades que han dedicado sendos mármoles á su hijo Cristóbal Colón, dos las que poseen el Registro de su bautismo, y ocho ó diez las que exhiben diversos títulos para considerarse su cuna, sin que falten opiniones que le adjudican la nacionalidad helénica.

Vese, pues, que lo único positivo, aparte el dicho de los historiadores genoveses, de que se hablará inmediatamente, que se conoce, respecto á la nacionalidad genovesa de Colón, es la afirmación hecha por él de ser natural de Génova. Consignóla en la escritura de fundación del Mayorazgo de su Casa, «raíz y pie de su linaje y memoria de sus servicios». Es, pues, en un documento heráldico en donde tal afirmación se consigna.

La índole del documento, tratándose de un fundador de linaje, previene en contra á todo historiador sereno. Sabido es que en materia genealógica la fantasía se ha desbordado siempre y la mentira ha ido siempre unida á la verdad. En ese mismo documento, Colón, en un estilo grandilocuente, artificioso, encomienda el cumplimiento de las cláusulas del Vínculo que funda, nada menos que al Papa, á los reyes de España, al príncipe D. Juan y á sus sucesores. Sabido es, además, que en aquel tiempo predominaba la preocupación de que los grandes

hombres desmerecían si no eran hijos de ciudades famosas. D. Fernando Colón, en su *Vida del Almirante* citada, la confirma al decir que «suelen ser más estimados los hombres sabios que proceden de grandes ciudades», y al añadir que «algunos que en cierta manera quisieron obscurecer la fama de su padre, afirman que nació en lugares insignificantes de la ribera genovesa; otros, que se propusieron exaltarle más, que en Saona, Génova ó Placencia».

Necesario, pues, era que el Almirante, en el momento de fundar su Mayorazgo, se viese en la obligación de engrandecerse dándose una patria, en primer término, y en segundo, una patria digna de la grandeza de la Casa que fundaba.

Pero no lo hace Colón de una manera diáfana. Cita á Génova, en efecto, en el lugar menos adecuado de la escritura. Ni es esto sólo. En dicha escritura Colón añadió, con respecto á Génova, estas palabras: «De ella salí y en ella nací», frase que parece indicar como una rectificación por parte de quien la dicta, esto es, como si Colón, llevado de la verdad, hubiese dicho que de Génova salió, como salió, en efecto, á la vida de navegante, añadiendo inmediatamente, recordando que se decía natural de Génova sin serlo, que en ella nació.

Llamó Colón en la fundación del Vínculo á sus dos hijos D. Diego y D. Fernando, aquél en primer término. Luego, en defecto de ellos, fueron llamados Bartolomé y Diego Colón, hermanos del Almirante. En la fecha de la fundación del Mayorazgo, 1498, los hijos del fundador eran muy jóvenes. En cuanto á sus hermanos, Bartolomé era ya anciano y Diego quería pertenecer á la Iglesia, según el fundador declara. Ni unos ni otros tenían hijos. El Mayorazgo, pues, tenía grandes probabilidades de extinguirse. Ahora bien; en previsión de ello llama Cristóbal Colón, en defecto de sus hijos y hermanos, «al pariente más cercano que estuviera en cualquiera parte del mundo».

Es decir, que en vez de designar, como era indispensable, y lo es, en toda institución de sucesiones de esta índole ó aná-

loga, una ó más líneas de parientes paternos y maternos, mencionándolos, aclarando aquí definitivamente cuál era su patria, Colón encarga al Santo Padre, á los Reyes de España y al Príncipe D. Juan, que recorran todas las partes del mundo, agrandado á la sazón con el descubrimiento de América para encontrar el pariente del Almirante que había de continuar su Casa.

Ochenta años después de fundado el Mayorazgo se extingue, en efecto, la línea masculina de la casa del Almirante. Acuden al pleito, temerariamente, dos Colombos italianos, el uno de Cuccaro, el otro de Cugureo, ninguno de los cuales logró probar el parentesco. En cambio, ni uno solo de los Colombo genoveses se presenta. Semejante cláusula, no señalando la línea de sucesión, confirma, por su estudiada nebulosidad, que la nacionalidad que Colón se atribuía era falsa, como la indiferencia de los Colombo de Génova, que no acuden á la herencia cuando la rama fundadora se extingue, prueba que no tenían parentesco con Colón. La cláusula de la Escritura de fundación del Vínculo en que el Almirante encarga á su hijo D. Diego, joven de poco más de veinte años á la sazón, que no conocía más país que el de España, que ponga en Génova persona de su linaje sin determinar ni linaje ni persona, confirma con nueva fuerza la creencia de que semejante vaguedad era estudiada por no existir semejante persona por la razón de que no existía el linaje. Por otra parte, jamás Colón volvió á hablar de ello, ni en la instrucción que, al emprender su cuarto viaje, dejó á su hijo, ni en su Codicilo firmado la víspera de su fallecimiento.

Colón no mencionó jamás á pariente alguno paterno ni materno. Durante el apogeo de su notoriedad, no se reveló en Italia nunca la existencia de pariente ninguno del más famoso personaje de su tiempo. Todo corrobora la afirmación de don Fernando Colón, cuando en su «Vida del Almirante» dice que su padre quiso hacer desconocidos é inciertos su origen y patria.

Un silencio misterioso envuelve y ciérnese sobre la patria y origen de Colón en cuantos con él se relacionan. Sus hermanos no aclaran jamás las dudas. En 1502, Nicolás Oderigo, embajador de Génova cerca de los Reyes Católicos, amigo íntimo de Colón, recibe de éste en Depósito las copias de sus Títulos, Despachos y Escrituras. Tampoco él disipa las sombras que envuelven estos orígenes. No solamente guardó silencio sobre la patria de Colón, sino que las copias recibidas no fueron entregadas al Gobierno de Génova, sino dos siglos después por su descendiente Lorenzo Oderigo.

Tales son los precedentes que existen respecto á la nacionalidad de Cristóbal Colón y el fundamento en que la ciudad de Génova se apoya para declararse su patria.

Veamos ahora lo que los dos historiadores genoveses contemporáneos del Almirante de las Indias dicen acerca de la patria del supuesto famoso genovés.

Antonio Gallo, natural de Génova, que conocía personalmente á los Colón, hablando del futuro Adelantado dice: «Bartolomé, menor, nacido en Lusitania.»

El obispo Giustiniani, genovés, igualmente contemporáneo de Colón, al hablar de éste, haciendo su biografía, parafrasea á Antonio Gallo, citándolo, reproduciendo sus palabras como propias, respecto de la patria de Bartolomé Colón.

Tenemos, pues, que los historiadores genoveses contemporáneos de Cristobal Colón, que conocieron personalmente á su familia, declaran que Bartolomé Colón era nacido en Lusitania.

¿Qué significa esto? ¿A qué reino de España hace alusión Antonio Gallo? La Lusitania de los romanos era Portugal, Galicia, Extremadura y León, más ó menos. Pero la Lusitania por excelencia fué siempre Portugal y Galicia. Gallo y Giustiniani afirman, pues, que Bartolomé Colón era gallego ó portugués; esto es, que era español.

Quede consignado el hecho; más adelante quedará todo explicado.

Ahora bien; no siendo posible averiguar con datos ciertos

el origen de Cristóbal Colón, dos medios se presentan al historiador para poder conseguirlo. Consiste el primero de ellos en, prescindiendo de todo, como si se tratara de un desconocido, descubrir con ayuda de la Heráldica la patria del personaje por el conocimiento de su apellido.

Pero he aquí que una dificultad insuperable surge al paso.

Porque ¿cual era el apellido de Colón? En efecto; el primer Almirante de las Indias aparece unas veces figurando y firmándose como Cristóbal Colón y otras como Cristóbal Colombo. Ahora bien; Colón y Colombo no son dos modalidades de un mismo apellido, sino dos apellidos distintos.

Se ha querido explicar el hecho diciendo que Colón, llamándose Colombo, modificó su apellido en España acomodándolo á la lengua castellana. Semejante explicación es errónea. En primer término, la característica de la lengua castellana consiste en transformar los finales agudos de las palabras en llanos, añadiendo una vocal á las consonantes finales, al contrario de lo que hace el catalán. Así, se castellaniza un apellido transformando Colón en Colono ó en Colombo, y se le catalaniza trocando el Colono ó Colombo en Colón ó Colomb. En segundo lugar, el apellido Colombo es perfectamente castellano. Aún existen en la ciudad y provincia de Huelva, para citar aquella de donde Colón partió, quienes llevan el apellido Colombo. En los territorios de León y de Galicia existen hoy varias villas y parroquias con el nombre de Santa Colomba. En la misma Cataluña existe el apellido Coloma. Juan de Coloma se llamaba el Secretario de Fernando el Católico como rey de Aragón que intervino en las capitulaciones de Santa Fé. Santa Coloma de Queralt se denomina la ciudad de donde viene la casa de este nombre.

El apellido Colón es, por otra parte, un apellido español de rancia historia.

En 1390, según los libros de la ciudad de Barcelona, «N. Colom el Mayor» era capitán ó patrón de varios barcos. En este año llegó de Génova una nave de N. Colom, el día 12 de

Septiembre, llegando otra del mismo, el día 7 de Noviembre, de Alguer.

En 1392 Juan I de Aragón dicta una Real provisión sobre... «Guillermus Columbi, Civitatis Barchionæ, subdito, etc. districtuales nostros...» con motivo del apresamiento de tres naves mallorquinas por una flota inglesa.

En 1462, aparece en la historia de Barcelona Guillén Colón ó Guillermo Colom «del Consejo Supremo del Principado por el brazo de los ciudadanos», interviniendo en el problema de los Payeses de Temensa.

En 1558 es cónsul de los catalanes en Mesina Pedro Antonio Colom, doncel.

Por último, entre los consejeros del rey de Aragón aparecen en la Edad Media los Colom, como en Mallorca, en la guerra de la Independencia, figura «el estanquillo de María Colom», descubierto por la infatigable investigación del admirable historiador D. Miguel de los Santos Oliver.

La afirmación de que Colón fué modificando gradualmente su apellido en España no es exacta tampoco. El Almirante usó ya en Portugal el apellido Colón, pues que la supuesta carta del Rey D. Juan, invitándole á volver á Lisboa, contiene este apellido. Si se le llamaba así, es porque así había sido conocido siempre en Portugal. En las capitulaciones de Santa Fe, para el primer viaje del Almirante, se estampó el apellido Colón. En 14 de Mayo de 1493, en carta al conde Borromeo, Pedro Mártir de Angleria dice: «*Christophorus Colonus*», no *Colombus:* y es sabido que el historiador italiano, según el P. Las Casas, escribió lo tocante á los primeros sucesos de Indias «con diligencia del Almirante». Finalmente, D. Fernando Colón, al tratar de esta materia en la historia de su padre, y al comentar alegóricamente ambos apellidos, afirma «que si queremos reducirle á la pronunciación latina es Christophorus Colonus.» Pero hay más: no se limita á afirmar esto, sino que añade la inestimable indicación de que su padre *volvió á renovar* el de Colón.

Esto indica claramente que el Almirante se llamaba Cristóbal Colón; que, después, se hizo llamar Cristóbal Colombo, y, más tarde, volvió á llamarse Colón.

Nada más lógico que esto. Hubo un tiempo en que Colón estuvo en Génova. De allí salió, casi niño, según él, á navegar. Ahora bien; en aquel tiempo llenaban el Mediterráneo dos nombres célebres de marinos genoveses, los Almirantes Colombo, llamados, para distinguirlos, el Viejo y el Mozo. Colón, provisto de un apellido español, hubo de italianizarlo, llamándose Colombo, tanto más, cuanto que de este modo usufructuaba un nombre célebre en los mares. Al regresar á España tornó Colón á su apellido verdadero. Esto es lógico. Nada abre tanto las puertas de un país como ser ciudadano del mismo; nada ayuda á la simpatía como el título de hermandad de compatriota. Pero he aquí que Colón no tiene éxito. Su calidad de español no le ayuda. Entonces decide explotar otro recurso: fingirse genovés. Pero ¿le era posible cambiar ya de apellido y hacerse llamar Colombo cuando se hacía llamar Colón? Y he aquí cómo existe esta incongruencia entre su nacionalidad y su apellido, apareciendo como genovés con el apellido genuínamente español de Colón.

Tenemos, pues, que en España había Colombo y Colón, como apellidos, en tanto que en Italia sólo Colombo es apellido nacional.

El otro medio por el cual puede el historiador averiguar el origen de un personaje, consiste en conocer el idioma que éste hablaba. ¿Cuál era, pues, el idioma de Colón?

Si Colón era italiano, es evidente que el italiano era su lengua. Pero es el caso que no sucedía así. Ni uno solo de los documentos escritos por su mano: memoriales, instrucciones, cartas y papeles íntimos, notas marginales en sus libros de estudio, se encuentra escrito en italiano. La única nota escrita en italiano está redactada en apócrifo, no mereciendo, baturrillo de palabras de todas las lenguas, los honores de la discusión. Todos sus autógrafos, pues, están, ó en castellano ó en

latín. En castellano está su obra literaria, que no de otro modo debe ser calificada, esto es, su *Diario de Navegación*. En castellano está escrita la carta que dirigió á la República de Génova; en castellano está su correspondencia con el embajador de Génova, su amigo.

A esto se dice que Cristobal Colón salió de Génova muy niño, y que la educación que había recibido era muy pobre. En primer término, según sus apologistas, salió á los catorce años, edad en que se domina bien el propio idioma, en Génova como en todos los países, aparte que la ciencia histórica moderna retiene á Colón en Génova hasta 1472, con lo cual se viene abajo la leyenda de las navegaciones del Almirante; en segundo lugar, que, aun suponiendo que éstas fuesen ciertas, navegaría veintitrés años consecutivos.

«Sin estar fuera de la mar, tiempo que se haya de contar», en buques genoveses y en empresas relativas á la República de Génova, en trato constante con mercaderes y marinos de la célebre Liguria.

Por otra parte, en hombre de la inteligencia y aplicación del Almirante, no es dable suponer que se olvidara de su idioma, por lo escaso de su educación, tanto más, cuanto que los que afirman que era genovés lo suponen disertando sabiamente, cuando lanero en el taller de su padre.

En 1474, dice la leyenda colombina, Cristóbal Colón se decide á someter sus proyectos al sabio italiano Pablo Toscanelli, solicitando sus consejos. Pues bien; Toscanelli, en una de sus supuestas cartas, le considera portugués. El mediador entre Colón y Toscanelli fué, según los colombinos, Lorenzo Giraldo, italiano establecido en Lisboa. ¿Es concebible que Colón fuese italiano, y que Giraldo lo callase á Toscanelli?

Esto demostraría que en este tiempo en que Colón se encontraba en España no se hacía pasar por italiano. En cambio, cuando se presenta en la Rábida, el dictado de *genovés* comienza á circular acompañado de su nombre. Sin duda, después de 1474 es cuando Colón decide hacerse pasar por geno-

vés, aprovechando el prestigio de que los marinos genoveses gozaban en España desde hacia siglos, pues sabido es que, entre otros, natural de la República de Génova fué el famoso Micer Egidio Bocanegra, nombrado por Alfonso XI almirante de Castilla en 1341, el cual, si tuvo sucesores genoveses en el cargo, sin mencionar á su hijo D. Ambrosio Bocanegra, en los célebres Dorias en los siglos XVI y XVII, tuvo también predecesores insignes en Micer Benito Zacarías, almirante de Castilla en 1292. Así tendríamos cuatro momentos de nacionalidad en la vida de Cristóbal Colón: español en España antes de trasladarse á Génova, italiano en Italia al darse cuenta de la utilidad de ello, español en España al regresar á ella creyéndolo más práctico, é italiano en España al convencerse de la conveniencia que podría reportarle.

Tenemos, pues, que los italianos que tratan con Colón de sus proyectos le tienen por español en la acepción geográfica de la frase, dando por ciertos los hechos alegados por la leyenda colombina.

Pero creemos que toda discusión ocia, desde el momento en que Cristóbal Colón ha declarado por escrito cuál era su idioma, concordando esta declaración con todos los antecedentes que acreditan que no era el italiano. En el preámbulo de su Diario, en efecto, al exponer á los Reyes Católicos el objetivo de su empresa, dice Colón que en el Catay domina un Príncipe que llamaban el Gran Kan, *que en nuestro romance* significa rey de los reyes.

¿Puede creerse que un extranjero, á los ocho años de residir en un país, llame nuestra lengua al idioma, extranjero para él, que allí se habla? ¿O es un olvido, de esos que el mayor actor de la comedia humana acaba por tener siempre, en que la sinceridad se sobrepone á la ficción? Todo parece indicar que se trata de un caso más entre los conocidos como un fenómeno psíco-fisiológico, en virtud del cual, por ser tan grande la necesidad del que pudiéramos llamar oxígeno de la verdad para el organismo moral del hombre, aun los mismos criminales se

delatan, arrancándose voluntariamente la máscara del rostro.

La consecuencia de todo cuanto antecede no es solamente, en buena lógica, que no se sabe cuál era la patria de Colón, puesto que las pruebas de su apellido y de su idioma corroboran el dicho de Gallo y Giustiniani, probando que era español: la consecuencia positiva es que Colón tuvo empeño á todo trance en ocultarlo.

Dos razones poderosas existían para que el primer Almirante de las Indias ocultase que era español y se hiciera pasar por genovés. La primera ha sido dicha: por el prestigio de los marinos genoveses en España, unido á la clásica verdad de que nadie fué profeta en su patria. La segunda ha sido también ya dicha, y en el deseo natural de Colón de engrandecer su origen suponiéndose ciudadano de Génova, en una época en que aún quedaba, por las instituciones vigentes, el recuerdo de los tiempos de Roma en que los ciudadanos de la metrópoli, por el solo hecho de haber nacido en Roma, gozaban privilegios que sólo como suprema recompensa eran concedidos á los demás hombres.

Pero, además, podía haber otra razón. Pudo ser ésta la necesidad, por parte del Almirante, de ocultar, por motivos graves y trascendentales, su origen.

El problema histórico, pues, que tanto y por tanto tiempo ha preocupado á los investigadores, relativo á la nacionalidad de Colón, queda planteado en esta forma como la última palabra de la rectificación. Es decir, que se debía suponer, por quien atentamente estudiara los antecedentes expuestos, que Colón era español y que ocultaba por poderosas razones su nacimiento. En estas circunstancias un hallazgo inesperado viene á probar de una manera definitiva que Colón era español, al demostrarnos de dónde era su familia, explicando de una manera concluyente la poderosa razón por la cual hubo de ocultar con tal esmero y tanto empeño su origen español, con lo que queda para siempre aclarado el misterio inexplicable de su vida.

Debe la historia nacional ó, mejor dicho, la historia universal, este descubrimiento á la sin par diligencia de un hombre eminente, cuyo nombre es acreedor á las más altas demostraciones de estima. El historiador pontevedrés D. Celso García de la Riega descubrió los documentos á que hacemos referencia. Y, en posesión del tesoro, ha aplicado á este asunto tal inteligencia, tal erudición, tal sagacidad, que, al plantear el problema, lo ha resuelto.

Por iniciativa del ilustre geógrafo D. Ricardo Beltrán y Rózpide, de la Real Academia de la Historia, el Sr. García de la Riega dió en la Sociedad Geográfica de Madrid una extensa conferencia. En ella están las ideas fundamentales que he hecho mías, de tal manera son plenamente convincentes, que demuestran la nacionalidad española de Colón.

He aquí ahora la relación de los documentos descubiertos:

1.° Escritura de carta de pago, dada á Inés de Mereles por Constanza Correa, mujer de Esteban de Fonterosa, fecha 22 de Junio de 1528.

2.° Escritura de aforamiento por el Concejo de Pontevedra, en 6 de Noviembre de 1525, á Bartolomé de Sueiro, el mozo, mercader, y á su mujer María Fonterosa, folio 6 vuelto de un cartulario de 58 hojas en pergamino.

3.° Ejecutoria de sentencia de pleito ante la Audiencia de la Coruña, entre el Monasterio del Poyo y D. Melchor de Figueroa y Cienfuegos, vecino y alcalde de Pontevedra, sobre foro de la heredad de Andurique, en cuyo texto se incluye por copia la escritura de aforamiento de dicha heredad, hecho por el expresado Monasterio á Juan de Colón, mareante de aquella villa, y á su mujer Constanza de Colón, en 13 de Octubre de 1519.

4.° Escritura de aforamiento por el Concejo de Pontevedra, en 14 de Octubre de 1496, á María Alonso, de un terreno cercano á la puerta de Santa María, señalando como uno de sus límites la heredad de Cristobo (xp°) de Colón. Folio 20 vuelto de dicho cartulario de 58 hojas en pergamino.

5.° Acuerdo del Concejo de Pontevedra, año de 1454, sin señalar el día ni el mes, nombrando fieles cogedores de las rentas del mismo año, entre ellos, á Gómez de la Senra y á Jacob Fonterosa para las alcabalas de hierro. Folio 66 del libro del Concejo que empieza en 1437 y termina en 1463 con 78 hojas en folio.

6.° Folio 48 del mismo libro. Acuerdo del Concejo, fecha 1.° de Enero de 1444, en que se da cuenta de la carta de fieldades del Arzobispo de Santiago, nombrando fieles cogedores de las rentas de la villa en dicho año, entre ellos, á Lope Muñiz ó Méndez y á Benjamín Fonterosa para las alcabalas de las grasas.

7.° Minutario notarial de 1440, folio 4 vuelto. Escritura de censo, en 4 de Agosto, por una parte de terreno de la rua de Don Gonzalo de Pontevedra, á favor de Juan Osorio, picapedrero, y de su mujer María de Colón.

8.° En el mencionado libro del Concejo, folio 26. Acuerdo de Pedro Falcón, juez; Lorenzo Yáñez, alcalde, y Fernán Pérez, jurado, en 29 de Julio de 1437, mandando pagar á Domingos de Colón y Benjamín Fonterosa 24 maravedís viejos por el alquiler de dos acémilas que llevaran con pescado al Arzobispo de Santiago.

9.° Minutario notarial de 1436. Escritura de aforamiento en 21 de Marzo hecho por Fernán Estévez de Túy, á Alvaro Afón, de una viña en la feligresía de Moldes, en Pontevedra, señalando como uno de sus límites otra viña del aforante que labraba Jacob Fonterosa, el viejo.

10. Minutario notarial de 1435. Escritura de 25 de Diciembre, en la que Afón Ean Jacob afora la mitad de una viña á Ruy Fernández y á su mujer Elvira Columba.

11. Minutario notarial, que empieza en 28 de Diciembre de 1433 y termina en 20 de Marzo de 1435, 98 hojas, folio 85 vuelto. Escritura en 29 de Septiembre de 1434 de compra de casa y terreno hasta la casa de Domingos de Colón, el viejo, por Payo Gómez de Sotomayor y su mujer D.ª Mayor de Mendoza.

12. El mismo minutario, folio 80. En 11 de Agosto de 1434, escritura de venta de la mitad de un terreno que fué casa en la rua de las Ovejas, por María Eans á Juan de Viana, el viejo, y á su mujer María de Colón, moradores en Pontevedra.

13. Minutario notarial de 1434. Escritura de 20 de Enero, en que Gonzalo Fariña, hijo de Nuño Mouriño y de Catalina Colomba, difunta, hace donación de una casa sita en la rua de Don Gonzalo, de dicha villa.

14. Minutario notarial de 1434 y 1435, folios 6 vuelto y 7. Dos escrituras, correlativas, fecha 19 de Enero de 1434, en que el abad del monasterio de Poyo se obliga á pagar, respectivamente, 274 maravedís de moneda vieja á Blanca Soutelo, heredera de Blanca Colón, difunta, mujer que fué de Alfonso Soutelo, y 550 maravedís de la misma moneda á Juan García, heredero de dichos Alfonso de Soutelo y su mujer Blanca Colón.

15. Minutario notarial, cuaderno de 17 hojas, folio 2. En 28 de Noviembre de 1428, escritura de censo hecho por María Gutiérrez á favor de la Cofradía de San Juan, de Pontevedra, en presencia de los procuradores y cofrades de la misma, Bartolomé de Colón y Alvaro de Nova.

Los anteriores documentos están redactados en dialecto gallego; el siguiente, en castellano de la época.

16. Cédula de Arzobispo de Santiago, Señor de Pontevedra, mandando al Concejo, en 15 de Marzo de 1413, que entregue á maese «Nicolao Oderigo de Janua» 15.000 maravedís de moneda vieja, blanca, en tres dineros.

He aquí, pues, que en la provincia de Pontevedra, en Galicia, en los años 1428 á 1528, es decir, en la generación anterior á la del Almirante y en la coetánea, aparece en Pontevedra su famoso apellido unido á nombres propios de casi todas las personas que formaron su familia: Domingo Colón el viejo, otro Domingo Colón, Cristóbal Colón, Bartolomé Colón, Juan Colón, Blanca Colón, esto es, «una renovación muy frecuente en todas partes, originada por afecto, por respetuoso

recuerdo á los antepasados ó por padrinazgo de los parientes inmediatos en la pila del bautismo». Esta circunstancia, con ser tan elocuente, aun pudiera calificarse como caso de homonimia; pero es que existe á la sazón, y en el mismo pueblo, el nada vulgar apellido materno del Almirante, y, como si esto no bastara, aparecen juntos los dos apellidos de Colón y Fonterosa en el mandato de pago relativo á servicio especial, todo lo cual constituye, al lado de los demás indicios, para decirlo con las mismas palabras del historiador y verdadero «descubridor» Sr. La Riega, un suceso de tan sugestiva influencia, que difícilmente puede el que lo examina sustraerse á su eficacia persuasiva.

El hecho de hallarse lo más de la vida de Colón envuelto en tinieblas, dice el Sr. La Riega; el de no poder fijarse el pueblo de su nacimiento; el de aparecer contradicciones, incongruencias entre la mayor parte de los datos que figuran al presente como históricos; el de haberse agotado en Italia, con respecto á su persona, las fuentes de información, que aparecen precisas y diáfanas acerca de varones menos ilustres y aun anteriores al gran navegante, y, por fin, las deducciones que sin violencia alguna se desprenden de los nuevos documentos, son motivos poderosos para que se desvanezca la cabeza más firme.

En presencia del acuerdo del Concejo de Pontevedra—como afirma el afortunado historiador,—que en 29 de Julio de 1437 manda pagar 24 maravedís viejos á Domingos de Colón y á Benjamín Fonterosa, nace espontáneamente la reflexión de que va muy poca distancia de un matrimonio realizado por personas de ambas familias, á la asociación para negocios ó de intereses entre estas últimas, ó, al contrario, de la asociación al matrimonio. Nada más lógico que el precedente raciocinio, y he aquí el medio más sencillo para explicar el hecho de que el Almirante tuviera por padres á un Colón y á una Fonterosa, dando la clave del misterio de su vida. Del mencionado documento resulta que el Domingo de Colón á quien se refiere, era un modesto comerciante; si el Almirante fué

hijo de él, no sería absurdo suponer que las preocupaciones sociales de aquellos tiempos fueran motivo bastante para obligarle á ocultar patria y origen. Pero hay algo que justifica plenamente esta ocultación, aclarando definitivamente aquel misterio.

El apellido Fonterosa aparece en la provincia de Pontevedra con los nombres de Jacob el viejo, otro Jacob y Benjamín: la madre de Colón se llamaba Susana. «Si el Almirante pertenecía á esta familia, hebrea sin duda, dice el Sr. La Riega, que así puede deducirse de sus nombres bíblicos, ó por lo menos de cristianos nuevos, ¿no habríamos de disculparle y declarar plenamente justificada su resolución de no revelar tales antecedentes, dado el odio á dicha raza que existía á la sazón y dadas las iras que contra ella se desencadenaron en la segunda mitad del siglo xv? ¿No merecería examen en este caso la inclinación de Colón á las citas del antiguo testamento?»

No es solamente en la tendencia á estas citas, observada por el Sr. La Riega, en donde puede encontrar el investigador psicólogo el origen israelita de Colón por sus ascendientes maternos. Su estilo es el más acabado modelo de literatura hebrea. Sus obras, verdadero monumento literario, no han tenido resonancia como tal, sin duda por su estilo ajeno á la literatura nacional española. Las influencias bíblicas, hijas de un temperamento atávico, y al mismo tiempo de una asidua lectura, son de tal modo directas, que en algunos pasajes parecen trozos del Viejo Testamento.

Necesario es, pues, para el historiador que se proponga descubrir el origen y patria del Almirante de las Indias, fijarse detenidamente en las obras literarias de Cristóbal Colón para poder adivinar en su espíritu y en su estilo su raza.

El ilustre sociológo D. Manuel Sales y Ferré, en su obra *El descubrimiento de América según las últimas investigaciones*, señala como características de Colón «su pronta y fina facultad de percibir, su facilidad de comprender y de sin-

tetizar, el vigor y frescura de su fantasía, su profundo sentimiento de la naturaleza, la fecundidad y alto vuelo de su intuición, la elocuencia de su palabra, la energía y firmeza de su voluntad, su piedad misma, que con frecuencia lo elevaba á los confines del iluminismo».

«Lo que más caracteriza á Colón, ha dicho Humboldt, es la penetración y extraordinaria sagacidad con que se hacía cargo de los fenómenos del mundo exterior.» «Y no se limita á la observación de los hechos aislados, sino que también los combina y busca su mutua relación, elevándose algunas veces atrevidamente al descubrimiento de las leyes generales que reaccionan el mundo físico. Esta tendencia á generalizar los hechos observados es tanto más digna de atención, cuanto que antes del fin del siglo xv, y aun me atrevería á decir que casi antes que el P. Acosta, no encontramos otro intento de generalización.»

Esta afirmación de Humboldt, hecha en su obra *Cristóbal Colón y el descubrimiento de América* teniendo en cuenta que el famoso historiador es quien mejor ha observado y puesto de relieve las singulares condiciones de Colón, inicia un rumbo ya cierto para encontrar los orígenes espirituales del Almirante, pues que es sabido que esas particulares condiciones de Colón son la característica, precisamente psicológica, de los descendientes del pueblo de Israel.

Las obras literarias de Cristóbal Colón dan, como hemos dicho, la prueba material de su origen. Componen sus escritos, sin contar sus cartas familiares, memoriales y otros de índole privada, sus tres Relaciones de su primer viaje y del tercero y cuarto, y el libro de las «Profecías», cuyo título sólo descubre todo un mundo al investigador.

El estilo literario de estas obras, escritas en el más excelente castellano, es, sin embargo, no tan sólo diferente, sino opuesto al estilo literario de su época.

«La hermosura de las tierras que vieron, ninguna comparación tienen con la campiña de Córdoba. Estaban todos los

árboles verdes y llenos de fruta, y las hierbas todas floridas y muy altas; los aires eran como en Abril en Castilla; cantaba el ruiseñor como en España, que era la mayor dulzura del mundo.» «La isla Suana, escribe describiendo la de Cuba, tiene montañas que parece que llegan al cielo; la bañan por todas partes muchos, copiosos y saludables ríos... Todas estas tierras presentan varias perspectivas, llenas de mucha diversidad de árboles de inmensa elevación, con hojas tan reverdecidas y brillantes cual suelen estar en España en el mes de Mayo; unos colmados de flores, otros cargados de frutos, ofrecían todos la mayor hermosura y proporción del estado en que se hallaban.»

Contrastando con la bíblica pintura de este cuadro idílico, se encuentra la trágica narración que recuerda los acentos de los profetas, de una tempestad, descrita desde Jamaica, el 7 de Julio de 1503: «Allí se me refrescó del mal la llaga; nueve días anduve perdido sin esperanza de vida; ojos nunca vieron la mar tan alta, fea y hecha espuma; el viento no era para ir adelante, ni daba lugar para correr hacia algún cabo. Allí me detenía en aquella mar fecha sangre, herviendo como caldera por gran fuego. El cielo jamás fué visto tan espantoso; un día con la noche ardió como forno, y así echaba la llama con los rayos que todos creíamos que me habían de fundir los navíos. En todo este tiempo jamás cesó agua del cielo, y no para decir que llovía, salvo que resegundaba otro diluvio. La gente estaba tan molida, que deseaban la muerte para salir de tantos martirios. Los navíos estaban sin anclas, abiertos y sin velas.»

Pero aun hay otros pasajes en los escritos de Colón que recuerdan de manera más vibrante, al extremo de parecer identidad, el estilo literario de la Biblia. Basta citar «La visión del río de Belem», inserta en la carta dirigida á los Reyes desde Jamaica el mismo día 7 de Julio. «Cansado, escribe, me adormecí gimiendo; una voz muy piadosa oí diciendo: ¡O estulto y tardo á creer á tu Dios, Dios de todos! ¿Qué hizo él más por Moysés ó por David, su siervo? Des que naciste, siempre él

tuvo de ti muy grande cargo. Cuando te vido en edad de que él fué contento, maravillosamente hizo sonar tu nombre en la tierra. Las Indias, que son parte del mundo tan ricas, te las dió por tuyas; tú las repartiste adonde te plugo, y te dió poder para ello, de los atamientos de la mar océana, que estaban cerrados con cadenas tan fuertes; te dió las llaves, y fuiste obedecido en tantas tierras, y de los cristianos cobraste tan honrada fama. ¿Qué hizo el más alto pueblo de Israel cuando le sacó de Egipto? ¿Ni por David, que de pastor hizo rey en Judea? Tórnate á él y conocerá tu yerro; su misericordia es infinita; tu vejez no impedirá á toda cosa grande; muchas heredades tiene él grandísimas. Abraham pasaba de cien años cuando engendró á Isaac. ¿Ni Sahara era moza? Tú llamas por socorro incierto, responde: ¿Quién te ha afligido tanto y tantas veces, Dios ó el mundo? Los privilegios y promesas que da Dios, no las quebranta; ni dice, después de haber recibido el servicio, que su intención no era ésta y que se entiende de otra manera; ni da martirios por dar color á la fuerza; él va al pie de la letra; todo lo que él promete cumple con acrescentamiento. No temas, confía; todas estas tribulaciones están escritas en piedra mármol, y no sin causa.»

La vieja tierra de Judea llega á constituir para Colón una idea fija. Católico, propone á los Reyes de España la conquista de Palestina. En 26 de Diciembre de 1492 escribe en su diario: «y antes de tres años se podrá emprender la conquista de la Casa Santa y de Jerusalem; que así protesté á Vuestras Altezas, que toda la ganancia desta mi empresa se gastase en la conquista de Jerusalem, y Vuestras Altezas se rieron y dijeron que les placía.»

En el libro de las *Profecías* escribía Colón. «La conquista del Santo Sepulcro es tanto más urgente, cuanto que todo anuncia, segun los cálculos exactísimos del Cardenal d'Ailly, la conversión próxima de todas las sectas, la llegada del Antecristo y la destrucción del mundo.»

Por último, en la carta dirigida por Colón al Papa Alejan-

dro VI, en 1502, aparece que prometió á los monarcas que, para conquistar y libertar el Santo Sepulcro, mantendría, durante seis años, cincuenta mil infantes y cinco mil caballos y un número igual durante otros cinco años».

No podrá ser tachado de suspicaz aquel que, después de leer lo que antecede, sospeche que este fervor de Colón es una táctica suya, hija de su conocimiento de las ideas dominantes en su siglo. Colón propone á los Reyes Católicos el descubrimiento de un mundo, para con sus riquezas conquistar la Tierra Santa. Ampara su proyecto con el espíritu religioso de aquel reinado, en el cual se dió carácter al Tribunal de la Inquisición y se decretó la expulsión de los judíos. Si el Almirante de las Indias, en vez de esto, se hubiese públicamente declarado judío, no es temerario afirmar que su proyecto, contrario á una gran parte de las ideas científicas de su época, examinado por una junta de teólogos, hubiese conducido rápidamente al famoso supuesto genovés á uno de aquellos autos en que la fe, convertida en fanatismo, trocaba en sanguinaria persecución la piadosa indulgencia de Cristo.

La constante oblicuidad de la conducta de Cristóbal Colón y de sus tratos; su famoso regateo con los Reyes Católicos en las Capitulaciones de Santa Fe; su proverbial é incorregible avaricia, ¿no son, acaso, los clásicos defectos de la raza de David y de Isaías?

Por otra parte, el tipo físico del primer Almirante, tal como lo han transmitido á la posteridad el pincel y la pluma de sus contemporáneos que lo retrataron, es el más acabado ejemplar de la raza israelita en su tipo más bello y acabado, que puede ser presentado como modelo de raza aristocrática.

Era Cristóbal Colón, según Herrera, «de franca y varonil fisonomía, alto de cuerpo, el rostro luengo y autorizado, la nariz aguileña, los ojos garzos, la color blanca que tiraba á rojo encendido, la barba y cabellos canos». Gomara lo describe «hombre de buena estatura y membrudo, cariluengo, bermejo, pecoso y enojadizo y crudo, y que sufría mucho los tra-

bajos». Según Las Casas, «representaba, por su venerable aspecto, persona de gran estado y autoridad y digna de toda reverencia», siendo «sobrio y moderado en el comer y beber, vestir y calzar».

Hace ya algunos años que la tesis de que Colón era descendiente de israelitas, suponiéndole extremeño, de la familia del famoso judío converso D. Pablo de Santa María, Obispo de Cartagena, fué planteada, habiendo sido reproducida en 1903 por D. Vicente Paredes en un estudio publicado en la *Revista de Extremadura,* bajo el título de «Colón extremeño». La hipótesis extremeña, sin embargo, es una mera suposición no fundada. Ya D. Vicente Barrantes, en 1892, la refutó con su doble autoridad de historiador y de extremeño.

Publicada la conferencia del Sr. García de la Riega acerca de la patria de Cristóbal Colón, las Asociaciones Israelitas de toda Europa acogieron con entusiasmo la noticia, circulándola con ardor por todo el mundo. Aun cuando la sospecha sobre el origen hebreo del Almirante de las Indias se contraiga á la linea materna del famoso supuesto genovés, los israelitas se apresuraron á considerarlo como una gloria de su raza.

Necesario será, sin embargo, poner coto á esta reivindicación. Que Cristóbal Colón fuese, por parte de madre, de origen israelita, no justifica en modo alguno que los hebreos lo tengan por cosa propia. Colón era español por su varonía y en España sólo ella da la personalidad, pues conocidos son los refranes que dicen, en castellano y catalán, que «en Cataluña y en Castilla el caballo lleva la silla».

Por lo demás, al afirmar que Colón era español de raza y no israelita, no lo hacemos por estimar que un judío valga un adarme menos que cualquier cristiano. Entre los grandes pueblos de la antigüedad se destaca el de Israel con personalidad majestuosa é imponente. La concepción del Dios único, mantenida en la Judea, pone á esta raza por cima de todas aquellas en que, como en la misma Grecia, la grotesca idolatría de Egipto había traido los dioses del paganismo, perdida la tra-

dición de la religión primitiva Pelasga. Con el concepto de la Divinidad, únese en Judea el del origen del hombre y su destino.

Al mismo tiempo, por la influencia de la religión, álzase el pueblo de Israel sobre todos los demás de la antigüedad en la Literatura. No es dable, al menos para mí, comparar la majestuosa solemnidad, la grandeza sobrehumana de la literatura judía con la frialdad artificiosa característica de todo el arte clásico, perdida en él igualmente la tradicion pelasga de que Homero fué el símbolo y que en Esquilo brilla con llama sombría, frialdad artificiosa á que una moda intelectual, convertida en estampilla, he llamado por elogio serenidad helénica.

Si el pueblo hebreo se ha encontrado en Europa en un estado de abyección, la razón de este envilecimiento se encuentra en el orgullo de la raza judía. El sentimiento instintivo y la conciencia reflexiva de su superioridad sobre los demás pueblos les ha hecho no querer mezclarse con ellos. Han preferido el Gheto, la Judería, el látigo, la persecución, á mezclarse con unas razas que desprecian. Ellos, entre sí, sucios, harapientos, pero ellos aislados, solos, puros, recordando su pasado, sus glorias, sus grandezas, preferían esto al respeto, la consideración y el afecto de las gentes. Caso admirable de grandeza moral, de soberbia épica, en que nadie ha puesto atención y que cambia radicalmente el concepto sobre los judíos. Yo pude hacer esta observación al sorprender, con asombro, el orgullo con que un judío extranjero me explicaba la gloria de pertenecer á su raza, raza admirable que tantos sabios ha dado á la ciencia, tantos genios al arte y á la literatura, y que en la vida mercantil ha sabido hacerse dueña de los negocios, del dinero, del mundo, en una época en que no hay más Dios que él.

Si Cristóbal Colón tuvo que ocultar su origen materno ante los riesgos de la Inquisición y de las preocupaciones de su tiempo si se sabía que era de estirpe judía, no hay ya razón para que en el siglo xx no se repute como un honor insigne ser

descendencia de la raza de los Profetas y de los Apóstoles, de la excelsa raza de la madre de Cristo, hoy cuando no ya los grandes de todas las naciones, sino los mismos príncipes soberanos de Europa, solicitan por esposas á las hijas de los banqueros israelitas, y cuando está tan sabido que no hay mayores judiadas, para decirlo con la frase de antaño, que, elevadas á la más alta potencia, no cometan, igual que han cometido y las habrán de cometer, los cristianos.

Pero no se limitan los documentos, descubiertos felizmente por el Sr. La Riega, á las familias Colón y Fonterosa, cuyos dos apellidos eran los del Almirante de las Indias.

Uno de esos documentos arroja, como dice el Sr. La Riega, no sólo sobre los demás, sino también sobre la vida de Colón, y, por consiguiente, «en el oscuro campo de la Historia relativa á esa interesante vida, potentes rayos de luz ante los cuales no acierta á refrenarse la imaginación ni á defenderse el entendimiento». Tal es la cédula del Arzobispo de Santiago, fechada el 15 de Marzo de 1413, dirigida al concejo, juez, alcaldes, jurados y hombres buenos de su villa de Pontevedra, ordenándoles entregar, «cogidos y recabdados», 15.000 maravedís de moneda vieja á Maese Nicolás Oderigo de Génova. Si recordamos que el íntimo amigo del almirante, el que le mereció la confianza de ser depositario en 1502 de las copias de sus títulos, despachos y escrituras, se llamaba también Nicolás Oderigo, Legado que había sido del Gobierno genovés ante los Reyes Católicos, la distancia de casi un siglo entre ambos hechos demuestra que el Nicolás Oderigo en 1502 no era el mismo de 1413; pero bien pudo el uno ser antepasado ó pariente próximo de los antepasados del otro. Si aquél fué, por ejemplo, navegante y mercader de telas de seda y de otros géneros y artículos de la industria italiana, que las naves genovesas llevaban á aquella comarca de Galicia; si su descendiente desempeñó, por adquisición de nobleza ó por otras elevadas cualidades y prendas, el cargo de Embajador en una república en que toda su nobleza comerciaba, ¿sería acaso temerario presu-

mir, como presume el Sr. García de la Riega, que la estrecha amistad de Cristóbal Colón con dicho Legado tenía antigua fecha en su familia, y provenía de una protección cuyo origen pudiera haber sido la presencia en Santiago y Pontevedra á principios del siglo xv, del Odérigo á que se refiere la cédula del prelado compostelano?

Si los padres de Colón fueron individuos de las familias Colón y Fonterosa, residentes en Pontevedra, emigrados luego á Italia, puede aceptarse que hubieran utilizado alguna recomendación ó relación directa ó indirecta con los Oderigos. ¿Conocía el embajador Oderigo la verdadera patria del almirante, y supo conservar el secreto, como pudiera deducirse, tanto del silencio que guardó acerca de la patria y del origen de su amigo, como del hecho de haber retenido las copias que le confió, y que no fueron entregadas á las autoridades de Génova hasta muy cerca de dos siglos después por Lorenzo Oderigo?

«Estas y otras preguntas é hipótesis análogas se ofrecen al pensamiento, y parecen adquirir fundadamente el aspecto de la verdad, porque no es fácil concebir que por exclusiva virtud de la casualidad pueda llegar á tal extremo el concurso de indicios tan numerosos y homogéneos.»

En virtud de los documentos descubiertos por la afortunada investigación, el Sr. La Riega sienta su hipótesis, que explica de una manera tan lógica, los sucesos de los comienzos de la vida de Colón, que no es posible por menos de aceptar su explicación, no como hipótesis, sino como hechos históricos.

El matrimonio Colón Fonterosa, dice el Sr. La Riega, residente en Pontevedra, emigró á Italia, á consecuencia de las sangrientas perturbaciones ocurridas en Galicia durante el siglo xv, ó por otras causas, hacia los años 1444 al 1450 del mismo, aprovechando al efecto las activas relaciones comerciales y marítimas que entonces existían entre ambos países. Llevó en su compañía á sus dos hijos mayores, criados ya (pues los demás nacieron posteriormente), y utilizando para establecer-

se en la ciudad de Génova ó en su territorio, probablemente en Saona, recomendaciones para el Arzobispo de Pisa, que á la sazón era clérigo sine-cura de la iglesia de Santa María la Grande, de Pontevedra, y cobraba un quiñón de sardina á los mareantes de dicha villa, ó relaciones directas ó indirectas con la familia de Oderigo.

Nada más fácil, existiendo en Génova el apellido Colombo, que la italianización del apellido Colón; más aún, habiendo entre estos Colombos italianos dos, el Viejo y el Mozo, célebres marinos corsarios.

El Sr. García de la Riega prosigue su razonamiento, suponiendo que Cristobal Colón se trasladó de Italia á Portugal en busca de apoyo para su proyecto de llegar por el camino del Atlántico, en dirección al Oeste, en busca de las Indias.

Entre la salida de Colón de Italia y su llegada á Portugal, con el objeto de proponer su proyecto al Monarca lusitano, hay, sin embargo, un período de tiempo de tal trascendencia que en él es cuando nace el proyecto de Cristobal Colón.

Al futuro Almirante de las Indias, en efecto, lo encontramos, antes de venir á Portugal, establecido en la isla de la Madera.

En uno de estos viajes es cuando Cristobal Colón se encuentra con Alonso Sánchez, de Huelva, maestre de nao, el cual le revela su secreto, al morir, de la existencia del Nuevo mundo. Pero esto será objeto de un estudio especial. Ahora no debo sino hacer una referencia á ello.

En posesión, pues, Colón del secreto de Alonso Sánchez, se traslada á Portugal con el objeto de ofrecer su proyecto.

El brillo que alcanzaba en Portugal la cosmografía y la fama de los descubrimientos que los portugueses, impulsados por la perseverancia del insigne infante D. Enrique, realizaban en Africa, decidieron á Colón á trasladarse á Lisboa. Desechado su plan por el Gobierno de Portugal—prosigue el señor García de la Riega,—lo presentó al de España, fingiéndose genovés, ya para lograr el favor de la Corte, ya para ocul-

tar su humilde origen ó alguna otra condición de raza de su familia materna; condición que, de ser conocida entonces, se hubiera alzado en su camino cual insuperable barrera. Ahora bien; al verse Colón en el apogeo de la gloria se esforzó en seguir ocultando patria y origen, conducta secundada tan esmeradamente por sus hermanos, que ni sus propios hijos, según ellos, llegaron á conocer el pueblo en que habían nacido. ¿Y quién sabe si aquel hebreo que moraba á la puerta de la judería, para el cual dejó una manda en su testamento y cuyo nombre reservó, se pregunta el historiador Sr. La Riega, era pariente materno del eximio navegante?

Extinguida, según todas las probabilidades, en Pontevedra la memoria de los padres de Cristobal Colón, cuando las noticias del descubrimiento llegaron á dicha villa, si alguna persona recordó la existencia anterior en la misma del apellido Colón, no pasó del simple recuerdo, al ver que el éxito alcanzado se debía á un extranjero. «En la imposibilidad de declarar sus antecedentes, ni el Almirante ni su hermano don Bartolomé se casaron, aunque tuvieron ambos un hijo natural de cada una de sus respectivas amantes. La historia escrita y la hablada aceptaron y propagaron la nacionalidad genovesa para Colón, á falta de pruebas evidentes con respecto al lugar de su cuna.»

Pero no son éstos aun los únicos indicios que con vehemencia tan abrumadora convencen de la nacionalidad española de Cristóbal Colón. Otros de mayor fuerza vienen todavía á confirmar aquéllos, dando la prueba que podríamos llamar física del hecho. El Sr. García de La Riega los anota, y sólo queda al historiador reproducirlos sin que se haga necesario comentarlos.

La huerta de Andurique, dice el Sr. La Riega, aforada por el Monasterio de Poyo á Juana de Colón, y situada á medio kilómetro de Pontevedra, linda con otras heredades de la pequeña ensenada de Portosanto, lugar de marineros en la parroquia de San Salvador. El descubridor del Nuevo Mundo bau-

tizó á las dos primeras islas que halló en su primer viaje con los nombres de San Salvador y la Concepción; á las siguientes, con los de Isabela, Fernandina y Juana, en demostración de su gratitud á la Real Familia. Pero costeando la última, que conservó su denominación indígena de Cuba, llega á un río, después á una bahía, y correlativamente, sin que hubiese padecido en aquellos días borrasca, riesgo ni dificultad de ninguna clase, vuelve á aplicar al primer nombre de San Salvador, y da á la segunda el de Portosanto. Algunos críticos explican lo de Portosanto, por el hecho de que el suegro de Colón había sido gobernador de la Isla Portuguesa, así llamada. Es decir, observa el Sr. La Riega que el inmortal navegante, que no se acordó para tales actos de sus hijos, de sus padres, de su mujer, de su amada D.ª Beatriz, de Génova ni de Italia, dedicaba tal afecto á un suegro que no había conocido, y le apremiaba tanto el deseo de demostrarlo, que se apresuraba á honrar su recuerdo inmediatamente después del que dedicó á la religión y á los Reyes. Pero si Colón hubiera nacido en Pontevedra, ¿no se justificaría sobradamente que se hubiese acordado de una patria que no podía declarar, en momentos tan solemnes, de tanta expansión efectiva como serían para él los del descubrimiento, y que repitiese la denominación de San Salvador, aplicando la de Portosanto, recordando la parroquia y lugar donde quizás tuvo su cuna, en la seguridad de que nadie habría de sospechar su íntimo propósito?

En su segundo viaje, prosigue el Sr. La Riega, bautizó á una isla con el nombre de la Gallega. En el primero había denominado la Española á la que actualmente se llama de Santo Domingo; ninguna otra obtuvo de Colón el de la Latina, el de la Griega, el de la Corsa ni el de la Portuguesa. Es probable que el de la Gallega signifique un recuerdo á la carabela *Santa María*, pues tal era su sobrenombre; pero esta misma circunstancia, ¿no podría demostrar la conjunción de dos ideas? Colón prefirió embarcarse en la *Santa María*, á pesar de ser buque de carga, y de ofrecer la *Pinta* y la *Niña* mejores condi-

ciones marineras y mayores ventajas para la empresa del descubrimiento. ¿Fué casual esta elección, no bien explicada hasta la fecha? Y como corolario de tal preferencia, quiso unir en el nombre de la Gallega los dos recuerdos, el de la nave y el de Galicia, si en ella hubiere nacido, de la misma manera que con el de la Española satisfizo á su españolismo, muy acendrado por cierto, según ha demostrado un sapientísimo crítico.

Otro de los documentos descubiertos por el Sr. La Riega, contiene la compra de una casa por Payo Gómez de Sotomayor y su mujer D.ª Mayor de Mendoza: ésta sobrina del Arzobispo de Santiago, aquél uno de los más nobles ricos-hombres de Galicia, mariscal de Castilla, caballero de la Banda, embajador á Persia del Rey D. Enrique III. En dicha escritura se menciona, como parte del contrato, el terreno hasta la casa de Domingo de Colón el viejo, con salida al *eirado* de la puerta de la Galea. «Este eirado es una plaza ó espacio irregular entre diversos edificios, tapias y muelle al fondeadero llamado de la Puente; hállase inmediato al lugar que ocupaba la puerta y torre de la Galea. En su tercer viaje, en extremo fatigoso por las calmas y por el calor sufrido más allá de las islas de Cabo Verde, dió Colón á la primera tierra que halló el nombre de la Trinidad, y al primer promontorio el de Cabo de la Galea. No es probable que la circunstancia de presentarse á la vista una roca parecida á un buque inspirase á Colón, inmediatamente después de un nombre de tan alta y sagrada significación como el de la Trinidad, el pensamiento de descender á uno tan trivial como el de la Galea, sin tener para ello alguna otra razón importante. Si Colón hubiera nacido en Pontevedra y jugado en su niñez en aquel eirado de la puerta de la Galea, vecino á la casa de un pariente muy cercano, donde los marineros extendían las redes y aparejos para secarlos y recomponerlos frente á uno de los fondeaderos de las naves, ¿sería absurdo presumir que en el nombre de Cabo de la Galea hubiera incluído una memoria á su pueblo y á sus primeros años, en forma semejante á las que empleara anteriormen-

te? De todos modos, concluye el Sr. La Riega, ¿no es muy singular que sus tres primeros viajes, por lo menos, ofrezcan á nuestra meditación tres coincidencias tan expresivas?»

No se limitan á éstos los datos encontrados ó reunidos por la diligencia magistral del Sr. García de La Riega.

Un eminente hombre público, que, á pesar de ser político, se interesa por las glorias nacionales, el Sr. González Besada, noticioso de los estudios que yo hacía sobre la nacionalidad española de Colón, convencido plenamente de la verdad de esta hipótesis, se manifestó dispuesto á ayudarme en esta empresa nacional. Gracias á su patriotismo, tan en contraste con el egoísmo feroz característico de nuestras clases directoras, pude, al ponerme á sus órdenes, entrar en relación con el Sr. García de La Riega.

Entre los datos reunidos por este docto historiador se encuentra uno más, hallado por el presidente de la Sociedad Arqueológica de Pontevedra, que descubre á un nuevo individuo de la familia de Colón con la calidad de marino. En efecto; en un cuaderno de cuentas y visitas de la Cofradía de marineros, llamada de San Miguel, en Pontevedra, que cobraba un arbitrio por la entrada y salida de buques en su puerto, hay una relación sin fecha, pero que, por todos los indicios, se encuentra comprendida entre los años 1470 y 1480, la cual tiene la siguiente anotación: «*Debe A°* (Alonso ó Alvaro) *de Colón quatro mrs do viaje d'abeyro.*

De Areiro, puerto portugués, se traía la sal á Pontevedra, y el A° de Colón era sin duda patrón ó maestre, como entonces se decía, de un barco, y á este propósito es necesario advertir, aun cuando sea tan sólo singular y mera coincidencia, que Cristóbal Colón dió el nombre de San Miguel á la punta más occidental de la Isla Española. Ni en Génova ni en Saona hubo Cofradía de marineros con la advocación de dicho santo.

En 2 de Noviembre de 1428 aparecen como testigos, en una escritura de censo otorgada en Pontevedra: «Bertolomeu de Colón y A° de Nova», Procuradores de la Cofradía de San

Juan Bautista, de aquella ciudad. Ahora bien: en 1489, Pedro González, hijo de Bartolomé Colón, otorga testamento en Córdoba. D. Rafael Ramírez de Arellano, en un estudio referente á D.ª Beatriz Enríquez de Arana, la amante de Colón, publicado en el Boletín de la Real Academia de la Historia, correspondiente al mes de Diciembre del año 1900, calcula que ese Colón hubo de venir á Córdoba el año 1425. Este Bartolomé Colón pudo ser aquel Bartolomé de Colón ó el otro Bartolomé Colón, descubierto igualmente por el Sr. La Riega, si no eran una misma persona, emigrado de Pontevedra, como la mayor parte de sus parientes, entre ellos los padres de Cristóbal Colón, á consecuencia de las alteraciones, luchas é incendios habidos en aquella ciudad en aquel tiempo, y establecido en Córdoba, dadas las grandes relaciones marítimas existentes en su siglo entre Pontevedra y Sevilla y otros puertos de Andalucía.

Uno de los argumentos que se invocan para probar la nacionalidad del Almirante, es la demanda entablada en Saona en 1501, contra los tres hermanos Colón para el pago del importe de 25 libras, de una casa comprada en Legino por un Domenico Colombo, en 1474. Este documento, hallado siglos después de ocurridos tales hechos, desapareció apenas surgido. Basta decir para juzgarlo, que en otro documento tan singular como éste, aducido para darle valor, aparece que Miguel Cuneo (fué la familia Cuneo la que entabló la citada demanda) acompañó á Colón en su segundo viaje, y el almirante le hizo donación de una isla, á que dió el nombre *La bella Saronesa*. De estos documentos, los escritores italianos Belloso y Celsus (Peragallo) dicen: el uno, «que parecen falsos», y el otro, que son «una locura de falsedad», según afirma el señor La Riega.

En cambio, como si la Providencia ó el acaso hubiesen querido que se cumpliese la fórmula hipócrita de la escritura de fundación de Mayorazgo de Colón, de «poner en Génova persona de su linaje con Casa y Estado», aparece en Pontevedra en

el siglo XVII, con Casa, Estado, rentas y patronazgo de una capilla, Nuestra Señora del Buen Suceso, en el Convento de San Francisco, una señora llamada Doña Catalina Colón y Portugal.

Debía esta señora pertenecer á la familia del Almirante de las Indias. En efecto; el tercer almirante D. Luis Colón, hijo de D. Diego, segundo almirante y nieto del supuesto genovés, muere en 1572, siendo el último de su apellido. El cuarto almirante es D. Nuño, llamado Colón de Portugal, pero cuyo verdadero apellido es el segundo, como hijo de D. Alvaro de Portugal y Colón, conde de Gelves, nieto de D.ª Isabel Colón, hermana de D. Luis, tercer almirante, continuando llamándose los descendientes de Cristóbal Colón, Colón de Portugal durante las generaciones sucesivas hasta que este apellido se pierde de nuevo en el décimo almirante D. Carlos Fitz, James Stuart y Colón de Portugal, hijo de D.ª Catalina Colón de Portugal, duquesa de Veragua, noveno almirante.

Hijo del precedente fué el onceno almirante, D. Jacobo Fitz James Stuart Colón de Portugal, después del cual pasa la casa, por pleito, en virtud de mejor derecho, como descendiente por otra rama de Cristóbal Colón, á D. Mariano de Larreátegui, el cual toma el apellido Colón, duodécimo almirante, en 1790.

Singular coincidencia es la de residir en Pontevedra en el siglo XVI una rama de la familia de Cristóbal Colón, no siendo D.ª Catatalina Colón de Portugal la única de ella, pues que en su obra *La Gallega*, entre los hijos ilustres de Pontevedra, cita el Sr. La Riega á «Miguel Enríquez Colón de Portugal, alcalde mayor en Méjico», aproximadamente en la misma época.

El diplomático norteamericano, Sr. Enrique Vignaud, salió á la palestra coloniana con un libro, *La carta y el mapa de Toscanelli*, afirmando que la correspondencia entre Colón y Toscanelli era apócrifa, siendo no de Cristóbal Colón, sino de su hermano Bartolomé, que la falsificó. Pero sea de

quien fuere, resulta en ella que no eran italianos y que pasaban á la sazón por portugueses.

Nada en la vida de Colón aparece transparente y categórico como en la de todo el mundo. Todas sus afirmaciones en los asuntos más trascendentales de su existencia pueden y aun deben de ser tachadas de falsedad. Probablemente no fué cierto tampoco que su hijo D. Diego lo fuera de su matrimonio en Portugal. En efecto; se equivoca acerca del lugar en que estaba sepultada su madre; ni él ni su padre le costearon una mediana sepultura, ni dedicaron sufragios á su ánima, ni la mencionaron siquiera para llevar sus restos á Santo Domingo. Es sorprendente el silencio que observó Cristóbal Colón respecto de la dama portuguesa, su esposa. En Huelva hallamos á Colón refugiándose en la Rábida, en lugar de ampararse á los que llama sus cuñados, los esposos Muliarte, residentes, según dice, en dicha villa. ¿Eran realmente sus cuñados? Pasado tiempo protegió Colón á Muliarte; pero, según las cartas existentes, éste trataba á Colón con grandísimo respeto y ceremonia, sin que aparezca el menor signo entre ambos de familiaridad ó parentesco.

La cautela de Colón al envolver deliberadamente sus orígenes en sombras de misterio, se confirma en el cuidado que tuvo al consignar en las famosas estipulaciones de Santa Fe el apellido Colón. En efecto; de no estampar su verdadero apellido, sino el apócrifo apellido genovés, esto es, Colombo, se exponía en el porvenir á los más graves contratiempos, cautela, por lo demás, característica en el más alto grado del espíritu del pueblo gallego, proverbial por lo instintivo de su astucia en la rara habilidad del disimulo.

De las tres carabelas con que Cristóbal Colón salió de Huelva, la *Pinta* y la *Niña* eran de Palos. La capitana, oficialmente titulada la *Santa María* y vulgarmeute apellidada *La Gallega*, según resulta del testimonio de los contemporáneos, comenzando por el de Gonzalo Fernández de Oviedo, en su *Historia general de Indias*, había sido construida en Pontevedra.

El Padre Sarmiento así lo creyó, suponiendo que se dedicó á Santa María, «que es la Parroquia de todos los marineros, en Parroquia separada». El Sr. García de La Riega, en su notable obra *La Gallega*, prueba de un modo indudable que fué así con documentos de la época, de tan extraordinario valor como el contrato notarial otorgado en Pontevedra, el día 5 de Julio de 1487, fletando la nao llamada *Santa María* y *La Gallega*, indistintamente.

No fué Cristobal Colón el primer Almirante español nacido en Pontevedra. Fuéronlo antes que él Payo Gómez Charino, Alfonso Jofre Tenorio y Alvar Páez, como más tarde salieron de Pontevedra otros marinos famosos, como Juan de Nova, Sarmiento de Gamboa, los Nodal y los almirantes Matos.

Haciendo á Colón italiano, todo es absurdo en su existencia, todo es en ella misterios inexplicables, contradicciones incomprensibles. Naciendo Colón gallego, todo es lógico en su vida; el misterio desaparece. Todas las contradicciones se explican. Es un talismán maravilloso, que abre todas las puertas, salva todos los obstáculos y justifica con lógica admirable todas las incongruencias, sombras y anomalías que nublan la historia del almirante, convirtiéndola súbitamente en una vida diáfana. Así, todo lo absurdo que es á la vez Colón italiano, en su «Diario» evoca, ante el espectáculo del Nuevo Mundo, la campiña de Córdoba ó los ruiseñores de España, sin que acudan á su memoria los recuerdos de Génova ni la menor remembranza de Saona, es perfectamente lógico admirar á Colón, español, rememorar en tan solemnes momentos las bellezas de su patria.

Seguramente, durante algunos años, se hablará aun de Colón con el dictado de «el ilustre genovés». Pero aún más seguramente acabará por reconocer la Historia la nacionalidad española de Colón. Ya Eva Canel, en Buenos Aires, como Martín Hume, en Londres, han acogido y propagado la idea de la nacionalidad española de Colón, mientras que algunas entidades extranjeras, interesadas en tan curioso tema, han hecho publicaciones especiales apoyando los descubrimientos del se-

ñor García de la Riega. En España, el *Diccionario Enciclopédico* de Espasa acoge, en la biografía de Colón, la tesis del Sr. La Riega. Sea, pues, la hora de que la ciudad de Pontevedra reivindique como á su hijo á Cristobal Colón, resolviendo definitivamente el problema de su nacionalidad, hasta hoy tan codiciosa como infructuosamente disputada.

Algunos espíritus tímidos observarán que no puede hacerse categóricamente la afirmación de que Cristobal Colón es español, porque no hay pruebas positivas de ello.

Ante todo, es preciso que nos pongamos de acuerdo para saber qué se entiende por «pruebas». ¿En qué consiste la verdad histórica? ¿Es acaso el documento?

El documento, en sí mismo, es una cosa que carece de valor, no siendo más, en buena crítica, que un elemento de prueba. Léanse los Memoriales dirigidos al Rey durante todo el siglo XVIII, pidiendo Hábitos de las Ordenes ó solicitando el ingreso en las carreras del Estado, como la militar y la diplomática, en que se requería la condición de nobleza. Todos los solicitantes, la mayor parte de conocida riqueza, «no teniendo con qué sustentarse, acuden á la Real piedad» para obtener aquella gracia, que era, en el primer caso, un derecho. Todos mendigan, implorando servilmente. Es el estilo de la época. Es el marchamo impuesto por el absolutismo. Al que no pide así, no se le concede nada. Y aun los altivos acaban por conformarse, como se B. L. M., á un hombre sucio, y hasta L. P., á una señora vieja y fea.

Véanse los expedientes personales de los funcionarios públicos. Todos los que solicitan jubilarse antes del tiempo están gravemente enfermos, «probando» con certificados médicos su estado cada vez que es necesario acreditar la imposibilidad física.

Verdad histórica es el conjunto de pruebas, materiales y morales, de conjeturas, de indicios, de sospechas que, por su fuerza abrumadora, llevan al ánimo la persuasión de los hechos; no un pedazo de papel en que, con todas las solemnidades legales, se falsea muchas veces la verdad.

Y pues que así está probada la nacionalidad española de Colón, hónrese en Pontevedra, sin más demora, á aquel primer Almirante de las Indias que, si no descubridor del Nuevo Mundo, fue, en el orden de los hechos, al fin y al cabo, su revelador, y que, en las cuatro expediciones sucesivas posteriores al primer viaje, exploró y descubrió costas é islas desconocidas de aquel inmenso continente en que más tarde sus conterráneos habían de fundar el reino que denominaron «Nueva Galicia».

FERNANDO DE ANTÓN DEL OLMET

AÑORANZAS DE GRANADA

SANTA CATALINA DE ZAFRA—LA CASA DE LA MONEDA EL PUENTE DEL CADHÍ

Bien que recientemente he visitado en dos ocasiones distintas la poética ciudad del Genil y del Darro,—á la que título de *Damasco de Occidente* por antonomasia dan sus apasionados hijos,—tan rápidas y tan breves han sido ambas visitas, que, en realidad, puedo decir son muchos los años que falto de Granada; pues no habiendo ahora hecho vida allí, ni me he impregnado ni saturado del especial ambiente de la localidad, ni he podido, como antaño, visitar uno por uno aquellos lugares, donde aún subsisten memorias y reliquias de la pasada era musulmana, durante la cual, la fantasía de los modernos suele edificar á su antojo y con frecuencia ideal población, llena de románticos ensueños y paradisíacos deleites, por aquello de que «todo tiempo pasado fué mejor».

No es para extrañar por consiguiente, que, con el lapso de los años,—no en balde discurridos,—y los notables cambios experimentados por la ciudad de Boabdil, los recuerdos locales se hayan debilitado y aun confundido en mi memoria, al punto de que me sería acaso bien difícil orientarme hoy por la totalidad de aquella población, la cual, para mí, ha venido á ser en mucha parte extraña, como soy yo en ella extraño, resultando en realidad muy contados los que quedan allí ya de los que fueron mis amigos de la dorada juventud, y mis compañeros de estudios.

Me halagan y complacen, como visión esplendorosa de lo que fué y no puede volver á ser para mí, las *saudades* de aquellos hermosos días. Habríame agradado hallar la población tal como era hace cuarenta y tantos años, para satisfacer así mi egoísmo trashumante; pero nada más que para mí, porque los pueblos viven y progresan por tanto, y las exigencias de la vida moderna son imperiosas, se compadecen poco ó nada con la historia, con la poesía ni con las afecciones de nadie, y Granada debía de por fuerza renovarse, colocarse en condiciones de ciudad moderna, y no vivir eternamente condenada á estancamiento letal, sobre todo cuando los siglos posteriores á la gloriosa Reconquista habían ya puesto muchas veces sus manos pecadoras en la ciudad, y la habían trastornado toda ella.

Espíritus románticos, soñadores sempiternos, enamorados de lo que fué, y para quienes sin duda la actualidad ó no existe, ó no merece atención alguna, duélense amargamente en sus escritos de que se verifiquen de precisión las reformas y los mejoramientos dentro del recinto de la que hubo de ser población muslime; y de buena fe, proponen se hagan fuera, respetando todo cuanto huela á antiguo, y creando así, en lugar distinto de su emplazamiento histórico, una Granada moderna, con cuantos adelantos y mejoras exige la época, en torno de la Granada arcáica, aún á su entender subsistente, de manera que ésta, con sus vetustos edificios, de extensión, aspecto, antigüedad y categoría diferentes, con sus calles estrechas y tortuosas, sus placetas irregulares, sus leyendas y tradiciones, y su particularismo, vendría á ser cierta especie de Museo viviente...

Lo mismo podría decirse de la imperial Toledo, entre otras poblaciones que se encuentran ó pueden encontrarse en caso análogo. Toledo, en particular, para su ensanche y su mejora como ciudad moderna, no tiene suficiente espacio en la enhiesta peña que bordea el Tajo; carece de condiciones para ello, y es toda accidentada y llena de jorobas, que la reforma de la ciudad en absoluto impiden. Si se diere gusto á los espíritus

románticos, que también allí existen, debería edificarse una nueva Toledo en la tendida *Vega*, ó en aquella histórica *Huerta del Rey*, hasta rebasar los llamados *Palacios de Galiana*, y resultaría entonces población llana, en la cual podrían ser trazadas anchas calles, por las que circulasen los tranvías, imposibles hoy en la que un tiempo fué capital de la España visigoda.

Quimeras son éstas, con verdad, pues las poblaciones que viven, según en las orillas del Tajo y en las del Genil viven todavía respectivamente Toledo y Granada, de por fuerza han de experimentar las consecuencias de la vida, que es renovación constante toda ella; y así como, las unas á las otras, se siguen y suceden en rodar incesante las generaciones con ideas, aspiraciones, apetitos y costumbres nuevos y distintos, así también con ellas se siguen y suceden las reformas locales para satisfacer necesidades asimismo nuevas, y no sentidas ni presentidas en períodos anteriores.

Como mi cariño y mis simpatías hacia Granada perduran en mí, por hallarse vinculadas en ella mis más regocijadas memorias juveniles,—y ya se sabe que los viejos vivimos más de recuerdos que de otra cosa,—cada vez que llega á mis manos un número de la interesantísima revista quincenal de Artes y Letras, titulada *La Alhambra*, que desde 1898 publica en aquella ciudad mi docto y cariñoso amigo D. Francisco de P. Valladar,—quien lleva hechas y hace tan valientes y reiteradas campañas con amor é inteligencia singulares en pro de Granada y del Alcázar Naserita,—parece como que con la lectura de sus páginas vienen á mí auras embalsamadas de juventud, que la vida se me renueva, que el medio siglo casi transcurrido desde que viví en la población citada es una quimera, y que soy todavía el *cursante en leyes* de aquellos días tan esplenderosos y tan lejanos...

Si para Rusiñol, en el lenguaje especial que ahora se usa, el palacio de la Alhambra es la cristalización del sueño del poeta, «palacio claustrado lo mismo que un Arca Santa»,

suponiendo que las Arcas Santas tuvieran claustros (1), «donde las hurís soñaban detrás de las celosías, se bañaban á la sombra de tupidos limonares en las albercas de plata», y «se mecían al rumor de música cadenciosa, meditando las poesías del Profeta», si es que la poesía se medita, que creo yo debe solamente sentirse; donde «los pebeteros de oro esparcían y exhalaban en diáfano ambiente la niebla de Oriente, la esencia voluptuosa *de las llanuras* de Arabia, la neblina consagrada al incienso de indolencia»; palacio que es «obra armoniosa bañada en baño de cielo», *arcón* exquisito, *caja de lámparas de oro* y *aromáticas palmeras,* de salas misteriosas y *poesías de mirto*, de *califas* visionarios y sultanas encantadas»; «sueño que se hizo obra, y se hizo obra maestra»; «cielo de aquella alcoba, para aguardar en la tierra aquel cielo voluptuoso que prometió el Profeta» (2); si la morada de los Jazrechitas para este escritor y para otros muchos es todo eso, todo eso y mucho más es para mí en su totalidad Granada, aunque ésto á nadie en realidad le interese.

Repasando la colección de la citada *Revista* de Valladar—en la que produce verdadero asombro la persistente labor hecha por este insigne escritor granadino en defensa de cuanto tiene algún valor artístico ó arqueológico en aquella hermosa ciudad,—he gozado y gozo mucho, y he aprendido no pocas cosas. Porque, sobre que sería necio no confesarlo, con ocasión de las reformas llevadas ya á cabo en la población, ha habido descubrimientos muy interesantes y curiosos, y sorpresas merecedoras de maduro estudio, que encierran grandes enseñanzas.

*
* *

Cierto que, en rigor, no siempre puede conceptuarse como

(1) Ya sé que lo que ha querido decirse es «palacio cerrado»; pero *claustrado*, en Castilla, significa *lo que tiene claustro.*

(2) *Oracions decorades con dibuixos de Miquel Utrillo* (Barcelona, 1897).

novedad la aparición de algunas reliquias arquitectónicas, más ó menos deformadas, en determinados edificios; y así viene con efecto á ocurrir en orden á los *Restos árabes en el Convento de Santa Catalina de Zafra*, estudiados y descritos galanamente con este título en la expresada *Revista* por mi docto amigo el eminente arabista D. Antonio Almagro Cárdenas (1), quien había ya hecho mención de ellos en uno de sus libros (2).

Fué el *Convento* fundado en ciertas casas principales, situadas por encima de la *Carrera de Darro*, en las cuales tuvo su morada el famoso secretario de los Reyes Católicos Hernando de Zafra, luego que la Reina le pidió en 1501 las casas de *Dar-al-Horra*, de que le tenían hecha anteriormente merced los soberanos, para fundar por su parte el *Convento de Santa Isabel la Real* en ellas. Fallecido apuel prócer en 1507, dejó encomendada la fundación del *Convento de Santa Catalina* á su mujer doña Leonor de Torres, quien hubo de efectuarla en 1520, si bien hasta 1540 no se dió término á las obras, según declara en la portada de la Iglesia el letrero que dice: «ESTE MONESTERIO MANDARON HAZER HERNANDO DE ÇAFRA, SECRETARIO DE LOS REYES CATÓLICOS, Y DONNA LEONOR DE TORRES, SU MUGER. ACABÓSE ANNO MDXL.»

Principales, con efecto, debían de ser aquellas casas, cuando se las reservaron los Reyes, y á trueque de las de *Dar-al-Horra* fueron dadas por ellos á su secretario en 1501. ¿Eran reales? ¿A quién pertenecieron? ¿Cuándo habían sido labradas?... Poblada estuvo de casas de esta categoría toda aquella parte de la derecha del Darro, cuyo aspecto monumental se advierte desde luego, como dice Contreras, al recorrer «los estrechos y enredados callejones del barrio situado entre la *Carrera de Darro* y la *calle de San Juan de los Reyes*» (3). Conservarse

(1) *La Alhambra*, t. I (1898), págs. 464 y siguientes.

(2) *Museo granadino de antigüedades árabes*, págs. 78 y 79.

(3) *Estudio descriptivo de los monumentos árabes de Granada, Sevilla y Córdoba*, pág. 342 de la 3.ª edición.

pudieron probablemente las donadas á Hernando de Zafra en su primitivo estado, antes de la fecha en que las recibió á cambio de las de *Dar-al-Horra*, en las cuales, para poder vivirlas, tuvo precisión de labrar en ellas *á lo castellano*, según la frase de Pedraza; y es de presumir que, al trasladar su morada á estas otras, en las cuales dispuso fundar y fué fundado el *Convento de Santa Catalina*, labrase también *á lo castellano* en las mismas, á fin de hacerlas aptas para vivir en ellas según su categoría, de suerte que con semejante ocasión, perdieran desde entonces mucha parte de su disposición y adorno primitivos.

Si á estas reformas, realmente indispensables, se agrega las de las obras ejecutadas por doña Leonor de Torres para convertir en Casa de religión aquellos edificios y erigir la iglesia—las cuales obras duraron de 1520 á 1540, según el epígrafe copiado,—lícita es, como resulta verosímil, la sospecha de que tales construcciones arábigas perdieron en aquel trance casi por entero su fisonomía y sus atavíos característicos, desaparecidos tal vez una y otros totalmente en los reparos y modificaciones que desde 1540 hasta la fecha hubieron de ejecutar las religiosas, conforme á sus necesidades y aun caprichos, en los edificios incorporados los unos á los otros que formaban el *Convento*, sobre todo después de aquel siniestro día del *Corpus Christi* del año 1678, en que fué la iglesia pasto de las llamas, no con grande provecho, seguramente, de la santa morada de las monjas.

Así, pues, si algo queda en nuestros días de la disposición y de los adornos de las casas arábigas principales á que aludo, maravilla es ciertamente, pues la experiencia me ha demostrado en mis frecuentes visitas al interior de los conventos de religiosas, cómo durante los siglos XVII y XVIII todo en ellos se ha trastornado, borrando lastimosamente las huellas de cuanto fué en tales edificios labrado por los constructores de anteriores centurias.

A espaldas del Convento, en la calle de la *Portería de las Monjas de la Concepción*, conservábase todavía, «aun cuando

muy encalada en repetidas ocasiones», una puerta tapiada y ya bien deformada, «con adornos árabes de yesería, que se extendían hasta el ángulo ó esquina del [citado] convento» (1). Hace mención de ella el P. Echevarría en sus *Paseos por Granada*, manifestando que sobre la misma, tapiada ya, había una inscripción arábiga, aun entonces legible, la cual, según la traducción que inserta, declaraba haber sido labrado el edificio por mandado del sultán Abú-l-Gualid Ismaîl I, bajo la dirección de cierto Ben Elid, conforme escribe este nombre el autor citado (2). El laborioso é inteligente D. José Jiménez Serrano daba en 1846 noticia de tal puerta, escribiendo: «Entre las casas que encierra el convento hay algunas árabes, y á ellas pertenece una portada sencilla con inscripciones del Korán, que se descubre en la espalda» (3).

Bastantes años después, en el de 1892, el ilustre D. Manuel Gómez Moreno, mi antiguo y buen amigo, expresaba: «Al Norte de este Convento hay una calleja» (la de la *Portería de las Monjas de la Concepción*), «desde la cual se ve algo de la puerta» de la casa que describe, «y en el ángulo opuesto una portada del mismo estilo [arábigo], correspondiente á otro edificio ya destruído, y quizá mezquita; tiene un arco de herradura con su dintel de ladrillo cortado, encima dos tableros con preciosa labor del tiempo de Mohámmad V, salpicada de alabanzas á Dios, y en derredor escrito esto: *La gloria eterna y el reino duradero para su dueño;* en medio queda un hueco tal vez de ventana» (4).

Almagro Cárdenas, seis años más tarde, hablaba de la misma puerta, que había sido «recientemente descubierta y restaurada» (5), manifestando al estudiarla particularmente, que

(1) Oliver y Hurtado (José y Manuel), *Granada y sus monumentos árabes* (Málaga, 1875), págs. 374 y 375.

(2) Tomo II, paseo X.

(3) *Manual del artista y del viajero en Granada*, pág. 348.

(4) *Guía de Granada*, pág. 421.

(5) *Restos árabes en el Convento de Santa Catalina de Zafra* (*La Alhambra*, t. I, 1898, pág. 465).

«estuvo abierta durante» ciertas «recientes obras de restauración» ejecutadas en el Convento; que había «vuelto otra vez á tapiarse para mayor seguridad» de aquél; que «tal vez sirvió de entrada á una *rábita* ó convento mahometano, que según parece existió en este lugar»; que «consta de un arco apuntado, encima del que se extiende un dintel de dovelas, y más arriba un paño de ornamentación arábiga, compuesto de polígonos, estrellas y combinaciones geométricas encerradas en dos molduras de inscripciones que dicen *La gloria eterna y el reino duradero*»; «que el trazado del arco tiene *reminiscencias bizantinas*», y que «hace bastante tiempo existía sobre esta puerta una inscripción histórica referente á Abul Walid Ismail, de que hace mención el P. Echevarría, y que ya ha desaparecido» (1). Valladar mismo expresa por su parte: «Es una bella portada de finos adornos enlazados con esta inscripción, que se repite muchas veces: *La gloria eterna y el reino duradero para su dueño*,» observando además que, «según el P. Echevarría, sobre la portada... hubo una inscripción—que inserta—grabada en piedra, y de la que resulta que el constructor del edificio fué el sultán Abul-Walid» (2).

Tuvo sin duda Gómez Moreno la fortuna de visitar alguna parte del interior del Convento, y en él reconoció dos edificios diferentes, mencionando en el uno un patio principal, que supone «hecho al comenzar el siglo XVI», y que, por tanto,

---

(1) *Puerta árabe del Convento de Zafra* (*La Alhambra*, t. II, 1899, página 40).

(2) *Guia de Granada* (Granada, 1906), págs. 117 á 119. Los hermanos Olivar y Hurtado, Almagro Cárdenas y Valladar no vacilan en afirmar que el epígrafe conmemorativo cuya traducción publica el P. Echevarría estaba en esta puerta; pero Gómez Moreno, en el lugar citado, y á continuación de lo que de su libro transcribo, dice: «En esta misma pared, por enfrente de la placetilla que hay en medio de la calle, se conservaba en el siglo anterior (el XVIII), *sobre una puerta*, cierta losa de mármol con inscripción, que tradujo el P. Echevarría, donde constaba que el rey Abul Walid había mandado labrar aquel edificio, y que lo hizo Aben Elid», etc.

parece hubo de ser resultado de lo que *á lo castellano* labró Hernando de Zafra en aquellas casas principales donde se estableció después de 1501. «Consta [dicho patio]—expresa—de dos cuerpos con arcos apainelados, respectivamente sostenidos por gruesas columnas dóricas de piedra y otras árabes aprovechadas, con capiteles, ya del Califato, ya del siglo XIV», lo cual demuestra que los constructores de tal casa, aprovechando los miembros arquitectónicos de la que del siglo X allí existía, si se conservó, erigieron quizá en los días de Ismaîl I (1322-1325) ó de Mohàmmad V (1354-1359, 1362-1391), la reformada por Hernando de Zafra, á juzgar por los capiteles del siglo XIV, por Gómez Moreno mencionados.

Conocedor según lo es éste del estilo granadino,—observa como notable, que «algunos de los arcos que sirven de entibo», y «dos puertas de los claustros» ó galerías del dicho patio, están «adornados al estilo árabe»; es decir, con guarnición de yesería, «ofreciendo *curioso ejemplo de ornamentación morisca, cuya decadencia se descubre ostensiblemente*», al paso que una de las *tarbeâs* ó aposentos del piso bajo, «que sirve de refectorio», presenta «decoración plateresca con mucho ornato», y arriba bella armadura de tracería que denomina *mudejar*, sin duda por extensión, pero que debiera llamar *morisca* propiamente (1). No es sino muy natural, á mi juicio, que en las obras de reforma ejecutadas por Hernando de Zafra, primero, y por su viuda doña Leonor de Torres después, fueran utilizados alârifes y artífices moriscos de la froga, quienes labraron aquellas yesería decadentes, que no deben de compadecerse con los tableros de la puerta tapiada ya referida, pues estima su labor de «preciosa» y «del tiempo de Mohàmmad V», y á la perspicacia de

(1) *Guía de Granada*, pág. 420. Almagro Cárdenas describe este patio, diciendo que en él «hay preciosos detalles, sobre todo en la parte alta», donde son los «techos de labradas maderas»; que tiene «arcos rebajados con «esbeltas columnas árabes» y, por último, que «elegantes tracerías... adornan parte de las paredes» (Art. cit. de *La Alhambra*, pág. 464 del t. I.)

Gómez Moreno, acreditada en tantas ocasiones, no podían ocultarse las diferencias que apartan unas de otros.

Todavía, prescindiendo de los varios edificios «de vieja construcción mal relacionados entre sí», que forman el resto del Convento, señala en él, sin embargo, dicho escritor como árabe, la casa del ángulo NO., cuyo patio sólo tiene habitaciones en sus frentes longitudinales, «con galerías por delante» de tres arcos. Los de la del frente de la entrada son «semicirculares, festoneados en los bordes, y con estrías» en el intradós, y sus enjutas ó *albanegas* se adornaban con estrellas de ocho radios ó zancas en las del arco central, con una «combinación de curvas entrelazadas en forma de flor y en torno de una pequeña cruz», según con otros detalles, las describe Almagro Cárdenas (1). Las arcaturas de la galería opuesta son «lisas y mal trazadas»; pero «las dos columnas [en que se apoyan] son notabilísimas por sus capiteles», los cuales, al decir de Gómez Moreno, son «semejantes á los del *Patio del Mexuar* en la Casa Real [de la Alhambra], aunque más ricos y mejor labrados. El techo «tiene entre sus pinturas la palabra *Prosperidad*», y con otros restos dignos de atención, son citados los de la alberca central, la pila de alabastro que vierte sus aguas en dicha pila y es arábiga, y el pasamano ó barandal de madera «formando cuadrados ó rectángulos como celosía», que cierra uno de los vanos del cuerpo alto (2).

Por lo demás, Gómez Moreno advierte que «esta casa marca la decadencia y pobreza de las construcciones que se hicieron poco antes de la Reconquista» de Granada, «por lo cual es interesante», demostrando la belleza de los capiteles,—cuya superioridad sobre los del *Patio del Mexuar* en la Alhambra afirma el mencionado escritor,—que son aprovechados de otra construcción más antigua y más rica, á la que pudo pertene-

(1) *Museo granadino de antigüedades árabes*, pág. 79; art. cit. del t. I de *La Alhambra*.

(2) Gómez Moreno y Almagro Cárdenas en los lugares citados.

cer la portada de la *Portería de las monjas de la Concepción*, labrada, al parecer, en los días de Mohámmad V. Yo no dudo de que encima del dovelage de este deformado ingreso existiera,—y quizá en el espacio central cerrado que flanquean los paños de yesería «de preciosa labor»,—una tabla marmórea conteniendo el epígrafe conmemorativo que declaraba haber sido obra el edificio mandada hacer por Abú-l-Gualid Ismaîl I en el primer tercio de la XIV.ª centuria, y que publica el Padre Echevarría; lo que encuentro extraño es que en el mencionado epígrafe se hiciera mención del arquitecto, pues si ésto fué acostumbrado en períodos anteriores y durante el del Califato cordobés y el de los régules de Taifa (siglos IX, X y XI), no recuerdo que en el período granadino se efectuase. Véase sinó la inscripción conmemorativa de la llamada *Puerta Judiciaria;* la de *Al-Marestán* ú Hospital que fundó Mohámmad V cerca de estas casas, y fué luego *Casa de la Moneda;* la de la pila encontrada en los adarbes de la Alhambra. Ninguna de ellas contiene el nombre del arquitecto ó del artista, razón que me mueve á mirar como sospechosa la versión publicada por el P. Echevarría.

De cierto no se sabe, ni ya es posible averiguarlo, qué edificios fueron aquéllos y cuál fué su destino originario. Gómez Moreno y Almagro Cárdenas creen verosímil que hubiera allí ó una mezquita ó una *rábita* ó convento mahometano; y aunque la opinión de ambos escritores es para mí muy respetable, me inclino, á pesar de ella, á sospechar, por lo que Gómez Moreno dice, que fueron construcciones particulares, meramente civiles, y que nada tuvieron de religiosas, á juzgar por lo que de su estructura originaria y decadente subsiste.

***

A poco trecho de este *Convento de Santa Catalina de Zafra* y del de las *Monjas de la Concepción,* estuvo el *Al-Marestán* ú *Hospital* fundado por Mohámmad V, y denominado *Casa de*

la Moneda después de la Conquista. Por las dimensiones del solar y por lo que del edificio dicen los que alcanzaron á ver sus restos, debió ser obra suntuosísima, de la que apenas da sin embargo idea en el siglo XVII Bermúdez de Pedraza. Era, según Jiménez Serrano «un paralelógramo de vastas dimensiones», y la fábrica «en su exterior, nada tenía de sombrío y descarnado como la mayor parte de los edificios árabes», hallándose adornada «con labores de ladrillo agramilado, de las que había algunos restos... en la esquina y en el alero...; en el centro de la fachada oriental se veía la puerta», en la cual «todo era de ladrillo bruñido y brillante como el mármol, donde hábilmente» estaban «talladas las dovelas figuradas del dintel, los filetes de la delgada cornisa, las columnitas de los lados, semejantes á las góticas, y las ajaracas, grecas y florones que rodeaban la inscripción» conmemorativa, tallada en mármol de Macael y colocada dentro del arco ornamental de apuntada herradura, en torno del que se desarrollaba la decoración entera.

Tengo á la vista el artículo de Jiménez Serrano, inserto en el número correspondiente á Julio de 1846 del periódico universal titulado *El Siglo Pintoresco*, publicado en Madrid bajo la dirección literaria de Navarro Villoslada y Fernández de los Ríos; y concertando las declaraciones del referido trabajo con lo que el mismo Jiménez Serrano expresa en la pág. 347 de su *Manual del Artista y del Viajero en Granada*,—dado á la estampa también el año 1846,—infiero que el artículo citado de *El Siglo Pintoresco* (1) hubo de escribirlo poco tiempo después del derribo del antiguo *Al-Marestán*, efectuado en 1843, según los autores.

Por el silencio que respecto del precitado artículo guardan Contreras en sus *Monumentos árabes* (2), Rada y Delgado en su monografía acerca de *La Casa de la Moneda* (3) y Gómez

(1) Tomo II, pág. 150 y siguientes.

(2) Pág. 339 y siguientes.

(3) *Museo Español de Antigüedades*, t. II, págs. 59-69.

Moreno y Valladar en sus *Guías* respectivas (1), juzgo de poco conocidas las noticias que da en orden á las ruinas de aquel benéfico establecimiento de Mohámmad V Jiménez Serrano; y como son útiles y provechosas, creo prestar servicio reproduciéndolas en este sitio.

Decía, pues, el escritor á quien aludo, después de reproducir el epígrafe, ya conocido por haberlo publicado Lafuente y Alcántara (E.) en sus *Inscripciones árabes de Granada*.

«El portal tenía un techo de alerce, ensamblado con primor, y el dintel de la puerta interior estaba labrado con delicadeza extremada y tocado con oro, azul y bermellón. La distribución del edificio no se conoce; pero en el centro», como ya notó Pedraza, «había un extenso patio, parecido al de los *Arrayanes* en la *Casa Real*, con su estanque en medio, rodeado de jardines. Dos leones, mayores y más perfectos que los de la celebrada *Fuente del Patio* de este nombre [en el Palacio de la Alhambra], arrojaban por caños de bronce, presos entre sus dientes, el agua de que se nutría la alberca. Nosotros—agrega en su *Manual*—hemos llegado á ver en el interior [del edificio] preciosísimas labores de alicatado y de ensambladura (2).»

Luego de describir menudamente los leones, de que también habla Pedraza,—no sé con qué fundamento, y haciendo la historia del *Al-Marestán*, indica en el *Siglo Pintoresco:* «Después de la conquista, el Ayuntamiento se hizo dueño del edificio como público», afirmación que no se compagina con la hecha por Valladar en su *Guía*, donde manifiesta terminantemente que el nombre de *Casa de la Moneda*, con que fué designado aquel establecimiento benéfico, «se origina de que fué destinado por los Reyes Católicos á aquel objeto», y que allí «se ha labrado moneda hasta el pasado siglo» XVIII (3). «Sólo se sabe—continúa Jiménez Serrano—que en 1670 era cuartel

(1) Págs. 414 y 416, respectivamente.
(2) Pág. 347.
(3) Pág. 117.

de caballería, porque así lo declara la escritura de venta de una casa cercana, que hemos leído. Ya en la última decada, en nuestros días, destrozado su interior, mutilados bárbaramente sus adornos, servía de presidio. Luego su estanque fué baño público (1); y, por último, su dueño *(el Excmo. Ayuntamiento)* la vendió (la casa) á un particular, que lo derribó todo para sacar el producto de los materiales.»

«Un pedazo de muro, aportillado y ruinoso, de tres varas de altura, coronado de verdes jaramagos, rodea todo el solar, al que da entrada una desvencijada puerta sin dintel. En el centro, lleno de escombros, se ve todavía el alberca, alrededor de la cual crecen adelfas blancas; y entre los fragmentos de estuco labrado salen trabajosamente lozanos tallos de arrayán y retoños de rosales de Alejandría y de Bengala, que parece intentan cubrir con sus verdes guirnaldas aquella triste y desolada ruina.» Rada y Delgado declara que en el gran patio del estanque alcanzó á ver «juegos de bolos y pelota; en los restos de sus aposentos, completamente destrozados, un pobrísimo teatro», y «los antiguos baños sirvieron de lavadero público».

Si, como escribe el diligente Valladar, los Reyes Católicos destinaron á *Casa de Moneda* el edificio, y en él se continuó

(1) En un artículo de Valladar, titulado *El Bañuelo y el Baño de Chas*, publicado en la pág. 304 y siguientes del t. IX de *La Alhambra* (1906), leo, en comprobación de lo que dice Jiménez Serrano: «Lo que sí puedo asegurar es que [este edificio] en 1825, con el nombre de *Casa de la Moneda*, era presidio, y antes había sido albergue de buen número de vecinos. Según el informe de un maestro albañil, Gregorio Díaz, en 1836, para dejarlo como casa de vecinos, *en el estado y forma que se hallaba*, era menester gastar algunos reales. Tenía 17 viviendas, y la ciudad se había hecho cargo de ella (la casa) para que sirviera á las partidas de caballería é infantería y confinados». Al efecto, se «corrieron todas las naves de la planta primera y segunda», y para devolverla á su estado era preciso «construir los cuartos con cerramentos de tabiques, puertas y ventanas, pilarotes y cadenas y solerías, y reparos en sus paderes *(sic)* y cielos rasos...» Alquilábase en 7 reales diarios, y estaba afecta á un censo del *Convento de Belén*, del que hablo adelante.

batiendo moneda hasta el siglo XVIII, no puede aceptarse como exacto que, á raíz de la Conquista, se hiciera el Concejo de Granada dueño del antiguo *Al Marestán* conforme Jiménez Serrano asegura, tanto más, cuanto que esta afirmación y la de que fuera durante la centuria XVIII.ª labrada allí moneda está fundamentalmente contradicha por los documentos que facilitó al Sr. Rada y Delgado mi antiguo maestro y amigo D. Manuel de Góngora, y que aquél inserta en su citada monografía del *Museo Español de Antigüedades.*

Por el primero de dichos documentos, que es una escritura de venta otorgada por ante Pedro de Alcocér el 14 de Abril de 1748, consta que era la llamada *Casa de la Moneda* propiedad entonces del «Comendador, religiosos y Convento de Belén», pues en la expresada fecha la enajenaron á favor de D. José Marchante, en precio de 13.667 reales, que habían de quedar impuestos á censo redimible; y por el segundo, que lleva la fecha de 4 de Diciembre de 1789, se acredita cómo fué entonces impuesto un censo al redimir sobre varios bienes raíces del vínculo que dejó D. José Hernández Marchante, entre cuyos bienes figura, en primer lugar: «Una casa principal, *llamada de la Moneda,* y cinco accesorias unidas, comprendidas en la manzana 1887, parroquial de San Pedro y San Pablo de esta ciudad,» etc. (1).

Mi amigo Valladar dice que «el año 1843 el Estado vendió la *Casa de la Moneda,* comprándola D. José López, quien procedió á demolerla inmediatamente;» y no se sabe en qué forma y por qué causa, del poder de los herederos de D. José María Hernández Marchante, en nombre de quien se impuso el censo de 1789, pasó el edificio á ser propiedad del Estado, para enajenarlo en 1843, siendo muy de extrañar que el entendido D. Miguel Lafuente y Alcántara, en su *Libro del viajero en Granada,* dado á luz precisamente el año memorado, sólo

(1) Monografía cit., páginas 63 y 64, nota, del t. II del *Museo Esp. de Antigüedades.*

haga de este monumento incidental mención, al hablar de *Santa Catalina de Zafra,* diciendo: «Casi al frente de esta iglesia hay el arranque de un grande arco morisco, que ponía en comunicación á la Alhambra y á la *Casa de la Moneda, destruída hoy*» (1).

«El Sr. Acebal y Arratia—prosigue Jiménez Serrano en *El Siglo Pintoresco*—compró los leones [de la dicha casa], que se hallan en un *mihrab* cercano á la *Torre de los Picos* en la fortaleza de la Alhambra, y *la Comisión de Monumentos históricos y artísticos*», de la cual formaba el autor parte—«*posee la inscripción*» conmemorativa, la cual ignoro la forma en que pudo pasar á ser propiedad del Sr. Acebal y Arratia, en cuyo *Carmen* deleitoso se conserva, si es exacto lo que Jiménez Serrano escribe, y debía constarle al consignarlo. Hoy, de aquel edificio, no queda en Granada sino la memoria, como ha acontecido con tantos otros; y Valladar recuerda que la demolición del piadoso *Al-Marestán* «produjo gran disgusto [en 1843] entre artistas y literatos, y Jiménez Serrano, que publicaba entonces un periódico titulado *El Grito de Granada,* hizo ruda campaña contra el Ayuntamiento, creyendo que el edificio pertenecía al caudal de Propios»; que «el Alcalde dispuso se insertara un comunicado, en el cual, calificando de *inútil* el edificio en cuestión, se dice que su compra para restaurarlo no debe hacerse (!)», y que «el dueño fué preso, porque empezó la demolición sin licencia» (2).

***

¡Cuántas veces, al discurrir por la típica y encajonada *Carrera de Darro,* durante los años que fuí estudiante en la Universidad granadina, cuántas veces me detuve á contemplar aquel arranque de arcatura que, casi enfrente de la plate-

(1) Pág. 268.

(2) *Guía de Granada,* pág. 116 de la ed. de 1906.

resca y legendaria casa de los señores de Castril, permanece como severa acusación ostensible en la margen izquierda de aquel río, el cual, según el cantar antiguo, tiene prometido casarse con Genil,

y le ha de llevar en dote
Plaza Nueva y *Zacatín!*

Estribo de cierto puente que, por la orilla izquierda del Darro, apoya en los restos de una torre poligonal, sobre la que se edificó una casa ha poco demolida, y que se dijo *Torre del Almecí* (1),—con el barrio de la Alhambra, que en su parte superior aún se llama *la Churra*, ponía dicho puente en comunicación el del *Haxariz*, al cual correspondían los edificios de que antes he hablado. Construído de piedra franca, debía ser de elegante estructura, á juzgar por lo que de él subsiste y por lo que resta de sus adornos; y era tal su angostura que, como observa Gómez Moreno, «apenas dejaría paso para dos hombres á la vez» (2). Llamábanle al tiempo de la Conquista *Cantharat-al-cadhi* ó *Puente del Cadhi*, siendo general creencia, no destituída en rigor de fundamento, dadas las condiciones del viaducto,—la de que al propio tiempo llevaba al *Al-Marestán* de Mohámmad V «las aguas de la antigua acequia... llamada hoy de *Santa Ana*, pues sabido es que la presa del Darro conduce un día las aguas á la derecha por la acequia de *San Juan de los Reyes*, y otro por la de *Santa Ana* á la izquierda» (3).

Gómez Moreno, que tan conocedor es de las cosas de Granada, no vacila en afirmar que este puente «es el mismo que Aben Aljatib, citado por el Sr. Eguílaz, consigna fué construído en el siglo XI por Ali ben Mohámmad ben Tauba, cadí del rey Badis, de quien tomó nombre» (4); pero hay una pe-

(1) Rada y Delgado, monograf. cit., pág. 64, nota, del tomo II del *Museo Español de Antigüedades.*

(2) *Guía de Granada*, pág. 418.

(3) Rada y Delgado, loc. cit.

(4) *Guía*, loc. cit. En la *Monografía acerca del Reino de Granada*,

queña dificultad para admitir como exacta, á lo que yo entiendo, la afirmación del secretario de Mohámmad V, que el escritor á quien me refiero parece que hace suya. Y esta pequeña dificultad prodúcela el mismo estribo subsistente, con su estructura y con los caracteres de los restos de ornamentación que conserva, pues la una y los otros llevan la construcción del viaducto á nuestra XIV.ª centuria (VIII.ª de la H.)

No impiden tales circunstancias la posibilidad de que en el mismo paraje hubiese existido otro puente, labrado en la época que se indica por el cadhí Alí-ben-Mohámmad; mas es lo cierto, á juzgar por ellas, que debió ser reedificado durante los días de Ismaîl I, cuando fueron construídas las casas principales en que fué fundado luego el *Convento de Santa Catalina de Zafra*, si es exacta la inscripción desaparecida, que vió en dichas casas y tradujo el P. Echevarría, ó durante el gobierno de Mohámmad V, cuando hubo de ser erigido el *Al-Marestán*, al que surtía de aguas. Por otra parte, no sólo proclaman ésto los restos decorativos, aún bien ostensibles en el arranque del dicho puente, sino que además, y por ellos sin duda, escritores tan diligentes y perspícuos como lo fueron Lafuente y Alcántara (M.) y Jiménez Serrano, coinciden en que fué levantado

---

que extractada de la *Enciclopedia* de Abú l-Abbas Xihâb Eddin Ahmed Aben Fadhl Alláh, escritor egipcio de los días del sultán Yusuf I de Granada (año 738 de la H. 1336 de J. C.), publica desde la página 465 del *Homenaje á Codera* (Zaragoza, 1904) el ilustre Ahmed Zekí, Secretario del Consejo de Ministros del Jedive de Egipto,—al hablar del Darro, se hace mención de los cinco puentes que sobre él había, y entre ellos es mencionado este de *Cantharat-al-cadhí* ó Puente del Cadhí (pág. 467), el cual subsistía en 1501, pues en esta fecha, según Gómez Moreno, se mandó pavimentar; en tiempo del analista Jorquera (segunda mitad del siglo XVI), el puente, que dice era «fortísimo», subsistía aún y daba paso á la *Torre del Almecí* referida, la cual entonces «fué acabada de derribar, y se fundó una hermosa casa de recreación» (que luego vino á ser en 1780 del Licenciado D. Sebastián Espinosa y Ocampo), «sirviéndole de resguardo la zerca del bosque de la Alhambra y un Pedazo del muro que se ve subir á ella».

para poner en comunicación la llamada *Casa de la Moneda* con el Palacio de la Alhambra por el Bosque (1).

Mas, sea como quiera, ¡qué de cosas notables han sido descubiertas en Granada desde que yo falto! ¡Qué de interesantes hallazgos, con ocasión de la apertura de la *Gran Vía!* Aquel hermoso *Palacio de Seti Mariém*, estudiado por Valladar menudamente, y respecto de cuyas reliquias escribió Almagro Cárdenas muy erudita *Memoria*, que envió á la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, la cual nos dió á Muñoz Degrain y á mí el encargo de informar respecto de dicho trabajo! (2). Aquellos restos humanos, encontrados con ocasión de la apertura de una zanja en el centro de la memorada *Gran Vía*, que no se pudo averiguar si eran de cristianos ó de muslimes, pues no se hizo en su colocación reparo, y de los cuales, el grupo más cercano á la *Tinajilla* se halló en sitio sobre el cual, como Valladar observa, «estaba edificada la casa-posa-

(1) El primero de los expresados escritores decía, con efecto, conforme he copiado arriba: «Casi enfrente de esta iglesia (la del *Convento de Santa Catalina de Zafra)* hay el arranque de un grande arco morisco, que ponía en comunicación á la Alhambra y á la *Casa de la Moneda*, destruída hoy» *(El libro del viajero en Granada*, pág. 268); el segundo, por su parte, escribía:... «el *Palacio Real* [de la Alhambra] tenía comunicación con él (el edificio de la *Casa de la Moneda)*, por una puerta tapiada, que aún todavía se distingue desde el bosque, y por medio de un puente», que califica de *colosal*, «cuyo arranque se ve fuera de los baños» arábigos de la *Carrera de Darro*, á que dicen *El Bañuelo (Guía del viajero y del artista en Granada*, pág. 347). La puerta tapiada á la que Jiménez Serrano se refiere, y hacia la cual guiaba la vereda ó camino que se hacía en pos del *Puente del Cadhí* y de la *Torre del Almecí*, derribada en la segunda mitad de la XVI.ª centuria, subsiste en la *Torre* y *Casa de las Armas*, de la fortaleza de la Alhambra, y construída elegantemente de rojo ladrillo y sillares de piedra de Escúzar, tuvo en las enjuntas de la herradura decoración polícroma de azulejos, como el docto Valladar advierte *(La Alhambra*, pág. 466 del tomo VII, 1904).

(2) Lleva el informe á que aludo la fecha de 25 de Septiembre de 1899, y se publicó en el número de Noviembre del *Boletín* de la referida Academia.

da que en el siglo XVII se denominó *Mataderillo de los Señores!*» (1).

Todo esto, los estudios acerca del *Generalife*, de la *Alcazaba cadima*, del *Albaicín* y de otros muchos lugares de Granada, han venido con frecuencia á despertar en mi cansado espíritu halagüeñas *saudades*, risueñas añoranzas, que me invitan á recorrer con ánimo regocijado las páginas de los doce volúmenes que van de la Revista *La Alhambra* publicados, y en los cuales me he permitido colaborar algunas veces.

Deseos tengo muy vivos de recorrer de nuevo el barrio de *Haxaris*, ó de *Xacharía*, como quiere Simonet, y de visitar el *Albaycín*, donde tantos recuerdos viven aún de los días de los Al-Ahmares; intentaríalo ahora. Mas habré de dejarlo para otra ocasión, con el auxilio de mi amigo Valladar y su interesantísima *Revista*.

RODRIGO AMADOR DE LOS RÍOS

(1) Valladar, página 115 del tomo VI de *La Alhambra* (15 de Marzo de 1903).

EL CATOLICISMO LIBERAL INGLÉS

Escaso eco han hallado en España hasta la hora presente las nuevas doctrinas religiosas que agitan los espíritus en casi todas las naciones de Europa. Si aquí se habla ó se escribe sobre tal asunto es en círculos y revistas católicas, y sólo para aceptar incondicionalmente la condenación rigurosa que sobre ellas ha lanzado la Encíclica *Pascendi* y el Decreto *Lamentábili,* y para juzgarlas con más dureza y encono que el mismo Pontífice. ¿Cuál es la causa de tal indiferencia en España ante el poderoso movimiento que se inicia en los demás países?

Las causas son varias, hondas y prolijas; pero una de ellas, y no la más insignificante, es que el catolicismo español, el más pagano de todos los catolicismos, por lo común, ni piensa ni siente; sólo ve y oye, y á veces sólo mira y escucha, pero sin ver ni oir. Nutrido de las formas externas del culto, muestra una pereza del pensamiento que le incapacita para lo que constituye la verdadera vida religiosa, vida interior del espíritu, de recogimiento y de abstracción, especie de contrapeso de la vida material que mantiene el equilibrio del hombre, si no ha de hundirse al peso de sus pasiones, ahogarse en sus dolores y hastíos mundanos.

Esta vida falta en España, pero existe en Alemania, en Inglaterra, en los Estados Unidos, en Italia, en Francia y aun en Rusia. Multitud de místicos, teólogos, sacerdotes, escrito-

res y pensadores de toda especie elevan su voz, afirman su fe, y sin considerarse desligados de la comunidad católica, exponen su nuevo credo, predican su doctrina, exhortan á la reforma del culto y de las costumbres y piden la colaboración del sacerdocio en la obra social.

De aquí la importancia de este gran fenómeno, que indiscutiblemente forma época en la historia de la Iglesia. Ya no son los enemigos de ésta los que hablan. Los que comprometen su integridad son los mismos sacerdotes católicos. Del seno del organismo eclesiástico se elevan voces que piden reforma; católicos intelectuales que quieren el alimento espiritual de la fe sin abdicar de la razón; volar con nuevas alas y ensanchar el espacio de su vuelo, es el afán de muchas almas místicas que se sienten con fuerzas para sacudir las cadenas que los cánones les imponen, para recorrer nuevos espacios, hasta ahora para ellos inaccesibles, sin temor al vértigo, para reconciliar la religión con la ciencia, la fe con la vida. Corazones ardientes que tratan de fundir con un abrazo fraternal el hielo que separa al sacerdote del sabio, con sus dos concepciones antitéticas de la vida.

El sacerdote está ya cansado de vivir en un mundo aparte, mundo de ruinas, de silencio y de soledad. Dotado de corazón y de cerebro, no quiere seguir siendo un alma muerta que contempla con impasibilidad de estatua la vida que fluye en torno suyo. Sabe, como dijo el pensador del Norte, que las verdades se pudren, y que la época que no renueva sus verdades es una época muerta. Y siente en su corazón germinar nuevas verdades, verdades de vida, verdades de amor, que al brotar esparcen por toda su alma, como las flores, fragancia que les inunda y que les embriaga. No quieren ser por más tiempo esclavos del pasado. El hombre pensador ama á su época como á la madre de quien ha recibido los dulces jugos de la vida. El joven que tomó el hábito de sacerdote necesita bajar muchos escalones de siglos y hundirse en un frío subterráneo de cosas muertas. Pero hay muchos que llevan en su pecho algo vivo,

la fe, palanca de inmensa fuerza fecunda de evolución y de progreso, y quieren ofrecérsela al hombre en su lucha por el bien en la tierra; quieren ser los apóstoles de la paz entre las naciones, los adversarios infatigables de toda iniquidad, no por la abdicación ni por la servidumbre, sino por aquel espíritu de la libertad en que nó hace presa ninguna tiranía.

Dice J. Bourdeau (1) que para dar cuenta detallada de este movimiento, sería preciso poseer unas quince biografías: la de Newman y Tyrrel, en Inglaterra; la de Hecker, en los Estados Unidos; la de Schell, en Alemania; la de Murri, en Italia, las de Loisy, Blondel, Le Roy, en Francia; y esto no citando sino los nombres más conocidos. Recomienda después como la mejor vista de conjunto, la obra de Prezzolini (2), que ve en el modernismo una infiltración del espíritu filosófico y democrático en el seno de una jerarquía y de un dogmatismo autoritarios. Nosotros, por la brevedad del espacio, sólo queremos dar una breve impresión de conjunto, aunque en modo alguno sistematizarle, pues como el mismo Tyrrel afirma, querer encerrar el modernismo en un sistema, sería como querer un fotógrafo fijar el vuelo de un pájaro ó el galope de un caballo.

Y para que se sepa cuán dentro de la misma Iglesia está su movimiento de arranque inicial, hablaremos brevísimamente de la obra de un prelado, que murió dentro de la ortodoxia, y que es, no obstante, considerado por muchos como el iniciador: el cardenal Newmann.

***

La obra de Newmann *Apología pro vita sua* (3), pasa por un monumento de la lengua inglesa. En ella sienta las bases

(1) *Pragmatisme et modernisme*. París, 1909.

(2) *Il catolicismo rosso*. Nápoles, 1908.

(3) 1865. Ed. Long. Traduc. franc. *Historie de mes opinions religieuses*, por Dupré de Saint-Maur.

de un liberalismo paradógico; esto es, fundado en la autoridad y en oposición con el liberalismo de los reformistas de 1820.

Newmann, calvinista de origen, hízose ultramontano, para terminar en un catolicismo, amplio, audaz, seguro de sí propio, que afirma el derecho y el deber de seguir *la autoridad divina de la conciencia,* sobre la cual, en verdad, la Iglesia misma está edificada, y de que el Papa es *servidor y guardián.*

La esencia, dice, de toda religión es la autoridad y la obediencia. Siempre que el hombre disfruta de libertad de acción está en peligro de ejercerla en demasía. La libertad de pensamiento *es en sí misma un bien,* pero abre paso á la falsa libertad. La fe, según el cardenal inglés, es una creencia que descansa sobre *probabilidades...* probabilidades de un género especial: probabilidad acumulativa, trascendental, pero siempre probabilidad. El cristianismo no es sino un *acrecentamiento;* no sustituye á la naturaleza, no la contradice; la reconoce, depende de ella, pero es también su complemento, su perfeccionamiento.

Descubriendo á Dios en su conciencia y relacionando en una misma certidumbre su propia existencia y la del creador, y lanzando después una mirada de tristeza sobre este mundo dejado de Dios y sobre su miseria, que parece desmentir esta certidumbre jubilosa, se eleva Newmann á la infalibilidad de la Iglesia como única garantía de la verdad de su experiencia, como único poder capaz de mantener la conciencia de Dios en el mundo.

Pero los dos principios que sirven de pilares á la arquitectura de la doctrina de Newmann, que quizá puedan ser el fundamento de una teoría sobre la futura reforma de la Iglesia, son: el primero, que *la religión y el cristianismo católico existen para el individuo,* aunque éste no existe sino en la sociedad, y que no hay conciencia plena sino en la conciencia incorporada; el segundo, que existe evolución en la Iglesia, pero que en esta evolución hay algo que *cambia* y algo que *subsiste.*

Newmann estudia la fe ante todo como un hecho, como un fenómeno psicológico independiente de la teología. Pero este hecho se alimenta de fuentes á que Newmann llama autoridades: la Biblia es una autoridad, la Iglesia es otra, la antigüedad es otra y lo es también la *conciencia*... Autoridades son las *verdades morales*, los testimonios, los *sentimientos*, los presagios, etc.... Es decir, que eleva la conciencia y los sentimientos individuales á la categoría de fuentes de la fe; pero fuentes que viven, que manan eternamente, sin que haya que recurrir, como único origen del conocimiento de Dios, á los archivos polvorientos de la teología.

Es, pues, la doctrina de Newmann algo que invierte el centro de gravitación de la fe religiosa, colocándole en el individuo, en la naturaleza, en el mundo exterior, é introduciendo la idea de la evolución en la consideración científica del organismo eclesiástico. Dentro de esta doctrina existe la intención de una nueva era religiosa. Quizá algo velada y confusa, exigía su desarrollo y explicación por escritores posteriores, y la tuvo en su continuador el jesuíta P. Tyrrel, en el cual hallaremos la misma doctrina, desarrollada en formas quizá más comprensibles.

El P. Tyrrel fué anglicano originariamente, irlandés de nacimiento. Ingresó en el catolicismo á la edad de diez y ocho años, y al año siguiente (1880) entró en calidad de novicio en los jesuítas de Manresa. Influído por el P. Dolling, «él fué, dice, quien me enseñó que el verdadero catolicismo *debe ser ante todo evangélico,* una religión no deducida únicamente por vía de razonamiento de los textos del Evangelio, sino llena de su espíritu, opuesto á todo legalismo.» Seducido por la orden de los Jesuítas, ingresó en ella después de convertirse al catolicismo; pero pronto se llamó á engaño, y dejó la Compañía de Jesús por las mismas razones que le habían llevado á ella. Entonces (Febrero de 1906) fué sujeto á entredicho por no tener superior eclesiástico. Después el Papa le privó del uso de los Sacramentos. Sin embargo, el P. Tyrrell sigue conside-

rándose como ligado á la Iglesia, á la que profesa afección invencible.

En su obra *Oil and Wine* afirma la *libre investigación del individuo en materia religiosa*, que, lejos de parecerle incompatible con la aceptación de la doctrina de la Iglesia, viene á ser estimulada y determinada por ella. Según esta concepción viva de la participación del individuo en la elaboración de la doctrina religiosa, todos los católicos son compañeros de trabajo en la obra de terminación del gran edificio de la verdad religiosa. Compañeros del presente y del porvenir. «La ciudad, dice, que nuestros padres comenzaron á edificar para nosotros, nosotros la continuamos para nuestros hijos. Sus necesidades difieren tanto de las nuestras, como las nuestras difieren de las de un remoto pasado.»

El golpe principal de la doctrina de Tyrrel se dirige á la teología. No desconoce su necesidad para la religión, pero sostiene que *los hombres pueden orar sin teología,* y que *el abandono de un sistema teológico no implica el abandono de la fe.*

«Por más de que la religión no pueda prescindir de su sistema doctrinal, cualquiera que éste sea, dice en la obra mencionada, sin embargo, tal sistema no será sino la corteza que sin cesar se abre y modifica para ajustarse al crecimiento del tronco cuya envoltura forma... La manera de aprender la verdad religiosa debe crecer constantemente con el desarrollo de nuestro espíritu. Ahora bien; la principal condición de este crecimiento es no preocuparnos más que de una cosa, la única útil: la realización práctica de nuestra relación con Dios en la medida que cada cual la comprende... Sentimos una verdad antes de formularla, y la fórmula nos hace avanzar hacia una verdad más alta; pero nuestra vida está en el sentimiento, no en la fórmula. La vida es el texto de la verdad religiosa, las palabras de verdad son palabras de vida eterna.»

Admite la *Revelacion* como un elememénto permanente de la experiencia sobrenatural: la *Revelación* de Cristo es el depósito de la fe confiado á la Iglesia; no es un conjunto de *fór-*

mulas teológicas; es la verdad sobrenatural, regla y norma de toda vida religiosa y de todo desarrollo teológico en el cristianismo. La autoridad divina garantiza esta revelación total, aunque no garantiza en modo alguno las categorías y términos filosóficos ó científicos en que está formulada. Cristo no nos «ha revelado una filosofía natural, sino la verdad sobrenatural».

Plantea el problema religioso en la afirmación de que lo que interesa actualmente no es formular una nueva teología, sino extraer, separar históricamente la esencia de verdad que ha permitido á la fe vivir, de la necesidad religiosa á que respondió, sustrayéndola á las fluctuaciones é incertidumbres de una ciencia teológica tornadiza.

Llega por fin á un punto el célebre místico en que, de una manera ostensible y radical, señala el punto de partida del nuevo cristianismo. Punto en que el cristianismo venidero marchará en dirección opuesta al cristianismo de los siglos medios. *La Imitación de Cristo*, el admirable libro de Kempis, el budista cristiano, se basa en una afirmación que es común á la religión con la ciencia. Esta afirmación es que el absoluto es inasequible al hombre; nada vale la pena de ser anhelado por el hombre, porque todo bien es efímero, todo fin incompleto, todo vanidad de vanidades. La criatura humana no habrá de saciar nunca sus ansias con ninguna cosa terrena.

La misma verdad expresa la ciencia, y para presentarla en una forma novísima, diremos que en el terreno de la biología es principio incontrastable que la lucha nunca es completa (1). Mas esta verdad, interpretada por un temperamento pesimista como lo hace *La Imitación,* conduce á un antagonismo entre las apariencias y la realidad infinita; conduce al ascetismo, llaga de la Edad Media; exalta la apatía y mata la actividad del hombre: la vida.

Y hé aquí que el P. Tyrrel, volviendo al espíritu del Evan-

(1) Véase Le Dantee: *La Lucha Universal.*

gelio, recuerda las palabras de Jesús: «Trabajad mientras dure el día antes de que llegue la noche», transformando así el narcótico en estimulante. «Estas palabras, dice, suponen la unidad y la solidaridad de este mundo con el otro, y de todos los dominios de la vida del hombre, desde el más alto al más bajo; implican una concepción democrática, en oposición á la monárquica, del alma humana; la religión viene á ser así *un factor principal, pero sólo un factor*, no la totalidad de la vida espiritual; los demás intereses, intelectual, artístico, sentimental, social, etc., tienen derechos independientes, aunque subordinados, y el hombre perfecto es el que los desarrolla todos en equilibrio.»

De este modo, el P. Tyrrel trata de reconciliar la esencia del catolicismo con la esencia del mundo moderno. Así explica la definición de catolicismo liberal: «Si la palabra es en cierto modo nueva, dice, la cosa es tan vieja como la Iglesia; es un elemento necesario de su constitución, una condición vital de su salud y progreso. Protestamos con todas nuestras fuerzas del sentido que la prestan los que quieren desacreditarnos y presentarnos como secta ó partido. El nombre de liberal no califica el catolicismo de quien le lleva, sino su concepción general de la vida y de los hombres. No basta para macularle que haya sido asociado, por aquellos que ignoran su sentido, á principios políticos ó utilitarios, á una actitud negativa militante respecto del orden establecido en la Iglesia y el Estado. El uso inglés, y no el uso extranjero, es el que debe determinar el valor de las palabras inglesas; y en buen inglés, liberal nunca ha sido sinónimo de «bribón». Sólo una especie de modestia podrá impedir á un hombre hacer profesión de catolicismo liberal.

¿Cuál es la actitud de Tyrrel ante el movimiento de sus colegas del modernismo? Un artículo, publicado en el último número de *Il Rinnovamento* (anno III, 1909, tess. II), titulado «Iu difesa dei modernisti», nos lo revela.

«El mundo no puede retroceder, dice; la Iglesia no puede

avanzar. Debemos, por tanto, contentarnos con reforzar y elevar los mejores idealismos del día, esperando que la religión, implícita en aquellos ideales, se haga explícita y tome cuerpo, por fin, en cualquier religión del porvenir. Tal por lo menos es en nuestro país la opinión de muchos que desesperan de poder «modernizar» sus diversas comuniones religiosas, y reconocen, en cambio, la necesidad de una religión pública.»

Pero adviértase que lo que necesita la Iglesia no es una reforma, sino una transformación. Reformar es restituir á la forma primitiva, como hizo Lutero, á una forma adecuada á una edad remota, y por tanto, inadecuada á la nuestra. Así, pues, las iniciativas modernistas deben ser llevadas hasta lo último en interés de la verdad. Si no llegase á transformar, según lo espera, destruirá un sistema de *corrupción* y de *superstición* que constituye una amenaza permanente á la civilización y á la religión misma. Por lo que aquellos que han perdido toda fe y esperanza en la Iglesia romana, viéndose obligados á abandonar el nombre y las aspiraciones del modernismo, y aun aquellos que han terminado por considerar á la Iglesia como la gran enemiga de la verdad y de la moralidad, deberán acoger bien y fomentar todo esfuerzo hecho en pro de la purificación y crítica de una tradición corrompida.

La encíclica *Pascendi*, añade, es para mi el golpe de gracia, no del modernismo, sino del «medioevalismo». La condenación pontificia no ha hecho sino multiplicar el número de los adeptos de la nueva doctrina. «Hay buenas razones para creer, añade, que 20.000 es cifra corta para contar sus adherentes en el clero, pues, según los términos de la encíclica, son probablemente el doble.»

Por último, condensa sus conclusiones en esta afirmación, tomada á Sabatier: «La caída de Luis XVI no fué la caída de Francia, sino la caída de la Monarquía absoluta. Así también la caída del sistema de gobierno eclesiástico, representado por Pío X, será la caída, no de la Iglesia, sino del absolutismo eclesiástico. Luis XIV decía: «El Estado soy yo; si caigo yo,

cae Francia»; mas se equivocó. Pío X dice: «La Iglesia soy yo; si caigo yo, cae la Iglesia.» Y se equivoca también, pues si cae el papado, quedará todo lo que precedió á su ideal de gobierno absoluto, todo lo que del catolicismo sobrevivió en las iglesias orientales, es decir, un cuerpo que existe para realizar en sus miembros el espíritu de Cristo.

*
* *

Neumann y Tyrrel no son dos figuras aisladas, sino los iniciadores y propulsores de una corriente. Los católicos ingleses, á quienes agitaba el problema político-religioso, habían fundado en 1848 una revista, *La Rambler,* cuyo fin era, «evitando en lo posible las incursiones en el dominio de la teología pura, suministrar un órgano á las opiniones independientes sobre los asuntos de interés general». Su programa fué: «La sociedad moderna no ha conquistado garantía de libertad, instrumento de progreso, ni medio de alcanzar la verdad que nosotros miremos con indiferencia ó desconfianza.» La *Home and Foreign Review* siguió en 1862 la misma dirección. Acton, su director, la comunicó su alejamiento del clericalismo, de la política de las congregaciones romanas, de la escolástica y de todo espíritu sistemático, su fe en la independencia de la investigación, su alta concepción de la Historia como ciencia moderna y su confianza en el porvenir católico de nuestra sociedad. Juzgaba pueril el afán condenatorio del Indice. Consideraba á la Iglesia (sueño que está bien lejos de realizarse) como la guardiana de la libertad contra la tiranía del Estado.

Conviene hacer constar un detalle que retrata la ausencia de soberbia irritable en estos novísimos reformadores, si es que así puede llamárseles. Cuando en 1863 Pío IX publicó un Breve que hacía imposible la continuación de la Revista, Acton la sacrificó, sometiéndose á la autoridad legítima, y diciendo: «La autoridad no puede separarse de la masa de los fieles para seguir á una minoría instruída en su marcha hacia de-

lante... Nos queda, sin embargo, la labor de formar opinión, de suerte que la acción lenta, silenciosa, de la opinión pública nos atraiga á la Santa Sede sin conflicto desmoralizador ni capitulación deshonrosa.»

En 1874, Gladston publicó un *pamphlet* contra el Concilio del Vaticano y su alcance político. La declaración de la infalibilidad pontificia produjo en Inglaterra el mismo efecto que en Alemania, en donde dió lugar á la célebre *Kultur-Kampf*. Gladston sostenía que después de la promulgación del decreto de infalibilidad ya no les era posible á los católicos ser fieles súbditos. Para protestar de tal afirmación el obispo Clifford escribió una carta á los fieles, cuyo contenido era el siguiente: «Sois ingleses y católicos; formáis parte de dos sociedades, temporal la una y espiritual la otra, distintas por naturaleza; debéis á cada una de ellas en su respectiva jurisdicción obediencia plena. Nosotros pedimos que se nos juzgue por nuestros actos. Cuando M. Gladston pretende que la obediencia al Papa en materia de moral implica una sumisión ciega y total en materia política, olvida que la moral no es una *terra incognita* sin caminos ni fronteras; estas fronteras no las puede borrar ni el Pontífice ni el César. El Concilio del Vaticano no abolió el Decálogo... El poder supremo de dirección que el papa reivindica sobre nuestros actos es el poder de predicar á todos los hombres según la justicia; de aquí no se sigue que todos nuestros actos dependan del poder espiritual... *Si alguna vez el Papa abusase de su poder, hasta el punto de tratar de inmiscuirse en aquello que atañe indudablemente á la autoridad civil, los católicos se negarían á obedecerle.*

*
* *

Promulgada ya la constitución política del catolicismo liberal, ha empezado á producir efectos prácticos. Una corriente crítico-científica ha irradiado de este foco de pensadores, y amenaza propagarse por toda Europa. Las afirmaciones que

este nuevo método de investigación histórico-religioso lanza á la consideración de los católicos son graves. Y esta gravedad no proviene de las afirmaciones en sí mismas, sino de la calidad de las personas que las hacen. Estas personas son no sólo católicos, sino prelados de alta jerarquía, de vida ejemplar, de costumbres intachables y de virtud acrisolada (1).

En Enero de 1900, Saint-George Mivart, sostuvo en dos artículos publicados en la *Nineteenth Century* y en la *Fortnightly Review*: 1.°, que la doctrina de que el cuerpo de Cristo sufrió corrupción en el sepulcro no es incompatible con la fe en la doctrina de la Resurrección, pues sabemos en qué consiste la esencia del cuerpo; 2.°, que si la narración de la Concepción virginal llegase á ser considerada como legendaria, la fe católica no sufrirá en lo más mínimo. Sin embargo, aconsejaba á los católicos permanecer en la Iglesia, esperando que se operasen cambios en la doctrina que disiparan sus dificultades. Para él la continuidad de la Iglesia era sólo continuidad orgánica, sin implicar necesariamente la continuidad doctrinal.

La excomunión no se hizo esperar. Mivart murió fuera de la Iglesia, y podemos aquí recordar las palabras con que Goethe cierra su Werter: «á su entierro no asistió nadie». No obstante, el cardenal Vaaghan sintió á la hora de su muerte haber condenado á un hombre *cuya plena sinceridad y elevación moral no podían ponerse en duda*.

*
* *

Estos son, á grandes rasgos, los caracteres del modernismo inglés, que otros llaman Catolicismo liberal de Inglaterra. Manning señalaba á Newman como un innovador peligroso. Otros llegan á considerarle como un precursor de Darwin, pues antes que éste, pronunció la palabra «développement». Lo cierto es que en su obra se encuentran las principales afir-

(1) Palabras de Pío X en la Encíclica *Pascendi*.

maciones del modernismo: autonomía de la fe; principio de la evolución opuesto á la inmutabilidad; interpretación simbólica de la Biblia, reemplazando á la interpretación, literal, é inmanencia substituída á la transcendencia en la concepción del fenómeno religioso. En un próximo estudio veremos secundado este movimiento por hombres de raza latina que han lanzado sus doctrinas, imprimiendo en ellas el carácter personal de su temperamento y de su disciplina mental, pero sin desmentir en el fondo el impulso inicial que los mueve y los inspira. Sin embargo, no se espere un trabajo de sistematización, pues volvemos á recordar las palabras del sacerdote inglés: querer encerrar el modernismo en un sistema, sería como querer fotografiar el vuelo de un ave ó el galope de un caballo.

Eduardo Ovejero

RECUERDOS

Quedamos en que D. Manuel Silvela me avisó que estaban resueltos sus amigos á dar la batalla al Gobierno de Zorrilla, al abrirse las Cortes, y sus anuncios se cumplieron puntualmente.

La batalla la dieron en la elección de Presidente, para cuyo puesto proponía D. Manuel Zorrilla y su Gobierno á D. Nicolás María Rivero, en prenda de unión y alianza de demócratas y progresistas.

La elección estaba bien hecha, por la historia gloriosa de D. Nicolás María Rivero, porque había sido Presidente en las Constituyentes y porque representaba cierto equilibrio político, que era no sólo prenda de unión, sino de fusión completa para más adelante, entre demócratas y progresistas.

Los demócratas, aunque no eran muchos en las Cortes, habían dado su dogma democrático; los progresistas habían dado su célebre fórmula «cúmplase la voluntad nacional», su tradición y sus masas; porque, á decir verdad, las masas de los jefes de la democracia se habían ido con los republicanos.

Era, pues, político completar el ejército con los jefes, fundir la tradición de la libertad, un tanto vaga é imprecisa, con las libertades democráticas, y ponderar en el poder ambas agrupaciones.

Para los progresistas, un progresista de siempre, D. Manuel Ruiz Zorrilla, en la Presidencia del Consejo.

Para los demócratas, el gran demócrata Rivero en la Presidencia de la Cámara.

Lo repito: la designación para Presidente era acertadísima, por la persona y por la significación; y era de buena política y un gran paso para la organización de los partidos.

*
* *

La Unión liberal, en aquella ocasión, representaba el núcleo de los conservadores, y es lo cierto que no tenía razón en aquel entonces para declarar la guerra al Ministerio Ruiz Zorrilla. Ni razón ni pretexto y, al parecer, ni fuerza.

Unidos los demócratas y los progresistas, sumaban una mayoría abrumadora, ante la cual hubieran quedado vencidas todas las oposiciones.

Pero las cosas no pasaron de este modo.

La masa progresista se dividió.

Si la mayor parte de los progresistas simpatizaban con los demócratas, aceptaban con entusiasmo sus ideales y estaban dispuestos á la fusión en un gran partido, que había de recibir nombre distinto, que más adelante se llamó partido radical, nombre que ya les había dado el general Prim, y que, como grito de guerra, también se llamó partido Zorrillista, en cambio, otros progresistas no miraban con buenos ojos al grupo democrático: temían sus exageraciones, no simpatizaban con sus hombres, y menos que con ninguno, con D. Nicolás María Rivero, ni olvidaban que éste había materialmente arrojado de Gobernación, por satisfacer una ambición caprichosa, á un progresista tal como Sagasta.

Estas cosas, ni los partidos ni los hombres las olvidan.

El grupo, pues, de progresistas disidentes trabajó con todos sus ardores contra la candidatura de Rivero; se aproximó á los unionistas y los reforzó, constituyendo el germen de lo que había de ser más adelante el partido conservador de la monarquía de D. Amadeo.

Fraccionado de este modo el partido progresista, las fuerzas parlamentarias quedaban con tal igualdad repartidas entre los ministeriales y la oposición, que el pequeñísimo grupo de carlistas, que, si no recuerdo mal, no pasaban de seis, podía ser fuerza decisiva en las votaciones.

Pero en la agrupación de unionistas y progresistas disidentes faltaba un candidato que oponer á D. Nicolás María Rivero, y este candidato fué Sagasta.

Le aclamaban con entusiasmo los progresitas que de la mayoría se habían desprendido, y el grupo unionista, con el duque de la Torre y Topete á la cabeza, le recibían con gran cariño y gran simpatía.

Personalmente, si mucho le quería á Sagasta el general Prim, gran afecto le profesaba también el Duque de la Torre, que para tener amigos, cuando se proponía, pocos han ganado en habilidad y en dotes de atracción á D. Práxedes.

Pero no sólo el jefe, sino todos los unionistas, tenían en él gran confianza.

La campaña brillantísima, valerosa, elocuente, hábil y enérgica que Sagasta hizo como ministro de la Gobernación, desde el banco azul, contra la oposición republicana, le ganaron la confianza aun de los más conservadores, que veían en él un hombre con grandes dotes de gobierno.

Y hasta la especie de repulsión que existió siempre entre Sagasta y Rivero les afianzaba más en sus entusiasmos hacia aquél, porque le consideraban libre de las exageraciones democráticas.

Hoy todo el mundo se precia de demócrata; en aquellos tiempos, llamarse demócrata, no era ganarse de buenas á primeras el aplauso universal.

*
* *

El formidable grupo de oposición que antes indicabámos, tuvo, pues, un candidato que por aclamación opuso á D. Nicolás María Rivero.

Lo que hay es que, al oponer Sagasta á Rivero para la Presidencia de la Cámara, á quienes ponían frente á frente no era á Rivero y Sagasta, sino á Sagasta y Zorrilla.

Y la división no iba á ser entre demócratas y progresistas, sino entre dos progresistas, entre zorrillistas y sagastinos, güelfos y gibelinos de aquella época, que habían de luchar á muerte, no en el Parlamento, sino en las gradas del Trono, devorando é éste en el torbellino de la lucha.

***

Pero ¿Sagasta acepta?—nos preguntábamos nosotros.

Sagasta, ¿se va á poner frente á Zorrilla?

¿Dos amigos de toda la vida, dos campeones gloriosos de aquella magnífica minoría contra los gobiernos de la Unión liberal?

Más aún, ¿dos compañeros de emigración van á hacerse la guerra?

¿No comprende Sagasta—pensábamos nosotros—que la Unión liberal le halaga para servirse de él en su odio contra Zorrilla?

¿No adivina que lo que quiere la Unión liberal es dividir al partido progresista?

Pero ¿está ciego?—repetíamos con asombro.

Y nosotros éramos los ciegos y los inocentes, y Sagasta es el que veía claro y sabía adónde iba; y á los unionistas se acercó, no como prisionero, sino como dueño y señor, preparándose un partido poderoso para el porvenir, que al fin y al cabo él era joven, y el duque de la Torre no había de ser eterno, ni por el pronto era un jefe molesto, y en todo el grupo de la Unión liberal muy pocos hombres podían disputarle la jefatura en años venideros; y aun esos pocos no podían disputársela de hecho, llevando él como llevaba un buen golpe de progresistas, que habían de ser su guardia de honor y su ejército leal.

Estos supongo yo que serían los cálculos de D. Práxedes,

que era hombre de gran talento, de gran sagacidad política, tenaz en lo más hondo de su carácter, por más que sus formas fueran flexibles y conciliadoras.

Algo así, si vale la imagen, como un armazon de acero envuelto en doble capa de algodón.

¡Qué suave el tacto! ¡Qué blandura de condición! ¡Cómo cedía y se acomodaba á todas las presiones! ¡Pero la envoltura de algodón era la que cedía, que el acero se mantenía invariable!

* * *

Cuando se presentó la candidatura de Sagasta para la Presidencia de la Cámara popular ante la candidatura de D. Nicolás María Rivero, propuesta y sostenida esta última por Zorrilla y por todo el Gobierno, cundió la alarma consiguiente, porque todo el mundo vió venir la disidencia entre los dos prohombres del viejo partido progresista, Zorrilla y Sagasta.

Y empezaron las conferencias, los cabildeos, las juntas y comisiones, que se prolongaron muchos días.

Protestaba Sagasta enérgicamente de que su candidatura no representaba disidencia de ningún género; que él ni la había solicitado ni tenía interés en mantenerla; pero que estaba ya comprometido, que estaban comprometidos numerosos progresistas, á los cuales él no podía desairar, porque era cuestión de lealtad y de honor.

En el partido progresista, continuaba argumentando, no era bien recibida la candidatura de Rivero, porque era la humillación del gran partido de la tradición liberal ante unos cuantos demócratas,cuyo mérito él reconocía, pero que no tenían fuerzas vivas en el país, pues las masas democráticas se habían ido con los republicanos, lo cual, en el fondo, era cierto.

Y todas estas razones y otras muchas de menor cuantía, manejadas por Sagasta con su indiscutible habilidad, le sirvieron para mantener su candidatura, sin ceder un paso ni retroceder nunca; pero afirmando siempre, que no debía conside-

rarse aquel incidente como un acto de oposición al Gobierno de Zorrilla, ni siquiera como acto de hostilidad contra los demócratas, á los cuales recogía el partido progresista como auxiliares valiosísimos: auxiliares, sí, mas sin dejarse absorber por ellos, convirtiendo al glorioso partido de la tradición liberal en un nuevo partido democrático, cuyas exageraciones eran muy de temer.

Y el trabajo de conciliación continuó con empeño, pero sin ningún resultado eficaz.

Zorrilla mantuvo la candidatura de Rivero.

Los progresistas disidentes y todos los procedentes de Unión liberal sostuvieron á su vez la candidatura de Sagasta.

Y llegó el día de la elección presidencial, y se dió la batalla en la votación secreta de la urna, y perdimos la votación, y fué derrotado el Gobierno, y fué elegido Presidente de la Cámara D. Práxedes Mateo Sagasta, por muy pocos votos de mayoría; si no recuerdo mal, seis ú ocho, los votos de los carlistas, que, como la votación era secreta, no tuvieron inconveniente en votar en favor de Sagasta.

Primera derrota del partido de Zorrilla; derrota honrosísima, porque Zorrilla sostenía alianzas fecundas para el porvenir.

Derrota que sentimos los demócratas y progresistas afines, pero que no nos irritó ni nos hizo perder la serenidad: al fin y al cabo era una derrota parlamentaria.

Asímismo, fué correctísima la actitud de Zorrilla.

En el acto de proclamarse la votación, D. Manuel pidió la palabra y pronunció algunas muy breves, muy enérgicas y muy dignas, que, si yo mal no recuerdo, venían á decir lo siguiente:

Somos un Gobierno parlamentario y constitucional; respetamos el fallo del Parlamento, aunque nos sea adverso; no queremos seguir los procedimientos del antiguo régimen, sosteniéndonos á todo trance en el poder.

No discutimos la votación; proclamamos nuestra derrota

en un acto fundamental de nuestra política, como es la candidatura para la Presidencia de la Cámara, é inmediatamente vamos á presentar nuestras dimisiones á S. M.

Y ante la crisis total del Gobierno se suspendieron las sesiones, y Zorrilla fué á Palacio, y presentó su dimisión y las de sus compañeros, al monarca.

El rey, por consejo sin duda del duque de la Torre y de Sagasta, encargó al general Malcampo la formación del nuevo Ministerio.

Y con el nuevo Presidente, es decir, con Sagasta, y con el nuevo Ministerio, que era Ministerio de coalición de unionistas y sagastinos, continuó funcionando el Parlamento.

***

Claro es que no nos hizo gracia la crisis; pero sirvió al menos para fundir el grupo democrático y al grueso del partido progresista en un solo partido, que ya empezaba á llamarse radical ó también partido zorrillista.

La fusión llegó á ser completa, y yo recuerdo que un día entramos en el salón de sesiones, en columna cerrada, con algo de aparato teatral, ó, como decían los unionistas en son de burla, como cuadrilla de toreros en el redondel; entramos, repito, en el salón de sesiones y atravesamos el hemiciclo en este orden: delante, Zorrilla; detrás, Rivero, Martos y otros demócratas y progresistas de primera fila, formando la primera fila, en efecto, pero á cierta distancia de D. Manuel, como reconociendo públicamente su autoridad y su jefatura.

Después veníamos revueltos demócratas y progresistas, como formando ya un solo partido.

Y aquí empieza la gran lucha.

Descansemos antes de relatar sus peripecias, que no se hicieron esperar mucho.

***

Descansemos, digo, porque efectivamente descansamos, aunque no por mucho tiempo.

Toda la agrupación observó una conducta correcta; no se oía ni una sola queja contra el rey; había hecho lo que constitucionalmente debía hacer.

Los más ardientes del partido algunas observaciones hacían, pero no llegaban hasta la protesta.

Observaban, repito, que nosotros representábamos un verdadero partido político: teníamos un programa democrático bien definido, y que estábamos dispuestos á desarrollar desde el poder.

Teníamos un jefe reconocido por todos en pública manifestación parlamentaria: D. Manuel Ruiz Zorrilla.

Podíamos presentar un estado mayor brillantísimo, como que en él figuraban Rivero, Martos y muchos prohombres del viejo partido progresista, y teníamos ejército, masas, organización y comités.

En suma, teníamos derecho á presentarnos como el partido liberal de la nueva monarquía.

En cambio, el grupo que nos había vencido ni tenía programa ni jefes. Hombres importantes, sí, pero sin que constituyeran una unidad política.

Nos había vencido una coalición, y un Ministerio de coalición había sustituído al de Ruiz Zorrilla.

¿Es esto legítimo constitucionalmente?

Pregunta que hacían algunos en voz baja, pero que, como antes indiqué, no llegaba á tomar tonos de protesta.

Claro es que no nos resignábamos; los partidos no se resignan nunca al vencimiento, pero aguardábamos con relativa tranquilidad el desquite, que tardaba en llegar, porque parlamentariamente era difícil que llegase.

Y aquí el grupo conservador, llamémosle todavía grupo, porque partido no lo era, en vez de gozar del poder con reposo y dignidad, tomó la ofensiva contra nosotros, mejor dicho,

contra el grupo democrático, pretendiendo desprestigiarlo y separarlo de los progresistas.

Y el procedimiento no fué correcto, y en cambio fué imprudente, porque dió lugar, más tarde, á un desquite cruel y exagerado, envenenando las pasiones y convirtiendo casi en lucha de puñal, la que debió ser noble lucha con espada de caballero.

Entonces fué cuando empezaron aquellos sábados negros que fueron sábados de escándalo, en que se escogía á éste ó á aquel demócrata, y se le maltrataba en forma despiadada, á veces acudiendo á la mancha más que al golpe.

Claro es que toda irregularidad debe perseguirse y castigarse; pero convertir la excepción en regla y en sistema es procedimiento injusto, y que al fin y al cabo da tristes frutos, porque en esta vida moderna hay muchos tejados de vidrio.

Ello es que al fin los radicales perdieron la calma, perdieron la serenidad y la paciencia, y empezó la lucha en el Parlamento y la murmuración en los pasillos, y aun el insulto y la calumnia en todas partes.

Digamos, sin embargo, que ni ellos ni nosotros llegábamos hasta el rey, que por el pronto era respetado.

* * *

El partido radical quería el desquite, quería derrotar á todo trance al Ministerio Malcampo, y quería derrotarlo parlamentariamente.

Cosa muy difícil, porque las fuerzas estaban muy divididas, y si en la elección presidencial, en el secreto de la urna, los carlistas habían podido votar con los del duque de la Torre y con los de Sagasta, en una votación pública de ideas y de principios era imposible que con nosotros votasen, sumando sus votos á los nuestros para derrotar al Ministerio.

Esto hubiera podido realizarse en cualquiera de los mil incidentes que surgen en la vida parlamentaria, pero esto no

nos satisfacía á nosotros; queríamos derrotar al Gobierno, no por sorpresa y en menudencias, sino en una cuestión de principios, programa contra programa, si es que la coalición por entonces lo tenía.

Además, de cualquier derrota parcial, el Gobierno no hubiera hecho caso; hubiera dicho que era una sorpresa, una contingencia parlamentaria sin fundamento.

¡Ya era fácil que aquel Ministerio dimitiese!

Con uñas y dientes, y con jugo pegajoso de lapa estaban cogidos al banco azul, como demostró la experiencia.

Era un Ministerio que, bajo la inspiración de Sagasta, luchaba desesperadamente por la vida.

No era un Ministerio como el de Ruiz Zorrilla, que al primer descalabro dimitió románticamente.

¡Bueno era Sagasta por aquellos tiempos para romanticismos!

Y todos apuraban á Zorrilla, pidiéndole el desquite, y Zorrilla no podía dar el desquite á su partido.

Al fin, Martos lo encontró. Con su talento, con su habilidad política, con su instinto de lucha y con su enemiga contra Sagasta, porque digamos la verdad, Martos y Sagasta siempre se miraron de reojo, lo encontró.

Ello fué que Martos dió al partido la solución del problema.

Era preciso plantear una cuestión de principios, de gran altura para ennoblecer al Parlamento; cuestión que estuviera conforme con los principios democráticos, para que jamás se dijese que por ambiciones del poder habíamos hecho traición á nuestro dogma.

Y cuestión al mismo tiempo en que los carlistas y los reaccionarios todos pudieran votar á la luz del día con nosotros.

A la luz del día, no traidoramente en el fondo de una urna.

Y á priori, que difícil era el problema: encontrar un punto político en que coincidan demócratas, progresistas, republicanos, carlistas, neos y reaccionarios de todas clases, contra

otros progresistas y contra los hombres de la Unión liberal.. Pues Martos encontró este punto de concurso; que no fué otro que el de las Asociaciones y Congregaciones religiosas.

¡Quién nos lo dijera hoy; y cómo cambian las cosas, ó por lo menos el matiz de las cosas!

Quede para otro artículo esta lucha curiosísima.

José Echegaray

PARNASO INTERNACIONAL

ELLA

(De Pablo Gerardy)

La que será mi amor, la que imagino,
Muy azules tendrá los ojos bellos,
Y su rostro divino
Trenzas coronarán de áureos cabellos;
Cual un ángel soñado
Será púdica, honesta y fiel amante;
Tendrá el color suave y sonrosado
De una visión que dura un solo instante:
Será como una pálida azucena
En el tibio invernáculo nacida;
Cual temblorosa luz de luna llena
Sobre el prado extendida;
Como límpida fuente
Que cae llorando en taza transparente.
Adivinando cuanto yo medito,
Pondrá en su labio, para mí bendito,
Con el ritmo más dulce y más sonoro
Mis pobrísimos cantos,
Y llenará mi corazón de encantos
Con los acordes de su gama de oro.

No será ni un momento
Amargo para mí su pensamiento;
Sonreirán serenas y tranquilas
Sus plácidas pupilas,
Castas, como los ojos cariñosos
De mi madre adorada,
Como los resplandores que amorosos
Siempre brillaron en su azul mirada.

LA RISA

(De Aquiles Millien)

Nuestros labios ya no saben
De risas frescas y sanas.
Aquel reir tan sonoro,
Cuyas limpias carcajadas
Eran, en nuestros abuelos,
Expresión de dichas franca,
Ya no brota en nuestro pecho,
Que fiebres locas abrasan.
Del buen vivir y el regalo
Hija fué la risa honrada;
Preparación saludable
Para las luchas cercanas;
Dulce remedio de olvido
En las penas más amargas;
Confortadora del ánimo,
Que mayor fuerza le daba;
Como volador cohete,
Luminosa, pronta y rápida;
Alegre, viva y gozosa,
Como un pájaro que canta;

Como el capullo primero
De un rosal, pura y lozana;
Flor del alma, sólo abierta
Cuando tranquila está el alma.
Hoy nuestra obscura alegría
Suena á falso. Cuando marcha
Sin rumbo el hombre, perdidas
Las supremas esperanzas,
Sin fe en nadie, ni en sí mismo;
La risa ingenua y lozana
Huyó, triste fugitiva,
Batida por frías ráfagas.
De un tedio tenaz y nuevo
Llevamos la inmensa carga;
Nubla nuestra mustia frente
Una lobreguez extraña,
En la cual—¡á nuestros hijos,
Oh Dios, de esta herencia salva!—
Asoman quizá los síntomas
Que la locura presagian.

TEODORO LLORENTE

EL PAÍS DEL PLACER

NOVELA

XIII

Lily, al despertar, después de haber soñado gratamente, se encontró con dos cartitas al lado de su cama.

Una era de Mrs. Trenor, anunciando su llegada á la ciudad á pasar el día... Deseaba que Miss Bart comiese con ella... La otra era de Selden. Escribía diciendo que un proceso importante le llamaba á Albany; no podría volver hasta la noche; rogaba á Lily que le hiciera saber á qué hora podría recibirle al día siguiente.

Lily miraba pensativamente esta carta. La escena en el jardín de los Bry había formado como parte de sus sueños; no había creído despertarse ante la evidencia de su realidad. Tuvo al principio un movimiento de enojo; la imprevista acción de Selden añadía otra complicación á su existencia. No era propio de aquél el ceder á un impulso de tal manera irracional. ¿Tenía verdaderamente la intención de pedir su mano? Ya una vez le había demostrado ella la imposibilidad de semejante esperanza; y después, toda la conducta de Selden parecía probar que aceptaba la situación tan razonablemente, que mortificó un tanto la vanidad de Lily. Era muy agradable descubrir que aquella prudencia no regía sino á condición de no ver á la joven; pero, aunque nada en el mundo fuese tan

dulce para ella como el sentimiento del poder que ejercía sobre Selden, comprendió el peligro que existiría en permitir que el episodio de la noche anterior tuviera consecuencias. Puesto que no podía casarse con él, era á la vez más caritativo y más cómodo contestarle con una frase amistosa, sin aludir á su deseo de verla; no era hombre que no supiera entender, y cuando se encontraran de nuevo, sería como siempre, como dos buenos amigos.

Lily saltó de la cama y se dispuso á escribir inmediatamente, mientras que pudiera confiar en la fuerza de su resolución. Estaba, sin embargo, un poco floja, por la falta de sueño y la embriaguez de la fiesta, y la vista de la carta de Selden le trajo á la memoria el punto culminante de su triunfo, el momento en que leyera en los ojos del joven que no había filosofía que pudiera resistir á los encantos de ella. ¿No valdría la pena de procurarse una vez más esa sensación? Ningún otro podía procurársela tan plena, y no podía tolerar la idea de perder tan grato recuerdo con una negativa completa. Tomó la pluma y escribió á escape: «Mañana, á las cuatro...» Murmurábase á sí misma, mientras que cerraba el sobre:

—Siempre podré darle mañana contraorden.

La carta de Judy Trenor la complacía. Era la primera vez que recibía un mensaje directo de Bellomont desde su última visita, y siempre estaba inquieta por el temor de haber incurrido en el desagrado de Judy; pero aquella invitación parecía restablecer sus antiguas relaciones, y Lily sonrió al pensar que su amiga quería probablemente recibir impresiones de la fiesta de los Bry. Mrs. Trenor no había ido, tal vez por la razón tan francamente enunciada por su marido, tal vez porque, según la versión algo diferente de Mrs. Fisher, «no podía ella soportar á los advenedizos, cuando no era ella misma quien los había inventado».

De todos modos, aun cuando se hubiera quedado arrogantemente en Bellomont, Lily sospechaba que tendría un deseo extraordinario de saber todo lo ocurrido en la fiesta. Lily esta-

ba dispuesta á satisfacer esta curiosidad, pero era el caso que estaba convidada á comer. Decidió, no obstante, verá Mrs. Trenor, aunque no fuese más que un minuto, y, llamando á su doncella, envió un telegrama para decir á su amiga que iría á verla á las diez de la noche.

Lily comía en casa de Mrs. Fisher, que reunía en confianza á algunos de los actores de la víspera. Después de comer habría música negra en el estudio, porque Mrs. Fisher se había ahora consagrado á modelar, y añadió á su casa una espaciosa habitación, la cual, cualquiera que fuese su uso en las horas de inspiración plástica, servía en otros momentos para el ejercicio de una infatigable hospitalidad. Lily sentía marcharse, porque la comida era divertida, y la hubiese gustado fumar un cigarrillo y oir algunas canciones; pero no podía faltar á su cita con Judy, y poco después de las diez se dirigió á casa de los Trenor.

Esperó bastante en la puerta, y la chocó que la presencia de Judy no se señalase por una mayor prontitud en recibirla; su sorpresa aumentó cuando, en vez del criado con frac, se presentó una criada mal vestida, que la introdujo en el vestíbulo. Pero Trenor apareció al punto en el umbral de la sala y la acogió con una volubilidad desacostumbrada, mientras que la quitaba el abrigo y la hacía entrar en la habitación.

—Venga usted al hogar, es el único sitio confortable de la casa... Esta habitación está helada... No comprendo por qué Judy se empeña en envolver la casa en esas horribles fundas blancas... Nada más que el atravesar estas habitaciones en un día de frío, bastaría para coger una pulmonía. Pero también usted parece algo helada; hace bastante fresco. Lo he notado al volver del club... Venga usted, la daré un sorbito de aguardiente, y probará usted junto al fuego mis nuevos cigarrillos egipcios... Ese turquito de la embajada me ha dado á conocer una nueva marca; tiene usted que probarlos, y si le gustan, los traeré; todavía no los venden aquí, pero mandaré un cablegrama.

La condujo por toda la casa á una habitación que habitualmente ocupaba Mrs. Trenor, y que, aun en su ausencia, conservaba un aspecto de estar habitada. Había allí, como de costumbre, flores, periódicos, una mesa de escribir desordenada; sorprendía no ver allí á Judy sentada en su butaca al lado del fuego.

Por las señas, Trenor era el que había ocupado aquel asiento, porque flotaba sobre él una humareda de cigarros, y á su lado estaba una de esas complicadas mesitas que el ingenio inglés ha imaginado para facilitar la circulación del tabaco y los licores. La presencia de aparatos de este género en la sala no tenía nada de extraordinario entre las amistades de Lily puesto que el placer de fumar y de beber no lo restringe ninguna consideración de tiempo ni de lugar, y su primer ademán fué tomar uno de los cigarrillos recomendados por Trenor, mientras que le preguntaba:

—¿Dónde está Judy?

Trenor, un poco caldeado por el inusitado flujo de sus palabras, y quizá también por una compañía demasiado prolongada con las botellas, se inclinó para mirarlas, y contestó:

—Verá usted, Lily... Nada más que una gota de coñac con un poco de Seltz... Me parece que está usted verdaderamente helada; juraría que tiene usted colorada la nariz... Voy á tomar otra copita para hacerla compañía... ¿Judy?... ¡Ah!... Judy tiene una terrible jaqueca... está completamente abrumada, la pobre me ha dicho que le explique á usted... en fin, que lo arregle todo... Pero venga usted al lado del fuego... Déjeme que la ponga cómoda, sea usted amable...

Le había cogido la mano medio en broma, y la llevaba hacia una sillita baja junto á la chimenea; pero Lily se desprendió tranquilamente.

—¿De modo que Judy no puede verme? ¿No querrá que suba?

Trenor vació la copa que se había servido, y la dejó lentamente antes de contestar.

—No; no... El caso es que no está en estado de ver á nadie... La jaqueca se le ha presentado de repente, y me ha encargado que le diga á usted cuánto siente... Si hubiera sabido dónde vive usted, la hubiese avisado.

—Pues lo sabía, porque se lo dije en mi telegrama... Pero, en fin, esto no tiene importancia... Supongo que, encontrándose tan mal, no volverá por la mañana á Bellomont; vendré á verla.

—Muy bien... perfectamente... Muy buena idea... La diré que vendrá usted mañana por la mañana. Y ahora, siéntese usted un minuto y charlemos un poco... ¿Pero no quiere usted tomar una gotita?... Dígame lo que le parece ese cigarrillo... ¡Cómo! ¿No le gusta? ¿Por qué lo tira?

—Lo tiro porque es preciso que me vaya... ¿Quiere usted tener la bondad de hacer que llamen un coche?

A Lily no le agradaba la agitación poco natural de Trenor, y la idea de encontrarse sola con él, por suponer á su amiga en el otro extremo de la casa, no la hacía desear la prolongación de la visita.

Pero Trenor, con una prontitud que no pasó inadvertida á Lily, se colocó entre ella y la puerta.

—¿Por qué quiere usted irse? Quisiera saberlo. Si estuviera Judy se quedaría usted charlando hasta yo no sé qué hora... y á mí no me puede usted conceder cinco minutos... Siempre ocurre lo mismo... Anoche no me pude acercar á usted. No fuí á esa fiesta, á esa fiesta odiosamente vulgar, sino para ver á usted. Todo el mundo hablaba de usted, y cuando traté de acercarme, no se dignó usted fijarse en mí, y siguió riendo y bromeando con una cáfila de idiotas...

Trenor hizo una pausa, sofocado por su diatriba. Pero Lily había recobrado su presencia de espíritu, y dijo con tranquilidad:

—No sea usted absurdo, Gus. Son las once dadas; le ruego que mande usted á buscar un coche.

Pero Trenor permaneció inmóvil, y replicó:

—Supongamos que no le mande llamar... ¿Qué hará usted?

—Subiré en busca de Judy, si me obliga usted á molestarla.

Trenor adelantó un paso y puso una mano sobre el brazo de la joven.

—Oiga usted, Lily. ¿No quiere usted concederme cinco minutos?

—Esta noche no, Gus.

—Muy bien; entonces me los tomaré yo. Y más todavía si quiero.

Hizo un movimiento de cabeza para indicarla que se sentase, y añadió:

—Siéntese: tengo algo que decirle.

El carácter vivo de Lily empezaba á sobreponerse á sus temores. Se irguió y se dirigió hacia la puerta.

—Si tiene usted algo que decirme, me lo dirá usted otra vez. Yo subo á ver á Judy, á menos que no mande usted á buscar un coche al instante.

Él se echó á reir.

—Suba usted, suba usted, pero no encontrará á Judy. No está aquí.

Lily le miró asustada:

—¿Qué quiere usted decir? ¿Que Judy no ha venido?

—Sí, eso es lo que quiero decir, replicó Trenor.

—No lo creo. Voy á subir á verla.

Contra lo que ella esperaba, Trenor la dejó el paso franco.

—Suba usted si quiere, pero mi mujer está en Bellomont.

Lily dijo tranquilizándose:

—Si no hubiera venido, me hubiera avisado.

—Lo hizo; me telefoneó esta tarde para que la advirtiera á usted.

—Pues no he recibido nada.

—Porque nada la he enviado yo.

Miráronse los dos un instante; pero Lily continuaba vien-

do á su adversario á través de una nube de desprecio que eclipsaba todas las otras consideraciones.

—No puedo imaginar qué pretende usted con una broma tan estúpida; pero si ya está usted bastante satisfecho de ella, le ruego una vez más que mande por un coche.

Trenor, con expresión de gran enojo, dijo:

—Oiga, Lily: no emplee conmigo ese tono arrogante y altanero. (Habíase de nuevo dirigido hacia la puerta, y, en su instintiva repugnancia, Lily le dejó colocarse en el umbral.) Sí, la he engañado á usted, lo confieso; pero se equivoca si cree que me avergüenzo de ello... Dios sabe que he tenido bastante paciencia; he dado vueltas á su alrededor como un idiota, mientras que dejaba usted acercarse á una porción de puntos... á los que sin duda permitía usted que se burlasen de mí... No tengo ingenio, pero no me engaño cuando estoy en juego... cuando se ríen de mí, lo advierto pronto...

—¡Ah! No lo hubiera creído—replicó irónicamente Lily.

Pero la mirada de Trenor la hizo enmudecer.

—No, no lo hubiera usted creído; pero va usted á aprender á conocerme mejor. Para ello está usted aquí esta noche. Bastante tiempo he esperado la ocasión de hablar tranquilamente con usted; y ahora que la he encontrado, quiero que me escuche usted hasta el fin.

A la primera oleada de sentimiento inarticulado habían sucedido una firmeza de tono, una concentración más desconcertante para Lily que la precedente agitación. Perdió por un momento su presencia de espíritu. Más de una vez se había encontrado en situaciones en que tuvo que recurrir á la más hábil esgrima para cubrir su retirada; pero las palpitaciones de su corazón le decían que en aquellas circunstancias toda la habilidad no serviría de nada.

Para ganar tiempo, repitió:

—No concibo lo que usted se propone.

Trenor puso una butaca entre la joven y la puerta. Se sentó, y mirándola con fijeza, dijo:

—Voy á decirle lo que me propongo: quiero saber qué es lo que hay entre nosotros. ¡Qué demontres! El señor que paga la comida tiene por lo general el permiso de sentarse á la mesa.

Lily enrojeció de ira y de humillación, avergonzada de tener que reprimirse.

—No sé lo que quiere usted decir... pero debe comprender, Gus, que no puedo permanecer hablando con usted aquí á estas horas...

—¡Señor! Usted visita á los hombres en pleno día... me parece que no siempre es usted tan meticulosa en cuestión de apariencias.

La brutalidad del ataque produjo á Lily la sensación de aturdimiento que se experimenta tras un golpe. ¡Rosedale había hablado!... ¡He aquí lo que los hombres hablaban á costa de ella! Sintióse de repente débil y sin defensa; subíala á la garganta un sollozo de compasión hacia sí misma. Pero, mientras tanto, otro «yo» la exhortaba á la vigilancia, murmurándola con terror que cada palabra, cada gesto, debían medirse.

—Si me ha traído usted aquí para insultarme...—balbució.

Trenor se echó á reir.

—¡Oh! Nada de escenas, la ruego... Yo no quiero insultarla. Pero cada cual tiene sus sentimientos... y usted ha jugado demasiado tiempo con los míos... No soy yo quien ha empezado; yo me mantuve aparte, dejé el camino libre para los otros, hasta el día en que vino usted á trastornarme, en que quiso usted hacer de mí un asno... y la cosa la ha sido fácil... Usted creyó que se podía jugar conmigo como con un muñeco, para después tirarme al arroyo. Pero ni siquiera jugaba usted; hacía usted trampas... Claro es que ahora veo bien lo que usted quería. No suspiraba usted por mis bonitos ojos... pero he de decirla, Miss Lily, que tiene que pagar algo por habérmelo hecho creer...

Se levantó de manera agresiva, y dió un paso hacia ella, sumamente colorado; pero Lily permaneció valiente, aunque sus nervios la atenazasen.

—¿Pagar?—balbució.—¿Quiere usted decir que le debo dinero?

Trenor soltó una carcajada.

—¡Oh! No exijo el pago en especies. Pero hay reglas en el juego... hay el interés del dinero... y que me ahorquen si jamás he obtenido una mirada de usted...

—¿Su dinero?—replicó Lily.—¿Qué tengo yo que ver con su dinero?... Usted me ha dado consejos para colocar el mío... usted ha debido de ver que yo no entendía nada de negocios... usted me dijo que todo iba bien.

—Todo iba bien... todo va bien, Lily; es de usted ese dinero, y diez veces más todavía... ¡sea!... Yo no la pido sino un poco de agradecimiento.

Acercábase cada vez más, y sus manos se ponían inquietantes; el «yo» asustado de Lily dominaba al otro.

—Ya le he dado las gracias... le he demostrado que soy agradecida... ¿Qué más ha hecho usted que cualquier otro amigo hubiera podido hacer, y lo que cualquiera hubiera aceptado de un amigo?

Trenor la cogió por un brazo con risa sardónica.

—No dudo de que usted haya aceptado otro tanto antes... y de que haya arrojado á los otros pobres diablos como quisiera arrojarme á mí... Nada me importa cómo ha arreglado usted sus cuentas con los demás... Si los ha engañado, mejor para mí... No me mire así; ya sé que no hablo como es costumbre que un hombre hable á una muchacha... pero ¡qué diantre!, si la desagrada, tiene usted un medio de contenerme en el acto... usted sabe que me tiene loco... ¡Al diablo el dinero! Siempre lo habrá, si es esto lo que la inquieta... He sido un bruto, Lily... ¡Lily!... pero míreme, por lo menos.

A oleadas subía sobre ella la marea de la humillación; una ola rompía sobre la otra tan rápidamente, que la vergüenza moral se confundía con el terror físico. Parecíale á Lily que su propia estimación la hubiera hecho invulnerable, que su pro-

pia deshonra era lo que creaba aquella espantosa soledad á su alrededor.

El contacto de Trenor fué el choque que restableció su conciencia desfallecida. Retrocedió con un nuevo y vigoroso desprecio.

—Le he dicho que no le comprendo... pero si le debo dinero, será usted pagado.

La cara de Trenor palideció de rabia; aquel movimiento de repulsión había despertado en él al hombre primitivo.

—¡Ah! Sí... se lo pedirá usted á Selden ó á Rosedale... y tratará usted de burlarlos como me ha burlado á mí... A menos... á menos que no haya usted ya arreglado sus otras cuentas, y sea yo el único chasqueado...

Ella estaba en pie, silenciosa, petrificada. Las palabras... ¡las palabras eran peores que el contacto! Su corazón palpitaba por todo su cuerpo, en su garganta, en sus miembros, en sus manos sin fuerza, inútiles. Sus ojos miraron con desesperación alrededor del cuarto; vió el timbre, y pensó que podía llamar. Sí, pero esto era el escándalo... ¡No! Tenía que abrirse camino por sí sola. Ya era bastante con que los criados supiesen que estaba en casa con Trenor; era preciso que nada en su manera de salir excitase las sospechas.

Alzó la cabeza, y logró por última vez mirarle bien de frente.

—Estoy sola aquí con usted—dijo.—¿Qué más tiene que decirme?

Con gran sorpresa suya, Trenor no respondió á su mirada sino fijando sus ojos en ella, como alelado, silencioso. Con su última y furiosa explosión de palabras, la llama se había extinguido; era como si una corriente de aire frío hubiera disipado los vapores de sus libaciones, y la realidad aparecía ante él sombría y desnuda, como las ruinas de un silencio. Hábitos antiguos, antiguas prescripciones, el imperativo de reglas hereditarias, reconquistaban á aquel espíritu extravíado al que la pasión sacó de quicio. Trenor tenía la mirada extraviada

del sonámbulo que se despierta al borde de un precipicio mortal.

—¡Váyase usted!... ¡váyase de aquí!—balbució.

Y volviéndose de espaldas, se acercó á la chimenea.

La brusca desaparición de sus temores devolvió en seguida á Lily toda su lucidez. El derrumbamiento de la voluntad de Trenor la dejaba dueña de la situación, y logró pedirle, con voz que era la suya, pero que la parecía exterior á sí misma, que llamase al criado, le encargase que buscara un coche, y le ordenase que la acompañara hasta él cuando lo anunciaran... No sabía de dónde la procedía una energía semejante; pero algo en ella insistía para que saliera de la casa abiertamente; algo la dió fuerzas, en el vestíbulo, delante de la criada al acecho, para cambiar unas cuantas palabras con Trenor, y encargarle mil recuerdos para Judy, mientras que se estremecía del de un secreto asco. Al salir á la calle sintió una palpitación, una sensación casi loca de libertad, embriagadora como la primera bocanada de aire que aspira un prisionero; pero su cerebro estaba lúcido, y observó el aspecto silencioso de la Quinta Avenida; se hizo cargo de lo tarde que era, y hasta observó la forma de un hombre—¿había algo casi familiar en su figura?—que, al subir ella al coche, dobló la esquina opuesta y desapareció en la oscuridad de la calle lateral.

Pero, una vez en movimiento las ruedas, produjose la reacción y la envolvieron espantosas tinieblas.

—No puedo pensar... no puedo pensar—gimió ella.

Recostó la cabeza. Parecíala que había dos «yo» en ella; uno, el de siempre; otro, uno nuevo, un enemigo al que el primero se encontraba encadenado... Abrió los ojos, y vió desfilar las calles... las calles familiares, y, sin embargo, diferentes... Todo lo que miraba era lo mismo, y, sin embargo, cambiado; habíase abierto un gran abismo entre ayer y hoy. Sus ojos se fijaron en un reloj iluminado en la esquina de una calle, y vió que las agujas marcaban las once y media. ¡Las once y media nada más! ¡Cuántas horas quedaban de noche! Y tenía

que pasarla sola, estremecida y sin sueño en su cama. Su naturaleza se rebelaba ante esta idea.

Lily no tenía nadie en quien descansar. Sus relaciones con su tía eran tan superficiales como las de inquilinos que se cruzan en la escalera... La joven se estremeció al pensar en su espantosa soledad... miró... ¡Gerty! Pasaba muy cerca del rincón en que vivía Gerty. ¡Si pudiera llegar antes de que la angustia que torturaba su pecho estallase en sus labios!... ¡Si pudiera sentir los brazos de Gerty, mientras que la hiciera temblar aquel febril acceso de miedo que sentía invadirla!... Dió la dirección al cochero. No era tan tarde; tal vez Gerty estaría levantada aún... Y aunque no lo estuviera, acudiría al llamamiento de su amiga.

XIV

Gerty Farish, al día siguiente de la fiesta dada por los Wellington Bry, se despertó con sueños tan felices como los de Lily. Si eran menos subidos de color, si estaban más en armonía con los medios tintes de su persona y de su experiencia, por la misma razón eran más propios de su visión mental; relámpagos de alegría como los que rodeaban á Lily hubieran cegado á Miss Farish, acostumbrada, en materia de felicidad, á la escasa luz que brilla por las rendijas de las existencias ajenas.

Hoy era ella el centro de una pequeña iluminación propia; una luz suave, pero inefable, formada por la bondad creciente que la demostraba Selden, y por el descubrimiento de que éste extendía su afección á Lily. Si estos dos factores parecen incompatibles á los que estudian la psicología femenina, que recuerden que Gerty había sido siempre un parásito en el orden moral, viviendo de las migajas caídas de las otras mesas, y satis-

fecha de mirar por la ventana el banquete preparado para sus amigos.

En cuanto á la naturaleza de la bondad creciente de Selden, Gerty no se hubiera atrevido á definirla. Tocar aquella maravilla hubiera sido destruir su esplendor. En casa de los Bry, Gerty había visto á su primo como nunca de atento con ella. Por lo general, él la trataba con una amabilidad distraída, que ella aceptaba agradecida, como si aquel sentimiento fuese el más vivo que sin duda podía inspirar; pero advirtió en él un cambio que, por una vez, suponía que ella podía contentar tanto como ser contentada.

¡Y era tan delicioso que aquel grado superior de simpatía lo hubiesen alcanzado ambos por el interés que Lily les inspiraba! El cariño de Gerty á su amiga—cariño que había aprendido á vivir con bien poco—habíase convertido en una verdadera adoración desde que la agitada curiosidad de Lily la había llevado á la órbita de la actividad de Miss Farish. Cuando Lily hubo gustado la caridad práctica, despertó en ella un apetito momentáneo de hacer el bien. Su visita al «Círculo de Muchachas» la había puesto en contacto por primera vez con los contrastes dramáticos de la vida. Una cosa es vivir confortablemente con la concepción abstracta de la pobreza, y otra codearse con sus humanas encarnaciones. Este conocimiento suscitó en Lily uno de esos repentinos impulsos de piedad que á veces cambian el eje de una vida. La naturaleza de Lily no era capaz de semejante cambio; pero, por el momento, sentíase fuera de sí misma, por el interés que encontraba en aquellas relaciones directas con un mundo tan diferente del suyo. Había completado su primer donativo con la ayuda personal prestada á algunas de las protegidas de Miss Farish, y la admiración que su presencia despertaba entre las trabajadoras del Círculo daba un nuevo alimento á su insaciable deseo de agradar.

Gerty Farish no era una lectora bastante profunda de los caracteres para desenmarañar los entremezclados hilos de que

estaba tejida la filantropía de Lily. Gerty vivía de fórmulas tan sencillas, que no vaciló en identificar el caso de su amiga con las «conversiones» á las que le habían habituado sus relaciones con los pobres. Ahora podía replicar á los que criticaban la conducta de Lily: como lo había dicho, conocía á «la verdadera Lily», y el descubrimiento de que Selden la conocía también, elevó su aceptación plácida de la existencia á un gran sentido de sus posibilidades—sentido exaltado aún más en el transcurso de la tarde por un telegrama de Selden, en que la preguntaba si podía ir á comer con ella.

Mientras que Gerty se perdía en el tumulto feliz que esta petición causaba en su pequeño hogar, Selden pensaba también con intensidad en Lily Bart. El proceso que la había llevado á Albany no era lo suficiente complicado para absorber toda su atención, y tenía la facultad profesional de conservar libre una parte de su espíritu cuando no se requería su empleo. Esta parte de su espíritu—que en aquel momento se parecía peligrosamente al espíritu todo entero—estaba llena de las sensaciones de la noche anterior. Selden comprendía los síntomas: reconocía que expiaba, como siempre se había arriesgado á expiar un día, las voluntarias exclusiones de su pasado. Había querido evitar los lazos permanentes, no por pobreza de sentimientos, sino porque, de una manera diferente, era tanto como Lily, la víctima de su ambiente. Había algo de verdad en lo que dijo á Gerty Farish de que jamás había deseado casarse con una «gentil» muchacha: este adjetivo implicaba, en el vocabulario de su prima, ciertas cualidades utilitarias que no se compaginan con lo que se llama el encanto. Ahora bien; el destino de Selden le había donado una madre encantadora: su gracioso retrato exhalaba todavía el perfume marchito de esa indefinible cualidad. El padre de Selden era uno de esos hombres que cifran sus delicias en una mujer encantadora, que la miman, que la halagan, que la mantienen siempre encantadora. Ninguno de los dos amaba el dinero, pero su desdén tomaba esta forma: que gastaban siempre un

poco más de lo que era razonable. Su casa era pequeña, pero estaba perfectamente puesta; había buenos libros en los estantes y buenos platos en la mesa. Selden, padre, entendía de cuadros; su mujer, de encajes antiguos; y los dos se juzgaban con tanto tacto y tanta discreción en sus compras, que no acertaban nunca á explicarse cómo subían tanto las facturas.

Casi todos los amigos de Selden hubieran calificado de pobres á sus padres; sin embargo, había crecido en una atmósfera en que lo limitado de los recursos no parecía más que una salvaguardia contra una vana prodigalidad; en que los pocos objetos poseídos eran de tan buena calidad, que su escasez les daba un justo relieve, y la abstinencia se combinaba con la elegancia en una medida de que daba ejemplo el *chic* de Mistress Selden: llevaba esta señora sus antiguos terciopelos como si fueran nuevos. Un hombre tiene la ventaja de emanciparse pronto, desde el punto de vista familiar: desde antes de haber salido del colegio sabía Selden que hay tantas maneras de pasarse sin dinero como de gastarlo. Por desgracia, juzgó que ninguna era tan agradable como la que se practicaba en la casa; y sus ideas sobre la mujer, en particular, estaban matizadas por el recuerdo de la única mujer que le hubiera dado su sentido de los «valores». De ella había heredado su especial desprendimiento de las suntuosidades: la indiferencia del estoico, respecto á las cosas materiales, combinada con el placer que sabe encontrar en ellas el epicúreo. Si se quitara el uno ó el otro de estos sentimientos, la vida le parecería mutilada; en parte alguna era tan esencial la mezcla de estos dos ingredientes como en el carácter de una mujer bonita.

Siempre había pensado Selden que la existencia tiene mucho que ofrecer, aparte de la aventura sentimental, y, sin embargo, tenía una concepción vivísima de un amor que se ensanchara y profundizara hasta convertirse en el hecho central de la vida. Lo que no podía aceptar era el grave inconveniente de una unión inferior á este ideal, que dejara ciertas partes de su naturaleza no satifechas, mientras que impusiera

á otras un excesivo esfuerzo. No quería abandonarse al desarrollo de una afección que hiciese apelación á su piedad, pero dejando su inteligencia intacta.

Pero hay... Este pequeño «pero» pasaba como una esponja sobre todas sus resoluciones. Sus resistencias motivadas le parecían en ese momento menos importantes que el saber cuándo Lily recibiría su billete. Dejó su pensamiento vagar en cosas sin importancia, preguntándose á qué hora le enviaría la contestación y con qué palabras empezaría su carta.

No tenía duda ninguna sobre el sentido—estaba también seguro de la rendición de ella, más que de la suya propia.—Estaba pensando con alegría en todos los detalles, lo mismo que un trabajador, aprovechando una mañana de vacaciones, se queda tranquilamente en su cama observando cómo entra el sol por su cuarto. Pero si la luz le deslumbraba, no le cegó. Podía todavía discernir el contorno de los hechos, aunque la relación entre ellos hubiera cambiado. Tampoco ignoraba lo que hablaban de Lily Bart; pero él podía separar la mujer que él conocía de la imagen que uno se hace generalmente. A su imaginación acudieron las palabras de Gerty Farish, y la prudencia mundana le parecía andar á tientas al lado de adivinaciones del inocente. «Bienaventurados los que tienen puro el corazón, porque ellos verán á Dios», incluso al Dios escondido en el pecho de su vecino... Selden estaba en ese estado de absorción pasional en que se está cuando por la primero vez se capitula al amor. Deseaba la compañía de alguien cuya manera de ver justificase la suya. No podía esperar hasta el descanso de medio día, pero aprovechó un momento para redactar un telegrama á Gerty Farish.

A su vuelta á Nueva York se hizo llevar directamente al círculo donde esperaba encontrar la respuesta de Lily. No encontró más que una aceptación entusiasta de Gerty; se marchaba cuando le detuvo una voz que venía del salón de fumar:

—¡Hola, Lawrence! ¿Cómo usted aqui?... Coma conmigo... He encargado un pato silvestre.

Vió á Trenor, con un vaso enorme al lado.

Selden se disculpó con su compromiso contraído.

—El diablo me lleve; todo el mundo tiene prisa hoy... me quedaré solo en el círculo. Ya sabe usted cómo vivo este invierno con mi casa vacía; mi mujer pensaba haber venido hoy, pero también ha tenido que dejarlo; ¿cómo quiere usted que coma solo en una habitación cuyos espejos están cubiertos, y sin nada más en el aparador que un frasco de *Harvay sauce?*... Vamos Lawrence, tenga compasión de mí, deje su compromiso; me da *spleen* comer solo; no hay en todo el círculo nadie más que ese imbécil de Wetherall.

—Lo siento mucho, Gus... pero es imposible.

Al dejarle, Selden observó el rojo sombrío de la cara de Trenor, el desagradable sudor de su frente, la manera de estar incrustadas sus sortijas en las arrugas de sus dedos. Ciertamente, la bestia predominaba en él... ¡Y había oido él el nombre de aquel hombre acoplado al de Lily!... ¡Psh! Tal pensamiento le repugnaba; durante todo el trayecto, hasta su casa, no logró desechar la imagen de las gordas y rugosas manos de Trenor.

En su mesa había una esquelita. Sabía su contenido antes de romper el sobre—un sobre gris con el lema: «¡Más allá!» debajo de un buque en marcha... ¡Ah! ciertamente, la llevaría más allá—más allá de lo feo, de lo mezquino, de todo lo que gasta y corroe el alma...

***

La salita de Gerty resplandecía de bienvenida cuando entró Selden. Aquel modesto mobiliario le hablaba el lenguaje que á la sazón le era más grato á su oído. Es sorprendente lo poco que importan unas paredes estrechas y un techo bajo, cuando la bóveda del alma se ha engrandecido repentinamente. Gerty resplandecía también, ó, por lo menos, lucía con irradiación suave. Hasta entonces no había observado Selden que

su prima tenía «bonitos detalles»—verdaderamente, peor elección podía hacer cualquier buen muchacho...—Durante la comida (y también el comedor estaba puesto modestamente, pero con mucho gusto) la dijo que debería casarse; estaba de temple para casar al mundo entero... ¡Cómo! ¿había hecho ella misma aquella crema acaramelada? Era un pecado reservarse para sí semejantes habilidades... Pensó con un sentimiento de orgullo que Lily sabía hacerse sus sombreros—se lo dijo ella el día del paseo en Bellomont.

Selden no habló de Lily hasta después de terminada la comida. Durante ésta mantuvo la conversación sobre su prima, la cual, palpitante de ser el centro de sus observaciones, estaba tan encarnada como las pantallas que había hecho para aquel momento. Selden manifestó un interés extraordinario por sus arreglos de casa; la felicitó por la habilidad con que había sacado partido de cada palmo de su pequeña morada; le preguntó cómo se las arreglaba para dejar salir algunas tardes á su criada; se enteró de que pueden improvisarse deliciosas comidas en un hornillo; sintió profundas generalidades sobre el trabajo que entraña una gran casa.

Cuando estuvieron de nuevo en la salita, en donde no hacían más que caber como las piezas de un rompecabezas; cuando hubo ella preparado el café, que sirvió en unas lindas tacitas que heredó de su abuela, la mirada de Selden, mientras que se recostaba, sumiéndose en la tibia atmósfera perfumada, se fijó en un retrato reciente de Miss Bart, y la deseada transición se realizó sin esfuerzo: «El retrato no estaba mal... ¿pero cómo era posible representarla tal como estaba ayer por la noche?...» Gerty opinó lo mismo: nunca la había visto tan radiante. «¿Pero podía apoderarse de semejante luz la fotografía? Tenía ella un nuevo aspecto en su cara, algo diferente...» Sí, Selden convenía en que Lily ofrecía algo diferente...» El café era tan exquisito, que pidió otra taza: ¡buena diferencia con la droga acuosa del círculo! «¡Ah! ¡los pobres solterones, reducidos á la alimentación impersonal del círcu-

lo ó á la cocina igualmente impersonal de los restaurants!... Un hombre sin hogar, renunciaba á la parte mejor de la existencia...» Habló de la soledad insulsa de la comida de Trenor, y experimentó un momento de compasión por el personaje... «Pero, volviendo á Lily...» Y volvió una y otra vez, preguntando, conjeturando, comparando á Gerty, inquiriendo los más secretos pensamientos de la ternura que profesaba á su amiga.

Gerty se explayó desde luego sin reservas, feliz en esa perfecta comunión de sus simpatías. El hecho de que Lawrence comprendiese á Lily, contribuía á afirmar la fe que tenía en su amiga. Decidieron, de común acuerdo, que Lily no tenía suerte. Gerty apreció, como prueba de esto, los impulsos generosos de la joven, su inquietud y su descontento. «Su vida no la habría satisfecho nunca; lo que suficientemente demostraba que estaba hecha para algo mejor. Hubiera podido casarse más de una vez, hacer una de esas bodas ricas que la habían enseñado á considerar como al único fin de la existencia; pero siempre retrocedió cada vez que se había presentado la ocasión. Percy Gryce había estado enamorado de ella; todo el mundo en Bellomont los tenía por novios, y cuando ella le despidió, á todo el mundo le pareció la cosa inexplicable...» Esta interpretación del incidente Gryce estaba demasiado en armonía con el humor de Selden para que no la adoptase en el acto, con un relámpago de desprecio retrospectivo hacia la solución que le pareció evidente en otro tiempo. Si hubo calabazas—y ahora se preguntaba cómo pudo dudarlo,—tenía la llave del secreto; y no fué ya el ocaso, sino la aurora, lo que bañara las colinas de Bellomont. Él fué quien vaciló y no se mostró á la altura de las circunstancias, y la alegría que le caldeaba ahora el corazón hubiera podido conocerla desde hacía mucho tiempo, si hubiera sabido capturarla á su primer vuelo.

Tal vez fué en este momento preciso cuando una alegría, que ensayaba sus alas en el alma de Gerty, cayó al suelo y se

quedó inmóvil. Gerty seguía sentada frente á Selden, repitiendo mecánicamente:

—No, no ha sido ella comprendida nunca.

Y todo el tiempo le parecía que se encontraba en el centro de una deslumbradora claridad moral; la salita tan íntima, en que momentos antes los pensamientos de ambos se rozaban como sus butacas, creció hasta tomar dimensiones hostiles, separándolos con todo el espacio que ofrecía á la joven su nueva visión del porvenir, y este porvenir se extendía indefinidamente, y la silueta solitaria de ella, caminaba por aquél penosamente como un simple punto en el desierto.

—Lily no es verdaderamente ella misma sino con muy pocas personas; tú eres una de ellas—decía Selden.

Y añadía:

—Sé buena con ella, Gerty, ¿no es verdad?

—Y ella es capaz de llegar á ser todo lo que crean que es; ¿verdad que la ayudarás, teniendo de ella la mejor opinión?

Las palabras resonaban en el cerebro de Gerty como el sonido de un lenguaje que parece familiar á distancia, pero que de cerca resulta ininteligible. Selden había venido para hablarla de Lily; esto era todo. En la pequeña fiesta que ella le había preparado, había habido una tercera persona, y esta tercera persona ocupó el puesto principal... Trataba de seguir lo que él decía, de tomar su parte en la conversación, pero todo aquello tenía tan poco sentido como el rumor de las olas para el que se ahoga; y, como el que se ahoga, sintió ella que sumergirse no sería nada al lado del trabajo que había que realizar para mantenerse á flote.

Selden se levantó, y Gerty lanzó un profundo suspiro, pensando que pronto podría abandonarse á las benditas olas.

—¿En casa de Mrs. Fisher?... ¿Dices que comía allí?... Después deben hacer música; creo que recibí una invitación... (Echó una ojeada al absurdo relojito que marcaba aquella hora insólita para Gerty...) ¿Las diez y cuarto?... Podría ir ahora; las reuniones de Mrs. Fisher son siempre divertidas...

¿Te he hecho trasnochar mucho, Gerty? Pareces cansada... He hablado á tontas y á locas y te he aburrido...

Y, en el desbordamiento desacostumbrado de sus sentimientos, la dió un beso de primo en la mejilla.

*
* *

En el estudio de Mrs. Fisher, á través de la humareda de los cigarros, acogieron á Selden unas cuantas voces. Empezaba una canción cuando él entró, y se sentó al lado de la dueña de la casa, buscando con los ojos á Miss Bart. Pero no estaba allí, y este descubrimiento le produjo una impresión completamente desproporcionada con la importancia de la cosa; ¿no le aseguraba el papel que tenía en el bolsillo que la vería al día siguiente á las cuatro?... La espera parecía indefinida á su impaciencia, y, medio avergonzado de su impulso, se inclinó hacia Mrs. Fisher, cuando la música cesaba, para preguntarle si Miss Bart no había comido con ella.

—¿Lily?... Acaba de marcharse... Tenía que ir á no sé dónde... ¿Verdad que anoche estaba maravillosa?

—¿Quién? ¿Lily?—preguntó Jack Stepney desde las profundidades de un sillón próximo.—La verdad; ya saben ustedes que no soy gazmoño, pero cuando una joven llega á mostrarse como si saliera á subasta... En serio he pensado hablar del asunto á mi prima Julia.

—¿No sabía usted que Jack se ha convertido en nuestro censor mundano?—dijo Mrs. Fisher á Selden.

Y Stepney balbució en medio de la risa general:

—Pero es mi prima, ¡qué diablo! Y... cuando un hombre se ha casado... *Town Talk* no hablaba más que de ella esta mañana.

—Sí, y era divertido de leer—dijo M. Ned Van Alstyne, acariciándose el bigote para disimular una sonrisa.—¿Comprar yo ese sucio periódico? No; me lo enseñaron... Pero yo había oído contar esas historias... Cuando una joven es tan bonita, lo

mejor es que se case; entonces ya no se hacen más preguntas. En nuestra sociedad, imperfectamente organizada, no se han tomado todavía disposiciones en favor de la muchacha que reclama los privilegios del matrimonio sin asumir sus cargas.

—Pero si no me engaño... Lily está á punto de asumirlas en la persona de M. Rosedale—dijo Mrs. Fisher riendo.

—Rosedale... ¡justo cielo!—exclamó Van Alstyne, dejando caer su monóculo.—Eso es culpa de usted, Stepney; usted es quien nos ha impuesto á ese bruto.

—¡Ah! ¡Váyanse al diablo! Nosotros no introduciremos á Rosedale en nuestra familia—protestó Stepney.

Pero su mujer, que estaba sentada en el otro extremo de la habitación, le rectificó con esta precisa reflexión:

—En la situación de Lily es un error el tener demasiadas ambiciones.

—He oído decir que al mismo Rosedale le habían asustado últimamente todos esos cuentos—replicó Mrs. Fisher.—Pero al verla anoche perdió la cabeza. ¿Qué creen ustedes que me dijo después del cuadro? «¡Dios mío! Mrs. Fisher, si Paul Morpeth consintiere en retratármela así, el lienzo valdría el ciento por ciento dentro de diez años.»

—Pero, ¡cuidado! ¿No estará ella por aquí?—exclamó Van Alstyne, volviendo á ponerse el monóculo y mirando con inquietud.

—No; se escapó cuando todos ustedes estaban abajo haciendo el ponche... ¿Y adónde habrá ido?... ¿Qué es lo que hay esta noche? No he oído hablar de nada.

—No ha ido á ninguna reunión—dijo un joven Farish sin experiencia, que había llegado tarde.—La dejé en un coche antes de entrar: dió al cochero las señas de los Trenor.

—¿De los Trenor?—exclamó Mrs. Stepney.—Pero si la casa está cerrada: Judy me ha telefoneado esta noche desde Bellomont.

—¿Sí?... Es raro... Estoy seguro de no haberme equivoca-

do... De todos modos, Trenor está... Yo... El caso es que no me acuerdo de los números—dijo bruscamente, advertido por la presión de un pie y por la sonrisa que daba vuelta á la habitación.

Bajo la desagradable luz que le inundaba, Selden se había levantado y estrechaba la mano de Mrs. Fisher. La atmósfera de aquella casa le ahogaba, y preguntábase por qué había permanecido tanto tiempo.

En el umbral se detuvo, acordándose de una frase de Lily: «me parece que se pasa usted una gran parte del tiempo en el elemento que desaprueba».

Sí; pero... ¿qué es lo que le había llevado allí sino el deseo de verla? Aquel era el elemento de ella y no el suyo. Pero la sacaría, la llevaría «más allá»... Aquel *¡más allá!* que cerraba su carta era como una demanda de socorro. Sabía que la tarea de Perseo no ha terminado cuando ha quitado las cadenas de Andrómeda: porque los miembros de ésta se hallan entumecidos por la esclavitud, no puede levantarse ni andar, y la enlaza en sus brazos colgantes, mientras que él cae en tierra con su carga. Pues bien, Selden tenía fuerza para los dos: se la había dado la debilidad de ella. No se trataba, ¡ay!, de remontar una corriente de ondas puras; tenían que atravesar una charca llena de asociaciones de ideas y de antiguas costumbres, y por el momento los vapores de aquella charca se le agarraban á la garganta. Pero vería más claro, respiraría más libremente en presencia de la joven; era ésta á la vez el peso muerto sobre el pecho y la tabla de salvación que les haría abordar á tierra firme... Sonrió ante el torbellino de metáforas con que trataba de construirse un baluarte contra las influencias de última hora. ¿No sería triste que él, conociendo los motivos complejos en que descansan los juicios mundanos, pudiese sufrir todavía su autoridad de esa manera? ¿Cómo podría elevar á Lily á una visión más libre de la vida si la imagen que él mismo tenía de ella estaba matizada por cada espíritu en donde la viera reflejada?

La opresión moral le había suscitado la necesidad física de aire, y andaba abriendo sus pulmones al frío penetrante de la noche. En la esquina de la Quinta Avenida, Van Alstyne le llamó, se unió á él y le ofreció acompañarle.

—¿Camina usted? Es muy bueno para eliminar el humo. Desde que las mujeres se han puesto á fumar, vivimos en un baño de nicotina. Sería curioso estudiar el efecto del cigarrillo sobre las relaciones de los sexos. El humo es un disolvente casi tan grande como el divorcio: ambos tienden á perturbar la orientación moral...

Nada estaba menos en armonía con el humor de Selden como los aforismos de digestión de Van Alstyne; pero mientras que este último se limitase á generalidades, su oyente permanecía dueño de sus nervios... Afortunadamente, Van Alstyne estaba satisfecho de la manera con que resumía los fenómenos sociales, y con Selden por público, estaba deseoso de mostrar su perspicacia. Mrs. Fisher vivía en una calle del Este, cerca del parque, y al bajar los dos transeúntes por la Quinta Avenida, tres nuevos edificios de esta vía que cambiaba su aspecto provocaron los comentarios de Van Alstyne.

—Ahí tiene usted esta casa, Greiner... un típico peldaño de la escala social... El hombre que la construyó salía de un medio en el que ponen todos los platos á la vez en la mesa. Su fachada es un *menu* completo de arquitectura: si su dueño hubiera empleado un solo estilo, sus amigos hubiesen podido creer que le había faltado el dinero... No es una mala adquisición, sin embargo, para Rosedale: llama la atención y deslumbra al turista del Oeste... Poco á poco se saldrá de esta esfera, y querrá algo que la multitud no notará, pero ante la cual se pararán los iniciados... Sobre todo si se casa con mi inteligente prima...

Selden le interrumpió con esta pregunta:

—¿No le parece á usted que los Wéllington Bry son muy ingeniosos en su género?

Encontrábanse precisamente bajo la gran fachada blanca,

que, con la rica sobriedad de sus líneas, hacía pensar en un talle grueso hábilmente encorsetado.

—Este es otro peldaño; el deseo de demostrar que se ha estado en Europa y que se tiene un ideal... Estoy seguro de que Mrs. Bry considera su casa como una copia del Trianón; en América toda casa de mármol con mobiliario dorado pasa por ser una copia del Trianón... ¡Pero qué habilidad, no obstante, la de este arquitecto!... ¡Cómo sabe tomar la medida de su cliente!... Ha definido á Mrs. Bry por completo con el empleo que ha hecho del orden compuesto... Para los Trenor, si usted recuerda, el orden corintio... exuberante, pero fundado en los mejores precedentes. La casa de los Trenor es una de sus obras más felices; no parece una sala de banquetes... Me han dicho que Mrs. Trenor quería construir un nuevo salón de baile, y que porque ella y Gus no estaban de acuerdo en este punto es por lo que permanece ella en Bellomont... Las dimensiones de la sala de baile de los Bry deben de quitarla el sueño; puede usted tener la seguridad de que las conoce como si hubieran venido anoche con un metro en la mano... A propósito, ¿quién decía que estaba ella aquí?... ¿Esa joven Farish?... Yo sé que no está; Mrs. Stepney tenía razón; no hay luz, como usted ve... Gus debe habitar en la parte de atrás.

Habíase parado frente al ángulo ocupado por los Trenor, y Selden tuvo que hacer lo mismo... La casa aparecía ante ellos oscura y deshabitada; solamente una claridad oblonga encima de la puerta indicaba una presencia momentánea.

—Han comprado la casa trasera; lo que les da cincuenta pies sobre la calle lateral. Allí estará el salón de baile, unido á lo demás por una galería; la sala de billar, etc., encima. Les he aconsejado que muden la entrada y extiendan el salón á lo largo de la fachada de la Quinta Avenida; como ve usted, la puerta de entrada corresponde con las ventanas...

El bastón que Van Alstyne blandía para apoyar su demostración, bajó de repente ante una exclamación de sorpresa; abrióse la puerta, y dos figuras se destacaban sobre el fondo

luminoso del hall... En el mismo instante se detuvo un coche ante el umbral, y una de las dos figuras, flotante en una nube de telas, se dirigió hacia él, mientras que la otra, tosca y voluminosa, continuaba proyectándose en la luz.

Durante un interminable segundo, los dos espectadores del incidente permanecieron silenciosos; después la puerta se cerró, el coche se puso en marcha y toda la escena desapareció como por encanto.

Van Alstyne dejó caer su monóculo, y dijo en voz baja:

—Ni una palabra de esto, ¿eh, Selden?... Soy de la familia y sé que puedo contar con usted... Las apariencias engañan... y el alumbrado de la Quinta Avenida es tan defectuoso...

—Buenas noches—dijo Selden.

Y tomó bruscamente por la calle lateral, sin ver la mano que el otro le tendía.

***

A solas, con el beso de su primo, Gerty sumíase en sus pensamientos. También alguna otra vez la había besado, pero no con otra mujer en los labios. Si no hubiera sido por esto, ella hubiera podido irse tranquilamente á fondo y dar la bienvenida á la negra ola que la sumergiera. Pero ahora la ola negra despedía relámpagos gloriosos, y era más duro ahogarse ante el sol naciente que en las tinieblas. Gerty se tapó la cara para no ver la luz, pero ésta penetraba por todas las rendijas de su alma. ¡Había sabido ella sufrir tan bien, habíale parecido la vida tan sencilla y tan suficiente! ¿Por qué habrá venido él á turbarla con nuevas esperanzas? ¡Y Lily!... ¡Lily, su mejor amiga! Como mujer, acusaba á la mujer. Tal vez sin Lily, su sueño más preciado hubiera llegado á ser una realidad. Selden la había querido siempre; la comprendía y simpatizaba con la independencia modesta de su vida. Él, que tenía fama de pesarlo todo en la exacta balanza de su desdeñosa observación, la había siempre considerado con una sencillez benévola; ella no se había sentido intimidada nunca por la inteligencia de

él, porque en el corazón de él habíase siempre sentido como en su casa. Y ahora la echaban á fuera, ¡y era la mano de Lily la que la cerraba la puerta! ¡Lily, por cuya admisión abogara ella misma! La situación estaba iluminada por un lúgubre relámpago de ironía. Gerty conocía á Selden; comprendía que la inquebrantable fe que ella tenía en Lily había contribuído poderosamente á disipar las vacilaciones de aquél. Recordaba también cómo Lily le había hablado de él—veíase aproximándolos, haciéndoles conocerse mejor...—En cuanto á Selden, ignoraba sin duda la herida que infería; jamás había adivinado el ridículo secreto; pero Lily... Lily no podía dejar de saber... ¿Cuándo se engaña una mujer en estos asuntos? Y, si lo sabía, deliberadamente había despojado á su amiga, y nada más que por el gusto de ejercer su poder, puesto que, aun en el estado de repetidos y furiosos celos en que se encontraba Gerty, le parecía imposible que Lily pudiera desear el casarse con Selden. Lily era tal vez incapaz de casarse por dinero; pero era igualmente incapaz de prescindir de él, y las ansiosas investigaciones de Selden sobre las pequeñas economías de un ama de casa le hacían aparecer á los ojos de Gerty tan trágicamente engañado como ella misma...

Permaneció largo tiempo todavía en su salita, en donde las brasas enfriadas se ponían grises y la lámpara palidecía bajo su coquetona pantalla. Precisamente á su pie estaba el retrato de Lily Bart, dirigiendo una mirada de emperadora á toda la modestia de la habitación. ¿Podía Selden representársela en un hogar semejante?... Gerty sintió toda la pobreza, toda la insignificancia de su medio; vió su vida tal como debía de verla Lily. Y acudió á su memoria la crueldad de los juicios de su amiga. Vió que había revestido á su ídolo de atributos que ella misma había fabricado. ¿Cuándo Lily había realmente sentido, compadecido ó comprendido? Todo lo que necesitaba era gustar de nuevas emociones. Gerty la concibió como una criatura cruel dispuesta á hacer experimentos en un laboratorio.

El reloj dió la hora, y Gerty se levantó de un salto. Estaba

citada al día siguiente muy temprano con una visitadora del distrito, en el barrio del Este. Apagó la lámpara, tapó el fuego y se fué á su cuarto para acostarse. En el espejito de su tocador veía reflejada su cara sobre el fondo tenebroso del cuarto, y las lágrimas borraron el reflejo...

¿Qué derecho tenía ella para soñar con los sueños de la belleza? Un triste rostro entrañaba un triste destino. Lloró dulcemente, mientras se desnudaba; dobló sus ropas con su precisión habitual, arreglándolo todo para el día siguiente, en que tendría que reanudar su vida como si nada hubiera venido á interrumpir su rutina. La criada no venía hasta las ocho: Gerty preparó la bandeja del te y la colocó cerca de su cama. Después cerró la puerta con llave, apagó la vela y se acostó. Pero el sueño no quería venir y se encontraba ella frente al hecho de que odiaba á Lily Bart. Esto la oprimía en la oscuridad como algún mal deforme con el que hay que luchar á ciegas. Razón, juicio, renunciamiento, todas las sanas fuerzas del día batíanse en retirada ante el rudo instinto de conservación. Ella deseaba la felicidad; la deseaba con tanta ansia y sin más escrúpulos que Lily, pero sin el poder de Lily para obtenerla. Y consciente de su impotencia, se estremecía y odiaba á su amiga...

Un campanillazo la hizo ponerse en pie; encendió un fósforo y se quedó escuchando. Su corazón, durante algunos segundos, latió azorado; pero se acordó de que semejantes llamadas no tenían nada de extraordinario en su obra de caridad. Se puso una bata, acudió á abrir y se encontró en presencia de la radiante Lily Bart.

El primer movimiento de Gerty fué un movimiento de repulsión. Retrocedió como si la presencia de Lily arrojara una luz demasiado brusca sobre su propia miseria. Luego oyó su nombre en un gritó, entrevió el rostro de su amiga y se sintió enlazada y estrechada por ella.

—¡Lily!... ¿qué pasa?

Miss Bart la soltó y permaneció en pie con la respiración

entrecortada de quien ha alcanzado un amparo después de una larga carrera.

—¡Tenía tanto frío! No podía volver á casa... ¿Tiene usted fuego?

La compasión de Gerty, respondiendo al rápido llamamiento de la costumbre, disipó todas sus repugnancias. Lily no era más que un sér que tenía necesidad de ayuda, sin que fuera aquel el momento de preguntar el motivo. La simpatía disciplinada detuvo el asombro en los labios de Gerty; sin decir nada, llevó á su amiga á la salita y la hizo sentar junto á la apagada chimenea.

—Hay astillas: dentro de un minuto estará encendido...

Se agachó y no tardó en brotar la llama. Las dos jóvenes se miraron en silencio, y después repitió Lily:

—No podía volver á casa.

—No, querida, no... Tiene usted frío y está usted cansada... Tranquilícese, voy á hacerla té.

Gerty había recobrado el tono calmante de su profesión. Todo sentimiento personal desaparecía ante los deberes de su ministerio, y la experiencia le había enseñado que la sangre debe ser contenida antes de sondar la herida.

Lily estaba inclinada hacia el fuego, y el ruido de las tazas la calmaba como los ruidos familiares adormecen á un niño á quien el silencio ha tenido despierto. Pero cuando Gerty se acercó con el té, ella lo rechazó, y dijo:

—He venido porque no podía soportar el estar sola.

Gerty dejó la taza y se arrodilló junto á su amiga.

—¿Qué le ha sucedido á usted, Lily? ¿Puede usted decírmelo?

—No podía soportar el permanecer despierta en mi cuarto hasta mañana... Detesto mi cuarto de casa de tía Julia... y por eso he venido.

Se irguió bruscamente, saliendo de su apatía, y se abrazó á Gerty, en un nuevo acceso de ternura.

—¡Oh, Gerty! Las furias... ¿conoce usted el ruido de sus

alas cuando una está sola por la noche en la oscuridad?... Pero usted no puede saberlo... no hay nada que pueda hacer las tinieblas espantosas para usted...

Estas palabras arrancaron á Gerty un murmullo de amargura, pero Lily, bajo el peso de su propia miseria, era ciega á todo lo demás.

—¿Me permite usted que me quede?... De día no tendré miedo... ¿Es tarde?... Debe de ser abominable no poder dormir... todos los objetos parece que cobran vida y la miran á una...

Mis Farish la cogió sus temblorosas manos.

—Lily, míreme. ¿Qué le ha sucedido á usted? Está usted asustada... ¿Qué es lo que la ha pasado?... Dígamelo por si puedo ayudarla.

Lily meneó la cabeza.

—No he tenido miedo: no es esa la palabra... ¿Puede usted imaginar el mirarse una mañana en el espejo y encontrarse desfigurada? ¿el percibir algún cambio espantoso durante el sueño? Pues bien; ese es el efecto que me trazo á mí misma... No puedo soportar el verme en mis propios pensamientos... Ya sabe usted que odio la fealdad..., que siempre me ha repugnado... Pero no puedo explicarla... no me comprendería usted.

Alzó la cabeza, y sus ojos se encontraron con el reloj.

—¡Qué larga es la noche!.. Y sé que tampoco podré dormir mañana... Me han dicho que mi padre permanecía á menudo noches enteras sin dormir y pensando en cosas terribles... Y no era malo, no era más que desgraciado... Ahora comprendo lo que debió de sufrir á solas con sus pensamientos... Pero yo, yo soy mala... soy una mala muchacha... todos mis pensamientos son malos... Siempre he tenido malas personas á mi alrededor... ¿Es esto una excusa?... Yo creía poder dirigir mi vida... Era orgullosa... muy orgullosa... pero ahora estoy á su nivel...

Y sacudiéronla los sollozos. Gerty continuaba arrodillada á su lado, esperando, pacientemente, á que pasara la crisis.

Pensó al principio en algún accidente físico, en algún peligro corrido en las calles, porque presumía que Lily venía de casa de Miss Fisher; pero ahora veía que la agitación procedía de otra causa, y su espíritu temblaba ante las conjeturas.

Lily contuvo sus sollozos, y dijo:

—Entre sus protegidas hay muchas muchachas. Dígame... ¿se levantan alguna vez? ¿Pueden olvidar y volver á ser lo que fueron antes?

—¡No hable usted así, Lily! Está usted desvariando.

—¿Acaso no van de mal en peor?...

Hubo una pausa; Lily estiró los brazos, como en un exceso de cansancio físico, y añadió:

—Vaya usted á acostarse, Gerty. Tiene usted mucho que trabajar y se levanta temprano. Yo me quedaré aquí junto al fuego; déjeme usted luz y no cierre la puerta de su cuarto. Todo lo que necesito es sentirla cerca de mí.

Puso ambas manos en los hombros de Gerty, con una sonrisa que era como un amanecer sobre un mar lleno de restos náufragos.

—No puedo dejarla, Lily. Venga usted á acostarse en mi cama. Tiene usted las manos heladas, es preciso que se desnude y se caliente... ¿Pero y Mrs. Peniston?... Es más de media noche. ¿Qué va á pensar?

—Se acuesta sin esperarme. Yo tengo una llave. No quiero volver.

—Está bien; se quedará usted aquí. Pero es preciso que me diga usted en dónde ha estado. Le hará bien el hablar, aliviará su pobre cabeza... Oígame... usted había ido á comer á casa de Carry Fisher.

Gerty hizo una pausa, y añadió en un relámpago de heroísmo:

—Lawrence Selden salió de aquí para ir á buscar á usted.

Al oir esto, el rostro de Lily se transformó; sus labios temblaron y sus ojos se agrandaron.

—¿Ha ido á buscarme?... Y yo no estaba... ¡Oh Gerty! Ha

querido venir en mi ayuda. Bien me lo dijo... me advertía hace tiempo... preveía que yo había de llegar á hacerme aborrecible á mis propios ojos.

El nombre de Selden, como Gerty lo observaba con el corazón angustiado, había abierto en el alma seca de su amiga las fuentes de piedad hacia ella misma, y, lágrima á lágrima, Lily explayó todo su dolor. Se dejó caer en una butaca con la cabeza entre las manos, y así permaneció largo tiempo. De repente se puso en pié, y cogiendo fuertemente á Gerty por un brazó, exclamó:

—Gerty, usted le conoce... usted le comprende... dígame... si yo fuese á él, si le contase todo... si le dijese: «Soy muy mala por naturaleza... tengo necesidad de admiración, tengo necesidad de excitaciones, tengo necesidad de dinero... ¡Sí, de dinero!... esta es mi vergüenza, Gerty... y esto se sabe, eso es lo que se dice de mí, eso es lo que los hombres piensan de mí... Si se lo dijese todo, si le contase toda la historia... si le dijera sencillamente que he descendido más bajo que las peores, porque he tomado lo que ellas toman y no he pagado como ellas pagan... ¡Oh Gerty! Usted le conoce, usted puede hablar por él; si le dijese todo esto, ¿me odiaría? ¿O bien tendría compasión de mí, me comprendería y me salvaría de mi propio odio?

Gerty estaba fría é impasible. Sabía que la hora de la prueba había llegado para ella, y su pobre corazón luchaba furiosamente contra el destino. Como un río sombrío que corre bajo el resplandor del rayo, vió que sus probabilidades de dicha pasaban en un relámpago de tentación. ¿Quién la impedía decir: «Es como los demás hombres»? Después de todo, no estaba tan segura de él. Pero el obrar de esta suerte era injuriar á su amor. Ella no podía ver á Selden sino bajo su aspecto más noble; necesitaba creer en él tanto como le quería. Así fué que al fin contestó:

—Sí, le conozco, la ayudará á usted.

Y, un momento después, Lily lloraba toda su pasión sobre el pecho de Gerty.

No había más que una cama en la habitación, y las dos jóvenes se acostaron juntas, después de haber aflojado Gerty el vestido de Lily y de haber hecho que tomase un sorbo de té caliente. Una vez apagada la luz, permanecieron silenciosas en la oscuridad, procurando Gerty evitar el contacto de su compañera. Sabía que á Lily no la gustaba que la acariciasen, y hacía mucho tiempo que había puesto un freno á sus demostraciones de ternura para con su amiga. Pero, aquella noche, todas las fibras de su cuerpo repugnaban la proximidad de Lily; la hubiera sido un tormento escuchar su respiración. Al volverse una vez Lily para acomodarse en un reposo más completo, un mechón de sus cabellos acarició la mejilla de Gerty; todo en ella era tibio, suave y perfumado; las mismas señales de su pena la embellecían como las gotas de lluvia embellecen á la rosa. Gerty, que permanecía inmóvil, con los brazos pegados al cuerpo, en la rígida actitud de una efigie funeraria, sintió de pronto un tumulto de sollozos, y Lily, alargando su mano, buscó á tientas la de su amiga y la estrechó convulsa.

—Téngame usted, Gerty, téngame, ó pensaré en esas cosas—gimió ella.

Y Gerty, en silencio, deslizó su brazo bajo el cuello de la joven, haciendo de él como una almohada para su cabeza, á la manera que una madre hace un nido para su hijo que se agita. Lily descansó tranquila en aquel hueco tibio, y su respiración se hizo poco á poco lenta y regular. Su mano continuaba agarrada á la de Gerty como para librarse de malos sueños; pero no tardó en aflojarse la presión de sus dedos, su cabeza se apoyó con mayor aplomo en el brazo de su amiga, y Gerty sintió que Lily se había quedado dormida.

EDIT WHARTON

(Continuará.)

LA REALIDAD

La realidad, como causa, produce sus efectos naturales. Tal ha sucedido planteándose problemas sociales, de carácter internacionalista, por la clase obrera de Bruselas. En la capital de Bélgica, esta nación, con una actividad industrial potentísima, Vaillant, entonces (año 1906), presentó una moción, que fué aprobada por los representantes congregados del partido nacionalista internacional, á saber: «Desde el momento en que los sucesos, públicos ó secretos, puedan hacer temer un conflicto entre Gobiernos, y hacer que la guerra sea posible ó probable, los partidos socialistas de los países interesados deberán inmediatamente, por invitación de la Oficina socialista internacional, ponerse en relación directa, al efecto de determinar y concertar los medios de acción obreros y socialistas comunes y combinados, para prevenir é impedir la guerra.»

Resulta que España tiene su historia propia, como las demás naciones tienen la suya. España no ha sido extraña á la Escolástica y al Renacimiento. Pero ha tenido que ocuparse de su Reconquista (nada agradecida por Europa), y ha tenido que corresponder al descubrimiento de América, conquistándola para Europa. Esta, tomando distinto camino que España, aquel camino despejado de prejuicios, con los que ha tenido que luchar España. Lo que era natural ha resultado. Los anglo-sajones, que hubieron de abandonar á Inglaterra, expulsados por la

intransigencia, con ella pisaron América y exterminaron cuanto podía oponerse á su marcha invasora. Ante la naturaleza se entregaron al trabajo y á enriquecerse, sin dejar de ser conquistadores intransigentes. El estudio práctico (ciencias físicas y naturales) dió riquezas; éstas cada día en mayor escala, sin cortapisas tradicionales. Precisamente las que tanto han entorpecido á España.

Con el ejemplo ha enseñado el pueblo de los Estados Unidos á aumentar la fortuna nacional. No puede decirse, con todas sus consecuencias, que la nación yanqui ha centralizado riquezas; sí puede decirse que ha condensado riquezas; el cúmulo de éstas ha llegado á una cantidad maravillosa. Ejemplos: Harriman, llamado rey de los Caminos de Hierro. Otros reyes de la industria, como Price y como Jeadley, en las oscilaciones industriales, recogieron pingües ganancias en plazo brevísimo. Mas como se opera en gran escala y rapidísimamente, y se dan casos violentos de que suba el algodón ó que baje el trigo, al especulador tocan inmediatamente las consecuencias. Estas arrojan á veces una diferencia de 200 millones de pesetas. Mas ¿no es cierto que en el año 1909 Rockefeller se ha desprendido de cantidades que calculan algunos en 60 millones de pesetas?; y también se calculan los donativos hechos por distintos millonarios en una suma alrededor de 750 millones de pesetas destinados á intereses públicos. A Rockefeller secunda, entre otros, Carnegie, de quien se dice que ha sido donante, en el año 1909, de 23 millones de pesetas, atribuyendo á sus liberalidades sumas importantísimas.

A Carnegie se atribuye que los Estados Unidos sean: «El Gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, y que el voto de un Emerson ó de un Licoln no pesa más que el de un *pobre negro.*» Sin embargo, la Constitución americana es la obra más sorprendente que jamás haya salido de cerebro humano, en opinión de Gladstone.

Este extraordinario estadista, contra quien se levantan enemigos de su patriótica y sabia escuela, respecto á los yan-

quis, su lección es, y la experiencia la comprueba, que el país moderno donde pueden formarse grandes fortunas, ese país es el que da más de sí para centros docentes, establecimientos caritativos, fundaciones piadosas y mejoras materiales. Y es que el individualismo que sobresale da espléndidamente para todo, si del trabajo procede su origen. El trabajo, del que dice Chaming: «Se ha descubierto que el trabajo es el más poderoso de los conquistadores; el que da á las naciones la riqueza y la fuerza con mayor seguridad que las batallas.»

Sólo que éstas, á veces, son inevitables como medio de que pueda llegar un día que sea posible cerrar las puertas del templo de *Jano,* como lo consiguió Octavio Augusto en Roma.

Entretanto, el esfuerzo, la constancia, el crédito, el acierto, tienen que concurrir para el fin apetecido. España aprenda y practique, para utilizar las consecuencias de la estadística siguiente:

CONSUMO POR HABITANTE Y AÑO

	Estados Unidos.	Inglaterra.	España.
Carbón, kilogramos.....	3.500	5.000	200
Hierro.....	140	125	12
Carne.....	60	50	8
Azúcar.....	60	60	5

Datos que pueden servir, por lo menos, para formar una idea aproximada de la realidad. Como no es menos real que España, en esos cuatro consumos, ha aumentado considerablemente.

Roma, como quiso ser fuente de derecho, lo quiso ser de monopolio de las riquezas de sus dominios; y esto originó muchos conflictos, en los que el pueblo tomó parte muy activa. El caso se ha repetido, y en algunos casos muy funestamente. Ejem-

plo: Francia, que al querer Luis XVI dar orden ó reglamentar la Hacienda francesa, suscitó las cuestiones que tomaron estado el año 1789. Necker, con toda su buena voluntad y prudentes aptitudes, sin embargo, fué arrollado por la Revolución que perseguía fines más positivos, al menos por el momento. Después que los Estuardos presenciaron, cómplices, la desviación de la *declaración* de derechos, apercibidos los ingleses, quisieron ocuparse de los gastos, ó sea presupuestos del Estado, clasificados, para introducir reformas y supresiones en algunos capítulos.

Inglaterra, que ha podido monopolizar el mercado universal desde su triunfo de Trafalgar; desde que se abrió camino por el Istmo de Suez para frecuentar mejor el imperio de sus colonias asiáticas; desde que dominó la insurrección del Transvaal, y desde que pudo llegar á una inteligencia con los Estados Unidos. Sin embargo, Inglaterra sigue alterada su tranquilidad interior por los rozamientos que sufren sus Cámaras parlamentarias. La de los Comunes pretende ser árbitra en aquello que no quiere concedérselo la de los Lores. En ésta, las reformas introducidas en proyectos de una vez formulados, que son: tarifas sobre la propiedad inmueble, impuestos sobre las rentas, derechos sobre las sucesiones, gravámenes sobre las bebidas. Tanta novedad, sin ser meramente económica, que participa de ella la política. Pues, después de todo, es la actual consecuencia legítima de lo que sucedió el año 1832, cuando se votó la radical reforma electoral; que aumentaban en gran número los electores, siendo éstos, en general, con tendencias á establecer reformas en sentido democrático.

No es posible en este mundo vivir en santa calma, como dijo un día Boccacio, y de distinta manera ha vertido la idea Espronceda.

Primero Montesquieu, después Thiers, ahora Lloyd Georges y Millet, señalan horizontes y peligros económicos, como los señalaron un día en España Figuerola y Villaverde. En Inglaterra, la Cámara de los Comunes quiere que desaparezca

toda sombra de privilegios aristocráticos. Por instinto de conservación, la Cámara de los Lores no se aviene á ceder en sus derechos históricos. Estos, que empezaron á verse vulnerados en el siglo XIII; que se abrieron paso franco al empezar la guerra de los cien años, y que á mediados del siglo XIV se consiguió aquella reunión de los Comunes en la Abadía de Wéstminster. Por aquello de que la justicia, apoyada por la razón, acaba siempre su misión formándose un estado de derecho que responde á las necesidades legítimas de la época, en armonía los intereses unos con otros, hasta donde es posible en lo humano.

En los principios del siglo XV, la Cámara de los Comunes hizo más, que fué protestar de la aprobación de subsidios, acordados por los lores á favor de la Corona sin la intervención de la Cámara popular. Así fué preparándose aquella revolución inglesa del siglo XVII, que fortaleció tanto la representación parlamentaria del pueblo inglés, y que es actualmente fortaleza formidable desde la que defiende Asquith sus planes financieros. Sin que pueda decirse que la Cámara de los Lores haya abandonado en ningún momento su defensa desde la brecha asediada; y se prueba esto con lo que sucedió el año 1860, cuando el bill sobre la supresión de los derechos de entrada del papel en Inglaterra.

El derecho natural, por lo mismo que aparece lenta su acción, es más eficaz su sanción. Obra del tiempo tiene que ser, que la opinión declare condenado el monopolio á favor de los menos en contra de los más.

El pensamiento de Gladstone en el batallador ministerio de Pálmerston salió triunfante. El porvenir sólo Dios lo sabe. Hasta ahora sabemos que el año 1894 la Cámara de los Lores aceptó un presupuesto del Estado liberal; presupuesto que tuvo sus consecuencias el año 1909, afirmándose la teoría (acertada ó sin serlo), como principio, de la gradación en el impuesto sobre herencias. Entonces, esto es, el año 1894, fué cuando Salisbury pronunció estas palabras: «La Cámara de los Lores debe

conservar incólumes todos sus derechos legislativos, única manera de saber cuándo convendrá al *bien de la patria* ejercerlos.» El caso de la discusión de la enmienda sobre el *Money Bill* promovió importante discusión respecto á los derechos de cada Cámara. Siempre influyendo la reforma de 1832, que repercutió sobre 1860, parapetándose la Cámara popular en su soberanía adquirida, cuyo campeón es ahora M. Lloyde George, afirmándose en el progreso legal.

El conflicto se ha complicado, por la parte que toma en él la Iglesia anglicana, interesada en la industria de las bebidas.

Lord Cromer ha llamado la atención patrióticamente al decir: «El primer deber de la nación es velar por su propia seguridad: que esto no se pierda de vista en el curso de la lucha electoral.» Rosebery ha dicho: «Las amenazas que nos han sido dirigidas proceden de una escuela que desea el gobierno de una sola Cámara.» Precisamente cuando Francia, republicana, tiene dos Cámaras, Gobiernos socialistas; y cuanto en la esfera política rinde tributo á una libertad de pensamiento radical. Tan radical es, que en muchos casos está expuesto á riesgos internacionales, á peligros para la propiedad y á colisiones de clases. Pues en Inglaterra la lucha de los partidos políticos tiene por emblema el presupuesto del Estado; mas en el fondo hay pensamientos anárquicos, en cuanto se trata de algo que no es la evolución propiamente dicha.

Claro está que el unionismo y las *Tariff Reform* son, á manera de salvaguardia, utilizables en la lucha constitucional inglesa como en cualquier otro país. Mas el ejemplo de Francia, el de los Estados Unidos, respecto á la supresión de los Pares, es de mucha fuerza. En España recordamos que, más de una vez, el Senado ha servido para contener y extinguir desmanes gubernamentales, que no ha podido conseguirlo el Congreso. De ahí que sea teoría moderna, aceptada por los mayores estadistas, considerar á la Alta Cámara á manera de instrumento del *referendum*. Algo así como sucede en Suiza. El caso es contener los arrebatos de las pasiones, modificar los impulsos

del egoísmo, desviar los vilipendios para que pueda vivir sereno el criterio, conseguir que sean oídos los consejos de la prudencia.

¡Ah! Si el bello sexo yanqui se desimpresionase de Europa, por lo que respecta al verdadero sentido que debe darse á determinados especuladores de la tragedia social.

Efectivamente.

Forman época lo que ha sido llamado *contratos internacionales modernistas,* refiriéndose á enlaces matrimoniales, en los que figuran mujeres millonarias de los Estados Unidos, con hombres europeos de títulos nobiliarios. Lo que pudiera llamarse «signo de los tiempos». Las inmensas riquezas acumuladas por yanquis privilegiados de la fortuna, que ha favorecido á los Morton, Stokes, Patterson, Flaggin, Iznaga, Ward, Mackay, Heine, Vanderbilt, Gould etc., etc. Pero como la *fortuna* tiene variedad de formas, y la verdadera no es precisamente la que está basada en los intereses materiales, resultan errores, de muy lamentables consecuencias, entre esos intereses y los morales. En los primeros, por el cálculo sobre *dollars;* en los segundos, por descuidarles y no rendirles la primacía del homenaje. Nueva York, emporio del comercio; Chicago, emporio de la industria; Nueva Orleans, por su ventajosa posición. Todo pesa en la vida de la humanidad; pero es lo mejor de presente, y para el porvenir la moral. El tiempo hará ver mejor lo que son esos discursos electorales, en los que aparecen combatiéndose Balfour y Asquith. La lucha es entre tradicionalistas y progresistas.

Inglaterra, modelo político, no lo es más que relativamente. Como que no puede serlo de otro modo. Rosebery ha dicho públicamente á sus amigos que votasen con los unionistas; sin embargo, ha aconsejado también votar el presupuesto de sus adversarios, cuando la lucha estaba empeñada con apasionamiento. En el gran *meeting* en un *Skating Rink,* Asquith, sin tratar en primer término la cuestión constitucional, combate la actitud de Balfour, por lo que tiene, más que nada, de

actitud de partido político, actitud como si estuviera aconsejada por Maquiavelo, según aquello de que el fin justifica los medios, refiriéndose al supuesto verosímil de una guerra posible con Alemania, como queriendo apasionar el patriotismo inglés, á fin de que se oponga al *Tariff Reform*.

Asquisth, tratando de la cuestión de la marina de guerra, afirma: Que los liberales viven prevenidos y cuidan con entusiasmo de tomar medidas importantes, como se prueba que Inglaterra no ha estado jamás tan prevenida como lo está ahora para cualquier eventualidad bélica. Mas la verdad se impone. Y lo que resulta cierto es la cuestión batallona de la *Tariff Reform,* verdadero nudo gordiano. Claro está que se relaciona en importancia con lo que es, y representa ante el país la otra cuestión de *Freetrade,* complicándose el problema por la participación que tiene el proteccionismo, que se relaciona íntimamente con los artículos que son de primera necesidad para el pueblo. Porque no puede haber nada más absurdo que querer dar facilidades á la clase proletaria, aspirar á que la libertad sea un hecho en todas sus fases, pretender enlazar los intereses internacionales, manifestarse partidario de la justicia, y, sin embargo, poner trabas al comercio universal.

Con razón ha dicho Asquith á Chamberlain: «Hubo un tiempo en el que se calificaba de crueldad poner trabas, esto es, derechos arancelarios á la importación de trigos extranjeros en Inglaterra.» Y ahora se lanza la opinión de imponerles aquellos derechos. Entonces, ¿de qué sirven los trabajos plausibles diplomáticos para sostener viva la *entente cordiale* de nación á nación? ¿De qué las aspiraciones de quitar todo motín y protesta á la clase popular, cuando dice, airada, que no puede cubrir sus necesidades legítimas en la vida de ciudadano libre.

Asquith hizo un llamamiento á los liberales ante el pueblo congregado en *meeting*, aconsejándoles que no desistan de defender el derecho al que «los Pares han combatido durante siglos». «Derecho que está conquistado contra la Corona mis-

ma.» «El derecho de disponer libremente del dinero, que está cedido por el pueblo.»

Así sucede que Inglaterra se ve claramente cómo hace labor progresiva, contenida legalmente en el ejercicio de derechos aceptados por todos.

Lo que parece inverosímil, no lo es en realidad. Lo que pasa hoy es que la humanidad ha extendido sus horizontes intelectuales: abarca mucho más, en cierto modo, la inmensidad de derechos y de deberes. Por eso se da el caso de que Pierre Leroy-Beaulieu ha dicho en la Cámara, discutiendo el presupuesto francés de 1910: «Si queréis fácilmente realizar grandes economías, acometer la reforma de la ley de 1901.» Se refiere á gastos en cierto modo superfluos, aunque con tendencias socialistas. Leroy-Beaulieu recuerda lo que está dicho y menospreciado. Las transformaciones realizadas por los caminos de hierro, telégrafos, teléfonos, han debido de dar el resultado de verdaderas reformas administrativas, cosa que no ha tenido lugar. Al mismo tiempo añade: «Se nos dice que son necesarios 200 millones de francos de nuevos impuestos para asegurar el pago de los retiros obreros.»

Cuestión ésta por demás compleja, que se desvía de su cauce natural, por cuanto al Estado no corresponde que asegure la vida en existencia normal de ningún ciudadano. La ciudadanía no da derecho á esto, da garantías de otro orden. Corresponde á cada ciudadano pensar en el porvenir; corresponde á los patronos, en combinación con los obreros, asegurarles la vejez. Al Estado corresponde únicamente velar por el cumplimiento de lo que esté pactado. Al Estado incumbe indirectamente, por medio de leyes sabias, alejar al proletariado de las tabernas, cervecerías y cuantos centros puedan desviar de la moral universal. Al Estado corresponden las propagandas que difundan entre los ricos la predilección de cuidarse de las cla-

ses menesterosas, siendo uno de los medios suprimir gastos improductivos. Es preciso ver que la sociedad no se comprende bien organizada más que habiendo armonía de clases, girando cada una en su esfera propia, á la manera ordenada que nos enseña el sistema planetario, puesto en actividad maravillosa.

En los Estados Unidos, la opinión pública, formada por iniciativa particular, se ha visto conseguir la derrota de aquella calamidad municipal, conocida por el nombre de *Tammany Hall*, de Nueva York. Por más que si la derrota de esta institución corruptora ha sido por mayoría de votos, ha sido elegido alcalde, bajo la protección del *Tammany*, el juez Gaynor, por haberse dividido sus adversarios entre las candidaturas de Heard, periodista millonario, y Bannard, republicano. Eso sí, todos los cargos del presupuesto municipal han recaído en enemigos del Tammany. Importando saber que el presupuesto de Nueva York asciende á 1.000 millones de pesetas. Advirtiéndose que los yanquis, indiferentes más de lo necesario (dicen que por sentido práctico) á las cosas políticas, dejan hacer á los *politiciens* su sistema inmoral, que á la larga ha de dar malos frutos.

Parece más acertado lo que pasa en Suiza. Su presidente Comtesse, en reciente elección, durable todo el año 1910, ciudadano popularísimo en el Gobierno federal de su país, ha merecido el aplauso de toda la prensa helvética, sin excepción de matices. Cítase por uno de los periódicos que es más leído, y que ha escrito en sus columnas: «El nuevo Presidente, si bien la nieve blanquea sus cabellos, no llegó á enfriar su corazón.» Esto es, su corazón conserva aquella lozanía que es propia del pensar honrado, que abunda tanto en la juventud, siquiera sea porque los desengaños no han agotado aún los entusiasmos hacia los ideales bellos. Por consiguiente, en este caso, la prensa periódica puede prestar un gran servicio nacional, al hacer ver diariamente la conducta digna de un Jefe de Estado. No puede haber algo ó mucho reprochable que delatan fre-

cuentemente los periódicos de gran circulación, de los hombres públicos de Londres, París, Berlín, etc., quienes á veces dependen de ellos los destinos de su patria.

Con más, por las muchas avenidas que tienen ahora la política y los intereses materiales, se suceden fácilmente las situaciones políticas, lo que causa gran desgracia nacional.

Ahora que los medios de información son muchos, siendo transmitidos rápidamente; así es que la estabilidad de los precios es poca, y eso que, para desventura de la mayor parte de los consumidores, la competencia queda limitada por los altos derechos arancelarios, aunque nunca puede ser tanta como la que había cuando Venecia y Génova monopolizaban los mercados del Mediterráneo, y no podía Europa surtirse de granos de la República Argentina, por ejemplo. España, con mercado proteccionista, los cultivadores del trigo, comprendiendo su misión y mirando por sus propios intereses, han mejorado el rendimiento perfeccionando el cultivo, pues treinta y seis provincias usan en gran cantidad los abonos minerales, y la maquinaria agrícola, aunque con lentitud, va extendiéndose; que no dejan de influir las enseñanzas de las Granjas Institutos, secundadas por los labradores que cultivan en gran escala. Según estadística publicada, las necesidades del consumo son: 56.377.006 fanegas; de éstas se necesitan para la siembra 11.465.596, resultando un superávit de 14.265.868 fanegas. Sobre un cálculo de producción anual (término medio) de 82 millones de fanegas, equivalentes á 45 millones de hectolitros, según cuadro estadístico que tiene publicado *El Norte de Castilla*.

Fija la atención que sean las provincias de mayor recolección Sevilla, Burgos, Toledo, Valladolid, Jaén, Salamanca, Badajoz. Y las provincias que aparecen con más extensión de tierras cultivadas por trigo resultan ser Toledo, Burgos, Sevilla, Valladolid, Salamanca, Jaén, Badajoz. Siendo de lamentar que el cultivo intensivo no sea de más importancia con respecto al extensivo. Lo que no es extraño, sabiéndose que hay

veinticuatro provincias donde no es conocida la institución de crédito agrícola. No obstante el benéfico ejemplo que dan, por tenerlas, Burgos, Cuenca, Palencia, Pontevedra, Salamanca, Segovia, Tarragona, Valladolid, Vizcaya, Zamora, Zaragoza. Y no hay que decir que otros muchos centros agrícolas del extranjero.

Sí, la asociación de la inteligencia, del capital, de la laboriosidad da ópimos frutos. Claro está, como haya buenos Gobiernos.

El porvenir se avecina con señales de peligros sociales; toda previsión es poca; los partidos políticos incurren en grandes responsabilidades, los publicistas de autoridad tienen el deber de dar la voz de alerta á la hora presente para que no suene en alguna posterior la campana de arrebato, que señalará entonces la hora fatídica para ricos y pobres en la agitación universal.

Cada vez se acentúan más los precios del trigo. La relación del «quarter» es de 290 litros. En el año 1907-08, la importación en Inglaterra fué de 26 millones de quarters; en el año 1908-09, fué la importación de 24 millones. Pero ha tenido Inglaterra que reconstituir con creces sus stocks. Alemania, que importó 7 millones en 1908-09, en el año 1909-10 está calculado que necesitará 10 millones para completar su consumo en el año corriente. Además de las contingencias de que las cosechas sean medianas, por las oscilaciones naturales en el promedio de cosecha que pudo haber en Rusia, en la India, Argentina y Australia. Según las informaciones, resulta que el consumo del trigo aumenta á medida que aumenta el refinamiento de la civilización; no olvidándose cuántos millones de habitantes tiene nuestro globo, algunos de ellos muy aproximados ya á una situación de cultura que pide de ésta las mayores ventajas. En Méjico se señala una firmeza en los precios del trigo; los productores no manifiestan señales de debilidad. Antes al contrario, los grandes intermediarios entre productor y consumidor creen en un alza que por lo me-

nos no corra peligro de disminuir rápida é inmediatamente.

Indudable es que el tráfico, en general, da señales de engrandecimiento, por ser las facilidades industriales mayores; la actividad se revela en aumento, y el goce de más necesidades viene en progresión ascendente. Esto no estará en España en la proporción que resulta en otros países; pero que el desarrollo mercantil es un hecho, no cabe duda. La misma competencia en que están Hamburgo y Amberes, la que sostienen Inglaterra y Alemania, la lucha empeñada que tiene Francia en Buenos Aires, las rivalidades que existen entre italianos y españoles en la América latina; Chicago, que está empeñada en sostener su primacía por los mercados de los Estados Unidos. Todo demuestra lo que es la época presente en orden á los intereses materiales. Hace poco más de un siglo, en España no había para el tráfico con América otros puertos de tráfico importante que Barcelona, Cádiz y Sevilla; ahora, ¿cuánto mayor no es su número? Los monarcas alemán y belga han intervenido en los tratos que mediaron para adquirir los belgas una flota de trasatlánticos de los alemanes. Por la lucha de puertos que se ha entablado en los mares del Norte de Europa. La resolución arbitral no ha satisfecho del todo.

Seguramente que la influencia del trabajo podrá conseguir mucho para evitar guerras como las anteriores, de deplorables consecuencias.

¿Cuándo se ha visto en España cuidarse de la estadística general con el esmero de detalles que se tiene ahora? Ni en los tiempos de Columela, de Floridablanca, de Jovellanos, de Caballero, de Bravo Murillo, etc., etc. Por fin, ha llegado el día que se ha comprendido que si la estadística no es ciencia, ayuda á serlo á todas las ciencias morales y políticas. La estadística da luz para ver la actividad económica, las energías individuales y colectivas, los errores ó aciertos de los gobernantes, los extravíos ó luminosos pensamientos de los publicistas. La realidad en sentido práctico se impone, y las informaciones se comprueban minuciosamente. Se rectifican los

errores de cálculo, se cuida de prever las contingencias de las cosechas y, hasta donde es posible, se atiende á los riesgos de las crisis fabriles.

Pónese atención á los acontecimientos nacionales y extranjeros, por lo que tiene de peligrosa la política.

Siempre habrá que tener presente que el consumo de trigo está contenido, por no poder el mayor número de consumidores comprar todo el necesario para una buena alimentación.

Con esto se relaciona nuestra exportación á Francia de muchos artículos que se puede con ellos tener un monopolio legítimo; que en esto de los monopolios puede haberlos por privilegio de la naturaleza (derecho natural) y por privilegio que otorgue el Estado (privilegio positivo). Tal sucede en el segundo caso con las patatas tempranas, uvas de mesa, higos, almendras y melones. Las almendras, exportación importantísima, que de pagar por derechos arancelarios 5 y 3 francos, según la columna arancelaria, pagarán en adelante 10 y 3. El aumento de derechos es desde 30 por 100 hasta 300 por 100. Elevación que no puede justificarse á nombre de la libertad, puesto que equivale á la prohibición. Así resulta la inconsecuencia socialista, y la conculcación de los fueros, que son peculiares de las libertades racionales, en la liberal Francia.

Los tratados de comercio, ¿cómo hacerlos posibles con tanta exageración universal? La paz de los pueblos, ¿cómo conseguirla con la malhadada guerra de tarifas? En España se ha reunido en Alcira la Federación agraria de Levante; hubo numeroso concurso de representaciones personales y colectivas. Se citó el caso de haberse legislado acerca del trabajo de los obreros del taller, sin acordarse de los trabajadores del campo, siendo así que la agricultura contribuye mucho más á las cargas del Estado que la industria. Se añadió la protesta justificada contra el industrialismo regional. Se repitió la recomendación de los tratados de comercio. Pero en España suce-

de, poco más ó menos como en las demás naciones, que es dificultad insuperable el Tratado comercial, por superar á las demás influencias, alguna ó algunas, que imponen decisivamente sus intereses á los ajenos. Dándose lugar al comercio ilícito, que fomenta la inmoralidad, hace odiosos á los más opulentos industriales, y vive latente la antipatía de clases.

La injusticia se hace notoria, y los Gobiernos han de luchar gastándose sus prestigios, al ocuparse, por ejemplo, del desacuerdo de los madereros fabricantes de envases de Cataluña, con los exportadores de frutas de Levante, con motivo de solicitar éstos que se les facilite la importación de envases extranjeros. El caso de los Estados Unidos no es aplicable á España ampliamente. Pues aunque en ésta han mejorado los jornales, no se puede decir que suceda como en aquella nación americana, de tan gran potencia industrial, favorecida por dos mares; donde cada día aumenta la demanda de brazos; donde las *Trade Unions* cuidan espléndidamente de sus asociados; donde los salarios crece su cuantía, calculándoseles un término medio de 90 pesetas semanales, y rigiendo en todo su vigor la ley del descanso dominical. Está calculado que miles de obreros ganan 15 pesetas diarias en las industrias superiores. ¡Ah, si fuese un hecho la libertad que está sancionada por la justicia!

Con tener el metal amarillo la doble representación de mercancía y de moneda, sin embargo, en el tráfico y transacciones que se hacen de ese metal se ve la necesidad que existe de no levantarle barreras de mercado á mercado nacional, ni del extranjero al extranjero, ni de continente á continente. Con ser los conflictos frecuentes y de importancia. ¡Ay si no se dejase expedito el camino al oro, para corresponder á la demanda con la oferta! Se confirma la importancia del mercado universal oro, que en el año 1909 aumentó de valor el *Stock* mundial en unos 2.000 millones de pesetas, según *Wall Street Journal*. Y según esta publicación, la existencia de oro está representada en la forma siguiente:

Estados Unidos	8.250 millones.
Francia	5.600 »
Alemania	5.550 »
Rusia	4.520 »
Inglaterra	2.860 »
Otros países	10.225 »

A veces no cabe duda de que la circulación fiduciaria influye desdichadamente en el curso de los mercados. Tal es el caso de España, que no obstante tener existencias, que son relativamente importantes, de metal amarillo en las cajas de su Banco nacional, como éstas no se abren para servir al público, para éste es como si no hubiesen las existencias. Precisamente lo que exige más expedita circulación es la moneda.

Sin que con ello tengan inmediata relación los presupuestos del Estado. En España, por ejemplo, éstos importaron las cantidades siguientes:

AÑOS	Ingresos.	Gastos.	
1857.....	496.768.301	480.825.148	Demostración, aumento de riqueza.
1890.....	844.832.310	821.867.497	

Los cambios de España con el extranjero siguieron su curso independiente, y con fatal independencia llegaron á ser ruinosos en su grado máximo. Pasa con esto, que se cumple la ley económica, como sucede con los intereses de Deuda pública por gastos improductivos. Así España ha llegado á pagar por su Deuda nacional, anualmente, muy cerca de 300 millones.

En fin, la *realidad* se impone. Y una de las imposiciones actuales es la de celebración de Congresos, como el llamado «Congreso profesional católico de Italia», que se ha celebrado en Milán. En él se trató de coordinar las ideas elementales de resistencia y de lucha de clases, con la lícita afirmación y la gradual conquista de derechos frente al capital. O sea, que la lucha de clases no sea por sí misma un fin. (Tan no lo es, que

de lo que se trata es evitar esa lucha por medio de transacciones circunstanciales.) Al mismo tiempo, que desaparezcan esos fines mal sanos que pueda tener el sindicalismo rojo, que es característico de las *Cámaras del Trabajo*, y por ende resulta la resistencia perturbadora. Unas veces manifestada por anarquismo político, otras por corrientes materialistas industriales, algunas por pasiones anticlericales, no pocas por instintos revolucionarios y hasta por supina ignorancia económica.

La realidad se presenta evidente, cuando los egoísmos son brutales.

ANSELMO FUENTES

LA AMÉRICA MODERNA

La formación patriótica y moral en las escuelas argentinas.—La colaboración escolar.—Confraternidad franco-argentina en el homenaje al general San Martín.—La crisis nacional en Centro América. Tarifas americanas.—La comunidad moral. Conferencia internacional de las Repúblicas americanas y su programa.—Iberismo y americanismo.—Inmigración y colonización en la Argentina.

Los políticos americanos dan la importancia merecida á las cuestiones pedagógicas, y los pedagogos americanos no están exentos de una deseable y sana preocupación política. Para pueblos nuevos, con abundante población mestiza, que tienen importantes conglomerados de razas que les trae la inmigración, es esencialmente fundamental el procurar la formación del sentimiento patriótico para el mejor cumplimiento de los deberes cívicos. Esta exigencia es la que tienden á llenar las orientaciones de la enseñanza en la República Argentina, huyendo de la psicología de los extremos que se ha mostrado en dos épocas distintas en Francia.

Después del desastre sufrido por Francia, se pensó en la revancha, y se produjo así una especie de enseñanza militarista, que conducía lógicamente á la formación de un espíritu agresivo en los niños, cosa bien distinta de la acometividad mental, característica de los espíritus libres. He aquí un ejemplo.

M. Paul Bert, relator de la primera ley francesa de educación, se expresaba así en su informe:

«La educación militar es más importante que la educación civil; pues si de ésta puede depender la fortuna y la libertad

del país, de la educación militar puede depender, en cambio, su existencia y su honor.»

«Queremos fusiles para las escuelas; sí, el fusil, el pequeño fusil, que el niño aprenderá á manejar desde la escuela, cuyo uso será para él algo instintivo, que no olvidará jamás y que no tendrá necesidad de volver á aprender más tarde. Pues no debe olvidarse que ese niño es el ciudadano de mañana; y en todo ciudadano debe haber un soldado siempre alerta.»

La reacción de estas tendencias militaristas no se hizo esperar; los estadistas y los pedagogos han contribuído á ello.

Georges Leygnes, en *L'Escole et la Vie,* René Goblet, Devinat, Charles Dupuy, en discursos unos y en monografías otros, lo reconocen; y M. Laurín traduce el pensamiento así:

«La idea general y antigua que daba unidad moral á la enseñanza, era la idea de patria, la idea del desquite y la revancha; en el profesorado estaban los apóstoles más fervientes, los más convencidos de la necesidad de la revancha, cuando ella era la opinión general de los franceses.»

«Las obras clásicas de historia y de lectura, los trozos escogidos, los cantos á lo Déroulède, traducen bien este pensamiento. Pero todo esto ha cambiado con los años.» «Los maestros se han convertido en los más vibrantes apologistas de la paz, los más fervientes apóstoles de la ciudad de armonía y de justicia, y hay casi la misma unanimidad entre ellos para exaltar los sentimientos de humanitarismo, las ideas de paz, que la que existía hace menos de diez años para celebrar las excelencias de la patria y las glorias de la guerra.»

Se cayó, como se ve, en el extremo opuesto, en un internacionalismo antipatriótico, que provocaba una crisis de civismo verdaderamente amenazadora para la cohesión social. La reacción en Francia de estas tendencias é iniciación de una corriente en la pedagogía nacional, moral y patriótica, se demostró en la célebre interpelación del 3 de Junio de 1904, en la Cámara de Diputados francesa, sobre el internacionalismo en la escuela, donde Georges Grosgeau, M. Gauthier, M. Chau-

mié (ministro de I. P.), Maurice Cohir, Jaurés, mantuvieron á gran altura la discusión, triunfando por 468 votos contra 47 los que rechazaban las teorías antipatrióticas que los internacionalistas llevaron á las escuelas. Gustave Hervé representa el ángulo más saliente que resta en Francia de las direcciones antipatrióticas.

El espíritu de ponderación patriótica se ha de perseguir no solamente en la escuela oficial, sino también en la privada. Esto es, lo que tiende á conseguir la legislación de la Argentina. Dice Bismarck Lagos, inspector técnico general de escuelas particulares en la Argentina:

«La religión del deber, como piedra angular para la formación del carácter en el niño; la formación del carácter como cimiento de la educación cívica, y ésta como pedestal del ciudadano patriota, es el programa de educación moral que debe llenar la escuela.

»No queremos se infiltre en nuestros educandos la tendencia rechazada del militarismo, ni tampoco somos partidarios de las ideas avanzadas de humanitarismo; deseamos para la escuela argentina un término medio, en armonía con las ideas modernas, y teniendo por base los principios de la moral que legitima y aplaude la defensa del honor y de la patria, y que vitupera las guerras de conquista.»

.....

«La solución del problema de dar verdadero carácter nacional á la enseñanza en la escuela privada, en armonía con la amplia libertad de enseñar y aprender que acuerda nuestra carta fundamental, y sin herir intereses muy respetables de nacionalidad, la encontramos dentro de la Ley Nacional de Educación del 8 de Julio de 1884.»

He aquí una muestra de cómo se reflejan estas tendencias en los programas analíticos, reglamentando el mínimum de enseñanza que se ha de dar en las escuelas particulares en la Argentina. (Ley núm. 1.420, art. 6.°)

HISTORIA ARGENTINA

«Pequeñas narraciones, anécdotas y explicaciones sencillas tomadas de la Historia Nacional, tendientes á despertar en el niño el interés, el ejemplo y veneración por los prohombres y á solemnizar las fiestas patrias y principales acontecimientos de la Historia Argentina.

La Bandera Argentina.—El Escudo Argentino.—El Himno Nacional Argentino.—El 25 de Mayo.—El 9 de Julio.—El 12 de Octubre.—Observación de objetos históricos y representaciones gráficas».

La naturaleza no prende el fruto formado de las ramas de los árboles; el fruto es producto de una transformación de elementos que proporciona la atmósfera, el agua y la tierra. Así son también los productos morales; no simples añadidos por la narración, sino productos de la educación.

Esta idea de la pedagogía se ve en el procedimiento de instrucción moral y cívica de la Argentina seguido en la escuela. He aquí otra parte interesante del programa analítico:

«*Moral.*—Conversaciones, pequeños relatos, poesías y ejemplos morales, llamados á despertar el sentimiento del deber, enaltecer la virtud y condenar el vicio.—Enseñanza práctica, observando las inclinaciones del niño, fomentando las buenas y corrigiendo las malas.»

«*Moral cívica.*—Conversaciones, poesías y relatos de asuntos patrióticos, tendientes á desarrollar el amor al país, el sentimiento de solidaridad nacional, la defensa de la patria, el servicio militar, etc.—Designación de personas que desempeñen autoridad y servicios públicos.—Observación y numeración de los servicios que prestan á los individuos y al pueblo los empleados públicos.»

En el cuarto grado escolar, este punto adquiere más amplitud hasta llegar á la tolerancia religiosa, bien distinto de la enseñanza de Religión y Moral de nuestros Institutos, en los

cuales se contraía la enseñanza á comentar las plagas de Egipto ó las veces que David tocó el arpa. Véanse estos epígrafes:

«*Deberes con los otros hombres.*—Justicia y caridad.—Respeto á la vida, á la reputación, á la propiedad y á la libertad de los otros hombres.—Fraternidad.

Relaciones respecto á los bienes.—Economías.—Funestas consecuencias del juego y de la ambición.—Prodigalidad.—Avaricia.—Trabajo.—Ahorro.

Deberes para con Dios.—Amor y respeto á Dios, como creador y providencia.—El cumplimiento de los deberes que dicta la conciencia.—Tolerancia con los sentimientos religiosos bajo las diversas formas que se manifiesten.

La enseñanza se dará por medio de lecturas, anécdotas, explicaciones y ejemplos que despierten y robustezcan el sentimiento del deber y de la responsabilidad.

Urbanidad.—Reglas generales de urbanidad».

Imagen viva de la formación cívica así perseguida la vi en el francoalemán Estrasburgo, y con ocasión de una revista militar.

Muy temprano, antes de la hora de costumbre, la biblioteca de la Universidad de Estrasburgo quedó desierta. Mis colegas, los estudiantes alemanes, se encasquetaron precipitadamente sus gorras multicolores, azules, verdes, rojas, moradas... distintivas de los *Korps* á que pertenecían, verdaderas logias escolares, y como bandada de pintados pájaros tropicales se dirigieron al campo de revistas, en donde un ejército de hombres, forrados de acero, iba á desfilar ante un ejército de niños, cubiertos de sencillos emblemas. El kaiser, seguido de una brillante cohorte de banderas blancas, en cuyos lienzos abrían sus brazos aplastados las cruces teutónicas, y de coraceros de albas vestiduras, como caballeros del Santo Graal, iba á la cabeza de una fuerte división que acababa de vencer en simulacros de combate, junto á la raya de Francia, al supuesto ejército francés en las últimas maniobras. Los soldados eran bávaros, prusianos, westfalianos, sajones; los niños,

alumnos de las escuelas alsacianas y lorenesas, hijos de padres franceses antes de la guerra franco-prusiana. El kaiser saludaba agitando el cetro azul, salpicado de flores de lis doradas, á aquellos pequeñuelos que, guardados por la policía como cosas de cristal, vitoreaban á los corpulentos soldados, que sonreían al pasar... La patria, en su manifestación juvenil y vigorosa, como llama nuestro Galdós al ejército, se ponía en contacto con la generación nueva; la acariciaba, alardeaba de su fuerza, daba una impresión profunda á la sensibilidad de los niños, preparando un germinal de amor al suelo y á la sociedad en que vivían. Y cerca de los niños, los estudiantes agitaban sus gorras al paso de los soldados, y los maestros y profesores formaban masa compacta con ellos.

Recordé entonces mi vida de escolar. Yo no escuché nunca en las aulas una invocación patriótica; la historia de España la hicieron pasar ante mis ojos como desfile de batallas, trazadas en groseras pinturas murales, y luego... en la Universidad la disertación científica escueta, como voz salida de un páramo, me habló de todo menos de la patria.

En Estrasburgo veía yo el principio de la obra que en Alemania se remata en las Universidades. Sólo algunos profesores, los de Filosofía de la Universidad de Marburgo, dejan de invocar á la Patria; pero bien es verdad que no son alemanes, son judíos.

Entre nosotros, un socratismo más aparente que real ha querido presentar como deseable la separación del cultivo de la ciencia y de la pasión patriótica, y por otra parte, la corriente krausista, especie de género chico de la Filosofía, ha debilitado en las concepciones políticas la idea del Estado fuente del nacionalismo. Y se ha afirmado que la ciencia no tiene patria. Es verdad, pero los científicos sí la tenemos. Si es lícito pensar cuándo se hace ciencia y cuándo se enseña en fines humanos, ¿por qué no en fines patrióticos? Si lícito es, conforme al puritanismo de la concepción cosmopolita, hacer ciencia para nuestros antípodas, ¿por qué no para nuestros compatrio-

tas con fines nacionalistas? Tanto más valor moral tiene un trabajo, cuanto con fines más sentimentales se hace.

El pueblo alemán, haciendo un haz de fasces con sus plumas y sus espadas, ganó la unidad espiritual y política; fundiendo ciencia y patriotismo, prepara nuevamente una generación formidable. Y me parecieron de alfeñique los maestros franceses, muy socráticos también, y los soldados que días antes viera en Belfort estornudando rapé, y sintiéndose ciudadanos del mundo, algo así como de opereta...

Aquella revista de Estrasburgo fué para mí la mejor lección del curso de verano que pasé en la Universidad Imperial.

El dinamismo nacional tiene su receptáculo en el patriotismo, y éste es el sentimiento—fuerza más poderosa de las sociedades actuales.

Los argentinos lo saben bien, y por eso abordan el problema hasta en la enseñanza privada que comprende allí, por regla general, á una población exótica.

Nada padece por ello la libertad. Así lo dice Bismarck Lagos en su informe:

«Pudo la disposición del Consejo levantar resistencias por parte de algunos directores y maestros que creían ver en ella coartados principios de libertad consagrados en nuestra Constitución; pero no tardaron en convencerse que ella no trata de restringir la libertad de enseñar; mas quiere sólo que el que se dedique á ello sepa, por lo menos, lo que enseña y tenga algunas nociones de la forma de transmitir conocimientos á los niños, siendo, por otra parte, bien conocidas las razones que obligaron al Consejo á dictar el Acuerdo, el que está encuadrado dentro de las prescripciones contenidas en los incisos 1.°, 12.° y 13.° del art. 57 de la Ley Nacional de Educación.»

*
* *

¿Puede formarse un pintor con sólo contemplar los lienzos pintados? Indudablemente que no. El seguir las vías empíri-

cas por las cuales se llega á la obtención del producto científico, es el procedimiento indicado en el método docente moderno. En el Seminario (Seminăr), como se llama en Alemania á la Escuela de Investigación (ó Laboratorio, nombre que hemos adoptado los Profesores españoles para distinguir esta institución de los establecimientos de enseñanza eclesiástica), no se sigue otro procedimiento, y en ellos muchas veces los alumnos hacen de colaboradores del profesor, de verdaderos asistentes. En la escuela argentina se ha entrado por estas vías. El inspector técnico Carlos N. Vergara cita el siguiente caso:

«Como inspector, encontré muy mejorado á un maestro que había conocido, poco antes, con muy mala disciplina.

Al preguntarle la causa de este cambio, me dijo:

—Tengo algunos niños que me ayudan mucho; aquel que usted ve allí es muy bueno y coopera eficazmente al orden de la clase.

Este otro despierta mucho interés en sus compañeros cuando viene al frente á presentar problemas ú otras cuestiones.

Esto nos conduce á ver que en la escuela se halla toda la la ciencia social en un cuadro vivo, que dice más que todas las palabras.

En la dirección de los asuntos públicos, todo el problema consiste en conocer las fuerzas de que podemos disponer y saber aprovercharlas en beneficio de la comunidad.

Esto ha sido poco comprendido en la sociedad y en las escuelas.

Muchos maestros pretenden hacerlo casi todo por sí mismos, sin sospechar que tienen en los alumnos colaboradores excelentes, que pueden hacer entre todos más que el mismo maestro por el progreso de la clase, si se les da elementos y se les estimula á que cada uno piense por sí y colabore lo más posible en la obra común.

Por el contrario, el maestro que con su autoridad oprime y deprime la inteligencia de sus alumnos, no los educa, los degrada, porque la verdadera educación consiste en que cada

uno aprenda á bastarse á sí mismo y á colaborar conscientemente en favor del bien general.

Pero el que se concreta á recibir lo que dice el maestro ó el libro, puede brillar en esta tarea de máquina, pero no llegará á tener iniciativa propia, ni conciencia, ni la dignidad del sér libre, que es lo que necesita el hombre para ser feliz y para poder contribuir á la felicidad de sus semejantes.

Ningún libro existe donde puedan verse mejor las leyes sociales que en la vida escolar, excepto el de la vida misma de las naciones, que es el libro completo sobre sociología.

Pero la vida escolar nos presenta á la naturaleza humana virgen aún, sin los grandes extravíos que vienen después.

Por eso la tarea del educador es la más preciosa base para el estudio de la sociología. De allí sacó Sarmiento su sabiduría.

Y cuando esto se comprenda, ha de exigirse un conocimiento práctico de la enseñanza para ingresar en las facultades de derecho, en vez de todo lo demás que generalmente se exige».

*
* *

En tierra francesa se ha erigido una estatua al libertador argentino San Martín. En Boulogne-sur-Mer se levanta el monumento, y en Buenos Aires se rinde otro homenaje á Francia en prueba de gratitud. La prensa francesa notó bien pronto que el monumento no era solamente un símbolo histórico, sino una significación y un programa futuro para la política exterior francesa. Bien claro lo demuestra la descripción que hizo *Le Figaro* de la fiesta de la inauguración. Así escribía:

«Hemos venido aquí para celebrar la memoria de un gran general y de un gran ciudadano, ilustre en esa inmensa América del Sur que, con Bolívar, hizo libre. Apenas entramos en las bulliciosas calles de Boulogne, sorprende nuestros ojos una visión del primer Imperio: formados y seguidos de un escuadrón de nuestros brillantes coraceros, cien granaderos argentinos preceden al cortejo oficial. Con los sables en alto, firmes

y ligeros, sobre sus caballos impacientes, elegantes, enérgicos y briosos, contemplan con sus ojos vivos y curiosos la multitud que los aclama. Llevan el *shako* de nuestros voluntarios del 92; tienen la túnica ceñida, corta por adelante y terminada atrás por dos pequeños faldones; sobre el pecho brillan dos hileras de botones de oro que parten de los hombros y se unen más abajo de la cintura. Les cruzan el pecho correajes blancos que hacen resaltar su talle, y altas botas, con espuelas curvas, los calzan hasta las rodillas.—¿No es acaso un escuadrón del Gran Ejército que viene de las lejanías de la historia á fin de traer á los hijos del héroe que recorrió la mitad del nuevo mundo para romper todos los vínculos de la esclavitud, el saludo de los que han llevado por el viejo mundo la imagen de la libertad?—*Importa que la opinión francesa comprenda la importancia, en cierto modo histórica, de la ceremonia que se celebra aquí. Es preciso que vea algo más que un homenaje sentimental á la memoria de un gran hombre extranjero que vino á morir en tierra francesa.* La República Argentina ha delegado aquí, además de esos cien granaderos, que son la carne de su carne, destinados á evocar entre nosotros los días terribles y gloriosos de su libertad, cuatro buques de guerra: *Presidente Sarmiento*, *Rosario, Paraná* y *Pampa*. El distinguido ministro que la representa en París, el Sr. Ernesto Bosch, ha hablado en nombre de la gran república. El Gobierno argentino ha querido también tener aquí un órgano especial, y ha enviado al Sr. Belisario Roldán, cuya joven y fogosa elocuencia ha surgido magnífica á los pies del monumento. Están en Boulogne los más eminentes representantes de la República Argentina en el extranjero: los de Londres, Roma y Bruselas. Han venido también los ministros del Brasil, de Chile, de México, de Cuba, de Venezuela, de Costa Rica, de Colombia, del Uruguay, y el embajador de los Estados Unidos en París.»

El profesor de la Universidad de Burdeos decía el por qué *convenía* admirar, alentar y amar la América latina.

Habló de la unidad de raza que se forma de tantos elemen-

tos aglomerados y que se impone hasta el punto de formar un ambiente que absorbe todas las corrientes extranjeras, hasta la de sangre negra, y constituye un nuevo y maravilloso instrumento étnico de progreso, de civilización y de trabajo, una fuerza prodigiosa que será la del porvenir: «No sois vosotros, ciudadanos de América, bastante conocidos en Francia, y, sin embargo, veo en vosotros una de las grandes esperanzas de la humanidad. Poseéis el sentido y el gusto de la libertad. Sois aquellos hacia quienes nosotros debemos ir.»

Los italianos, que siguen paso á paso el movimiento americano, y especialmente el argentino, comentan claramente el ejemplo que ofrece Francia. Guillermo Ferrero, el brillante escritor italiano, ha comentado este hecho con gran clarividencia.

La resolución del Gobierno francés de participar en las ceremonias causó el más vivo entusiasmo en la Argentina.

No se sorprenderán de esto los que conocen un poco á América. Nada podía llegar más profundamente al alma argentina que este homenaje de Francia y de su Gobierno, á uno de los héroes más populares de la guerra de la Independencia.

Todo el mundo sabe que los norteamericanos profesan una veneración casi religiosa á la memoria de Franklin y de Wáshington. Pero esta veneración de los norteamericanos no es un fenómeno aislado en el nuevo mundo. Todos ó casi todos los Estados americanos tienen sus héroes nacionales, cuya memoria adora el pueblo. Se les erige monumentos en todas las plazas; se da un nombre á las calles, á las escuelas, á los cuarteles, á los hospitales, á los buques de guerra; se celebra cada año con ceremonias solemnes las fechas históricas de su existencia; se hace aprender á los niños de las escuelas la historia de su vida. La admiración de esos héroes es un deber cívico. El más escéptico de los americanos se burlará de todo, excepto de sus héroes nacionales. Son para él como dioses que están por encima de la crítica humana, en las serenas esferas de la gloria eterna. ¿Qué fuerza humana podría empañar una gloria tan alta y tan pura?

Es un verdadero culto nacional que tiene sus sacerdotes, sus fiestas y sus ritos; y que, bajo una forma más laica, recuerda un poco el culto de los fundadores de la ciudad establecido en todos los Estados antiguos. San Martín es, en cierto modo, el Teseo ó el Rómulo de la Argentina. Es, pues, natural que ese culto sea la expresión más elevada y característica del patriotismo americano, que se sacrifica igualmente ardiente, casi fanático, en el Norte como en el Sur, en todos los Estados del nuevo continente. Y es quizás por esta razón que algunas veces los europeos se asombran cuando oyen hablar á un americano de uno de esos héroes, del mismo modo que un francés hablaría de Napoleón...

América ha comprendido perfectamente esta verdad elemental. Su ardiente patriotismo es la gran fuerza moral de que se sirven las jóvenes repúblicas del nuevo mundo para incorporar á su país de adopción á las diferentes razas llegadas de Europa, y para atenuar en las clases ricas y cultivadas la atracción irresistible que ejerce sobre ellas la vieja civilización de Europa. ¿Hay que sorprenderse, pues, de que se halle en el patriotismo americano exageraciones que nos parecen extrañas, solamente porque juzgamos de la situación de esos lejanos países, comparándola con la de los nuestros? El patriotismo, creación francesa en gran parte, se ha hecho, desde hace un siglo, la gran fuerza de cohesión de los Estados modernos, á medida que se debilitan las dos fuerzas morales que sostenían al Estado en los siglos pasados: el espíritu religioso y la adhesión á la dinastía. Pero en Europa las tradiciones nacionales y locales, el prestigio que tienen todavía las viejas instituciones y las viejas dinastías, cumplen, en parte, la función que en América se debe por entero al sentimiento patriótico. Allí, pues, el patriotismo debe tratar de ser todo lo más fuerte, puesto que es la única fuerza de cohesión social, y su obra es más difícil.

La facilidad para producir riqueza que en América es sin duda mayor que en Europa, ha encubierto á muchos europeos

las graves dificultades que encuentran las jóvenes sociedades del nuevo mundo para darse una organización definitiva y sólida. No solamente todas las clases tienden, cada día más, á componerse con elementos muy diferentes por origen, por educación, sino que también toda la vida de América está como desgarrada por una contradicción trágica que Europa no conoce y que constituye el rescate de las riquezas tan fácilmente adquiridas en el nuevo mundo. El gran papel histórico de los Estados americanos en nuestra época, es la conquista y la primera valorización de un inmenso continente, en gran parte desierto todavía. Cada americano debe ser un poco lo que se llama allí un *pionnier*; saber adaptarse cuando es necesario á los trabajos, á las privaciones y aun á los peligros de una vida ruda y simple en tierras donde la población es rara, en contacto inmediato con una naturaleza todavía primitiva, enorme, apenas dominada y á veces peligrosa, al mismo tiempo que llena de riquezas. Esto explica por qué el espíritu puritano, perseguido en Europa como fuerza subversiva, ha sido tan poderoso factor de desarrollo en la América del Norte. Pero las jóvenes sociedades americanas están al mismo tiempo demasiado ligadas á Europa, es decir, á países de vieja cultura, por la identidad del origen y de la civilización; disponen de suficientes riquezas para sentirse irresistiblemente atraídas por todos los placeres, esplendores y complicaciones de las civilizaciones antiguas y refinadas...

La inmensidad de las ciudades americanas es el símbolo material de esa contradicción trágica. Se hallan en América comarcas completamente agrícolas, y en las cuales el desarrollo de las ciudades, en relación á la población total, es más grande que en ciertas regiones industriales de Europa. Casi la cuarta parte de la población de la Argentina, por ejemplo, está en Buenos Aires. La atracción de las ciudades parece todavía más fuerte que en Europa en esos países en que, sin embargo, está en el campo la fuente inagotable de inmensas riquezas...

¿Qué sería en esos países de las clases ricas habituadas por educación á los refinamientos de las viejas civilizaciones, si una pasión muy poderosa no las uniera á la Patria y no las diera fuerzas para soportar todo lo que puede haber en ella de duro y de desagradable, en ese esfuerzo que se debe cumplir sobre la naturaleza primitiva del continente? En América, tanto en el Norte como en el Sur, las clases medias reprochan á las clases superiores el ser demasiado «europeas», de gastar en el viejo mundo gran parte de su tiempo y su dinero, á pesar del amor ardiente que manifiestan por el nuevo mundo. Si ese amor se debilitara, la atracción de aquellas clases por la vieja civilización de Europa podría llegar á ser realmente un peligro nacional y comprometer el porvenir de las jóvenes sociedades.

No es preciso, pues, asombrarse de que los argentinos se hayan manifestado tan contentos por haber podido levantar un monumento á San Martín en el país de Europa hacia el cual se sienten más fuertemente atraídos, y al cual deben en parte su independencia, y en Boulogne-sur-Mer, donde desembarcan cada semana en gran número de paso para la Ciudad Universal. En el umbral de esta vieja Europa, que les agrada demasiado para que se pueda negarles el derecho de detestarla un poco en el fondo de sus almas, el héroe nacional que libertó á la Argentina de la dominación europea, les recordaría el deber de no olvidar, en medio de los esplendores, de los placeres y de las magnificencias de la Ciudad Universal, las llanuras inmensas, inundadas de sol, de silencio y de soledad, donde el esfuerzo casi invisible de un trabajo duro y simple elabora la futura grandeza de la patria...

En España se ha formado ya una inmensa base emocional que espera las estatuas del heroísmo americano. España es la Roma de Occidente; la que puede construir, como ninguna otra, el gran panteón de los dioses americanos. Esto no es ya una aspiración romántica; es incluso una necesidad cultural ibero-americana, puesto que, aparte de las raíces étnicas que

los latino-americanos tienen en España, aquí están los valores históricos, los tesoros documentales del nacimiento americano.

*
* *

La América central constituye hoy el lado flaco de la personalidad internacional ibero-americana. Los Estados Unidos amagan de firme la independencia de Centro América que, por su disgregación política, compromete la independencia de sus Repúblicas. Es una verdadera crisis de la personalidad internacional mucho más honda que la de los Estados balkánicos en Europa, y que se extiende cada vez más por las Antillas. El Dr. Evelio Rodríguez Lendián, catedrático de Historia de la Universidad de la Habana, en su obra sobre «Los Estados Unidos, Cuba y el Canal de Panamá», describe la historia de las relaciones cubano-yanquis para llegar á una conclusión amenazadora para los cubanos. Los Estados Unidos, al emanciparse de Inglaterra, tenía *trece* Estados; su expansión se dirigió hacia el Sur y el Oeste hasta tocar ambos Océanos. El imperialismo les lanzó fuera de la frontera continental en el último decenio del siglo XIX, apoyándose en las armas y buscando base teórica, que les librase del rubor, en la doctrina de Monroe, y cayeron en su poder, en el Pacífico, Haway, Filipinas, una isla de las Ladronas, varias de las de Somoa; en el Atlántico fueron su presa Puerto Rico, la intervención en Cuba y Nicaragua, su influencia en Haiti y Santo Domingo, y, por último, en Panamá. Este canal es un bien comercial para Cuba y un gran mal político. Hay que recordar la notoria influencia económica yanqui en Cuba cuando ésta era aún colonia española.

El Dr. Lendián afirma: «Si tenemos en cuenta, pues, esto último, y además ese deseo expansionista de los Estados Unidos y nuestra cercanía á éstos y posición geográfica envidiable, se comprenderá entonces por qué desde muchos años ha, desde 1809, tienen puestos los ojos en Cuba, y cómo ha sido su

eterna preocupación el encontrar un motivo justo y racional para intervenir en esta Isla, hasta que al fin nosotros se lo dimos con la guerra con España, y nos intervinieron.

Y hoy día, aunque pueblo independiente y soberano, estamos controlados por los Estados Unidos.

¿Pretenderán en el día de mañana apoderarse de nosotros? De nosotros depende. Si sabemos conservar nuestra paz interior; si demostramos tener la capacidad necesaria para gobernarnos, si no les creamos conflictos que puedan perjudicarles, los Estados Unidos seguirán, sin duda, entonces, procediendo con la misma buena fe con que hasta ahora parece que han procedido, y los derechos que les concede la Enmienda Platt, lejos de ser una merma, será una garantía de la conservación de nuestra independencia».

«Y si á pesar de todo, termina el doctor Lendián, el destino nuestro fuera perder esa independencia que á tanta costa conquistaron nuestros héroes, que ello sea el resultado de la fuerza ante la cual se haya estrellado, como ante fuerte muro impetuosa corriente, la protesta viril de todo un pueblo; pero nunca de la imprudencia, la imprevisión ó la locura, que nos harían aparecer, por torpeza é inconsciencia inconcebibles, responsables del enorme fracaso ante el severo juicio de la historia.»

Los americanos del Centro muestran la misma inquietud, en cuyo fondo se ve la desesperación que estalla en explosiones de ingenuo lirismo. Así escribe el Licenciado Cruz Meza (*El Foro,* núm. 10. San José de Costa Rica, 1910):

«Tristeza indecible da la contemplación de estas cinco Repubiiquitas en su presente estado histórico. Todos vemos con la más criminal indiferencia nuestra marcha á pasos agigantados hacia la futura destrucción del inapreciable tesoro que constituye la nacionalidad. La intervención yanqui en Nicaragua, hecha á plena luz; la intervención yanqui aquí, en Honduras, en El Salvador y en Guatemala, hecha á medias tintas, revela el derrotero que hacia el abismo nos conduce.»

«¡Pobre Centro América! ¡El ideal era contemplarte unida para resistir honrosamente—en nombre de la raza y en nombre de la justicia—la temeraria invasión que parece inundarnos. Y la culpa la tenemos tus hijos, que, olvidando y despreciando tu destino, no podemos mantenernos cerca de lo que es grande y de lo que es noble, sino que parecemos condenados á revelar cuán pequeños, cuán ambiciosos y miserables son nuestros sentimientos, que ni en beneficio de nuestra Madre Patria hacemos la más pequeña abdicación de ellos! ¡Charcos de sangre, retumbos de cañón, silbidos de la fusilería, lamentaciones, quejas, qué horroroso espectáculo dan en estos momentos al mundo los malos hijos de la Patria!»

Y leo en otra Revista mejicana (*Chiapas y México*, 15 Febrero 1910):

«Acaso abusa la República del Norte de su poder; acaso su intervención actual en Nicaragua no tienda sólo á destronar á Zelaya, sino que sea éste un primer paso para construir el canal que ya desespera de llevar á cabo por la ruta de Panamá; todo esto puede muy bien ser, y es, vituperable; pero mientras los centroamericanos no se tranquilicen, ni sepan ejercitar sus derechos, la intervención norteamericana se impondrá, como medida necesaria para evitar al mundo el espectáculo de sus eternas carnicerías y de sus procedimientos de gobierno, que marcan al pueblo con el hierro candente, sólo aplicable á las bestias.»

El grito cubano pasa por Centro América y repercute en Méjico.

El peligro de esta descomposición que recuerda á las Taifas de la España árabe, se puede evitar con la aplicación del sistema federal, como preconiza el profesor Valero Pujol (*El Foro*, cit.)

«La misión de Centro América es constituir un solo Estado, regido por instituciones federales, en que, sirviendo de base las garantías de la libertad y los derechos inherentes al hombre, con un código común que ampare los intereses más esen-

ciales y erija las representaciones de la nacionalidad, se deje á las diversas entidades políticas gobierno propio y administración independiente: el sistema federativo es el más adecuado á la naturaleza de las cosas, en especial cuando espontáneamente se agrupan pueblos que más ó menos tiempo fueron autónomos. El día que de buena fe se realice la unidad, con el concurso de todo lo que es activo, Centro América abrirá una nueva era con nuevos y más brillantes derroteros: la inmigración, que es tan necesaria, será más solicitada cuando haya cedido del todo el espíritu localista; pues aparte de tendencias aisladas, no es lógico que se desee con viveza el concurso de extrañas gentes, cuando no se ambicionara el abrazo de aquellos que deben estar unidos, y que son los mismos en la tradición, en el sentimiento y en todas las condiciones íntimas de la existencia.»

*
* *

De todo esto aparece que la unidad moral y de cultura, el acercamiento político de las nacionalidades americanas, son una exigencia fundamental para su vida. La comunidad moral no es un latido romántico sin otra trascendencia que la retórica, sino una fuerza efectiva; es ese *calor del sentimiento* de que hablaba Renán al dar la característica de la nacionalidad. La diplomacia latino-americana lo ha comprendido así al trazar el programa para la cuarta Conferencia Internacional de las Repúblicas Americanas, que se reunirá en Buenos Aires el 9 de Julio de 1910. Esta idea de comunidad moral y, por añadidura, económica, está inserta en los epígrafes VII, VIII, X y XII del programa que se transcribe á continuación:

I. Instalación de la Conferencia.

II. Conmemoración del Centenario de la nación Argentina y de la independencia de las Repúblicas americanas, muchas de las cuales celebran su Centenario en 1910 y fechas inmediatas.

III. Estudio de los informes ó memorias presentados por

cada delegación, relativos á las disposiciones de los Gobiernos respectivos sobre las resoluciones y Convenciones de la Tercera Conferencia, celebrada en Río Janeiro en Julio de 1906, con inclusión del informe de las Comisiones Panamericanas, y consideración de la conveniencia de prorrogar las funciones de éstas.

IV. Estudio del informe del Director de la Ofinina Internacional de las Repúblicas americanas, de la organización actual de esta institución, y recomendaciones relativas á la extensión del tiempo y mejoras que se puedan introducir en ella.

V. Resolución expresando agradecimiento al Sr. Andrew Carnegie por su generoso donativo para la construcción del nuevo edificio de las Repúblicas americanas en Wáshington.

VI. Informe acerca de los progresos hechos en la construcción del ferrocarril Panamericano después de la Conferencia de Río Janeiro, y la cooperación que las Repúblicas americanas puedan dar á fin de lograr la terminación del sistema.

VII. Estudio de las bases sobre las cuales se pueda lograr el establecimiento de un servicio más rápido de comunicación por vapor para la conducción de correos, pasajeros y carga entre las Repúblicas americanas.

VIII. Estudio de las medidas que tienden á establecer entre las Repúblicas americanas uniformidad de los documentos consulares, reglamentos de aduana, el censo y estadísticas comerciales.

IX. Estudio de las recomendaciones de las Conferencias Sanitarias internacionales, relativas á policía sanitaria, cuarentena y cualesquier otras recomendaciones tendentes á prevenir la propagación de las enfermedades.

X. Estudio de un convenio entre las Repúblicas americanas relativo á patentes, marcas de fábrica y propiedad intelectual y literaria.

XI. Estudio de la continuación de los tratados sobre reclamaciones pecuniarias, después de su expiración.

XII. Estudio de un plan para el intercambio de profesores y estudiantes entre las universidades y academias de las Repúblicas americanas.

XIII. Resolución en honor del Congreso Científico Panamericano de Santiago de Chile, Diciembre de 1908.

XIV. Resolución en que se autoriza al Consejo directivo de la Oficina internacional de las Repúblicas americanas para que acuerde la manera cómo las Repúblicas de América celebrarán la apertura del canal de Panamá.

XV. Futuras Conferencias.

*
* *

A propósito del intercambio de profesores de España y América española, se han manifestado, fuerza es decirlo, algunos hispanófobos que, para criticar la cultura española actual, desentierran á Torquemada, Fernando VII, etc., etc., y de otros tantos futuristas que, á semejanza del improvisado fundador de la flamante escuela futurista italiana, flor de un día, lanzan un reto á las estrellas y ven en los procedimientos de higienización norteamericana el índice supremo de cultura y la razón decisiva por la que los cubanos habían de desoir los discursos iberistas del profesor Altamira. Bien es verdad que apenas se encuentra publicación americana que no elogie y haga justicia al profesor de Oviedo; pero tropiezo con una de la Habana que se da el gustazo de traducir en caricatura lo que la espuma ofrece de nosotros.

Yo escuché al profesor Altamira cuando explicó su campaña por América en el Ateneo de Madrid, y sólo vi un alma puritana; hasta la palabra *reconquista* cultural de América por España la criticó acerbamente; sólo preconizaba el intercambio cultural, la comunidad moral, para la cual España podía acarrear un material histórico de inmensa utilidad para América. ¿Quiere decir esto americanización de España ó españolización de América? Ciertamente que no. Esto no quiere de-

cir, en último término, sino que, en armónico intercambio, bueno es cultivar lo que nos es común y útil, y si á ello se une una corriente sentimental, contribuiremos á una obra de paz y de fraternidad entre pueblos cuyas afinidades son bien claras.

Como dice el gran profesor de Leipzig, Karl Lamprecht, al explicar el nuevo método de interpretación de la Historia, en los grupos sociales elementales, como las tribus, no se ha operado una diferenciación social; cualesquiera de sus individuos son tipos representativos del conjunto, pero en las grandes comunidades modernas se impone un procedimiento en parte subjetivo psicológico: hay que separar y particularizar para u zgar al grupo. Por esto es disparatado juzgar á Rusia por Trepof, olvidando á Tolstoi.

Mucho escribieron y aun exageraron sobre los vicios nacionales Macías Picavea y Joaquín Costa, movidos por santa indignación y como buscando el revulsivo; pero de esto á cerrar á cada paso contra España, contra la España del siglo xx, mirándola á través del siglo xvi, ó de unas cañas de manzanilla, como han hecho algunos escritores franceses, que de todo hay en la viña, la distancia es inmensa.

Nuestro sentido iberista, tal como lo ha expuesto el profesor Altamira, es una labor cultural y sentimental común, que ha de desenvolverse bebiendo en las respectivas fuentes de vida, en el estudio de ambas culturas, la americana y la española. Y en cuanto á nuestros prestigios nacionales en el orden cultural, hay que advertir que, salvo contadas excepciones, se han hecho á sí mismos, sin que en su formación científica hubiese tropezado con esos riquísimos laboratorios prusianos, molde de los gigantes científicos del día en la Europa moderna. Hoy son muchos los jóvenes intelectuales que se asoman á Europa y algunos los que saben muy bien el camino de Alemania. Es la nueva generación que está para emerger á la vida pública en España, y que tiene tanto de Torquemada, Fernando VII, etc., etc., como yo de turco.

Ciertamente, hay que decir á los hispanófobos, que los Estados Unidos han sabido arreglar bien las calles de la Habana y otras cosas por el estilo; pero no es esto lo que se discute, sino otra cuestión que se coloca en los planos superiores de la vida: ¿Ha de ser ideal de un pueblo una abundante Beocia? ¿Son más sólidos los lazos de los accionistas de una compañía anónima que los de una familia? ¿Conviene sustituir unos por otros?

Humor á parte, hay que decir que en ninguna parte como en Sevilla podría estudiar la Revista cubana *Cuba y América* las raíces de la Gran Antilla.

*
* *

La Argentina se prepara para reformar su Ley de Inmigración, con un criterio más de policía que económico, como allí mismo se critica ya. Dice *El Tiempo* al describir el fin deseable:

«El criterio económico es el único que puede producirlo, como lo escribimos todos los días.

»El día que sólo se permita á este país la inmigración de ganaderos y de agricultores, sólo entonces se habrán resuelto todos los problemas sociales y económicos que nos están perturbando.

»Mientras la República esté abierta de par en par para los intermediarios, es decir, los parásitos de toda la tierra, la misma no dominará la honda crisis de carácter diverso que la está labrando, amenazando su porvenir.»

*
* *

Para un país como la Argentina, en donde el espacio libre es inmenso y su constitución económica nacional es fundamentalmente agraria, la inmigración de agricultores es importantísima. El problema de la rarefacción de la población es, sin

duda alguna, el más importante de cuantos afectan á toda la América latina, pero á la Argentina especialmente. Nuestro contingente emigratorio tiene un porvenir en esta República, porque, aparte de otras razones, se compone principalmente de agricultores. De cada 100 emigrantes españoles, 47,22 son agricultores; pero teniendo en cuenta que los menores de catorce años pertenecen, en su mayor parte, á familias labradoras emigrantes, el por 100 asciende á 63,33.

De esta clase de población están sedientos los campos argentinos, y no de intermediarios del comercio, que son la plaga de la mayor parte de los países hispano-americanos.

Aquí en España, en donde la distribución de la propiedad rústica acusa grandes concentraciones en unas regiones, excesiva pulverización en otras, pero en todo caso falta de tierras libres, nos parece extraordinario el comercio de predios argentinos, pero en realidad aún resulta pequeño si se compara con las inmensas extensiones rústicas que aún esperan los brazos labradores.

La falta de población se acusa en las continuas subastas de tierras públicas que se dedican al cultivo, de las cuales creo interesantísimo ofrecer un ejemplo reciente del ministerio de Agricultura de la Argentina. Dice así un anuncio de subasta:

«*Ministerio de Agricultura.*—Dirección general de Tierras y Colonias. Remate oficial.

»Venta de 300 leguas en el territorio de Río Negro. De acuerdo con el decreto de 10 de Diciembre del corriente año, la Dirección general de Tierras y Colonias procederá á vender en subasta pública, en su local de la calle de Tucumán, 952, en los días 21, 22 y 23 de Marzo de 1910, á las dos de la tarde, trescientas ochenta leguas aproximadamente de tierra pública, ubicada en la zona de influencia comprendida entre San Antonio y Valcheta, á ambos lados de la vía del ferrocarril nacional en construcción.

»Las condiciones serán las siguientes: ocho pesos la hectárea para los ocho lotes de una legua situados alrededor de las es-

taciones; siete pesos la hectárea la primera línea de lotes de una legua situados sobre la vía férrea á uno y otro lado y en toda su extensión; seis pesos la hectárea para los lotes de la segunda línea en igualdad de condiciones; cinco pesos la hectárea para los de tercera línea, y los lotes restantes con una base de cuatro pesos la hectárea.

»Esta venta se efectuará con arreglo á la ley 5.559 sobre Fomento de los Territorios Nacionales de 4 de Septiembre de 1908 y decreto de 30 de Noviembre del corriente año, constituyéndose una hipoteca á favor del Gobierno Nacional por el valor total de la venta, en las condiciones determinadas por la ley orgánica del Banco Hipotecario Nacional. El pago del precio deberá hacerse por servicios semestrales de 5 por 100 de interés anual y 5 por 100 de amortización anual, acumulativa, lo que permitirá cancelar la deuda aproximadamente en catorce años.

»Los compradores depositarán en el acto del remate, y en calidad de seña, el 10 por 100 del valor de la compra, suma que le será devuelta si la venta no fuese aprobada por el Poder Ejecutivo; en caso contrario, le será computada como parte del precio de la compra. Si los compradores no formalizasen la operación, dicha seña quedará á favor del Gobierno. El título definitivo de propiedad se acordará una vez aprobado el remate, haciéndose constar la hipoteca á favor del Gobierno por el importe de la venta, por el cual los compradores suscribirán las letras correspondientes, de acuerdo con el decreto citado de 30 de Noviembre de 1909.

»Por planos y demás datos pueden los interesados ocurrir á la división de contabilidad de la Dirección General de Tierras y Colonias, los días hábiles, de una á cuatro de la tarde.»

Compárese esto con el ejemplo que ofrece España: el desahucio del pueblo de Campocerrado, Adeavilla de la Rivera, Cabeza de Framontanos, Villanueva del Conde, la expatriación del pueblo de Boada...

Y ante este espectáculo de tierras libres en América perte-

necientes á Estados de origen español, y de falta de tierras en España, de una emigración intensa de labradores españoles que toman el camino de América, no creo que haya quien pueda acusarnos de soñadores á los que preconizamos el estudio para los españoles de la América moderna.

VICENTE GAY,

Catedrático en la Universidad de Valladolid.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Historia: Los alemanes juzgados por los demás pueblos.= Floricultura: Cómo se abren las flores.—Psicofísica: El sueño.= Bellas Artes: La cuestión de la Gioconda.=Literatura: La vida de Nietzsche.=Impresiones y notas: La atención.—Apología del lujo.—La herencia en la avaricia.—El *Reina Mercedes*.—Pedagogía moderna.

HISTORIA

Los alemanes juzgados por los demás pueblos.—Es un alemán, el profesor Jorge Steinhausen, quien en la *Deutsche Rundschau* trata este asunto, reconociendo que no hay un solo pueblo que sea tan poco querido como Alemania, á pesar de la admiración y el respeto que sus victorias y el portentoso desarrollo de su industria y su comercio han impuesto al extranjero.

Esta falta de cariño, que á veces ha rayado en odio, es antigua. Los alemanes han sido siempre antipáticos por su lengua, por sus modales y por sus costumbres. Tácito admiraba su valor heroico y su honradez; pero criticaba sus violencias, su amor al juego, su embriaguez y su indisciplina. Los romanos los despreciaban; á los defectos censurados por Tácito unían Veleyo Patérculo y Silviano la perfidia y la doblez: «Parecen nacidos para mentir», dice Veleyo.

Durante las invasiones, los galo-romanos, cuya civilización igualaba á la de Roma misma, se sienten mortificados por el contacto de aquellos rústicos mal olientes. Sidonio Apolina-

rio, Venancio Fortumato, Silviano y Gregorio de Tours no se cansan de hablar de sus borracheras y de su suciedad: hombres y mujeres, dicen, exhalan un olor fétido, y sus vestidos apestan tanto como sus cuerpos. Los francos, que no tardaron en civilizarse bajo la influencia de los vencidos, despreciaban á los rústicos germanos, poco antes sus compañeros, como por su parte los germanos del Sur y del Oeste, vecinos de los países latinizados, se consideraban muy superiores á los salvajes de la Germania central y occidental, y siempre ha sucedido así. La menor partícula de latinización constituye un título de nobleza y de superioridad; aun hoy mismo los bávaros y los licinianos desprecian á los demás alemanes desbastados más tardíamente.

En la época más brillante de la Edad Media (siglos XII y XIII y primera mitad del XIV), Francia se encuentra á la cabeza de la civilización cristiana, y de ella toman los alemanes «la arquitectura gótica, la filosofía escolástica y lo que puede llamarse la civilizacion caballeresca»; á miles acuden los estudiantes alemanes á la Universidad de París, sin miedo á las invectivas de los franceses, que los tachan de pesados, groseros y patosos. Durante las Cruzadas, los caballeros franceses se burlan de la torpeza y de los malos modos de sus colegas de Germania, que hacen lo posible por corregirse é imitarlos. El gusto francés se impone en todas las pequeñas cortes señoriales de ultra-Rhin, y la literatura entera de los Minnesinger se inspira en los ciclos caballerescos franceses. Los trovadores provenzales refuerzan, como es natural, la mala opinión que de los alemanes tienen los troveros del Languedoc, y Peire Vidal y Peire de la Caravana se burlan de lo espeso de su espíritu, de sus modales «groseros y comunes» y de su lengua, que comparan con los graznidos de los cuervos. «Mejor querría, dice Peire de la Caravana, no ver jamás á nadie que vivir con esas gentes; oirles hablar su horrible lengua basta para que me dé mal de corazón. Cuando uno de ellos se las quiere echar de gentil y hombre de mundo, es peor que todo».

Los italianos, que durante esos siglos trataban á los alemanes más de cerca, los despreciaban todavía más que los franceses, considerándolos, con razón, como bárbaros, echándoles en cara su vergonzosa glotonería, su embriaguez, su ignorancia, su rudeza, su orgullo y, sobre todo, su violencia y su crueldad, de que tanto tuvieron que sufrir durante las terribles y seculares luchas del Sacerdocio y el Imperio. Apenas les reconocían otra cualidad que la de su gran valor militar, y aun esto, el *furor teutonicus*, tenía algo de bestial, pues los alemanes ignoraban completamente el arte de la guerra. «Los teutones no son amigos de nadie», decía un poeta del siglo XIII. «Los alemanes, consigna Steinhausen, no han sabido hacerse querer de ningún modo.

En el siglo XV y en la primera mitad del XVI, época de gran prosperidad material para las ciudades alemanas, la cosa cambia, y la civilización alemana brilla esplendorosa. El castellano Pedro Tafur admira la grandeza y la riqueza de las ciudades, alabando especialmente á Basilea, Strasburgo, Colonia, Maguncia, Nuremberg y Viena. La misma impresión tienen el ruso Isidoro, el francés Froissard, los italianos Eneas Silvio, Maquiavelo, Patrizio y Traversari; salvo la lengua, los alemanes, según Eneas Silvio, no tenían ya nada de bárbaros.

Sin embargo, bajo las apariencias seductoras de aquella gran prosperidad material, por todos reconocida, se nota que el pueblo alemán sigue siendo tan grosero, tan brutal, tan extraño á todas las verdaderas delicadezas como antes. La nobleza alemana está vencida y empobrecida; la burguesía comerciante está atascada de riquezas, pero no sabe hacer buen uso de ellas: carece de gusto, no tiene el sentido de la belleza, y derrocha su dinero en comilonas y borracheras monstruosas. El Tetrarca, al admirar el aspecto monstruoso de Colonia, consignaba que sus burgueses no se entusiasman más que por su dinero, ni tienen más amor que el de su vientre, ni más celo que el de satisfacer su gaznate, descansar y dormir. Maquiavelo los encuentra ordinarios, mal educados y enfangados en los

goces materiales. El Poggio escribe de ellos: «¿Pero son hombres esos? ¡Santos dioses! ¡Qué criaturas! Dormilones, borrachos, abotargados, roncantes! No se desembriagan nunca. Verdaderamente, merecen el odio de Dios y de los hombres.» «Ninguna musa habita entre estos bárbaros», dice Campano, y lo mismo afirma Felipe de Comynes. «¡Ah!, escribía Lutero, demasiado bien sé que nosotros los alemanes no hemos sido ni somos más que animales groseros y estúpidos, como dicen con gran razón todos los pueblos extranjeros.» Gaspar Scheidt consigna, en 1551, que *Porcotedesco* y *Allemand ivrogne* son los dos nombres con que sus compatriotas son designados comúnmente en Italia y en Francia.

No debe, sin embargo, dejarse de apuntar que Giordano Bruno admira la fuerza de espíritu y la libertad de pensamiento de los alemanes. Enrique Etienne se siente enternecido por Francfort, cosa no extraña en un impresor; Montaigne conserva excelente recuerdo de su viaje á Alemania, por la llaneza y cordialidad del trato y el confort de la vida, aunque censurando á los alemanes sus borracheras y lo violento de su humor. Por aquel entonces los eruditos alemanes comenzaban ya á gozar de la admiración general, reconociéndose su laudable perseverancia en el trabajo.

Hasta los ingleses del tiempo de la reina Isabel, que no pecaban de sobrios, se burlaban de las borracheras y de la glotonería de los alemanes. Shakespeare pone en boca de Porcia, en *El mercader de Venecia,* la descripción del joven sobrino del duque de Sajonia, como «asqueroso por la mañana cuando está en ayunas, y más asqueroso por la tarde cuando está borracho». Moryson, que admira mucho á los alemanes, deplora mucho también su embriaguez, de que no se ven libres ni sus artistas ni sus sabios. Juan Barclay, el amigo de Jacobo I, juzgaba á los alemanes, en su novela *Euphormion* y en su *Cuadro del espíritu humano,* como buenas gentes, muy abiertos, leales, desinteresados y bastante inteligentes, pero repugnantes, borrachos, ordinarios y mal educados. «Su espíritu no es

claro ni vivo, sino aplicado y perseverante; de modo que puede decirse de ellos que saben más, pero que comprenden menos que sus vecinos.»

En el siglo XVII, desolada por las guerras de religión y de conquista, civiles y extranjeras, Alemania se arruina, se despuebla y parece volver á la barbarie. Italia se duerme bajo el yugo español, y España es la que brilla con su literatura en Europa.

El período de la hegemonía española fué desgraciadamente corto, y Francia volvió á ser la reina de las naciones, siendo copiada y admirada su brillante civilización por todo el mundo culto. Los alemanes se hacen humildes y serviles discípulos de los franceses. Todos los tratan como buenas gentes, pero muy ridículas y palurdas. «¿Me toma usted por un alemán?» es sinónimo de «¿me toma usted por un animal?». El cardenal Du Perron dice del jesuíta Gretser: «Para alemán, tiene ingenio.» Léibnitz, sin embargo, medio afrancesado, por otra parte, es por todos admirado, y la filosofía de Wolf recluta en Francia no pocos partidarios. Bayle alaba los descubrimientos científicos de los alemanes, y el marqués de Argens reconoce que están bien dotados para las ciencias y mejor para la filosofía, pero que la elocuencia y la poesía parecen estar fuera de su alma, porque su horrible lengua no se presta á ello. «Es la patria de las máquinas», dice Guignon; «tienen el entendimiento en las manos», decían ya de ellos en el siglo XVI. A mediados del siglo XVIII se opera un gran cambio en los espíritus, se modifican los juicios y se descubre la literatura alemana.

FLORICULTURA

CÓMO SE ABREN LAS FLORES.—Bien conocido es el hecho de abrirse los botones florales. Pero si el hecho es conocido y fácil de estudiar, en ciertos casos va seguido del fenómeno con-

trario, pues las flores, después de abrirse, se cierran para abrirse de nuevo, unas veces por las circunstancias exteriores, otras con independencia aparente del medio ambiente, y ahí está el misterio, pues lo más que se encuentra para explicar estos hechos en los tratados más completos, como dice Gaston Bossier en *La Revue*, es la frase siguiente: «La causa de estos movimientos de las flores es todavía desconocida.»

Las investigaciones de Wiesner, de Leclerc du Sablon en Francia, y las de Burk en Holanda, con lo que á ellas añade Bossier, arrojan alguna luz en la materia.

Las diversas flores abren en condiciones naturales á horas diferentes. Linneo plantó en Upsal una serie de flores que se abrían durante el verano casi con exactitud, á horas determinadas, formando así el *Reloj de Flora;* Decandolle plantó otro semejante en París. He aquí, por ejemplo, uno de esos cronómetros florales no muy precisos, pero que no por eso dejan de ser curiosos:

Alboholl de los cercados, tres de la mañana.
Salsifis de los prados, cuatro.
Achicoria salvaje, cinco.
Nenúfar blanco, siete.
Falso mouron, ocho.
Cuidado de los campos, nueve.
Dama de las once, once.
Ficoide, doce.
Scila marítima, dos tarde.
Sileno nocturno, cinco.
Bella de noche, seis.
Cirio, ocho.
Con vólvulo rojo, diez.

Si se considera una flor aisladamente, las hay que se abren una sola vez y luego se marchitan, y las hay que se abren y cierran durante varios días, como sucede con *Dondiego de día,* que se abre á las once y se cierra al atardecer. Las enormes

flores del *Victoria regia* se abren á las cinco de la tarde, siendo completamente blancas, y se cierran á las nueve de la noche; vuelven á abrirse al día siguiente, á las cinco de la tarde, con color rojo, y se marchitan á las nueve de la noche, viviendo así dos días. Otras flores, como las del lino, son efímeras, viviendo sólo algunas horas. Los heliantemos son también flores efímeras diurnas. En las Landas, por ejemplo, se ven en el verano, á las ocho y media de la mañana, próximamente, amarillear los claros de los bosques por las flores del *heliantemum guttantum;* á las dos horas, todas las flores están marchitas y sus pétalos en el suelo. Otras son efímeras nocturnas, como las osiagras, cuyas flores, de hermoso color amarillo, se abren durante el crepúsculo, y por la mañana se matizan de rojo y se marchitan.

Las circunstancias meteorológicas influyen mucho en la apertura y cierre de las flores, apresurándolos ó retrasándolos, según los casos. El calor es el primer elemento que hay que tener en cuenta en estos fenómenos, y esto tiene su aplicación práctica, pues el calor es el medio más generalmente empleado para forzar la florescencia. Si se consideran, por ejemplo, las flores del azafrán, se verá que, puestas en estufa por bajo de ocho grados, no se abren nunca, ni tampoco por cima de 28. Entre estos límites puede notarse que toda elevación de temperatura, aunque sólo sea de medio grado, hace abrir la flor, y una vez abierta, toda baja temperatura la obliga á cerrar.

¿Cómo se producen las flexiones de los pétalos y de los sépalos bajo la acción de estos cambios de temperatura? En la parte superior y media de la corola no se verifica ningún cambio; sólo en la base se produce la flexión. Si se sigue observando, se nota que tampoco existe cambio ninguno sensible á lo largo de las células en la cara exterior de la flor; al contrario, cuando la flor se abre, las células se alargan en la cara interna de la base de los pétalos ó de los sépalos, y se acortan cuando la flor se cierra. ¿Se trata de un simple fenómeno de dilatación por el calor y de contracción por el frío? No; las cosas

no son tan sencillas: cuando la temperatura aumenta, los tejidos interiores de la base del pétalo se hinchan, mientras que del lado externo no sucede nada; cuando la temperatura baja, se produce el fenómeno inverso. En igualdad de temperatura, la luz ejerce su acción de un modo decisivo; así las flores de azafrán y los tulipanes se cierran en la oscuridad y se abren á la luz, sea cualquiera la hora del día en que se opere. Ciertas flores, sin embargo, se resisten á estos cambios, y como no se comprende el mecanismo de sus movimientos, se dice que son espontáneos, lo cual no es una manera de resolver la cuestión. Los horticultores, no obstante, aprovechando las enseñanzas de la experiencia, han llegado á adelantar extraordinariamente la época de la floración, obteniendo en invierno tulipanes, lilas, violetas, girofleas, bolas de nieve, etc.

Las condiciones en que se verifica este adelanto hacen frecuentemente decolorar las flores, ó más bien las impiden colorearse, y así se han llegado á producir, por ejemplo, las lilas blancas. Para obtener con lilas moradas ordinarias, lilas blancas forzadas, hay que mantener la planta á la temperatura constante de 22° y á una luz débil; por poco que se baje la temperatura, se ve aparecer en los bordes de los pétalos un ligero tinte rosa ó violáceo.

Hecho curioso: las partes de la flor cuya apertura ofrece mayor complicación son precisamente las que presentan su mecanismo mejor conocido, los estambres. Cuando el estambre de una flor no está completamente maduro, comprende en general cuatro partes, agrupadas á derecha y á izquierda, encerrando el polen; los antiguos botánicos han comparado estas cuatro partes á sacos que contienen granos, los granos del polen, elementos del polvo polínico que se ve á simple vista escaparse formando una nubecita cuando los estambres se abren. Cuando el estambre está completamente maduro, estos cuatro sacos polínicos se reúnen entre sí de dos en dos, formando en su conjunto las dos cámaras del estambre, y los granos de polen no están entonces separados del exterior más que por dos

capas de células: la externa, ó epidermis, y la interna, ó asiento mecánico.

Los antiguos botánicos suponían que, llegado el momento, los estambres se abren á consecuencia de lo que llamaban la fuerza vital. A principios del siglo XIX, observando Hugo Mold que la sequedad del aire hace abrir los estambres, supuso que el fenómeno de la apertura era debido á una causa exterior y puramente física; Adolfo Chatin imaginó que, obrando el calor desigualmente sobre las dos capas de la envoltura, la diferencia de dilatación entre ambas hacía hendir por medio cada casilla, poniendo el polen en libertad. Leclerc du Sablon ha resuelto el problema con su precisión acostumbrada. Por de pronto ha probado que no hay tal diferencia de dilatación, pues si se quita con cuidado la epidermis á un estambre no maduro, al madurar se abre exactamente lo mismo que otro estambre al que no se haya tocado; la vida de la planta nada tiene que ver con este fenómeno, pues Leclerc ha hecho que se abran y se cierren estambres procedentes de flores de herbarios, muertas hacía más de veinte años. Ocurre allí un fenómeno análogo al de una piña vieja; si se la ha conservado en un desván seco, sus escamas están abiertas; expuesta al aire húmedo ó en agua, las escamas se juntan y la piña vieja presenta el aspecto de una piña sin madurar.

La apertura y el cierre de los estambres depende, como la separación ó la juntura de las escamas de la piña, de fenómenos mecánicos debidos á la estructura misma de la envoltura de los granos de polen. Si se considera cada uno de los elementos del *asiento mecánico*, se comprueba que su pared interna está formada por una sustancia idéntica á la madera, mientras que la pared externa está constituída por celulosa, es decir, por una sustancia idéntica á la de un pañuelo de batista; además, la base leñosa de cada célula continúa en las paredes laterales con prolongaciones estrechas que se detienen en la cara externa, de modo que cada célula tiene de sostén una parte leñosa, en figura de mano replegada, lo que explica

el nombre de «células en garra» que daban los antiguos á estos elementos.

Esto sentado, el mecanismo se comprende fácilmente: si el *asiento mecánico* se seca, el exterior se contrae más que el interior, y el asiento tenderá á encorvarse hacia la parte externa del estambre, como la línea de más débil resistencia se encuentra en medio de cada una de las casillas; la sequedad hace replegarse estas dos partes de la pared del estambre como dos cortinas que se arrollan, y el polvo polínico, puesto en libertad, se escapa en nube al soplo del viento. Es un fenómeno puramente físico que nada tiene que ver con la vida de la planta, y así se comprende que, secando y humedeciendo alternativamente un estambre muerto hace cientos de años, se le puede hacer abrir ó cerrar como si estuviera vivo. En cuanto á que la sequedad del aire sea la causa exterior de la apertura de los estambres y de la proyección del polen, hay que notar, con Burck, que muchas flores se abren en tiempo húmedo ó lloviendo, y si es así, habría que admitir que esos estambres pueden secarse interiormente. Pero entonces, ¿cuál sería la causa de esa desecación? Sabido es que muchas flores producen en el fondo de su corola un líquido azucarado, el néctar formado por transpiración. Durante la floración, siempre hay acumulación de azúcares en la base de la flor, y hasta las flores que no tienen néctar, tienen nectarios con reservas utilizadas después de la floración para la formación del fruto y de las granas. La producción del néctar no tiene, como imaginaba Darwin, el objeto de atraer á los insectos para por su conducto operar la polinización; el néctar es la reserva, como hemos dicho, para la formación del fruto y de las granas, y sirve además para absorber casi toda el agua que encierran los estambres; sí se produce una desecación interior, y si el aire es seco, su apertura se produce del modo que hemos dicho, y si es húmedo, la apertura se ejecuta lentamente por la absorción del agua por el azúcar. Los experimentos de Burck y de Pauchet son concluyentes.

De estos experimentos y de muchos otros resulta que la polinización puede producirse en el botón floral. ¿Qué hacer entonces de la teoría darwiniana de que «la naturaleza tiene horror á las autofecundaciones perpetuas?» Este principio general no había sido nunca demostrado, y aunque se enseña todavía en muchas Universidades está hoy reconocido lo absurdo de la hipótesis de la adaptación de las flores á los insectos. El experimento clásico de Darwin sobre el gran número y la superioridad de las granas de trébol obtenidas por cruzamiento, si se comparan con las producidas por autofecundación es un experimento inexacto, como puede verse repitiéndolo. Los escritos de Darwin en esta materia están, por otra parte, llenos de contradicciones. Darwin ha llamado la atención sobre las flores que nunca se abren y que permanecen siempre en estado de botones; las violetas, especialmente la *viola mirabilis,* son muy notables en este sentido: sus primeras flores se abren, se colorean, son estériles; en seguida se producen florecitas que se quedan en estado de botones sin abrirse nunca, y en las que forzosamente hay autofecundación; éstas son las únicas fértiles y las que producen frutos que encierran numerosas granas. En estas flores, llamadas cleistógamas, la apertura de los estambres se produce únicamente por la causa descubierta por Burck, y quizá estudiando las flores que no se abren nunca, se comprenderá mejor cómo las flores se abren.

PSICOFISICA

El sueño.—A Pedro Baudin, diputado y ex-ministro de Francia, se le ha ocurrido hacer una información acerca del sueño, preguntando á diferentes personas conocidas si duermen mucho ó poco, si padecen insomnios, si sueñan y si tienen reglas para dormir. La información no deja de ser curiosa, pues claro es que entre saber cuántas horas duerme un pintor

y conocer el color que prefiere para sus zapatillas, hay notable diferencia.

¿Han reparado ustedes cómo duerme un perro? Baudin lo ha observado: se echa de costado, cierra á medias los ojos, los vuelve á abrir, y luego los cierra del todo; estira suavemente una pata, saca vagamente la lengua, y no se mueve más; primero se extingue el sentido de la vista, luego el del tacto y después el del gusto; pero la invasión del sueño no es completa: acercad al perro un pedazo de carne, y el animal abrirá los ojos y erguirá la cabeza; el sentido del olfato tarda más en abolirse. En cuanto al oído, es el último en dormirse. Hasta cuando el perro está profundamente dormido para no oler el trozo de carne, percibe los sonidos: un ruido de llaves, un simple llamamiento susurrado por su amo le harán brincar. El perro no se duerme de una vez, y nosotros, con perdón sea dicho, nos dormimos como el perro: las impresiones luminosas son las primeras en desaparecer y nuestro oído el último en conservar su excitabilidad.

Las funciones cerebrales, las actividades psíquicas, consciente, voluntaria y sensitiva, son casi las únicas enteramente interrumpidas durante el sueño; las demás funciones, los actos fisiológicos dependientes de la medula y los actos reflejos continúan, pero retrasados; el número y la intensidad de las impulsiones cardíacas disminuyen, la respiración se espacía y las secreciones son más raras. Hasta se ha llegado á sostener que el sueño produce una especie de semianestesia. Nuestros órganos reparan así los materiales gastados durante la vigilia. Se ha llamado al sueño hermano de la muerte, cuando es el padre de la vida. El período de reposo en general es proporcionado al de actividad: tras una dura fatiga, el hombre duerme mucho y pronto; el niño que tiene que atender á su crecimiento se pasa durmiendo la mitad del tiempo, y lo mismo le ocurre al convaleciente. En cuanto al viejo que se fatiga poco, duerme menos, pero duerme, y es preciso que duerma para vivir. El hombre normal muere por falta de aire á los cinco mi-

nutos, por falta de agua en una semana y por falta de sueño en diez días.

No conviene, sin embargo, dormir demasiado; demasiado dormir entorpece el espíritu y el cuerpo. María Manaceine afirma que para dormir mucho no hay como las gentes que no piensan. Francisco Sarcey, á quien molestaba esta afirmación, se preguntaba, partiendo del supuesto de que los imbéciles duermen mucho, si es que duermen más por ser imbéciles ó si son imbéciles porque duermen más.

Pedro Baudin duerme por la aplicación sostenida de su voluntad; sigue el precepto de Federico Nietzsche, y se reconcilia varias veces al día consigo mismo para encontrar por la noche la paz interior.

El pintor Blanche dice que el sueño para el hombre laborioso es tan útil como el alimento. Durante muchos años no ha dormido apenas más de cinco horas, y un sueño largo no sólo no le parece reparador, sino todo lo contrario.

El príncipe Rolando Bonaparte contesta con una perogrullada; dice que cuando está cansado le fatiga trabajar, y de ahí (se necesita ser príncipe para sacar estas consecuencias) la necesidad de dormir para descansar. Como tanto discurrir le debe haber dejado los sesos hechos agua, añade sentenciosamente, que hay que dormir para vivir y no vivir para dormir.

Emilio Boutroux necesita ocho horas de sueño, por término medio; ha padecido muchos insomnios y ha tenido pocos sueños, y, en general, insignificantes, á pesar de ser del Instituto.

Julio Claretie necesita dormir mucho, siete horas, por lo menos. Durmiendo es infatigable; pero trabaja siempre con el mismo gusto, haya ó no dormido bastante. No conoce el arte de dormir, pero conoce, desgraciadamente, el arte de quitarse el sueño: pensar, al meterse en la cama, en los asuntos del día siguiente. Entonces, ¡buenas noches!

Cormon confiesa que es dormilón, y que necesita de ocho á nueve horas de sueño. Cualquier cosa le impide dormir, y el insomnio le fatiga, le enerva y le anemia, pero frecuente-

mente sobrexcita su cerebro. El cerebro trabaja muy bien en las tinieblas, sin ruidos ni luces; así ha encontrado muchos cuadros, tan claramente formulados, que los ha podido ejecutar tales como los había concebido. Si duerme mal, trabaja mal al día siguiente; pero peor todavía si duerme demasiado, lo que le ocurre rara vez.

Dagnan-Bouveret reconoce humildemente tener necesidad de ocho horas de sueño, y afirma que ha trabajado mucho mejor cuando ha dormido bien.

El profesor Dieulafoy se conforma con una ración de siete horas de sueño, y sostiene que el insomnio produce fatiga (Dieulafoy es también del Instituto); y, por el contrario, un sueño reparador «es una de las condiciones más favorables para el trabajo».

El Dr. Espinas dice algo interesante, aunque es también del Instituto. Cuando, durante un momento, habéis estado en la actitud del que duerme, permaneciendo soñoliento lo bastante para preguntaros si habéis dormido, preguntaos si habéis soñado, y sabréis si habéis dormido ó no: si flotan en vuestra conciencia representaciones bastante incoherentes para ser declaradas sueños, es que habéis dormido. Quien sueña, duerme; y al principio, por lo menos, quien duerme, sueña. Las alucinaciones hipnogógicas, de que tanto se ha hablado, no son más que las primeras manifestaciones del sueño, son simples ensueños. Se ha preguntado si los sueños sacan sus elementos de los sucesos de la última vigilia. Espinas está por la afirmativa, y le parece probable que las raras afirmaciones en contrario, resultan de olvidos, ó de que el sueño se funda en sensaciones actuales intrasensoriales. Es falso que los objetos de preocupaciones actuales no figuren en nuestros sueños. La tonalidad del sueño (su carácter agradable ó desagradable) está *también* bajo la dependencia de los estados subjetivos del organismo. Los médicos saben que ciertas afecciones del estómago están en conexión con las pesadillas; pero las imágenes con que se forma la escena angustiosa proceden de hechos recientes.

El barón d'Estournelles de Constant, responde ¡ay! que siempre tiene necesidad de sueño, que le hace falta dormir ocho horas y que rara vez tiene siete; y que ha adquirido no sólo la convicción, sino la certeza, de que el sueño y el descanso son á la vez reparadores y preparadores (hay que advertir á quien no lo sepa, que este barón es senador y ministro plenipotenciario).

Flourens dice que la duración normal del sueño es de siete horas, y que, como nunca ha dormido más tiempo, no puede decir si trabajaría mejor durmiendo más.

El conde de Franqueville recuerda el proverbio latino:

Sex horas dormire sat est juvenique senique
Septem do prigris, nulli concedimus octo;

y dice que siempre ha necesitado las siete horas concedidas al perezoso, y que el sueño le parece más necesario que el alimento, porque puede trabajar en ayunas, pero no puede hacer nada si no ha dormido bastante.

Armando Gautier necesita de siete horas y media á ocho de sueño; si le faltan, las recupera por el día durmiéndose una media hora sobre su trabajo como quien, no habiendo hecho bien las dos principales comidas, toma un suplemento entre horas. Añade que hay un medio de dormir, y es el de no tener preocupaciones, tener la conciencia tranquila, ser joven y ser feliz.

Enrique Houssaye ha dormido siempre mucho: de ocho horas y media á nueve, salvo los insomnios, sólo combatidos por la resignación. Cuando duerme bien, trabaja mejor.

Kelsch, de la Academia de Medicina, se duele de que duerme poco, con sueño entrecortado por insomnios; no acierta con el arte de dormir bien, propio de temperamentos privilegiados.

Esteban Lamy se contenta con siete horas de sueño, y aconseja, como soporífero, la lectura de autores fastidiosos.

Lapparent necesita para su salud ocho horas por lo menos. De lo demás no sabe nada.

Le Dentu dice que se es ó no se es dormilón: ser dormilón es

necesitar de siete á ocho horas de sueño, y no ser dormilón es contentarse con cuatro ó cinco. Estas cantidades aumentan ó disminuyen en proporción directa del gasto de fuerza diario; él necesita un promedio de siete horas y media, y sólo cuando las duerme bien se siente en la plenitud de su fuerza. El arte de dormir es el arte de preparar el sueño por la higiene (reglamentación de la actividad física é intelectual, sobriedad, sobre todo en la cena, veladas poco prolongadas, temperatura moderada, 15° ó 16° centígrados en el dormitorio, trabajo restringido ó evitado).

Luis Leger cree que un intelectual necesita un mínimum de ocho horas de sueño, y contando con lo que se tarda en dormir y en despertar, entiende que debe estarse nueve horas en la cama. Lo mejor para evitar insomnios y ensueños es fatigarse mucho, andar cuanto se pueda, hacer ejercicios físicos, jardinear, etc. El arte de dormir consiste luego en olvidar las preocupaciones del día y orientar el pensamiento hacia recuerdos agradables de lectura, teatros, viajes, etc.; así se evita las pesadillas.

León Lhermite no ha pensado nunca que el sueño pueda influir en la producción, y menos en que el insomnio pueda contribuir á la concepción de obras maestras ó de monstruos. Considera indispensables cinco ó seis horas de sueño, y afirma que nada hay de absoluto en esta materia, pues á un amigo suyo le sienta bien un rato de siesta, y á él, cuando lo ha ensayado, le descompone.

Alfredo Loisy se ha acostado, desde que entró hace treinta y cinco años en el Gran Seminario, á las nueve de la noche, para levantarse, lo más tarde, á las cinco de la mañana; nunca ha podido prolongar sin inconveniente su velada, ni media hora; pero puede adelantar una hora su despertar; cuando trabaja mejor es por la mañana hasta las once y media.

Mæterlink se acuesta á las diez y se levanta á las siete, y su salud se resiente si no tiene esas nueve horas íntegras de sueño, siéndole entonces imposible todo trabajo.

Alfredo Meziéres es de la escuela de Palermo; seis horas le bastan (*sat est*), y mejor se pasa sin dormir que sin comer.

Federico Passy contesta con una bienaventuranza: «Felices los que gozan de buen sueño: tienen más probabilidades de emplear bien el tiempo en que están despiertos.»

Enrique Poincaré necesita siete horas de sueño efectivo; está sujeto á insomnios; no concibe que se pueda dormir sin soñar, y si hay algún arte de dormir no lo conoce.

Raymundo Poincaré, el ex-ministro, procura no dormir más de siete horas, y emplea ese tiempo lo mejor que puede en un mundo muy distinto del nuestro.

Pother ha dormido ocho horas hasta los cuarenta años, y después se contenta con dormir de seis á siete horas.

El pintor Raffaelli recuerda que en su juventud, sano y vigoroso, no le importaba pasarse las noches en vela ó poco menos; pintaba todo el día, y por la noche leía y escribía; pero al cabo de un año de esta sobrelabor, se encontró con que no podía dormir poco ni mucho. Enfermó, y le recetaron narcóticos y baños de tres horas todas las noches con agua templada y un kilo de flores de tilo. Nada le servía, é iba por las calles haciendo eses como un borracho y agarrándose á las paredes para no caer. Amenazado de morir, tomó una resolución heroica, y se recetó á sí mismo el siguiente remedio: «Andar ocho horas al día, de cuatro veces, pero siempre á las mismas horas y por los mismos sitios, con toda clase de tiempo.» A los pocos meses de este régimen recobró el sueño y no lo ha vuelto á perder. Se prepara al sueño evitando toda lectura y toda conversación cierto tiempo antes de acostarse, paseando lentamente entretanto por sus habitaciones. Recuerda que cuando hizo el servicio militar de veintiocho días, se acostó dos ó tres noches en el cuartel, donde se encontró, entre los camaradas, con un mozo de granja que tenía un sueño extraordinario; en cuanto se metía en la cama, ya estaba roncando estrepitosamente. Sus compañeros le pasaban escobas, ¡y qué escobas!, por las narices, y el hombre roncaba tan tranquilo; le cepillaban el pelo,

y seguía roncando; le cantaban pegados á las orejas, y ronca que te ronca; tenían que cogerlo entre cuatro y echarle un cubo de agua por la cabeza para conseguir que abriera un ojo. ¡Vaya un sueñecito!

Ribot necesita ocho horas de sueño, y soporta mal los insomnios.

Enrique Roujon duerme también ocho horas, pero de once á siete precisamente.

Melchor de Vogué, como buen poeta, se cuida poco de su salud, y nunca se ha preguntado qué cantidad de sueño necesita. Duerme, según sus quehaceres, unas veces ocho ó nueve horas y otras tres ó cuatro. Eso no tiene importancia para él. En cuanto á si hay un arte de dormir, se remite á Molière, por ser entretenimiento de su repertorio.

De todo esto, y de sus estudios personales, saca Fernando Mazade varias conclusiones. El sueño es el reparador por excelencia, y el promedio de seis horas que concedía la escuela de Salerno, es hoy insuficiente, requiriéndose ocho, por regla general.

Las causas del insomnio son á veces morales (cuidados, inquietudes, excesos de trabajo, penas y remordimientos) y á veces físicas; pero en la mayor parte de los casos no dormimos por culpa nuestra, porque no sabemos servirnos de nuestra cama. Empezamos á conocer el arte de comer y de beber, pero ignoramos el arte de dormir. Y ese arte existe y no requiere precisamente acostarse con anteojos, como quería el clínico de Lyón, ni formar con la cabeza en la almohada un ángulo de 45 grados mirándose la punta de la nariz, como quiere otro médico. El sueño no se guía por la punta de la nariz.

Para dormir bien es preciso que el dormitorio esté lejos de todo ruido y que no haya en él luz ni animales, ni flores, ni colgaduras, ni muebles innecesarios, y que esté ampliamente aireado, hasta en invierno. La cama deberá estar ligeramente inclinada de la cabeza á los pies, de modo que los miembros puedan estar en flexión perfecta. Los colchones serán de lana,

puestos sobre un *sommier*, ni duro ni blando en demasía; las mantas serán ligeras y la almohada modesta, poco rellena y poco caliente. Acostaos dos ó tres horas después de cenar, aunque Hallopeau aconseja á los que trabajan intelectualmente que duerman después de las comidas. Quizá fuese lo mejor, para el sabio, para el poeta, cortar la noche en dos, durmiendo después de cenar hasta la una, trabajando luego hasta las tres ó las cuatro, y acostándose de nuevo hasta completar las siete ú ocho horas de sueño. Durante el verano no hay que despreciar la siesta.

Es preferible dormir solo, ocupando el centro de la cama, para que cada músculo tenga perfecto apoyo y pueda distenderse á su gusto. No se deben levantar los brazos sobre la cabeza, como lo hacen las mujeres por lo gracioso de la postura, y la cabeza debe estar lo más baja posible *(sic)* para facilitar el aflujo de sangre al cerebro. El cuerpo debe extenderse, sin plegar ni cruzar las piernas, ni menos doblar las rodillas. De espalda se duerme mal, y es actitud femenina; del lado izquierdo es peligroso, pues se corta la digestión y se sienten sofocos y opresión; de vientre tampoco debe dormirse, aunque esta postura les parecía muy sabrosa á los antiguos. La única posición normal es la del lado derecho, por ser la única que no perturba ningún órgano ni función; á ella debemos acostumbrarnos y habituar desde niños á nuestros hijos.

En caso de insomnio, nada de drogas: acudamos á la marcha y aún á la ducha nocturna. En caso necesario, podemos buscar el sueño por medio de sensaciones monótonas, el tic-tac de un reloj, la repetición de un cuento, el contar por dieces, el rezo, etc. Lo que importa á todo trance es dormir, porque el sueño es el gran dispensador de energía, el mejor sedante del sistema nervioso.

BELLAS ARTES

La cuestión de «La Gioconda».—Puesto que hay una cuestión de *La Gioconda,* nada más natural que resolverla, y eso es lo que hace Renato Bonnamen en *La Grande Revue.* ¿Qué quiere decir, ante todo, esa palabra de *Gioconda?* Una figura femenina, pintada por Leonardo de Vinci, colgada en el salón cuadrado del Louvre, mirada por todos como un milagro del arte de pintar, y que sonríe. Quizá quisieran se añadiese que es el retrato de Mona Lisa, una napolitana casada con Francisco de Giocondo, de donde viene el mote del retrato: *La Gioconda.*

No hay tal retrato, aunque la cuestión de la Gioconda, afirmada por Blanc, Bourget, Clement, Delecluze, Teófilo Gautier, Gronau, Gruyer, Houssaye, Jonin, Muntz, Planche, Rigollot, Río, Rosenberg, Seaillés, Taine, Testevuide, Vassari y otros, no consiste tanto en esto como en su sonrisa, *La sonrisa de la Gioconda,* esa famosa sonrisa que vosotros mismos habéis admirado al pasar por el Louvre, preguntándoos: ¿qué quiere decir esa sonrisa?

Porque quiere decir algo. Todos los críticos de arte citados lo han afirmado, y no es cosa de admitir que todos, á pesar de las diferencias de tiempo, inteligencia y temperamento que entre ellos existen, se hayan equivocado, y que es una sonrisa, como dice Bourget, que «no será nunca definida, sencillamente por ser misterio copiado.»

Bonnamen tiene en la materia, sin embargo, una opinión completamente opuesta, y estima que esa sonrisa está bien lejos de ser misterio copiado, cuanto que intenta probar que la Gioconda entera no es un retrato, sino una figura inventada, una *creación* de Leonardo.

¿Habéis comparado alguna vez el cuadro del *Ermitage,* de

San Petersburgo, con el cuadro de la sala cuadrada del Louvre? Es una mujer puesta exactamente como la Gioconda en un paisaje semejante. La fisonomía es consanguínea, pero las facciones son mucho más violentas y marcadas; la frente es más pequeña, la abertura mayor de los ojos les da un carácter de descaro extraordinario, la boca se abre con más insolencia y la demacración de las mejillas da miedo; la cabellera, encrespada, no está cubierta todavía por el ligero velo, que encubre delicado, gracioso y suave, en aureola de exquisita pureza, la cabeza de Gioconda; el busto entero, en fin, desnudo, orgulloso de su juventud y de su belleza, se ofrece con entusiasmo de cálida lubricidad á todos los ojos. Al contacto de esa sublime impúdica sentimos una impresión de realidad terrible y salvaje.

Es, en efecto, una realidad; y comparando esta mujer con la Gioconda, es innegable que nos encontramos con la figura de dos hermanas; y como no ha habido dos Mona Lisa, es evidente que no pueden ser dos hermanas reales, sino que una, la de San Petersburgo, es el retrato, y otra, la del Louvre, es una invención hecha sobre ese retrato. La primera es, técnicamente, un bosquejo de la segunda. Sólo se trataba al principio de pasión devoradora, ardores cortesanescos, ofrecimiento al que pasa de una mujer sin escrúpulos, ardorosa, acalenturada por satisfacer su pasión. Luego todo ha sido profundamente modificado, creado de nuevo, desde el adorno de los cabellos y del cuerpo hasta la expresión de los ojos, de la boca, de las mejillas para imprimir un deseo, público, por decirlo así, un sentido individual. Los ojos, tan persuasivos, se han velado, sin embargo, á medias, bajo las bellas pupilas, algo juntas; las mejillas, más llenas, no han acentuado ya una necesidad apurada; la boca, distendida y afinada en dulce sonrisa, se ha hecho apacible y familiar; el velo, sobre los cabellos, ha opuesto ligera barrera á los ojos profanos, y el vestido, de compactos paños, ha encerrado preciosamente bajo sus abundantes pliegues, los hombros redondos, los pequeños senos, el blando

pecho, el bien modelado brazo. Nada en semejante metamorfosis repugna al genio de Leonardo; y los cuatro años que, según Vassari, invirtió en aquel cuadro y todo lo que de él sabemos sobre lo conveniente de sus creaciones, indica que, al metamorfosear á Mona Lisa en Gioconda, ha tenido una intención que, como en la mayor parte de sus cuadros, responde á una idea simbólica: á la conversión del modelo vivo, en algo innegablemente irreal, puramente *vinciano*. La Gioconda es vinciana, y el problema que suscita es vinciano.

«Jamás el ideal femenino, dice Teófilo Gautier, ha revestido formas más ineluctablemente seductoras. Creed que si Mon Juan hubiera encontrado á Mona Lisa, se hubiera ahorrado el trabajo de escribir en su lista 3.000 nombres de mujeres; no hubiera trazado más que uno, y las alas de su deseo se hubieran negado á llevarle más lejos. Se hubieran fundido y desplumado al sol negro de sus pupilas.

»La hemos vuelto á ver muchos á esta adorable Gioconda, y nuestra declaración de amor no nos parece demasiado ardiente. Está siempre ahí, sonriendo con burlona voluptuosidad á sus innumerables amantes. En su frente aparece la necesidad de una mujer segura de ser eternamente bella, y que se siente superior al ideal de todos los poetas y de todos los artistas.»

Carlos Clement afirma por su parte: «Millares de hombres de todas edades y de todas lenguas se han amontonado en torno de ese estrecho cuadro; se han abrasado en los rayos de esos ojos límpidos y ardientes; han escuchado las palabras engañosas de esos labios pérfidos; han llevado á los cuatro extremos del mundo el dardo envenenado en su corazón. Mientras quede algún vestigio de esta maravillosa y funesta beldad, todos los que quieran leer los misterios del alma en los rasgos del rostro, vendrán con angustia á pedir á esta esfinge nueva la solución del enigma eterno. Enamorados, poetas, soñadores, venid á morir á sus pies. Ni vuestra desesperación ni vuestra muerte borrarán de esa boca burlona la sonrisa encantadora,

la sonrisa implacable, que promete la felicidad, que no dará jamás la dicha.»

«Los críticos y rebuscadores de papeles, que son gentes terribles, dice Taine, y que se obstinan en buscar las partidas de bautismo y de matrimonio, han descubierto que el marido de Mona Lisa estaba en aquella época (la de la obra) en su tercera mujer; que, por consiguiente, no era hombre joven, y añadiendo á esto lo que se sabe de Leonardo, de su belleza, de su gracia, de su gloria, considerando que estuvo cuatro años haciendo ese retrato, que se encargó de todos los gastos de escenario, han sacado, en conclusión, que la sonrisa de Mona Lisa se dirigía tal vez á su marido por burla, tal vez á Leonardo por benevolencia, y tal vez á los dos á un tiempo.»

En estos tres comentarios, representativos de todas las opiniones emitidas sobre el problema, se revela, en definitiva, la misma opinión: la sonrisa de la Gioconda es una *invitación al amor,* ó, como decía Felibien: «La Gioconda es una mujer hermosa, que se complace en que la miren.» Ni Gautier, ni Clement, ni Taine se preocupan de que la Gioconda es una criatura vinciana. La miran como un retrato, y suponen que se dirige á ellos y filosofan sobre la invitación al amor, y, según el temperamento de cada uno, manifiesta su entusiasmo ó su odio para infligir á la pobre Gioconda intenciones, más que benévolas, detestables ó dudosas. Vinci no nos ha dejado nada que concierna especialmente á la Gioconda; pero ha escrito de todo, y buscando bien en su filosofía, no nos es difícil averiguar lo que él pensaba sobre la mujer y sobre el amor: «Un día bien empleado, dice, da alegría para dormir.» «Las prescripciones de la experiencia, añade, son medios suficientes para hacerte discernir lo verdadero de lo falso, lo que hace que los hombres se prometan las cosas posibles y con más medida, por miedo de que por ignorancia no quieras cosas tales que, siendo imposibles de obtener, te hagan entregar con desesperación á la melancolía.» Esa melancolía que parece temer tanto; esa desesperación cuyo mejor remedio está en la actividad científ-

fica, ¿no nacen, á veces, con ocasión de esa misma actividad? ¿Qué hacemos entonces? Levantamos los ojos, y á nuestro lado encontramos á la querida compañera, que de ordinario no comprende como nosotros el mérito y la excelencia de nuestro trabajo, puramente viril, y que nos ofrece, en compensación, lo que puede hacernos olvidar de nuestras preocupaciones. ¿Qué va á pensar de ese ofrecimiento la inteligencia completa, luminosa y equilibrada de un sabio tan ideal como Vinci?

Lo primero que atrae en esa criatura, de treinta años, tan apaciblemente puesta de codos, tan segura de sí misma, es la fijeza de la mirada profunda que envuelve inmediatamente al espectador y que le impone su deseo. Lo segundo es la sonrisa de su boca, sonrisa ligera, apenas bosquejada, tan débilmente, que cuando se mira á la vez toda la figura, desaparece bajo la influencia imperiosa de los ardientes efluvios que salen de los ojos, nota fundamental de esa sinfonía de tres voces. Esa sonrisa no es sarcástica, como han afirmado algunos; claro que no es la sonrisa infantil de una joven, porque esos labios conservan la huella de la mordedura del amor, y la recuerdan; la sombra que orla vagamente sus comisuras, revela simplemente coquetería matizada de bondad y de confianza, una coquetería afectuosamente burlona; de ahí la definición propia de esa boca tan diversamente juzgada: «la sonrisa de una mujer, amada desde hace mucho tiempo, que sabe que lo es siempre, pero que se burla de su amigo por una faltilla acostumbrada que la divierte.» La Gioconda habla en tercer lugar con las manos, soberbias, voluptuosas, acariciadoras, puestas en evidencia, modeladas con deleite.

Viendo ahora esa mirada intensa, esa boca bondadosa y burlona y esas manos geniales, tan ingenuamente voluptuosas, en el paisaje encantador y quimérico, abierto al infinito tras ella, ¿no os parece oir este diálogo? «¿Sonríes, no es verdad, por mis vanos esfuerzos de inteligencia, por mis fracasos en la busca de la verdad abstracta? Mi labor, puramente viril, ¿te parece pequeña, insegura y débil al lado de las fuerzas que hay

en ti, y que tienen el mismo objeto, la triunfante persistencia de nuestra raza? Pero ¿qué puedo yo en eso, amada mía?—Mira ese hermoso paisaje que se extiende tras de mí—contesta la mujer,—el espacio ilimitado que abre á los sueños fáciles, quiméricos quizá, pero tan consoladores. Admira cuán armonioso es conmigo. Mira ahora mis dedos, suavemente redondeados, obreros, si quieres, de sencillos, puros, sanos, perfectos, fáciles y, al menos, tan poderosos goces. Y no olvides que este traje que me viste en apariencia tan celosamente, contiene poniéndolo á salvo para ti, el esplendor de mi cuerpo, y puede muy fácilmente abrirse.»

«¿No es ese, concluye Bonnamen, todo el «eterno femenino», cuyo tema se encuentra persistente en todas las diversas admiraciones, ocasionadas por el delicioso texto pictórico de Vinci? ¿No tiene casi todo el carácter vinciano que le es necesario? ¿No se explica de ese modo la necesidad para Vinci de hacer de la Gioconda un sér distinto de Mona Lisa? La Gioconda es la respuesta al grito de desesperación de un sabio. Esa es su mayor fortuna y lo que explica el gran secreto de su imperecedero encanto.»

LITERATURA

La vida de Nietzsche.—Gracias á Daniel Halevy, tenemos un libro sobrio, pero completo, sobre la vida del autor de *Zaratustra*. Su infancia fué melancólica. Hijo de un pastor luterano, que murió loco cuando él todavía era un niño, fué educado por su madre y por sus tías, mostrándose taciturno, pero con carácter dulce y arrogante al mismo tiempo; á los nueve años se sintió apasionado por la música, y empezó á componer melodías y versos; á los catorce entró en el colegio de Pforta, y de esa época se conservan algunos cuadernos en que anotaba sus pensamientos con gran lucidez. En uno de

ellos, durante la crisis religiosa, escribió lo siguiente: «La sumisión á la voluntad de Dios y la humildad no son frecuentemente más que una capa echada sobre la cobarde pusilanimidad que experimentamos á punto de arrostrar valientemente nuestro destino.»

A los diez y ocho años pasó á la Universidad de Bonn. Aunque los profesores le alentaban y alababan por su saber en filología, prefería dedicarse á la poesía y á la música, entusiasmándose con los poetas griegos y con la música de Bach y de Beethoven. Carecía, sin embargo, de orientación respecto á los grandes problemas de la vida, cuando cayó en sus manos, produciendo en su espíritu una revolución, *El mundo como voluntad y como representación*, de Schopenhauer. Dos años después, sin haber todavía terminado sus estudios, fué nombrado, á causa de algunas de sus publicaciones, profesor de Filología de la Universidad de Basilea. Era un éxito, pero Nietzsche aceptó sin entusiasmo, por temor á convertirse en filisteo. Allí, sin embargo, se encontró con algo que ejerció gran influencia en su vida: con la amistad de Ricardo Wagner, á quien había conocido el año anterior en Leipzig, y que vivía entonces en Triebschen, junto á Basilea.

Wagner acababa entonces de casarse con Cosima Liszt; estaba terminando el *Sigfredo*, y tenía plena fe en sí mismo y en su arte; sólo le faltaba un profeta, y ese profeta fué Nietzsche. Ocho años próximamente duraron las relaciones entre Nietzsche y Wagner, terminadas por una ruptura que convirtió aquella entusiástica amistad en la hostilidad más airada. En ese tiempo se dibujan y se fijan las líneas definitivas de la personalidad de Nietzsche: extrema delicadeza de sentimiento y despiadada fiereza de la conciencia; necesidad apasionada de amar y admirar, é incapacidad absoluta para toda ilusión.

Otra amistad de muy diversa índole le ayudó á soportar los tormentos de su ruptura con Wagner, salvándole quizá de la locura que ya le amenazaba: la amistad de la suave Malvida de Meisenburg, una señora de cincuenta años que le quería

con afecto maternal; sus *Memorias de una idealista* le impresionaron tanto, que la decía: «Yo estaba enfermo; dudaba de mis fuerzas y de mis fines; creía que había debido renunciar á todo, y lo que me espantaba sobre todas las cosas era la longitud de una vida de la que no queda más que el peso atroz si se debe renunciar á los fines más elevados. Ahora estoy más sano y más libre, y considero, sin atormentarme ya, el deber que debo cumplir...»

En la primavera siguiente fué huesped de Malvida en Sorrento. En 1871 se había encontrado con Mazzini, en la diligencia de San Gotardo, y había simpatizado tanto con él, que declaraba ser el hombre que más veneraba; Mazzini le había citado una frase de Gœthe: «Ninguna transacción, en la integridad, en la plenitud, en la belleza; vivir resueltamente.» Malvida se complacía en hablar á Nietzsche de Mazzini, y no fué esto lo que menos contribuyó á estrechar los lazos espirituales que los unían. En el fondo de su pensamiento existía ya el elemento destructor que le alejaba de todos, y que se reveló en su *Humano, demasiado humano;* por entonces también se agravaron sus sufrimientos físicos, y se vió obligado á dejar la cátedra, quedándole una pensión de 3.000 liras. Muchas veces se creyó á punto de morir, y esperó estoicamente la muerte. Así iba construyendo su concepto heroico de la vida en soledad, en pobreza, en agonía perpetua. Pensando en Leopardi, decía que no había sido valiente, porque había difamado la vida, no estando aún en condiciones de alabarla por sentirse enfermo: «Un enfermo no tiene derecho á ser pesimista.» «Los sufrimientos, sean como quieran, no deben nunca inducir al hombre á testimoniar contra la vida.» «He sufrido tanto, escribía á principios de 1880, he renunciado á tantas cosas, que no sé á qué vida de asceta poder comparar la mía de este último año. Pero también he adquirido mucho: mi alma ha ganado en fuerza, en dulzura, y no necesito ya para esto de la religión ni del arte. (Me enorgullezco de ello, sí; en mi estado de completo abandono es donde he podido descubrir mis fuen-

tes íntimas de consuelo.) Creo haber hecho la obra de mi vida como puede hacerlo aquel á quien no se ha dejado ningún tiempo; pero sé que para muchos hombres he vertido una gota de buen aceite; que muchos hombres han sido orientados por mí hacia una vida más alta, más serena y más lúcida.»

Durante el año de 1880 anduvo peregrinando entre Italia y Suíza, hasta que en Octubre se fijó en Génova en una habitación tan modesta, que rayaba en lo miserable. Allí, con una lamparilla de alcohol, se preparaba él mismo la comida. Todos le querían en la casa, y cuando sufría sus hemicranias, uno ú otro de los inquilinos le cuidaba; pero como siempre decía que no necesitaba nada y se mostraba tan resignado, todos le llamaban *el santo*. Así escribió *Aurora;* pero ya estaba en gestación la idea magna del *eterno retorno*. Un día, en la Engadina, se le apareció nitídamente, y la fechó así: «Principio de Agosto de 1881 en Sils-María, á 6.500 pies sobre el mar y muy por encima de todas las cosas humanas.» Pocos días después, en la embriaguez lírica que le dominaba por la alegría del descubrimiento, tuvo la primera visión de *Zaratustra*, fijando su impresión en tres dísticos:

Estaba sentado en la espera, en la espera de la nada.
Gozaba, más allá del bien y del mal,
ora de la luz, ora de la sombra, abandonado
al día, al lago, al medio día, al tiempo sin fin.
Entonces, amigo, de un golpe uno se hace dos,
y Zaratrusta pasó á mi lado.

Vuelve á Génova, soportando la amargura del silencio absoluto de sus amigos y del público, respecto de *Aurora,* y en el invierno escribe parte de su *Gaya Ciencia*. Malvida, preocupada por su salud y queriendo darle mujer, le invita á ir á Roma, donde le presenta á Lu Salomé, una joven rusa de raro ingenio, bella y original. Nietzsche, por primera vez en su vida, se enamoró con todo el ardor de su temperamento lírico y con toda la profundidad de su alma mística. Por desgracia, aque-

lla mujer no había nacido para él, y tras algunos meses de sufrimiento, Nietzsche renunció á su sueño de amor, declarando contra su propia tesis del *eterno retorno* que «no querría volver á vivir aquellos últimos meses».

En el invierno de 1882 á 1883, otra vez solo en Rapallo, escribió la primera parte de *Así habló Zaratustra;* la segunda y tercera fueron escritas en la Engadina y publicadas á principios de 1884. Nadie le leía ni le hacía caso. La cuarta parte, escrita en Niza, no encontró editor, y Nietzsche tuvo que imprimirla á su costa y distribuyó siete ejemplares.

La existencia del poeta continuó cada vez en mayor delirio, en una fiebre de creación espantosa en medio de la más completa soledad. No ya la schopenhaueriana *voluntad de vivir*, sino la propia *voluntad de potencia*, la voluntad de superarse á sí mismo contra todo, le sostenía. *Más allá del bien y del mal* encontró dos lectores, no en la patria, sino en el extranjero: pero eran dos lectores excepcionales: el francés Hipólito Taine y el danés Jorge Brandés. Los dos saludaron como á un genio al desconocido escritor. Era demasiado tarde, y Nietzsche marchaba á las tinieblas. Sus últimos libros, escritos en pocos meses en 1887 y 1888, *El caso Wagner*, *El crepúsculo de los ídolos* y *Ecce Homo*, son relámpagos alucinantes de una inteligencia despeñada. En Enero de 1889, desde Turín, Nietzsche escribía á Briandes: «Amigo Jorge, desde que tú me has descubierto, no es maravilla encontrarme; lo que ahora es difícil es perderme»; y firmaba *El Crucificado*. La alegría, sin embargo, una especie de alegría dionisíaca, entraba en él, y aun firmándose también *El Crucificado,* escribía á Pedro Gast: «Maestro Pedro, cántame un nuevo canto. El mundo es claro y todos los cielos se alegran.»

El libro de Halevy, como dice Nemi, es un libro hermoso y el más alto homenaje que hasta ahora se ha rendido á la memoria de Nietzsche.

IMPRESIONES Y NOTAS

La atención.—Según Rodolfo Senet, la atención resulta de la transformación de la tensión de la corriente nerviosa, en intensidad en unos casos, y en otros de lo contrario. Con esta teoría, Senet explica (y estas son sus conclusiones):

1.ª Que la atención no es un fenómeno continuo, sino que sufre soluciones de continuidad, que se presentan en forma de eclipses de observación variable, según las personas y los fenómenos.

2.ª Que la atención es tanto más intensa cuanto más alto es el proceso en que interviene (en las ideas, por ejemplo, es más intensa que en las sensaciones).

3.ª Que la atención es mayor cuanto más compleja es la operación mental que se efectúa. La resistencia del medio es en estos casos mayor, por ser el encadenamiento neuronal más complejo y el circuito mucho más extenso.

4.ª Que la atención exige siempre como condición esencial la novedad. Las vías ya abiertas para la corriente no ofrecen apenas resistencia, mientras que las cosas nuevas requieren un esfuerzo para abrirse paso, manteniendo así despierta la atención.

5.ª Que la relación entre la atención y la reacción es inversa; y cuando la primera llega á su máximum, la segunda toca á su mínimum.

6.ª La evolución de la memoria inmediata. Esta evolución gradual se explica hasta los veinte años, porque aunque disminuye la plasticidad del tejido nervioso, aumenta en cambio, con el tiempo, el poder de la atención; con la edad, los tejidos se hacen más duros, aumentando la existencia del medio y, por consiguiente, disminuyendo la atención. Un mismo acto cerebral, según Exner, se percibe á los veinte años durante 0,2053

de segundo, y á los setenta y seis años durante 0,9426 de segundo.

7.ª Que la atención en los niños es fugaz, porque la plasticidad es mayor y la resistencia menor; la transformación de la tensión en intensidad es pequeña, y, por lo tanto, la atención efímera; además, los circuitos nerviosos, que se hallan todavía en evolución, son en la infancia menos amplios; su resistencia es menor, y la atención tiene también que ser más fugaz.

8.ª El síntoma de la falta de atención, característico de todos los procesos demenciales. La resistencia en estos casos disminuye por interrupciones en el circuito nervioso, degeneraciones, reblandecimientos, etc. La interrupción no llega al caso de la parálisis general, en que el neurón queda aislado, siendo imposible toda transmisión nerviosa; pero el influjo llega hasta la corteza, interrumpiendo el circuito en la zona afectada é impidiendo la transformación de parte de tensión en intensidad.

9.ª La ley psicofísica de Weber-Fechner, puesto que «debe existir una relación inversa constante en la velocidad del proceso psíquico y la atención.»

Cuanto más veloz es el proceso, menor es la atención, y cuanto menos veloz es aquél, mayor es ésta.

***

Apología del lujo.—Andrés Morize ha dedicado un volumen á la *Apología del lujo en el siglo XVIII y El Mundano de Voltaire*. Y con este motivo, trata de Mandeville y de su considerable influencia en el siglo XVIII, afirmando que hay pocas obras de ciencia económica ó social, que directa ó indirectamente no le deban mucho. *El Mundano de Voltaire* es el vulgarizador de las ideas económicas inglesas sobre el lujo, recogidas en el *Ensayo político sobre el Comercio*, de Melon, que á su vez es el vehículo de las doctrinas de William Petty de Mandeville y de los mercantilistas ingleses.

Según Morize, deben relacionarse estas doctrinas con la tradición libertina de los siglos XVI y XVII. Mandeville es quien las recoge y las da forma, infundiéndolas en la economía política naciente y haciéndolas ruidosa propaganda. La prueba de su influencia se halla en la obra citada de Melon, en las citas de Montesquieu, en las censuras de Rousseau y en los escritos de Voltaire, Diderot, Holbach y Helvecio. Mandeville sostiene, en definitiva, que la vida es buena y el presente feliz; que no hay más realidad ni más dicha que la del tiempo presente. Dice que hay que defender la civilización que nos ha enseñado el uso de las pasiones y los refinamientos del lujo. Las ideas de Mandeville pueden resumirse en las fórmulas siguientes: El lujo es necesario para el sostenimiento de los Estados.—El orgullo, fuente de gastos, es un manantial de felicidad pública.—La envidia y la vanidad son ministros de la industria.—Los frugales forman el séquito de los pobres.—Las bellas artes son incompatibles con una sociedad frugal.

***

La herencia en la avaricia.—Roques de Fursac sostiene, en el *Journal de Psychologie,* que la avaricia es una afección de la edad madura, especialmente de la vejez, y hasta cierto punto adquirida, lo cual no es obstáculo para que haya avaros natos.

De las 35 observaciones de avaricia que ha logrado estudiar, 17 eran completamente adquiridas sin rastro alguno hereditario; las 18 restantes son hereditarias, y el autor las ha estudiado con todo detalle, pudiéndose deducir de su trabajo las conclusiones siguientes:

1.ª La herencia morbosa es tan frecuente en las familias de avaros como en las de enajenados en general.

2.ª La herencia reviste todas las formas conocidas: ascendente, descendente y colateral.

3.ª Las macas (se nos resiste el empleo del galicismo *taras,*

cuando tenemos en *maca* una palabra que expresa perfectamente lo que se quiere), en las familias de avaros, consisten rara vez en afecciones nerviosas orgánicas ó en neurosis propiamente dichas, siendo casi siempre afecciones exclusivamente mentales.

4.ª Los casos de anomalía del carácter predominan en los avaros con mucha frecuencia sobre los casos de psicosis propiamente dicha.

5.ª La herencia similar es frecuente; la contraria, que lo es menos, se encuentra unas veces fuera y otras asociada á la similar.

*
* *

El «Reina Mercedes».—Nada menos que un folletito, con el título de «Carta á los señores directores de los periódicos nacionalistas», á propósito de un artículo definido, ha sugerida á Mauricio de Noisay el empleo en francés del artículo *le* con nombres femeninos de acorazados ó dirigibles, como *Le Republique, Le Patrie*, etc. Noisay se indigna por estas faltas de concordancia, y se dirige á los periodistas reclamando contra ellas y estimando que son indicios de profunda desorganización social. En España nos sucede exactamente lo mismo; también nosotros tenemos acorazados como *el Reina Mercedes* y hasta dirigibles, como *el España*, incurriendo en la misma supuesta falta, que tan de sus casillas saca al nacionalista Noisay.

A nosotros, sin embargo, nos parece que en esas expresiones no hay falta ninguna de concordancia, y si la hay es puramente aparente. El mismo Noisay reconoce que no se podría decir *la Patria* ni *la República* en tales casos, so pena de incurrir en lamentables confusiones. Todo el mundo entiende perfectamente que al decir el *Reina Mercedes* ó el *España*, se habla de un buque ó de un globo, y que el artículo no concierta con el femenino que sigue, sino con el nombre *buque* ó *globo*, que quedan tácitos. Es un caso exactamente igual al clási-

co que tienen los franceses en la concordancia de *la* con nombres de días designados por el santo titular: *la Saint-Pierre, la Saint-Jean, la Toussaint;* ahí existe una falta de concordancia aparente, y todos los chicos ilustrados saben que ese artículo femenino no concierta con el nombre masculino del santo que le sigue, sino con el femenino *fête de* que se sobreentiende.

Es, pues, ir contra una tradición perfectamente autorizada, pretender que en esos casos se haga la concordancia del artículo con el nombre visible, suprimiendo una de las elegancias de la lengua. La supresión del artículo en esos casos, que es lo que propone Noisay, no es tampoco admisible: va contra el genio de la lengua, contra la tradición citada, y constituye, por tanto, un barbarismo de nuevo género, el barbarismo de escrupulosidad.

*
* *

Pirón y Voltaire.—Pirón apenas fué más que un hombre de ingenio, en el que se encuentra, como dice Feliciano Pascal en el *Eclair*, toda la causticidad borgoñona necesaria para hacer callar al mismo Voltaire. Piron tenía una cualidad que poquísimos escritores poseen, por lo menos en el mismo grado; componía sus obras de memoria y podía recitarlas antes de escribirlas. Así recitó á los comediantes *Los hijos ingratos*, y se negó á todas las correcciones que le sugería su auditorio.—Pues Voltaire se presta bien á nuestras observaciones y corrige, le objetó uno de los cómicos.—Voltaire trabaja en marquetería; yo acuño en bronce, respondió Pirón soberbiamente.

Esa fué la pretensión y hasta podría decirse la fatuidad de Pirón: eclipsar á Voltaire. «Yo le reventaré cuando quiera», decía aquel hombrón sano, fuerte y sanguíneo, del pobre valetudinario que apenas se levantaba de la cama. Y hay que convenir en que las pocas veces que se encontraron, Voltaire fué quien llevó la peor parte. Precisamente el cuidado constante de Voltaire por su salud, sus lavativas y sus purgantes sir-

vieron á Pirón para componer los dardos de su crítica. Hablando de la copia en yeso de su busto y del color que le había dado el moldeador, dijo: «Este feo colorido sentaría como cera al retrato de Voltaire, que no se alimenta de arriba abajo más que de electuarios, aguas minerales y cocimientos.» Uno de los términos de comparación que constantemente usaba era éste: «Más que pipas ha fumado Crebillón, que lavativas se ha puesto Voltaire y que botellas ha bebido Pirón».

Voltaire no se atrevía á responder, por temor á provocar la réplica. Pirón, que se creía superior en talento á Voltaire, le ha atacado también atrevidamente, y no sin acierto, sobre el valor de sus obras. Freron ha contado que un poco antes de morir, Pirón salió de un largo desvanecimiento, y fué para exhalar una última diatriba contra Voltaire: «Voltaire, dijo, no se ha atrevido casi á atacarme; pero le conozco bien: el bribón es bastante cobarde para atacarme después de muerto, como lo ha hecho con Crebillón, mi ilustre compatriota. He previsto su buena voluntad.» Y declaró que dejaba en un cofrecillo 150 epigramas contra él, recomendando á su legatario literario que si Voltaire le soltaba la menor palabra mal sonante, le mandase cada semana uno de esos epigramas á Ferney. La Academia tampoco fué olvidada en su críticas, y conocido es el epitafio que Pirón compuso para su propia sepultura:

«Ci-gît Pirón, qui ne futrien,
pas même académicien.»
(Aquí yace Pirón, que no fué nada,
ni siquiera académico).

Fernando Araujo

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Trattato pratico di psichiatria forense per uso di medici, giuristi e studenti, pubblicato da S. Ottolenghi e S. de Sanctis, professori all'Università di Roma.—Milano, Società Editrice Libraria, 1909.

Hasta ahora no se han publicado sino las dos primeras entregas de esta utilísima obra. La primera entrega (280 páginas) está consagrada á la semeiótica mental, ó sea al examen (morfológico externo, fisiológico y psíquico) del loco y del delincuente, y á la valoración de tal examen para el respectivo diagnóstico. Es la parte primera de la obra.

Con la segunda entrega empieza la segunda parte; y esta entrega (de 240 páginas) abarca la primera sección de dicha segunda parte; sección dedicada al estudio de los alienados y de las diferentes formas clínicas que la alienación mental reviste (noción, historia, sintomatología, patogenia, etc.).

Ambas entregas están escritas por el profesor Sante De Sanctis, que es uno de los mejores alienistas de la Italia actual. Con notable arte sintético da noticia al lector de las doctrinas y puntos de vista sostenidos en materia de neurología y psicopatología por los principales psiquiatras contemporáneos, y de la parte con que cada uno viene contribuyendo al progreso de las respectivas disciplinas y á la resolución de los diferentes problemas.

El autor no es de los que se complacen en hacer afirmacio-

nes atrevidas y en lanzar hipótesis aventuradas. Mas bien propende del lado de aquellos que se mantienen en prudente y circunspecta reserva. Así se ve, por ejemplo, cuando trata del valor diagnóstico de los denominados «caracteres físicos» y «estigmas» de la degeneración.

La obra, bien presentada tipográficamente, como acostumbra á hacerlo la Società Editrice, lleva multitud de grabados ilustrativos de las varias cuestiones discutidas en ella.

P. Dorado

ÍNDICE

Págs.

La verdadera patria de Cristóbal Colón, por Fernando de Antón del Olmet. 5

Añoranzas de Granada, por Rodrigo Amador de los Ríos..... 45

El catolicismo liberal inglés, por Eduardo Ovejero..... 65

Recuerdos, por José Echegaray..... 78

Parnaso internacional: Ella, de Pablo Gerardy.—*La risa*, de Aquiles Millien. 89

El país del placer (novela), por Edit Wharton..... 92

La realidad, por Anselmo Fuentes..... 125

La América moderna, por Vicente Gay..... 142

Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 167

Notas bibliográficas, por P. Dorado..... 202

LIBROS PUBLICADOS

POR

LA ESPAÑA MODERNA

que se hallan de venta en su Administración, López de Hoyos, 6.—MADRID

N.º del Catál.º		Pesetas
175	**Aguanno.** — La génesis y la evolución del Derecho civil..	15
176	— La Reforma integral de la legislación civil..	4
177	**Alcofurado.** — Cartas amatorias de la monja portuguesa Mariana Alcojurado, dirigidas al Conde de Chamilly....	3
315	**Amiel.**—Diario íntimo..	9
327-328	**Antoine.**—Curso de Economía Social, 2 vols.	16
178	**Anónimo.**--¿Académicas?	1
179	— Currita Albornoz al P. Luis Coloma.....	1
183	**Araujo.**—Goya.....	3
180	**Arenal.** — El Delito colectivo.....	1,50
182	— El Derecho de gracia.	3
181	— El Visitador del preso.	3
323	**Arnó.**—Las servidumbres rústicas y urbanas.--Estudio sobre las servidumbres prediales.....	7
114	**Arnold.** — La crítica en la actualidad.....	3
172	**Asensio.**—Fernán Caballero.....	1
39	— Martín Alonso Pinzón.	3
184	**Asser.** — Derecho Internacional privado.....	6
368	**Bargehot.**—La Constitución inglesa.....	7
391	— Leyes científicas del desarrollo de las naciones en sus relaciones con los principios de la selección y de la herencia.....	4
416	**Baldwin.**—Elementos de Psicología	8
111	**Balzac.**--César Birotteau	3
54	— Eugenia Grandet. ...	3
112	— La Quiebra de César Birotteau.	3
62	— Papá Goriot.....	3
76	— Ursula Mirouet.....	3
2	**Barbey d'Aurevilly.** — El Cabecilla.	3
12	— El Dandismo y Jorge Brummel..	3
131	— La Hechizada.	3
120	— Las Diabólicas.	3
124	— Una historia sin nombre.....	3
110	— Venganza de una mujer.....	3
130	**Baudelaire.**— Los paraísos artificiales.....	3
163	**Becerro de Bengoa.** — Trueba.	1
174	**Bergeret.**— Eugenio Monton (Merinos)	1
353	**Boccardo.**—Historia del Comercio, de la Industria y de la Economía política, para uso especialmente de los Institutos técnicos y de las Escuelas superiores de Comercio.....	10
311	**Boissier.**—Cicerón y sus amigos.—Estudio de la sociedad romana del tiempo de César.....	8
380	— La Oposición bajo los Césares.....	7
169	**Bourget.**--Hipólito Taine	0,50
395	**Bréal.** — Ensayo de Semántica. (Ciencia de las significaciones)	5
447	**Bredif.**— La Elocuencia política en Grecia.....	7
399	**Bret Harte.** — Bloqueados por la nieve.....	2

N.º del Catál.º		Pesetas
367	**Bunge.**—La Educación..	12
185-186	**Burgess.** — Ciencia política y Derecho constitucional comparados *(dos tomos)*.....	14
187	**Buylla.**—Economía.....	12
36-37	**Campe.** — Historia de América *(dos tomos)*..	6
156	**Campoamor.**—Cánovas.	1
79	— Doloras, cantares y humoradas.....	3
69	— Ternezas y flores.....	3
317-354-371	**Carlyle.**—La Revolución francesa *(tres tomos)*.....	24
393	— Pasado y presente....	7
188	**Carnevale.** — Filosofía jurídica. — Crítica penal.....	5
189	— La cuestión de la pena de muerte.....	3
102	**Caro.**—Costumbres literarias.....	3
140	— El Derecho y la fuerza.	3
58	— El pesimismo en el siglo XIX.....	3
65	— El suicidio y la civilización.....	3
127	— Littré y el Positivismo	3
363	— La filosofía de Goethe	6
293	**Castro.**—El libro de los galicismos.....	3
361	**Champcommunale.**—La sucesión abintestato en Derecho Internacional privado.....	10
190-191	**Collins.** — Resumen de la filosofía de Spencer *(dos tomos)*.....	15
64	**Coppée.**—Un idilio.....	3
40	**Cherbuliez.** — Amores frágiles..	3
26	— La tema de Juan Tozudo.....	3
93	— Meta Holdenis.....	3
18	— Mis Rovel.....	3
91	— Paula Mere.....	3
394	**Colombey.** — Historia anecdótica de El Duelo en todas las épocas y en todos los países.....	6
437	**Comte.** — Principios de Filosofía positiva.....	2
404	**Couperus.**—Su Majestad.	3
297-298	**Darwin.** — Viaje de un naturalista alrededor del mundo *(dos tomos)*..	15
59	**Daudet.**—Cartas de mi molino.....	3
125	— Cuentos y fantasías..	3
13-14	— Jack *(dos tomos)*...	6
22	— La Evangelista.....	3
46	— Novelas del lunes....	3
425	**Dollinger.**— El Pontificado.....	6
166	**Dorado.** — Concepción Arenal.....	1
33	**Dostoyusky.**—La novela del presidio.....	3
301	**Dowden.** — Historia de la literatura francesa..	9
402	**Dumas.**—Actea.....	2
326	**Emerson.**—La ley de la vida.....	5
332	— Hombres simbólicos. .	4
413	**Emerson.**—Ensayo sobre la naturaleza, seguido de varios discursos....	3,50
442	— Inglaterra y el carácter inglés.....	4
459	— Los veinte ensayos...	7
340	**Eltzbacher.** — El anarquismo, según sus más ilustres representantes.	7
342	**Ellis Stevens.**—La Constitución de los Estados Unidos, estudiada en sus relaciones con la Historia de Inglaterra y de sus colonias.....	4
162	**Fernán Flor.**—Tamayo..	1
158	— Zorrilla.....	1
155	**Fernández Guerra.** — Hartzenbusch.....	1
92	**Ferrán.**-Obras completas	3
42	**Ferry.**—Estudios de Antropología.....	3
329	**Fichte.**—Discursos á la Nación Alemana. La regeneración y educación de la Alemania moderna.	5
352	**Finot.**—Filosofía de la longevidad.....	5
357	**Fitzmaurice-Kelly.** — Historia de la Literatura española.....	10
24	**Flaubert.** — Un corazón sencillo.....	3
390	**Flint.**—La Filosofía de la Historia en Alemania..	7
196-197	**Fouillee.** — Historia de la filosofía *(dos tomos)*	12
195	— La ciencia social contemporánea.....	8

N.º del Catál.º		Pesetas
194	**Fouillee.**—Novísimo concepto del derecho en Alemania, Inglaterra y Francia.....	7
451-452	—Historia de la filosofía de Platón (*dos tomos*)	12
333	**Fournier.** — El ingenio en la historia.—Investigaciones y curiosidades acerca de las fases históricas.....	3
198-199	**Framarino dei Malatesta.**—Lógica de las pruebas en materia criminal (*dos tomos*).....	15
302-303	**Gabba.**—Cuestiones prácticas de Derecho civil moderno (*dos tomos*).	15
307	**Garnet.**—Historia de la Literatura italiana....	9
201	**Garofalo.** — Indemnización á las víctimas del delito.....	4
200	— La criminología.—Estudio sobre el delito y la teoría de la represión, con un Apéndice sobre los términos del problema penal, por Luis Carelli.....	10
202	— La superstición socialista.....	5
98	**Gautier.**—Bajo las bombas prusianas.....	3
167	— Enrique Heine.....	1
132	**Gautier.**— Madama de Girardín y Balzac....	3
121	— Nerval y Baudelaire..	3
70	**Gay.**—Los Salones célebres.....	3
345	**George.** — Protección y librecambio.....	9
421	— Problemas Sociales..	5
261	**Giddings.**—Principios de Sociología.....	10
414	— Sociología inductiva.	6
286	**Giuriati.** — Los errores judiciales.....	7
164	**Gladstonne.**—Lord Macaulay.....	1
287	**Goethe.**—Memorias....	5
406	**Gonblanc.**—Historia general de la Literatura.	6
21	**Goncourt.** — Germinia Lacertenx.....	3
204	— Historia de María Antonieta.....	7
44	— La Elisa.....	3
61	— La Faustín.....	3
129	— La señora Gervaisais..	3
318	— Las favoritas de Luis XV.....	6
6	— Querida.....	3
11	— Renata Mauperín....	3
358	— La Du-Barry.....	4
206	**González.**-Derecho usual	5
282-283	**Goodnow.**—Derecho administrativo comparado (*dos tomos*).....	14
207	**Goschen.**—Teoría de los cambios extranjeros...	7
208	**Grave.**—La sociedad futura.....	8
469, 470, 461 - 462.	**Green.**—Historia del Pueblo inglés (*cuatro tomos*).....	25
209	**Gross.**—Manual del juez.	12
210	**Gumplowicz.**—Derecho político filosófico.....	10
211	— Lucha de razas.....	8
330	—Compendio de Sociología	9
212	**Guyau.** — La educación y la Herencia.....	8
331	— La moral inglesa contemporánea, ó sea, Moral de la utilidad y de la evolución.....	12
471	**Hailman.**—Historia de la Pedadogía.....	2
290	**Hamilton.** —Lógica parlamentaria.....	2
213	**Hausonville.** — La juventud de Lord Byron.	5
324	**Heiberg.** — Novelas Danesas.....	3
41	**Heine.**—Memorias.....	3
314	— Alemania.....	6
396	**Höffding.**—Psicología experimental.....	9
426	**Hume.**—Historia de la España contemporánea..	8
412	— Historia del Pueblo Español.....	9
214	**Hunter.** — Sumario del Derecho romano.....	4
316	**Huxley.**—La educación y las ciencias naturales..	6
3	**Ibsen.**—Casa de muñeca.	5
53	— Los Aparecidos y Edda Gabler.....	3
216	**Janet.**—La familia....	5
423	**Jitta.**—Método de Derecho internacional.....	9
217	**Kells Ingram.**—Historia	

N.º del Catál.º		Pesetas
	de la Economía política.	7
218	**Kidd.** — La evolución social	7
219	**Koch y otros.** — Estudios de higiene general.	3
295 bis.	**Korolenko.** — El desertor de Sajalín	2,50
322	**Kropotkin.** — Campos, fábricas y talleres	6
299	**Krüger.**—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano	7
221	**Laveleye.** — Economía política	7
369	— El Socialismo contemporáneo	8
220	**Lange.**—Luis Vives	2,50
454	**Larcher y Julien.** — Opiniones acerca del matrimonio y del celibato	5
319	**Lemcke.**—Estética	8
288	**Lemonnier.**— La Carnicería (Sedán)	3
321	**Leroy-Beaulieu.** — Economía política	8
474	**Lester Ward.** — Factores Psíquicos de la Civilización	7
434	**Lewis-Patte.**— Historia de la Literatura de los Estados Unidos	8
72	**Lombroso.**— El Hipnotismo	3
222	— La Escuela criminológico-positivista	7
385-386	**Lombroso.**—Medicina legal (*dos tomos*)	15
382	**Liesse.**— El trabajo desde el punto de vista científico, industrial y social	9
223	**Lubbock.** — El empleo de la vida	3
99	— La Vida dichosa	3
438	**Macaulay.** — Estudios jurídicos	6
294	— La Educación	7
305-306	— Vida, memorias y cartas (*dos tomos*)	14
460	**Mac-Donald.**—El criminal tipo	3
224	**Manduca.**— El Procedimiento penal	5
225-226-227	**Martens.**—Derecho internacional (público y privado) (*tres tomos*)	22
424	— Tratado de Derecho internacional.--Apéndice. —La Paz y la guerra	8
410	**Martín.**— La Moral en China	4
173	**Maupassant.**—Emilio Zola	1
375	**Max-Muller.**— La ciencia del lenguaje	8
366	— Hist. de las religiones.	8
455	— La Mitología comparada	7
341	**Max-Stirur.**—El Unico y su propiedad	9
160	**Menéndez y Pelayo.**— Martínez de la Rosa	1
152	— Núñez de Arce	1
284	**Meneval.** —María Estuardo	6
383	**Mercier.**—Curso de Filosofía: Lógica	8
387-388	— Psicología (*dos tomos*)	12
392	— Ontología	10
427	— Criteriología general.	9
418	**Merejkowsky.** — La Muerte de los Dioses	2
118	**Merimée.**—Colomba	3
133	— Mis perlas	3
450	**Merker.**—Derecho penal.	10
230-231	**Miraglia.** — Filosofía del Derecho (*dos tomos*)	15
296	**Mommsen.**--Derecho público romano	12
440-373	— Derecho penal romano (*dos tomos*)	18
398	**Monton.** — El deber de castigar	4
170	**Molins.** — Bretón de los Herreros	1
295	**Murray.**—Historia de la Literatura clásica griega	10
312	**Nansen.**—Hacia el Polo.	6
472	**Nardi-Greco.**— Sociología jurídica	9
232	**Neera.**—Teresa	3
233	**Neumann.**— Derecho Internacional público moderno	6
308	**Nietzsche.**—Así hablaba Zaratustra	7
335	— Más allá del bien y del mal	5
336	— La Genealogía de la moral	3
350	— Humano, demasiado humano	6

AP
60
E8
año 22
no.256-58

La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY